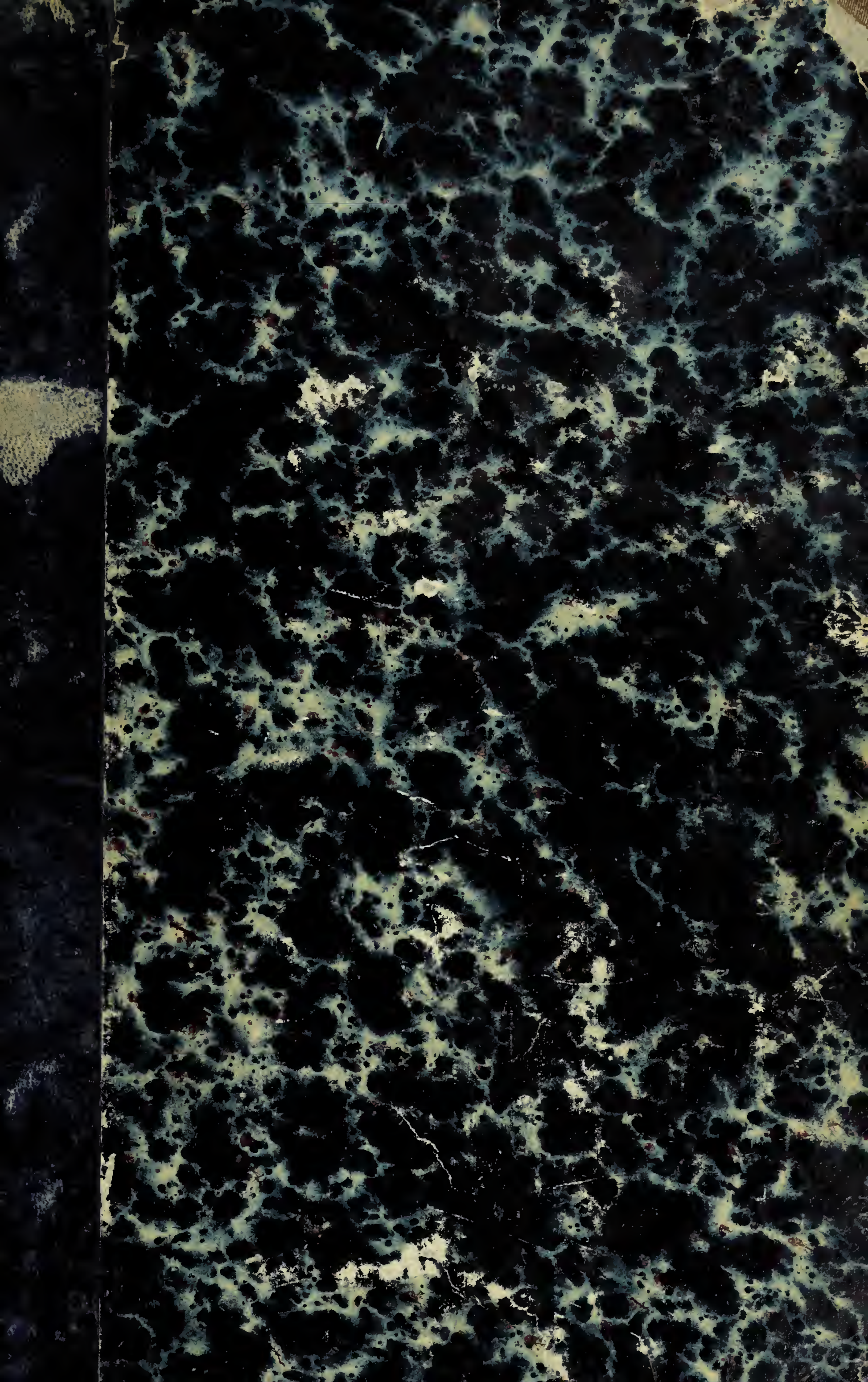
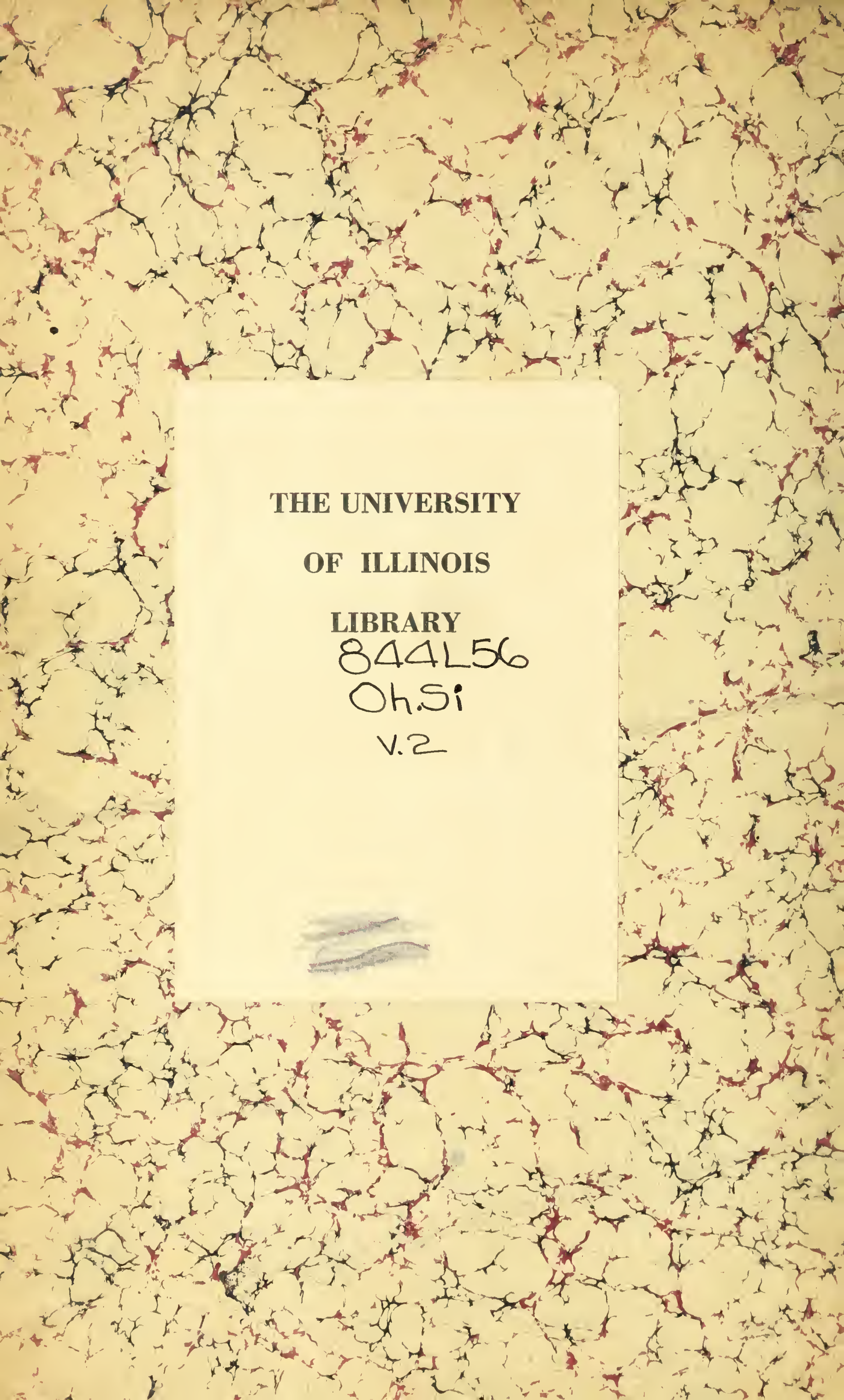
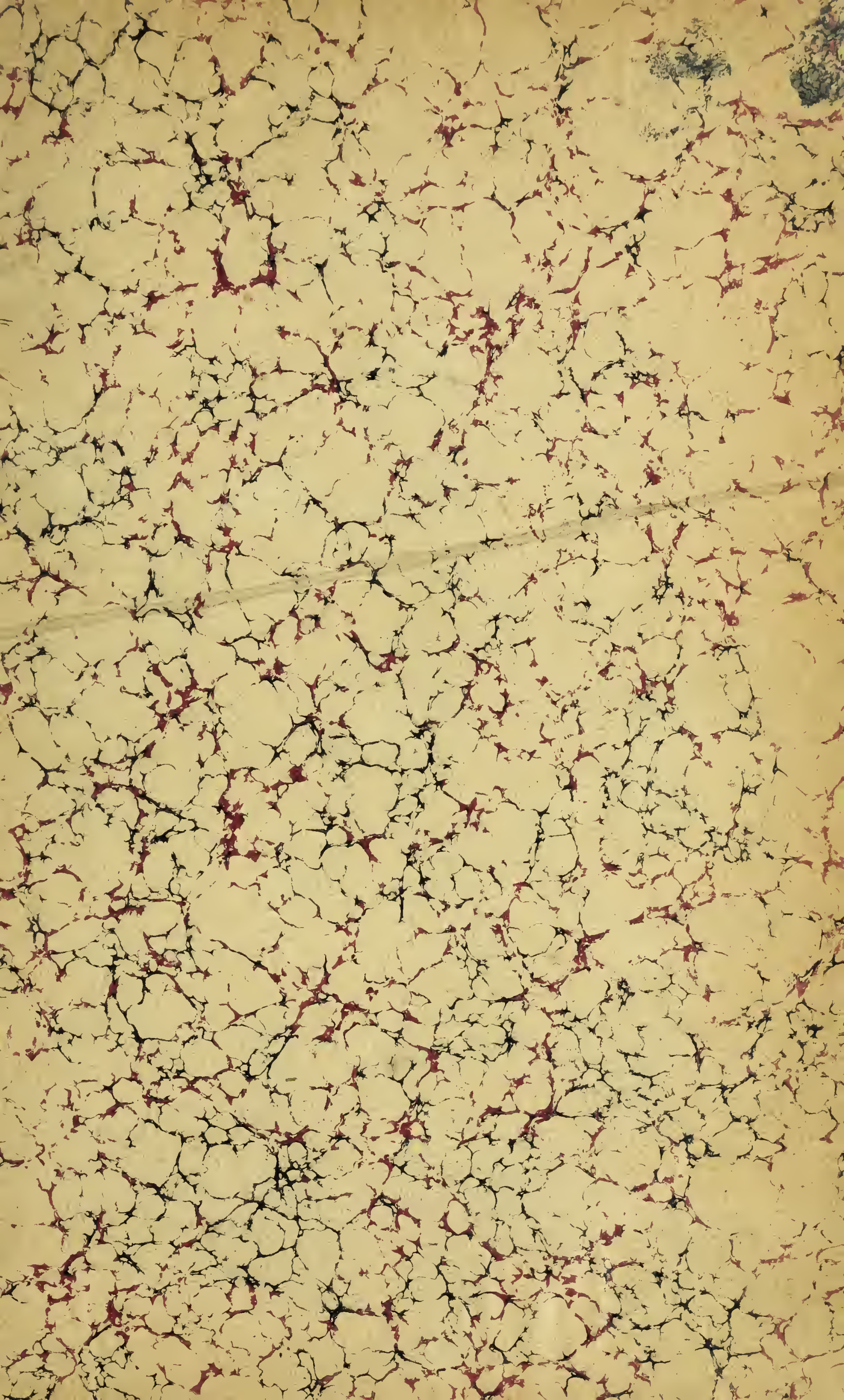






AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

SEGUNDA PARTE.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA

ROBADAS A ESPAÑA Y ADOPTADAS EN FRANCIA

POR

M. LESAGE

RESTITUIDAS Á SU PATRIA Y Á SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL CELOSO

QUE NO SUFRE SE BURLEN DE SU NACION.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. LABAJOS, EDITOR.
Calle de la Cabeza, núm. 27.

1876.

AL LECTOR.

Deseosos de demostrar á nuestros numerosos suscritores la importancia y la complacencia que tenemos en la publicacion de esta obra, queremos que se persuadan de que la rara y *desconocida* SEGUNDA PARTE de las **Aventuras de Gil Blas de Santillana**, que editamos, son las primeras que aparecen en el presente siglo, y que la reproducimos de su primera y única edicion del siglo anterior.

Para darla su verdadero carácter y exactitud, no solo la trasladamos del mismo texto, sino que los asuntos de las láminas que damos aparte son los de la referida edicion, lo cual puede evidenciarse haciendo un cotejo con las que tenemos á disposicion de los curiosos en nuestra Administracion.



LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

Nacimiento y orígen de Juan el Siciliano. Su primer nombre, su educacion y el principio de sus primeros amores con la bella Irene.



Mi nacimiento fué en Mazara, antigua y noble ciudad del reino de Sicilia; en el bautismo me pusieron el nombre de César. Mi padre fué de una familia honrada, introducida en la nobleza con ejecutoria ó título del rey de España. Traia su orígen de un castillo en el reino de Valencia, y tenia un hermano, á quien amaba mucho y con quien frecuentemente consultaba en punto á mi mejor educacion. A mi madre no la conocí, porque murió ántes que rayasen en mí las luces del primer discernimiento. Lue-

go que salí de la infancia dí señales de un juicio bastantemente perspicaz, por lo que pensaron mis parientes aplicarme al estudio de las letras. Aprendí con facilidad los primeros rudimientos, siendo mi maestro un pedante, reputado por el mejor y más hábil de todo aquel país. Cuando cumplí los trece años me enviaron á la ciudad de Noto para estudiar la Gramática bajo el magisterio de un preceptor que tenia fama de muy erudito en la lengua griega y latina. Era un hombre muy estimado de todos, y enseñaba la juventud con un método muy particular. A un mismo tiempo me hacia aprender los dos idiomas, mediante las reglas, que él mismo me dictaba en mi lengua italiana y natural. Obligábame á leer muchos autores de los más clásicos, y me ejercitaba en escribir á imitacion de ellos algunas composiciones en ámbas lenguas, proponiéndome por originales aquellos que en su juicio estimaba por más castizos, perfectos y corrientes. Ciceron era su ídolo entre los Romanos, y queria que este fuese (por decirlo así) mi pasto ordinario; pero al mismo tiempo, de cuando en cuando me hacia gustar las sales de Plauto, las gracias de Terencio y la hermosura de Horacio. No por eso dejaba enteramente olvidados á Salustio ni á Tito Livio; ántes bien se complacia en que hiciese algunas excursiones en ellos, pero haciéndome siempre observar las *Patavinidades* del uno y los *Atticismos* del otro. De quien hacia más poco caso era de Ovidio, y á solo Virgilio permitia que le diésemos algun lugar en nuestras tareas.

En punto á los Griegos, daba la preferencia á Aristóteles por la solidez de su doctrina y pureza del estilo. Despues de éste queria que leyésemos alternativamente á Teócrito, Anacreonte, Píndaro y Homero entre los poetas; y no se oponia á que diésemos alguna ojeada á Aristófanes, mezclando sus sabrosas y divertidas lecciones con las graves de los trágicos Eurípides y Só-

focles. Tampoco le disgustaba que dedicásemos algunos ratos á la lectura de Herodoto y de Tucídidis entre los históricos; á la de Demóstenes y Lisias entre los oradores, y mucho ménos á la de Platon entre los filósofos. Con esta bella eleccion y no ménos bello método gustaba yo todas las más exquisitas flores de la antigüedad, y poco á poco me iba enriqueciendo con un caudal de noticias superficiales que, segun decia mi maestro, con el estudio y con el tiempo yo mismo las perfeccionaria, de manera que llegase á ser un insigne literato.

Confieso que estaba muy gustoso en aquella escuela, la cual nunca me fastidiaba, porque la misma variedad me la hacia divertida. En algunas horas que destinaba el preceptor á nuestra recreacion procuraba hacerme conocer en qué consistia la perfeccion y el buen gusto de mi propio idioma nativo, dándome noticia de aquellos libros que le parecian más castizos y puros para enseñarme con su imitacion á escribir bien en él. Esto era puntualmente lo que más se conformaba con mi génio, y así me dediqué tanto á esta especie de aplicacion, que insensiblemente se me fué entibiando aquel ardor con que me aplicaba á los estudios precedentes. Particularmente los poetas italianos eran todas mis delicias, y comenzando á componer versos, me lisonjeaba de que llegaria á ser un grande hombre en este género de profesion. Era tan ciegamente adicto á todas las opiniones de mi maestro, que hacia el más alto desprecio de la escuela contraria, pareciéndome absurdo y pernicioso todo lo que ella enseñaba. A todos sus secuaces, sólo porque lo eran, los medía por un mismo rasero. Si tomaba en la mano alguno de sus libros, hacia burla de toda su doctrina, y sin dignarme siquiera de examinar sus razones, la juzgaba digna de censura. Se me habia hecho tan familiar la crítica, que pretendia distinguir los sofistas de los oradores, sin tener para esto más reglas

que ciertos principios generales y arbitrarios que se me habian encajado en la cabeza. Pronunciaba *ex tripode* con ligereza y con precipitacion sobre todas las obras, declarando por malas, y áun por perversas, todas aquellas que no estaban en el gusto que á mí me habian enseñado. Recitaba de memoria y con frecuencia discursos académicos, églogas, canciones y sonetos, que yo mismo habia compuesto con la misma facilidad con que otro escribiria una carta familiar al vaquero que cuida de sus bueyes.

En estos ejercicios me entretuve hasta la edad de diez y siete años. Todo aquel tiempo se le llevó la niñez y los estudios, sin dar lugar á aquellas distracciones que suelen desviar los ánimos, enervar los ingénios y llenar de sarro los entendimientos. Era enemigo de la disolucion, del juego y de la glotonería. Ninguna inclinacion tenia á los teatros, ni á los espectáculos, y el amor aún no habia encontrado lugar en mi corazon para ninguna de aquellas disposiciones que suelen abrir el camino á su tiranía. El concepto que hacian de mí los hombres doctos, gracias á lo mucho que me ponderaba mi maestro, me entretenia alegremente con la esperanza de que algun dia seria yo igual á ellos; y el dulce sonido de sus contínuas alabanzas me hacia creer sériamente que era un muchacho singular y como un prodigio de mi pueril edad. Pero de repente se mudó todo el teatro.

Acompañábame regularmente con un primo mio, cuyas costumbres no eran las más loables. El estrecho parentesco que nos unia á los dos me vendaba los ojos para que no conociese tanto sus vicios ó para que no percibiese bien todo su horror y disonancia, por lo que no me consideré obligado á evitar su compañía; y así insensiblemente me fuí cebando en ciertos pasatiempos, que si bien á los principios eran muy inocentes,



Principio de los amores del jóven siciliano con la bella Irene.

bastaron, sin embargo, para desviarme enteramente de la inclinacion á los estudios. Condújome un dia á cierto sitio, que fué el principio de mis grandísimas y por lo comun desgraciadas aventuras, y ví en él á una muchachuela, que podia entónces tener como unos quince años, en cuya bellísima cara se unian todos los atractivos del amor de tal modo, que no se podian mirar sin sentirse aquellos movimientos y halagüeños ímpetus del corazon que están muy léjos de la indiferencia. Sus negros y brillantes ojos, encontrándose algunas veces con los mios, excitaron en mi pecho un no sé qué, que hasta entónces no habia experimentado; y la turbacion que sentí en mi interior me hizo desde luego comprender que eran muy débiles mis fuerzas para resistir á tan dulce como poderoso enemigo de mi sosiego y de mi quietud. Por la trémula voz con que la saludé conoció ella tambien que su vista no habia tropezado con ningun tronco ó con cualquiera otro objeto insensible: ella tambien por su parte, queriendo quizá darme á entender que no era más fuerte que yo, me respondió con la misma conmocion.

A esta casualidad de haberla visto se siguieron otras muchas que yo mismo solicitaba con particular cuidado, pero sin dar á entender que las buscaba y dejando creer que todas eran dichosas casualidades. Sin embargo, habiéndome enseñado mi pasion, adulta ya y predominante, que los negocios de amor se tratan mejor sin testigos, procuraba excusar la compañía de mi primo, y en las horas que me parecian más oportunas paseaba la calle donde vivia mi dama. Pero como la vigilancia con que era guardada de sus gentes no daba lugar á que nos hablásemos, suplian esta fatal desgracia los billetes que la escribia en estilo culto, y con las expresiones más vivas y más enérgicas para excitar el amor. Los billetes iban muchas veces acompa-

ñados de canciones y madrigales que la daban mucho gusto por las amorosas voces que se mezclaban en ellos, y en sus respuestas se mostraba la niña muy agradecida y no ménos penetrada de mi fineza. Aunque ella nunca habia hecho estudio de elocuencia, escribia con tanta naturalidad que me agradaba en extremo, y preferia yo su claridad y su llaneza á toda la facundia de Demóstenes y de Ciceron.

CAPITULO II.

Encuentro que tuvo con el Capitan Arnaldo: su prision; cómo le trataron en ella y el partido que tomó.

Continuó por muchos meses nuestra correspondencia sin que ningun siniestro accidente la perturbase. Viendo mi preceptor que no frecuentaba tanto la escuela, y que era ménos aplicado á sus lecciones, fácilmente sospechó cual seria el verdadero motivo de aquella novedad. Fundado en esta sospecha me hizo mil preguntas, y se valió de otros tantos conjuros para que le confesase la verdad; pero yo siempre me mantuve en una obstinada negativa; porque á buena cuenta ya me habia enseñado á mentir el tirano más faláz de los corazones. Como vió que nada adelantaba con sus amonestaciones y consejos, escribió á mis parientes para que me retirasen por algunos meses á la pátria, persuadido prudentemente á que la ausencia y la distancia del objeto amado, iria poco á poco desvaneciendo, y áun olvidando el amor. Este golpe puso en grande agitacion todos mis espíritus. Parecióme que me costaria la vida la separacion de aquel mi adorado ídolo. Bañé con lágrimas el billete en que la anunciaba aquella fatal desventura, y en el que ella me respondió estaban todas las señales de su inmoderado llanto en testimonio de su dolor. Pedíame encarecidamente que no dejase de ir á despedirme de ella por la noche, y en el sitio acos-

tumbrado; y yo tan solícito como lo suelen ser los amantes en semejantes casos, fuí puntual á la dolorosa despedida, bien que me hallaba sin aliento, y poco ménos que enteramente desmayado. Nuestras palabras fueron pocas, y esas interrumpidas con los sollozos y suspiros. Despues de habernos recíprocamente jurado eterna fé, nos separamos, sintiendo que se venia acercando gente por la calle. Apénas habia andado algunos pocos pasos, cuando un hombre á quien no pude conocer por la oscuridad de la noche, me plantó á la cara una linterna, y diciéndome: ¿eres tú mozuelo disoluto y temerario el que tienes atrevimiento para turbar mi reposo? me descargó una furiosa bofetada, y un gran puntapié, echándome con él en tierra con la misma facilidad que si yo fuese un muchacho de siete años. Una afrenta tan ignominiosa y tan impensada, aunque me llenó de confusion, no por eso me acobardó, ni me hizo perder mi natural valor. Levantéme prontamente del suelo, desenvainé la espada, comencé con ella á dar tajos, reveses y estocadas á ciegas y en el aire: con una de estas herí al que me habia asaltado, y sintiéndose herido gritó á los que le guardaban las espaldas: *socorro amigos, que me han ofendido.* Acudieron prontos á esta voz doce personas, que cogiéndome en medio de sus armas, me hicieron conocer que eran soldados de patrulla, y que el herido era su capitan. Sin decirme una palabra me condujeron al cuartel que correspondia á las murallas de la ciudad, y me encerraron en un aposento muy estrecho, donde me dejaron sólo toda aquella noche sin luz, sin cama y sin tener donde sentarme sino en el duro suelo, sirviendo de pasto á las pulgas y los piojos, y á otros más asquerosos insecros que me devoraron. Cualquiera se puede imaginar cuáles serian mis pensamientos cuando me ví en tan miserable estado. No era sólo, ni lo que me atormentaba más el temor de un tratamiento cruel;

el amor era el que causaba la mayor parte de mi afliccion: haciendo reflexion sobre las palabras que habia proferido mi enemigo luego que se sintió herido, se suscitó horriblemente en mi corazon el pernicioso frio de unos furiosísimos celos, el cual más que todo hizo creer mis penas hasta lo sumo. Yo mismo era el artífice de mil desastres imaginarios, y mi descompuesta fantasía, combatida de fantásticas especies, forjaba en la mente las más funestas ideas, que me llenaban de tristeza y desesperacion.

Aquel hombre (decia yo dentro de mí mismo) me llamó *perturbador de su reposo:* luego es mi rival en el objeto de mi amor; y noticioso de mi correspondencia con la bella Irene (este era el nombre de aquella damita), intentó vengarse con la vergonzosa afrenta que me hizo bajo sus mismas ventanas, y de la cual tomé yo pronta satisfaccion á costa de su misma sangre. Si esto es así, ¡ah! ¿quién sabe si la misma infiel le dió parte de lo que pasaba entre mí y ella, y si los dos fueron de acuerdo en la ofensa que se me hizo, y en el peligro que corrió mi vida en esta ocasion? Más de una vez he leido que la mujer es una especie de animal tan infiel como feroz; que el disimulo y la perfidia son sus cualidades esenciales, y que en ella la inconstancia y la instabilidad están en perpétua competencia con la ligereza y la ambicion. Por otra parte representándoseme toda la ternura, y toda aquella ingénua sinceridad con que me trataba, no me podia persuadir que un cuerpo tan bello y tan amable pudiese ser depositario de una alma pérfida y faláz. Entregado enteramente á tan aéreos como encontrados pensamientos pasé toda aquella noche, la cual se me hizo más larga que la otra en que Hércules fué concebido: tan prolija me pareció su duracion respecto de las demás. Despuntó finalmente la aurora, y comenzó á iluminarse mi aposentillo á merced de un agujero con

presuncion de ventana mal abierta en la pared, defendido por la parte exterior con una gruesa rejilla de hierro, para mayor seguridad contra la fuga de los que fuesen encerrados en aquella jaula. Asoméme como pude á la tal tronera para ver á donde correspondia, y sólo pude descubrir una altísima y medio derrotada pared, que á distancia de muy pocas varas la hacia perspectiva. Entónces si que acabé de concebir todo el horror de mi destino, y volviendo en aquel punto á sofocarme de tropel las profundas reflexiones sobre la infelicidad del estado en que me hallaba, fueron despues pasando revista una á una por mi pobre imaginacion todas mis desgracias. La libertad que habia perdido, el dolor de mis parientes, que esperaban estrecharme entre sus brazos dentro de dos dias, el desconsuelo de mi maestro, que me habia dado tantas pruebas de su verdadero amor, y el inminente incierto mal que me esperaba, y sobre todo la memoria de mi amante, que no bastó á borrar de mi pecho todo aquel conjunto de penas inevitables, me causaba una angustia inexplicable, haciendo en mi fantasía mucha mayor impresion que todos los demás desastres. Pasáronse muchas horas sin haber sentido ni el más mínimo rumor; pero al acercarse el medio dia sentí que habrian la puerta de mi aposentillo. Entró en él un soldado, que presetándome un gran vaso de agua y un pedazo de pan todo mohoso, me dijo bufonescamente: refocílese Vd. y regálese con esa expléndida comida que le envia mi capitan. Quise entablar conversacion con él, para ver si podia sacarle algo por donde pudiese inferir en qué habia de parar aquella mi desventura; pero el soldado me hizo luego callar diciéndome, que tenia órden rigurosa para no hablar conmigo. Con efecto, él se salió luego de mi camaranchon, echando tras sí la puerta que cerró con diferentes llaves y candados. Era grande mi pusinimidad, y así volví luego á los ímpetus de la deserperacion,

tanto, que, léjos de querer alimentarme, estuve deliberando si me dejaria morir de hambre. Llegó en fin la noche y se dobló mi tormento, hasta que, cansado de llorar y de echar suspiros al aire, comenzó á rendirme el sueño y me dejé caer en la tierra, donde me cobijé lo mejor que pude, pasando la mayor parte de la noche en los acostumbrados funestos pensamientos de mi desdichada fortuna. Hácia el amanecer volvió á retozarme el sueño, y aunque no estaba acostumbrado á dormir en colchones tan empedernidos, al fin me adormecí; pero miéntras dormian los miembros, velaba la fantasía, desvariando en los sueños más horribles. Fué de poca duracion un descanso tan inquieto; porque el ruido de no sé qué cosa, que hirió en la rejilla de la tronera, llamada ventana, del aposentillo, me desveló enteramente é hizo ponerme en pié con la mayor ligereza. Comenzaba ya á salir el sol, y daban sus rayos en la parte superior del paredon que estaba enfrente, de manera que el reflejo iluminaba mi cárcel lo bastante para que descubriese dentro de ella un papel en que estaba envuelta una piedrecita. Levantéle luego, y desenvolviéndole ví que era una carta bien cerrada, pero sin sobrescrito. Conocí que no podia ser para otro que para mí. Abríla con toda aquella prisa y sobresalto con que un infeliz desea saber las cosas de cuya noticia puede creer que su vida ó su muerte esté pendiente. ¡Cuál fué mi pasmo, cuando reconocí por la letra que la carta era de mi adorada Irene! Pasé velozmente los ojos por toda ella, sin hacerme mucho cargo de su contenido; pero volviendo á leerla con sosiego hallé que contenia lo siguiente: *Sé muy bien todo el peso de tu desgracia, y amargamente la lloro. El capitan Arnaldo es nuestro cruel enemigo, tuyo y mio. Pretende que yo le dé la mano de esposa, amenazándome con tu muerte si se la niego. Dos sólos dias me da de tiempo para esta bárbara resolucion. El amor que te tengo vencerá el*

ódio mortal con que miro á esta persona, y será preciso que muera yo para que tú vivas. Adios para siempre.

¿Qué hombre no se desesperaria al oir un anuncio tan fatal? Perdí todo mi espíritu; caí desmayado en tierra, y bramando y rugiendo, me revolcaba en ella como un loco agitado de las furias. Pero finalmente, despues que la razon cobró alguna superioridad sobre mis arrebatadas pasiones, se comenzó á aquietar el furor, dando lugar á la mente para admitir ideas y pensamientos más tranquilos sobre mi cruel situacion. Acordéme que tenia algun dinero en el bolsillo, y en el dedo un anillo de valor. Parecióme que con aquello podia cebar la codicia del soldado, que el dia antecedente me habia traido la comida, y facilitarme por su medio la suspirada libertad. Con efecto, aunque no con aquel modo, al cabo por su medio se verificó mi pensamiento. Volvió, pues, el soldado, y aún no bien habia abierto la puerta, le pregunté si habia renunciado la humanidad. Sorprendiólo mi pregunta, y mirándome con ojos compasivos y amorosos, pobre mozo (me respondió), conduélome de tí, pero no puedo ayudarte. Mi capitan es inexorable en cumplir lo que amenaza, y me costaria la vida cualquiera transgresion de sus órdenes. Intimóme que me haria moler á palos hasta que espirase en este suplicio si no te trataba con el mayor rigor. Hasle herido en lo más vivo de su corazon y de su alma, dándose por muy ofendido de tí, no tanto por la ligera herida que le hiciste en un brazo, cuanto por la osadía de haberte declarado rival suyo en una amorosa pretension. Si no logra el consentimiento de su dama, y tambien el tuyo, piensa acusarte á la Justicia de un delito que infaliblemente te conducirá á la muerte, y más cuando tiempo há que los padres de la misma señorita se la concedieron. Ella hasta ahora se ha mantenido constante en negarse á los brazos de un hombre á quien no puede amar, y todos es-

tán persuadidos á que el amor que te tiene á tí, es la única causa de la aversion con que le mira á él. Pero ya me he detenido demasiado contigo. Si tardo más en presentarme á mi capitan, quizá sospechará que contravengo á la estrecha órden de no darte conversacion. No, no, le repliqué; por amor de Dios, óyeme no más que dos palabras. No puedo, me respondió; éste no es el tiempo oportuno; y dejándome el pan y el agua, cerró la puerta y se escapó volando. Sus últimas palabras me consolaron no poco. *¿Este no es el tiempo oportuno?* repetia yo entre mí mismo. Luego, es señal que buscará y encontrará otra hora más oportuna para oirme. Con esta alegre esperanza me puse á roer el pan del dia antecedente, y el que acababa de traerme, sin el hastío que me podia causar la calidad de uno y otro, porque *á buen hambre no hay pan malo.* Con efecto, no hay salsa como el hambre para que todo sepa bien, y fuera de eso es un específico universal y muy seguro para hacer olvidar todos los demás males, cuando llega la necesidad á dominar con imperio en los hombres afligidos.

CAPITULO III.

Discurso del mozo Siciliano con el soldado que le guardaba. Su fuga de la prision: dónde durmió aquella noche, y la gustosa aventura del huerto.

Empleé lo restante de aquel dia en fantásticas consideraciones, alegrándome el más mínimo ruido que sentia con la esperanza de que fuese el soldado que volvia á visitarme; pero este deseado momento no llegó hasta ya muy avanzada la noche. Entónces entró el buen hombre en mi cuarto con una luz en la mano y una cestilla con una botella de vino y algunas tajadas de carnero asado. Sentémonos, amigo, en el suelo, me dijo, y gocemos juntos estos bocadillos, que han sobrado de la cena de mi amo. Lo mucho que me compadecen tus sucesos me hizo olvidar la obediencia que le debo, y estoy pronto á contribuir al alivio de tus trabajos hasta donde alcanzáren mis fuerzas. Estas palabras, pronunciadas con un cierto aire de sinceridad, que no dejaba la menor duda al hombre más desconfiado, me consolaron mucho más que la suntuosa cena con que me regalaba y habia extendido ya sobre una servilleta. Usted, señor soldado, le respondí, verdaderamente es un hombre tan honrado,

como generoso, puesto que, no contento con reforzar mi lánguido cuerpo, se ofrece tambien á confortar mi abatido y amilanado espíritu. Lo que ahora conviene (me replicó) ante todas cosas es, que tomemos un bocado, y despues hablaremos de nuestros negocios. Fácilmente creerá cualquiera que le obedecí prontamente; y despues que devoramos todo lo que estaba delante y agotamos la botella de vino que me pareció exquisito: ahora bien, me dijo, dime, en qué te puedo servir. Ofrecíle entónces todo cuanto tenia conmigo si hallaba modo de librarme de la prision, añadiendo que mis parientes explicarian mucho más su agradecimiento, siempre que le reconociesen por único autor de tan señalado beneficio. Descubríle quién era yo, el orígen de mi familia y el nombre de mi pátria. Soy, le añadí, la única esperanza de Alonso de Liria, mi anciano padre, y este buen viejo se moriria de dolor si llegara á saber el estado en que me hallo. Señor estudiante, me respondió, cuando yo no tuviese otros motivos superiores para solicitar con todas mis fuerzas librar á Vd. de tan dura situacion, sobraria para mí sólo el saber que es originario de España. Sepa Vd., que esta misma noche tengo dispuesto sacarle de la prision. Mañana por todo el dia estará Vd. escondido en una casa á donde yo le llevaré, y luego que la oscuridad de la noche dé lugar á la fuga, le haré salir por cierta callejuela desconocida fuera de la ciudad y le pondré donde pueda escaparse á su pátria y descansar en los brazos de su señor padre. ¿Pero cómo, (exclamé yo trasportado de alegría) cómo, ó con qué podré nunca corresponder á tan singular favor? Toma esto que te prometí: á la verdad ello es bien poco, pero es todo lo que al presente poseo. Diciendo esto, le alargué la bolsa y el anillo; mas él no lo quiso recibir respondiéndome. No, señor licenciado, aún no es tiempo ni este es lugar para que os mostreis reconocido á un beneficio, que

hasta ahora no pasa de pura intencion y es poco más que deseo. En poniéndose en ejecucion mi proyecto, no me negaré á recibir los favores de vuestra noble y caballerosa generosidad. Ahora seguidme, procurando hacer el ménos ruido que os sea posible. Entónces abrió la puerta, salí, y él cerró luego con la misma diligencia, y con todo aquel ruido que metia cuando me dejaba dentro. Guióme por una escalerilla secreta, y entramos en un cuarto, donde habia muchos uniformes de soldado, haciéndome vestir y disfrazar con uno de ellos. Salimos despues al aire abierto, y conduciéndome por ciertos senderos que yo jamás habia frecuentado, abrió con una llave una portezuela, y nos metimos en una casuca subterránea, donde sólo habia dos cuartos y una cocinilla, en que estaba hilando una vieja septuagenaria sentada en una banqueta, medio dormida, y dando cabezadas; la cual, luego que nos vió entrar, se levantó apresurada, alegre y festiva á recibirnos, y á componer el cuarto donde me dijo el soldado que habia de dormir aquella noche, añadiendo que el dia siguiente vendria él á concertar el modo de asegurar mi fuga.

Poco despues se retiró á su cuartel, y luego que quedamos solos, me dijo la buena vieja: Señor estudiante, bien puede su mercé dar muchas gracias á Dios por la fortuna de haberse escapado de las garras del cruel capitan Arnaldo. Tengo larga noticia de toda su desgracia, y no he tenido yo poca parte en verle libre de ella. Mañana lo sabrá todo su mercé; ahora váyase á dormir, que no dejará de tener necesidad. Diciendo esto me acompañó á mi cuarto, metióme luz, salióse de él, cerró la puerta y me dejó solo. ¡Pero cuántos fueron los pensamientos que de tropel me acometieron, luego que me eché en la cama! No acertaba á comprender por dónde, ó cómo podia haber tenido parte aquella buena vieja en librarme de la prision, y reven-

taba por saber cómo se habia manejado aquel negocio. Ofrecíaseme, que podia ser la madre del soldado, y que por pura compasion, ó quizá por interés con la esperanza de algun buen regalo, aconsejaria á su hijo que hiciese todo lo posible para ponerme en salvo; pero de cualquiera manera no cesaba de dar mil gracias á la divina Providencia por haberme visiblemente asistido en tan inminente peligro. Parecíame, que en llegando mi fuga á noticia de la bella Irene, no haria caso del bárbaro capitan, y que repeleria con indignacion su cruel mano, esperando yo siempre que todavía nos podíamos amar recíprocamente y con más felicidad que en el tiempo pasado. Lisonjeado con este pensamiento andaba discurriendo el modo de hacerla saber cómo ya me hallaba libre, ántes que se cumpliese el término prescrito para violentarla á dar su consentimiento, de manera, que sin recelo de exponer mi vida, pudiese con toda resolucion despreciar el partido de una boda tan aborrecida de ella. Ocurrióme, que el bueno y honradísimo soldado me podria ayudar tambien en esto, y que por su medio podíamos entablar una inocente amorosa correspondencia de cartas, dirigida al fin más cristiano y más honesto. Esperé para esto á la mañana; y en medio de la ánsia con que la deseaba, el desvelo y los cuidados de las noches precedentes ocasionaron tal cansancio y tal languidez en mis miembros, que la misma fatiga se convirtió en un profundo sueño. Sin embargo, luego que comenzó á rayar el sol en nuestro horizonte, disperté, y saltando inmediatamente de la cama me vestí. Cuando la vieja sintió que me habia levantado, vino prontamente á abrir el cuarto, que habia cerrado por afuera, y me dijo apénas me vió: hijo mio, si te quieres divertir un poco, éntrate en ese huertecillo que está aquí contiguo, y en él encontrarás con que pasar con gusto alguna hora de la mañana. No temas que persona alguna te vea,

porque no cae á él más que una ventanilla de la casa de los hortelanos, la cual ahora está deshabitada. Agradóme la proposicion, y entrando en el huertecillo le encontré pulidamente cultivado, con grande simetría en las calles, con bello órden de pequeñas plantas y de flores exquisitas, cuya variedad de vivísimos colores y suavidad de su gratísima fragancia, hizo sumamente divertido mi paseo. Creía yo que mi diversion consistia solo en esto, pero me encontré con otra cosa, que me sorprendió mucho más, y se llevó toda mi atencion. Observé entallado mi nombre y el de mi querida Irene en la corteza de un árbol, juntamente con algunos epítetos expresivos de nuestro recíproco amor. ¿Quién pudo ser (exclamé todo admirado) el que se entretuvo en esculpir tales caractéres en este sitio? ¿Quién tendria el gusto de renovar nuestra amistad, uniendo con las letras dos personas que viven tan unidas con los corazones? ¡Ah! si serán estos artificiosos recuerdos para entristecer la memoria con el recuerdo del bien pasado, representando á los ojos el dulce objeto de mi felicidad puntualmente cuando me hallo en el fatal momento de perderle? Pero si es así, ¿á qué fin esculpirlos en esta frondosa planta, cuya verde lozanía parece estarme anunciando el retorno de mi felicidad? Por tanto ántes me inclino á creer, que quieran enseñarme á no estar tan penetrado de la inconstancia de las cosas humanas, pudiendo más bien suceder que recobremos hoy lo que perdimos ayer. Así iba filosofando mi amor, yéndose el discurso á donde le guiaba el deseo, cuando sentí caer á mis piés una piedrecita. Levanté los ojos para ver de donde habia salido, cuando ví á mi Irene asomada á una ventanilla de la deshabitada casa de los hortelanos. Observé que estaba confusa y agitada entre alegre y pensativa, haciéndome señas de que me acercase. ¡Ahora sí que expresára yo con entusiasmo poético los diversos movimientos

que asaltaron mi amante corazon en un lance tan impensado, si el preceptor me hubiera permitido leer las arrebatadas y enérgicas fantasías de Oviedo en ocasiones muy parecidas á esta! Pero me baste decir, que á un mismo tiempo me sentí helado y y encendido, tímido y fogoso, pálido y arrojando llamas por los ojos y la cara. Volé al pié de la pared perpendicular á la ventana, donde se dejaba ver mi dueño; pero sin acertar á hablar palabra, esperé á que ella hablase primero, persuadido ya á que los caractéres que habia leido en la corteza de los árboles no eran de otra mano que de la suya, y que habia alguna comunicacion secreta entre su casa y la de la vieja que me habia albergado y recogido.

César, me dijo Irene, ya puedes conocer si te amo, habiendo sido yo la que ha solicitado tu libertad. La vieja que te ha recibido en su casa fué mi ama de leche: ésta tenia conocimiento con el soldado, á cuyo cargo estaba tu custodia: de ella me valí para que llegase á tus manos el billete mio, que recibiste en la prision, y de la misma me valí tambien para que llegase á tus manos el billete mio, que recibiste en la prision, y de la misma me valí tambien para disponer al soldado á que facilitase la libertad que ya gozas. ¡Oh, y cuánto gusto tengo de que la goces! Quise que te divirtieras hoy aquí sólo por lograr el consuelo de hablarte ántes que nos separe una cruel division, la cual sabe Dios cuánto durará. No te olvides, querido, de una infeliz doncella que queda sacrificada á los más duros tratamientos de sus padres, sólo por la aversion que tiene al matrimonio del capitan: correspóndeme con una fidelidad que te merezca la continuacion de mi amor, y que ya te han merecido las demostraciones de una pasion más que vehemente. No des lugar á que la distancia produzca en tí aquel olvido, que es tan comun en la instabilidad é inconstancia de los hombres. Si estás sepa-

rado de mí con el cuerpo, ténme siempre muy presente en el corazon, haciéndole guarda fiel de aquella imájen, que hoy sólo te es lícito mirarla con los ojos.

No pudieron ménos de sacarme las lágrimas de los mios unas palabras tan expresivas, y explicándome con aquellos más que con las voces: ¡Oh gran Dios! la respondí. ¿Y será verdad que yo debo dejarte, y alejarme de tí, oh mi bella Irene? ¡Ah! permíteme que exhale el alma á manos de mi aborrecido rival, ántes que padecer mil muertes en vez de una sola, la cual finalmente me librará de tantos afanes, cuando serán los momentos que respire viviendo léjos de tí. ¿Pues qué, replicó ella, estimas tan poco la seguridad de llamar *tuya* á la afligida Irene, que no tengas valor para sufrir algunos dolores, ni espíritu para adquirir la posesion interminable de este corazon más tuyo que mio, á costa de tolerar una separacion, que al cabo ha de tener fin? Valgo yo tan poco que te espante la idea de un dolor, que durará pocos meses; ó desconfias tú tanto de tu constancia, que te parezca imposible conservarme tu fidelidad, si no tienes siempre á la vista el objeto de tu amor? No por cierto, la respondí, adorada prenda mia; ántes bien por lo mismo que es tan excesivo mi amor, temo que la privacion de tu vista me quite la vida á violencia de aquellas angustias, que no pueden dejar de ser mortales en quien sólo subsiste, y se alimenta con ella.

Duró algun tiempo esta amorosa conversacion, que cada instante se hacia más y más apasionada, compitiéndonos los dos en buscar las más vivas expresiones, que nos asegurasen de una eterna recíproca fidelidad, cuando vino á interrumpirla el discreto y finísimo soldado, para prevenirme que debia estar pronto á partir á las dos de la mañana, pues ya tenia concertado y dispuesto un calesin que me estaria esperando fuera de la ciudad en cierto sitio que me declaró. Retiróse entónces Irene,

por no hacer sospechosa á sus padres su larga mansion en un paraje, que si bien dentro del territorio de su casa y sin otra comunicacion que con la de su ama de leche, podia excitarles algun recelo, respeto á la vigilancia con que la observaban y guardaban. Prometióme que se dejaria ver de mí ántes que se pusiese el sol, y yo me fuí á buscar á mi buena viejecilla, la cual me tenia dispuesta una decente comida, y á contemplacion de Irene me hizo todas cuantas finezas y caricias se podian esperar de una mujer de aquella edad.

CAPÍTULO IV.

Medidas que se tomaron para salir de la ciudad. Sorpresa del mozo Siciliano cuando se vió acompañado de la bella Irene. Precauciones para librarse del rigor de la Justicia, y diligencias de Arnaldo. Embárcanse en Siracusa, y su viaje á Corfú.

Quedóse con nosotros el soldado, y me dijo, que su capitan aún no sabia mi fuga, y era muy probable que tampoco la supiese hasta el dia siguiente, por lo que convenia mucho solicitar todo lo posible la marcha, para sustraernos cuanto ántes de la jurisdiccion de aquel Magistrado, y hallarnos donde no nos pudiesen prender. Viendo que me era indispensable el partir, procuré animarme, y me dispuse al viaje con toda aquella superioridad de espíritu que podia permitir la vehemencia de mi pasion. Más acordándome que Irene me habia prometido que me volveria á ver ántes que el sol se pusiese, me fuí á pasear con esta esperanza al huertecillo; pero quedó aquella burlada, porque no pareció, y se pasó todo el tiempo convenido sin que me hubiese consolado con su presencia. Mil pensamientos y sospechas agitaron mi pobre imaginacion. Estaba medio desesperado, cuando vino el soldado á decirme que era preciso acelerar la marcha, porque el capitan habia tenido ya noticia de mi fuga.

Es menester no perder instante de tiempo, me dijo. Vente conmigo, porque yo estoy resuelto á acompañarte, y cogiéndome por un brazo, me arrancó, muy contra mi voluntad, de la contemplacion de aquellas paredes, donde dejaba encerrado todo mi bien. Pasamos por la casuca de la buena vieja, y me condujo á los recintos de la ciudad, de la cual salimos por un camino subterráneo, que el soldado tenia bien conocido. El foso, por nuestra buena fortuna, estaba entónces tan escaso de agua, que sin dificultad le pudimos pasar. La anublada luz de la luna nos servia de guia en el camino, que yo hice arrastrando más que andando, y con paso siempre trémulo llegué al sitio donde debia esperarnos el carruaje. Quedamos admirados de no encontrarle en él, y nos vimos precisados á esperarle, retirándonos y escondiéndonos tras de en un matorral donde nos sobresaltaba cualquier rumor que sentíamos, temiendo fuese gente que venia tras de nosotros. Pasóse una hora entera ántes que pareciese el carruaje. Llegó finalmente; pero ¡cuál fué mi pasmo cuando ví dentro de él á mi querida Irene! Venia vestida de hombre, y aunque es verdad que el sobresalto habia robado el color á su bellísimo semblante, todavía me pareció más hermosa en aquel mentido traje. No te admires, César (me dijo en voz baja) de una resolucion que consideré necesaria. Habia jurado mi padre que mañana me habia de casar con Arnaldo. El horror que me causó el pensamiento solo de esta boda, me turbó de manera, que no me dejó luz para conocer lo disonante que era en una mujer de mi corta edad, de mi estado y de mi condicion, escaparse sola de la casa paterna, y fiarme á un jóven, cuyo amor debo temer más que todo el furor de mis padres; porque estos me pueden quitar la vida, pero aquel puede dejarme sin honor. No, Irene mia, la interrumpí prontamente y con extraordinaria viveza, no tengas ese temor. Trataréte con todo el

respeto que se debe á tu virtud y á tu sangre; seré perpétuo defensor y guarda fiel de tu honor y de tu honestidad. Siempre estaré pendiente de tus insinuaciones, y si no mereciese ser tu legítimo esposo, á lo ménos tendrás perpetuamente en mí un discreto y amorosísimo hermano. El soldado, que estaba presente á esta conversacion, señores, nos dijo, no perdamos el tiempo en inútiles discursos: monten Vds. en el calesin, y marchemos cuanto ántes á nuestro destino. Así se ejecutó puntualmente: partiendo con toda diligencia para salirde la jurisdiccion y territorio de Noto, tomando aquellos caminos que se desviaban del real y sabia el calesero. Cuando amaneció nos hallábamos ya en el deseado término; y porque los caballos habian caminado toda la noche, fué menester pararnos para que tomasen un pienso y descansasen un poco. Miéntras tanto me persuadió el soldado á que dejase el uniforme militar que habia usàdo hasta entónces, y me volviese á mis vestidos, que habia tenido el cuidado de traer consigo. Lo mismo hizo él por su parte, cambiando el uniforme de militar por un vestido de ayuda de cámara, ó de criado. Miéntras tanto me contó Irene, como amedrentada con las furiosas amenazas de su padre, despues de haber recogido algunas joyas de mucho valor, se fué á la casa del hortelano, donde el dia ántes me habia hablado en el huertecillo, de donde se pasó á la de su ama de leche, pensando encontrarme en ella, para poder unir su suerte á la mia desde aquel momento. Pero habiendo sabido que habia partido de ella por la prisa que me daba el soldado, se ingenió á abrir una portezuela, por la cual se entraba en el huerto, y estaba en un rincon de ella, y por donde solia entrar algunas veces á visitar á su segunda madre; y habiéndose hecho dar un vestido de un hijo de ésta, que habia muerto pocos dias ántes, siendo poco más ó ménos de su misma estatura,

nos siguió acompañada de la propia mujer; y habiendo encontrado dichosamente el calesin que nos debia servir, ella misma se habia animado á no tener miedo de agregarse á nuestra compañía.

No pude ménos de admirar el espíritu y el valor de aquella doncellita, reconociéndome sumamente obligado á una resolucion tan fina como valerosa. Pero el soldado, á quien el amor no ofuscaba la razon y el miedo le inspiraba prudencia: Señores, nos dijo, este es un lance que pide mucho juicio: nuestra fuga es negocio muy sério y de grandísima importancia: hará más ruido de lo que se piensa, y mucho más siendo acompañada con toda la apariencia de rapto. El padre de la señora Irene y el capitan Arnaldo no crean Vds. que se estén con las manos en la cinta. El magistrado de Noto se dará la mano con el de Mazara y con el de otras ciudades de Sicilia: por todas partes despacharán requisitorias y enviarán tras de nosotros gentes que nos prendan. ¿Qué será de nosotros si caemos en manos de la justicia? Por tanto, mi parecer es que mudemos de destino, y si ántes, señor licenciado, pensaba Vd. irse derecho á su pátria, ahora es menester refugiarnos sin detencion en el puerto de mar más vecino, solicitar embarcacion lo más presto que sea posible, huir de todas las costas de este Reino y asegurarnos en algun país extranjero, de donde pueda Vd. escribir á sus señores padres para que le envien algun socorro, y negocien miéntras tanto el que dejen de perseguirnos el padre de la señora Irene y la justicia.

Pareciónos bien el consejo del soldado, y reconociendo todos que era el mejor y el más saludable, hicimos nuevo ajuste con el calesero, y aumentándole su estipendio, tomamos el camino de Siracusa, á donde llegamos dentro de dos dias. La fortuna, que desde los principios se nos mostró favorable, y que

á la sombra de un semblante en la apariencia risueño, nos estaba disponiendo las más estrañas y dolorosas aventuras, nos presentó la ocasion de un navío inglés, que el dia siguiente debia hacerse á la vela para la isla de Corfú. Admitiónos con mucho gusto el capitan, y con próspero viento nos alejamos luego de las costas de Sicilia con aquel desconsuelo que es natural en quien pierde de vista á su amada pátria, dudoso si la volverá jamás á ver. Mi querida Irene padeció aquellas ordinarias incomodidades, que comunmente padecen todos los que no están acostumbrados á viajar por el mar, y á mí me faltó muy poco para no padecer lo mismo que ella, por la náusea que me causaba la navegacion. Casi todo el tiempo que esta duró se estuvo ella en la cama, y yo le hacia perpétua compañía sin abandonarla jamás. Pasábamos el tiempo en conversaciones tiernas y afectuosas, consolándonos mútuamente con la esperanza de ver presto cumplido el deseado fin de nuestras legítimas y honestas intenciones. El soldado, que en todo trance deseaba divertirnos en cuanto le era posible, nos dijo un dia. Quiero, señores, que me oigan Vd. la historia de mi vida, llena por cierto de sucesos curiosos y de accidentes que no son vulgares. Nosotros nos mostramos muy deseosos de oirlos, y él dió principio á su relacion del modo siguiente.

CAPÍTULO V.

Principio de la historia del Soldado, y la terrible aventura que le sucedió en el Canadá.

Yo nací en la gran ciudad de Palermo, y hoy justamente hace veinticinco años que salí del vientre de mi madre, la cual era oriunda de España, y descendia de una familia noble de Granada. Cuando la Sicilia estaba sujeta al Rey Católico, vino mi padre á ella al servicio de un Virey, trayendo consigo á mi abuela, que era de extraordinaria hermosura, y se hallaba á la sazon en lo mejor de su juventud. Añadíanse á ésta las grandes prendas del alma de que estaba adornada, por todo lo cual era la dama más querida de la Vireina, haciéndose distinguir en todas las conversaciones su espíritu y su virtud, con general aplauso y áun admiracion de cuantos intervenian en ellas. Entre otros caballeros que frecuentaban la corte, era uno que se llamaba el conde de Mossí, segundo de una casa noble del Lenguedoc, que se hallaba desterrado de todo el reino de Francia por un duelo que habia tenido con otro señor igual suyo. El tal conde no podia mirar á la mujer de mi abuelo materno sin abrasarse en un amor excesivo. Y como la nacion francesa es tan fogosa como audáz, llevó tan adelante su inten-

cion, que no habiendo podido reducirla á ella con otros medios ménos violentos, tomó la resolucion de arrancarla por fuerza de los brazos de su marido. Coligóse con algunos asesinos, de que hay abundante cosecha en Sicilia, y una noche en que volvia mi abuela un poco tarde de la conversacion de palacio, salieron de una casilla poco distante de nuestra calle, donde estaban escondidos, y el conde, que se hallaba con ellos, hizo parar la carroza en que venia: y poniendo en fuga al cochero y criados que la acompañaban, la sacó en brazos del coche y la entregó á los asesinos. A los gritos y clamores de la pobre señora, que llegaban hasta el cielo, se alborotó la vecindad, y mi abuelo, que por casualidad se hallaba en casa de un caballero que vivia en aquel barrio, conociendo la voz de su mujer, acudió sobresaltado á socorrerla con la espada en la mano, hiriendo á los primeros asesinos que se le pusieron delante. Voló el conde Mossí á defenderlos, pero encontró valerosa resistencia en el desgraciado marido, cuyo tálamo pretendia deshonrar: y tanto que fuese fortuna del conde, ó que el valor del francés excediese al del español, el hecho es que á éste le dejó muerto y tendido en tierra. Miéntras tanto, la gente de toda la calle, que habia concurrido al estruendo, logró librar la dama de los que la querian robar, y al mismo tiempo obligó al conde á retirarse á toda prisa, teñidos sus vestidos en la sangre del inocente consorte. Supérfluo sería que yo me detuviese en ponderar el dolor de la afligidísima señora, cuando vió muerto y desangrado al caballero su marido, porque ya Vds. se lo imaginarán, sin que yo pierda tiempo en tan supérflua como funesta amplificacion. Se le hizo llevar á casa, y agotó todas las lágrimas de sus bellísimos ojos, derramándolas sobre aquel frio cadáver. Dispuso que se le diese honorífica sepultura, y resuelta á retirarse del mundo, fué á pasar su temprana y triste viudez en una

corta hacienda que su difunto marido habia comprado en las cercanías del Palermo. Apénas llegó á su retiro, cuando se reconoció embarazada, y mi madre fué el fruto que dió en aquella soledad. Podia la niña haber cumplido nueve meses, cuando el malvado Mossí, no obstante de haber sido tambien desterrado de Sicilia por el atroz delito que acabo de referir, halló modo de penetrar hasta la casa de mi abuela, y sacando de la cuna á la inocente criatura, la hizo trasportar á una embarcacion que tenia prevenida no muy distante de la quinta. Cuál haya sido el paradero de aquella niña en sus primeros años hasta ahora no lo he podido saber, por más que se lo pregunté; solo me dijo, que hallándose á un mismo tiempo sin su madre y sin el ama que la criaba, se encontró con la mujer de un pastor que estaba criando á un hijo suyo de dos meses, y que ésta le dió tambien leche á ella, hasta que llegó á cumplir un año. Y como era la legitima heredera del corto patrimonio que su padre la habia dejado, toda la idea del pastor era disponer las cosas de modo que el patrimonio viniese á caer en su familia, con cuyo pensamiento destinaba á la niña, para que con el tiempo fuese esposa de aquel hijo suyo que se criaba con ella. Con este fin la ocultó siempre su verdadero nacimiento, dándola una idea de él muy diferente de lo que en realidad habia sido, y llegó hasta la edad de quince años, creyendo siempre no ser otra cosa que hija de un pobre y miserable labrador. Aquella era la edad que el pastor habia destinado para que se efectuase el matrimonio, el cual se celebró con aquel género de rústicos y groseros regocijos que usan en sus bodas los villanos.

No era fea mi madre, ántes bien era verdaderamente linda, y á pesar de su tosca educacion, tenia espíritu, gracia y despejo. El marido era un patán, záfio y lleno de una bestial arrogancia, viéndose dueño de una posesion, que juzgaba superior

á las rentas del arzobispo de Monreal. Comenzóse á tratar á lo grande, y fuese á vivir á la ciudad, donde en breve disipó el pequeño patrimonio en los bodegones y en las tabernas. Durante este tiempo vine yo al mundo, hijo legítimo de un matrimonio tan desigual, y me pusieron el nombre de Isidoro en la Pila del bautismo. Dentro de pocos años desaparecieron todos nuestros bienes, y nuestra familia quedó reducida á tres personas (porque el bendito pastor y su mujer ya habian muerto) y comenzamos á padecer todas las miserias que trae consigo la pobreza. Esta nos obligó á volvernos á nuestra campiña, y algunas de aquellas mismas mujerzuelas, que habian contribuido más á nuestra ruina, abrieron los ojos á mi madre, y la dieron noticia de su verdadero nacimiento: imprudente aviso, que por entónces solo sirvió para exacerbar sin medida sus disgustos y sus ahogos. Conoció la pieza que la habian jugado, y el gravísimo perjuicio que la habian hecho, ocultándola su verdadero orígen noble y español. Cierto abogado de Palermo, que acostumbraba venir á gozar el aire del campo á nuestra quinta y á gastar alegre y viciosamente el dinero que habia chupado á sus clientes, el cual sabia muy bien quién era mi buena madre, halló modo de hablarla á solas, y pintándola con retóricos colores el mal trato que la daba su marido y la indecencia de un matrimonio tan desigual y vergonzoso, se ofreció, si le daba facultad, á disponer y lograr que se declarase nulo y se disolviese. Horrorizada la virtuosa mujer al oir semejante proposicion, se negó á ella con invencible constancia; pero la muerte tomó de su cuenta facilitar lo que no podia hacer sin un atroz delito el señor abogado. Llevóse al indigno esposo de mi inocente madre, y luego que el causídico tuvo esta gustosa noticia, voló á la quinta, y describiendo á la pobre viuda los peligros del estado en que se hallaba, y por el contrario, lo venta-

joso que seria paraella el pasar ásegundas nupcias, escogiendo un marido que supiese defender sus incontrantables derechos, la indujo á que le diese á él la mano. Tenia yo solos ocho años, cuando me hallé sujeto á la educacion del tal discípulo de Justiniano, y tardé poco en conocer que verdaderamente habia encontrado un legítimo padrastro. Me destinó á los oficios más bajos de la familia, y olvidado de que me habia parido su mujer, solo me consideraba como hijo de un villano. Por lo que toca á mi buena madre, la era preciso sufrir con paciencia lo mal que á mí me trataban si no queria exponerse á ser ella misma tratada mucho peor. Miéntras tanto, el señor causídico, aprovechándose de las ventajas que le proporcionaba su profesion, logró recobrar todos los bienes que eran de su mujer y comenzó á vivir con mayor fausto que ántes vivia. Un dia que me envió á guardar un hato de ovejas, habiendo encontrado á otros muchachos de mi edad, me puse á jugar con ellos; miéntras tanto el rebaño se fué alejando de mí, y las ovejas por sí mismas se volvieron á su redil sin que yo las acompañase. Viólas mi padrastro, y esperó á que viniese yo á casa para castigar una falta tan ligera con un suplicio cruel. Me dió una terrible vuelta de azotes, y no contento con esto me encerró en una pocilga, donde venia todas las mañanas á repetir la misma zurribanda, dejándome al mismo tiempo un pedazo de pan y un vaso de agua por todo alimento: penitencia que duró no ménos que doce dias, sin que me valiesen los clamores con que imploraba el socorro de mi madre. Pasado aquel tiempo, se me puso en libertad y se me volvió á encargar el mismo empleo de de conducir al pasto el ganado. La memoria de mi pasada flagelacion, estampada demasiadamente en mis tiernas y delicadas espaldas, me hizo andar más vigilante en el oficio de pastor. Todas las tardes al caer el sol sacaba las ovejas al campo,

y por diez dias nadie tuvo que decir contra mi vigilancia y atencion; pero al undécimo dia, cuando yo conducia mi rebaño á un empinado monte, en una parte del cual habia un altísimo precipicio, se levantó de repente una horrible tempestad de truenos y relámpagos, que, llenándome de espanto, me obligaron á recoger á toda prisa el ganado para reconducirle al redil. Miéntras procuraba juntarle con los silbos, con el cayado y con los estallidos de la honda, un corderillo se espantó, se despeñó en el precipicio y yo quedé preocupado de una grande consternacion. Representóseme con la mayor viveza en mi débil fantasía todo el horror del mal tratamiento pasado, y al mismo tiempo resolví librarme de él con la fuga, á que dí principio en el mismísimo instante, abandonando las ovejas á su discrecion. La tempestad y la copiosa lluvia que comenzó á desprenderse del cielo no fueron bastantes á contener la ciega prisa que me daba á correr, sin saber yo mismo á dónde, y así me hallé metido en un espesísimo bosque, y embreñado en él, sin advertir ni saber dónde encontraria la salida. Continuaba con furor la lluvia, y los rayos, que sentia caer de cuando en cuando, me aterraban con su estruendo y con los contínuos relámpagos que me deslumbraban. Procuré abrigarme bajo la copa de una gruesa y frondosa encina; ¿pero cuál fué mi estupor cuando vi á mi dichoso padrastro, que se habia puesto á cubierto bajo la misma, porque sin duda habia salido á caza, y le habia cogido en ella la tempestad? Comencé á temblar de piés á cabeza, y más cuando me dijo: ¿Qué haces tú aquí, bribon? ¿Quién te ha traido á este sitio? ¿Qué se han hecho las ovejas? ¿Es este el cuidado que tienes de ellas? Tú me la pagarás, picaronazo. Más sentí estas palabras y más miedo me causaron que todos los truenos y todas las centellas, sin exceptuar una de ellas, que casi al mismo tiempo cayó en el mismo árbol á que estába-

mos acogidos, y tronchó de él una multitud de ramas que nos pusieron en gran peligro.

Conociendo entónces el marido de mi madre que las encinas no eran laureles y que los rayos de Júpiter no las respetaban, se determinó á partir, no obstante el diluvio que se desgajaba del cielo; y cogiéndome de un brazo comenzó á llevarme casi arrastrando por los estrechos senderos de aquel bosque, cuyos intrincados y espinosos matorrales, punzándome sin piedad la cara, los brazos y las piernas, me hacian llover sangre por todos los miembros de mi cuerpo. De esta manera llegué á casa, hecho pedazos el vestido, lleno de llagas el cuerpo y faltándome el aliento; pero el desapiadado padrastro, cuyo maldito humor se habia exaltado á lo sumo, viéndose empapado en agua y todo cubierto de lodo, me hizo encerrar luego en la acostumbrada pocilga, prorumpiendo en fieras amenazas y maldiciones, capaces de hacer temblar al hombre más valeroso del mundo. Mi pobre madre lloraba; pero su llanto solo servia de encender más la cólera y áun el furor del marido; y tengo para mí que la triste señora daria algo por verse todavía viuda del hijo del pastor, á pesar de toda la miserias que entónces habia padecido. Pasé la noche tendido sobre un monton de paja ya podrida, esperando el destino que me darian por la mañana. Se me estremecieron de espanto todos los miembros de mi cuerpo al sentir abrir la portezuela de mi choza y al oir una bronca y carraspeña voz, que no era ciertamente de orador, y me intimaba que saliese luego de la pocilga. Obedecí prontamente, y apénas me vió el padrastro, cuando me dijo: Villano, infame y bribonazo, ya no estarás más conmigo ni me darás más enfados: el rey ha mandado que se limpie el reino de vagamundos parecidos á tí y que se reclute de ellos su Marina. Hoy mismo te entregaré á los Comisarios Reales para que te destinen á algun navío, donde entra-

rás en una escuela que te hará desear la *vita bona* que has pasado en mi casa, y que tú no supiste agradecer. Diciendo esto me hizo montar en un pollino, acompañado de un criado que era peor que el amo, con órden de que me llevase á Palermo. Inútilmente derramaba mi madre un mar de lágrimas, porque ninguna mella hacian en aquel empedernido corazon, á quien solo movia el interés, y no la dió otra respuesta sino que de aquella manera se quitaba de la vista una persona que continuamente le estaba avergonzando, trayéndole á la memoria la indecorosa accion de haberse casado un hombre como él con la viuda de un pastor. Con efecto, todo el fin que tenia en alejarme de sí era para apoderarse impúnemente de todo lo que algun dia podria considerarse mio, como único heredero de mi madre.

Conducido al puerto de Palermo, me matricularon luego entre la marinería y me hicieron embarcar en un navío que debia conducir á Barcelona toda la chusma de los nuevos marineros. Nunca habia entrado en el mar, y aquella inmensidad de agua que veía alrededor de mí me puso en una aprension que no encuentro voces para explicarla. Metíme bajo escotilla, y llorando amargamente mi desgraciada suerte, que de pastor de ovejas me habia convertido en marinero, á vista de tantos peligros y sujeto á los indiscretos castigos que veía usar con los que actualmente servian en la misma nave, no me podia consolar. Viéndome en tan miserable estado un superintendente de aquella novicia chusma, se movió á compasion, cosa bien rara en aquella casta de gente, y me dijo: pobre muchacho, no te aflijas tanto, pues no sabes la fortuna que pueden encontrar los iguales tuyos: en el mismo empleo que tú me hallé yo cuando era de tus años; al principio me parecia muy penoso, pero despues conocí por experiencia que era el mejor de toda la marinería. Serví en él por algun tiempo, y habiendo tenido la for-

tuna por mi viveza y actividad de caer en gracia de mis capitanes, logré ascender por grados al sublime puesto en que me ves, en el cual tengo el gustazo de poder vengarme á mi satisfaccion de lo mucho que me hicieron rabiar algunos compañeros mios. Considérome un hombre muy feliz, y más habiéndome dado esperanzas y áun prometido que presto me adelantarán un popoco más con tal que me salga bien, como lo espero, enganchar en el espacio de dos meses otros cien muchachos como tú y hacerlos pasar revista ante el Comisario General de Marina. Por lo que toca á tu persona, cuyo génio y talento me han gustado mucho, desde luégo te ofrezco que serás mi predilecto entre todos, y para proporcionarte más presto tus ascensos, te prometo destinarte con preferencia á todos los demás á las fatigas de mayor trabajo. Subirás á las antenas, tirarás los cables, ayudarás á amarrar, arrojar, izar y recoger las áncoras; de manera que en breve tiempo te aseguro que saldrás maestro en el arte. Estas palabras, que sin duda hubieran alegrado á un marinero voluntario, á mí, que contra toda mi voluntad me habian traido arrastrando al servicio de la armada, me causaron tan diferente efecto, que en virtud de ellas me entregué más que nunca á mi acostumbrado llanto y poco ménos que furiosa desesperacion. Dejóme sumergido en ella el tal superintendente, y la siguiente mañana, volviendo á visitarme, luégo que me vió: ánimo, me dijo, habiendo conocido que no te quieres aprovechar de mis consejos y que nada se adelanta en las profesiones cuando se toman contra pelo, he determinado, por el amor que tengo á tu persona, colocarte en otro empleo. El capitan del navío me ha encargado que le busque un muchacho de espíritu, poco más ó ménos de tu edad, que le sirva en su cámara, advirtiéndome que le escogiese entre los que acababan de venir de Sicilia. Entre estos no veo otro que le pueda agradar

más que tú; sígueme pues, que quiero yo mismo presentarte á él. No puedo explicar cuánto me consoló aquel anuncio; enjugóse de repente mi llanto, y levantándome prontamente, fuí siguiendo al que ya consideraba como mi libertador. Entramos en la cámara del capitan, y aquel hombre derecho, sério y sostenido, como lo suelen ser los españoles, sin hacer caso de las profundas inclinaciones y reverencias del superintendente de la chusma, le preguntó con española gravedad si era aquel mozuelo el escogido para su servicio. Respondióle con grandísima humildad el superintendente que sí, y que su señoría se hallaria bien conmigo, porque era un muchacho de buena índole; está bien, repuso el capitan, déjale aquí, y tú vete á cuidar de tu oficio. Aquel modo con que le trató el capitan me hizo conocer que su empleo no debia de ser muy sublime, y de contado comprendí que habia gran diferencia entre capitan y el superintendente de la chusma. Luego que nos quedamos solos el señor capitan y yo se informó de mi nacimiento, de mis padres y del motivo por que me hallaba inscrito en la matrícula de los marineros de la nueva leva: satisfícele á todo con la mayor puntualidad, y enseñándome la misma naturaleza á ser adulador, le traté algunas veces *de excelencia*, título que habia oido à mi padrastro cuando se divertia en la quinta, repitiendo alguna de aquellas declamaciones ó alegatos que habia recitado á presencia del magistrado. Persuádome á que no le desagradó aquel tratamiento, pero creo que mucho más se pagó de la sinceridad con que le hice una fiel relacion de todos mis sucesos. Mostró que se compadecia de mi suerte, y me dijo que me queria hacer un grande hombre. A buena cuenta dispuso luego que aprendiese á leer y escribir, de que tenia algunos principios desde ántes que mi madre tomase segundo marido, y en fuerza de mi buena disposicion aprendí uno y otro con bastante faci-

lidad. Llegamos á Barcelona sin ninguno de aquellos molestos y peligrosos accidentes, que suelen encontrar en el mar los navegantes, y luego me envió mi amo á una escuela donde concurrian muchísimos muchachos de mi edad. Contaba á la sazon sólo trece años, y siendo mi espíritu muy superior á lo que estos prometian, en breve tiempo me adelanté á todos mis condiscípulos. El capitan hizo otro viaje á Italia, y cuando volvió, tuvo el gusto de verme muy adelantado en los estudios.

Encendióse por aquellos dias la prolija y terrible guerra sobre la sucesion de la monarquía española, y mi amo tuvo órden de unirse con una escuadra de navíos de guerra, destinada á pasar á la América, para escoltar hasta Cádiz la flota de los Galeones. Era esta una expedicion igualmente larga que peligrosa, y así, mi amo, por el gran amor que me tenia, estuvo muy dudoso si me llevaria consigo ó me dejaria en Barcelona, pareciéndole igualmente arriesgado para mí cualquiera de los dos partidos. Finalmente, se resolvió á que me embarcase en la Armada para hacerme ver mundo. Partimos de Cádiz el año 1703, y cuando llegamos á las islas afortunadas, nuestro navío se separó de la escuadra y anduvimos largo tiempo por el Océano ántes de poder tomar puerto. Se sabia que los ingleses y holandeses venian en busca de la escuadra española, por lo que se caminaba siempre con el más vigilante cuidado y recelosa prevencion. Era mi amo tan práctico en la náutica, que sabia mejor la brújula y la carta de marear que yo las reglas de la gramática. Esto nos salvó, pues fué causa de que arribásemos felizmente á Vera-Cruz, cuando todos nos juzgaban perdidos á violencia de las borrascas, ó á lo ménos que hubiésemos caido en manos de los enemigos. Los Galeones habian ya partido y nos fué preciso esperar otro año para incorporarnos con la nueva flota que habia de salir para España. En este medio tiempo hizo un viaje á Méjico

mi amo, y yo le acompañé gustoso por el gran deseo que tenia de ver la antigua córte del famoso Motezuma. No me detendré en hacer á Vds. una descripcion de aquel país, pues ya los considero bastantemente informados de él por la discretísima historia del célebre Hernan Cortés; sólo diré que en los cuatro meses que nos detuvimos en Méjico, me sucedió la más extravagante aventura que se puede imaginar. Contaba yo á la sazon diez y seis años, mi estatura pasaba de lo regular, y puedo decir sin vanidad que no era mal parecido. En la navegacion me habia perfeccionado en los estudios, porque mi amo se empeñó en enseñarme todo lo que sabia.

Estábamos alojados en casa de un mercader de Madrid, que se habia establecido en Méjico, y poseía algunos plantíos hácia el Canadá, á no poca distancia de la Metrópoli. Es el Canadá un país donde en un cierto espacio de sus confines se encuentran muchos indios que viven independientes de los europeos, los cuales nunca los han podido sujetar ni reducir á su devocion. El mercader que nos alojaba queria ir á dar una vuelta por aquel paraje para visitar su hacienda, y yo, movido de mi curiosidad, importuné tanto á mi amo, que al fin me dió licencia para que fuese acompañando á nuestro patron en aquella su visita. Llegamos á sus haciendas, y yo comencé á divertirme en la caza de volatería, de que hay grande abundancia en aquel país. Habíame advertido el mercader repetidas veces que no me alejase mucho de la casa, porque várias cuadrillas de indios hacian de cuando en cuando algunas correrías por el país, con el fin de coger al que podian, y que despues le maltrataban. Hice poco caso de aquel aviso, y no dejé de traspasar muchas veces los límites que se me habian señalado. Salia inconsideradamente de ellos, siguiendo con sobrada indiscrecion el vuelo de las aves, las cuales se juntaban en mayor número en aque-

llos sitios solitarios, donde era menor la frecuencia de los hombres. Un dia me interné demasiado en cierto valle, que dividia dos elevadísimos montes, corriendo por medio de él un rio bastantemente respetable. Disparé algunos tiros, cuyo estruendo resonó en los peñascos y cavernas de aquellas cercanías, y repitiéndole muchas veces el eco en las cavernosas peñas de uno y otro monte, me tenia sumamente divertido. Pero esto fué puntualmente lo que hizo salir á los indios de sus cuevas. Víme rodeado de repente de un peloton numeroso de aquellos bárbaros, sin darme ya tiempo para retirarme. Quedé atónito y sin aliento cuando me hallé casi sobre mí con toda aquella gente, y más viéndolos casi enteramente desnudos, armados de flechas las manos, sin poder discurrir de que materia eran. Espantéme de manera, que enteramente me olvidé de que tenia en la mano mi escopeta, con la cual, si la hubiera disparado, habria quizá hecho más proezas que Orlando entre aquella gente tímida y cobarde. Rodeáronme, pues, y yo me dejé prender, sin hacer la más mínima resistencia, y ellos comenzaron á dar unos descompasados gritos, que á mi modo de entender eran demostraciones de alegría por la valerosa hazaña que acababan de ejecutar.

Uno de ellos, que por el respeto con que los demás lo trataban me pareció podia ser su jefe ó capitan, tomó en la mano mi arcabúz y comenzó muy atentamente á mirarle y remirarle. Miéntras le estaba manoseando con intrepidez y sin conocimiento, se disparó al aire el arcabúz, y espantados aquellos valentones, llenos de terror cayeron todos en tierra. Hubiera yo aprovechado aquella ocasion para escaparme de sus manos á no haberme ellos atado fuertemente á un árbol luego que me cogieron. Cuando volvieron en sí de su pavor no se atrevian á tocar el fusil, haciendo tales gestos de admiracion y de miedo,

que me hubieran hecho reir, á no verme en su poder. Volvian y revolvian por todas partes la escopeta para ver por dónde la podian tomar sin que les hiciese daño. Finalmente, uno que presumia de más valeroso que los otros, la cogió por la culata y se la echó á la espalda con grandísima arrogancia, quedando ufano y contentísimo por tan glorioso suceso. Entónces me desataron del árbol aquellos bárbaros y me llevaron medio arrastrando hácia un altísimo monte, cuya eminencia parecia inaccesible. Llegamos en fin á ella, despues de haber caminado algunas horas, y observé en aquella cima un mediano espacio de llanura, cubierto de una fresquísima yerba y poblado de frondosos árboles, distribuidos por la naturaleza más que por el arte en figura de un perfectísimo círculo. Este sitio, que podia parecer un vistoso teatro fabricado aposta para representar una accion cómica, era justamente el que habian destinado los indios para la representacion de mi tragedia. Al estruendo de rústicos y disonantes instrumentos concurrieron las mujeres del cotorno, y en ménos de un cuarto de hora se cubrió de mirones la funesta escena de aquel sitio fatal. Atáronme con algunos mimbres á un grueso madero que habian plantado en medio de la llanura, el cual observé manchado todo de sangre, indicio claro de haber servido á otras crueles carnicerías. Comenzaron los indios á dar vueltas al rededor de mi, cantando no se que lúgubres canciones, que yo no podia entender. Acercóse á mí uno, que parecia ser su Sacerdote, el cual, con grande admiracion mia, hablaba perfectamente la lengua española.

Hijo del sol, me dijo, es preciso que aplaques con tu vida la sombra de nuestros antecesores. Una notificacion tan terrible nada añadió al terror de que ya estaba poseido, preocupada mi imaginacion con la cruel idea del horrible sacrificio que se me

estaba preparando. ¿Qué edad tienes? prosiguió preguntándome aquel hombre. A lo que nada le respondí; pero él insistió en repetirme la misma pregunta, como si fuese cosa de gran importancia la noticia de mi edad. Importunado de sus preguntas, casi se me escapó de la boca la siguiente respuesta: Señor, diez y seis años cumplidos há que salí del vientre de mi madre en el reino de Sicilia, y pluguiese á Dios que nunca hubiera salido de él ó á lo ménos de mi pátria. Mostróse altamente sorprendido el Sacerdote al oir lo que le dije, y retirándose á un lado de la llanura estuvo un rato hablando en secreto con los principales del concurso. Observaba yo con la mayor atencion todos sus gestos y movimientos, esperando con indecible sobresalto que de momento en momento acabasen conmigo y me librasen de aquel suplicio. Pero volviendo poco despues á mí el mencionado Sacerdote: Mozo dichoso y feliz, me dijo, ya no eres tú la víctima que nos estaba pidiendo nuestra religion. No se aplacan con sangre siciliana las sombras de nuestros mayores: la sangre que piden sus holocáustos es otra: tú podrás gozar alegremente en nuestra compañía una vida que infaliblemente hubieras perdido si tuvieras la desgracia de ser de otra nacion; yo te enseñaré las leyes en que vivimos, las que deberás observar rigurosamente de la misma manera que nosotros las observamos. Dicho esto me pusieron en libertad, y en el mismo punto ví que todos los indios é indias venian á mí corriendo, bailando y saltando con extravagantísimos gestos y movimientos de alegria para darme mil parabienes y complacerse conmigo. Figúrense Vds. qué gozo seria el mio cuando en un instante me ví pasar de la muerte á la vida. Inmediatamente que me recobré y pude articular algunas voces, me arrojé á los pies del Sacerdote, y le dije: Señor, disponed de mí como mejor os pareciere. Pronunciadas estas palabras con una voz lánguida y penetran-

te, hicieron grande impresion en aquel indio, y cobrándome amor desde el mismo punto, me dijo que le siguiese por un denso y umbroso bosque, en medio del cual habia una rústica cabaña, capaz de alojarse en ella una mediana familia. Hízome entrar en un pequeño y simplicísimo camarote, sin más adorno que unas ridiculas pinturas, que me dijo ser imágenes de sus dioses. A estas (añadió) has de hacer voto de ser fiel, luego que te hayas instruido en los dogmas de nuestra religion; y con efecto me los comenzó á enseñar desde el dia siguiente, y salva la impiedad del rito, no encontré en su catecismo más que cosas singulares, por estrafalarias y ridículas. No me detengo en haceros de ellas un resúmen, porque sobre no ser necesario, me desviaria mucho de mi intento. Miéntras tanto me picaba grandemente la curiosidad de saber cómo aquel Sacerdote canadiense habia podido aprender con perfeccion la lengua española, y un dia me atreví á preguntárselo. Sábete, me respondió, que por muchos años fuí esclavo de un caballero aragonés que me hizo prisionero en cierto encuentro que tuvimos con los españoles, casi en el mismo sitio donde te encontramos y prendimos. Llevóme á su pátria consigo, y habiéndome experimentado fiel, dócil y apacible, mandó que se me diese buen trato. Con este motivo aprendí aquella lengua, y habiéndome vuelto á la América en compañía del mismo amo, el deseo natural de volver á ver mi pátria y el amor de mis parientes me movió á escaparme y restituirme á mi país. Desde entónces me consideraron mis paisanos como hombre particular y me elevaron al sublime grado de Sacerdote, sirviéndolos al mismo tiempo de intérprete en las frecuentes ocasiones que ocurren sacrificios. Tú debes dar gracias á nuestros dioses de que yo hubiese aprendido el español, puesto que debes la vida á esta feliz casualidad; por lo demás, si no se hubiera sabido tu verdadera pátria, in-

falíblemente hubieras sido inocente víctima de un sacrificio para el cual á ninguno se perdona. Esto me dijo el indio, y yo, viéndome ya donde no tenia que temer á mi padrasto, insensiblemente me iba olvidando de la Sicilia y áun de mi querida madre. No veía cosa que me disgustase en el trato de aquellas gentes, y poco á poco iba aprendiendo su lengua. No me disonaban sus ceremonias, y sin duda me hubiera hecho un perfecto idólatra, si la divina Providencia no me hubiera abierto camino para detestar de todo corazon un culto tan abominable.

CAPÍTULO VI.

Descubre el soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasía. Se escapan del Canadá, y á dónde les condujo su fortuna.

Habia en la familia del Sacerdote un mozuelo que parecia de mi edad, de quien él hacia particular estimacion. Nunca le dejaba hablar conmigo, y le tenia siempre cerrado con suma vigilancia. Andaba vestido como yo, á diferencia de todos los demás, que iban casi enteramente desnudos. En su bella disposicion habia un cierto no sé qué, que le hacia muy amable: sus ojos vivos y brillantes verdaderamente me encantaban cuando alguna vez se encontraban con los mios. Tenia yo grandísimos deseos de saber quién era, no dudando que habria sido muy semejante á la mia su desgraciada suerte. Habíanse pasado muchos meses despues de mi habitacion entre los indios, y aunque desde los principios fuí inducido por el Sacerdote á declararme catecúmeno de su religion, todavía no me consideraba suficientemente instruido para abrazarla. Queria él que esta ceremonia se celebrase con la mayor solemnidad, y en aquel dia debia yo despojarme de mis vestidos y parecer en público á la usanza de ellos. Mi pudor, aunque acostumbrado á objetos que

contínuamente le estaban ofendiendo, no se podia acomodar con aquella vergonzosísima costumbre, y la conciencia sentia mucho mayor dificultad en vencer el horror que la causaba aquella detestable apostasía. Hacia mi catequista todo lo posible para animarme á vencer todos estos espantajos (así los llamaba él) de mi imaginacion y de mi delicadeza, insinuándome con una bestial filosofía que los hombres debian imitar á los otros animales de la tierra, los cuales no tenian otro vestido que el que los dioses les habian dado en su primitiva creacion. Y aunque mi estudio no alcanzaba á responder á su argumento, conociendo yo que tenia más de sofístico que de sólido, no me dejé persuadir. Lo que sé es que si el temperamento de aquel país fuera tan frio como el de la Noruega y países septentrionales, en vano se romperia el Sacerdote del Canadá la cabeza en quererme persuadir que anduviese desnudo. Miéntras tanto se iba acercando el fatalísimo dia en que yo debia reconocer y adorar los dioses canadienses, sintiendo yo dentro de mí mismo una congojosa turbacion, que se aumentaba al paso que se aproximaba aquel funesto dia. Una noche, que poseido de una profunda melancolía me estaba paseando por la plazuela de enfrente de nuestra cabaña, y en que el Sacerdote habia salido de ella á dar providencia para la gran solemnidad que se estaba disponiendo, oí suspirar y llorar á una persona de un modo tan lastimoso que moveria á compasion á un peñasco. Apliqué atentamente el oido por si podia discernir de dónde salian tan doloros gemidos, y conocí claramente que salian de debajo de un espeso matorral que estaba á un lado de la plazuela ó campillo por donde se entraba á nuestra cabaña. Lleno de curiosidad fuí al instante hácia aquel sitio, y cuando me hallé más cerca de él percibí con toda claridad, interrumpidas con las lágrimas y en lengua italiana, las siguientes palabras: *¡Desdichada Matilde*,

con que tan distante de tu país nativo, *y en países bárbaros y desconocidos*, *has de exponer tus castos y virginales miembros á los impúdicos y brutales ojos de una nacion punto ménos que irracional!* A estas voces se siguió un torrente de lágrimas y un cierto ruido de manos, el cual me hizo sospechar que aquella pobre mujer se estaba arañando y ensangrentando de sentimiento. Metíme prontamente en el matorral, y hablándola en el mismo idioma en que ella se habia quejado: Matilde (la dije), no eres sola en tu desgracia; aquí tienes compañero; bajo el mismo cielo en que tú naciste nací yo, y tambien debajo de otro mismo cielo amenaza á los dos la mayor de todas las desdichas. No bien habia pronunciado estas palabras, cuando conocí que la tal mujer era aquel que yo creia mozuelo y cuyos ojos me habian hecho tanta impresion; por lo demás, no dejaria ella de alegrarse de ser descubierta por una persona cuya pátria y semejanza de fortuna no podia ménos de serla de mucho consuelo y de no menor utilidad en la triste constitucion en que se hallaba; pero solamente me respondió estas palabras: Desconocido mancebo, si eres italiano ejerce una virtud digna de tal nombre: libra á una noble doncella del peligro en que se ve, y sea mi muerte recibida por tu caritativa mano, la que me excuse la vergüenza de descubrir mi sexo á los lascivos ojos de toda una nacion brutal. Miéntras le pude esconder, sufrí con paciencia la pérdida de mi libertad; pero me siento morir cuando pienso que me he de dar á conocer por mujer á vista de un pueblo numeroso de idólatras. Comprendí entónces que el pudor obraba con mayor fuerza que en mí en aquella virtuosa doncella, y concibiendo desde aquel punto la inmutable resolucion de librarnos á los dos de la esclavitud en que nos hallábamos ó perder ántes la vida, comencé á confortarla y á consultar con ella el modo de hacer efectiva mi resolucion. La mis-

ma Matilde me sugirió que sólo de noche se podia intentar con bastante seguridad, porque así el amo como todo el resto de la familia eran de un profundísimo sueño: fuera de eso me informó del cuarto ó camarote que ella ocupaba (porque todos estábamos en cuartos separados), advirtiéndome la facilidad con que se podia entrar y salir de él por ser de juncos ó mimbres, entretejidas las puertas y las paredes que formaban las divisiones. Al mismo tiempo me insinuó lo conveniente que seria que el dia siguiente fuese yo á reconocer y examinar todos los senderos del bosque, á fin de tomar las medidas más prudentes para efectuar nuestra fuga. Nos separamos despues uno de otro, por no hacernos sospechosos al canadiense si volvia á casa y nos encontraba en conversacion. Despues que volvió á ella, yo me fuí á dormir con grandes esperanzas de que nuestro proyecto tendria un éxito feliz, porque no se ofreció ningun inconveniente.

Me levanté muy temprano el dia siguiente, recorrí el bosque y en medio de él me hallé con un sendero llano, que conducia derecho al valle en que caí en manos de los canadienses, por donde corria aquel caudaloso rio cuya corriente nos podia llevar á la casa del mercader español, de que yo con tanta inconsideracion me habia alejado. Encontré la manera de dar aviso de todo á la bella Matilde, y mostrándose muy agradecida á tan importante servicio, esperamos los dos á que viniese la noche. Todos nuestros *contubernales* estaban sumergidos en el más profundo sueño, cuando silenciosamente y paso entre paso nos salimos de aquella detestable caverna. Nos entramos en el bosque á merced de una clara luna, que por nuestra buena suerte nos sirvió para que no torciésemos un punto del camino derecho, y dejando la choza á las espaldas, nos hallamos dentro de poco en el rio, cuya corriente fuimos siguiendo hasta sa-

lir de los montes. Era camino de muchas horas, y Matilde, poco acostumbrada á viajes tan largos, se sintió sumamente fatigada cuando llegamos á la llanura. No lo estaba yo poco; pero el miedo de que nos siguiesen y alcanzasen los indios me daba fuerzas para marchar más adelante; y no pudiendo ella seguirme, determiné cargarla sobre mis espaldas hasta ponerla en paraje más cómodo y de mayor seguridad. Me acordé entónces de los sucesos del piadoso Eneas, que habia leido en la escuela de Barcelona, y me pareció que lo que yo estaba haciendo era más heróico que el hecho tan decantado del hijo de Anquises. Comenzó á despuntar el dia, y cuando el sol principió á dorar las cimas de los montes descubrí á lo lejos la casa del mercader mejicano, que conocia muy bien.

Fácil es imaginar el gozo que tendria cuando me ví cerca del término tan deseado. Me volví hácia mi dulce peso, y le dije: Bella Matilde, ya estamos en puerto seguro; no hay que temer que los bárbaros canadienses nos obliguen á dejar nuestros vestidos, ni mucho ménos á abrazar sus diabólicos ritos. ¿Ves allí aquella casa? pues es de un rico mercader español, establecido en Méjico, conocido mio, donde nos recibirán con mil amores, y será tanta su alegría de volver á verme, cuanto seria grande su dolor cuando me lloraron perdido.

Volvió los ojos Matilde hácia donde yo la señalaba, y toda sobresaltada: ¡Ah, no! me respondió, no, jóven honradísimo; primero escogeria morir á manos de los bárbaros indios del Canadá que meterme en una casa donde nuevamente peligraria mi honor, habiendo sido el teatro donde sufrí los más infames é ignominiosos combates y atentados contra mi castidad: déjame volver al bosque á ser pasto de las fieras ántes que exponerme otra vez á las inícuas solicitudes de un monstruo lleno de lascivia. Pronunció estas palabras de un modo que entera-

mente me sorprendió. Me alivié de su carga, y viéndola aferrada en su proyecto, determiné no separar mi suerte de la suya, y torciendo hácia la izquierda del camino, volvimos á encontrar el rio, á cuyas márgenes nos sentamos para reposar un poco. Estaba ya el sol tan alto, que se hallaba perpendicular á nosotros; y aunque nos veíamos en un sitio donde los árboles hacian alguna sombra, era esta un defensivo tan corto, que Matilde sentia mucho más que yo las incomodidades del excesivo calor, y á mí me atormentaba más que á ella el no hallar modo para defenderla de los abrasados rayos que furiosamente la herian. Procuraba hacerla un poco más de sombra con mi persona, y no encontrábamos otro refrigerio que el de un soplo de ambiente fresco á beneficio de los húmedos vapores que se elevaban del rio. Pero detenernos en aquel sitio hasta que el planeta mayor se alejase de nosotros, era muy peligroso; por otra parte, la incertidumbre de no saber dónde abrigarnos aquella noche nos solicitaba á proseguir cuanto ántes nuestro camino. En virtud de esto, despues de cerca de una hora de reposo, en la cual estuvo mi compañera altamente sumergida en tan profundo silencio que no me atreví á estorbarla, volvimos á caminar, siguiendo siempre la corriente del rio, con la esperanza de hallar en sus orillas aunque no fuera más que alguna choza pastoril donde pasar aquella noche. Pero esto, que seria fácil en Europa, no era siquiera verosímil en aquella region de la América. Aún no habiamos tomado el más mínimo alimento, y deseábamos encontrar alguna fruta silvestre ó algun animal selvático de aquellos con que nos sustentábamos entre los bárbaros, porque no hay cosa más insufrible que el hambre. Yo estaba tan impaciente, que por poco no me quejé ágriamente de la obstinacion de Matilde en no haber querido proseguir nuestro viaje á pesar de todos los peligros á que nos veiamos

expuestos. Elevábase hácia nuestra mano derecha un empinado monte, que debia hacernos temer vernos otra vez entre las manos de los salvajes del Canadá ó servir de pasto á las fieras. Parecia que todas las cosas conspiraban en nuestro daño y condenaban nuestra temeraria resolucion. No obstante, Matilde se mostraba superior á todo, y cuando por la mañana se habia fatigado tanto que me fué forzoso cargarla sobre mis espaldas, por la tarde la ví con un aliento que dejaba muy atrás á mis varoniles esfuerzos. Fuera de esto, mostraba una alegría en el semblante que verdaderamente me admiraba, y un valor que despreciaba animosamente todos los peligros. Iba ya á ponerse el sol, y era preciso pensar en ponernos á cubierto contra el rocío de la noche, que en aquel clima es tan copioso como nocivo. Fué nuestra fortuna que á la falda del erguido monte descubrimos una luz, que nos hizo creer que habitaba alguna persona en aquellas cercanías. Y no podiamos temer que fuese alguna cabaña de bárbaros, acostumbrados á la verdad á tener su habitacion en los montes y en las sierras; lo uno, porque aquel sitio estaba muy expuesto á las correrías de los europeos, y lo otro, porque los indios nunca tenian luz en sus barracas por el miedo de ser descubiertos, segun lo habiamos observado en el largo tiempo que estuvimos entre ellos.

Enderezamos, pues, nuestros pasos hácia donde nos convidaba la luz, y en breve tiempo nos vimos tan cerca de ella que pudimos claramente conocer que era una linterna ó pequeña lámpara que ardia delante de una devota y sagrada imágen esculpida en una piedra. Cuando vimos burlada nuestra esperanza de hallar el deseado refrigerio á la hambre que padecíamos y el descanso tan necesario á nuestros fatigados miembros, nos miramos uno á otro sin hablar palabra; pero Matilde sacudió presto de sí aquella especie de estupidez, diciendo: Una luz en-

cendida en este sitio y delante de aquella santa imágen es señal de que no está lejos alguno que la enciende, y sin más ver tengo por cierto que será por lo ménos un bonísimo cristiano. Recorramos atentamente este paraje, y Dios nos descubrirá el devoto varon que rinde á la santa imágen este culto. Pero ante todas cosas arrodillémonos devotamente ante la misma é imploremos su proteccion. Así lo hicimos; mas si la oracion de Matilde no fué la que penetró los cielos, la mia ciertamente no llegó tan allá, porque la consternacion en que me hallaba no permitia que el corazon atendiese á lo que pronunciaba la lengua. Luego que mi heroina cumplió con su devocion se puso en pié, y volviendo hácia mi mano izquierda descubrió á poca distancia en la tierra un boqueron que servia de ventana, tronera ó respiradero á una profunda caverna, en cuyo fondo se veia encendido un fuego más que mediano. Esto me alegró en extremo, y recobrado algun tanto mi espíritu, hé aquí (exclamé) que, gracias á la divina Providencia, ya estamos esta noche á cubierto y en seguro.

CAPÍTULO VII.

Recoge el anacoreta del Canadá al soldado, y á Matilde. Descripcion de su retiro, y cómo se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana.

Oyó estas palabras el que habitaba la caverna, y tomando en la mano un tizon encendido como si fuese una vela se vino á nosotros, diciendo: ¿Quiénes son estos huéspedes que la Providencia ha traido á honrar un sitio tan separado de todo el resto del mundo? Somos, respondió Matilde, dos infelices, dichosamente escapados de los bárbaros canadienses, á quienes sirvió de guia vuestro farol para turbar vuestra quietud por esta noche. El buen ermitaño, que por su larga y blanquísima barba, por su cuerpo encorvado y sostenido de un báculo, por su voz trémula y baja mostraba pasar ya de cien años, mirándonos atentamente con sus ojos medio anublados: Seais muy bien venidos, hijos mios, nos dijo con grandísimo cariño y con no menor urbanidad. Entrad á serviros de mi casa y de mis bienes reposad en ella, que tendreis necesidad, miéntras yo voy á disponeros la cena, que espero no os desagradará, porque pienso que el hambre y el cansancio os habrán fatigado bien por iguales partes. Así es, repliqué yo, alegrándome más que todo el nombre de cena. Sentámonos inmediatamente en unos bancos rústicamente trabajados, y observamos que estaba hirviendo una olla arrimada al fuego, en la cual el viejo anacoreta echó á cocer

una gran cantidad de legumbres. Mi apetito, ya demasiadamente excitado por el hambre, se encendió mucho más á vista de la tal olla, tanto, que pareciéndome demasiado prolijas las disposiciones del ermitaño, estaba rabiando porque llegase la hora de cenar. Llegó finalmente, y nos sentamos á una mesa cubierta con sus manteles blancos y aseados, servilletas de la misma calidad, platos de Talavera finos y cubiertos muy decentes, tanto que me pareció estar en una fonda de Barcelona. Devoramos todas las legumbres, despues de las cuales el generoso ermitaño nos sirvió carne salada de Europa, fruta confitada, con otros varios géneros de dulces que nos parecieron muy exquisitos, y se terminó el banquete con un vasito de vino español de bonísima calidad, diciéndonos el anacoreta que aquello era para corregir las crudezas de la mucha agua que habiamos bebido. Padre, le dije entónces, yo verdaderamente estoy pasmado de ver las delicadas y exquisitas prevenciones que teneis reservadas en este desierto rincon del nuevo mundo. Hijo, me respondió, cuando sepas quién soy y el modo con que me mantengo aquí dejarás de admirarte de lo que has visto hasta ahora y de lo mucho que despues verás. No es tiempo este de que yo os detenga en inútiles conversaciones porque ámbos teneis necesidad de dormir. Venid conmigo: y tomando una luz nos fué conduciendo hácia un ángulo de la caverna, y abriendo una portezuela nos hizo entrar en una estancia adornada de manera que á la simplicidad y pulidez de los muebles añadia mucha gracia el buen gusto de su disposicion. Lo que más me sorprendió fué ver una muy limpia y decente cama á la moda de España, con tres ó cuatro mullidísimos colchones, sábanas más blancas que la nieve, y una sobrecama de finísimo algodon pintada á la chinesca, que al verla Matilde: Padre mio, dijo, no es razon que vos os priveis de vuestra cama para

dárnosla á nosotros; ni lo debemos permitir de modo alguno, porque há mucho tiempo que estamos acostumbrados á dormir sobre la yerba, ó cuando más (y eso por gran regalo) sobre las secas hojas de los árboles; y hecha ya nuestra naturaleza á este género de cama, la alteraria mucho el desórden y exceso de dormir en un lecho tan delicado. No (respondió prontamente el buen viejo), este es el cuarto destinado para los huéspedes; el mio es otro, que mañana vereis; y diciendo esto nos dejó la luz, cerró la puerta y se retiró á su habitacion. Luego que nos vimos solos se volvió á mí Matilde y me habló de esta manera: Amigo mio, ya sabes que soy mujer y doncella; te he dicho que nací noble y no te he ocultado que estoy resuelta á conservar mi honor áun á costa de mi vida. Si eres honrado y discreto, como lo pareces, no abusarás de la ocasion que te ofrece nuestra situacion para admitir pensamientos que sean contrarios á la distincion con que nací y al temor de Dios en que me educaron. Vé, pues, y acuéstate en la blanda cama que te ofrece la generosidad de tan extraordinario ermitaño, que yo dormiré en una de estas sillas. Me pareció que era obligacion instarla y áun importunarla á que ella se sirviese del lecho, jurándola que me portaria con todo aquel decoro, respeto y circunspeccion que se merecia su persona; mas al fin me fué forzoso darla gusto y obedecerla. Dormimos profundamente toda la noche y no despertamos hasta que el sol estaba ya muy alto en el horizonte. Abrimos las ventanas del cuarto y vimos que caian á un jardinillo, el más bello y más bien dispuesto de cuantos habiamos visto en toda la América: estaba ya en él nuestro solitario divirtiéndose en coger unas flores que nada envidiaban á los más finos y más fragantes jazmines de España. Luego que él nos vió nos saludó con indecible urbanidad, y viniendo él mismo á abrir la puerta de nuestra estancia, nos convidó á que entrásemos en

el jardin, donde encontramos una copiosa fuente ó manantial que á borbotones brotaba de un peñasco y desprendia de sí una agua fresca y cristalina, con la cual lavamos manos y cara. No nos hartábamos de alabar un sitio tan delicioso, que nunca creiamos se pudiese hallar en un paraje selvático é inculto, y era el más contrario al horror que naturalmente infunde la soledad.

Salimos del jardin, y el buen anacoreta nos condujo á su cuarto, que estaba inmediato al nuestro, pero más sencillamente, aunque con no menor aseo, alhajado que el primero. Una pobre camita, una banqueta, dos sillas, una mesita ordinaria y algunos libros cerrados en dos ó tres alacenas, que se dejaban ver por las celosías que los resguardaban, eran todo el ajuar de aquella estrecha celdilla. Enfrente de la portezuela por donde entramos se descubria otra que nos introdujo en un oratorio adornado con grandísima decencia. Arrodillámonos á rezar nuestras acostumbradas oraciones de la mañana, y entendimos era el mismo en que el ermitaño se retiraba á cumplir con sus devociones cuatro veces al dia. Salimos de aquel piadoso lugar, y restituyéndonos á la caverna, subimos al boqueron por donde se bajaba á ella. Ya habeis visto, hijos mios (nos dijo el ermitaño), que lo mejor de mi habitacion está escondido á los pasajeros que transitaren por aquí, y estoy bien seguro que ninguno creerá al ver esta horrorosa entrada que pudiese conducir á una habitacion igualmente cómoda que apacible y deliciosa. Defiéndela por el Septentrion aquel empinado monte, y un precipicio que cae á un lago de más que mediana amplitud, que se dilata entre el Poniente y Mediodia, impide que ninguno pueda acercarse á ella por aquella parte. Cómo ó de qué manera tuve la fortuna de encontrar este sitio, y por qué motivo le escogí para mi perpétua habitacion, miéntras Dios fuere servido de conservarme la vida, lo sabreis, hijos mios, si me hicié-

reis el favor de sentaros aquí conmigo y tuviéreis paciencia para oir los extraordinarios sucesos que me han pasado. Deseosos más que nunca de saber la historia de aquel hombre, que nos parecia muy particular, nos sentamos en unas piedras que estaban á la boca de la gruta, como si la naturaleza aposta las hubiese puesto allí para este efecto; y el anacoreta, despues de habernos suplicado que le oyésemos con silencio, comenzó á hablar así:

Yo soy Gil Blas de Santillana. Al oir este nombre no me pude contener sin cortarle la relacion y decirle con grandísima algazara: ¿Luego Vd., señor ermitaño, es aquel famoso Gil Blas de Santillana cuya historia anda en las manos de todos, no digo ya en España, sino en toda Europa, traducida en las principales lenguas de ella, y cuya lectura ha sido toda mi diversion en la prolija navegacion de Cádiz á Vera-Cruz? ¡Oh varon incomparable! ¿Y será posible que yo mismo me he de certificar ahora de que fueron verdaderos, reales y efectivos tantos y tan extraños sucesos como Vd. refiere de sí, los cuales tuve la temeridad, como tantísimos otros, de tenerlos por graciosas invenciones de una imaginacion viva é ingeniosa? ¿Y seré yo tan afortunado que logre saber de pe á pa, y por la misma boca de usted, todo lo que le sucedió despues de su matrimonio con la hermana del hidalgo de Juntella, y despues del nacimiento de aquellos dos hijos que eran toda la diversion y todo el consuelo de su dichosa vejez? Sí, respondió el ermitaño, ese mismo soy yo; y quién sabe si Dios, que se ha dignado concederme una vida más larga que la comun de los hombres, ha dispuesto traeros aquí para que seais testigos de mi cercana muerte y podais publicar cuál fué el fin de un hombre de quien se habló tanto en el mundo.

Queria el soldado que el anacoreta del Canadá fuese delante

con su historia; pero cuando yo oí nombrar una persona que reconocia por mi abuelo paterno, de quien tantas veces habia oido hablar á mi padre y á mi tio, no obstante lo mucho que me estimulaba la curiosidad de saber cuanto ántes una aventura tan rara, corté el hilo de la relacion para que entendiesen todos lo mucho que me habia sorprendido el gusto de haber llegado á conocer por un medio tan irregular á un ascendiente mio, cuya fortuna no habian logrado mi tío ni mi padre, los cuales ni siquiera habian tenido la menor noticia de él desde que habia partido de Liria. Buscáronle, dije, vanamente los dos hermanos luego que fueron capaces de razon por toda España y por toda la Francia, giraron la Alemania y la Italia, y al fin, no ménos cansados que desesperanzados de encontrarle, no teniendo valor para volverse á su castillo de Liria, se establecieron honradamente en Sicilia y emplearon aquel dinero que les habia quedado de las grandes riquezas de su padre Gil Blas. Mostráronse muy contentos así el soldado como mi bella Irene cuando supieron que yo era nieto de un hombre tan extraordinario, y esta última apuró mucho más á Isidoro para que fuese adelante con su curiosa relacion.

CAPITULO VIII.

Prosigue el soldado la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotea. Muerte de esta su segunda mujer, y el motivo que tuvo para resolverse á encerrarse en una soledad.

Cuando tu abuelo (continuó) me oyó dar razon tan puntual de su matrimonio con Dorotea y de los dos hijos que habia tenido en ella, prosiguió su relacion, diciendo así: No es menester que yo os cuente todos los pasos antecedentes de mi vida, supuesto que ya la habreis leido, ó á lo ménos tenido noticia de ellos, y así bastará que prosiga desde esta época, la cual sin duda fué la más memorable para mí. Tenia gran confianza en mi cuñado D. Juan, y Scipion, aquel famoso, querido y fidelísimo criado mio, con su amorosa asistencia me aliviaba mucho el peso de aquellos graves cuidados, que rara vez dejan de oprimir á quien se halla constituido cabeza de una familia. Mi muy amada esposa me daba mil pruebas de una amorosa, fina y sincera correspondencia, y mis dos amables hijos iban mostrando un espíritu que sumamente me consolaba. Teníame por un hombre feliz, y haciendo reflexion á las raras alternativas de bien y mal de mi vida pasada, bendecia mil veces la hora en que tomé la resolucion de retirarme por la segunda vez á mi castillo de Liria. Todas mis diversiones eran inocentes. Pasaba el tiempo en la librería de D. César, en mi jardin, en la caza ó en la pesca. ¡Oh

qué tiempo aquel, si hubiera durado mucho! ¡Mas oh, y que inconstante es la felicidad humana! Apénas se habian pasado cinco años despues de mi matrimonio, cuando comenzaron á llover sobre mí las más terribles desgracias. Mi mujer, la gentil, la discreta Dorotea, murió en muy pocos dias de una maligna calentura, que no se la supieron curar ni el disparatado método del doctor Sangredo, ni todos los decantados eméticos y opiatas de la nueva escuela. Fué este un golpe acerbísimo para mí, porque con ella habia perdido dos mujeres; pero la pérdida de esta segunda, que me habia regalado con dos amabilísimos hijos, me fué mucho más sensible que la de la primera, tanto, que ni todo el buen humor de mi secretario ni todos los esfuerzos de su amor y de su lealtad fueron bastantes para consolarme, ni áun para suspender por algun tiempo el desesperado dolor que dia y noche me atormentaba. El sitio de Liria, que hasta entónces era para mí el más delicioso, se me hizo mucho más odioso que la prision de Segovia, y todo lo que antes me divertia ahora me enfadaba, causándome un tédio y un horror que no me era posible tolerar. Si Scipion y mi cuñado pretendian confortarme, no sólo perdian el tiempo y las palabras, sino que ellos mismos quedaban más condolidos y desconsolados, conociendo que todas sus caritativas y amorosas atenciones no producian otro efecto que aumentar más mi melancolía. Manteníanse todavía en Zaragoza mis grandes y amados protectores D. César y don Alonso de Leyva, los que, luego que llegó á su noticia el funesto accidente que me habia sucedido, me hicieron mil instancias para que me transfiriese á su córte. En medio del horror que habia cobrado al gran mundo, por esta vez no me pude negar á complacerlos, y más con la esperanza de que, alejándome de un lugar donde todo cuanto se me presentaba á la vista era nuevo incentivo á mi dolor, podia la distancia hacérmele olvidar po-

co á poco y facilitar el modo de recibir algun consuelo. Entregué mis tiernos hijos á la custodia de Scipion, y recomendándolos á mi cuñado me partí con un solo criado á la capital del reino de Aragon. Luego que llegué á sus confines oí decir que pocos dias ántes habia muerto D. César: noticia que exaltó mucho mi tristeza. Segun eso, me decia á mí mismo, yo voy á consolar y no á ser consolado; y efectivamente, encontré afligidísimo á D. Alfonso luego que le ví.

Ni él ni yo pudimos contener las lágrimas. Tú (me dijo), amigo amado, has venido á confundir tu dolor con el mio. El cielo me ha dejado á mí sin el mejor padre y ha querido que tú perdieses la mejor de las mujeres. Si el ser compañeros en la afliccion no sirve de consuelo á dos amigos, viendo estoy que nosotros dos seremos dos afligidos inconsolables. ¡Mas ay! que otra gran desgracia sucedió inmediatamente á la primera. Acometió á Serafina una calentura con todos los síntomas de la que habia llevado á la sepultura á Dorotea, y de ella murió al dia noveno, sin que los más acreditados médicos del reino de Aragon que fueron llamados para socorrerla la pudiesen librar de la guadaña inexorable. ¡Qué tormento para D. Alfonso! ¡Qué pena para mí! Aquel no pudo resistir á tanta desventura, porque el excesivo amor á su dorada esposa le sugeria continuamente nuevos motivos de grandísimo dolor, y se apoderó enteramente de su corazon una cruel melancolía que absolutamente le oprimió todo su espíritu. Cada dia le veia más afligido y más atormentado; ni mis palabras ni todos cuantos arbitrios discurria para divertirle fueron bastantes para disminuir un punto su desconsuelo y su dolor. Finalmente, no pudiendo resistir á tan repetidas desgracias se rindió enfermo en la cama y pasó á hacer compañía al otro mundo á aquella su amada mitad, sin la cual ya no podia vivir en este. Hasta que dió el último sus-

piro le asistí con una atencion y con un amor digno de mi reconocimiento; y él, observando bien áun en aquella hora la fidelidad de mi servicio, me dejó un legado de seis mil doblones ¿Quién lo creerá? Algun otro quizá fácilmente se hubiera consolado en una muerte que le hacia dueño de tan cuantioso legado; pero yo, acostumbrado ya á mirar con desprecio las riquezas, no supe moderar el entusiasmo de mi dolor ni áun á vista del oro que me presentaron luego sus herederos. En el breve espacio de solos dos meses habia perdido todo cuanto más amaba en este mundo. La memoria de mi Dorotea me hacia mirar como funesto y fatal para mí el sitio de Liria; la de los tres funerales de mis mayores bienhechores me habia hecho cobrar, no ya tédio, sino grande horror á la metrópoli de Aragon. Sólo me podia consolar la compañía de mis pequeñitos hijos, pero este consuelo se convertiria en mayor tormento, haciéndome acordar siempre que los viese de que ya no vivia su madre.

Hallándome en tan deplorable estado, tomé un partido que á muchos les pareció cobarde efecto de la desesperacion, ántes que valeroso hijo de un racional y justo desengaño. Resolví, pues, abandonar todo lo que más estimaba en esta vida y esconderme en un sitio donde jamás pudiese llegar á mis oidos noticia alguna de mi familia ni de algun otro conocido mio. A tan extravagante resolucion me movió el conocimiento práctico adquirido con mi propia experiencia de la inconstancia y ninguna seguridad que hay en las felicidades de esta vida. Cuando la fortuna comienza á divertirse y á jugar con los mortales se atropellan unas á otras las desgracias, y habiendo aquella comenzado á mirarme á mí con ojos tan malignos, temí con razon que las mias ya no tendrian fin sino con el de mi vida. Preocupada mi imaginacion con estas ideas de un ingenioso terror, ya me parecia estar viendo la muerte de Scipion, la de mi

cuñado y de mis hijos, con la pérdida de todos mis bienes. Ea, pues, me decia yo á mí mismo; prevengamos animosamente todos estos golpes con un valor digno del espíritu de Santillana: abandónese el mundo ántes que el mundo me abandone á mí: déjese la España para siempre y huyan mis ojos de ver aquellas cosas que están sujetas á que la violencia me las quite de la vista. Sea mi sepultura en vida un retiro extravagante: sea un asilo que me defienda y una tumba que á todos me esconda estando vivo. Dicho esto, sin atender ya á otra cosa, me dispuse para mi partida, que puse en ejecucion no más tarde que el dia siguiente. Dejé escrita una carta para Scipion y para mi cuñado, recomendándoles mucho el cuidado de mis tiernos hijos y diciéndoles que quizás ya no me verian más.

Partí, pues, de Zaragoza llevando conmigo los seis mil doblones del legado en otras tantas letras de cambio para varios mercaderes de Cádiz. Llegué á este puerto á tiempo que estaba para hacerse á la vela la flota de Méjico. Me embarqué con todo mi tesoro, y habiendo fletado para mí un camarote en el navío del vice-almirante, comencé á divertirme á solas con la lectura de varios libros morales de que habia hecho provision ántes de meterme en el mar. Consumiéronse algunos meses en el viaje, y finalmente toda la flota dió fondo en Vera-Cruz con la mayor felicidad. Ninguno de los que habian venido en mi navío sabía quién era yo, y mi vida retirada y melancólica habia excitado la curiosidad del vice-almirante, deseosísimo de averiguar qué personaje era. Luego que saltamos en tierra me hizo llamar, y con grande arte procuró examinar mi condicion y el motivo de mi viaje: á lo que respondí que era castellano, y que sólo el deseo de ver mundo, y particularmente las Indias Occidentales, me habia hecho emprender aquella navegacion. Quedó poco satisfecho de mis respuestas, y así me replicó: En

vano disimula Vd. los verdaderos motivos de su salida de España, pues leyendo estoy en su semblante causas mucho más graves de semejante resolucion que las que Vd. me quiere dar á entender. Su profunda melancolía me hace creer que no fué mera curiosidad la que le indujo á arrojarse á todas las incomodidades y peligros del mar, y el espíritu de soledad que constantemente ha manifestado Vd. en toda la navegacion casi me persuade á que algun trabajo ó (lo que sería mucho peor) algun enorme delito que Vd. ha cometido le ha puesto en precision de abandonar para siempre la amada pátria. Soy caballero, y sólo pretendo que Vd. se desahogue conmigo para servirle y ayudarle hasta donde llegaren mis fuerzas, y así descúbrame su corazon con entera libertad. Señor, le respondí, estoy muy pronto á complacer á Vd. sólo con que me dé palabra de caballero de no descubrirme jamás á ninguno. Me la dió prontamente, y á su palabra de honor añadió el sagrado vínculo del juramento. Entónces le manifesté claramente quién era yo, informándole de los motivos que tenia para dedicarme á una vida absolutamente muerta á todo comercio del mundo. Es cierto que le pareció muy extraña mi resolucion, mas no por eso dejó de admirar la firmeza y el teson con que me mantuve en la misma, á pesar de las muchas y fortísimas razones que me expuso para reducirme á mudar de parecer. Vd, me dijo, verdaderamente es un hombre extraordinario, pues ninguna fuerza le hace el amor de padre. El bello mundo y el trato con los hombres, tan dulce para todos, pero más particularmente para aquellos que tienen algunos bienes de fortuna, tampoco le mueve nada. La pátria ha llegado para Vd. á ser una cosa muy indiferente: sólo se complace en la contemplacion y en un perpétuo silencio, pues piensa retirarse á un paraje donde no tenga otra compañía que la de los brutos y las fieras. Señor Santi-

llana, ya me parece estar viendo en Vd. un perfecto anacoreta, y sin duda se hará más glorioso por los últimos años de una vida terminada de un modo tan raro y tan admirable, que por aquellos que empleó en el servicio de dos primeros Ministros. Sólo deseo deber á Vd. el favor de que me confie el sitio donde piensa sepultarse ántes de morir, para lograr el consuelo de poder verle alguna vez con motivo de mis frecuentes viajes á la América. Respondíle á esto que pensaba pasar á Méjico con el fin de visitar algunos desiertos, de cuya situacion tenia alguna noticia por los mapas, para escoger el lugar que me pareciese más á propósito para mis intentos. Ciertamente que en la eleccion de este sitio anduvo conmigo la divina Providencia, pues fué tan afortunado para mí como lo oireis en adelante.

No me fué posible disuadir al vice-almirante que me acompañase en este viaje teniendo la comodidad de hacerlo durante el largo tiempo que se habia de pasar ántes que llegase el acostumbrado para el regreso de la flota á España. Partimos, pues, á Méjico y desde allí nos vinimos á girar por las incultas y vastas llanuras que se descubren desde aquí. Trajimos con nosotros bastantes provisiones, y cuatro criados del vice-almirante, armados todos con sus fusiles, nos servian de escolta, y despues de haber visitado inútilmente los más retirados escondrijos que rodean estos llanos sin haber encontrado sitio alguno que me contentase, llegamos impensadamente á esta dichosa caverna guiados de aquella misma luz que á vosotros os condujo á ella. Ardia tambien entónces toda la noche, y la descubrimos desde las márgenes del rio, cuya corriente veniamos siguiendo. Desde luego hicimos juicio que seria habitacion de algun ermitaño, y no nos engañamos. Vimos en la entrada de ella un venerable anciano, que nos recibió lleno de pasmo, pues segun nos dijo habia veinte años que no habia visto per-

sona de nuestro traje y de nuestro porte. Nos saludó con grande afabilidad y cortesía, y por entre las arrugas de la cara y lo espeso de las barbas se dejaban ver ciertas facciones delicadas, y al mismo tiempo majestuosas, que dadan un aire noble al semblante. Quedóse muy admirado el vice-almirante de tan singular aventura, y despues que nuestros criados nos dispusieron la cena, á la cual convidamos al ermitaño, nos sentamos á aquella misma mesilla que vísteis ayer y despachamos lo que nos pusieron delante con muy buen apetito. El viejo nos condujo al cuarto donde habiamos de dormir, cuyos muebles eran entónces un poco más rústicos que los que ahora estais viendo. Dormimos en dicho cuarto, y nuestra escolta plantó sus tiendas fuera de la caverna. La mañana siguiente, picándonos la curiosidad de saber quién era aquel venerable anciano que con tanta humanidad nos habia recogido, y cómo ó de qué manera habia podido fabricar un albergue tan extraordinario y al mismo tiempo tan cómodo, nos levantamos muy temprano, y habiendo encontrado al buen viejo, que se estaba paseando en el huerto, le suplicamos que nos hiciese el gusto de contarnos los sucesos de su vida, y muy particularmente el que le movió á establecerse en aquella soledad. No se hizo de rogar el amable anacoreta, y habiéndonos sentado todos, dió principio á su admirable historia en la manera siguiente.

CAPÍTULO IX.

Historia del nieto de Motezuma, último emperador de Méjico.

Yo soy nieto del famoso Motezuma, último emperador de Méjico, y ahora es la primera vez que sale de mi boca esta noticia, bien persuadido de vuestra discrecion que se quedará profundamente sepultada en vuestro pecho, y más cuando mi edad, mi estado presente y el género de vida que he abrazado pueden ser el más seguro fiador contra los políticos recelos que podia suscitar la existencia de un pariente tan cercano del postrer monarca de estos países. Cuando Hernan Cortés vino á apoderarse de ellos, mi padre usurpó la corona, quitándosela de las sienes á mi abuelo, y habiendo hallado modo de refugiarse con una de sus mujeres en uno de estos desiertos, en él me dió la vida mi madre, y perdió la suya en el acto de darme á mí la mia. Buscaban con las más vivas diligencias á mi padre para acabar con él, por lo que se vió precisado á esconderse en los más densos y más solitarios bosques; pero no le valió, porque al fin vino á caer en sus manos, y yo tambien juntamente con él. Hízonos prisioneros un capitan en los confines del Canadá, pero sin saber quiénes éramos, y nos condujo á Méjico.

Quiso mi buena fortuna que en la esclavitud no me separaron de mi padre y que el amo que nos tocó fuese un hombre discreto y compasivo, que me hizo criar con el mayor cuidado, y con el mismo atendió á que se me diese la mejor educacion instruyéndome en los dogmas de nuestra santa religion. Murió mi padre entre mis brazos cuando yo tenia ya quince años, y ántes de espirar me declaró cuál era nuestra familia; pero al mismo tiempo exhortándome y áun conjurándome con todas las veras de su paternal corazon sobre que jamás ni de ninguna manera me diese por entendido, ántes bien disimulase y me conformase con mi destino, acomodándome en todo á él, lo que he observado así religiosamente todo el tiempo de mi vida. Nunca dí lugar en mi pecho á la ambicion, á lo que cooperó no poco la buena doctrina que mi amo me enseñó acompañada en todo con su ejemplo: gracias á Dios y á Hernan Cortés, que me destinó al servicio de tan cristiano y tan timorato patron. Este buen hombre habia adquirido grandísimas riquezas; pero temiendo quizá que los medios no hubieren sido los más legítimos segun el moral que se usaba en aquellos peligrosos tiempos, tomó la heróica resolucion de abandonarlas todas y retirarse del mundo; escogió este sitio para su retiro y fabricó los cuartos ó camarotes que hay en él, adornándolos con mucha sencillez, pero al mismo tiempo con igual decencia y aseo. Trajo consigo varios libros ascéticos ó espirituales, dejando órden en Méjico á un buen clérigo su amigo y corresponsal que repartiese entre los pobres, particularmente entre los indios esclavos, todas las rentas anuales que le producian sus grandes haciendas y posesiones, reservando solamente lo preciso para comprar las legumbres, carnes saladas y otras provisiones semejantes que cada año le habia de enviar para su propia subsistencia. Preguntó á todos sus criados si entre ellos habia algu-

no á quien le diese ánimo de acompañarle, y solamente encontró este valor en el nieto de Motezuma. Víneme, pues, con él á esta soledad y viví en su compañía por espacio de veinte años, y el buen clérigo de Méjico era puntualísimo en enviarnos cada año todo lo que habiamos menester. La vida frugal que haciamos, el benigno clima de este cielo y la distancia de todos aquellos objetos que suelen inquietar á los hombres parece que habian remozado á mi santo amo. En medio de esto, la lima sorda de la muerte llegó en fin á sacarle de este mundo, quedando yo único poseedor y dueño de la gruta. Dí sepultura á su cuerpo á los piés de aquella santa imágen ante la cual ardia aquella lamparilla cuya luz os condujo á este paraje, y hecho esto, resolví no salir de esta soledad hasta que el señor me retirase de entre los vivos.

. Miéntras, la pia y generosa resolucion de D. Fernando (este era el nombre del ilustre anacoreta) se habia esparcido por todo el imperio mejicano y concurrian muchas personas á visitarle, ya fuesen movidas de cierta piadosa devocion, ó ya de un espíritu de vana curiosidad; de modo que en aquel tiempo era muy frecuentada esta gruta de los peregrinos, que venian á ella como pudieran ir á un milagroso santuario. Aún no se habia extendido la noticia de su muerte cuando una mañana se dejaron ver en ella dos personas de diferente sexo, ámbas muy jóvenes, las cuales preguntaron por el hermano Fernando. El hermano Fernando (les respondí) há ya algunos dias que entregó el alma á su criador, y espero estará gozando en el cielo el fruto de sus santas obras. No bien oyeron esto los dos jóvenes, cuando penetrados de un vivísimo dolor prorumpieron en un amargo y deshecho llanto, de manera que las lágrimas y los suspiros ahogaban en la boca las palabras. ¿Qué parte teneis vosotros (les pregunté) en la muerte del hermano Fernando para

honrar su memoria con tan extraño dolor? Muchísima, me respondió el que parecia de menor edad, porque éramos sus nietos como hijos de una hija única suya que vino á Méjico con el deseo de volverle á ver, y hallando que ya no estaba en aquella ciudad y que no se sabia dónde habia ido á parar, murió en ella de puro dolor. Quedamos huérfanos los dos, y noticiosos al cabo de que se habia retirado á este sitio, inmediatamente nos pusimos en camino con el fin de participarle la pérdida de nuestra madre y de consolarnos con el hallazgo de nuestro abuelo, esperando que éste nos enderezaria por el camino derecho de la virtud. Y ahora vemos desvanecidas nuestras esperanzas, frustrados nuestros deseos y malogrados nuestros trabajos, pues ya no le hallamos vivo.

Conmoviéronme mucho unas palabras tan dolorosas, acomñadas de tan tiernas demostraciones, y reconociendo que la flaqueza y el cansancio tenian igualmente rendidos á los dos pobres peregrinos, los exhorté á que se retirasen á descansar, tomando primero algun alimento para reparar las fuerzas y recobrar los espíritus. Entráronse en la gruta y yo los introduje en la misma estancia donde Vds. han descansado. Admiráronse mucho cuando se vieron en un cuarto pobre, pero decentemente acomodado, donde se habian imaginado no encontrar otra cosa que muebles de penitencia y de horror. Estuvieron conmigo muchos dias sin que en todos ellos se disminuyese un punto su tristeza. Observaba yo que de cuando en cuando prorumpian en un deshecho y amarguísimo llanto, y no me acordaba de haber visto jamás en una edad tan verde y tan voluble un dolor tan maduro y tan constante. Me esforzaba á confortarlos, pero todo era tiempo perdido. El hermano, que segun él me dijo tenia el mismo nombre que su abuelo, era el que se mostraba más afligido que la hermana, y tanto, que creciendo

cada dia más y más su melancolía, se convirtió en una enfermedad irremediable que le redujo á los extremos, y conociendo él mismo que se acercaba su muerte, poco ántes de espirar me habló en esta sustancia: Padre mio, porque así os debo llamar puesto que os considero como el hijo predilecto de mi querido abuelo: padre mio, yo estoy ya para exhalar el último aliento; os recomiendo la única persona que amo en este mundo; os suplico que esa hermanita mia, esa pobrecita huérfana, destituida de toda humana proteccion, sea el objeto de vuestra caridad, el empleo de vuestro cuidado y viva siempre á vista de vuestro ejemplo y al abrigo de vuestra virtud. Vuelto despues á la hermana: Y tú, hermanita mia (la dijo), obedece con todo rendimiento á este santo hombre, siendo su ejemplo y sus consejos la segura guia que te conducirá al término de la vida sin que ninguna culpa grave haya manchado el candor de tu inocente alma. No pudo proseguir más adelante: comenzóse á turbar la luz de sus ojos, apretóme la mano, hizo lo mismo con la de su inconsolable hermanita y espiró plácidamente.

Ya Vds. se figurarán cuáles serian los dolorosos extremos de la traspasada doncellita, sumergida enteramente en un interminable llanto y combatida al mismo tiempo de los diversos funestísimos afectos de su presente constitucion. Hice cuanto pude de mi parte para consolarla; pero considerando que sólo el tiempo era capaz de curar aquella profunda llaga, procuré dar sepultura al joven Fernando para retirar de sus ojos el objeto que le traspasaba el corazon. Le enterré pues junto al sitio donde estaba sepultado su abuelo, y desde entónces comencé á encender todas las noches aquella luz que vieron Vds. La muchachuela, que á la sazon podria tener trece años, cuidaba todos los dias de adornar con flores de mi huertecillo la sagrada imágen, ante la cual ardia aquella pequeña lámpara, y diariamente emplea-

ba algunas horas en hacer oracion sobre la sepultura de su hermanito. Lo restante del dia se ocupaba en la lectura de libros espirituales, en algunas labores mujeriles, en regar y cultivar las flores de nuestro jardinito, de modo que vivíamos los dos con una paz envidiable y por muchos meses miraba yo á la niña con la mayor indiferencia. ¡Pero qué peligrosa es la ocasion! Yo contaba sólo treinta años, edad demasiadamente sujeta á los estímulos de la carne y á las flaquezas de la humanidad; Dionisia (que así se llamaba la doncellita) era de bellísimo parecer, sin que disminuyese su hermosura la negligencia en el vestirse ni el ningun cuidado que ponia en ayudarla; ántes bien la modestia, inseparable compañera de todas sus acciones, añadia muchos grados á su mérito, y su dulce y delicadísima voz daba extraordinaria gracia á sus discursos. Tenia yo continuamente á la vista todos estos atractivos, y comenzaba ya á mirarla con cierta inclinacion muy diferente de la que produce una inocente y áun virtuosa complacencia. No me contentaba con que me mostrase en todo una condescendencia de hija; deseaba que esta se convirtiese en las ternuras de esposa. ¿Qué mal hay (me decia yo á mí mismo) en que un ermitaño sea tambien marido? Yo no he ligado mi libertad con ningun género de voto; tan libre estoy y tan libre soy de mí mismo en esta soledad como lo era en Méjico; Dionisia es la legítima heredera de cuanto tenia su abuelo D. Fernando; yo no puedo con buena conciencia pretender sustituirla, si los derechos de un matrimonio no me hacen legítima la posesion: el corresponsal del buen viejo, ya difunto, quizá se negará á enviarme las acostumbradas anuales provisiones cuando tenga noticia de su muerte, si no sabe que está conmigo la única y legítima heredera que le representa. Por otra parte, mantener un ermitaño en su compañía y en esta soledad una doncella de estas cir-

cunstancias escandalizará al mundo cuando se sepa, y cada uno dirá lo que se le antojare, aunque nunca sea verdad; pero si al mismo tiempo se sabe que es mi legítima mujer, cesarán todas las murmuraciones y ninguno tendrá que decir, si no que sean los ociosos y los bufones de profesion.

Estas reflexiones, tales cuales ellas fuesen, me convencieron de manera que ya me parecia no sólo cosa honesta, sino absolutamente necesaria para mí, el abrazar el estado del matrimonio; y desde aquel punto sólo esperé á una buena conyuntura para hacer la proposicion á Dionisia. La única dificultad que se me ofrecia para inducirla á que consintiese en mi pensamiento era el haber conocido que mostraba en todo una sencillez y un candor superior á cuanto se puede imaginar, tanto que Dionisia, aún más que la paloma, podia ser el símbolo de la inocencia. No obstante este tropiezo que me ponia delante mi consideracion, se me vino á la mano la oportunidad una mañana que, hallándose ella conmigo en este mismo sitio en que estamos, me hizo el siguiente discurso:

Padre mio, ya sabe Vd. que frecuentemente inquietan mi sueño ciertas imágenes que me llenan de horror y me perturban mucho. Se me representan en la medio despierta y medio dormida fantasía objetos espantosos, sombras y fantasmas que me hacen temblar de miedo. Veo en sueños la figura de mi hermano, y cuando despierto toda me estremezco. La noche pasada me pareció que le estaba viendo con un vestido más blanco que los jazmines y áun la misma nieve: tenia en la mano una hacha encendida, la que me aplicó al lado izquierdo, y sentí como que se me abrasaba el corazon: desperté toda sobresaltada, y considerando la extravagancia del sueño no me fué posible volverme á dormir. ¡Ah, señor! Si su ciencia, si lo mucho que Vd. ha estudiado, si la gran contemplacion á que se ha

dedicado en este retiro le han sugerido alguna luz para interpretar una vision tan extraordinaria, hágalo por caridad y líbreme de una inquietud que verdaderamente tiene agitado mi corazon. Este discurso de Dionisia no podia serme más grato ni venir más á propósito para mi intento. Hija (la respondí, revistiéndome de una cierta gravedad), pensaré maduramente las circunstancias de tu sueño y esta noche espero consolarte con mi respuesta. Fácilmente creerán Vds. que no fuí á consultar libro alguno para explicar el sueño á la inocente nieta de mi amo y que nada me costó el interpretarlo á favor de lo que yo deseaba. Dionisia, la dije, espero dejarte consolada: los espectros, sombras y fantasmas que has visto entre sueños en las noches antecedentes te dan evidentemente á entender que no te conviene mantenerte sola en el estado en que te hallas; porque si consideramos estos fenómenos segun el órden de la naturaleza, se comprende que el hervor orgulloso de la sangre no es compatible con el estado de la virginidad, y si les queremos dar un sentido figurado y misterioso los debemos mirar como avisos que te dan de que admitas en tu lecho una legítima compañía, la cual te asegure contra los espantos de las visiones nocturnas. Es grande confirmacion de todo lo que te digo el haber visto á tu hermano con un vestido tan blanco y una antorcha encendida en la mano aplicándotela al lado izquierdo, abriendo y abrasando tu corazon; porque el vestido blanco es símbolo muy propio del puro y legítimo matrimonio; la llama que te abrasaba el corazon lo es muy claro del casto y conyugal amor á un esposo, que debes conservar encendido miéntras te durase la vida. Un hermano tuyo es el que te anuncia este destino. Pues ¿qué mayor fortuna puedes esperar que la que te intima una persona que tanto te ama, y que siendo, como piadosamente debemos creer, del número de los predestinados, no

te puede engañar? Pronuncié estas últimas palabras en tono de oráculo y como de un hombre inspirado: tanto como esto me habian trastornado mis pasiones la verdadera idea de la sólida virtud, aplicándome miéntras tanto á observar todos los movimientos de la inocente doncellita. Víla como enteramente sobrecogida de un extraordinario asombro, ya ponerse pálida, ya cubrirse de un encendido rubor su amabilísimo semblante: dudé por algun tiempo si aquellas eran señales poco favorables á lo que yo deseaba; pero presto me desengañé, conociendo que eran efectos del sobresalto y la perturbacion, ocasionados de su imponderable sencillez y simplicidad.

Los términos de *Amor*, *Esposo* y *Matrimonio*, eran para aquella bendita criatura un lenguaje del todo desconocido; porque ignoraba qué significaban aquellas palabras, ni cómo se habia de poner en ejecucion el consejo que su hermano la habia dado segun mi exposicion. Pero al mismo tiempo el gran concepto que habia hecho de mi persona la hacia creer que yo no era capaz de engañarla, y en virtud de esto, luego que volvió un poco sobre sí me preguntó cómo ó de qué manera habia de ejecutar lo que su hermano la habia aconsejado, en qué consistia el matrimonio, qué cosa era amor y quién habia de ser su esposo. Me fué preciso responder á todas estas preguntas, y la expliqué lo que era el matrimonio, tanto en la forma como en la materia; describíla el amor como una pasion dulcísima y tiernísima, cuya madre es la misma naturaleza, y que entónces se perfecciona cuando es acompañado de una legítima correspondencia; pero cuando llegué á la última pregunta me hallé un poco embarazado, y me fué forzoso valerme de grandes rodeos y circunloquios de palabras para darla á entender que el esposo que el cielo la habia destinado no podia ser otro que yo. Díjela en este asunto que la soledad en que nos hallá

bamos los dos no dejaba lugar á la menor duda en punto á la eleccion de esposo; que si estuviera destinada para otro que para mí no la hubiera traido la Providencia á un lugar donde sus ojos no tenian otro objeto que mirar, ni su eleccion otro sugeto en quién escoger; y en fin, que los varios sucesos y accidenres que la habian privado de todos y de todo, fuera de mi compañía, eran los medios ó las causas segundas de que se habia valido el cielo para llevar al fin un matrimonio que estaba escrito con caractéres indelebles sobre las mismas estrellas. Todo este fárrago de frívolas razones hicieron consentir á la sencillísima muchacha en que me daria la mano; pero aunque fuí poco escrupuloso en la elccion de los artificios de que me valí para vencer el ánimo de Dionisia, lo fuí muchísimo en punto á las sustanciales ceremonias de nuestro esponsal, porque no quise que faltase á su legitimidad ni la más mínima circunstancia. Con este fin la llevé conmigo á Méjico, donde públicamente nos desposamos con toda solemnidad. Dionisia tenia en su poder los documentos más auténticos para hacerse reconocer por hija legítima del difunto D. Fernando, y como tal, única heredera suya despues de la muerte de su hermano; y el Sacerdote que administraba la herencia no tuvo el menor reparo en suministrarnos las acostumbradas provisiones, prometiendo aumentarlas cuando mi mujer me diese sucesion.

Y vean Vds. aquí dos esposos ermitaños, que pudiendo vivir mucho más cómodamente en la ciudad, quisieron más volverse á su desierto. No se puede explicar cuán felices fueron los dos primeros años de nuestro matrimonio. Parecia que el cielo nos habia llenado de bendiciones, y yo me lisonjeaba de que esta felicidad duraria miéntras nos durase la vida. Mas ¡oh inconstancia de las cosas humanas! Veia yo hacer graciosos pucheritos en la cuna á un hijito mio, que mi esposa habia dado

á luz lo más felizmente del mundo, aunque sin asistencia de comadre ni de ama que á lo ménos la ayudase á criarle. Ella sola le criaba con la leche de sus pechos, esperando que con el tiempo tambien ella misma le daria una santa educacion. Nos ayudábamos recíprocamente cada uno á proporcion de sus fuerzas, y cumplia cada cual con sus respectivos oficios, aliviándonos con el peso de nuestra corta familia. Habia aprendido ya Dionisia qué cosa era amor, y conocia por su propia experiencia que verdaderamente era una cosa tan dulce como yo se la habia pintado. Finalmente, ninguna cosa turbaba nuestra paz ni nuestro contento, cuando un diluvio de desastres nos vino á precipitar en un abismo de dolores. Habíase esparcido por todo Méjico la noticia de nuestro matrimonio, de manera que no se hablaba de otra cosa en los corrillos de las plazas y era el asunto más comun de todas las conversaciones. Celebrábase la hermosura de mi esposa como la de una segunda Elena, y algunos mozos disolutos, movidos de su brutal concupiscencia, se compadecian de ella y lloraban su desgracia, ni más ni ménos como llora el cocodrilo la muerte del infeliz que tiene entre sus dientes para despedazarle. Decian que nuestra soledad era una sepultura de vivos, y que no se debia sufrir que una hermosura, que ella sola bastaba para ser el honor y las delicias de Méjico, estuviese enterrada en el hórrido boqueron de una caverna. El Sacerdote, mi corresponsal, me dió aviso de estos discursos que se hacian en la capital de aquel imperio, y este fué el primer disgusto que tuve en mi nuevo estado matrimonial. No se puede negar que es defecto, ó cuando ménos una gran flaqueza del amor, sentir disgusto de que el objeto amado sea mirado por otros con inclinacion ó con parcialidad. Querríase que á ninguno agradase, ántes bien que fuese aborrecida de todos aquella persona que uno ama; pero con todo eso hice

poco caso de lo que el Sacerdote me escribia, no creyendo pudiese llegar á tanto el furor de los que envidiaban mi fortuna que pensasen en privarme de ella. Suponia que mi yermo seria el más seguro asilo de la inocencia, y que seria más respetado que lo fué la córte de Menelao del atrevido Troyano, que le arrebató la esposa. Pero una noche, cuando estaba todo en la mayor quietud y silencio y me hallaba en el lecho con mi querida Dionisia y nuestro adorado hijito, sentí no sé qué ruido dentro de la caverna. Me levanté de la cama apresurado, me arrimé á la puerta y apliqué el oido para escuchar mejor lo que se decia ó lo que pasaba allá fuera. Mas ¡oh Dios! hé aquí que veo echar en tierra la puerta á grandes golpes de un mazo y entrar de repente una gabilla de asesinos que me echaron un lazo al cuello con intencion de ahogarme, miéntras otros intrépidamente se metieron en el cuarto donde estaba la cama, de la cual sacaron arrastrando á mi querida Dionisia, tal cual estaba, y sin que la valiesen sus ruegos, sus lágrimas, ni sus lastimosos clamores se la llevaron fuera de la gruta, no siéndome posible socorrerla por hallarme en mi cuarto médio muerto por lo apretado del lazo, que me sofocaba. No puedo decir el tiempo que estuve en aquel peligroso estado, y sólo sé que luego que volví en mí y me pude levantar salí afanado en busca de mi esposa, pero no hallé el menor vestigio de ella. Reinaba en todo el contorno una grandísima quietud y un profundo silencio, lo que añadido al horror de la noche contribuia mucho á que se me hiciese más sensible mi desgracia. Me volví á mi ya viudo lecho, donde sólo habia quedado el tiernecito niño, el cual con sus dolorosos vagidos pedia el debido alimento á los pechos de su ya perdida madre. ¡Pobre hijito mio! exclamé entónces, ahogándoseme las palabras en las lágrimas. ¿Qué cruel destino te ha separado de aquella que te dió el sér,

y te le conservaba alimentándote con una porcion de sí misma? Eres bien desgraciado, hijo querido, pues sólo te ha quedado un padre incapaz de sustentarte, y que sabe Dios si tendrá fuerza para sobrevivir á la desventura que le oprime. Amada Dionisia mia, ¿qué mano sacrílega, qué malvado Páris te arrebató de los brazos de tu esposo y te separó de tu hijo? Pero todas las cosas se hacian sordas á mis lamentos, y la aurora, que ya comenzaba á despuntar, vino á renovar con mayor fuerza mi afliccion. Era puntualmente aquella hora en que, abandonando las blandas y ociosas plumas del lecho, nos levantábamos los dos, y despues de haber rezado nuestras acostumbradas oraciones, íbamos todas las mañanas al jardin para gozar de aquella aura apacible que suele acompañar á la bellísima precursora del sol. La memoria de aquella inocentísima diversion, cuya mejor parte veia que me faltaba, me suspendió de repente todos los espíritus, de manera que caí en tierra, perdidos enteramente los sentidos, poco ménos que si estuviera muerto. Pero me dilataria mucho y seria muy pesado y molestísimo á Vds. si me detuviera en describir todas las extravagancias de un vehementísimo dolor, cuya fuerza no se comenzó á mitigar hasta pasados dos años. Procuré en este tiempo sustentar á mi pobre hijo con aquellos alimentos que me parecieron más proporcionados á su tierna edad, y tuve el consuelo de verle criarse y crecer prósperamente. Este era el único alivio mio, y tambien el único dique contra los frecuentes raptos á que me incitaban, alborotándome la imaginacion mis furiosas manías. Comenzaba ya á mover sus piececitos y á dar por sí sólo algunos pasos, como tambien á pronunciar con lengua balbuciente algunas palabras, y contaba ya el niño seis años, sin que en todo este tiempo hubiese yo podido adquirir la más mínima noticia de su madre.

En vano habia escrito sobre el asunto á mi corresponsal, bien que este buen Sacerdote, no habiendo descubierto nunca rastro alguno seguro de Dionisia, me consolaba con sus cristianas cartas, inspirándome resignacion, ánimo y valor para sufrir con paciencia mi desventura. En este medio tiempo, hallándome yo sentado al pié de un árbol no muy distante de aquí, en compañía de mi niño, poseido enteramente de mi acostumbrada melancolía, oí una voz como á distancia de cien pasos, que pronunció claramente estas palabras: *Traidor, tú me has muerto; pero el cielo vengador de los inocentes castigará cuando ménos lo pienses tu delito y te hará probar el rigor de su justicia.* Levantéme apresurado al oir dichas palabras, y corriendo hácia aquel sitio de donde me pareció que habia salido la voz, me encontré con un hombre tendido en el suelo bañado todo en su sangre, y ví á otro que se escapaba con un puñal en la mano. Arrojéme blandamente sobre el infeliz herido, viendo que todavía respiraba, le desnudé como pude de medio cuerpo arriba, y sacándole la camisa hice de ella varias vendas, con las cuales restañé la sangre y até una grande y profunda herida que tenia en el pecho. Toméle dulcemente por un brazo, y conduciéndole á mi gruta poco á poco le eché sobre una cama para procurarle algun remedio. Tenia algunos preciosos bálsamos que habia heredado de mi amo D. Fernando, el cual siempre llevaba consigo algunos de ellos para lo que podia ocurrir, y aplicándole el que me pareció mejor, muy en breve dió señales de sanar y grandes esperanzas de vida.

Durmió un poco aquella noche, y yo me eché sobre un colchon en su misma cama, haciéndole compañía hasta que amaneció el dia siguiente. Luego que me vió se puso en pié como pudo, y mirándome de hito en hito: ¿Quién eres tú, me dijo con voz lánguida y trémula, que has querido tomarte el trabajo de

cuidar de un merecedor de mil muertes? Soy, le respondí, un hombre, que por la ley natural y por la cristiana que profeso estoy obligado á socorrer á mi prójimo. Entónces me miró más fijamente, dió una ojeada por toda la estancia, iluminada ya bastantemente por los primeros rayos del sol, cerró otra vez sus ojos, volvióme las espaldas, arrancó del corazon un dolorosísimo suspiro y prorumpió en un amarguísimo y copiosísimo llanto. No se hartaba aquel hombre de llorar, y me pareció que mi presencia le acrecentaba el dolor, por lo que tomé el partido de dejarle solo, pero dando órden á mi hijo que estuviese á la mira y me avisase de cualquiera novedad. Miéntras tanto yo me fuí al huerto á proseguir ciertas labores que habia comenzado para su mejor cultivo. Podia haberse pasado como una media hora cuando me llamaron las voces del chicuelo, el cual gritaba á todo gritar, diciendo: Padre, padre, acuda Vd. aprisa, que el señor herido quiere acabarse de matar. Discurran ustedes si al oir esto no me calzaria yo álas en los piés, y á la verdad, por poco que me hubiera detenido se habria acabado la tragedia. Llegué á tiempo que el enfermo se habia desatado las vendas y desesperadamente se estaba rasgando más la herida con las uñas, y brotaba de ella un torrente de su sangre. Soseguéle como pude obligándole á estarse quieto, y le volví á poner el bálsamo que tanto le habia mejorado. Impacientísimo aquel hombre se volvia y revolvia hácia todas partes, sin atreverse jamás á mirarme derechamente á la cara. Era este un misterio que yo no podia comprender, y mucho ménos cuando le oí decirme: Buen hombre, tened ménos piedad con un enemigo vuestro y vengáos de mí, que os sobrará la razon, pues os lo tengo bien merecido. Fuera de esto, os hago saber que es demasiada vuestra caridad, pues me pretendeis curar de otras heridas más crueles y harto más dignas de vuestra cólera que las que habeis

visto hasta aquí. Pídoos esta merced por justa recompensa de mi maldad, y creedme que moriré muy contento si lograre la fortuna de recibir la muerte por vuestra mano. Sea lo que fuere aquello en que me hayas ofendido (le respondí), que yo no lo sé, ninguna cosa será capaz de hacerme olvidar de lo que debo ejecutar como hombre y como cristiano. Si me has ofendido, desde luego te perdono, y tú debes procurar vivir para darme una sincera prueba de que ningun ódio tienes contra mí. Al oirme estas palabras parece que el herido se aquietó algun tanto, porque se mostró ménos furioso y áun tomó de mi mano un ligero alimento que le suministré. Antes de dos dias la herida dió indicios de sanidad; disminuyóse mucho la calentura, y yo comencé á esperar que dentro de poco quedaria enteramente curado.

Con efecto, viéndose ya fuera de peligro por mi cuidadosa asistencia, me llamó un dia, y haciéndome sentar junto á su cama, me habló de esta manera: Si un verdadero arrepentimiento puede merecer perdon entre los hombres, el mio es tal, que desde luego puedo prometerme de vos con toda seguridad esta gracia. Grande fué sin duda el delito que cometí habiendo sido cómplice en el rapto de vuestra amada consorte; pero sabed que, habiendo descubierto en ella una virtud de las más perfectas y más extraordinarias que se admiran en su sexo, me constituí su defensor contra los impúdicos intentos de mis malvados compañeros, y con efecto encontró en mí un invencible protector de su intacta honestidad. No pretendo hacer mérito contigo por esta mi declaracion, pues sé muy bien que hubiera sido mejor dejarla en brazos de su marido que defenderla contra las manos de los que la arrebataron de ellos. Ni la sangre que poco há derramé por librarla de sus garras y restituirla intacta á su esposo quiero me sirva de otra cosa que de persua-

dirte á que no fuí yo el lobo rapaz que te arrebató tu inocente corderilla.

Un discurso como este, que nunca esperaba oir, me sorprendió, me conmovió, me enterneció. Amigo, le dije, te perdono todo lo que me ofendiste, y aunque me toca tanta parte en una injuria tan atroz y tan sensible, desde luego me confieso muy obligado al generoso valor con que defendiste el honor de mi querida Dionisia. Pero, así Dios te haga feliz en todo, ¿no me dirás por caridad dónde podré hallar aquella incomparable mujer? Eso es, me respondió, lo que yo no os sabré decir. Luego que la arrebatamos de vuestro lecho la llevaron mis compañeros á una casilla distante una legua de aquí, donde ellos tenian no sé qué conocimiento; allí la vistieron de hombre para engañar vuestras diligencias y ocultarla á las de la justicia, dando por supuesto que no dejariais de recurrir á ella. En vano se valieron de todos los medios, de lisonjas, requiebros y amenazas para reducirla á sus adúlteros deseos. Resistióse constantemente á toda especie de seduccion, y áun más de una vez despreció con heróico valor los puñales y espadas desenvainadas que la pusieron al pecho y á la garganta los furiosos lascivísimos rufianes. Tengo por cierto que la decantada fidelidad de la esposa de Ulíses no hubiera manifestado tanto espíritu y tanta constancia si los pretendientes que la solicitaban se hubieran valido más que de palabras para atraerla á sus malvados intentos. Entónces puntualmente fué cuando el cielo me abrió los ojos, y conociendo todo el horror de mi delito, propuse borrar su fealdad resolviéndome á hacer cuanto pudiese para preservar de la lascivia de aquellos insolentes y temerarios á una mujer tan singular. Procuré persuadirlos á que siguiesen mi ejemplo; pero desconfiado de conseguirlo, viendo que se encendian más cuanto más repetidas eran las repulsas, tomé finalmente el par-

tido de ir ganando tiempo. Díjeles que, pues estaban tan resueltos á deshonrar á una mujer tan constante, era menester dar lugar á que el tiempo poco á poco la fuese disponiendo con irla borrando insensiblemente la memoria de su marido. Con el tiempo (les decia yo) se van amansando hasta los mismos leones, y hay mujeres tan fieras que no se rinden á las amenazas y hacen vanidad de no dejarse vencer de otra cosa que de la constancia y duracion de los servicios, de las complacencias y de los rendimientos. Muchas veces es en ellas obstinacion lo que parece virtud, y aquella no se supera sino con darlas en todo gusto. A estas es menester conocerlas bien el genio para llevársele adelante en lugar de combatirle, y se las debe tratar con todas las atenciones del respeto, de la modestia, de la circunspeccion y honestidad. Abrazaron todos mi consejo, y dejando á la señora Dionisia en casa de una mujer que conociamos, cada uno se empeñó en afectar de allí adelante una grandísima condescendencia á todo cuanto creíamos que podia ser de su gusto. La visitábamos con frecuencia; pero siempre con la mayor modestia, cada uno á competencia se esmeraba en rendirla los obsequios y atenciones más cortesanas, aunque todo era en vano para conquistar su virtud. No fué bastante el curso de los años para hacerla perder la más mínima parte de su natural aversion á todo lo que la parecia ménos honesto: tanto, que los más de los que la solicitaban, ó cansados de cortejar una hermosura tan rígida, ó atraidos de otros amores más fáciles, ó encantados de su virtud, abandonaron voluntariamente la empresa. Solamente dos más disolutos que los otros se empeñaron en llevarla adelante hasta los últimos dias, en los cuales, aburridos ya de esperar tanto, determinaron dar el último asalto á la mujer, resueltos en caso de no reducirla por bien á usar con desenfrenada bestialidad de su honestísimo cuerpo. Tuve noticia

de esta resolucion, y espantado de ella, para librar á la infeliz señora de tan dolorosa afrenta, determiné escaparme con ella para restituirla á vuestros brazos. Tomamos bien nuestras medidas, y como habia visto las veras con que yo habia tomado la defensa de su honor, ningun reparo tuvo en fiarse de mí, entregándose á mi compañía. Saquéla de la casa donde estaba y tomamos el camino hácia este paraje, donde nos vinieron siguiendo los dos malvados mozos y nos alcanzaron poco ántes de llegar al sitio en que vos me encontrásteis bañado en sangre. Uno de ellos se llevó por fuerza á vuestra amada Dionisia, y el otro me dió una puñalada en el pecho, abriéndome la mortal herida que con tanta caridad me habeis curado. Esto es lo único que yo os puedo decir; lo que haya sucedido despues lo ignoro tanto como vos. Señores (prosiguió entónces el ermitaño), dejo á vuestra discrecion el considerar lo perturbado que mi ánimo quedaria con una relacion que me dejaba tan inquieto y tan incierto como ántes, fluctuando entre el temor y la esperanza. Pero en medio de eso no pude ménos de concebir un grande amor á mi huésped, sin embargo de haber cooperado tanto al fatal principio de mis desventuras. Prendáronme tanto sus últimas cristianas y generosas acciones cuanto horror me causaron las primeras. Estreché con él una cordialísima amistad, y tuve el gran consuelo de verle en pocos dias dejar la cama, perfectamente curado de su peligrosa herida. Entónces me dió cuenta de su nacimiento y hallé que era de lo más noble y más calificado de Méjico, prometiéndome que en restituyéndose á aquella capital haria tantas diligencias para saber el paradero de mi mujer como podria hacer yo mismo.

Así lo ejecutó; porque habiéndose partido á Méjico una mañana, al cabo de seis semanas le ví entrar en mi gruta con grande admiracion mia. Amigo (me dijo luego que me vió, arroján-

dose á darme un estrecho abrazo), vive tu dignísima mujer, y no solamente vive en el mismo estado en que la dejé, sino en otro mucho mejor, libre enteramente de las manos de sus infames perseguidores. Pocas horas despues de mi mortal herida, los dos enemigos suyos, vuestros y mios se encontraron con una tropa de soldados enviados por el virey para reprimir la insolencia de los indios, que infestaban nuestros confines. Apénas los vió la señora, cuando comenzó á implorar su socorro con dulces lágrimas y con dolorosos gritos. El oficial se movió á compasion, y haciendo prender á los dos infames mozos, despues que la afligida señora le informó menudamente de su desgracia, los encerró en una prision y entregó vuestra mujer á la vireina; y aquella gran señora, noticiosa de sus infortunios, la recibió en su palacio con el mayor amor, donde se mantiene muy estimada de todos y tratada con particular distincion. Llegué á Méjico cuando todos me creian muerto, y hallé que se habian expedido varias órdenes para que te se buscase por todo el imperio mejicano y te fuese restituida tu mujer. Quise yo tomar la delantera á todos los emisarios para anticiparte una noticia que te ha de llenar de tanta satisfaccion. Con efecto, inmediatamente partí á dicha capital, llevando conmigo á mi pequeñito hijo y acompañándome tambien el agradecido mejicano, despues de haber dejado bien asegurada mi solitaria habitacion. En el camino encontramos á los que la justicia habia despachado para que me buscasen; díme á conocer á ellos, é incorporados todos llegamos á la córte de la Nueva España. Luego me fué restituida mi esposa, y los extáticos transportes de los dos por una aventura tan dichosa como extraordinaria son más fáciles á la viveza de la imaginacion para concebirlos que accesibles á la limitada fuerza de las palabras para explicarlos. Volví con ella á mi yermo, y viví en su amable compañía todo el

tiempo que Dios fué servido dejármela en esta vida con infinita satisfaccion de uno y otro. Nuestro feliz matrimonio fué por mucho tiempo el asunto de todas las conversaciones de Méjico y la fama de nuestros extraordinarios sucesos se extendió hasta la otra parte del mar. Murió Dionisia á los cincuenta años de edad, cuando yo habia ya cumplido setenta y tres. Lloré su muerte tanto como se deja considerar en un marido que tan tiernamente la amaba; pero todos los dolores tienen fin, y yo poco á poco me fuí olvidando de su pérdida. El Sacerdote mi corresponsal habia pagado ya el inevitable tributo á la naturaleza; pero sus herederos no fueron ménos fieles ni ménos puntuales que él en proveerme muy á tiempo de todo cuanto habia menester. Mi hijo, ya muy hombre cuando murió su madre, sucedió á ésta en las labores del huerto y en otras ocupaciones de la familia. Es muy aficionado á la caza, y habiéndose hecho traer de Méjico una escopeta con cantidad de pólvora y municiones, me provee abundantemente de la más delicada caza, así de cuadrúpedos como de volatería, que hay en este contorno. Ayer salió á este ejecicio y no volverá hasta mañana, porque hizo ánimo de dar una vuelta por estas llanuras circunvecinas para alargar un poco más su diversion favorita.

CAPÍTULO X.

Prosigue la historia de Gil Blas. Parte á España el hijo del ermitaño Motezuma; vuelve de su viaje, y las noticias que dió á Gil Blas de su familia.

Así terminó su historia (continuó Gil Blas) el virtuoso nieto del emperador Motezuma. El vice-almirante y yo quedamos verdaderamente admirados de los sucesos tan extraños de su vida, y el saber que era de sangre real añadió muchos grados á la reverencia con que ya le mirábamos por su venerable ancianidad y por sus ejemplares costumbres. Yo desde luego hice ánimo á quedarme con aquel santo ermitaño, con tal que él se dignase admitirme en su compañía. Propúsele mi pensamiento, y él, luego que supo quién era, no tuvo la más mínima dificultad en recibirme. Miéntras tanto volvió de su caza el hijo del buen viejo, trayendo consigo gran cantidad de volatería de todas especies y de exquisito gusto, y se admiró mucho cuando vió la numerosa comitiva de los criados que nos servian, porque no se acordaba de haber visto tanta gente junta desde que le habia amanecido el uso de la razon. Vínole la gana de entrar en la marina, y me empeñó para que le hablase al vice-almirante, pidiéndole la gracia de admitirle en el número de sus oficiales; pero le respondí que ante todas cosas debia solicitar el consentimiento de su padre, el cual á ruegos mios se le dió, aunque no sin mucha dificultad. Pocos dias despues partimos todos

de conserva la vuelta de Mejico, donde queria yo imponer en el comercio lo que me habia quedado de mis seis mil doblones, entregándoselos á los herederos del Sacerdote corresponsal de D. Fernando para que negociasen con ellos y de los réditos me enviasen cada año las provisiones necesarias para mi manutencion. El buen ermitaño no se pudo despedir de su hijo sin muchas lágrimas y sin obligarle á dar palabra de volver á verle cuando la flota hiciese otro viaje á Vera-Cruz al cabo de dos años. Luego que llegamos á la capital de la Nueva España estipulé mi contrato del resto de los seis mil doblones, y me restituí muy contento á esta caverna, despues de haberme despedido del vice-almirante y del viznieto del emperador Motezuma, á quien aquel habia hecho su ayudante. Traje conmigo algunos muebles ménos rústicos y de mejor gusto que los que habia entónces, y alhajé nuestra habitacion con los que ahora veis en ella. El solitario me esperaba con impaciencia, y luego que me vió exclamó diciendo: ¡Oh digno sucesor del anacoreta Fernando! paréceme que vuelvo á vivir de nuevo, pues en tí estoy viendo todas las virtudes de aquel santo hombre: él abandonó como tú todas sus riquezas y todo cuanto más amaba en el mundo, retirándose á vivir en esta gruta; aunque pudo hacer gran figura en el mundo, todo lo despreció, reputándolo por nada en comparacion de la bienaventurada tranquilidad que se goza en este ameno desierto. De aquí nos fuimos insensiblemente introduciendo en discursos graves y sérios sobre la inconstancia y vicisitudes de las cosas humanas, moralizando en este asunto de manera que ni áun el mismo Séneca se hubiera desdeñado de mezclarse en aquella nuestra conversacion. Uniéronse nuestros ánimos en una indisoluble uniformidad, sintiendo tal consuelo y alegría en nuestro corazon que no la acertaré á explicar. En suma, nos parecia estar mal siempre que no estábamos

juntos. No me acuerdo, repetia muchas veces el nieto de Motezuma, no me acuerdo de haber tenido dias tan alegres como los presentes despues que mi Dionisia hizo el gran viaje á la eternidad; y despues que mi Dorotea (le respondia yo) cerró para siempre sus bellos ojos á la luz del mundo, tampoco he tenido horas de tanto gusto como las que ahora pasamos. Ni la córte, ni las guardias, ni las más ostentosas diversiones de todos mis imperiales abuelos (replicaba el ermitaño) eran tan estimables para mí como lo es la sencilla conversacion con un hombre como vos. Ni el favor del duque de Melar, ni toda la confianza del duque de Oreslavi (reponia yo) fueron nunca para mí de tanto consuelo como lo es vuestra sincera amistad.

Tan contentos viviamos entrámbos los dos primeros años, cuando al cabo de ellos comenzó mi compañero á entrar en alguna aprension viendo que se tardaba la vuelta de su hijo. Yo tambien me interesaba bastante en la misma espectativa; porque á pesar del total desprendimiento que deseaba tener de todas las cosas del mundo, la sangre que abogaba en causa propia supo inducirme á encargarle mucho que se informase diestramente de toda mi familia. Este cuidado alteró un poco la tranquilidad de entrámbos: y cuanto más se dilataba la deseada vuelta del hijo de Dionisia, tanto más crecia nuestra inquietud y se iba cansando nuestra paciencia; pero llegó al fin el dia tan deseado. Acabábamos un dia de comer cuando vimos entrar á Diego (así se llamaba el muchacho) acompañado de otros cuatro hombres vestidos á lo militar, los cuales nos traian ciertos regalos demasiadamente preciosos para el estado en que nos hallábamos. Luego que entre padre é hijo se acabaron aquellas primeras demostraciones del paterno y filial amor, me introduje yo en la conversacion y le pregunté qué noticias me traia de mis hijos, de Scipion y de mi cuñado D. Juan Juntella. Señor, me res-

pondió, para poder informar á vuestra merced con fundamento de todo lo que ha pasado en su familia, hice expresamente un viaje á los contornos de Liria, y ví con mis propios ojos á sus dos hijos que gozaban de perfecta salud y estaban en casa de Beatriz, la mujer del Scipion, visitados frecuentemente de su cuñado de Vd., el cual ha tomado á su cargo el darles la mejor educacion. Por lo que toca á Scipion, este buen hombre y fidelísimo criado de vuestra merced, luego que recibió su carta montó á caballo y partió de Liria sólo sin decir palabra á nadie ni saberse á dónde haya ido, de manera que ninguna noticia se habia tenido de él cuando yo fuí á visitar vuestro castillo. Todos sospechan que andará por el mundo en busca vuestra, y debo deciros que toda vuestra casa está en una grandísima pena por no saber dónde os habeis retirado. Todo esto lo averigüé con destreza de los vecinos de Stamo, sin que ninguno pudiese sospechar que yo tuviese arte ni parte en lo que ellos me contaban. Gran consuelo tuve (interrumpió aquí Gil Blas) con las buenas noticias que me dió aquel mozo de mis amados hijos, y no dejó de enternecerme un poco el amor y la fidelidad de Scipion y de mi cuñado Juntella. Miéntras Diego hacia su relacion mi compañero estaba disponiendo la cena para los huéspedes que nos habian venido. Era á la verdad un cocinero primoroso, y tanto que el del arzobispo de Granada ni mucho ménos el de Valencia la hubieran sazonado tambien en un sitio de donde estaba desterrado todo género de especias y drogas. Nos sentamos á una misma mesa sin la melindrosa distincion de que los soldados esperasen y cenar en la segunda. Acabada la cena, el sucesor de Fernando dijo á su hijo: Cuéntanos algo de las cosas más memorables que sucedieron en vuestro viaje. Obedeció Diego prontamente y comenzó á hablar de esta manera:

Señor, cuando partí de Méjico para Vera-Cruz en compañía del vice-almirante, este caballero me cobró grande amor y desde luego me hizo ayudante suyo, distinguiéndome mucho entre todos los demás oficiales. Nos embarcamos en la flota, y haciéndonos á la vela, la oposicion de los vientos nos hizo perder mucho tiempo á la altura de la isla de Santo Domingo, hasta que abonanzando el mar nos engolfamos en el Océano y llegamos con felicidad á la mitad de nuestro viaje. No me detengo á describir los trabajos que padecimos en él: el menor de todos comer una galleta mohosa y más dura que un peñasco, bebiendo una agua corrompida, que de más á más estaba hirviendo en gusanos. Padecí los acostumbrados efectos de la náusea que causa el mar á los que no están hechos á él; pero todo esto no seria nada, si una furiosa y repentina borrasca que se levantó al ponerse el sol no nos hubiera puesto á todos en peligro evidente de la vida. Ninguna esperanza teniamos ya de salvarnos, si nuestro piloto, expertísimo náutico, habiendo avistado tierra á no corta distancia, no hubiera enderezado la proa hácia ella, y si á pesar de la tempestad no hubiéramos tenido la fortuna de envocarnos en un séno, ó sea cala, bastantemente cómoda, donde las olas no tenian más alteracion que la que resultaba de la grande que se padecia en alta mar. Examinóse la tierra y se halló ser un país enteramente desconocido. Lo restante de la flota se habia separado de nosotros, y el almirante se halló muy sorprendido viéndose anclado en una isla que no hallaba notada en la carta de navegacion que tenia delante de los ojos. Midióse la altura, y se encontró pocos grados distante del derrotero acostumbrado que siguen todos los que navegan desde la América á Europa, y esto mismo era lo que causaba mayor admiracion. Finalmente, fué grandísimo nuestro consuelo cuando vimos acercarse á nosotros algunos hombres

vestidos á la española y convidarnos á que saltásemos en tierra para repararnos de las fatigas que habiamos padecido en la navegacion. El equipaje aceptó gustoso el convite, y nos vimos desembarcados en el más bello país del mundo. Era una isla como de trescientas millas, esto es, cien leguas de circunferencia poco más ó ménos, de figura casi perfectamente redonda, y en el centro de ella se elevaba una colina casi de la misma figura circular, rodeada toda de casas, donde vivian sus afortunados habitadores, y á su falda brotaban un sin fin de fuentes, todas de una agua delicadísima, cuyos desperdicios formaban limpios y cristalinos arroyuelos que serpenteando y como retozando por la llanura conducian al mar su clarísimo tributo. Algunos árboles de prócera y corpulenta estatura, no ménos que de singular belleza, hacian una sombra sumamente apacible, en gracia de la cual se sentia una áura ligera y muy suave que duraba todo el año, desterrando para siempre los excesivos rigores del invierno y los inmoderados ardores del estío. Reinaba en aquel sitio una perpétua primavera y un contínuo abundantísimo otoño, cuya multitud de fragantísimas flores y copia increible de exquisitísimas frutas hacian pasar una vida la más feliz y la más bienaventurada que se puede lograr en este mundo. Contentísimo el vice-almirante de un descubrimiento tan particular, estaba muy deseoso de saber cómo ó con qué motivo habian venido los españoles á poblar aquel deliciosísimo sitio; y habiendo venido á visitarle un venerable anciano, que parecia ser el principal de la isla, le suplicó que se tomase el trabajo de satisfacer su curiosidad haciéndole fiel y menuda relacion de todo lo que sabia en punto al establecimiento de los españoles en aquel sitio incomparable.

CAPÍTULO XI.

Relacion del establecimiento de los españoles en la isla desconocida. Sus costumbres, leyes y admirable gobierno.

Señor (le dijo), yo soy tercer nieto de un capitan de caravela, que cuando Cristobal Colon volvia la segunda vez á España desde América se separó del resto de la armada por un temporal, y despues de haber andado mucho tiempo perdida por estos mares, consumidas casi todas las vituallas, arribó, como ustedes, dichosamente á este puerto. La gente de su equipaje, llena de sed y de hambre, y además de eso ansiosísima de reposo despues de tan larga y penosa navegacion, saltó luego en tierra, y viéndose en un país por una parte enteramente desierto y por otra tan rico de todo cuanto puede servir, no sólo al mantenimiento del hombre, sino tambien á su comodidad y regalo, determinó quedarse aquí y fijarse en él por todo lo restante de la vida. Venian en la caravela artífices de todos los oficios, con los instrumentos correspondientes al de cada uno, y así nos fué muy fácil, añadiéndose los materiales que nos suministró la isla, fabricar las casas y todas las demás cosas que Vds. ven al uso y á la manera de Europa. Sus mujeres, que se les habia permiti-

do se embarcasen con ellos, sirvieron para la propagacion, y en poco tiempo creció aquel pueblo de manera que se pudo formar una numerosa colonia y cierta especie de gobierno con sus leyes particulares. Todos los frutos de la tierra se depositaban en unos almacenes públicos á cargo de ciertos comisarios, que tenian la incumbencia de distribuirlos entre las familias á proporcion de lo que necesitaba cada una para su manutencion. Por lo que tocaba al vestuario, dispuso la Providencia que descubriésemos lino y cañámo, que cuidadosamente cultivado nos produce lo que basta para cubrirnos con decencia, puesto que el temperamento de este clima, siempre dulce é igual, no nos permite usar para nuestro abrigo de materiales más gruesos y pesados. De cinco en cinco años se mudan los magistrados y los empleos; de manera que los que ántes estaban destinados á trabajar en el campo y á cultivar la tierra, pasan despues á ejercitarse en los oficios y artes mecánicas, y tanto de unos como de otros se extraen los que son propuestos para el gobierno, y de este modo en breve tiempo todos participan y á todos toca la autoridad y superioridad del gobierno. Esta solamente se ejercita en lo que es puramente económico, porque entre nosotros no hay pleitos internos ni disputas forasteras que turben ni alteren nuestra quietud. Todos nuestros estudios se reducen á instruirnos bien en todas aquellas artes que son necesarias para nuestra cómoda subsistencia, y así todos estamos obligados á ser sastres, zapateros, carpinteros, tejedores, panaderos y labradores, porque debemos ejercitar todos estos oficios periódicamente, ó por cierta especie de turno. Nuestras mujeres están retiradas y guardadas con la más vigilante cautela. Los cuartos de su habitacion están siempre á las espaldas de las casas, con vistas únicamente á la colina, la cual es toda nuestra diversion. Al ponerse el sol se juntan ellas solas en un sitio de

la misma y allí tienen su conversacion, sin que sea lícito á ningun hombre concurrir á ella. En órden á nuestros matrimonios hay una ley harto particular, y es, que ántes de cumplir quince años ninguna muchacha puede pretender marido, ni ántes de los veinticinco ningun mozo puede tener mujer.

Hay un magistrado que se llama *el magistrado de los matrimonios*, compuesto de los hombres más ancianos y más sesudos de la isla, al cual toca disponer las bodas y unir los dos esposos, no sólo sin su consentimiento, pero áun sin que ninguno de ellos tenga la menor noticia hasta que ya se ven casados. La regla por donde el tal magistrado se gobierna es únicamente por la proporcion de las edades que deben corresponder á los dos esposos. Por ejemplo: una muchacha de diez y seis años se debe casar con un hombre de veinticinco; una de diez y ocho con uno que tenga diez años más, etc. Cuando no se puede observar perfectamente esta regla, se procura á lo ménos acercarse á ella todo lo posible. Tiene dicho magistrado una exactísima nota de todos aquellos y de todas aquellas que pueden y quieren casarse con la puntual noticia y apuntamiento de su edad, para acomodarlos á todos segun corresponde á sus respectivos años. Pónese el mayor cuidado en no juntar en matrimonio á ninguno que tenga algun grave defecto corporal, y así, todos aquellos defectos que afean visiblemente las personas son impedimentos absolutos. Un cojo, un tullido, un corcovado, un sordo, un ciego y un mudo no pueden absolutamente casarse, y lo mismo se debe entender de las mujeres. En nuestros matrimonios observamos todas las ceremonias de nuestra santa religion católica, porque tambien se salvaron algunos sacerdotes; y por lo que hace á lo político, se observa otra ceremonia, que es la siguiente: Cuando el magistrado ó tribunal autorizado para disponerlos ha determinado ya la esposa

correspondiente á tal esposo, la entrega á las mujeres que viven en la casa de éste, á tiempo que las mujeres están juntas en su conversacion; aquellas la llevan á su casa, y cuando el esposo vuelve á ella de noche la encuentra con las demás, y conociendo que aquella es la mujer que le ha tocado, sin otro requisito ni cumplimiento se casan con las ceremonias de la Iglesia. De esta manera no se ven entre nosotros ciertos desórdenes que se leen en los pocos libros que nos han quedado. Amancebamientos y adulterios aquí no se conocen; celos, riñas y domésticas desazones no tienen lugar en las familias, y todos vivimos con la mayor paz, con la más perfecta union y con la más envidiable armonía. Como los maridos no tratan, ni han tratado jamás, con otra mujer que con la suya propia, creen que ésta es la más linda y la de más espíritu; ámanla miéntras viven con ella, sin que ninguna otra entre á la parte en su amor.

Así hablaba aquel anciano y venerable isleño, teniendo encantados al vice-almirante y á todos los que veníamos con él, no acabando de admirarnos de las maravillosas cosas que nos habian contado, de manera que no nos hartábamos de alabar un gobierno tan extraordinario. De buena gana nos hubiéramos todos detenido más tiempo en aquella isla; pero el vice-almirante, despues de haber provisto al navío de todo lo que necesitaba, quiso que nos hiciésemos á la vela y prosiguiésemos nuestro viaje á España. Partimos, pues, con dolor de un sitio tan digno de nuestra envidia, y habiéndonos juntado con el resto de la flota, llegamos con felicidad y sin otro siniestro accidente á la bahía de Cádiz. Durante mi permanecencia en España nada me ocurrió que merezca vuestra atencion, y me restituí á Vera-Cruz sin que en toda la navegacion me sucediese cosa digna de contarse. Así concluyó Diego su relacion, que-

dando admirados todos nosotros de lo que le habíamos oido acerca de aquella isla desconocida.

Concluida la relacion y avanzándose la noche (dijo entónces Gil Blas), cada cual se fué á su casa á dormir. Diego sólo se detuvo cuatro dias en nuestra compañía, pasados los cuales quiso partir para volverse á embarcar. Su padre y mi compañero no pudo contener las lágrimas; pero al fin, despues de haberle hecho prometer de nuevo que si volvia á la América no dejaria de vernos ni de traerme nuevas noticias de mi familia, le dejamos ir con Dios.

CAPÍTULO XII.

Muerte del ermitaño, nieto de Motezuma. Afliccion de Gil Blas. Vuelta de Diego á la gruta: sus terribles desgracias: aconséjale Gil Blas que haga un viaje á Roma.

Nos quedamos, pues, solos los dos compañeros por la segunda vez, y proseguimos en nuestros acostumbrados ejercicios. Pero ya el soberano árbitro de todas las cosas del mundo tenia dispuesto que llegase el fin de su carrera al nieto de Motezuma. Observó en sí ciertos síntomas que nunca habia experimentado en todo el curso de su vida. Sentía en todos sus miembros una extraordinaria laxitud, su espíritu estaba muy oprimido y padecia una cierta especie de letargo habitual. A estas morbosas afecciones sobrevino una calenturilla lenta, que en poco tiempo le puso á las puertas de la muerte, y ántes de morir me habló con grandísima piedad y con igual confianza en la misericordia de Dios, mostrando una gran resignacion y ningun temor á un paso tan tremendo. Me dejó muy recomendado á su hijo si acaso le volvia á ver, y me pidió que tuviese muy presente á su pobre alma en todas mis oraciones. En medio del consuelo que me daba su vida ejemplar y unas disposiciones tan cristianas, cuando llegó el caso de darle sepultura no pude reprimir el llanto, considerando que ya no habia de volver á ver-

le en esta vida. Hé aquí (me decia yo á mí mismo) que ya has quedado solo, pobre Santillana: tu melancolía te hizo abandonar á tus hijos, á tus parientes, á tu familia y á todos tus amigos, y hoy el cielo te ha llevado al que te habia dado por compañero para suplir la falta de aquellos. ¿Quién te iluminará con sus consejos y te alentará con sus ejemplos en lo que te resta de vida? ¿Quién te hará ménos intolerable el tédio que naturalmente causa esta silenciosa y desierta soledad? ¿Quién te ayudará á llevar con ménos trabajo el peso de las indispensables funciones de la vida y te asistirá en las extremas necesidades de la muerte?

Pero al fin era menester que yo tomase algun partido: procuré consolarme, y desde aquel punto los libros fueron toda mi única visible compañía. Me llegó de Méjico la acostumbrada provision anual, y volví á mi puntual proveedor aquella parte que tocaba á mi difunto compañero, previniéndole reservase para el hijo lo que correspondia á su padre. De esta manera viví por espacio de cuatro años, sin que en todo este tiempo hubiese visto llegar á mi albergue persona alguna viviente fuera del criado de mi corresponsal, que me traia los víveres acostumbrados para mi manutencion. Diego no se dejaba ver, y yo me persuadí á que, noticioso de la muerte de su padre, no tendria quizá valor para presentarse en un lugar que necesariamente le habia de renovar funestísimas memorias que le atormentasen el corazon. Pero se engañó mi pensamiento, pues el año siguiente le ví, pero en muy diferente estado de la primera vez, en que venia bien equivocado, con un aire jovial, alegre, desembarazado y vestido con mucha decencia. Ahora llegó melancólico, afligido, andrajoso y medio alelado. ¿Qué es esto, Diego? le dije lleno de compasion luego que le ví. ¿Qué mudanza es la tuya? ¡Ah, padre mio! (me respondió llorando) porque

así te debo llamar despues que perdí el que Dios me dió. ¿No me bastaban mis terribles desventuras, si no se añadía á ellas para mi mayor desesperacion la que me ha causado la muerte privándome de aquel á quien debí la vida? Ya no soy aquel Diego, ó por mejor decir, ya no soy ni áun siquiera hombre, pues ya no tengo ni razon que me gobierne, ni espíritu que me anime. Al principio quedé atónito oyéndole hablar de aquella manera; pero acordándome de que yo tambien habia tenido desgracias que casi me habian reducido al mismo estado de desesperacion en que veia á aquel pobre mozo, procuré consolarle diciéndole que miéntras vivimos en este miserable mundo, todos, sin excepcion, estamos sujetos á la inconstancia, caprichos y extravagancias de la que se llama fortuna: añadíle despues que el desahogarse con otro comunicándole sus afanes sirve de gran lenitivo al dolor, el cual pierde mucho de su fuerza cuando se descarga el peso de los disgustos en el pecho de un fiel y discreto amigo. Por tal me debes tú tener, le dije apretándole cariñosamente las manos, y así te ruego que me cuentes sinceramente todo cuanto te ha sucedido. Oirá Vd., me respondió, aventuras tanto más miserables y tanto más espantosas, cuanto tuvieron principio en unos antecedentes que prometian las mayores felicidades. Escuche Vd. pues ya que lo quiere así.

Luego que llegamos á España, despues de mi segundo viaje á América, me picó la curiosidad de ir á ver la córte de nuestro rey, y partiéndome á Madrid quedé extrañamente admirado á vista de su grandeza, de su magnificencia y de su verdaderamente real suntuosidad. Habíame recomendado el vice-almirante á vários ministros amigos y confidentes suyos, que me hicieron la merced de conducirme á ver todas las cosas más raras de aquella villa, y me introdujeron en conocimientos y con-

versaciones á las cuales no á todos era lícito penetrar. Era mi vida en la córte una contínua y variada diversion, y esta no se hubiera alterado á no haber sido mi detencion más larga de lo que debiera, porque este fué el principio de todas mis desventuras. Habia contraido estrecha amistad con un cierto don Gabriel de Torres, caballero andaluz, que hacia en la córte buena figura y la frecuentaba mucho con el fin de obtener un empleo lucroso en su pátria. Este habia traido consigo á su mujer, que sobre ser muy hermosa gustaba mucho de ser aplaudida y cortejada. Nunca se dejaba ver en público sin hacer nuevas conquistas, y cuando saliá á la iglesia la iban haciendo la córte los petimetres más brillantes del *chichisveismo* de Madrid, sitiándola todos y mirándola con unos ojos que arrojaban fuego. Uno de ellos, que se llamaba D. Alonso de la Fuente, no contento con la lengua de sus ojos, se valió de la de una camarera de la dama, á quien ganó con regalos para que le solicitase el permiso de una visita secreta. Como la mujer de D. Gabriel hacia tanta vanidad de ser cortejada, no tuvo virtud para rebatir la proposicion. Apalabróse la visita del caballero en su casa para cierta hora de la noche, y recibido efectivamente en ella, hablaron los dos largamente. Duró por algun tiempo esta secreta comunicacion, hasta que, hallándose un dia D. Alonso en cierta conversacion donde se hallaba tambien D. Gabriel, se tocó el punto de las raras aventuras que sucedian en amor. Despues que muchos de los concurrentes contaron las que á ellos les habian sucedido, yo (dijo D. Alonso), por lo que toca á mí, puedo llamarme muy afortunado, teniendo, como tengo, la dicha de ser correspondido de una dama, cuyo garbo, cuyo espíritu y hermosura son prendas que ninguno las disputa y todos se las celebran. Su marido la juzga otra Penélope en la fé conyugal; pero no desconfio de que dentro de poco tiempo sea co-

mo el comun de las mujeres, que no disgustan de ser amadas áun hasta más allá de lo que permiten las obligaciones del matrimonio. Entraron los amigos en gran curiosidad de saber quién era aquella dama, él no incurrió en la torpeza de declarar su nombre, pero sí en la indiscrecion de dar tales señas de ella, que D. Gabriel entró en grandes sospechas de que fuese su mujer. Penetrado de amargura, se retiró luego de un lugar donde habia oido una especie que tanto le inquietaba por lo que podia herir á su honor. Por una parte le parecia imposible que su mujer fomentase, ni mucho ménos diese entrada á ningun amor forastero; mas por otra, lo que habia oido á la Fuente le excitaba grandes dudas. No obstante, como en realidad era un hombre prudente y detenido, determinó no dar el menor indicio de sus sospechas hasta haberse asegurado por sus propios ojos. Estuvo á la mira várias noches tras la puerta de una casa muy vecina á la suya, desde donde vió entrar en ella á D. Alonso. Entónces no se pudo contener, y miéntras los dos amantes estaban en los primeros cumplimientos se dejó ver de ellos repentinamente. Ya ustedes se podrán imaginar la seriedad y el peso de palabras con que afearia en su mujer el olvido de la fé conyugal y en D. Alonso la torpeza de introducirse en su casa sin noticia suya á secretas conversaciones con su esposa, lo que bastaba para convencerle de que entraba en ella con alevosas intenciones perjudiciales á su honor. Miéntras tanto la mujer, cubriéndose la cara por la vergüenza, se retiró á otro cuarto silenciosamente, y D. Alonso sin hablar palabra se salió de la casa de Torres cubierto de confusion y de rubor.

Aquella misma noche me envió este caballero un recado suplicándome que luego, luego, y sin la menor detencion, le hiciese el gusto de llegarme á su casa. Hícelo prontamente, y me quedé pasmado cuando me contó lo que habia descubierto en

su mujer. Estoy seguro, me dijo, de que hasta ahora no llegó el caso de que diese gusto á D. Alonso condescendiendo con sus infames deseos; pero, no obstante, quizá tardaria poco en precipitarse en tan vergonzoso error, si no tomase yo prontamente las medidas más eficaces para desviarla de este peligro. He resuelto, pues, que mañana ántes de amanecer partas á la Andalucía, y no pudiendo yo acompañarla, no encuentro manos más seguras á que fiarla que las vuestras. Amigo Diego, no me niegues este singular favor, y débate nuestra amistad que en gracia de ella tomes el trabajo de ir acompañando á mi pobre y mal aconsejada mujer. No pude resistir á prestarle aquel servicio; y así, montando la mañana siguiente en un coche de cuatro caballos, la mujer de don Gabriel y yo abandonamos á Madrid y partimos para Andalucía. Iban con nosotros dos criados y una doncella, y con este equipaje tardamos pocos dias en llegar á aquella provincia, y fuimos á parar á un castillo de que D. Gabriel era señor. Pasada una semana recibí una carta de Torres, en que me avisaba cómo habiendo reñido en un desafío con D. Alonso, éste habia quedado herido, despues de lo cual se habian los dos reconciliado, precediendo por parte de aquel la diligencia de pedirle perdon por haber pretendido expugnar la resistencia de su esposa. Suplicábame que me detuviese algunos dias más en la compañía de esta señora, miéntras él se desembarazaba de algunos graves negocios pendientes en la córte, que entónces él mismo vendria á relevarme y yo podria restituirme á Madrid. Esta dilacion fué la piedra de escándalo y la ocasion de mis horrendos precipicios. Doña Isabel (que este era el nombre de la esposa de mi amigo) me echaba de cuando en cuando unas ojeadas, las cuales me hicieron demasiadamente conocer que no me miraba con indiferencia. La grande vanidad que hacia de su her-

mosura no la dejaba sufrir por largo tiempo que yo mostrase reparar muy poco en ella. Parecíala que una tierna ojeada suya era bastante para hacerla señora de todos los corazones, y observando la poca ó ninguna fuerza que á mí me hacia, más de una vez con discreto disimulo me dijo algunas palabras que sonaban á dulces quejas de mi insensibilidad. Yo confieso la verdad: es cierto que doña Isabel no me disgustaba. Era una de aquellas mujeres peligrosas, que sorprenden luego que se ven. Despues que yo estaba en el mundo, nunca habia tenido ocasion de tratar tanto ni con tanta comodidad con persona de otro sexo. Advertí que el trato con doña Isabel producía en mí ciertos efectos que no quisiera sentirlos, y claramente conocí que no habia resistencia contra sus poderosos atractivos, tanto, que al cabo mi virtud vendria ciertamente á rendirse. Por lo mismo deseaba que volviese cuanto ántes D. Gabriel, persuadido á que su presencia me libraría del peligro de caer en un error que tanto habia yo mismo abominado en D. Alonso. Pero por mi fatal desgracia se vió Torres obligado á detenerse en la Córte mucho más largo tiempo de lo que habia pensado. Conociendo muy bien doña Isabel que yo comenzaba ya á titubear y se me andaba un poco la cabeza, me llevó un dia diestramente á su jardin, y estando los dos solos: D. Diego, me dijo, ya es tiempo de hablar con libertad y sin rebozo. No ignorais que al amor le pintan desnudo, para dar á entender que no puede estar encubierto. Desde la primera vez que os ví sentí cierta conmocion, que no pude ménos de considerarla como un afecto ó amor que acababá de nacer. Este fué creciendo al paso que vuestra contínua presencia me hacía conoceros más, y habiendo descubierto unas prendas tales que una mujer de espíritu no puede ménos de mirarlas con mucha parcialidad, en una palabra, y ahorrando circunloquios, me declaro vuestra amante.

Una declaracion como esta, y hecha por una mujer de mis circunstancias, debe bastarte para arrimar á un lado todos los respetos y miramientos que os podian estimular á no corresponderme. Si no se admiten los favores de una mujer como yo, que ofrece su corazon, es tan fácil como natural el peligro de irritarla, convirtiéndose de repente el exceso del amor en un implacable ódio; y el ódio de una mujer, cuando es hijo del amor, es muy superior al de todas las furias del infierno. Ni porque vos hayais sabido que tuve la ligereza de dar oidos á las insulsas y lisonjeras expresiones de D. Alonso, pero nunca á sus atrevidos deseos, me habeis de tener por una mujer caprichosa é inconstante; porque os juro que todo aquello no pasaba de pura conversacion, sin que jamás hubiese sentido en mí la más mínima inclinacion á corresponderle ni á amarle de veras. Me divertian sus prontos, y me burlaba de las necedades que me decia cuando se apartaba ó se despedia de mí. Sólo vuestro mérito ha podido vencer mi indiferencia, y toda mi vida hubiera yo sido fiel á mi D. Gabriel si no os hubiera conocido. No siempre somos dueños de nosotros mismos, y toda nuestra virtud no pocas veces sólo consiste en la apariencia; pues no siempre son las más castas aquellas que tienen mayor fama de serlo, ni los exteriores aparatos de la virtud dejan de ser alguna vez un especioso manto que cubre nuestras miserias. Miéntras doña Isabel hacia este bello elogio á gran parte de las mujeres, acompañaba sus palabras con una cierta languidez, que no contribuyó poco á derribar todas las reliquias de mi constancia. Nada me paré entónces á considerar si era ó no verdad lo que decia en comun de las mujeres, porque en aquellas circunstancias su mismo ejemplo me lo estaba persuadiendo, sin advertir que la facilidad de algunas pocas no debe perjudicar al honor de muchísimas honestas y recatadas.

Héteme aquí ya el galan de doña Isabel: y aunque á los principios el remordimiento de la conciencia me despedazaba continuamente el corazon, afeándome la enorme y torpísima traicion que cometia contra D. Gabriel, poco á poco me fuí acostumbrando á mi delito, de manera que ya no le miraba con horror; ántes bien ella y yo nos reiamos mucho de la infamia con que manchábamos su tálamo, y nuestras bufonadas se convertian despues en desprecio de su persona. De esta manera el mayor de mis amigos por una abominable gradacion poco á poco se me iba haciendo el enemigo más aborrecido; tanto, que de acuerdo con su malvada mujer resolví quitarle la vida cuando volviese de Madrid. Con efecto, pasé á ejecutar esta execrable resolucion y lo logré con una felicidad muy indigna de tan alevoso exceso. Y habiendo sido sacrificado á nuestra infernal disolucion, todo el mundo creyó haber muerto á manos de algunos salteadores y asesinos. Lo más admirable de todo fué, que habiéndole conducido al castillo ántes de espirar, nos hizo venir á su mujer y á mí junto á su cama, y á presencia de toda la familia, ninguno (me dijo á mí) es más digno que vos de poseer la esposa de D. Gabriel; y volviéndose á su mujer, ni tú puedes (la dijo) encontrar mejor marido que D. Diego para que te consuele en la triste memoria del primero, que ya está para espirar. La turbacion y el horror que se dejaba ver en nuestros semblantes, así del moribundo como de todos los demás, se atribuyó al dolor que nos causaba su pérdida, siendo así que eran efectos muy naturales de los atrocísimos remordimientos de nuestra negra conciencia. Hallándose ya Isabel viuda y heredera de un pingüe patrimonio, afectando que vencia su grande repugnancia á segundas nupcias únicamente por conformarse con la última voluntad de su difunto marido, y por obedecerle hasta más allá de la muerte, me convidó con su mano y yo

pasé á ser usurpador de los bienes y mujer de Torres por medio de la más infame y más alevosa traicion. Para cubrir mejor nuestra maldad, afectamos una inconsolable afliccion por haber perdido á D. Gabriel, y habiendo honrado su memoria con ostentosos y solemnísimos funerales, nos pareció haber hecho lo bastante para aplacar aquella alma y para expiar lo enorme de nuestras gravísimas culpas. Nuevo Egisto de aquella pérfida Clitemnestra, apénas habia vivido un año con ella, cuando conocí que se iba entibiando mucho en sus cariños y ternezas. Desde luego sospeché que acaso querria irse poco á poco enajenando de mí para repetir segundo delito muy semejante al primero. Fingí, no obstante, no haber notado en ella ninguna novedad, pero al mismo tiempo andaba muy vigilante en observar todas sus acciones. Conocí que un *criaduelo* mio, de fresquísima edad, sin pelo de barba y muy desairado en el cuerpo, habia entrado por sucesor mio en sus amores, y una noche la oí hablar en gran confianza con él y no tuve la menor duda de que ya habria entrado tambien en la posesion de su cuerpo el que se hallaba nuevo dueño de su corazon. Persuadido firmemente á esto, entré en una furiosa cólera contra aquella diabólica mujer, y considerándola causa única de todas mis antecedentes maldades, determiné vengarme y con un nuevo delito librar al mundo con su muerte de aquella furia infernal. Nada tardé en poner en ejecucion lo que habia determinado, y con una espada la pasé de parte á parte al mismo tiempo que iba ella á recibir en sus brazos á su nuevo Adónis. Este tuvo la fortuna de escaparse prontamente, escondiéndose á mi cólera, pero ella quedó revolcándose en su propia sangre en premio de los muchos delitos que habia cometido contra su primer marido; pero yo, luego que dí el fatal golpe, salí todo espantado de aquel cuarto, que habia contaminado con tantos adulterios y

acababa de manchar con un homicidio, despues que la difunta le habia hecho execrable con su desenfreno y con sus disoluciones. Yo mismo me sentia embestido de todo el furor de Orestes, y no hallando reposo en ningun lugar, me parecia que contínuamente estaban infestando mi imaginacion (alborotada ya con el horror de tantas culpas) el amigo pérfidamente sacrificado á nuestra lascivia, el tálamo teñido con la inocente sangre del marido y bañado segunda vez con la de su pérfida mujer. Todo cuanto veia parecia que me estaba dando en cara con mi barbaridad; todos cuantos objetos se me presentaban juraria que me estaban amenazando, y no habia rincon en aquella funesta casa que no me trajese á la memoria muchos motivos de abominacion. Hallándome en tan lastimoso estado, tomé el partido de alejarme para siempre, y lo hice tan rápidamente, que ni siquiera pensé en proveerme de la más mínima cosa entre tanta riqueza de que abundaba aquella casa. Anduve perdido y sin objeto por aquí y por allí, arrebatado de mi espíritu furibundo, y corrí por toda España, pareciéndome que siempre me venia persiguiendo á las espaldas la sombra de don Gabriel. Creí que sólo con abandonar un cielo que ya me miraba con ceño, y que sin cesar me estaba amenazando, bastaria para que á lo ménos se disminuyesen un poco aquellos crueles remordimientos que contínuamente me estaban despedazando el corazon; pero la experiencia me enseñó que el castigo de la conciencia es inseparable de la culpa en cualquiera parte donde se halle el delincuente. La Francia, la Inglaterra y la Holanda, que giré de provincia en provincia como un hombre fuera de sí, no se mostraron ménos crueles con mi conciencia que lo habia sido España. Embarquéme en las Dunas sobre un navío que se hacia á la vela para las colonias inglesas de la América, y luego que desembarqué tomé desde allí el camino

para Méjico, donde me dieron la noticia de la muerte de mi padre. Se doblaron mis penas con este funesto anuncio, y me faltó poco para que con la desesperacion no me quitase la vida; pero un rayo de luz me trajo á la memoria que por ventura podria hallar en los dulces y prudentes consejos de Vd., ¡oh mi buen señor y mi buen padre Santillana! alguna esperanza de consuelo. Con este fin he venido á depositar en vuestro compasivo y nobilísimo corazon todo el horror de mis desastres.

Me dejó tan atónito (prosiguió Gil Blas) la relacion del pobre y desgraciado Diego, que no me acuerdo haberlo estado más en toda mi vida. No pude ménos de confesarle que lo enorme de su delito hacia muchos excesos á la del pecado de David; pero al mismo tiempo le alenté á que no desconfiase de la infinita misericordia del Señor, asegurándole que si á la gravedad de la culpa se seguia un verdadero y doloroso arrepentimiento, seria infaliblemente borrado de los archivos del cielo el decreto del castigo. Y hé aquí que de repente me hallé sin saber cómo hecho y derecho director espiritual, siendo mi penitente Diego, el cual oia mis consejos con grandísima compuncion y con no menor docilidad. Tuve la fortuna de sosegar aquel hombre poniéndole en una especie de tranquilidad, y cuando le ví en disposicion de no desesperarse ya en vista de sus maldades, le aconsejé que emprendiese una peregrinacion á Roma para descargarse del peso de sus pecados á los piés de un prudente y benigno confesor, autorizado para su absolucion con todas las correspondientes facultades. Abrazó mi consejo, y dos meses despues tomó el camino de Méjico con el fin de proveerse de todo lo necesario para tan largo viaje y desde allí enderezarse al de la gran Metrópoli del mundo, despues de lo cual no volví á tener noticia de él.

CAPÍTULO XIII.

Ejercicios de Gil Blas en su desierto. Improviso arribo de Fabricio con otro compañero; quién era éste, y relacion de las aventuras de aquel desde la última vez que habia visto á Santillana.

Veisme aquí pues, real y verdaderamente solitario por la segunda vez. Mi continua aplicacion á la lectura de los libros que enseñan la filosofía moral me habia llenado la mente de las ideas más singulares de aquella ciencia utilísima sobre todas las demás ciencias: y cotejando entre sí todos los sistemas de los filósofos, así étnicos como cristianos, compuse un libro en el espacio solo de dos años, cuyo título era *Etica universal.* El libro primero trataba de todas las sectas de los filósofos gentiles y de sus diversas opiniones, deteniéndome mucho en las de los estóicos, epicúreos, platónicos y aristotélicos. En el segundo discurria sobre las de los hebreos y cristianos, haciendo una análisis de todos los libros morales de los Santos Padres y sus comentadores. En el tercero procuraba conciliarlos á todos lo mejor que me fué posible. Puntualmente al mismo tiempo que acabé de componer este volúmen sentí resonar en mi caverna el eco de una voz que me pareció haber oido ya otras veces, y queria conocerla. Lleno de curiosidad salí apresurado de mi pequeño estudio, ó estrecho gabinetillo, y (¡oh santo Dios!) ¡qué admirado me quedé cuando ví entrar en mi ermita al poeta de Astúrias acompañado de una mujer desconocida! ¿Qué es esto,

Fabricio? le dije todo sobresaltado. ¿Quién te dijo dónde estaba yo? ¿Y qué vienes á hacer á esta soledad con ese objeto peligroso y tentador? Si fué grande mi admiracion al ver á Nuñez en un lugar tan separado de todo humano comercio, no fué menor la suya de haberme encontrado en él. Amigo Gil Blas (me respondió), una pura casualidad me condujo á este sitio, y yo verdaderamente estoy pasmado de verte inquilino de una cueva, que sólo creí pudiese ser habitacion de alguna fiera. Por lo que toca á la compañía que traigo conmigo, sábete que es mi legítima mujer, cualidad que debe bastar para aquietarte y para no dar lugar á los escrúpulos que sin esta noticia podian perturbar tu delicadeza. Ora bien (repliqué yo), entra más adentro, sentémonos y cuéntame por qué has dejado á Madrid y cómo te trata tu poesía en estas soledades, de que dicen ser las musas tan amigas. Todo lo contaré (repuso Fabricio); pero ya que he encontrado á un amigo (y tal amigo) donde nunca podia imaginar que fuese posible encontrarle, debo ante todas cosas decirte con la mayor confianza que mi hambre y la de mi mujer es muy superior á los deseos que tengo de complacerte, porque en dia y medio no hemos probado bocado y en los dias antecedentes toda nuestra comida se redujo á algun poco de fruta y unas yerbas silvestres. Considera ahora tú si estaré para empeñarme en hacerte una larga relacion de mis sucesos, y la que deseo oirte de los tuyos, con tanta curiosidad como tú tienes de informarte de los mios. Ninguna dificultad tuve en creer lo que me decia, y quedé enteramente persuadido de su verdad cuando, poniéndole delante algunos platos de lo más exquisito y reservado que habia en mi despensa, ví que en un instante se lo engulló todo con grandísima voracidad. Su mujer hizo lo mismo, tanto que uno y otro me dejaron muy pagado el honor que habian hecho á mi repentino desayuno ó colacion.

Despues que dejaron contento y satisfecho su apetito, refocilado Núñez y revestido de su natural acostumbrado desembarazo: Ahora sí, amigo Santillana, me dijo, que puedo complacerte; mas para que todavía lo pueda hacer con mayor espíritu, será preciso que la relacion de tus sucesos preceda á la de los mios, y que así como has satisfecho mi hambre con una colacion digna de Lucúlo, así tambien sacies mi curiosidad refiriéndome el motivo que tuviste para enterrarte vivo en una sepultura tan contraria á las grandezas de la córte. Tomé entónces la palabra y le informé muy por menor de todo lo que me habia sucedido despues de la desgracia del conde de Orvalies, que el mismo Nuñez me habia pronosticado, y se mostró el buen amigo muy penetrado de la valerosa resolucion con que abandoné todo lo que poseia en el mundo y me vine á sepultar en esta cueva. Despues de esto, para cumplir lo que me habia prometido, dió principio á la singular historia de sus raras aventuras, y su relacion fué de la sustancia siguiente.

Ya te acordarás que la última vez que nos hablamos salia yo de casa de un impresor, donde se estaba imprimiendo cierta obra cómica que la necesidad me habia obligado á componer, de la cual estaba yo tan pagado que consentí en que me habia de valer tesoros; pero la misma experiencia me enseñó lo mucho que me habia engañado en aquel juicio, porque ninguna aceptacion tuvo en el público, tanto, que me ví precisado á vender en las especierías á peso de papel un trabajo que me habia costado tanto tiempo y tanto sudor. Al descrédito de la obra se siguió tambien el desprecio del autor, de manera que en todo Madrid ninguno hacia ya caso de mí, cesándome tambien el beneficio de la mesa *gratis data* que todos los dias hallaba puesta en casa de aquel rico contador de quien te hablé alguna vez. Fácilmente hubiera vuelto al hospital, si mi espí-

ritu, fecundo en recursos, no me hubiera sugerido el modo de vivir y de comer, á pesar de la fortuna que ingratamente se me escapaba, sin que la pudiese asir ni siquiera por un cabello. Supe que una compañía de comediantes estaba en vísperas de embarcarse para Méjico, puntualmente por aquel mismo tiempo en que tú te estabas regodeando en tu castillo de Liria. Sabia que los tales cómicos eran todos de poquísima habilidad y sin aquellos requisitos que son necesarios para hacer buena figura en el teatro. Su empresario, ó llámese sino su director, era un tal Leandro, que en el corral del Príncipe habia servido de soto-espavilador. Este hombre tuvo valor para ofrecerse á suplir por uno de la tropa que habia enfermado gravemente y debia representar uno de los primeros papeles en cierta tragicomedia, y le favoreció tanto la fortuna, que logró el aplauso universal, y desde luego fué admitido en el número de los comediantes. Habia conocido yo al tal hombre, ó chuchumeco, porque cuando era soto-espavilador muchas veces me habia alumbrado para que leyese mi original, miéntras hacia yo de apuntador en algunas comedias mias que se representaron. Viéndole pues ahora elevado á la dignidad de director de la tropa destinada para Nueva-España, me le fuí á ofrecer para servir á su compañía en todo lo que podia ocurrir, como, v. gr., para mudar las relaciones de alguna escena, desterrar algunas antiguallas teatrales y sustituir otras de moda, etc., etc. No creerás el modo con que aquel hombre me recibió: no se descubria en él el menor rastro del antiguo soto-espavilador. Presentábase con una grandísima majestad y gravedad: sus palabras eran pocas, pausadas y guturales; el aire tan altanero, tan tieso y tan desdeñoso, que cualquiera otro de ménos espíritu que el mio se hubiera cortado, acobardado y enmudecido. Pero yo afecté una grande serenidad é indiferencia, y mezclan-

do las súplicas con la persuasion, conseguí en fin ser admitido al importante empleo de poeta de la tropa, con una asignacion á la verdad bajísima y áun indecentísima; pero al cabo con la apreciable añadidura de sentarme á la mesa de los comediantes, la cual, cuando tal vez no sea la más delicada, siempre es abundante y sustancial.

Con efecto, nos embarcamos en Cádiz, llegamos á Méjico sin desgracia, y durante el viaje dí un repaso á las comedias, animé con algun brio varios pasajes insípidos y frios que se encontraban en medio de las declamaciones, y en suma reformé insensiblemente todo su sistema. No paraban aquí mis atenciones. Enseñaba á representar á los actores, y á fuerza de obligarlos ya á alzar y ya á bajar la voz, procuraba corregir sus defectos, acomodando lo mejor que me era posible á la naturaleza los particulares tonillos con que la echaban á perder los recitantes. Queria que las acciones fuesen correspondientes á las palabras, y que tanto unas como otras expresasen bien las pasiones de que se suponian poseidos. En fin, no perdoné diligencia alguna de mi parte para que mereciese la general aprobacion hasta el más zambo de los comediantes. Lució bien mi trabajo, como se vió en la primera representacion. No se oia otra cosa que contínuas alegrísimas palmadas, acompañadas de repetidos y áun interminables *vivas*, siempre que salia al teatro algun nuevo personaje, como tambien cuando se terminaba alguna escena; por lo que quedaron muy contentos de lo que yo les habia enseñado, y yo quedé mucho más satisfecho que ellos, no tanto por la vanidad de ser reconocido por autor de su reforma, como por el interés del aumento que con este motivo añadieron á mi pension.

CAPÍTULO XIV.

Costumbres de los comediantes de Méjico y matrimonio de Fabricio con una comedianta de la misma tropa. De un charlatan famoso en aquella capital, y con qué ocasion ó motivo se halló el poeta de Astúrias en la gruta del anacoreta del Canadá.

Miéntras tanto (prosiguió Fabricio), con motivo de estar contínuamente tratando con aquella casta de gentes, insensiblemente fuí tomando el gusto á las irregularidades y desórdenes de su género de vida, y me parecia que era una envidiable libertad y digna del siglo de oro la que ellos se tomaban para abandonarse sin el menor reparo á todo género de disoluciones. Observé que, sin hacer el más mínimo misterio, los maridos eran los rufianes de sus propias mujeres, que ellos mismos las llevaban á casa los galanes y los petimetres, dejándolos á solas con ellas cuando creian que pagarian bien las complacencias que les dispensasen. Lo mismo hacian las madres con las hijas, teniéndose por una grosería y rusticidad imperdonable si no dejaban á los atrevidos gavilanes en toda libertad para domesticarse y familiarizarse con las inocentes palomas. Mi hija, decia una, bien puede estar rodeada de los más intrépidos y más fogosos amantes, se mantendrá más firme que una

roca, burlándose de todas sus amorosas baterías y de todas sus lascivas solicitaciones. Sabrá hacer burla de todos y tenerlos á todos engañados sin conceder á ninguno el más mínimo favor. A los más apasionados los éntretiene con esperanzas que nunca llegan á ser posesion: á los más atrevidos con promesas que al cabo los contentará, con tal que moderen un poco su genial temeridad. De esta manera logramos que de todas partes corra el dinero por nuestras casas sin mancha de nuestro honor. Gran arte es, decia yo entre mí, la de hacer creer que es pura apariencia la que es efectiva realidad, y al contrario, saber embocar por realidad la que sólo es una superficial apariencia. Entre las otras comediantas estaba esta que Vd. ve aquí presente. Habia yo puesto en ella los ojos, y ella no me miraba con aversion. La comodidad que teníamos de hablar con libertad nos hizo entrar á los dos en un discurso bastantemente apasionado. Díjela un dia que, aunque estaba persuadido á que parecia poco necesario á las mujeres de teatro hacer grande aprecio de la verdadera honestidad, todavía no sabria yo sufrir que una á quien de veras amase se tomase ciertas libertades muy ajenas de la modestia y de las obligaciones de una mujer. Soy del mismo sentir, me respondió Angélica (este es su nombre), y alabo infinitamente ese cristiano y juicioso modo de pensar. En tantos años como llevo de esta profesion á ninguno de nuestros hombres he oido hablar de esa manera, y más de una vez he tenido gana de casarme; pero nunca me atreví á hacerlo, porque hasta ahora no he encontrado hombre alguno en nuestros comediantes que pensase con esa vuestra solidez y honrada delicadeza. Me dan muy en rostro así las licencias que se toman mis compañeras, como la infame condescendencia de sus maridos: me causan grandísimo horror las disoluciones que veo cometer con la capa y á la sombra del santo matrimonio.

La mayor parte de nosotras sólo se casa por poder dar á luz hijos sin miedo de la murmuracion, y pudiera citaros más de un ejemplo si quisiera decir que el hijo de Aurelia no lo es del que se llama su padre, sino del señor Gomez de Argualto, y el de Liseta no tuvo otro padre que el cocinero del virey. Poco á poco, bella Angélica, la interrumpí, no nos empeñemos más en una materia tan delicada. Basta y áun sobra lo dicho. Ahora hablemos de nosotros: si me das palabra de serme fiel miéntras te durare la vida, ninguna dificultad tendré en darte desde luego la mano. Acepto, me respondió ella prontamente, y desde este mismo punto te miro ya como mi muy amado esposo, á quien únicamente sacrificaré todos mis afectos miéntras me durare el aliento. Con efecto, hasta aquí me ha mantenido rigurosamente su palabra mi querida Angélica, enemiga mortal de toda galantería: apénas acaba de representar el papel que la toca, inmediatamente se retira á un ángulo del teatro donde pueda ser vista de todos, para librarse de los atrevimientos y solicitaciones de los pisaverdes. No admite los billetes que la quieren entregar, y llega á tanto su virtud, que desprecia hasta los más ricos y más distinguidos regalos. Con un método como este, fácilmente creerás que no puede ser grande nuestra fortuna. Pero ¿qué me importa á mí esto, si por otra parte logro la de tener una mujer que se puede llamar la Penélope de las comediantas? Muchos años há que vivo con ella en una perfecta armonía; ni jamás he tenido el más mínimo motivo para dudar de su fidelidad sino en la ocasion que ahora te contaré, y âun en esa es un motivo tal, que, bien considerado, redunda en su mayor gloria.

Vino de España á Méjico un famoso charlatan, hombre de una facundia tan particular, que encantaba con sus discursos á todos cuantos concurrian á oirle. Jamás subia á su tablado sin

ver al rededor de sí un grandísimo número de personas, á las cuales vendia por poco dinero gran cantidad de drogas inútiles y de remedios impertinentes, cuando no fuesen nocivos, para todo género de males. Jactábase de ser gran filósofo, perfecto alquimista y singular zaorí para descubrir los tesoros escondidos en los más profundos senos de la tierra. Ofrecia enseñar oculta y reservadamente secretos infalibles para fabricar la piedra filosofal, con tal que se lo pagasen bien, protestando que esta condicion solamente la añadia para tener con que suplir los inmensos gastos que eran indispensables para lograr la perfeccion de sus químicos experimentos. Se esparció luego por todo Méjico la voz de lo mucho á que se obligaba aquel hombre universal, y la gente de poco entendimiento fácilmente creyó que era verdad todo lo que él aseguraba serlo con el mayor descaro, franqueza y seguridad. Muchos derramaban profusamente su dinero para comprarse el disgusto de quedar al cabo burlados y de que los demás se riesen de ellos, miéntras el charlatan les echaba siempre la culpa del mal efecto de sus químicas operaciones. ¿Por qué no echaste á su tiempo (le decia) en mi alambique aquella yerba? ¿Por qué no atendiste á minorar ó aumentar el fuego como lo pedia el estado de la operacion, segun yo te lo tenia advertido? Por tu descuido me haces perder el tiempo, la paciencia y el honor, y así no quiero ya servirte. Tal vez un ingenioso juego de manos, con que aparentaba que el cobre, el bronce ó algun otro metal se convertia en oro cuando le echaba en el hornillo, era bastante para mantenerle el crédito miéntras salian hueras tantas otras experiencias.

Por mi desgracia fuí uno de los tontos que más le creyeron, porque me persuadió mi codicia á que me podia hacer rico á poca costa y con muchísima facilidad; y mi buena mujer, que era aún más crédula que yo, no me dejaba vivir, azuzándo-

me continuamente para que fuese á verme con el charlatan y me ajustase con él. Con efecto, para poder hablarle con más despacio y mayor comodidad, aquella misma noche fuí á su casa, donde le encontré cenando alegremente con sus compañeros á costa de los mentecatos que habia engañado aquel dia. Me recibió con una seriedad más que filosófica, y habiéndole significado el fin de mi visita: Habia hecho firme resolucion (me respondió) de no comunicar á nadie miéntras me mantuviese en Méjico, fuese quien fuese, los recónditos arcanos de mi ciencia; pero no obstante, por la particular estimacion que hago de usted (y jamás me habia visto) quiero dispensarme en este propósito haciéndole excepcion de la regla general. Además de eso, tampoco quiero pedirle á Vd. tanto como he pedido á todos los demás; basta que mañana me entregue en un bolsillo no más que cien doblones, y que por su parte coopere, yendo á los desiertos que yo le indicaré, á buscar ciertas yerbas, cuyas señales tambien se las describiré, las cuales son absolutamente necesarias para la química operacion que se debe elaborar, y puntualmente deben ser cogidas en la luna en que nos hallamos. Cuando le oí hablarme de cien doblones con tanta franqueza y serenidad, me quedé casi sin aliento. No obstante, para que no me despreciase y salir de aquel apuro lo ménos mal que pudiese, solamente le respondí que el dia siguiente nos veríamos, y levantando con esto la visita, me fuí derecho á contar todo lo sucedido á mi mujer. Lamentábase ésta pobre de no tener á la mano aquel dinero, que segun á ella la parecia nos habia de producir ciento por uno, y yo la acompañaba tambien en lamentarme de nuestra miseria. En este desconsuelo estábamos los dos cuando llamó á nuestra puerta un mercader muy rico de Sevilla, que pocos dias ántes habia trabado conmigo una estrecha amistad, y luego que nos vió conoció que uno y otro estábamos

turbados: ¿qué teneis, amables esposos? nos preguntó: ¿qué desgracia os ha sucedido y os tiene tan abatidos? Señor, le respondí, nuestra desgracia es de aquellas que apénas tienen remedio. Mañana muy temprano debemos pagar cien doblones, y no sabemos dónde nos hemos de revolver para encontrarlos. ¿Y no más que por cien doblones, replicó el mercader, os afligís tanto? Toma, Fabricio, esta llave de mi cofre, y en él encontrarás una bolsa, donde hallarás justamente esa cantidad. Anda al instante, cógela, sírvete de ella y vuelve á restituirme la llave, que aquí te estoy esperando. Me sorprendió la no esperada generosidad del mercader; pero como tenia tan en el corazon la piedra filosofal, nada me detuve en aceptar el generoso regalo. Agarré la llave y partí volando para traer á mi casa los cien doblones, sin advertir que no era la cosa más segura ni más prudente dejar sola á mi mujer con un hombre tan liberal. El tal comerciante, con efecto, no tenia otro fin en derramar su dinero con tanta profusion sino precisamente el de ganar el corazon de mi esposa con aquella bizarría. Así pues, miéntras yo iba y venia no tuvo poco que hacer mi fidelísima Angélica en valerse de todo su espíritu y de toda su modestia para repeler las proposiciones que la hizo el falso amigo sevillano. Este solamente me habia franqueado tan liberalmente su oro para comprar con él mi infamia y la traicion de mi esposa, y cuando la encontró tan poco dispuesta á condescender con sus alevosas demostraciones, es natural que estuviese ya muy arrepentido de haber andado tan bizarro, sin juicio y sin consideracion. No obstante, procuró disimular conmigo su disgusto, pues ninguna novedad observé en él cuando volví con su dinero á mi casa, de la cual se partió el dichoso mercader, esperanzado quizá en que con el tiempo expugnaría aquella fortaleza, que muy contra su expectacion habia encontrado en tan buen estado de defensa.

El dia siguiente sin perder tiempo fuí á entregar mis cien doblones al charlatan, y éste me puso en las manos una especie de carta topográfica, en la cual se veian diseñados ciertos países desiertos del Canadá, en los cuales me dijo encontraria la singularísima yerba que era indispensablemente necesaria para la química operacion de la piedra filosofal. Al mismo tiempo me entregó tambien otro diseño de la misma yerba, estampada primorosamente, con su propia dimension, colores y figura; pero me hizo una advertencia por cierto muy singular. Esta portentosa yerba (me dijo) á todos se hace invisible si no llevan consigo una mujer casada que haya conservado intacta la fé conyugal á su marido. ¡Oh! (exclamé yo entónces) siendo eso así, estoy tan seguro de encontrarla, que ya me parece tenerla entre mis manos. Tengo una mujer que puede pasar por el modelo mismo de la honestidad, y no creo que haya otra igual en el mundo. Me alegro mucho, replicó el charlatan; y el éxito de tu comision nos dirá si es tal como á tí te parece. Despedíme de él y volví derecho á mi casa, donde informé á Angélica de todo lo que habia pasado, como tambien de lo que debíamos hacer. Preguntéla si se atrevería á venir conmigo en busca de aquella maravillosa yerba, que se escondía á los ojos de todas las casadas infieles. Prontísima estoy, me respondió sin rastro de temor ni de embarazo, á seguirte donde quiera que fueres y quisieres. Vamos, vamos cuanto ántes; y si para encontrar esa piedra de los filósofos no es menester más que el que la busque una mujer casada que sea casta y recatada, nosotros, querido Fabricio, seremos los dos afortunados esposos que poseeremos ese importantísimo secreto. Partimos pues de Méjico sin dar parte de nuestro viaje á ninguna alma viviente, y siguiendo el camino que señalaba la carta topográfica ó el pequeño mapa que yo llevaba conmigo y que á cada paso consulta-

ba, despues de algunas jornadas comenzamos á entrar en los desiertos de que me habia hablado el charlatan. Estos son, dije entónces á mi esposa, los felicísimos campos Elíseos que producen aquella milagrosa planta que asegura á los maridos de la honestidad de sus mujeres, y sirve tambien para que logren una vida tan abundante de riquezas como colmada de años. Animo pues, ¡oh fénix de las mujeres de nuestros tiempos! toma este diseño, confróntale con las yerbecillas que vieres en estos verdes campos, y mira si algunas se parecen á la figura que el diseño representa; y diciendo esto, la entregué el diseño de la planta que tanto me habia ponderado el charlatan. Tomóla Angélica y comenzó á caminar muy poco á poco, mirando siempre á la tierra y bajándose á ella de cuando en cuando, engañada de la semejanza, para coger la que tenia alguna con el vegetal deseado: lo que hacia con mano trémula, temiendo, como sucedió, que ninguna de las que habia arrancado era verdadero original de la copia que tenia en la mano. Anduvimos muchos dias por aquellos campos, derritiéndonos por el dia los ardientes rayos del sol y expuestos por las noches á los peligrosos rocíos de aquel país, sin que se presentase á los ojos de Angélica la yerba tan deseada.

Ya comenzaba yo á dudar si era tan casta como me parecia, y si lo único que nos impedia el encontrar la suspirada planta era algun descuido en su fidelidad. Preocupado de esta sospecha, quizá me hubiera precipitado en alguna cruel y bárbara resolucion, si aquella misma mañana no hubiera encontrado, no muy lejos de aquí, á un pobre hombre bañado todo en lágrimas, que estaba enterrando el casi ya corrompido cadáver de una infeliz mujer. Al ver aquel espectáculo me paré y pregunté al buen hombre cuál era el motivo que le hacia derramar tantas lágrimas. Quedé aturdido cuando le oí responder que el

charlatan de Méjico era el que le habia precipitado en un abismo de miserias. Y me contó que le habia dado á entender poco más ó ménos lo mismo que me habia dicho á mí; y que muy persuadido á que era verdad lo que le habia encajado, se puso muy alegre en camino con su querida mujer, y que como ésta no habia podido encontrar aquella quimérica yerba, él lo atribuyó únicamente á alguna deshonestidad de su inocentísima esposa, y arrebatado de un furioso primer movimiento la habia cosido á puñaladas, dejando el cadáver sobre la tierra á merced de las fieras y de las aves. Añadió que despues de esta cruel barbaridad se habia vuelto á Méjico medio desesperado, y halló que el infame impostor, despues de haber engañado á muchas personas y chupádolas su dinero, habia desaparecido de repente, sin saberse dónde paraba ni qué se habia hecho de él. Esta relacion, prosiguió Núñez, fué para mí y para mi buena Angélica el remedio eficaz y saludable que curó radicalmente la locura de entrámbos. A la verdad, yo no pude ménos de sentir la pérdida de los cien doblones; pero acordándome de que este dinero no me habia costado más que dar las gracias al mercader, poco á poco me fuí consolando. Y viéndome en este desierto tan distante de Méjico, que me habia traido á esta gruta por casualidad, me sentí con una grandísima gana de entrar á verla, sin duda por un cierto presentimiento del corazon de encontrar en ella alguna extraordinaria aventura, como efectivamente se verificó; pues para mí no puede haber otra mayor ni más rara que la de haberme hallado en un sitio tal con el mayor amigo que he tenido, que tengo, ni espero tener en este mundo.

CAPÍTULO XV.

De las conversaciones particulares que tuvieron Gil Blas y Fabricio, y cómo éste se despidió de aquel.

Me reí fuertemente, prosiguió Gil Blas, de la credulidad de Fabricio, y no pude ménos de decirle lo mucho que me maravillaba de que un hombre de su despejo, y que habia dado tantas pruebas de un entendimiento nada vulgar, se hubiese dejado engañar de un charlatan creyéndole unas cosas que tenian tanto de irracionales como de inverosímiles. Todo aquello que se desea con ánsia se cree con facilidad, me respondió Núñez, y en verdad que no fuiste tú ménos crédulo ni más prudente que yo cuando diste tanto crédito á las grandes mentiras que te encajó aquel truhan petardista que te sopló la cena en el meson de Peñafiel, ni mucho ménos en Valladolid cuando la prima de doña Mencía Mosquera hizo contigo el famoso cambio del anillo que la habia regalado su tio el gobernador de las islas Filipinas. Pero yo en aquel tiempo (le repliqué) era muy mozo, sin experiencia del mundo, y por consiguiente sin obligacion á saber distinguir entre lo verdadero y lo falso. Mas dejemos á un lado nuestras juveniles ligerezas y permíteme que te dé mil enhorabuenas por tu feliz matrimonio. Hícele mis

cumplimientos, celebrando mucho la decantada honestidad de su mujer; pero al mismo tiempo haciendo conocer á uno y á otro que la profesion del teatro era muy peligrosa para conservarse por largo tiempo ilesas entre los desórdenes que la acompañan. Estoy bien persuadido á eso, respondió Fabricio; ¿pero á qué oficio nos hemos de aplicar para comer? Yo no me acomodo á servir, ni mi Angélica es ménos amiga que yo de vivir independiente. Siendo eso así, le repliqué, nada tengo que deciros, porque en el estado en que me hallo no puedo ofrecerte empleos, como lo podia hacer cuando era confidente del primer ministro. Así, pues, lleva adelante tu genio y diviértete en componer comedias, miéntras yo en mi vida solitaria me entretengo en componer obras morales. ¡Cómo así! repuso Fabricio, quedando atónito al oir que el señor de Santillana se habia convertido en maestro de moral. Sí, amigo, le respondí, y no te admires de eso, porque te hago saber que tengo aquí una decente provision de libros que tratan de esta ciencia, con con cuya continua lectura he adquirido suficiente noticia de especies, bastantes á mi parecer para no desmerecer el título de autor entre tantos como escriben sobre esta materia. Hazme el favor (me dijo entónces Núñez) de dejarme ver alguno de tus trabajos, que no podrán ménos de ser de un estilo puro, terso, castizo y elegante, siendo, como no dudo que será, muy parecido al de tus dos maestros el arzobispo de Granada y el conde de Orvalies.

Presenté un manuscrito mio al poeta de Astúrias; pasó rápidamente los ojos por el sumario que estaba al principio, y despues de haber visto por este el método de la composicion y los puntos que en ella se tocaban, me restituyó el libro diciendo: Esta es una obra dignísima de que todo el mundo la lea: yo te aconsejo que cuanto ántes la des á la imprenta. Pues yo (le

replíqué) estoy pensando en otra cosa. ¿Pues en qué piensas? me preguntó. En darla á las llamas, le respondí, para que hagan ceniza ¿Y eso por qué? me volvió á preguntar. Porque yo me habia lisonjeado (le volví á responder) de haber compuesto una obra de la cual no se pudiese hacer juicio prudente hasta haberla leido toda con mucha madurez y considerado con la mayor atencion, y veo que tú, sólo con pasar los ojos arrebatadamente por una ó dos páginas, has hecho ya juicio de ella: señal de que sólo contiene cosas vulgares y muy sabidas, sin que en ella se encuentre cosa alguna que merezca particular atencion. Tú eres demasiadamente delicado, me replicó Núñez, y se conoce bien que viviste en la córte mucho tiempo; yo sólo hice juicio del método y coordinacion del libro, y me agradó tanto, que desde luego me pareció que seria correspondiente á ella todo lo restante. Ese compendioso modo (repuse yo) de pronunciar sentencias definitivas sobre el mérito ó demérito de los libros no me parece muy diferente de la que pronunció tu comensal Villegas sobre la Ifigenia de Eurípides. Mas yo no quiero altercar contigo; véte ahora á dormir, que mañana discurriremos más despacio sobre lo que se ha de hacer con tal obra mia. Condújele á su cuarto, y quedó fuera de sí cuando en el corazon del Canadá se vió dentro de una pieza alhajada á la española, y estoy por decir que á vista de esto nada tuvo ya que desear, despues que se desvaneció la esperanza de hallar el misterioso ingrediente para hacer la piedra filosofal.

Luego que desperté al dia siguiente esperé á que mis huéspedes se levantasen de la cama, y apénas me vió Fabricio, cuando me dijo: Gil Blas, tú en todo has de ser un hombre singular y raro. Vives aquí como un verdadaro anacoreta en cuanto á la soledad y á las costumbres; mas por lo que toca al regalo, comodidad y conveniencias de la habitacion, no veo gran diferencia

entre el anacoreta y el cortesano. Calla, lengua mordaz y satírica (le repliqué yo): debieras tener presente que yo no soy uno de aquellos ermitaños austeros y penitentes que afectan este género de vida con el torcido fin de hacerse unos araganes y mantenerse á costa de la credulidad de los fieles. Yo me mantengo aquí de lo que es mio, sin ser gravoso á nadie, y solamente busqué en esta soledad mi quietud y un asilo contra las tentaciones del mundo. Nunca pensé en dormir sobre unas pajas, ó sobre la desnuda tierra, ni echarme acuestas un saco grosero y de hechura particular, porque conocí que no era esa mi vocacion. Procuré proporcionar mi retiro á lo que era compatible con mis fuerzas, con mi edad y con mi temperamento; y en el aseo de esta mi estrecha habitacion sólo he procurado mostrar que no vive en ella un hombre entregado á la poltronería, ni mucho ménos á la desesperacion. Despues de esta breve satisfaccion que dí á nuestro poeta, le convidé á él y á su mujer á que entrasen en el huertecillo, donde les hice una exacta descripcion de mis diarias distribuciones, que observaba inviolablemente, de lo que ámbos quedaron sumamente edificados, teniendo, segun decian, gran envidia á mi suerte. Miéntras tanto Fabricio se puso á componer sonetos y madrigales en todos los ángulos del jardin, y como esta era su pasion, se embebió en ella de manera que enteramente se olvidó de volverme á hablar sobre mi libro de moral. El dia siguiente se volvió á Méjico con su mujer, diciendo que le estaban esperando con ánsia los comediantes para continuar sus representaciones. Desde entónces acá se han pasado veinte años, y en todo este tiempo no ha entrado en esta gruta alma viviente más que tú, salvo el que una vez al año me trae mis provisiones de boca. Todas mis diversiones se han reducido á leer en mis libros, trabajar en mi huertecillo y borrar papel con alguna de mis geniales composicio-

nes. Y por lo que toca á las de moral, me determiné á quemarlas, no ya por lo que me sucedió con Núñez, sino porque me pareció que me venia alguna vanidad por aquel tal cual trabajo mio y que le miraba con alguna pasion, dos afectos que me resolví á vencer sacrificándolos á mis deseos.

Así acabó su historia vuestro ilustre abuelo, me dijo el soldado volviéndose hácia mí; y aquí tambien puso el punto á su relacion, diciendo que las cosas que le restaban por contar eran tantas y tan singulares que pedian mucho tiempo, y él tambien necesitaba un poco de reposo y tomar aliento para poder proseguirlas.

CAPITULO XVI.

Continuacion del viaje del mozo siciliano. Su detencion en Cotrona y el motivo de ella. Traba amistad con un tal Demetrio, natural de la isla de Cefalonia, y navega con él á dicha isla.

Miéntras tanto nos fuimos alejando de las costas de Sicilia y nos hallábamos en la altura del cabo de Spartivento, dirigiendo nuestro rumbo hácia el golfo de Squilache, para entrar en el puerto de Cotrona, donde el capitan de nuestro navío debia dejar algunos géneros que pertenecian á vários mercaderes de la Calabria. Luego que desembarcamos allí cayó enferma mi querida Irene, y fué preciso detenernos en una ciudad, que aún no estaba á la mitad de nuestro viaje, y temí que fuese sepulcro de aquella jóven amabilísima. Era muy violenta su enfermedad, y hubiera cedido á ella la tierna y delicada doncellita, si un mocito de Cefalonia, que por casualidad se hospedaba en la misma posada, no nos hubiera sugerido algunos remedios que no conocian los otros médicos. Fué tanta su actividad, que en pocos dias se halló enteramente sana, recobrando todas sus fuerzas y con ellas tambien toda su antigua belleza. Gran consuelo

para un hombre que ama de veras ver como resucitado de muerte á vida al digno objeto de su casto amor. Me declaré sumamente obligado al cefaleno, y debiendo éste partir, me determiné á irme con él en aquel viaje. Metímonos, pues, Irene, el soldado y yo juntamente con el isleño en una falúa, y atravesando felizmente todo aquel trecho de mar que hay entre el promontorio Ricciuto y el de San Sidiro, en solos dos dias de navegacion nos puso en tierra en la misma Cefalonia, capital de aquella isla. No permitió el cefaleno que nos hospedásemos en otra parte que en su casa, donde fuimos recibidos por su padre, que era un venerable viejo, con un amor y un agasajo poco ordinario en la nacion griega. Desde aquí escribí á mi padre, informándole de todo lo que me habia sucedido hasta entónces y suplicándole, no sólo que solicitase el permiso de poder restituirme libremente á la pátria y el consentimiento de los padres de Irene para nuestros esponsales, sino tambien que se sirviese enviarme algun dinero para poder mantenernos. Seis meses tardó en ir y venir la respuesta de esta carta, que al cabo llegó acompañada con una letra de cambio de seiscientos pesos. En medio de las severas palabras con que mi padre me afeaba lo que habia hecho, conocí que estaba igualmente afligido que compadecido de mis sucesos y me prometia hacer todo lo posible para consolarme. Durante este tiempo me habia estrechado tanto con nuestro jóven albergador, cuyo nombre era Demetrio, que no podia estar un instante sin él. Habíale confiado todas mis aventuras, y él se mostraba infinitamente compadecido de la resolucion que el amor me habia precisado á tomar. Con efecto, por su parte no dejaba de practicar conmigo algunas de aquellas honradas y generosas acciones que usan entre sí los verdaderos amigos, y yo me lisonjeaba de tener en él el mayor y el más fiel que podia haber entre los hom-

bres. Ejercitaba la medicina con infinito crédito, porque hacia curas que le merecieron el nombre de *Esculapio de su tiempo.* Tenia secretos muy particulares, que él sólo elaboraba por sí mismo, lo que le granjeaba el ódio mortal de todos los boticarios. Era enemiguísimo de sacar sangre y queria que todos sus enfermos bebiesen vino generoso y vigoroso. Decia que este valiente específico ayudaba muchísimo á expeler las materias morbosas, y que teniendo tanto de cordial preservaba las entrañas de todos los asaltos malignos. Sostenia con el mayor empeño que algunos específicos que nos vienen de lejanos países de nada servian á los temperamentos de nuestro clima, y por eso abominaba del ruibarbo y de la quina como de remedios pestilenciales. Era sectario de la escuela Salernitana y nunca curaba los cuerpos sino con una rigurosísima dieta, no permitiendo á sus enfermos otro alimento que de algunos ligerísimos líquidos. Mas no por eso dejaban de irse al otro mundo cuando les llegaba su tiempo; pero esto siempre lo atribuia él ó á que no habian bebido toda aquella cantidad de vino que les ordenaba, ó á no haber observado toda aquella rigurosa dieta que les prescribia. Algunas veces me divertia yo en acompañarle á sus visitas, y de esta manera poco á poco me iba instruyendo en el método de medicar, como si efectivamente tuviera ánimo de abrazar aquella profesion.

Llegó miéntras tanto la templada y tentadora estacion del otoño y todos determinamos irla á pasar á una bella casa de campo que tenia el padre de Demetrio en las cercanías de Argostoli, para gozar de las diversiones propias de aquella última parte del año. Un dia que quedamos solos Irene, el soldado y yo, porque Demetrio se habia ido á la ciudad, segun él mismo nos lo habia prevenido, á visitar no sé qué gran señor que estaba enfermo, nos fuimos paseando hácia la orilla del mar, que

estaba poco distante, y habiéndonos sentado todos, supliqué al buen genio de Isidoro nos hiciese el gusto de proseguir la historia de mi abuelo, que dejó imperfecta y cortada cuando estábamos á bordo en el navío inglés. No se hizo de rogar el soldado, ántes bien tardó poco en complacerme: tosió, gargajeó, sonóse y prosiguió su relacion de esta manera.

CAPITULO XVII.

Vuélvese á atar la historia de Gil Blas, y cuenta Matilde los sucesos de su vida.

Matilde y yo, dijo el soldado, mirábamos á Gil Blas con sumo respeto y con igual veneracion, y él nos correspondia mirándonos como si fuéramos dos hijos suyos; pero como todavía no le habiamos declarado que aquella fuese mujer, quedó muy sorprendido cuando ella misma le dió noticia de su verdadero sexo. Pero no basta, añadió la doncellita, que yo os informe de que soy mujer disfrazada en traje de hombre: es menester que además de eso sepais por qué motivo y cuánto tiempo há que desmiento mi verdadero sexo á la sombra de este traje. Yo, señor, nací en Trivento, ciudad poco numerosa del condado de Molisa en el reino de Nápoles, en la que gozaba mi padre cierto feudo, que además de otros títulos tenia adjunto el de marqués y era hereditario en nuestra casa. A mi madre no la conocí porque murió pocos dias despues que me dió á luz: sólo sé que era de una casa noble del Abruzo.

Cuando murió Cárlos II ejercia mi padre un empleo muy honorífico en el reino por nombramiento de aquel monarca; pero como se habia dedicado todo al servicio de la casa de Austria,

todos sus bienes se le confiscaron cuando subió al trono de España Felipe V, por lo que se vió precisado á refugiarse á Alemania con toda su familia, donde logró tambien algunos empleos lucrosos, con que pudo mantener el esplendor de su nobleza, y siendo nombrado poco despues para seguir al archiduque á España, quiso llevarme consigo cuando sólo contaba yo de once á doce años. Desembarcamos en Lisboa, donde me dejó en el palacio de la duquesa de Alburquerque, la cual hacia gran figura en la córte de Portugal, y de allí partió mi padre á campaña á los confines de Extremadura, sin que yo le hubiese vuelto á ver, porque murió de una grave enfermedad en el ejército, dejándome heredera de las esperanzas de recobrar sus bienes cuando la guerra se terminase. No ignoraba mis derechos un fidalgo portugués que frecuentaba la casa de la duquesa, y se llamaba D. Lope de San Sebastian, y quiso asegurarse de la expectativa de mi herencia arrebatándome atrevidamente de las manos de mi excelentísima depositaria. Con efecto, logró su intento sin mucha dificultad, por lo mismo que ninguno podia imaginar que tuviese valor para semejante temerario atrevimiento. Llevóme en sus brazos al puerto, y allí me embarcó en una nave que en aquel mismo momento iba á partir para el Brasil, y luego que nos vimos en alta mar, me dijo: Señora, sin duda debeis perdonarme un exceso de amor que me obligó á cometer un rapto, del cual espero que con el tiempo no os pesará; sin embargo, vos sois señora absoluta de vuestro corazon; ni debeis pensar que yo pretenda obligaros á darme la mano de esposa sin pleno consentimiento de vuestra libre voluntad. Efectivamente, era un caballerito muy cristiano y muy atento, de gran docilidad y de la mayor condescendencia: me trató siempre con todas las respetuosas atenciones de la más circunspecta honestidad y de la más noble y caballerosa educacion;

de manera que yo insensiblemente comencé á amarle con una especie de ternura que jamás habia sentido por ningun hombre. Volaba por las ondas nuestra nave, y parecia que el cielo se declaraba parcial de nuestra navegacion. Arribamos felizmente al Brasil, donde pensaba él celebrar nuestro matrimonio con la mayor suntuosidad, aparato y magnificencia; pero habiendo hecho mi rapto grandísimo estrépito en la córte de Lisboa, D. Lope fué declarado bandido á voz de pregonero por la grande autoridad de la duquesa de Alburquerque, y habiéndose sabido que nos habiamos pasado al Brasil, se despacharon requisitorias con mucho encargo al virey y á todos los gobernadores de aquel reino para que inmediatamente se le prendiese y en partida de registro le enviasen luego á Lisboa. Tuvo con tiempo aviso pronto y reservado de estas órdenes por un secretario del gobierno, y pensó luego en que nos retirásemos de la ciudad de Todos Santos, donde nos hallábamos, para librarnos de las manos de la justicia.

A la sazon se hallaba en la bahía una nave holandesa, y ésta fué nuestro asilo, aunque sin habernos podido casar ántes que la tal nave se hiciese á la vela. D. Lope me habia tratado siempre como correspondia á un honestísimo caballero, considerándome como hermana hasta que llegase el tiempo de mirarme como esposa. La nave holandesa se volvia á Europa, y D. Lope habia ideado trasladarse de Holanda á la córte de Viena, esperando que el embajador de Portugal en ella, grande amigo suyo, podria interesar al emperador para que pidiese mi persona al rey su señor por una gracia muy particular; pero todos estos proyectos se desvanecieron en el aire, porque se encontró nuestra nave holandesa con una escuadra española, á la cual fué preciso rendirse. Hiciéronnos prisioneros á D. Lope y á mí, pero con fortuna muy diferente, porque habiendo querido D. Lope

que me vistiese de hombre, desde que resolvimos salir fugitivos del Brasil todos me tuvieron por tal, y conducida al navío donde estaba el comandante de la escuadra, no volví á ver al enamorado autor de mi rapto, el cual quedó separado de mí en la revista que se hizo de todo nuestro equipaje. A pesar de mi desgracia tenia yo grande amor al que habia de ser mi esposo, tanto que hasta ahora no me he olvidado un punto de él. Admirábame sí, y siempre me admiré, de que no hubiese encontrado modo de recobrarme, ó á lo ménos de saber en qué manos habia venido yo á parar: lo que desde entónces me hizo sospechar que, segun el más comun estilo de los hombres, enteramente se habia olvidado de mí. En medio de eso siempre está presente á mi memoria, y no puedo ménos de amarle áun cuando le sospecho infiel. Me condujeron, pues, á Vera-Cruz, y desde allí pasé á Méjico, haciendo figura de paje de un señor, hombre ya de muchos dias y dueño de muchos más doblones, grande amigo de cierto mercader de Madrid tan rico y tan poderoso como él. Ya habrás conocido tú (prosiguió mirándome á mí) que este tal mercader era justamente el dueño de aquella casa de que tanto abominé cuando nos escapamos del poder de los canadienses: le agradó mi fisonomía al tal señor comerciante y pidió á mi amo que me dejase en su casa. Poca dificultad tuvo en darle este gusto, porque debiendo volver á embarcarse presto para restituirse á España, consideró que mi persona, así por los pocos años que mostraba como por la delicadeza de mi temperamento, más le podia servir de embarazo que de alivio, particularmente si llegaba el caso de pelear con los enemigos. Y héteme aquí doméstico ya del señor Beltran de Naiva, que éste era el nombre del dichoso mercader. Una vez me llevó consigo á su casa ó factoría del Canadá, y en cierta ocasion que me oyó quejar y suspirar creyéndome sola y que nadie me sintiese, co-

noció que era mujer disfrazada en traje de hombre. Inmediatamente se convirtió su corazon en un volcan de fuego libidinoso, y llamándome aquella noche á su cuarto, luego que entré me tomó las manos, y apretándolas estrechamente entre las suyas me declaró con los trasportes más violentos y más apasionados su detestable amor, conjurándome con las más vivas expresiones y con los más patéticos afectos que condescendiese con sus infames deseos. Hacíame mil promesas; ofrecíame oro, galas, joyas y, en fin, hacerme heredera de todo cuanto tenia, supuesto que se hallaba sin hijos y sin heredero alguno forzoso. Me persuado á que ya ustedes creerán que resistí á todas estas solicitaciones con toda aquella indignacion y con todo aquel espíritu que correspondia á mi nacimiento, á mi reputacion y á mi crianza, y que pasando de la repulsa á los improperios que merecia tan villano atrevimiento, no fuí escasa de ellos con aquel insolente comerciante de Madrid. Mal hombre (le dije), cuando el diablo te sugiera semejantes torpísimos pensamientos, nunca tengas valor para proponerlos á mujer que haya nacido con mis obligaciones. Mucha ha sido tu temeridad en atreverte á tentar con tan fea pretension á una doncella por cuyas venas corre una sangre pura, noble y cristiana heredada de sus mayores, y cuyo corazon está animado con la pureza de un espíritu correspondiente á su nacimiento y á la santísima religion que profesa. Véte, súcio viejo, con esas puercas pretensiones á los postribulos ó casas de mujeres públicas y nunca te lisonjees de poder vencer con ellas á una doncella de mi clase y calidad. Se quedó suspenso aquel hombre por un rato, y persuadido á que nada conseguiria de mí con toda su facundia y villana generosidad, se avalanzó furioso á mí para violentarme; le repelí con rabia y salí corriendo de su casa, entregándome á la fuga, sin reparar en la oscuridad de la noche ni en los pe-

ligros á que me exponia en un país para mí enteramente desconocido. Tomé el primer camino que al salir de una puerta se me puso delante, caminando con indecible velocidad, sin tomar el menor reposo hasta llegar á la orilla de aquel riachuelo desde donde descubrimos la luz que nos guió por nuestra gran fortuna á esta bendita y venerable cueva. Seguí mi camino por su márgen, y al despuntar el dia me hallé en el valle contiguo á la soterránea poblacion de los canadienses. Sin duda que me debieron descubrir desde aquellos espesos matorrales que les sirven de atalayas, porque bajando presurosos por diferentes sendas, me sorprendieron y arrebatadamente me llevaron á sus madrigueras. Descubríme por italiana, y esto me valió como á tí para no ser cruelmente sacrificada, pues ya me habian llevado para este fin á la casa de su sacerdote, el cual despues me instruyó en sus disparatados dogmas para que cuando estuviese bien catequizada abjurase nuestra santa religion y abrazase su impía secta. Lo demás ya lo sabes tú y lo podrás añadir á la narracion de tus sucesos para contentar la inocente curiosidad de nuestro benigno bienhechor y albergador.

CAPITULO XVIII.

Fin de la historia de Gil Blas. Arribo inopinado de Scipion. Muerte de aquel extraordinario ermitaño, é impensado arribo de D. Lope.

Habiendo Matilde dado fin á su relacion de esta manera, dí yo principio á la mia, y despues que Gil Blas nos oyó á entrámbos con extraordinaria atencion: Paréceme, hijos mios, nos dijo, que estoy viendo cómo la divina Providencia os ha preservado de tantas desgracias para haceros gozar un dia algun rayo de felicidad. Los males que se padecen en los más floridos años de la juventud, por lo comun se convierten en mayores bienes cuando se llega á una edad más provecta; y si sufrimos con paciencia y constancia las adversidades, la divina Misericordia nos la recompensa derramando largamente en nuestros corazones una alegría muy superior á la que causan los engañosos gustos de esta vida. Continuad, hijos mios, á vivir como habeis comenzado; y tú, bella Matilde, guarda fielmente en tu pecho el asiento que has concedido en él á tu amante D. Lope de San Sebastian, porque no desconfio de que llegue algun dichoso dia en que le vuelvas á encontrar y le halles aún mucho más amable de lo que jamás te pareció en todo el tiempo pasado. Así nos consoló el santo hombre, el cual nos intimó que

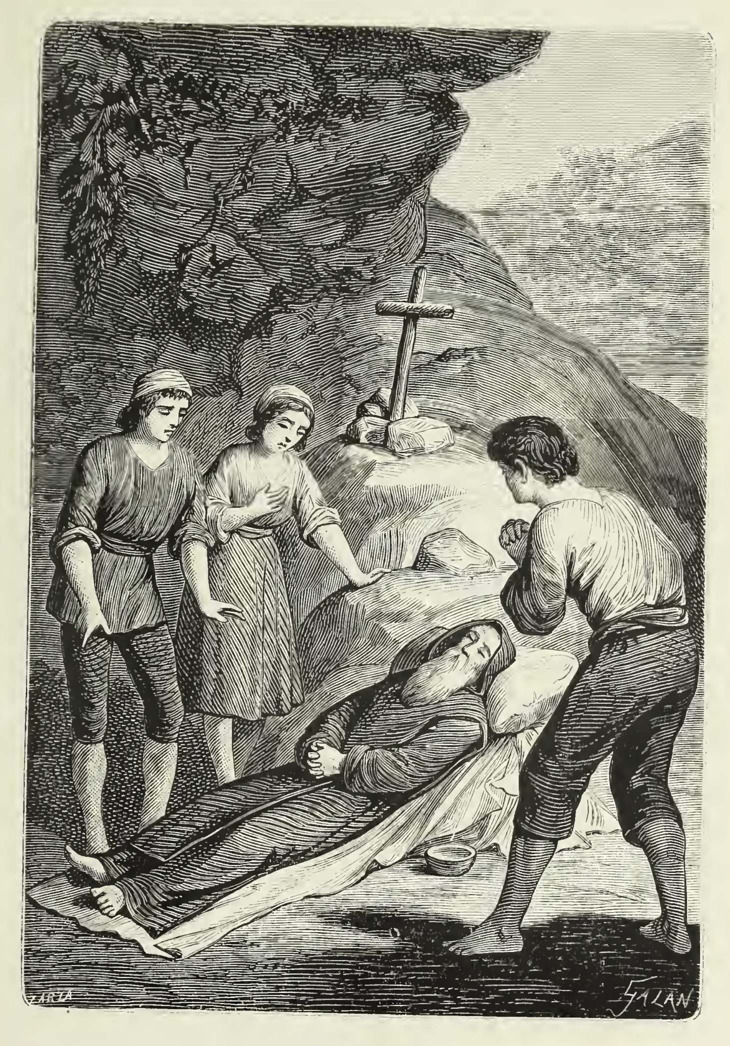
desde aquel mismo punto, el cuarto que nos habia señalado para Matilde y para mí, teniéndonos á entrámbos por varones, debia servir solamente para Matilde, y á mí me destinó para su compañero de celda. Duró nuestra vida en aquel santo lugar un año entero, porque no hubo forma de dejarnos partir ántes, quizá por alguna oculta disposicion del cielo, que sin violencia y muy naturalmente nos iba preparando la oportunidad de los lances que ireis oyendo despues. No me acuerdo de haber tenido en toda mi vida otra más quieta, más alegre ni más exenta de toda pesadumbre, disgusto y amargura. Teníamos distribuido todo el tiempo en la oracion, en la leccion de libros espirituales y en el trabajo de manos. Quién cuidaba de la cocina disponiendo la comida y la cena; quién iba á cortar leña al vecino bosque; quién tenia á su cargo el cavar, regar y cultivar el huertecillo recogiendo la fruta y las diferentes ensaladas que nos producia.

Un dia se dejó ver en la gruta un hombre en traje de marinero. Me hallaba yo á la puerta de ella, entretenido en varios pensamientos, y me preguntó si vivia el señor Gil Blas de Santillana. Respondíle que sí, y que gozaba de una muy buena salud á pesar de sus muchos años. ¡Bendito sea Dios! exclamó, que me ha dado el consuelo de poder ver ántes de morir á mi muy querido amo. Al oir esta última palabra no tuve la menor duda de que aquel hombre era el famoso Scipion, de quien se decian tantas y tan bellas cosas en la célebre historia de Gil Blas, y así le respondí prontamente: Entre Vd., señor Scipion, que encontrará á su amo el señor Santillana empleado de manera, que se quedará pasmado de admiracion. ¿Es acaso este sitio, me replicó el hijo de la Cusculina, algun Seminario de profetas, puesto que vos me habeis conocido por mi propio nombre sin haberme visto jamás? Por ahora, le respondí, no

me quiero detener en explicar este enigma; entre Vd. cuanto ántes, y no dilate un momento el consuelo que tendrá su amo en ver á un criado que le mereció toda su confianza, todo su amor y todo su cariño. Entró, pues, Scipion en la gruta y sorprendió á Santillana, que estaba dando á Matilde leccion de filosofía moral. Apénas le vió se arrojó á sus piés, besóle las manos bañándoselas con sus lágrimas, y estuvo así un rato sin poder articular ni una sola palabra. Atónito Gil Blas al ver un cumplimiento tan extraordinario de aquel forastero, que enteramente desconoció, ya porque la edad tenia bastantemente turbados y oscurecidos sus ojos, como tambien porque las facciones de Scipion se habian mudado mucho con el discurso del tiempo, añadiéndose á todo esto la novedad del vestido. Pero cuando al fin se aseguró que era su antiguo y carísimo secretario, ¡Oh hijo mio! prorumpió, ningun consuelo mayor podia yo esperar en este mundo: y levantando los ojos al cielo, ahora, Señor, exclamó, librad en paz mi espíritu de la pesada compañía de este cuerpo, pues ya habeis concedido á mis ojos el mayor consuelo que podia apetecer en este valle de miserias. Con efecto, parece que la divina Providencia habia alargado la vida de aquel hombre para que lograse tan alegre dia, porque despues de él parecia más muerto que vivo, ya por el sumo desfallecimiento que sobrevino á todos sus miembros, y ya tambien por el velo de que se cubrieron sus ojos. Este fué tal, que vino á cegar del todo, y no pudiendo ya mantenerse en pié, se redujo á la cama para no volver á levantarse de ella. Los discursos que hacía en aquel estado eran los más ejemplares y más eficaces que se pueden imaginar, tanto que nunca me acuerdo de ellos sin sentirme movido de una vivísima compuncion. Todos los que nos hallábamos en la gruta, por darle gusto nos ocupábamos en continuos ejercicios espirituales, y acor-

dándonos de lo que nos habia dicho el segundo dia que llegamos á ella, conviene á saber, que habiamos de ser testigos de su muerte, nos disponiamos lo mejor que nos era posible á verle exhalar el último aliento con aquel dolor con que los buenos hijos ven espirar delante de sus ojos á su amantísimo padre.

Lo que más admirábamos en aquel grande hombre fué que nunca le oimos preguntar á Scipion cosa alguna tocante á los sucesos de su persona ni á los de su familia, y aquel su discreto criado tuvo la prudencia de no decirle jamás cosa alguna de las que no queria saber. Conocia que el único cuidado del enfermo en aquellos últimos momentos era tener siempre recogido su espíritu, pensando continuamente en las cosas celestiales con total enajenacion de todo lo terreno, y no le queria tocar especie alguna que le pudiese distraer. Murió, en fin, Gil Blas de Santillana con tanta paz y con tanta tranquilidad, que todos nos persuadimos á que ningun remordimiento alteraba la serenidad de su conciencia; sólo sí nos dijo poco ántes de espirar estas memorables palabras: Amigos, voy á dejaros para siempre; sea heredero de mi alma aquel que la crió: séalo Scipion de esta gruta y de los tales cuales bienes que dejo en Méjico, y vosotros dos, queridos amigos mios, dad sepultura á mi cadáver, y si sucediere que volvais á España y viéreis en ella á mis hijos, decidles de mi parte que no sigan los malos ejemplos que les dió su padre en vida, mas sí que procuren imitarle en los desengaños de su muerte. Despues que los horrores del sueño eterno ocuparon el cuerpo de Santillana, Scipion se entregó totalmente á un amarguísimo y descompuestísimo llanto, y nosotros honramos tambien con nuestras lágrimas el yerto cadáver de aquel extraordinario varon. Hicímosle todas las exéquias que permitian las circunstancias de aquel desamparado sitio y le dimos sepultura junto á sus predecesores. El hijo de la Cus-



Muerte de Gil Blas.

culina, habiendo aceptado la herencia que le habia dejado su amo, tomó luego posesion de la ermita, comenzando á portarse como señor de ella, pero siempre con la misma humanidad, generosidad y cortesía que Gil Blas habia practicado. Nosotros queriamos partir de allí pocos dias despues; pero él se opuso fuertemente, diciendo que de ninguna manera nos dejaria partir hasta que apareciese persona segura que nos acompañase y nos condujese á Méjico sin el más mínimo peligro. Estábamos en esta expectacion cuando hételo aquí que un dia vemos venir hácia nosotros un hombre á caballo acompañado de otros dos que parecian criados suyos. Cuando se acercaron más, Matilde conoció que era D. Lope, y éste reconoció tambien á su Matilde. Abrazáronse estrechísimamente, y ámbos recíprocamente se pidieron cuenta de sus aventuras despues que los habian separado. Matilde le informó en pocas palabras de las suyas, y su esposo la informó de las que á él le habian sucedido en estos ó en semejantes términos:

Luego que nuestro navío fué preso de los españoles, nos separaron como ya sabes, y á mí me destinaron á otro. Inútilmente hice todo cuanto pude para saber á qué bagel te habian señalado á tí, porque ninguno de los que estaban en el mio me supo dar la menor noticia. A esto se añadió que mi embarcacion fué destinada para llevar á España ciertos avisos de grande importancia, por lo que, destacado de la escuadra, no pude continuar en mis pesquisas. Cuando desembarcamos en Cádiz me dí á conocer por quien era, y con esto me dieron libertad sobre mi palabra. Ya puedes imaginar que, viéndome libre, mis primeros pensamientos serian buscarte por todo el mundo. Supe que un paquebot estaba para hacerse á la vela con destino á la isla Española; me embarqué inmediatamente en él, y habiendo vuelto á correr el mar, supe del comandante español de

la escuadra que nos apresó cómo te habia tocado por amo un oficial viejo, que te habia llevado consigo á Méjico. Volé luego á aquella ciudad, donde todavía se mantenia el buen viejo, y éste me informó que habias mudado de amo y que éste te habia llevado á no sé qué sitio del Canadá: noticia que me disgustó infinito, lo cual sería quizá un cierto presentimiento de los grandes peligros que corriste, segun lo que tú misma me has contado. Partí sin detencion alguna al sitio donde me dijo el oficial que te habia llevado, y allí supe de tu segundo amo que te habias escapado, dándome á entender el tal embustero comerciante que el motivo de tu fuga habia sido muy diferente que el de su lascivo y temerario atrevimiento. Perdida entónces la esperanza de hallarte en aquella casa, anduve girando por todas las caserías del contorno, y no encontrando lo que buscaba, dí la vuelta á Méjico, preguntando á todos por tí. Ninguno me supo dar la menor noticia de tu persona; pero habiendo sabido con aquella ocasion que en las cercanías del Canadá hacia vida eremítica un extraordinario y famoso solitario, no pudiendo darme paz en ninguna, determiné volver segunda vez por estos parajes, con esperanza de que el famoso anacoreta me pudiese dar alguna luz, ó acaso tambien de que te hubieses refugiado á la sombra del mismo para estar ménos expuesta al furor de los bárbaros canadienses y más resguardada contra los dientes y garras de las fieras, como quiso mi buena fortuna que sucediese.

Así habló D. Lope, y cuando dió fin á su relacion se repitieron y áun se redoblaron los alegres trasportes de los dos amantes, los cuales no se hartaban de darse con los ojos las más tiernas y vivas contraseñas de su recíproco amor é inexplicable complacencia. Determinaron los dos partir á Méjico el dia siguiente para celebrar allí cuanto ántes su tan suspirado matri-

monio, y me convidaron á mí para que los acompañase, porque D. Lope me habia cobrado un grandísimo amor desde que Matilde le informó de las grandes atenciones que habia usado con ella. Pero como á todos nos picaba vivísimamente la curiosidad de saber ántes de separarnos los sucesos de Scipion, despues que recibió el aviso de la inopinada y misteriosa salida que hizo Gil Blas de Zaragoza, suplicamos al soldado con todo encarecimiento que no nos defraudase de unas noticias que podian hacer más completa, áun en la parte tan necesaria de los episodios, la no ménos divertida que instructiva historia del héroe de Oviedo.

Iba Isidoro á referirnos prontamente lo que habia oido á Scipion; mas como ya se hacia muy tarde, reservo, dijo, para mañana la relacion de las aventuras que hizo el buen secretario de mi abuelo, las que el soldado aseguró eran mucho más curiosas y mucho más singulares que todas las que se habian publicado hasta allí. Con esto nos retiramos á casa de Demetrio, esperando con ánsia que amaneciese el dia siguiente para divertirnos oyendo las cosas tan particulares y tan entretenidas que el soldado nos habia prometido.



LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Prosigue la historia de Scipion. Viajes que hizo para encontrar á Gil Blas. Llega á París, y el divertido lance que allí le sucedió.



AÚN no bien comenzaba el sol á declinar el dia siguiente hácia el ocaso, cuando salimos de la casa de Demetrio y nos encaminamos hácia la orilla del mar y al mismo sitio donde habíamos estado el dia antecedente. Nos sentamos sobre la fresca yerba, y el soldado principió la historia de Scipion en la manera siguiente:

Queriendo el buen secretario de Santillana complacer á don Lope y á todos nosotros, nos condujo al huerto, y haciéndonos sentar, despues de habernos suplicado que le oyésemos con silencio y con paciencia, dijo así:

Luego que recibí la carta de mi muy amado y muy venerado amo, en que me decia haber resuelto retirarse del trato y comunicacion con los hombres, inmediatamente, y sin perder un instante de tiempo, monté á caballo y partí á Zaragoza para informarme con arte y destreza hácia dónde habia enderezado su viaje, juntarme con él y hacerle inseparable compañía hasta la muerte, caso que no le pudiese reducir á que se restituyese á su casa para cuidar de su hacienda y familia. Llegué con toda presteza á la capital de Aragon, donde perdí malamente el tiempo en solicitar noticia cierta de él. Un criado del señor Leyva, que segun todas las apariencias me engañó, solamente me dijo que pocos dias ántes le habian visto en Pamplona. Volé al momento hácia aquella ciudad, donde habiendo hallado ser falso lo que aquel criado me habia dicho, estuve indeciso por algun tiempo si proseguiría ó no en mis diligencias. Me ocurrió el pensamiento de que quizá se habria ido á Galicia, con el santo fin de visitar el sepulcro del patron de las Españas, y lleno de esta imaginacion, que me parecia inspirada, tomé la vuelta de aquel reino, preguntando por su persona en todos los lugares por donde transitaba, no de otra manera que si fuese en busca de un niño de pocos años que se hubiese perdido, dando en todas las posadas individuales señas de su edad, de su estatura, de sus facciones, de su voz, del color de sus cabellos y de todo aquello que podia conducir á que al fin le descubiese. Todas estas diligencias fueron infructuosás. Recorrí todos los rincones de España sin poder hallar el menor rastro ni indicio de que hubiese parecido en ninguno de ellos. Desandé lo que habia andado, y volviendo á leer más despacio su carta y á considerar bien sus expresiones, se me ofreció que acaso se habia ido á esconder en algun monasterio solitario, y con esta idea visité todos los de España pero particularmente aquellos que estaban

en los bosques y en los desiertos. No habiendo encontrado la menor noticia de él en ninguno de ellos, pasé al reino de Francia, donde sabía que entre las más ásperas y más deshabitadas montañas habia insignes y ejemplares monasterios, donde se vivia con la más rígida austeridad y con el mayor retiro de todo humano comercio. Pero habiéndome salido inútiles todos estos pasos, y hallándome en las cercanías de París, me vino gana de ver aquella gran metrópoli, y entré en ella tanto más sorprendido, cuanto apénas me ví en el barrio de San German, cuando á poca distancia de mí oí resonar el nombre de Gil Blas. ¡Oh! dije entónces á mi coleto lleno de inexplicable alegría: gracias á Dios que ya sé dónde está mi amo. Vamos claros, que ha encontrado el más bello y el más solitario retiro del mundo. Venirse á la ciudad más florida, más galante y acaso tambien la más poblada de toda la Europa. Miré entónces hácia todas partes, por ver si entre aquel inmenso pueblo descubria las facciones de Santillana, y segunda vez oí repetir con grande prisa *Gil Blas*, *Gil Blas;* y pasado apénas un momento, oigo la misma voz, que decia: *Scipion*, *Scipion*. Lleno todo de admiracion, vuelvo la cabeza á todas partes, y de repente me quedo melancólico, pensativo, extático y suspenso, cuando ví dos perrillos que, llamados de aquellas voces, acudieron retozones y festivos á hacer grandes fiestas á un mozalvete parisiense que estaba sentado en un banco á la puerta de un café. Pero llevando muy á mal que los nombres de dos hombres como mi amo y yo se pusiesen á dos bestias, me llegué al mozuelo y le pregunté en francés por qué razon habia puesto tales nombres á aquellos animalillos. El jóven por entónces no me dió otra respuesta que la de echarse á reir á toda fuerza; pero despues que se sosegó un poco, me respondió con bastante cortesía: Señor, aunque no es lícito á un hombre desconocido, y se-

gun todas las señas extranjero, entrometerse á querer saber lo que ni le toca ni le tañe, y por lo mismo pudiera yo no hacer caso de la pregunta de Vd., no obstante, quiero satisfacerle. Sepa pues Vd. que la historia de Gil Blas y de Sicipion, aunque generalmente se tiene por fabulosa, en París anda en las manos de todos, y sus dos nombres se han hecho ya tan comunes y tan triviales, que no se les podia negar á dos bestiezuelas que tienen todas las cualidades necesarias para merecerlos. Aquellos dos hombres nos los pinta su historiador como dos raros modelos de verdadera amistad, y su inseparabilidad en todo género de fortunas siniestras y favorables deja muy atrás á la de Pílades y Orestes, como tambien á la de Acates y Eneas. Estos dos perrillos, desde el primer instante que se vieron juntos imitan con tanta exactitud las accionees de los dos inseparables españoles, que jamás se ha visto el uno sin el otro; y así como á ninguno disonaria que á uno se le llamase Pílades y al otro Orestes, así tampoco se debe tener por extravagancia, ni mucho ménos darse nadie por ofendido, porque al uno le llame yo Gil Blas y al otro Scipion. Gustóme mucho la satisfaccion que me dió el mozalvetillo, y áun me vino vanidad de haber sido comparado á Pílades y Orestes; pero por otra parte me pareció que podia perjudicar mucho á nuestra reputacion si se dejase creer que nuestras personas habian sido dos supuestos ideales, dos entes de razon ó dos hombres imaginarios. Por tanto, insinuándome á discurrir un poco con el parisiense: Señor, le dije, yo no me doy por ofendido de que usted llame con los nombres de dos hombres á dos perros tan maravillosos por su extraordinaria amistad; pero, con su licencia, no puedo llevar á bien que se tengan por fabulosos dos hombres reales y verdaderos, que viven, comen y beben, y cuyos sucesos son todavía mucho más particulares que aquellos

que se cuentan en su historia. Al oir esto el jóven, reventaba de risa; ¿y quién sabe, me dijo, si acaso es Vd. aquel peregrino ingenio y de tan fecunda fantasía que amontonó tantos sucesos curiosos como componen los cuatro tomos de este romance ó novela de nueva moda? Yo no soy escritor, le respondí; pero puedo asegurar á Vd. que conozco mucho á los dos héroes de la tal histórica composicion, los cuales me tocan más de lo que Vd. acaso imaginará. Ya le he entendido á Vd., me replicó el mozalvete. Vd. es un hombre caprichoso, que se quiere divertir á costa de los crédulos, dándoles á entender que realmente hay en el mundo quimeras y centáuros. Animo, señor extranjero, y no dude Vd. que hará una buena figura en París y que será la diversion de la córte y del rey cuando sea conocido en el pueblo su raro talento. Hay en París muchas gentes que gustan infinitamente de las personas despiertas, ingeniosas y desembarazadas, admitiéndolas á sus conversaciones para hacerlas más alegres y divertidas.

Dióse por ofendida la delicadeza de mi pundonor y de mi sinceridad con aquellas picarescas palabras que pronunció el muchacho con una risita falsa y con cierto aire truhanesco, y revistiéndome de toda la gravedad española con una buena dósis de la natural rusticidad tudesca, de cuya sangre, como ya saben Vds., me habia tocado una buena porcion por parte de madre: Señor mio, le respondí, eso ya es demasiado; sepa Vd. que yo no soy algun charlatan, ni mucho ménos un bufon, sino un hombre, que sabré defender con la punta de mi espada la verdad de lo que he dicho, y estoy pronto á dar, así á Vd. como á todo el mundo, pruebas indubitables y mayores de toda excepcion que Santillana y el hijo de la Cusculina son dos entes animados y corpóreos, que existen real y verdaderamente. Apénas se me escapó de la boca el nombre de *la Cusculina*, que pro-

nuncié con una cierta colérica energía, cuando ví salir del café una perrilla, que se vino corriendo hácia mí, haciéndome mil fiestas y cariños. Proseguia el jóven riendo á carcajada tendida, y yo, en medio de lo sorprendido y áun cortado que me dejó este último ridiculísimo suceso, echando de mí con enfado y con desden á la perrilla, me partí hecho un veneno de aquel lugar, donde veia igualmente escarnecida mi memoria que la de mi nacimiento. Miéntras tanto, al rumor y bulla que habia metido con aquel mozo concurrió muchísima gente, y divulgado el motivo, todo el barrio de San German se juntó al rededor de nosotros gritando y palmoteando de manera que me ví precisado á meterme en un meson que estaba cerca de allí por no verme expuesto á los silbos de la gentualla y á las befas de los pillos y ganapanes, que en París son insolentísimos. El hecho es que, esparcida por toda la ciudad de boca en boca la voz de que habia llegado á París un español que pretendia haber conocido y tratado á Gil Blas de Santillana y á su famoso criado Scipion, concurrieron aquel mismo dia á mi posada muchísimas personas por la curiosidad de verme y entablar conmigo conversacion. Al mesonero, que al mismo tiempo era tabernero, le tuvo esto mucha cuenta, porque con esta ocasion vendió aquel dia más vino que hubiera vendido en una semana entera. Entónces depuse toda mi cólera, y revistiéndome de un aire sério y señoril, hice comprender á todos que yo no era por ahí un visionario, ni algun miserable charlatan. Entre los muchísimos que entraron en mi posada reconocí dos señores por su noble porte y modales caballerosos. Atrevíme á suplicarles que se acercasen más á mí, y cuando se llegaron á donde podian oirme les rogué en voz baja que se sirviesen retirarse conmigo á otro cuarto si querian oir cosas que no les disgustaria saber. Parecióme que no habian tenido poca vanidad de ser

distinguidos entre tantos y convidados á una conversacion reservada ó á un coloquio particular. Entramos, pues, todos tres en una estancia, y cerrando la puerta, ante todas cosas les pedí perdon de la libertad que me habia tomado en citarlos para un congreso reservado y sigiloso. Despues les referí con distincion y con puntualidad todo lo que me habia sucedido en el café, y hecho esto, les descubrí claramente quién era, autorizando mi declaracion con circunstancias que no podian dejarles la menor duda de que les decia la verdad. Cuando me pareció que estaban bien persuadidos, imploré su proteccion á fin de que con toda su autoridad se empeñasen en sostener contra todo el populacho de París que mi amo y yo éramos dos hombres de carne y hueso como todos los demás y que era verdaderísimo todo lo que en la historia estaba escrito de nuestra vida. No obstante todo esto, dudaria mucho que mis palabras hubiesen hecho en aquellos dos señores toda la impresion que yo me prometia, si uno de ellos, que siempre me estuvo fijamente mirando de piés á cabeza, no hubiese reconocido que yo era verdaderamente aquel mismo personaje que en el palacio del arzobispo de Sevilla habia hecho el papel del rey de Leon. Yo, dijo el tal, me hallaba presente cuando se representó la comedia de Benavides, y me acuerdo muy bien que el nombre de Scipion se hizo famoso en toda aquella ciudad por la graciosa burla que hizo Vd. de los moros no dejándose coger de ellos en la cama de yerba donde pensaban sorprenderle hallándole dormido. Esa es una parte de mi historia, repuse yo entónces, que Vd. la habrá leido en el tomo cuarto de la vida de Gil Blas. No por cierto, me respondió el francés: no la he leido, porque ese tomo se imprimió en estos últimos años en que mis ocupaciones no me permitieron divertirme en aquella gustosísima lectura, sin embargo de que la consideraba como todos los demás como un

ingenioso no ménos que provechoso parto de la fantasía, de la invencion y del capricho. Pero ahora (prosiguió) tengo el gusto de haberme desengañado habiendo tenido el honor de conocer una persona que hace tanto papel en ella, de cuya verdadera y real existencia no puedo admitir ya la menor duda despues de haberla visto por mis propios ojos, de lo cual prometo á usted que daré fiel y puntual testimonio á todo el género humano.

Con efecto, el dia siguiente no se hablaba de otra cosa en todo París que de la verdadera y real existencia de mi señoría, y todos á porfia solicitaban verme, tratarme y conocerme. Nunca salia de casa sin verme rodeado y seguido de millares de personas. Llamábanme á los palacios de los príncipes de la sangre y á los de otros primeros señores de la córte para oir de mi boca las aventuras más singulares que habian leido en la historia. Ya Vds. podrán discurrir cuánto tendria yo que hacer para contestar á tantas preguntas y satisfacer á una multitud de réplicas, dificultades y reparos. Mil veces me arrepentí, en medio de tantos favores como recibia, de la facilidad, vanidad y ligereza con que me habia empeñado en justificar la realidad de mi existencia. Víme precisado á detenerme en París muchísimo tiempo para satisfacer la curiosidad de los franceses, la cual por otra parte me fructificó una buena cantidad de libras tornesas. Salí, en fin, de París luego que pude, y tomé el camino de Alemania por los Estados de Flándes, resuelto á girar toda la Europa hasta encontrar á mi amo. Los regalos que me habian hecho en París me valieron hasta dos mil escudos, con que caminaba con toda comodidad y en todas partes hacia buena figura. Ví despacio todas las ciudades que encontraba en el camino, pero en Amsterdam me detuve más que en ninguna otra.

CAPÍTULO II.

Encuentra Scipion en Amsterdam á su antiguo amo D. Abél. Únense los dos en el viaje, y comienza este á contarle su historia.

Una tarde que yo me paseaba por aquel grande emporio de Holanda, ví un hombre muy garboso y noblemente vestido, á quien quise conocer, pareciéndome haberle ya visto en otra parte. Consideréle atentamente, y luego caí en cuenta, conociendo que era D. Abél, mi antiguo amo de Sevilla. Señor, le dije, ¿qué fortuna es la mia de encontrar á su merced en una ciudad tan distante de aquella en que me despidió de su servicio? Tardó D. Abél en conocerme, porque mi edad, que ya me iba arrimando á viejo, habia desordenado algun tanto mi fisonomía; pero habiéndome mirado un poco y con alguna mayor atencion: ¡Oh! sí (exclamó), tú eres aquel desgraciado Scipion que se adelantaba á prevenir mis órdenes haciendo llevar mi baul al puerto de Sevilla. El mismo soy, le respondí, y ya que el cielo me ha presentado esta ocasion de volver á ver á usted, le pido humildemente perdon de una accion que verdaderamente era ruin, taimada y maliciosa. Celebro, me respondió, esa cristiana confesion de tu culpa y declaracion de tu arrepentimiento; téngola por sincera y vuelvo á recibirte en toda mi gracia, especialmente viendo como veo en tí todas las

señas de una grande mudanza, haciéndome conocer que ya eres otro hombre muy diferente, pasando de un grandísimo bribon á ser un hombre muy honrado y muy de bien. Dá mil gracias á Dios, que te ha hecho un beneficio tan particular. Así lo hago, le respondí; ya no tienta mi codicia la hacienda ajena, y ahora me estaria yo gozando en mi amada pátria de mi paz y mi quietud si el ánsia de encontrar un amo que tuve, y mucho me estimó, no me hiciera andar girando por la Europa. Contéle entónces todo lo que me habia sucedido, y se quedó aquel hombre extremadamente maravillado de todo lo que me oyó. Luego que acabé mi relacion, me dijo: Puesto que tú vas á Alemania, podemos hacer el viaje juntos, porque yo voy tambien á ver várias córtes de los príncipes del imperio, y fuera de eso, mi fin de viajar es poco diferente del tuyo, reduciéndose toda la diferencia á que tú viajas buscando á un hombre, y yo, por mi desgracia, me veo precisado á rodar el mundo en busca de una mujer.

Al decir esto parece que se le querian saltar las lágrimas; pero habiéndolas reprimido lo mejor que pudo y supo, mudó de conversacion y me condujo á su posada, donde absolutamente quiso que yo hiciese trasladar mi valija para poder madrugar el dia siguiente y partir con tiempo al electorado de Colonia. Efectivamente, despues que hizo su ajuste con el dueño del carruaje, antes de amanecer nos pusimos en camino en un carrocin tirado de tres caballos. Poco despues de haber caminado como una legua de Francia, descubrimos hácia nuestra mano izquierda una bella casa de campo, cuya vista hizo suspirar á D. Abél. Yo, que estaba reventando por saber el motivo por el cual me habia dicho, al parecer con dolor, que se veia precisado á viajar en busca de una mujer, y al mismo tiempo me ocurria que las lágrimas del dia antecedente podian tener alguna

correlacion con los presentes suspiros, no quise perder la ocasion de persuadirle á que se desahogase conmigo confiándome un secreto que en mi modo de pensar no podia ménos de ocultar sucesos extraordinarios. ¿Por qué suspira Vd. tanto? le pregunté. ¿Qué es lo que ha visto que tanto le ha turbado? ¿Qué objeto funesto puede haber en aquella casa de campo, que está respirando alegría y amenidad? Amigo Scipion, me respondió, sábete que aquella casa me ofrece mil motivos para que su vista me excite el más acerbo dolor; en ella tuvieron principio los desastres que me persiguieron poco tiempo despues que te dejé en España, y porque el dolor se mitiga cuando se desahoga con amigos tiernos de corazon que saben compadecerse, quiero confiarte una desgracia que me tendrá atravesado el corazon miéntras me durare la vida; pero como sus principios tienen raíces muy largas y muy profundas, será preciso que sea un poco prolija mi relacion, lo cual, así como servirá para entretener y aliviar por más largo tiempo el tédio y molestias del viaje, así tambien contribuirá á que su misma comunicacion disminuya mi dolor, el cual se aumenta excesivamente con el indiscreto empeño de querer tenerle siempre encerrado y comprimido.

El dia despues que te despedí de mi servicio emprendí efectivamente mi viaje á Italia, donde me detuve algunos dias en todas aquellas ciudades que están reputadas por las más nobles, más magníficas y más bellas. Ya sabes que mi contínua diversion es el juego, en el cual soy tan afortunado por lo cumun, que me basta lo que gano para mantenerme con decencia y hacer buena figura en cualquiera parte, sin incomodar mucho mis rentas. Lo mismo me sucedió en Italia, donde gané tanto, que pude hacer una visita á la Francia á costa de los italianos. Me favoreció igualmente la fortuna en aquel reino, particularmente en París, donde desbanqué á más de un famoso

jugador. En el espacio de seis ó siete años que me detuve en dicho reino, el náipe me habia juntado un peculio que pasaba de cuarenta mil escudos, con cuya suma determiné pasar á Holanda para emplearla en el comercio, que allí florece tanto, como sabes, no sin esperanza de duplicar y áun triplicar mi capital en poco tiempo. Pero me sucedió muy al contrario de lo que yo me figuraba, y hube, en fin, de quedar bien convencido con mi propia experiencia que el dinero adquirido en el juego con la misma facilidad se pierde que se gana.

CAPITULO III.

Entabla D. Abél cierto conocimiento en Cambray, y lo que le sucedió en la primera visita que hizo á una aventurera.

No bien habia entrado en Cambray, cuando me sentí con una ligera indisposicion, que contra toda mi voluntad me obligó á detenerme algunos dias en aquella ciudad. Hallábame en un meson, alojado en un cuarto que correspondia á una callejuela donde vivia una aventurera de rara belleza. Se trataba á lo grande y con una suntuosísima magnificencia; no eran admitidas á su conversacion sino aquellas personas que tenian espíritu para comprar á gran precio un amargo pero ya inútil arrepentimiento. Por otra parte afectaba una singularísima modestia, tanto, que al verla fuera de su casa todos la tendrian por una rigidísima sectaria de Diana. Casualmente la ví un dia que iba á misa, y me dió tanto golpe su extraordinaria compostura que no paré hasta informarme quién era. Dijéronme que era una señoraza de Bruselas, la cual habia venido á Cambray precisamente á divertirse, y que los señoritos hijos de familia que frecuentaban su casa á pocos meses dejaban pobres á sus padres. Sin embargo de que nunca he sido muy inclinado á cortejar mujeres, pero esta mujer, por no sé qué oculta fatalidad me gustó tanto desde luego, que entré en grandísimos deseos de que me admitiese á una visita reservada. Apénas me recobré

de mi indisposicion, luego solicité el que se fijase dia para la tal visita por uno de aquellos interlocutores que nunca faltan donde hay alguna casta de bellezas mercenarias, y se fijó para aquel mismo dia á las ocho de la noche. Me eché á cuestas el más rico vestido que tenia, una finísima camisola, con pechugueras y puños bordados de finísima tela; sombrero del más delicado castor, galoneado de oro, roseta encarnada á la ala izquierda y boton de oro guarnecido de brillantes; reloj, caja y botonadura del mismo precioso metal, y un bolsillo con cien doblones de prevencion. Equipado así, me presenté á la puerta de su casa, donde fuí recibido de dos criados, cada uno con su hacha, y conducido á una sala alhajada con muebles que podian pasar por bellos, de donde me hicieron entrar en una antecámara en que estaban dos pajecillos en ademan de abrir la cortina del gabinete donde se hallaba madama. Luego que me vieron la alzaron con la mayor presteza y ví salir del gabinete dos señoritas de un brio y de un despejo muy particular. Sea V. S. bien venido, me dijo una de de ellas, y sírvase sentarse aquí un poquito con nosotras. Madama (añadió) está ahora muy ocupada perfumando á la marquesita (que así se llama su perrilla): en desocupándose de tan indispensable como grave ocupacion vendrá á honrar á V. S. con su bellísima presencia. Cuando me ví con un recibimento tan extravagente casi me habia arrepentido ya de haber solicitado aquella visita, la que, segun todas las apariencias, se acabaria con poca satisfaccion mia. Miéntras tanto me senté en aquella antecámara, y lo mismo hicieron las dos camareras ó doncellas para darme conversacion. Una de ellas me preguntó si cortejaba á alguna dama. Señora, la respondí, á ninguna cortejo; mi corazon está libre de esta pasion no ménos que de la avaricia. Segun eso, replicó ella inmediatamente, será V. S. un caballero bizarro, liberal y generoso.

No puedo negar, la respondí, que declino un poco hácia el extremo de la prodigalidad. El dinero que tengo nunca es mio; le gasto con la misma facilidad con que le cuento cuando me le traen, y el mismo caso hago de cien doblones que de cien maravedises. Observé que las dos doncellitas, miéntras yo decia esto, se estaban mirando una á otra con unos ojitos muy alegres y risueños. Se volvió despues hácia mí la que todavía no habia hablado palabra, y me dijo: Segun eso, será V. S. muy rico, puesto que siembra el dinero con tanta facilidad. Señora mia, la respondí, es cierto que en mi país gozo una renta más que decente; pero toda la dejo en depósito de un rico mercader, puesto que la fortuna me favorece en el juego extraordinariamente, tanto que me basta lo que gano para vivir con esplendor y para tener siempre de reserva en el escritorio algunos millares de escudos. Mala cosa es, señor caballero (me replicó ella), que V. S. sea tan aficionado al juego; la fortuna nunca es constante; á lo mejor abandona á los jugadores y mañana lleva al hospital á los que hoy estaban llenos de doblones. Por tanto, debe V. S. tenerse por muy dichoso en haberse merecido la gracia de mi ama, porque esta gran señora, entre tantas otras prendas, posee la singularísima virtud de curar radicalmente del vicio del juego á todos los que adolecen de él y logran la fortuna de tratar frecuentemente á su excelencia. Celebraré yo infinito, la respondí, una ocasion por otra parte de tanto honor y de tanto gusto para mí de librarme de una costumbre en la realidad nada loable, beneficio de que me confesaré siempre muy obligado á mi piadosa libertadora. En esto estábamos discurriendo cuando sentí una vocecita dulce, sonora y delicada que llamaba á Leonilde. Respondió á ella una de las camareras prontamente, diciendo: *Señora, estoy luego con vuecelencia*, y entróse en el gabinete. Un momento despues se asomó á la puer-

ta del mismo la señora, pidiéndome perdon por no haber salido inmediatamente que la entraron mi recado á causa de estar actualmente respondiendo á un billete muy urgente de monsieur el príncipe hereditario de Madagascar. Hízome reir un poco un títuio tan especioso con su puntica de ridículo que jamás habia llegado á mis oidos, y queriendo aparentar que no habia reparado en una tardanza tan incivil y poco atenta, pregunté cómo se llamaba la señora. Aquella que se habia quedado conmigo me respondió: Señor, el nombre de mi ama es el más precioso y el más significativo que se puede imaginar, por que él solo explica todas sus raras prendas de cuerpo y alma. Entré con esto en mayór curiosidad, y así la insté con más viveza en que me declarase qué nombre era aquel tan raro y tan particular, porque yo no quiero perder más tiempo (añadí) en una cosa como esta, y estoy persuadido que siendo Vd. tan cortés y tan atenta no me lo hará más desear. Entónces la doncella, afectando un aire reverente, respetuoso y encogido, bajando al mismo tiempo modestamente los ojos: *Señor*, dijo, *mi gentil*, *mi amable*, *mi noble y mi incomparable señora* se llama... se llama... pero allí viene su excelencia y quiero reservar á sus dulcísimos lábios el honor de pronunciar un nombre que no merecen proferirle los que son tan vulgares como los mios.

Con efecto, dejóse ver madama toda llena de gracias, toda dengosa en el gesto, toda brio en los movimientos y toda vivacidad en los ojos, con un billete en la mano. Saludóme cortésmente y me convidó á entrar en el gabinete con una especie de gravedad, que me pareció olía poco á modesta. Obedecí, haciéndola una reverencia á la francesa, es decir, arrastrando los piés dulcemente por el suelo, cruzando un poco las piernas, de manera que de estas y los muslos se forme como una figura de X ó aspa de San Andrés, acompañado todo con ciertos melin-

drosos meneos de brazos y de manos, que componen la figura de quien baila un minué. Toma, dijo á Leonilde, despues que ésta la correspondió con ciertas inclinaciones parecidas á las que hacen los mochuelos cuando juguetean con los pajarillos; toma este billete, entrégale á mi mercurio y encárgale que, calzando las álas á sus piés, le lleve volando al gran príncipe que dice el sobrescrito. Llama despues á mi mayordomo, á mi tesorero y al maestro de cámara, ordenando al repostero que disponga el chocolate y al bodeguero que prepare los más exquisitos vinos de Tocai, de San Lorano y de Alicante. Haz que me llamen al mercader, al sastre y al zapatero. Tráeme el vestido de cámara, porque, con licencia de este caballero, quiero desnudarme de este hábito de ceremonia. Todas estas órdenes, que dió una tras de otra casi sin tomar aliento, me sorprendieron tanto, que yo ciertamente no hubiera podido retenerlas todas en la memoria para ponerlas en ejecucion. Sólo sí se me imprimieron fuertemente los nombres de mercader, sastre y zapatero, conociendo que estas eran las vísperas de la gran fiesta que se queria hacer á mi bolsillo. Ya Leonilde se habia ido con el billete para obedecer á su ama, cuando ésta, volviéndose hácia mí: Caballero, me dijo, es gran fortuna mia la de haber merecido esta visita á la cortesana atencion de V. S. Siéntese V. S. en este sitial, y perdóneme si le hice esperar á más no poder. Madama, la respondí, ántes bien yo debo reconocer por un distinguido y particular favor que V. S. me hace, y yo no merezco, la rara suerte de ser admitido á la conversacion de una persona cual es la de V. S., honrada tan justamente con la estimacion de los mayores príncipes y con el rendimiento de los hombres más visibles y más calificados. En cuanto á eso, repuso ella, no puedo negar que muchos grandes señores me miran con inclinacion y con benignidad, confesando que en este

particular he sido muy afortunada, porque en todas las partes del mundo donde me ha conducido mi pasion á viajar he congeniado con los mayores hombres y he debido mil honras á los primeros monarcas de la tierra. Y á propósito de esto, os diré (porque dejemos á un lado el tratamiento) que, hallándome en la córte de Persia, no se desdeñó el Sophí de venir á hacerme una visita en mi jardin de Ispahan; y en la del gran Mogol tuve el gusto de ver sentado á mis piés en un sofá al grande emperador de las Indias Orientales. Mucho me húbiera reido yo al oir tales discursos, si no me hubiera hecho gran fuerza para vencerme y afectar al mismo tiempo un aire de pasmo y de sorpresa. Es verdad (prosiguió ella), y en buena hora lo diga, que ni con todas las ventajas que debí á la naturaleza, ni con todos lo grandes favores que me dispensó la fortuna, se me subió jamás el humo de la vanidad á la cabeza, ni dí entrada al desdeñoso espíritu de la soberbia, y que admito á mi conversacion con el mismo agrado y cortesía, que lleva de suyo mi genio y mi natural, áun á personas de clase y condicion inferior. Fuera de eso, naturalmente soy inclinada á conocer y tratar con las personas de mérito, y cuando me encuentro con un hombre de espíritu y bien nacido, nada me importa que esté ó no esté constituido en alta dignidad, ni que sea ó no poderoso. A buena cuenta, por lo que toca á vos, estoy bien informada de que sois un caballero muy digno de mi consideracion y de mi honesta familiaridad, en cuya virtud sin el menor escrúpulo os dispenso la gracia de recibiros en mi casa, asegurándoos que áun ántes de conoceros ocupábais ya un lugar muy ventajoso en mi corazon. Esta última cláusula me pareció bastante particular, y ya me disponia á responderla, cuando entró Leonilde diciendo que el mayordomo, el tesorero y el maestro de cámara habian salido de casa, sin saberse á dónde habian ido; que el billete se habia

enviado á su destino; que el repostero serviria presto el chocolate; que el bodeguero tendria siempre prontos los vinos que se le pedian, y en fin, que el mercader, el sastre y el zapatero (estos eran los que yo tenia atravesados en el corazon) vendrian prontamente á recibir sus órdenes. ¡Gran cosa! exclamó entónces la señora, ¡tener que pagar á la familia y no hallarla pronto cuando se la ha menester! Lo mismo puntualmente sucedió el dia pasado, cuando estaba conmigo su excelencia el gobernador de Flándes. Miéntras tanto la camarera, que traia consigo el hábito de cámara, ayudó á desnudar á madama de su traje de ceremonia.

Quedóse en un zagalejo de tela de oro, guarnecido de cintas y bordado de flores de la misma materia; y viéndola en esta figura, se fueron tras de ella mis ojos y toda mi atencion; me pareció en aquel *desabillé* tan chusco y tan precioso una belleza agraciada y tentadora. Se puso encima el vestido casero, y hételе aquí otra nueva figura, que daba tambien nuevo realce de gracia al aire natural de su garboso cuerpo. Entró entónces el repostero, que desde luego sospeché seria algun cafetero público, el cual nos presentó el chocolate á madama y á mí con mucha gentileza. Hallé que era pésimo el tal llamado chocolate, por más que la dama le ponderaba como el más fino y más exquisito de España; de la misma calidad fueron las otras bebidas que se nos sirvieron, acompañadas de dulces y de pastas que se decian de Génova; y aunque eran tales que yo no las pude tragar, madama se las engulló todas con tanta presteza como voracidad. Se retiraron los que nos sirvieron, y poco despues se sintió en la antesala un gran rumor, cuyo motivo no pude percibir porque la señora mia de propósito alzaba la voz y me tenia ocupado con sus discursos para que no entendiese lo que pasaba fuera.

La falta de mi mayordomo y de mi tesorero, me decia ella, ha sido la causa de no haber podido serviros como mereciais en bajilla de plata y de porcelana, de que tengo muy abundante provision, por los regalos que se dignaron hacerme los dos poderosos emperadores de la China y del Japon. Otra vez que vengais á favorecerme os haré ver las raras y preciosas cosas que poseo en este género, dignas por cierto de poderse presentar en la mesa del mismo Carlo Magno. Con estas sus hinchadas ponderaciones tenia confundida la pusilanimidad de mi espíritu, de manera que no sabia qué responderla, cuando me sacó de este embarazo para meterme en otro mayor la venida del mercader.

Madama, dijo Leonilde, aquí está monsieur Basolieu, el primer mercader de Cambray, que trae consigo riquísimos surtidos de telas de oro y de plata, con finísima ropa blanca de todas especies. Díle que entre, la respondió madama, y que nos muestre todo lo más raro que trajere. Entró entónces Basolieu con una cara de hebreo que causaba espanto. Comenzó á desenfardar sus géneros y á irlos presentando sobre una mesa alrededor de la cual estábamos sentados. Eran todos unas telas en la realidad riquísimas y bordadas de aquellos dos metales que se habian dicho. Madama, la favorecida de los monarcas de la Pérsia, de la China, del Japon y del Mogol, comenzó á examinar una por una todas aquellas telas, pidiéndome que la dijese cuál me parecia la mejor. Excuséme con la verdad, confesando lo poco ó nada que yo entendia de aquel género; pero ella insistió tanto, que al cabo la hube de complacer, diciéndola cuál era la que me agradaba más. Celebró mucho mi eleccion, alabando mi buen gusto y confesando que se habia encontrado con el suyo.

Inmediatamente hizo cortar de la tela que yo escogí lo que era

necesario para hacerse un traje entero, y luego entró el sastre á tomar la medida. Inquietándose ella entónces, ó fingiendo inquietarse, porque no acababa de venir el tesorero para pagar al mercader, me ví precisado á sacar de mi bolsillo sesenta luises para despacharle. Poco despues entró el zapatero, y tambien le hube de dar á este dos luises por un par de zapatos bordados de oro y de hechura muy particular. Es verdad que madama me prometió que me seria pagado este dinero luego que el tesorero se restituyese á casa; pero conociendo yo muy bien que esto no se verificaria, tomé el partido de mostrarme por aquella vez tan liberal y generoso como me habia vendido hablando con las camareras, y así la supliqué se sirviese admitir por una cortísima expresion de mi veneracion y sumo respeto á su persona el miserable regalo de aquellos pocos maravedises, pidiéndola su permiso para pagar tambien al sastre su trabajo, á quien entregué luego seis escudos. Este mi cumplimiento, aunque hecho en términos á la verdad no muy expresivos, pues mostraban bien que no correspondia el corazon á las expresiones, fué todavía gratísimo á madama, la cual por su parte quiso darme tambien algunas señales de su agradecimiento. Tomóme luego la mano, y me la apretó con una alegría y con una dulzura inexplicable. Caballero, me dijo, este es el primer regalo que en toda mi vida he admitido de personas particulares. Pero vos ocupais en mi corazon el mismo lugar que los mayores príncipes del mundo, y es tanto lo que os estimo, que no he querido desairaros con negarme á recibir vuestros favores.

¡Ah, señora amabilísima! la repliqué; ¡y qué obligado me confieso á esa particular benignidad con que mirais mi persona! Pongo á vuestros piés todo cuanto poseo, y así podeis disponer de ello con la misma libertad con que disponeis de todo lo que

teneis confiado á vuestro tesorero. Desde aquí adelante fué mucho más confidencial nuestra conversacion. Flechábanme sus ojos unas miradas tan encendidas, que no era fácil me mantuviese en una indiferencia en que el mismo Sócrates no se podria mantener. Cenóse despues alegremente, y en fin, aquella noche no volví á mi posada. Nos sirvieron la cena las dos *damiselas* que hacian de camareras; pero ni los mayordomos, ni los tesoreros, ni los pajes, ni los lacayos, ni los reposteros, ni los bodegueros, ninguno de estos se dejó ver en la casa; porque, segun me dijo la señora, los habia dispensado del servicio por aquella noche para que nos dejasen con más libertad. Ya podrán ustedes considerar que de esto no me pesaria á mí, entre otros motivos, porque la tal providencia me ahorraba algunas máulas, pues naturalmente al despedirme algo habia de dar á cada uno de aquellos personajes correspondiente al empleo que ocupaba en el servicio. Y áun en medio de eso, cuando por la mañana me retiré á mi posada, regalé con otra docena de luises á las damiselas, porque me ayudaron á vestir de todo punto, sirviéndome despues agua de olor para lavarme manos y cara. Madama se quedó en la cama, y yo me recogí á mi habitacion con un concepto de sus prendas muy superior al que habia formado el dia antecedente; pero ántes de separarme de ella me hizo darla palabra de que la repetiria la visita aquel mismo dia hácia la hora de ponerse el sol. Nada me dolia el mucho dinero que habia gastado en un solo dia, ántes bien me pareció que era muy merecedora de que todos mis bienes casi castrenses se empleasen en contentar sus caprichos. No se apartaban ni un momento de mi memoria y de mi corazon los atractivos de su hermosura, y desde luego conocí que ya me tenia traspasado de parte á parte con su arpon el hijo de Citeréa. Parecióme aquel dia interminable, y esperé á la noche con ansiosísima impacien-

cia, haciéndoseme siglos los momentos que tardaba en volver á la presencia de mi nueva amante. Llegó, en fin, el plazo señalado y partí volando, despues de haber proveido abundantemente mi bolsillo y comprado un anillo de gran precio, con ánimo de regalársele en prendas de la ciega y vehemente pasion con que la amaba.

CAPITULO IV.

Enamorado D. Abél de la aventurera se va á vivir á su casa: desgraciadas consecuencias de aquella resolucion.

Fuí introducido de la misma manera que el dia antecedente, y encontré á madama jugando con dos caballeritos franceses naturales de Picardía: apénas me vió hizo que me sentase junto á ella, y de cuando en cuando lanzaba suspiros y me echaba unas ojeadas que me acabaron de arruinar. Aunque los dos caballeritos mostraron que envidiaban mi fortuna, no por eso dejaron de hacerme mil finezas, quizá por lisonjear á madama, viendo la parcialidad con que me miraba. Pasada como una media hora de juego, dió muestras de estar ya cansada, y dijo á los dos francesillos que la perdonasen si levantaba tan presto la conversacion, porque cierto negocio urgente y grave pedia que se informase reservadamente de mí sobre ciertos puntos de la mayor importancia. Al oir esto se levantaron luego la visita los dos caballeritos y nos dejaron solos á los dos. Entónces, volviéndose á mí, me dijo: Así me sacudo yo de estos moscones importunos y pisaverdes derretidos, que no los puedo sufrir, cansándome infinitamente sus necias y atrevidas frialdades. He

resuelto irme poco á poco deshaciendo de todos mis cortejantes, y solamente deseo (como tú lo quieras) vivir contigo una vida retirada y muy distante de toda galantería. Sí, amado mio, tu sola conversacion es para mí más gustosa y más estimable que la de los más grandes señores, y desde que tuve la dicha de tratarte conocí que la verdadera felicidad consiste en lograr la compañía de un hombre de un mérito como tú, que ponga á cubierto contra las malas lenguas á una mujer en quien nada encuentra que morder la maledicencia sino la multitud de mis inocentes y decorosas amistades. Así me habló la tal aventurera, y persuadido yo á que eran sinceras sus expresiones, en aquel mismo punto resolví unir á la mia su fortuna y hacerme su comensal y compañero. Con esta ocasion la entregué el anillo, que admitió con la precisa condicion de que en correspondencia habia de recibir yo otro suyo, que ella misma me metió en el dedo.

Miéntras tanto tenia yo gran gana de ver la bellísima porcelana de la China con que la habian regalado los emperadores del Japon y de la China, no ménos que la gran cantidad de plata tan decantada que estaba á la custodia de sus criados. Pero ella, teniendo bien previsto este lance y que yo no me descuidaria en hacer se me enseñase lo que tan espontáneamente se me habia prometido, se habia anticipado á instruir á Leonilde en lo que debia hacer. Así que la mañana del segundo dia que me habia mudado á aquella casa entró la tal Leonilde toda desgreñada, desaliñada y descompuesta, llorando amargamente y poniendo los gritos en el cielo, pero afectando no poder articular palabra, como que todas se las interceptase el dolor, hasta que, pasado algun tiempo, fijando los ojos en su ama en ademan de espiritada, exclamó diciendo, que los grandísimos bribones del mayordomo, tesorero y repostero se habian escapado

despues de haber robado la tesorería, llevándose toda la preciosa porcelana, con casi todo el dinero y plata labrada, pues de esta sólo habian dejado cuatro cubiertos y de aquel como unos veinte ó treinta escudos que se encontraron en las navetas. Yo he sospechado que aquellos infames tramaban alguna otra burla mucho más pesada, porque los dias pasados tenian entre sí grandes conferencias y cuchucheos, y harto será que la noche en que todos faltaron de casa no se juntasen á tomar sus medidas para asegurar mejor el general y lastimoso despojo que han hecho de todo lo bueno que habia en ella. Quien hubiera visto á madama en aquel lance creeria que la tal noticia iba luego á quitarla la vida; cayó desmayada en tierra con dos ó tres accidentes sucesivos; siguióse á esto un temblor violento y universal de todos sus miembros, quedándose tan pálida como una difunta; de aquí pasó á enfurecerse contra sí misma, arrancándose con rabia sus dorados y bellísimos cabellos y arañándose desapiadadamente la cara para dar á entender que el dolor la habia hecho perder el juicio. Procuré confortarla lo mejor que pude y supe, aplicándola á narices, sienes y pulsos ya agua de melissa, ya espíritu de romero, ya agua del cármen, y desabrochándola así la cotilla como el justillo, para que respirase con mayor desahogo y no la oprimiese tanto la violenta palpitacion de su hermosísimo seno, escena en que habia mucho de trágico, sin dejar de mezclarse una buena dósis de cómico, y si un pintor nos hubiera retratado, pintando á cada uno en los diversos trajes, acciones y posturas en que estábamos, no dejaria de formar el cuadro más bello y más divertido del mundo. Pasado un cuarto de hora volvió madama en sí, y viéndome todo afanado en el piadoso ejercicio de socorrerla, ¡Ah, dueño amado mio! prorumpió con voz lánguida y desmayada: tú solo y sola tu presencia puede hacer que yo viva des-

pues de la cruel pérdida de todos mis bienes. Sí, señora, la respondí, no os turbeis ya más por la desgracia que fabricó la villana infidelidad de vuestros codiciosos criados. Vuestro será de aquí adelante todo lo que yo poseo en este mundo, y aunque ni mis alhajas ni mi dinero podrán nunca suplir la falta de unos efectos tan preciosos, que necesariamente han de ser muy superiores á todo lo comun siendo dádivas de los mayores monarcas de la tierra, servirán á lo ménos para que nada nos falte de lo necesario para pasarlo con toda decencia y con bastante comodidad. Una oferta tan generosa, como no esperada, fué el milagroso elíxir que acabó de restituir á madama todos sus espíritus, disipando enteramente aquel letargo mortal. Sosegóse aquella rabiosa inquietud y poco á poco volvieron sus bellísimos colores á matizar el sitio que ocupaban en su tentador semblante. Caballero mio, repondió, segun eso tú naciste para resucitar á una miserable. Si el amor que me tienes te hace hablar de esa manera, seria yo la mujer más ingrata del mundo si no aceptara una gracia que no admite superior. Aquí me tienes ya enteramente por tuya; quiero depender de tí y de tus insinuaciones todo el tiempo de mi vida y jurándote una fé que quizá dejará muy atrás á la que juró en otro tiempo la mujer de Ulíses, estaré siempre pronta á morir por tí, ya que por tí he vuelto á vivir. Arrojóse entónces á mí, echándome sus brazos al cuello, y bañó mi semblante con sus lágrimas. Pundonoroso cumplidor de mi palabra, dispuse que el dia siguiente se llevase á su casa todo cuanto yo tenia en la posada; hice que todo pasase revista por sus ojos, y encontró lo que bastó para que no quedase descontenta su avaricia. De esta manera vivimos juntos en Cambray algunos dias, ni más ni ménos como si fuéramos marido y mujer. Cerróse desde entónces la casa á todo género de hombres, tanto que los hijos de familia, para

quienes ántes estaba tan franca hasta dejarlos sin pellejo, viendo aquella novedad comenzaron á hablar con toda libertad, haciendo la más solemne y más maligna chacota de su retiro. En todas las conversaciones se hablaba de mí con el mayor desprecio; ni podia andar por la calle sin exponerme á la risa y chacota de todos los que me veian, particularmente de la gente del bronce; y ella, que tenia grande miedo de que al cabo llegasen á mis oidos aquellas voces y me hiciesen abrir los ojos en grave perjuicio suyo, una noche, mostrándose más tierna y más apasionada de mí que lo ordinario: D. Abél (me dijo), despues que hiciste por mí lo que jamás me atreveria á esperar, debo estar segura de que nada me negarás y de que estarás pronto á darme un gusto que puede redundar en gran beneficio de ámbos: esta ciudad me causa ya tanto tédio, que quisiera nos fuésemos al campo á gozar tranquilamente sin sujecion ni ceremonias de nuestra quietud y amable soledad. De esta manera podremos reformar y poner en economía nuestra casa, llevando únicamente con nosotros á Leonilde y á un solo criado, con lo que ahorraremos mucho del gran gasto que es preciso hacer manteniendo tanta familia.

Por otra parte, nos libraremos tambien de la importunidad de los petimetres que acostumbraban frecuentar mi casa, y no pueden llevar en paciencia que yo los haya despedido cerrándoles la puerta. Me agradó infinito la proposicion de madama, y con efecto, la complací inmediatamente, llevándola pocos dias despues á una casa de campo que alquilé en las cercanías de Amsterdam.

Sin duda estarán Vds. admirados de que hasta ahora no les haya declarado cómo se llamaba aquella mujer, y es natural que tengan no poca gana de saberlo. Pero debo decirles que tampoco yo lo supe en mucho tiempo, porque era tal el respeto

que la tenia, en fuerza de mi amorosa pasion, que nunca me habia atrevido á preguntárselo, y Leonilde habia tenido siempre la precaucion de no nombrármela, por guardar consecuencia y llevar adelante lo que me habia dicho, que ninguna boca era digna de prununciarle sino la de la misma madama. Por tanto, yo siempre la llamaba así, y á ella nada se le daba porque yo no la importunase sobre que me hiciese esta confianza, dejándome á oscuras en una cosa que es puntualmente la primera que desean saber todos los que se quieren bien. Pero oigan ahora Vds. la extraña casualidad con que supe al fin cuál era su nombre.

Una mañana, miéntras ella estaba en la cama hasta medio dia, segun su costumbre, me habia bajado yo medio mal vestido en hábito de campo á tomar el fresco á la puerta de la casa, que caia justamente al camino real. Ví venir hácia mí un pajecillo con un billete en la mano. Y como me vió en aquel sitio y con un vestido ordinario, me preguntó si era yo el criado de la señora que estaba en aquella casa. Respondíle que sí, por la curiosidad de ver en qué paraba aquella pregunta. Pues tome usted este papel, me dijo, y entréguesele á la señora sin que ninguno lo vea ni lo sepa. Ya sé yo que Vd. está acostumbrado á hacer estos recados con toda la habilidad que se requiere, y que no dejará de hacerlo como sabe en esta importantísima ocasion. Yo esperaré la respuesta en aquellos dos caminos que no están lejos de aquí, hácia la mitad del que va derecho á Amsterdam, á donde Vd. tomará el trabajo de llevármela. Tomé la carta con mano trémula y corazon sobresaltado, aunque hice cuanto pude para que no lo conociese el mensajero. Luego que éste volvió las espaldas me entré en la casa, y encerrándome en un cuarto bajo medio excusado, leí el sobrescrito de la carta, que decia así: *A mi señora doña Poliandria Gavilán.* ¡Bello nombre! dije

entre mí (1). ¡Admirable apellido! uno y otro expresan bien distintamente sus principales propiedades. Abrí despues la carta con toda aquella turbacion que Vds. se pueden figurar, y hallé que contenia las siguientes lacónicas aunque bien claras expresiones:

Querida mia:

Todo está ya prevenido para el gran golpe que tanto me has encomendado. Avísame la hora precisa en que mañana á la noche deben estar los asesinos á la puerta de tu casa. El dia siguiente estarás ya libre de tu insigne bienhechor, y yo entraré á gozar contigo el bello patrimonio que te regaló, para consolarte en la pérdida de los imperiales regalos que te hicieron los potentísimos emperadores del Japon y de la China.

TU RAFAELINO CAPICELATRO.

Consideren Vds. qué tal quedaria yo al leer el infame emplazamiento de una conspiracion, cuyo objeto era no ménos que el de quitarme la vida. Todo mi amor se convirtió en un furiosísimo ódio, y resuelto á dar la muerte con mis propias manos á la cruel ingratísima hembra, me armé con un puñal; corro á su cuarto, entro en él arrojando centellas por los ojos y negra espuma por la boca, me arrimo al lecho para envainarle en su seno, pero viéndola tan hermosa como verdaderamente era, una centella de amor me detiene el brazo y me hace suspender la ejecucion. Lanzo un doloroso suspiro, pero tan fuerte y tan violento, que doña Poliandria Gavilán despertó pavorosa. Me ve con el acero en la mano, da un gran grito, salta en camisa de la cama, comienza á correr por la casa, sin que yo, neutral toda-

(1) *Poliandria* quiere decir una mujer que se abandona á muchos hombres, y el apellido *Gavilán* denota su rapacidad contra estos amantes.

vía en mi resolucion, diese un solo paso para impedirla. Acude Leonilde á los gritos de su ama, hace lo mismo el infame criado, que iba de acuerdo con ella en el execrable homicidio que pensaban cometer; pone á los dos por testigos de lo que yo queria ejecutar, y confiada en el abrigo de ámbos, comienza á cargarme de improperios, sin que yo, sobrecogido enteramente de lo que veia, tuviese valor para alentar siquiera una palabra en mi defensa, ni darla en rostro con la alevosa traicion que me tenia tramada.

CAPÍTULO V.

Sale D. Abel desterrado de Amsterdam. Vuelve á Bruselas. Transita por Cambray; sucesos de esta ciudad. Viaja por todas las provincias de la Francia. Entra en Saboya, y su encuentro en Chamberí con cierta persona.

Concluida esta escena, vistióse la señora mia, montó en una calesa que habia en casa y partió derecha á Amsterdam, donde puso una querella contra mí en aquellos tribunales, y valiéndose de la necia donacion que yo la habia hecho, logró sentencia favorable, adjudicándola todos los bienes que malamente la habia donado. El poco dinero que me habia quedado se lo engulleron todo mis abogados, sin haber hecho más que divertirme siempre con buenas esperanzas, que nunca tuvieron efecto, y ella triunfó con una enorme injusticia que me consumió todo el peculio, pero tambien me curó radicalmente del amor. Lo peor de todo fué que me desterraron por diez años del territorio de Amsterdam á título de asesino, y esto porque mis señores abogados, viéndome ya sin dinero, no hicieron caso de mí ni me aconsejaron siquiera que compareciese á justificar mi conducta. Viéndome de esta manera, anduve algun tiempo vagamundo y mendigando, hasta que encontrándome en Bruselas un hombre que me conoció, halló modo de emplearme donde

pudiese ganar lo bastante para presentarme en la calle con decencia y poder tratar con la gente de bien. Desde aquí escribí á España, de donde me enviaron algunas letras de cambio, con las cuales me puse en paraje de poder volver al juego, y siempre con la misma igual fortuna. Acostumbrado yo, por buenos y muy racionales motivos, á detenerme poco en aquellos pueblos donde el juego me ha producido ganancias considerables, partí de Bruselas para volverme á Francia por la vía de Cambray. La misma noche de mi llegada á esta ciudad entré en un café, donde quedé sorprendido cuando ví en él aquel mismo hombre que habia representado el papel de repostero en casa de madama Gavilán. El tambien me estuvo mirando fijamente por algun tiempo, y despues que me reconoció: Señor, me dijo, yo tengo pendiente una cuentecilla con Vd. ¿Qué cuentecilla? le respondí. La de un luis de oro, repuso él, por el chocolate que serví á Vd. cierta noche en casa de aquella ramera que usted sabe. ¿Pues qué, le repliqué, no eras tú criado suyo con oficio de repostero? Yo fuí llamado de órden de su mercé, y cuando salí del gabinete donde su mercé tomó el chocolate me dijeron que su mercé le habia de pagar. Siendo eso así, repuse yo, estoy obligado á hacerlo; pero un luis de oro por dos jícaras de chocolate me parece demasiado. Señor, replicó él, cuando nos hacen salir de la tienda para despachar nuestros géneros no los vendemos á menor precio; además de eso, ¿no se ha de pagar tambien lo mucho que pierde un hombre cuando le ven entrar en casa de semejantes personas? Esto último me obligó á callar y á darle prontamente lo que me pidió, sin querer enredarme en más cuestiones. Esta mi docilidad fué de mal ejemplo, porque aquella misma noche vino á mi posada el que se decia bodeguero, el cual era en suma un revendedor de perversas pastas y de una pestilente malvasía: vino á que cerrásemos

su cuenta, y esta se canceló pagándole al doble de lo que me habia llevado el del chocolate. Fácilmente creerá cualquiera que el dia siguiente muy de mañana me partí de aquella ciudad, no sólo por temor de que viniesen otros acreedores de madama á que les pagase lo que ella les debia, sino tambien por huir de las pesadas burlas que me harian muchos pisaverdes para desquitarse de las que mi señora doña Poliandria les habia hecho á ellos.

Desde entónces comencé á visitar todas las provincias de Francia, y no habiéndose cansado la fortuna de favorecerme en el juego, dentro de poco me volví á ver en el mismo brillante estado en que me hallaba, cuando tuve la gran dicha de caer en gracia á la favorita de los príncipes de Oriente. Determiné volver á Italia, y tomando la ruta de Leon me encaminé por la Saboya al Piamonte. Habiendo llegado á Chamberi, me quise detener un dia para ver lo más notable de aquella ciudad Visité las iglesias principales, como tambien los edificios más celebrados en ella, pero nada encontré que mereciese mi particular atencion. Al tramontar el sol me volví á mi posada, cuando encontré un hombre que se paró á mirarme con grandísima curiosidad. Tambien le miré yo á él atentamente, y nunca pudo mi memoria dar con la idea de aquella fisonomía. Sin duda que el tal hombre me vino siguiendo á la larga, porque apénas llegué al meson y entré en mi cuarto, cuando llegó el camarero á decirme que preguntaba una persona por el señor D. Abél. ¿Quién puede ser, dije entónces, el que me conoce por mi nombre en una ciudad donde nunca he vivido y esta es la primera vez que he entrado en ella? Respondióme el camarero que tenia traza de ser algun criado. Díle que entre, sea quien fuere, proseguí yo, y veremos qué es lo que me quiere. Hízole entrar, y conocí ser aquella mismísima persona que se habia parado en

la calle á mirarme con tanta atencion, cuya cara me parecia haber visto otras veces, pero sin poder caer en cuenta de quién fuese. Volvíle á considerar de nuevo, mas tampoco entónces hubiera conocido al tal personaje si él mismo no se hubiera anticipado á satisfacer mi curiosidad diciéndome: Señor caballero, yo soy la segunda camarera de madama Poliandria Gavilán, aquella misma que Vd. despidió de su servicio cuando partió de Cambray á la casa de campo, pero que siempre he sido un hombre real y verdadero en traje de mujer. Víle á usted esta tarde, y habiéndole conocido, vine á hacerle esta visita solamente para pedirle perdon de una traicion que se habia tramado contra su vida y de que por gran fortuna suya se libró. Sepa Vd. que yo soy aquel mismo D. Rafaelino Capicelatro de quien estaba firmado el papel que entregó á Vd. el mensajero de Amsterdam; y aunque habia salido de la casa con acuerdo secreto de Poliandria, mantenia con ella oculta correspondencia de cartas, precisamente para sacrificar á Vd. en la forma que significaba el billete, aprovechando la primera ocasion que se ofreciese. Añadióme que la Leonilde era prima carnal de madama, y el criado con que se habian quedado, principal manipulador de tan detestable proyecto, era su tio. Aunque se me erizaban los cabellos al oir las maldades de una mujer que usaba conmigo una ingratitud sin ejemplo, todavía tuve la curiosidad de saber de ella y por qué razon la habia abandonado el mismo Rafaelino. De todo le informaré á Vd., me respondió prontamente, sólo con que me dé palabra de perdonarme todo lo que he maquinado contra su persona. Habla y explícate con toda libertad, le dije, puesto que mi cólera se pasó luego, y más despues que los jugadores de Francia me facilitaron el modo de volver á llenar mis talegos de tanto y áun quizá más dinero que el que me consumió aquella ingratísima mujer.

Hice entónces sentar al dichoso D. Rafaelino, y para que tuviese más vigor para contarme sus aventuras, mandé al mesonero que le trajese de beber del mejor vino del Delfinado que tuviese en la bodega. Bebió, y despues que contentó la sed dió principio á su discurso de esta manera:

Yo soy hijo de un vecino de Mompeller, que fué ahorcado por ladron en Aix la Chapele. La desgracia de mi padre nos obligó á andar vagamundeando á todos sus numerosos hijos: yo anduve mendigando por várias ciudades de Francia, hasta que llegué á Amiens á tiempo que madama Poliandria hacia en aquella ciudad una estrepitosa figura. Vióme un dia á la puerta de una iglesia, donde la pedí por caridad alguna limosnilla; sin duda la debió de agradar mi buena traza, gracias á mi madre que me la dió, y era una mujer que, aunque plebeya, tenia grande inclinacion á la nobleza. El hecho es, que madama mandó á un criado suyo que me dijese la fuese siguiendo á su casa, donde fuí recibido como una persona ya muy conocida y muy estimada de todos. Mandó madama que me lavasen, peinasen y puliesen, llenándome de perfumes, y que me vistiesen de mujer con toda decencia, en cuyo traje me mantuve siempre, como Vd. mismo me vió. Este traje, que nada desdecia de las facciones de mi cara y del candidísimo cútis, sólo era para no dar lugar á las sospechas y murmuraciones de los que frecuentaban su casa, pues por lo demás servia á madama en figura de hombre siempre que estábamos solos y á nuestra libertad. Tenia muchas alhajas y un grandísimo peculio; porque aunque es verdad que eran meros sueños los decantados regalos que se jactaba haber recibido de los príncipes del Asia, es cierto que sus navetas estaban atestadas de las liberalidades de sus necios amantes, á los cuales habia tenido ella habilidad para reducirlos impunemente á la última miseria. Saltando de

ciudad en ciudad llegó á Cambray, donde recogió los más ricos despojos de la juventud más florida y á donde Vd. mismo llegó á añadir nuevos trofeos á sus triunfos. Vd. sabe mucho mejor de lo que yo se lo sabré decir, que á pesar de las grandes atenciones que mostraba tener á su persona, desprendiéndose de todos los objetos de sus pasados amores, nunca tuvo valor para desprenderse de mí sino cuando concertamos entre los dos hacerme dueño de ella, de sus riquezas y de las de Vd. privándole de la vida. Así que el haberme despedido de su casa fué un mero y purísimo artificio para disponer mejor y volver á ella como dueño despótico de todo; y del papel que tuvo Vd. en su mano colegiria el medio de que se queria valer para ponerme en pacífica posesion de su cuerpo y de todos sus haberes.

CAPITULO VI.

Cuenta D. Rafaelino lo que sucedió á la aventurera despues que D. Abél fué desterrado de Amsterdam

Despues que Vd. salió desterrado de Amsterdam, inmediatamente se restituyó á su casa de campo la aventurera, y yo con ella. Desde entónces no quiso verme más en traje de mujer, ántes bien quiso que me aprovechase de los más ricos y más magníficos vestidos que habia dejado Vd. en aquella casa. ¡Admirable trasformacion para mí! Hacer de señor y mandar despóticamente donde pocos dias ántes hacia todos los oficios de una simple criada. Dió órden para que la trajesen todas las alhajas, joyas y dinero que habia depositado en poder de cierto confidente soyo ántes que Vd. se pasase á vivir en su compañía, y dándose un nuevo aire de grandeza comenzó á vivir con el mayor esplendor que podia imaginarse en una mujer de su esfera. Pero lo cierto es que por entónces habia renunciado ya todos los cortejos amorosos y que era conmigo mucho más fiel que lo habia sido con Vd. Antes bien el ardentísimo amor que me tenia fué casi la ocasion que me obligó á abandonarla, como lo conocerá Vd. por lo que ahora le diré.

Leonilde, á quien yo habia tratado siempre con la más estre-

cha confianza con motivo del uniforme empleo que ejerciamos los dos, ocupaba en mi corazon un lugar muy superior al que creia ocupar nuestra ama. Es verdad que procuraba ocultar mi inclinacion y que nuestra correspondencia habia estado hasta aquel tiempo felizmente ignorada de toda la familia. ¿Pero qué no ven y qué no descubren los ojos linces de una mujer enamorada? Poliandria, por una sola ojeada que estando un dia comiendo me vió echar á mi antigua compañera, conoció que su camarera, á quien jamás llamaba prima, no era para mí un objeto indiferente, y pareciéndola que nuestro amor no podia ménos de haber echado raices muy profundas por el largo trato y familiaridad con que habiamos vivido juntos en tanto tiempo, pensó que solamente la separacion y la ausencia podrian desarraigarle. Resolvióse, pues, á deshacerse de ella, no obstante los importantísimos servicios que la habia hecho. Con este pensamiento la envió á Amsterdam acompañada de un criado con el pretexto de que comprase alguna tela para ropa blanca; pero no volvieron á parecer ninguno de los dos. Miéntras tanto se aplicó á observar atentísimamente qué efecto hacia en mí la separacion de Leonilde, y cuando conoció que verdaderamente la sufria con impaciencia, dió libertad al torrente de sus rabiosos celos, como tambien al de las injurias é improperios más insolentes que una mujer puede proferir contra un amante infiel. Pero yo hice poquísimo caso de todas sus palabradas, y no pudiendo olvidarme de mi Leonilde, cuya imágen tenia grabada en mi corazon, determiné abandonar absolutamente al ama para ir en busca de la camarera hasta lograr la dicha de encontrarla. Para cubrir mejor mi intento afecté un grandísimo dolor de haber ofendido á Poliandria, y procuré cautivar de nuevo su confianza haciéndola finezas muy extraordinarias. Pero esto mismo fué puntualmente lo que me hizo más sospechoso á la

astutísima mujer, á la cual quizá la habria enseñado la experiencia que por lo comun en los hombres suelen ser artificios peligrosos las excesivas finezas. En virtud de esto estaba en su casa tan cautelosamente guardado como lo pudiera estar un prisionero. No me era lícito poner un solo pié fuera de la puerta, y toda mi autoridad se restringia dentro de las paredes domésticas. No encontraba modo para engañar ó adormecer su vigilancia en este punto, y miéntras tanto, creciendo cada dia mi deseo de ver á Leonilde, al paso que cada dia eran mayores las dificultades, me mudé de manera, que de alegrísimo y muy divertido pasé de repente á melancólico, fastidioso, taciturno y pensativo.

Esta repentina mudanza hizo más impresion en el ánimo de Poliandria que la que ántes habian hecho los celos, la cólera, el despecho y la venganza. Temia que enfermase y que el humor hipocondriaco me condujese al cabo á la sepultura. Movida de este temor me procuró todos los divertimientos imaginables, paseos, cazas, juegos, músicas y bailes, lisonjeándose de que lograria divertir mi melancolía con aquellas dulces distracciones, las cuales, por el contrario, sólo servian para acrecentármela. Con efecto, salió cierto su temor: me derribó en la cama una enfermedad crónica, que me tuvo en ella dos meses, y los médicos llegaron á desesperar de mi vida. Quien viese los gritos, los clamores, las lágrimas y todas las demostraciones del más amargo dolor en que madama se deshacia, creeria sin duda que habia llegado hasta donde podia llegar el exceso de su amor. No salia un momento de mi cuarto, no se apartaba de mi cabecera, y estaba prontísima á servirme en todo cuanto ocurria en mi enfermedad. Llegó á tanto el singular amor de aquella mujer, que resolvió salvar mi vida á costa de privarse ella para siempre y voluntariamente de mí, prometiéndome que haria

volver á casa á Leonilde. Querido Rafaelino, me dijo un dia que estábamos los dos solos, puesto que conozco claramente que tu ardentísimo amor á mi camarera te ha reducido ya á ponerte casi en las garras de la muerte, he terminado salvar tu vida á peligro de perder la mia. Sé muy bien que yo no podré vivir sin tí; pero con todo eso escojo ántes morir yo, quedando tú vivo, que conservar mi vida para verte despues muerto. Te prometo que tu Leonilde volverá á tus brazos y que podrás vivir con ella todo el tiempo que te durare de vida. Voy en este punto á escribir para que se restituya á esta casa, y tú no debes pensar de aquí adelante en otra cosa que en recobrar tu salud y ponerte bueno. Así lo prometió y así lo cumplió Poliandria. Dos dias despues ella misma me presentó á Leonilde, y su vista fué más eficaz para curarme que todos los específicos de Hipócrates y de Galeno. Pero observé que al paso que yo iba recobrando la salud, madama la iba perdiendo. En pocos dias se convirtióen el retrato más vivo de la misma tristeza: deshacíase en continuo llanto, y desapareció de repente toda la brillantez de sus hermosísimas facciones. Cuando yo comencé á levantarme de la cama, ella se vió precisada á echarse en la suya, y se comenzó á formar de su enfermedad el mismo concepto que se habia formado de la mia. Lo que no tiene duda es que la ocasion era la misma. Ella se iba consumiendo porque perdia su amante, y yo me iba acabando porque habia perdido la mia. En medio del consuelo que yo podia tener, viéndome con mi querida Leonilde, no podia ménos de darme infinita pena lo que padecia la señora; y sabiendo que yo era la causa de ello, no gozaba más que la mitad de mi dichosa fortuna. Avergonzándome de que una mujer tuviese más valor que yo para vencer sus pasiones, sentí que comenzaban á despuntar en mi corazon los principios de una virtud que nunca habia conocido en él. Estaba ya para re-

nunciar absolutamente los dos amores que me atormentaban, y para que ni Poliandria padeciese el disgusto de que yo fuese el predilecto de Leonilde, ni Leonilde se lamentase de que yo la habia abandonado por Poliandria, habia resuelto partirme secretamente de aquella casa é ir á buscar fortuna en otra parte, bien determinado á no volver á meterme en más embrollos con mujeres. Parecíame que no dejaba de entrar algo de heróico en esta resolucion, y la vanidad de que el mundo me tuviese por un hombre capaz de concebirla de tal manera se iba apoderando de mis cascos, que en un instante se me hubiera escapado todo el amor si à Leonilde no se la hubiera ofrecido otro proyecto, que, aunque no tan rumboso, me pareció más practicable y más acomodado que el mio.

Esta mujer, excesivamente dócil y condescendiente, conocia muy bien que su ama y señora prima fácilmente se reduciria á los últimos extremos de la vida, una vez que no se la pudiese arrancar del corazon la cruel pasion que la devoraba, y sabiendo por otra parte que era muy capaz de consentir en que yo repartiese mi amor entre las dos, una noche que estábamos solos ella y yo con la enferma, se animó á decirla: Señora, ¿no es verdad que Vd. no puede vivir sin su Rafaelino? Pues yo tampoco tendria valor para desprenderme totalmente de él, sin que esto me costase la vida. Y más cuando él mismo se anticipó á dar un testimonio tan claro como el que dió en su enfermedad de lo mucho que me ama, para sufrir sin exponerse á morir nuestra total separacion. En este crítico estado de cosas, probemos si es posible algun medio para conciliar las dificultades, y veamos si se encuentra modo de que todos tres vivamos alegremente sin desconcierto de nuestra buena armonía, de nuestra salud, ni de nuestra amistad. Yo por lo que toca á mí tengo valor para conformarme en que mi amante lo sea tambien

vuestro, madama. Vos, señora, disponéos por vuestra parte á contentaros con gozar la mitad del corazon de este jovencito. Suyo será el cuidado de compartir alternativamente con igual peso y medida á cada una de nosotras los mismísimos oficios de una indistinta correspondencia. Sonrióse madama cuando oyó tan extraordinario como no imaginado proyecto, y volviéndose á mí: ¿Qué te parece? me dijo. ¿Te contentarás con dividir tu corazon entre dos amantes sin dar á ninguna de las dos la preferencia, satisfaciendo igualmente á entrámbas con tu amor, sin que el espíritu de los celos se introduzca á perturbar nuestra paz? ¿Y por qué no lo estaré, señora, puesto que ya estaba acostumbrado á cargar con esta doble cadena ántes que vos tomáseis la providencia de separar á Leonilde de mí? Siendo eso así, replicó Poliandria, de esta enfermedad no me muero. Con efecto, se recobró de ella muy presto, y los tres vivimos juntos y acordes de la manera dicha por largo tiempo, sin que ninguna de las partes alentase la menor queja ni mostrase el más mínimo disgusto. Finalmente, como no hay en el mundo cosa más variable que el corazon, ó ántes bien porque el cielo no quiso permitir que pasase más adelante un comercio tan infame y tan infernal, sucedió que, celebrándose en Amsterdam cierta solemnidad, se le antojó á Poliandria concurrir á ella, despues de haber hecho por largo tiempo la vida solitaria en el campo. Llevó consigo á su camarera, á mí y dos criados. Fuímonos á apear en una posada que estaba vecina al puerto; y Poliandria, que por su natural vanidad gustaba mucho de sobresalir y arrastrarse la atencion de todos, dejándose siempre ver pomposa y magníficamente vestida, desembarazada y brillante, se asomó á un balcon que caia al mismo puerto, y á una calle muy frecuentada, para divertirse en ver y en ser vista de la gente. Todos alzaban los ojos para ver una belleza tan extraordinaria, y todos la

saludaban con un respeto muy particular. Entre estos pasó por allí un caballerito escocés, airoso, galan y de nobilísima presencia. Saludóla con mucho garbo; correspondióle ella; pero no contentándose con las formalidades comunes, practicadas con los demás, acompañó sus reverencias con una cierta risita muy graciosa, con un cierto mirar alegre y tierno y con otras varias señales de singular complacencia. El escocés, demasiadamente advertido para no conocer que no habia desagradado á madama, se detuvo un poco debajo del balcon, y tuvo la fortuna de oir de su misma boca que podia subir, si era servido de descansar un rato. Hallábame yo con ella cuando él entró, y oí que, despues de un cumplimiento muy lacónico, la convidó á irse á divertir á la corrida de caballos, permitiéndole el honor de que la fuese sirviendo. Ya se figurará Vd. que madama no le haria el desaire de negarse á tal convite. Aceptóle prontamente, y se detuvo fuera de casa hasta bien tarde. Entónces, volviéndome yo á Leonilde: Querida, la dije, este es el tiempo en que comenzaré á ser todo tuyo. Madama ya se ha proveido de otro amante y se olvidará de mí. Lo peor es, me respondió la Damisela, que yo tambien estoy casi para seguir el ejemplo de mi ama. ¿Has visto al camarero de la posada? Tiene un corte de cara que me gusta infinitamente. Confieso la verdad; me siento toda abrasada por él. Ya ves que yo no soy mujer que sepa fingir. Yo te hablo con sinceridad. Si te da la gana de admitir compañía en la posesion en que estás de mí, así como yo admití la de madama en la posesion que me pertenecia, proseguirás gozando la mitad de mi correspondencia, ni más ni ménos, como hasta ahora he estado yo gozando la mitad de la tuya. Juro á Vd. que nunca he oido cosa que me dejase tan atónito como esta. Miré á Leonilde con todo el desprecio que merecia una mujer tan infame, y en medio de mi bajo nacimiento tuve espíritu para abo-

minar de tan descarada iniquidad. Desde aquel mismo punto huí de tan detestable compañía, y transitando por vuestra casa de campo, me proveí de un poco de dinero, me puse en camino para Francia, la giré casi toda y llegué á esta ciudad, donde tuve la fortuna de encontrar á Vd. Acabado su discurso, se despidió de mí; y yo, lleno de un justo horror por la diabólica disolucion de aquellas dos infernales mujeres, dí mil gracias al cielo por haberme librado de ellas.

CAPITULO VII.

Abandona la fortuna á D. Abél en Turin. Encuéntrase en esta ciudad con una pobre pordiosera. Quién era la tal pobre. Divertida conversacion que tiene con ella y con otra compañera suya. Líbrase impensadamente de su presente miseria.

Proseguí mi viaje (continuó D. Abél), pasé los Alpes, llegué á Turin, donde resolví detenerme algunos dias, habiendo encontrado con quien ejercer mi profesion. Pero en esta ciudad (lo que jamás me habia sucedido) comenzó á abandonarme la fortuna. Me hallé con jugadores que eran más afortunados que yo: fuese disminuyendo mi tesoro, y habiéndome obstinado en no mudar de puntos (contra todas las leyes del juego), en el breve espacio de dos meses perdí todo cuanto tenia. Comencé á hacer pronósticos, y me costó gran trabajo conseguir del amo de la posada que me diese de comer y de beber miéntras me venian de España las letras de cambio. Habia conservado hasta entónces el anillo que me habia dado Poliandria, y viéndome precisado á deshacerme de él, hallé que apénas valia seis miserables pesetas, aunque en la apariencia se representaba de gran precio. Miéntras tanto yo andaba siempre solo y pensativo, buscando de intento las calles ménos frecuentadas, visitando iglesias y paseándome por los cláustros de los conventos, di-

virtiéndome en leer epitafios de sepulturas y epígrafes de sepulcros. Una mañana que estaba embelesado queriendo entender una inscripcion longobarda sobre cierta sepultura que estaba á la entrada del mismo cementerio, sentí que me tiraban de la capa, y volviendo la cabeza me encontré con una mujer asquerosa, cubierta la cabeza con un sucio trapo de lienzo, y el resto de su desastrado traje remiendos mal zurcidos de diferentes colores, la cual me dijo: Apostemos, señor D. Abél, á que usted no me conoce. Cierto, la respondí, que no me acuerdo de haber tenido jamás ese honor ni semejante fortuna. Y en medio de eso (replicó ella con gran desembarazo), en otro tiempo tuve la dicha de que Vd. me mirase con buenos ojos por más de un dia y áun por más de un mes. Descubre tu bella cara, repuse yo con picaresca ironía, y entónces puede ser que te conozca. No se hizo de rogar para darme gusto, y entre los emplastos y pegotes de que tenia entapizadas las mejillas y la frente pude descubrir, no sin dificultad, algunas facciones de la primera camarera de nuestra famosa madama Poliandria. ¡Ah Leonilde! exclamé todo admirado y aturdido: ¡es posible que te he vuelto á ver, pero en estado tan infeliz y miserable! ¡Oh qué fortuna la mia! ¿Por qué me habla Vd. de una manera que me hace conocer la ninguna compasion que le merecen las desgracias de su prójimo? Yo soy un hombre, proseguí, que me compadezco infinito de todos los que se compadecen de mí, y me conduelo cuando veo castigados del cielo los que hicieron algun mal. Me pareceria ofender á la Divina Justicia si no mirase con dolor á los que ella castiga. Segun eso, replicó la pordiosera, Vd. se ha mudado mucho y es muy diferente de aquel D. Abél á quien yo conocí. Así es, la respondí yo, y de esta mudanza tiene la culpa tu gentilísima señora. Por ella me veo en la mayor miseria y pobreza que se puede imaginar; si

hubiera ella sido más agradecida ó ménos ingrata, gozaria yo ahora de todos los bienes que el Señor me dió, y ámbos tendríamos más de lo suficiente para pasarlo con decencia en esta vida. No vaya Vd. más adelante en esas quejas, me interrumpió Leonilde: yo le haré tocar con la mano que está muy reconocida de los beneficios que recibió de Vd. y que desea darle pruebas reales y efectivas de su grande arrepentimiento. ¡Oh! la repliqué prontamente, eso es lo que yo no quiero ni deseo experimentar. Dále las gracias por su buena disposicion, y díla de mi parte que ya D. Abél no se halla en estado de merecer sus favores, porque tampoco su bolsillo tiene fuerzas para suplir los robos de su mayordomo y tesorero. Verdad es que, segun creo, al presente se contentaria con un par de cuartos y que la bastaria poder lograr por mi medio alguna plaza en el hospital de los incurables; pero ni áun esto poco puedo hacer, porque tambien yo vivo de limosna y me han recogido por caridad en una casa. Todas esas desgracias de Vd., repuso Leonilde, las sabe muy bien la señora Poliandria, que quiere y puede en gran parte remediarlas, para lo cual desea abocarse con usted en este mismo sitio mañana á las ocho de la mañana. Esta sí que es buena, repliqué yo medio enfadado y medio riendo. Si Poliandria no está mejor equipada de lo que te veo á tí, á fé que podrá bien efectuar sus generosas y loables intenciones. Antes bien, repuso ella, la verá Vd. aún más andrajosa que yo; pero ¿quién quita que Vd. vea un efecto enteramente contrario á todas las apariencias? Está bien, la dije entónces: mañana á estas horas estaré en este mismo sitio; y sin contestarla más, la volví las espaldas y me fuí á otra parte.

Esperé la mañana siguiente á que diesen las ocho, y me fuí en derechura al cementerio, curiosísimo de saber en qué paraba aquella cita de madama. Tardó poco ésta en dejarse ver, no tan-

to vestida como zabullida en un desdichado saco, todo cubierto de asquerosos trapos, que desprendidos y colgando por todas partes, hacian figura de flecos, y el resto atestado de remiendos heterogéneos como saco de bobo ó vestido de botarga; un manto de tafetan tan raido y agujereado, que por unas partes se asomaban los cabellos y por otra se salia á trozos la mitad de la cabeza; la delantera de unos zapatos viejos enchancletados, de manera que parecian castañuelas de los piés; un rosarion largo y de cuentas gordas en las manos, que parecian labradas á lo mosáico, por las costras y costurones que formaba una sarna caballar que se descubria en ellas. ¡Bello espectáculo para un hombre que vuelve á ver á su dama despues de una larga ausencia! Con todo eso debo confesar que, no obstante lo mucho que me habia hecho sufrir aquella desdichada mujer, no pude negarla la compasion, y áun acaso tambien alguna lágrima, cuando la ví en tan lastimosa figura. Ella fué la primera que rompió la conversacion, diciéndome: D. Abél, este es el tiempo en que Poliandria quiere haceros conocer que está muy arrepentida del execrable delito que cometió contra todas las leyes del agradecimiento y del honor. Aunque me veis en estos asquerosos trapos, que por sí mismos están publicando la más miserable pobreza, os aseguro que soy más rica de lo que pensais. Entre los remiendos de este trapo viejo (poniéndome en la mano un pedazo de sayal todo embutido de arrapiezos) hallarás cosidos cien doblones; ellos servirán de restitucion con alguna usura por lo que gastásteis conmigo la primera noche de nuestra conversacion. Usad de ellos como quisiéreis, en la inteligencia de que esto sólo es un principio de lo mucho que puedo hacer por vos. No puedo negar lo sorprendido que me quedé al oir tan extraña proposicion. Me parecia que soñaba; pero, sin embargo, tomé el pedazo de sayal, que hallé ser muy pesado: me le acomo-

dé como pude debajo del sobaco y guardéle con infinito cuidado. Despues la dí gracias, y no pude ménos de decirla con esta ocasion: Señora, supuesto que sois tan rica, ¿por qué no os haceis curar esas asquerosísimas costras, que forman un fastidioso bajo-relieve de vuestras bellas carnes? ¡Ah, D. Abél! respondió luego ella, ¡y qué sencillo que sois! Sabed que todo esto que veis es una ilusion, una mera apariencia, efecto de cierto emplasto muy particular. En lavándome con un poco de agua caliente queda mi carne tan fresca, tan blanda y tan delicada como si me lavara con el agua de manteca que venden los perfumeros de París. Bajo este astroso y pobrísimo traje se esconde otro que no estaria mal á cualquiera de las primeras damas de Lóndres, y mi camisa es más fina y más sutil que la que viste el gran señor en Constantinopla y el emperador de la China en Pekin. El misterio que se esconde bajo esta ridícula y extravagante apariencia es grande y muy singular. Si os pica la curiosidad de saberlo, no teneis más que ir mañana á la Veneria, donde os conducirá una persona que yo os enviaré, y donde no dudo quedareis satisfecho y muy contento de todo lo que vereis. Diciendo esto, se despidió de mí, y yo me fuí á casa derecho y apresurado para dar libertad á mis pobres cien doblones, que estaban presos ó cosidos dentro del hipócrita sayal.

El dia siguiente alquilé un caballo y partí á la Veneria. Ya se sabe que esta es una deliciosa casa de campo del rey de Cerdeña, duque de Saboya. Apénas entré en una hermosa y larga carrera de árboles que va á embocar en palacio, se me puso delante un hombre despilfarrado, que venia arrimado á un palo y caminaba cojeando. Señor D. Abél, me dijo, sígame usted; y sin hablar más palabra, me volvió las espaldas y comenzó á caminar delante del caballo. ¿Creerán Vds. que el caballo, siendo así que era jóven y de brio, apénas podia alcanzar á

aquel lacayo de tan extraña figura? El hecho es que cuando llegamos como á doscientos pasos de la Veneria, el tal lacayo cogió el camino de la derecha, y arrojando de sí el palo, olvidado de que era cojo, comenzó á caminar como un gamo. Entónces sospeché que el dichoso lacayo era verdaderamente de aquella especie de criados que más convenian á una dama como mi señora doña Poliandria Gavilán. Caminariamos como una milla y media por senderos poco practicados, que nos condujeron á una casuca, fabricada en el rincon de un vallecito muy delicioso. Entramos en el corral, y luego que desmonté me salió á recibir Leonilde, pero en traje muy diferente del que tenia cuando se me presentó en el cementerio de Turin. Estaba vestida de blanco, sembrado á trechos el vestido de lazos ó rosetones rojos, lo que daba un gran resalte al garbo natural y muy proporcionada disposicion de su persona. ¿Qué trasformacion es esta, Leonilde? le pregunté admirado. O yo deliro, ó estoy viendo real y verdaderamente efectivas las mentidas trasformaciones de Ovidio. Yo estoy al presente ni más ni ménos como me hizo la naturaleza, me respondió ella; ni el artificio tiene otra parte en esto que el haber acertado en la eleccion de un vestido que hace sobresalir un poco más los dones con que me regaló aquella madre universal de todas las criaturas. Entre usted, señor D. Abél, y allá dentro encontrará motivos para admirarse mucho más cuando vea á su antiguo pique madama Poliandria. Dicho esto me hizo entrar á un salon alhajado con mucho gusto y primor. Al mismo tiempo entró en él por otra puerta madama, vestida del mismo modo que su camarera, sólo que la tela blanca de su vestido estaba toda ricamente recamada de flores de plata y oro: calzaban sus menudos piés un par de zapatos cubiertos con la misma tela, bordada de las propias flores, y sus dorados cabellos estaban adornados con varias

piochas de brillantes, que formaban diferentes figuras, distribuidas por toda la cabeza con exquisito gusto y delicada simetría; y tenia en la mano una especie de dardo, que terminaba en punta de plata. Hubiérala yo tenido por otra Diana, á no saber tan de antemano que merecia mejor el nombre de Vénus. Bella Poliandria, le dije riendo, ya veo que el emplasto de que usais para que os tengan por el asco de las mujeres es milagroso específico para haceros parecer más hermosa que vos misma. Ese traje de ninfa que cubre vuestros delicados miembros es tan acomodado á lo que pide este ameno y solitario sitio, como los asquerosos trapos de que os vestís en la ciudad son los más convenientes para que todos os crean las más infeliz pordiosera y el deshecho más miserable de un hospital. No creo yo que la diosa de la caza se presente vestida con mayor magnificencia, ni con gusto más superfino en el monte Parnaso, ni en ningun bosque de la Arcadia. Segun eso, me respondió ella, á vos os tocaria hacer aquí una figura que dejase muy atrás al amable pastor de Cária. ¡Ah señora! repliqué prontamente, no quisiera yo que ántes bien me tocase hacer la de Anteon. Sonrióse un poco de esta mi chufleta, mas hablándola luego en sério: Por Dios, la dije, no me tengais suspenso por más tiempo á vista de las extravagancias que estoy viendo. Decidme cómo se compone una habitacion tan acomodada y tan deliciosa como esta con la triste figura que quereis representar cuando vais á Turin. Para que entendais mejor todo el misterio, respondió ella, me será preciso dar principio á mi relacion por todo lo que pasó desde aquel tiempo en que con tanta ingratitud hice que te echasen de tu misma casa de Holanda. No es menester, la repliqué, que tomes el agua tan arriba: basta que comiences desde que Rafaelino te abandonó en Amsterdam, despues que te vió entregada á los amores del caballerito escocés. De todo lo

que precedió á este suceso me informó menudamente mi inmediato sucesor, de cuya verdad no puedo dudar, habiéndome enseñado la experiencia que eres una mujer capaz de las más árduas resoluciones. Siendo eso así, repuso madama, me alivias de un gran trabajo y llegaré mucho más presto al fin de mi discurso.

CAPITULO VIII.

Prosigue la historia de la aventurera, y cómo D. Abél hizo las paces con ella.

Luego que el caballero escocés volvió del paseo se halló sin rival que le pudiese competir (prosiguió Poliandria), y con esto fué inmediatamente colocado en el trono de mi amor, ni más ni ménos como el camarero de la posada lo habia sido en el de Leonilde. Mi nuevo amante tenia dinero, y esto era justamente por lo que yo le amaba tanto. Propúsome si me queria ir con él á Escocia, y no encontró en mí la más mínima dificultad para darle gusto. Salí, pues, de Amsterdam, dejando recomendada la casa y todas mis cosas (ó por mejor decir las vuestras) á mi criada Leonilde, encargándose ella y su nuevo amigo de la custodia de todo hasta nuestra vuelta. Duró pocos meses mi viaje á Edimburgo, pátria de vuestro tercer sucesor: me probó mal el temple de aquel país por lo oscuro y nebuloso, y así fácilmente le persuadí á que nos restituyésemos á Amsterdam. Teniéndome por noble, como me jactaba de ello á cada paso, se persuadió á que las complacencias que conseguia de mí eran efecto de un vehementísimo amor á su persona, cuando en realidad solamente lo eran de mi insaciable avaricia y de una lasciva pasion no ménos insaciable. Suponia que la facilidad con que me habia entregado á él sólo habia nacido de una violentísima

pasion, y haciendo escrúpulo de mantener en figura de amiga á la que en su concepto merecia ser su esposa, me propuso un dia si me dignaria de recibir su mano; y aunque siempre habia tenido grande aversion y mirado con horror al matrimonio, consentí no obstante en ello, precisamente por la esperanza de que tardaria poco en ser heredera de sus bienes; pero esto fué puntualmente lo que no quiso mi fortuna. Los sabrosos guisadillos que le hacia comer mi cocinero le causaron una enfermedad que fué para él la última; pero su testamento no correspondió á mi espectacion, por más diligencias que hice para corromper al notario con grandiosas promesas. Fueron llamados á la sucesion de sus bienes algunos parientes suyos colaterales, y yo quedé viuda del caballero, sin otra cosa que un legado de seiscientas libras esterlinas.

Viéndome ya sin esposo y sin amante, sólo pensé en proveerme, pero sin ligarme á uno solo. Con esto dentro de poco tiempo comenzó á brillar mi casa con una florida concurrencia por los muchísimos caballeros y señores de todas clases que la frecuentaban, todos los cuales pagaban su tributo á mi bella cara. Habian crecido á lo sumo mis riquezas, cuando vino á deshacerlas, interrumpiendo, ó por mejor decir, cortando mis conquistas la quiebra de un mercader que habia fallido por los empréstitos ó fianzas hechas á muchos de mis cortejantes. Consideráronme como la única causa de un daño que habia perjudicado no poco al comercio de Amsterdam, y añadiéndose á esto las quejas y los clamores de tantos padres que por mí estaban viendo á sus hijos asomados al precipicio, fuí desterrada de Holanda y confiscados todos mis bienes, honrándome en la sentencia con los decorosos títulos de hechicera, embustera, seductora de la juventud y estragadora de las buenas costumbres. No pude salvar mis bienes raíces, pero preservé todos los

muebles que consistian en plata, joyas y dinero, de lo que junté un relevante caudal que pude llevar conmigo á Alemania, donde me retiré. Me detuve un año en Francfort, dos meses en Augusta, y desde aquí pasé á Praga, capital de la Boemia. En todas partes encontré mentecatos que me pagaban bien los favores que yo les dispensaba; pero en Praga me hallé con un tesoro tanto más inestimable cuanto él sólo me pone para siempre á cubierto de la pobreza, áun cuando por alguna desgracia se pierdan todos mis capitales y los años y las arrugas descompongan el principal que hasta ahora me ha mantenido con tanta pompa y ostentacion. Ya sabeis que en aquel reino hay una gran multitud de familias de cíngaros, así llamados allí y en muchas naciones de Europa los que en España se llaman *gitanos* y *gitanas*. Estos andan vagando por todo el mundo, prometiendo decir á todos la buenaventura, y se hacen impunemente ricos á costa de los mentecatos que los consultan y los creen, no ménos que en virtud de lo mucho que en todas partes roban. Estos, segun dicen ellos mismos, poseen extraordinarios secretos, mediante los cuales se aparentan cojos, tullidos, ciegos, leprosos, remedando cuantas deformidades y enfermedades se les ponen en la cabeza. Todo lo cual lo consiguen mediante ciertos emplastos, de cuyo número fué el milagroso de que yo me valí para alucinarte y fascinarte, presentándome llena de aquellas asquerosas costras que tanto asco te causaron creyendo ser verdaderas. Me lo comunicó uno de aquellos maravillosos cíngaros, que deseó mucho lograr mi conversacion, y parecia un verdadero Proteo segun las varias figuras que mudaba á cada paso. Hizo en mí la experiencia de su prodigiosa virtud, y me enseñó el modo de usarlo y de componerlo cuando se me acabase la gran cantidad de él contenida en una olla con que me regaló.

Luego que acabé de chupar todo el dinero á la juventud de Boemia y ví que ya no tenia cañamones para cebar mi codicia, partí de aquel reino, y tomando el camino de la Austria y del Tirol, me entré en Italia, cuyo plácido cielo y benigno temperamento me determinó á fijar en ella mi residencia. Despues de haberme detenido en Milán tal cual semana, me vino gana de pasar á Turin, donde me encontré con un comerciante muy rico que gastaba sin dolerle prendas. Este volvió á casa una noche sumamente alegre, y preguntándole yo el motivo de aquella extraordinaria alegría, me respondió que acababa de ganar en el juego una gran cantidad de doblones á un forastero que se hallaba en aquella ciudad. Me picó la curiosidad de saber quién era y cómo se llamaba aquel desafortunado caballero, y cuando le oí nombrar vuestra persona se sobresaltó muchísimo mi pobre corazon. Desde aquel mismo dia comencé á sentir punzantísimos escrúpulos de todo lo que habia hecho contra vos, y remordiéndome contínuamente la conciencia, me puse á pensar de qué medio me valdria para merecer vuestro perdon. No se habian pasado dos semanas cuando supe que el juego te habia arruinado enteramente, dejándote absolutamente por puertas: entónces creció sin medida mi compasion, apoderándose de mi corazon un arrepentimiento tan vivo de la infame traicion que habia usado contigo, que no me dejaba sosegar ni un solo momento.

Me desahogué secretamente con Leonilde, consultando con ella la manera de aliviarte, muy resuelta á solicitarlo costáseme lo que me costase. Y para que en llegando la ocasion te pudieras asegurar de la rectitud y sinceridad de mis pasos é intenciones, determiné abandonar del todo la ciudad con todas las amistades que tenia en ella y retirarme á una buena y deliciosa soledad. Ofrecióseme entónces afortunadamente la ocasion de

comprar esta pequeña casa de campo, y determiné pasar en ella contigo, supuesto tu consentimiento, el resto de mi vida sin enredarme en nuevas aventuras. Luego que la ví alhajada, como la ves, me escapé de Turin sin decir palabra á nadie, y há solos dos dias que resido en ella: y como siempre habia procurado que no te perdiesen de vista para solicitar volver á tu gracia cuando fuese tiempo, luego que me vió mi camarera en este amable retiro, dejándose llevar de su genio alegre y graciosamente inventor, quiso valerse del secreto del cíngaro para hacerte una graciosa sorpresa. Se aplicó á la cara el consabido emplasto, y en virtud de él quedó aparentemente trasformada en aquella astrosa y asquerosísima figura que se te presentó á la puerta del cementerio, y cuando volvió á casa por la noche trajo no poco dinero que habia recogido de limosna, excitando la caridad y la compasion de los fieles, particularmente de los hombres. Este suceso me confirmó en el concepto de lo mucho que convenia no comunicar á nadie el importantísimo secreto que el gran bribon boemo me habia confiado. Mas ya que yo lo habia hecho con Leonilde, quise tambien imitar su ejemplo, dejándome ver de tí en aquella asquerosa figura para hacer resaltar más la loable accion con que pretendo desempeñar en parte las grandes obligaciones que te debo. Por lo demás, estoy muy resuelta á nunca valerme de tan singular artificio si no que sea en caso de extrema necesidad, la que haré todo lo posible para que esté siempre muy distante mí.

Así acabó su discurso Poliandria, dejándome á mí extático y pasmado, no sólo á vista de su dolor y de su generoso reconocimiento, sino tambien del floridísimo estado en que volvia á verla, de manera que insensiblemente y poco á poco me fuí olvidando de todo lo pasado, mirándola ya como una mujer que verdaderamente estaba muy arrepentida de la terrible bur-

la que me habia hecho. Miéntras tanto entró un criado á decirnos que ya estaba la comida en la mesa. Nos levantamos y salimos del cuarto donde estábamos para entrar en una especie de galería que correspondia á un jardin admirablemente cultivado. Descubríanse en él multitud de naranjos y limones, que hacian una deliciosa vista, sin contar gran número de vasos más pequeños atestados de las más bellas, más delicadas y más exquisitas flores del país. Nos sentamos á una mesa, á que nos servian Leonilde y aquel hombre que fué á servirme de guia para conducirme á la tal casa, el cual me dijeron era el camarero de la posada de Amsterdam. Fueron exquisitos, delicados, abundantes y admirablemente cocinados todos los platos que se pusieron en ella; concluida la comida y levantados los manteles, me dijo Poliandria: D. Abél, de aquí adelante esta será tu casa y tu mesa, si me quieres dar este gusto. Podrás ir á Turin cada y cuando te diere la gana, y siempre tendrás á tu disposicion un caballo ensillado y un buen criado que te sirva. Miéntras tanto ven á ver y tomar posesion de todo este sitio, y hallarás que, si no es tan grande como aquel de que me hiciste donacion en Amsterdam, por lo ménos puede muy bien recibirse en contracambio por los ricos y preciosos muebles de que le verás surtido. Condújome, pues, por todos los cuartos de uno en uno, colgados suntuosamente con magníficos damascos de Génova de diferente color en cada cuarto. Todos estaban adornados de sillas, vestidas del mismo damasco y color que correspondia á cada uno, y en todos habia una mesa de las más estimadas piedras que hasta entónces se habian descubierto, labradas con el mayor primor, y observé que todas estaban llenas de varias curiosidades de platería y de finísima porcelana, que parecia la misma que la del Japon y de la China. ¡Cómo es esto! la dije entónces como en aire de pasmado. ¡Pues qué! ¿tus

criados de Cambray fueron tan escrupulosos contigo como ahora lo eres tú conmigo, que al cabo te restituyeron tus tesoros? Sonrióse al oirme esta picaresca bufonada, y prosiguiendo en irme mostrando todas sus riquezas, me introdujo en un gabinete muy superior á todos los demás en la riqueza de los muebles y en el finísimo gusto de todos ellos. Aquí tenia ella su cama, verdaderamente imperial, y á la cabecera de ella un buró ó un escritorio de mediana magnitud. Abrióle, y casi me deslumbró la vista de una prodigiosa cantidad de monedas de oro y de joyas preciosísimas que tenia encerradas en él.

D. Abél, me dijo entónces madama, todo esto que ves será vuestro sólo con que querais volverme á hacer dueña de vuestro corazon. Mas áun cuando seais tan cruel que me negueis esta gracia, todavía estaré prontísima á entregaros siempre que quisiéreis (y á entregarlos con usuras) los cuarenta mil escudos que habeis gastado conmigo. No creo, querido Scipion, que me hagas la injusticia de tenerme por tan tonto que pudiese dudar ni siquiera un momento en volver á ser esclavo de una beldad, cuya posesion, si ántes la habia comprado á costa de cuanto tenia, ahora ella misma se me venia á meter en la mano con una dote muy superior á todo cuanto me habia costado. Dí mil gracias á Poliandria por la nunca imaginable oferta que me hacia, y besándola mil veces aquellas bellísimas manos, sin acordarme que el dia antecedente faltó poco para que me hiciesen vomitar por el asco que me causaron, la juré serla fiel eternamente. Así jugó conmigo la fortuna hasta aquel tiempo. Ahora sólo me falta contarte la última parte de mi historia, la cual no te divertirá ménos que las otras dos que me has oido.

CAPITULO IX.

La comida que D. Abél y Scipion tuvieron en Colonia. Prosigue la historia de la aventurera. Traicion de su camarera; prision de los dos amantes, y como D. Abél fué libertado de ella.

Al mismo tiempo que D. Abél acabó esta relacion, paró los caballos el calesero y nos obligó á desmontar en un infeliz meson, ó por mejor decir en una miserable venta, donde quiso que tomasen un pienso los caballos. Era á la verdad la hora del mediodia, y el ventero, hombre muy ceremonioso, vino luego á preguntarnos qué gustaríamos de comer. Respondióle D. Abél que él queria comer poco, pero bueno. Gracias á Dios, dijo el ventero, en casa tenemos con que servir á Vds., y así no tienen más que mandar y pedir lo que gustaren. Pues disponga Vd., le respondió D. Abél, un principio, una menestra, un cocido y un asado. Eso es puntualmente, replicó el ventero, lo que únicamente nos falta. Pues, bribon, le replicó D. Abél muy enfadado, ¿para qué nos dijiste que en tu casa habia de todo? Lo dije, respondió con mucha arrogancia el ventero, porque tenemos en casa una cierta bebida, que en este país puede servir para todos los platos que se pueden apetecer. ¿Pero qué bebida es esa, pregunté yo entónces, que equivale á todos los manjares? Presto la beberá Vd., respondió él, sólo con que tenga un poco de paciencia.

Con efecto, puso los manteles con bastante cortesía, y luego que nos sentamos á la mesa con grande expectacion de aquel raro y nuevo maná, que sabia á todas las cosas, nos presentó en un asqueroso plato de barro un fétido potaje de habas, dentro del cual se veian algunos pedacitos de una carne desconocida, que verdaderamente mostraba haber sido ya más de una vez cocida, frita ó asada, ¿y quién sabe si quizá tambien masticada? Su dureza nos hizo dudar si seria carne de perro ó de caballo, y por su mal olor se conocia que habia servido á diferentes mesas y permanecia intacta de los pasajeros. Considera ahora tú si nosotros comeriamos de aquel delicadísimo plato; echamos pestes contra el calesero, que nos habia hecho apear allí, y era el caso que en aquella posada tenia su pique, porque la cocinera de la venta, que era una moza rolliza, pantorrilluda y muy abastecida de conveniencias, le dispensaba mil favores.

Luego que nos levantamos de la mesa volvimos á montar en nuestro carruaje y seguimos nuestro viaje, durante el cual D. Abél volvió á tomar el hilo de su historia, y la prosiguió de esta manera.

Verdaderamente nada tenia yo que desear en Poliandria. Nunca habia estado tan condescendiente conmigo, ni tan pronta á cumplirme todos mis deseos, y gozando de todo aquello que era de mi gusto, no se tomaba más libertad que la que yo la daba y ella me pedia con todas las demostraciones de una entera subordinacion y perfecta obediencia. Yo habia hecho muchos viajes á Turin, no tanto por ejercitar el caballo, que todos los dias se me tenia prevenido, cuanto por recoger las cartas de España, y entre ellas las letras que habia pedido á mi administrador y estaba esperando cada correo. Efectivamente, pocos dias despues recibí una letra de dos mil doblones, que en bre-

ve tiempo cobré, y luego los llevé á mi casa de campo, metiéndolos en el mismo escritorio de madama, cuya llave quiso ella misma que siempre tuviese yo. Nada nos inquietaba el tumulto ni la sujecion de la ciudad; no nos importunaban las visitas: ningun cuidado nos daba el vestirnos de esta ó de la otra manera. Nos divertiamos frecuentemente en la caza, ya de las tímidas liebres, ya de las inocentes avecillas, y vistiéndonos ella de ninfa y yo de pastor, girábamos en este traje por los contornos de nuestra pequeña pero muy deliciosa quinta. Ya te podrás imaginar que aquellos nuestros vestidos pastoriles serian más que suficientemente ricos para que no se nos confundiese con el traje de los que realmente ejercitan aquella profesion. Lo cierto es que ni el pastor Admeto ni la celebrada hija de Peleo se desdeñarian del traje que usábamos nosotros. Miéntras tanto, como las cosas que salen de lo ordinario suelen crecer tanto en la boca de la fama, sucedió que nuestro particular modo de vivir, aunque sencillo y retirado, divulgándose por aquellas cercanías, llegó á noticia de la Córte, la cual en ciertos tiempos acostumbraba venir á divertirse á la Veneria. Algunos caballeritos cortesanos, por la curiosidad de vernos y conocernos, se entraron un dia en nuestra casa á la misma hora de comer: fueron recibidos y cortejados con todo el agasajo y con toda la atencion que les era tan debida, y para satisfacer los deseos que tenian de saber quiénes fuésemos, les contamos á nuestro modo una historia que allí mismo forjamos de repente. Mi ninfa ostentó una extraordinaria modestia y compostura, de manera que en el concepto de nuestros huéspedes pasó por la mujer más cuerda y más inocente del mundo. No sucedió lo mismo con Leonilde. Puso los ojos en un criado de aquellos cortesanos, y en gracia de este nuevo amor olvidó del todo al camarero de la posada. Hizo en el mismo dia mil

finezas al primero, las cuales irritaron tanto al amante abandonado, que trabándose de palábras con su novicio sucesor, fué aquel pobre hombre sacrificado al furor de los otros compañeros suyos, criados de los cortesanos. De esta manera terminó trágicamente un dia que habia comenzado con tanta alegría y habia continuado hasta allí con la más festiva solemnidad.

Partiéronse los caballeros con el disgusto del funesto fin que habia tenido aquel su dia de campo; mas no por eso dejaron de proteger á sus criados, tanto que se quedó sin castigo un delito que realmente merecia ser castigado con todo rigor. Desde aquel dia comenzamos á mirar á Leonilde con ceño y con aversion; y ella, que luego conoció haber decaido de nuestra gracia, revestida de una venganza bestial, nos tramó la más horrible traicion que se podia imaginar. Salió una mañana de casa con varios pretextos mendigados, y se fué derecha á Turin, y nos delató á la justicia como reos de grandes y cuantiosos robos en países forasteros. Fuera de eso, acusó á su ama de ser una solemnísima hechicera, y supo vestir de tan vivos colores esta calumnia, que habiendo sido creida, fué despachada una ronda de alguaciles con órden de prendernos. Cercaron la casa, entraron y se apoderaron de todo cuanto habia en ella. El juez que mandaba la ronda y habia de formar el proceso se consoló mucho con la esperanza de apropiarse gran parte de las riquezas que descubrió en el embargo que se hizo. Ya darás tú mismo por supuesto que inmediatamente que nos prendieron nos separarian á los dos, poniéndonos en cuartos diferentes; de manera que cuando fuimos examinados, como no iban de acuerdo nuestras deposiciones, esta misma variedad añadió mucha fuerza á la presuncion del delito. Por lo que toca á mí, puedo asegurar con toda verdad que nada oculté y nada disimulé de todos los sucesos de mi vida; referí al señor juez cuanto me

habia sucedido con aquella mujer desde el primer instante que tuve la desgracia de conocerla. Sin duda que debian tenerla en concepto muy diferente de lo que yo la habia representado á la justicia, cuando este fué el punto crítico y principal sobre que giró la pesquisa ó judicial inquisicion. Yo presenté pruebas tan evidentes de mi inocencia, nacimiento y calidad, mediante la declaracion del mercader, por cuya mano me habia venido la letra de España, que luego se me puso en libertad, entregándoseme solamente la mitad de mi dinero, porque el juez se quedó con la otra mitad á título de satisfacer las costas del proceso. Hice entónces cuanto pude para obtener tambien la libertad de la pobre Poliandria; pero este era un hueso muy duro de roer. Su mayor delito eran las riquezas que tenia. Me afligí infinitamente cuando oí á un escribano que aquella infeliz mujer infaliblemente seria quemada viva. No me quise detener en Turin ni un solo momento por no hallarme presente á un espectáculo tan atroz; y así abandoné el cielo del Piamonte, mucho más funesto para mí que lo habia sido el de Amsterdam, y volví á Francia con la mayor diligencia en busca de la traidora y malvada Leonilde, firmemente resuelto, si la encontraba, á tomar de ella la más sangrienta venganza. Inútilmente giré por todo aquel reino, preguntando por su persona y parándome á examinar atentamente á todas cuantas pordioseras y mendigas encontraba en calles y caminos, persuadido á que se hallaria disfrazada en aquella figura, ó en traje de gitana, y determinado si la veia en este ejercicio á practicar contra ella lo mismo que ella habia hecho con su ama. Con el mismo objeto me transferí despues á Amsterdam, y desde aquí tomé el camino de Alemania; de todo lo cual podrás ya haber inferido que la mujer en cuya busca ando rodando por el mundo es aquella pérfida calumniadora.

CAPITULO X.

Breve pero sustancial discurso que hizo Scipion á D. Abél. Encuentran en el camino á cierto hombre, antiguo conocido de Scipion. Carácter del mesonero, en cuya casa durmió el tal hombre aquella noche, y la curiosa historia que el mesonero les contó.

Cuando D. Abél puso fin á la dolorosa historia de sus aventuras, prosiguió Scipion, yo procuré consolarle, acordándole que todo, bien considerado, no desmerecia enteramente acabar la vida con aquella muerte una mujer tan malvada y rea de tantos enormes delitos como Poliandria. ¿Y quién sabe, añadí, si el cielo se sirvió de este medio para arrancaros de una amistad que quizá os meteria segunda vez en los mismos peligros que corrió vuestra vida en Amsterdam? La experiencia, y lo que ella misma ha confesado, os ha hecho conocer con evidencia cuánta ha sido siempre su inconstancia y su infidelidad. Ni seria irracional ó temerario el temor de que volviese á cansarse de vos y del retiro del campo la primera vez que se la pusiese delante un nuevo objeto que excitase su natural avaricia ó su caprichosa lujuria. Las mujeres acostumbradas á la disolucion difícilmente se sujetan á vivir dependientes de uno solo. Son como las avejas, que sólo se detienen sobre cada flor el tiempo que basta para chuparla el jugo. Pudiera contaros muchas historias que acreditasen lo que digo, si vos no

fuérais un hombre á quien hace más fuerza la razon que los ejemplos.

Así hablaba yo á mi antiguo amo, cuando vimos que venia caminando hácia nosotros un hombre á caballo, que luego que se acercó conocí era el hijo de Baltasr Velázquez, aquel mercader de Córdoba, de quien ya se hizo larga mencion en esta historia. Hice parar el calesin, y habiéndonos desmontado todos, él mismo se me dió á conocer. ¡Pues qué! le pregunté admirado, ¿no estais ya en la Cartuja de Sevilla? No, me respondió: no pude con el rigor de aquella vida, y mi débil temperamento no se habia hecho para tanta austeridad, cuyo horror no tenia bien considerado, cuando me escapé avergonzado de los ojos de mi padre á las montañas de Fesira. Apénas acabé el noviciado, dejé aquel santo y tosco hábito para vestirme de seglar y volverme á Córdoba, donde encontré á mi buen padre muy vecino á la muerte. Me perdonó todos mis graves excesos, dióme consejos muy saludables, y ántes de espirar me echó su paternal bendicion. Quedé dueño de un riquísimo patrimonio, y fácilmente creerás que tardaria muy poco tiempo en disiparlo. Despues de esto me ví precisado á desterrarme voluntariamente y para siempre de mi pátria, huyendo de la persecucion de mis acreedores, que hacian cuanto podian para que me metiesen en una cárcel. Me acomodé por criado de un capitan de guardias walonas, en cuyo servicio pensaba mentenerme toda mi vida, si un terrible caso que me sucedió no me hubiera obligado á huir de él una mañana. Luego que dijo esto, sin esperar á más, metió espuelas al caballo y se alejó de nosotros con grandísima celeridad. Nosotros continuamos nuestro viaje, y yo hice reir muchísimo á D. Abél, contándole las frecuentes visitas que á contemplacion de aquel mozo hacia yo al cofre del buen hombre de su padre el mercader.

Aquella noche llegamos á dormir á una villa, que podia pasar por una mediana ciudad, donde nos apeamos en un meson, cuyo mesonero era un hablador eterno, siendo su pasion dominante una irrestañable y desatada charlatanería, con la cual se figuraba que tenia muy divertidos y contentos á los pasajeros. Aún no bien nos habíamos apeado, cuando sin dar lugar á que le respondiésemos ni una sola palabra, nos espetó la siguiente retaila: Señores, sean Vds. bien venidos á esta pobre posada: téngome por muy dichoso logrando la fortuna de servirlos en mi casa, porque su cara me dice que son dos personas de buen humor. ¡Oh, y á cuántos como Vds. he tenido el honor de alojar aquí en mis dias! No podian sus mercedes caer en mejores manos: yo sólo soy capaz de satisfacer su curiosidad, refiriéndoles uno por uno todos los grandes sucesos que desde su fundacion han ilustrado esta nobilísima villa, las raras antigüedades que se conservan en ella, y las particularísimas novedades que acaban de suceder en la misma en este propio dia, digníssimo de ser notado por ellas, no digo ya con piedras blancas, sino con rubíes, piropos y ametistas. Empeño á ustedes mi palabra de no añadir ni quitar, siendo puntualísimo y sincerísimo en todo lo que dijere, y espero en Dios tenerlos muy divertidos, dando pábulo á su curiosidad. Señor mio, le dije no sin algun enfado, cortándole el revesino é interrumpiendo su eterna parladuría; lo que ahora hemos menester es alimentar nuestros cuerpos, porque quiero contar á Vd. una novedad antes que nos cuente las suyas. Esta es, que desde esta mañana no hemos probado bocado, gracias á la abundante comida de palabras que nos sirvió á mediodia un cierto hermano de la misma profesion y cofradía de Vd. ¡Oh! replicó el mesonero, por lo que toca á comer, serviré á Vds. con preciosos y exquisitos platos. Tengo caza de la mejorcita, pan como

rosquillas, manteca de Holanda de la más delicada, y si ustedes quieren, los podré servir tambien con un plato de pescado, que les sorprenderá por su singularísimo gusto. Yo les diré á ustedes los sitios donde se encuentra este delicadísimo pez, el raro modo con que se pesca y la particularísima manera de tender las redes para que pueda caer en ellas. Probemos primero el tal pez, dijo D. Abél, y entonces veremos si merece que nos informemos de su historia. Al punto voy á servir á Vds., repuso el mesonero, y verán en mí una prontitud y una puntualidad que no la encontrarán igual en ninguno de mi oficio. En ménos de dos horas he de preparar á Vds. una cena verdaderamente real, y he de hacer que se les pase este breve tiempo casi sin sentir. Sé que han de alabar mucho mi presteza y mi celeridad, de manera que á do quiera que vayan han de desear encontrar otro mesonero que se me parezca; ¿pero dónde le hallarán? Hubiera proseguido en hablar tan insulsamente sin intermision, á no haberle mandado expresamente D. Abél y yo que se dejase de cháchara y se fuese á disponer la cena. Se partió de allí poco contento, porque no le dejamos desembuchar á su gusto, y estuvo refunfuñando entre dientes en la cocina hasta que llegó el tiempo de traernos la tanto ponderada y no ménos deseada cena. Debo confesar que la cena no fué mala; pero el pez tan exagerado, despues de haberle probado nos pareció que no merecia le hiciésemos el honor de querer examinar las circunstancias de su pesca, las cuales, segun todas las apariencias, temimos que se nos hiciesen muy tediosas. Y para que el mesonero no se adelantase á encajárnoslas, nos anticipamos nosotros á decirle que nos contase lo que corria de nuevo en el lugar. Grandes cosas, señores, son las que corren. Quedarán Vds. atónitos al oir el impensado accidente que hoy mismo ha sucedido, y más de una vez han de arquear

las cejas oyendo las extravagancias parte cómicas y parte trágicas verdaderamente muy extraordinarias. No son tan fecundos de fantásticas ideas todos los noveleros en sus estrafalarias fantasías ó invenciones; pues ya darian algo por tener noticia de lo que hoy mismo ha sucedido aquí, bastando esto sólo á suministrarles materiales para una divertidísima novela. Prepárense Vds. para oir cosas que no se leen en *Don Quijote de la Mancha*, y que parecerian fabulosas si no hubiera pruebas efectivas y reales de su innegable verdad. Préstenme, pues, su benigna atencion, y comienzo.

Hecho este exordio, paróse un poco, escupió, sacó el pañuelo, sonóse, pasóle blandamente por la cara, como para limpiarse el sudor, á manera de ciertos predicadores, y prosiguió de esta manera. Habrá más de dos meses que llegó á este pueblo un capitan de guardias Walonas con un hijo suyo y un criado, que se llamaba Gaspar, tan amado de su amo, que apénas le distinguia del hijo. Se alojó en casa de un amigo suyo, donde pensaba detenerse hasta que le llegasen de Bruselas ciertos avisos sobre la pretension que tenia de un grado, y juntamente de un empleo importante. Habita en una calle de esta villa cierta familia, que se compone de una madre y dos hijas: la madre, que sólo tiene treinta y cinco años, puede pasar por una de las mujeres más bien parecidas y más garbosas de este pueblo; las hijas, que eran gemelas, y entre las dos contaban solos treinta años, exceden en hermosura á cuantas Elenas pudo producir la Grecia y á cuantas Angélicas ha dado al mundo el reino del Catai. Aunque este triunvirato de mujeres hacia en la apariencia una vida retirada, no daban poco que decir en el país; porque no se sabia el modo de componer con una verdadera honestidad el fausto y la pompa de sus ricas galas y magníficos vestidos, muy superiores á su baja condicion y nada com-

patibles con la moderadísima ganancia que las podian producir sus manos. A la verdad frecuentaba su casa uno de los más fuertes comerciantes de Amsterdam, que tiene alguna hacienda en este lugar, con cuyo motivo hace larga mansion en él una gran parte del año. Los que no quieren juzgar temerariamente de las acciones ajenas, suponian que el buen mercader las socorria largamente, no sólo para aliviar su pobreza de manera que pudiesen vivir con toda comodidad, sino tambien y mucho más con el santo y celoso fin de alejar de ellas todo peligro de que fuesen ajadas aquellas dos blancas y puras azucenas, que por tales reputaban á las dos bellísimas hermanas. Pero los que no juzgan tan piadosamente ni discurren con tanta delicadeza murmuraban á taco tendido de aquella sospechosa comunicacion, diciendo públicamente que el tal mercader era el galan de la madre, y que reconociendo á las hijas por fruto de su cosecha, cumplia con las obligaciones de padre, supuesto que el verdadero y legítimo marido de la madre se habia voluntariamente ausentado por no ser testigo de la afrenta que se hacia á su persona y del deshonor con que se manchaba su tálamo nupcial. Otros adelantaban todavía mucho más la maledicencia: decian que este hombre no hacia el más mínimo escrúpulo de añadir al antiguo comercio con la madre el novísimo que tenia con las dos hijas; pero yo, señores, no quiero meterme en tantas honduras, porque no hay cosa que más aborrezca que el murmurar y hacer juicios temerarios, por lo cual dejo á cada uno de Vds. que crea aquello que mejor le pareciere. Pero no puedo ménos de contarles cómo habiendo visto á un mismo tiempo á aquellas tres mujeres el capitan, su hijo y su criado, todos tres quedaron enamorados de ellas, mas de una manera verdaderamente original y curiosa. Ya dije que las dos hermanas eran gemelas, y tan semejantes una y otra, que era impo-

sible distinguirlas. Por otra parte, ámbas tenian el gusto de vestir en todo uniformemente; sólo usaban una señal para ser distinguidas, pero comunicada á muy pocos: esta era un lazo ó roseta formada de una cinta que cada una tenia al pecho, ámbas de color diferente, con que los que ignoraban esta reservada contraseña á cada paso confundian á las dos hermanas, teniendo á una por otra. La madre, aunque excedia en más de la mitad de los años á cada una de sus hijas, como era todavía moza y tan bien parecida, los que ignoraban el secreto la tenian por hermana mayor de las otras.

Deslumbrados, pues, los tres forasteros con las tres bellezas que los habian encantado, fácilmente hallaron modo de introducirse en su casa, mediante un buen regalo en dinero á una vecina que tenia gran talento para conciliar el ánimo de las mujeres con los deseos de los hombres que las cortejaban. El maravilloso efecto que produjo la primera visita que hicieron á las tres deidades fué que, atraidos igualmente de todas tres, ninguno supo determinarse á cuál de las tres habia de dedicar sus obsequios. Por lo que toca á las dos hermanas, eran en todo tan semejantes, que se haria agravio á cualquiera de las dos que no fuese preferida, ó por mejor decir, era imposible amar á la una sin amar á la otra. Su madre, como más práctica del mundo, era una mujer de tanto y tan particular espíritu, que siempre haria declarar la victoria en su favor, miéntras no encontrase con hombres que fuesen enemigos del garbo, de la festividad, de un noble desembarazo y de una fina discrecion. Finalmente, fué grandísimo el embarazo en que se hallaron los tres amantes para convenir entre sí cuál habia de ser el ídolo á quien debia dirigir sus inciensos cada uno. Y como al cabo era menester que en esto quedasen todos de perfecto acuerdo, por evitar todo peligro de encontrarse en el cortejo y para pre-

caver todos aquellos inconvenientes que necesariamente habian de nacer de la cunfusion, luego que volvieron á casa se cerraron todos tres en un cuarto y entraron en consulta para resolver el partido que habian de tomar.

No creo que se admirarán Vds. de ver un padre y un hijo concurrentes en un empeño de amor. Entre los militares no suele haber muchos escrupulosos en esta especie de empeños, y como no suelen ser pocos los padres que en esta materia dan mal ejemplo á sus hijos, tampoco son muchos los que reparan en que estos sean muchas veces testigos y algunas tambien compañeros en el objeto de sus disoluciones. A buena cuenta el padre, á quien tocaba hablar el primero, dijo que á aquellas tres ninfas las sobraba mucho mérito para ser amadas sin distincion ni preferencia; que le pareceria hacer una grande injusticia si pospusiese la madre á las hijas, ó si estas fuesen excluidas por respetos á la madre, con lo que parece quiso dar á entender que todos tres se aprovechasen alternativamente de la una y de las otras. Mostráronse poco inclinados á este proyecto tanto el hijo como el criado, y conociendo el padre la disonancia que les habia causado, ó, por mejor decir, lo mucho que les habia escandalizado oirle manifestar por su misma boca una lascivia tan desenfrenada, les dijo como para cubrirse:

¡Oh, señores mios! que lo dicho fué una mera chufleta para alegrar la consulta; pues por lo demás, conozco muy bien que la que á mí me toca de las tres, por mi mayor edad, es la madre, y así la escojo para mí, y espero estar muy contento con ella. Ahora compónganse Vds. dos en la eleccion de las hijas y buen provecho le haga á cada uno aquella que le tocare. Habiendo dicho esto el capitan, comenzaron á deliberar el hijo y el criado, pero tardaron poco en resolverse; porque diciendo

el criado echemos suertes, y consintiéndolo el otro, así lo ejecutaron, y habiendo tocado al hijo la del lazo verde y al criado la del blanco, desde la segunda visita comenzó cada uno á distinguirse en finezas y en obsequios con aquella que el destino ó la voluntad le habia deparado. Al principio derramaron bastante oro, y supieron llegar presto á la posesion del corazon, sin más trabajo que el de habérsela pedido. Duró por mucho tiempo aquella triple alianza de nueva invencion, sin que acaeciese cosa que la desconcertase ni áun se atreviese á turbarla con el más ligero disgusto, hasta que á las dos muchachuelas se las antojó un dia hacer á sus amantes una burla, que á ellas les pareció muy inocente y tuvo despues pesadas consecuencias. Cambiaron una con otra los lazos que las distinguian, poniendo el verde la que usaba el blanco y llevando el blanco la que acostumbraba el verde, no sólo para zumba y divertirse despues con sus cortejantes, sino acaso tambien para convencerse con su propia experiencia que la variedad es el mejor sainete en los desahogos del amor. Salióles la burla á medida de su paladar, porque ninguno de los dos amantes la conoció, y conversando las dos muchachas ya con uno ya con otro, las daba el mayor gusto aquel juguete tan original. La madre, que no podia gozar del mismo juego y era la única que tenia noticia de él, estaba sumamente melancólica porque se habia ciegamente enamorado del hijo del capitan, y ya saben Vds. lo mal que se lleva que el objeto amado sea poseido de otro. La pobre mujer se iba consumiendo de una amorosa rabia cuando veia que sus hijas eran dueñas absolutas del corazon de aquel mozo, y creció tanto su celosa pasion, que no pudiendo sufrir que sus mismas hijas fuesen sus rivales, se resolvió á descubrir el engaño, mediante el cual triunfaban impunemente de su infidelidad. Confióselo en gran secreto al hijo del capitan, parecién-

dola que aquel jóven se llenaria de horror y concebiria la mayor indignacion contra la monstruosa confusion de tan infames complacencias. Pero aunque al principio se quedó altamente sorprendido, un instante despues se echó á reir á taco tendido, reflexionando un poco sobre una aventura tan estrafalaria. Con efecto, hay ciertas gentes que hacen chacota de las acciones más abominables, cuando en ellas se mezcla alguna gracia en el ejercicio de la mayor disolucion, precisamente porque se acomodan á su génio libertino y relajado. Pero lo peor del caso fué que, habiendo el hijo del capitan comunicado á Gaspar la graciosa pieza (como él la llamaba) que les habian jugado, Gaspar, que como buen español no entendia de chanzas tan ofensivas á la honestidad y al honor, entró en una furiosa cólera, la que disimuló por algun tiempo con prudencia; pero anoche tuvo ocasion de desahogarla, porque entrando en casa de las amigas á tiempo que estaban solas en ella las dos hermanas, cortó á una las narices y á otra las orejas, y habiendo enfilado unas y otras en aquellos lazos que servian á lás gemelas de distintivo, y habian sido como el instrumento que facilitó la nefanda equivocacion, hilvanó las narices en el pecho de la que habia quedado sin orejas y las orejas en el lazo de la que estaba sin narices; hecho esto puso piés en polvorosa, y partió de este país sin que se sepa á dónde habrá ido á parar. Discurran Vds. qué cosas se dirán en el lugar. El hecho es que los más celebran el oportuno ofrecimiento del español, que supo encontrar un distintivo tan justo y tan visible para no equivocar las dos hermanas, quitándolas al mismo tiempo la ocasion de continuar los escándalos á que habian dado principio con tanta facilidad.

Mucho nos hizo reir el mesonero con su relacion, así por el satírico modo con que la habia dispuesto como por las cosas tan

raras que se encontraban en sus más curiosas ó más interesantes circunstancias; y considerando yo por autor de aquel suceso al hijo de Baltasar Velázquez, el mismo que habiamos encontrado aquel propio dia, tuve la discrecion de no dar á entender que le conocia, y con esto, despidiéndonos del mesonero, nos fuimos todos á dormir.

CAPÍTULO XI.

Prosiguen juntos su viaje Scipion y D. Abél. Llegan á Inspruch, donde se encuentran con D. Manrique Medrano, quien les hace relacion de sus aventuras.

El dia siguiente proseguimos nuestro viaje, sin esperar á que nuestro mesonero nos espetase más relaciones, y en pocos dias llegamos á Colonia. Cuando me ví en un país donde se profesaba la religion católica, me informé de todos los monasterios que habia en él, y todos los visité uno por uno para ver si encontraba en alguno de ellos á Gil Blas. Al mismo tiempo don Abél espiaba con la mayor atencion á todas las mujeres pordioseras, por si entre ellas descubria á la traidora Leonilde; pero ámbas diligencias fueron igualmente inútiles y vanas. Es Colonia una ciudad rica y grande, por lo que nos detuvimos en ella diez ó doce dias, y despues en el discurso de año medio recorrimos casi toda la Alemania. Habíamos llegado ya al Tirol, para entrar por él en Italia, de manera que sólo nos faltaba ver la ciudad de Inspruch. Partimos á ella hácia fines de Noviembre, y el cochero nos guió á una muy buena hostería (que así se llaman en Italia los mesones), donde se alojaban casi todos los forasteros distinguidos. Al entrar en el zaguan ví en él una persona que me parecia haber visto muchas veces. Volvíla á mirar más fijamente y ella lo hizo lo mismo conmigo. Al

cabo caí en cuenta, y conociendo que era D. Manrique Medrano, aquel buen amo y mi señor que yo habia tenido en Córdoba, ¡Ah, señor! exclamé; es posible que vuestro buen siervo y fiel criado Scipion ha tenido la fortuna de volver á ver V. S. ántes de morir. ¡Oh, querido mio Scipion! me respondió él, á quien siempre estimé tanto y cuya pérdida me fué tan sensible, cuando sin hablar palabra te saliste de mi casa y partiste de Toledo: ¿no me dirás qué motivo tuviste para haberme abandonado en aquel tiempo y cuál ha sido tu vida desde entónces? Le informé de todo cuanto me habia sucedido, sin callarle el motivo que me hacia andar rodando por el mundo, y despues le pregunté: ¿Pero V. S., señor, cómo lo pasó con la marquesa de Almenara? ¿Vive todavía aquella admirable y amabilísima señora? ¿O quizá le dejó luego en plena libertad de poder pasar á segundas nupcias, más proporcionadas á los años de V. S. y tambien á la necesidad de dejar un propagador á su nobilísima familia? Scipion (me respondió), la marquesa murió cuatro años despues que tú te saliste de mi casa; me dejó por heredero de todo cuanto tenia, y yo me ví precisado á pensar en dejar en el mundo quien me sucediese, como tú mismo lo has adivinado. Tomé por esposa á una de la gran casa de Mendoza, la que me regaló con numerosa propagacion, que seria hoy el dulce consuelo y precioso báculo de mi vejez si no la hubiera perdido toda de la manera que ahora te quiero contar.

Diez años há que me dió el rey un gobierno en la isla de Cerdeña, á donde me fué preciso pasar, llevando conmigo toda mi familia, porque verosímilmente iria larga mi permanencia en aquel país. Nos embarcamos en Barcelona en un navío español, y nos hallábamos ya á la altura del cabo de Cáller, muy cercanos al suspirado puerto, cuando nos dieron caza dos corsarios argelinos. Cañonearon nuestro buque, abordáronle y nos vimos

precisados á rendirnos despues de habernos defendido con valor. Condujéronnos á Argel: toda mi familia fué separada una de otra; mi esposa fué conducida al serrallo del rey; á mis hijos los vendieron á diferentes amos y en diferentes lugares: á mí me tocó ser esclavo del comandante de los dos navíos corsarios, el cual me hizo pasar á un lugarcito suyo en las faldas de las montañas de Argel, hácia el reino de Túnez. Aunque es tan terrible el estado de una esclavitud en tierra de bárbaros, no se me hacia tan dolorosa por mi persona como por la de mi cara mujer y nuestros inocentes hijos; me tenia inquietísimo la incertidumbre de su estado; y sabiendo bien el desprecio con que se miraban las leyes de la honestidad y de la decencia respecto de las mujeres en un país donde se hacia mérito de la misma disolucion, tenia grandes motivos para estar contínuamente sobresaltado por el peligro de mi buena esposa y de dos tiernas doncellitas, hijas nuestras, que habian ido en su compañía. Es cierto que en llegando á España la noticia se practicarian las más poderosas y más eficaces diligencias para nuestro rescate; pero iria largo, y el peligro en que estaban aquellas pobres criaturas era inminente y contínuo; por tanto, toda mi esperanza estaba colocada en alguno de aquellos reservados y extraordinarios medios que son tan fáciles á la divina Providencia. Miéntras tanto yo mudé de amo, y esta mudanza fué la ocasion de mi suspirada libertad. Fuí vendido á un renegado, que era patron de un barco Berberisco armado en corso, que salia todos los años. Nos embarcamos en él, y habiendo dirigido nuestro rumbo hácia las aguas de Sicilia y de Nápoles, un dia me llamó el patron á su camarote y me habló en estos términos. Gran gusto tengo de que seas esclavo mio; sólo te compré para hacerte un importantísimo servicio. Sábete que mi nacimiento es igual al tuyo: lo logré en la ciudad de Florencia, y cuando tenia solos doce

años fuí preso por los corsarios en la costa de la isla de Elba. En aquella corta edad les fué fácil persuadirme á que abrazase su religion; pero luego que crecí, mi religion natural cobró el ascendiente sobre mi titubeante corazon, y desde entónces acá me he mantenido en la apostasía con grandísima vergüenza y con no menor repugnancia. No obstante, vencia una y otra en lo exterior tanto, que en vista de lo que me veian obrar en la apariencia, todos me tenian por un perfectísimo y celosísimo musulman, en cuyo concepto, con el mayor gusto me dieron licencia para que saliese al corso contra los cristianos. Pero esto no lo solicité yo con otro fin que con el de lograr ocasion de meterme en un puerto de ellos, para abjurar la ley de Mahoma y restituirme al gremio de la Santa Iglesia Católica. Con este fin procuré formar mi equipaje y marinería del mayor número de esclavos que me fuese posible, para que siendo superior al de los turcos, me facilitasen la ejecucion de lo que habia resuelto y de antemano ideado. Me hayo al presente en estado de dar la última mano á mi proyecto, á lo cual principalmente me espolea el grande amor que tengo á una esclava de bellísima índole que está en mi casa y la compré dos meses há. Esta buena mujer es tan observante de los dogmas de la verdadera religion, que habiendo resistido por largo espacio de tiempo á las grandes y lisongeras solicitaciones de su primer patron, que es un rígido sectario del falso profeta; aburrido éste y despechado, resolvió exponerla públicamente en el baño y venderla al que más diese por ella. Yo fuí el dichoso que la compré, y espero que cuando ella vea que profeso su misma ley, no tendrá escrúpulo de darme su mano y unirse conmigo con el sagrado vínculo del santo matrimonio. Uso con ella de toda condescendencia, y no sólo no la he hecho jamás la más mínima proposicion de amor, sino que siempre la he tratado con todas

aquellas atenciones que dicta el respecto y la veneracion, á su virtud y á su sangre. Y bien informado yo de tu desgracia, procuré movido de aquella natural inclinacion que tengo á todos los esclavos cristianos y mucho más particular á los que son nobles como tú; procuré, vuelvo á decir, traerte á mi servicio, lo que conseguí mediante una buena suma de dinero que desembolsé para comprarte. Mi ánimo, pues, no es otro que enderezarme al puerto más cercano de Sicilia, haciendo primero tomar las armas á la chusma de los esclavos, y poniendo en su lugar á la cadena á todos los bárbaros, en cuyo intento te ruego me asistas con tu consejo, con tu persona y con la autoridad que te daré, declarándote capitan de todos tus compañeros. No podrás creer, querido Scipion, lo sorprendido que quedé al oir semejante discurso; pero no puedo ménos de decirte, que en medio del dulce nombre de libertad con que me brindaban, me costaba gran dolor abandonar un país donde dejaba las más preciosas y estimadas prendas de mi amor. Con todo eso se tomaron las medidas más necesarias para asegurar el buen éxito de la peligrosa empresa, y puestos sin grande dificultad á la cadena todos los turcos, entramos alegremente en el puerto de Palermo, enarbolando primero bandera francesa. No es decible el asombro que causó en todos los vecinos de aquella gran ciudad la resolucion del renegado. Todos le miraban como un hombre extraordinario, y habiendo entregado su buque en manos del Intendente de Marina, desembarcó con todo su equipaje y con todas sus riquezas, que eran muchas, y luego alquiló una casa muy decente, la que alhajó inmediatamente con muebles ostentosos y de esquisito gusto.

Aun no habia visto yo á la esclava, de quien el renegado me habia hecho tan honorífica como respetuosa mencion, porque la tenia muy guardada en un bellísimo camarote de su galeota,

negándola no solo á los ojos, sino tambien á la noticia de la tripulacion. ¡Pero gran Dios! qué tribulacion fué la mia cuando el primer dia que entramos á habitar la nueva casa, me llamó mi libertador, y conduciéndome él mismo á un gabinete, me presentó mi cara esposa, diciéndome, que aquel era el objeto de su puro y legítimo amor de que él me habia hablado. El gozo que me causó aquella inopinada vista me trastornó los sentidos y caí medio desmayado en tierra. Ella tambien padeció un deliquio que la dejó fuera de sí luego que fijó los ojos en mí, y reconoció mi persona; el renegado se quedó atónito cuando se halló con aquella escena, sin acertar á pronunciar una sola palabra en largo rato. Finalmente, luego que se recobró, me dijo: D. Manrique, ¿qué quiere decir esto? ¿Qué conexion tienes tú con esta dama? ¿Por qué razon se han agitado tanto los espíritus de ámbos? ¡Ah! señor, y amigo mio, le respondí. Vos me habeis dado la libertad, pero al mismo tiempo quereis quitarme mi mujer. Esta es la que el cielo me dió por compañera de mi vida, la que nuestra desgracia separó de mí en nuestra esclavitud, y la que la misma, ó acaso mayor desgracia ha dispuesto que nos volvamos á ver, cuando el cielo por vuestro medio nos habia restituido á nuestra libertad. Yo sé por vuestra misma boca, que vos la amais, y siento que por ahora no os sea posible lograr el honesto fin de juntar con la vuestra su fortuna, sin hacer un grande agravio á la justicia, y vulnerar enormemente una indispensable ley de aquella santa religion que deseais volver á profesar. Basta: no prosigais adelante, me interrumpió el renegado. Seria yo el más impío profanador de los más venerables ritos de aquella religion, que tan desgraciadamente abandoné, y á la cual deseo volverme ahora, si diera principio el arrepentimiento de mi negra apostasía por una accion tan torpe y tan villana, como seria la de pretender quitarte tu legítima esposa.

Fuera de eso, ligándome contigo una verdadera y sincerísima amistad, esta solo me basta para desistir de una pretension que reconozco incompatible, con lo que se debe, no digo ya á un amigo, pero ni aun al hombre más ruin, más indiferente y ménos conocido. Goza pues de tu esposa en adelante, ni más ni ménos como cuando estaba en tu poder, que yo estaré contentísimo de hacer un sacrificio tan justo y tan necesario, al segundo noviciado que voy á comenzar de la vida cristiana, y á las obligaciones de una verdadera amistad. Dijo, y aquel buen hombre nos dejó en una entera libertad de explicarnos recíprocamente en todas las amorosas demostraciones correspondientes á tan impensado como próspero suceso. Una sola cosa turbaba nuestra alegría: conviene, á saber, la memoria de nuestros hijos, y el dolor de no saber su paradero. Informado nuestro libertador de lo que motivaba nnestra afliccion, quiso añadir al primer beneficio otro no menos estimable. Propúsonos que él mismo volveria en persona á Berbería, para solicitar la libertad de aquellos niños del mismo modo que habia dispuesto la nuestra: proyecto que no podian desaprobar unos padres tan amantes como éramos nosotros de nuestras queridas prendas. En cuya consecuencia, pasó el renegado á informar de su virtuosa intencion al Virrey de Sicilia, y obtenido el permiso de éste para volver al Africa en la misma galeota en que habia partido de Argel, y equipándola con suficiente número de aquellos turcos que servian de esclavos en Palermo, dándoles á entender, que habia conseguido su libertad, cambiándolos por otros tantos cristianos, se hizo á la vela con ellos, abandonando las costas de Sicilia, y acompañado de nuestras contínuas oraciones, pidiendo al cielo por el buen éxito de tan piadosa y generosa expedicion.

En qué paró aquel buen hombre, eso es lo que yo no sé; só-

lo sé, que le estuve esperando largo tiempo en Palermo, á donde me dió palabra que volveria dentro de un término limitado. Esperéle muchos meses despues que aquel se habia cumplido, y viendo que no parecia, resolví restituirme á España en compañía de mi mujer, sin haber podido lograr noticia alguna del renegado por más diligencias que hice para saber de él. Hallándome en estas circunstancias, procuré que se escribiese á los padres Redentores de Argel para tener alguna noticia de mis hijos. Respondieron que un corsario los habia comprado á todos uno por uno, y que con ellos habia partido á Constantinopla, de donde no habia vuelto todavía. Esta noticia me hizo sospechar vehementemente que el renegado, faltándome á lo prometido, habria regalado al gran señor mis inocentes hijos; pensamiento que me sacó fuera de mí, recelando que las dos infelices muchachas fuesen ya desgraciadas víctimas sacrificadas á la brutal sensualidad de aquel insaciable Soberano. Hízome tanta impresion este horrible pensamiento, que determiné hacer un viaje á Constantinopla, solo por saber si era cierta una desgracia, que solamente el considerarla posible, me llenaba de susto y de pavor. Partí, pues, de España, y pasando por la corte de Francia, logré algunas cartas de recomendacion para el embajador que reside en la Puerta, á donde me encaminé con la mayor solicitud. Pero todas mis vivas diligencias fueron inútiles y vanas. Ninguna noticia pude adquirir del renegado Abdulá Osman (que este era su nombre) antes bien supe con total é indubitable certeza, que jamás se habia visto tal hombre en aquella gran capital del Imperio Otomano. Así que medio desesperado determiné volverme á tierra de cristianos, y transitando por Ungría y por el Austria, llegué á esta ciudad, donde entre tantas aflicciones logré el consuelo de volver á verte, y desde aquí pienso dar otra vuelta por Sicilia, y quién sabe si desde allí me impe-

lerá el amor paterno á ir voluntariamente á meterme de nuevo en Berbería; porque no me puedo resolver á restituirme á ¡España sin adquirir alguna noticia cierta del paradero de unas personas que tengo tan dentro del corazon, y que hoy son todo el objeto de mis amorosas inquietudes.

Esta fué la relacion que me hizo D. Manrique Medrano, de cuyos èxtraños y dolorosos sucesos tanto D. Abél como yo quedamos verdaderamente condolidos. Pero habiéndole oido que pensaba hacer el mismo viaje que nosotros pensábamos hacer, tnvimos grandísimo gusto, y la mañana siguiente nos pusimos todos en camino, dirigiéndonos á Trento, primera ciudad de Italia por aquella parte.

CAPITULO XII.

Llegan á Trento D. Manrique, D. Abél y Scipíon. Lo que vieron en aquella ciudad, y relacion de las enormes maldades de Leonilde.

Luego que llegamos á Trento, salimos á ver las cosas más raras de aquella ciudad, que á la verdad son poquísimas; pero D. Abél tuvo gran gusto cuando vió conducir dos personas á cierto parage, para ser quemadas vivas. Miró con mucha atencion á una y á otra, ámbas de diferente sexo, y en la mujer reconoció á la infeliz Leonilde, la cual aunque iba con los ojos bajos entre la turba de los que la conducian al suplicio, no mostraba estar muy acobardada á vista de una muerte tan terrible tan vecina y como la que estaba esperando. Preguntó entónces con curiosidad, ¿qué delitos habia cometido aquella pobre mujer, que mereciesen una pena tan atroz? Informáronle de que habiendo muchos años que Leonilde habia llegado á Trento, en compañía de aquel mismo hombre, que ahora la iba acompañando al suplicio, vivia muy retirada en una casa que habia alquilado á cierto ciudadano rico.

Ella (prosiguió el que informaba á D. Abél) no salia de casa eino para ir á la iglesia, en la que estaba con una devocion, que edificaba á cuantos la veian. Ninguno frecuentaba su casa, cuya puerta solamente se abrió á su compañero, que en el concepto de todos pasaba por su marido: el ciudadano, que era dueño de la casa, iba de mes á mes á cobrar el alquiler, y al

instante se salia. Era este tal un hombre como de cuarenta años, el cual por su desgracia se habia enamorado de una muchacha de quince años. Esta (sea el que quiera el motivo) por ningun caso queria coresponderle: crueldad que despedazaba el pobre corazon del miserable ciudadano, tanto, que viéndole sus amigos consumido de tristeza y de melancolía, les causaba grandísima compasion. Un dia, que poseido enteramente de una negra hipocondría fué á casa de Leonilde, le preguntó ésta cuál era la causa de aquella extraordinaria afliccion, que le salia á la cara, ofreciéndose si le merecia la satisfaccion de confiársela, á poner en obra cuanto podia y sabia para ayudarle. No crea Vd. (añadió ella) que le hago esta pregunta por curiosidad; soy una mujer que no puedo ver sin grandísimo dolor las desgracias que suceden á los hombres, y mucho ménos las que turban la inquietud de los que son del mérito de Vd. Tengo crertos modos muy particulares para consolarlos, y sé ciertos rarísimos secretos para hacerlos felices á pesar de su mala estrella. Confíeme Vd. sinceramente todos sus trabajos, y esté cierto que no le pesará. El buen hombre, pareciéndole que nada iba á perder en contar todo lo que le estaba sucediendo en materia de amor, la confesó claramente su violentísima pasion, y cuando llegó á contar la crueldad con que le trataba su querida, apenas acertaba á pronunciar las palabras, anegadas en un amarguísimo llanto. No se aflija Vd. más, le interrumpió la mujer, que yo le empeño mi palabra de que en menos de veinte dias será absoluto dueño de esa rapaza, que se muestra tan enemiga del amor. Yo misma la haré venir á esta vuestra casa, y aquí tendreis con ella una conversacion, que no os disgustará. En mucho empeño os meteis, la replicó el ciudadano, y si he de decir la verdad, nunca creeria yo que una mujer tan devota como vos se quisiese entremeter en estas aventuras amo-

rosas. A esto respondió ella (cegándola sin duda la divina Providencia, que la iba ya disponiendo al castigo que merecian sus maldades) respondió, vuelvo á decir, en la sustancia siguiente: Quiero corresponder á la confianza que has hecho de mí, con la que voy á hacer de tí confiándote lo más secreto de mi verdadera vida. Has de saber que todos los ejercicios de devocion que me ves hacer son una mera apariencia. Sin este devoto artificio mal pudiera emplearme en semejantes oficios, particularmente cuando se trata de poner en manos de un apasionado amante alguna de aquellas doncellitas que viven retiradas entre las cuatro paredes de su casa, y están bajo la custodia de sus vigilantísimos padres ó parientes. Para lograr, pues, lo que pretende mi compasivo corazon con estos oficios, me insinúo en las casas y en el corazon de sus madres, ó de aquellos que las tienen á á su cargo, por medio de una melosa y almivarada virtud, que afecto con el mayor decoro, dándome grandes golpes de pechos y lanzando tiernos pero profundos suspiros cuando conozco que puedo ser vista ú oida. De esta manera yo misma las oigo exclamar muchas veces: ¡Oh qué santa mujer! ¡quién fuera como ella! ¡y qué diera yo porque mi hija tuviese siempre á la vista y dentro de casa sus ejemplos! Despues de esto buscan ocasiones de hablarme y tratarme; y yo en sus conversaciones correspondo tan bien al buen concepto que han formado de mí, que me tienen por la mayor santa del mundo. Si me quieren dar alguna limosna, la reuso generosamente diciendo, que un poco de pan y agua me basta para conservar la vida, y con un trapo viejo tengo lo suficiente para cubrir mis carnes decentemente.

De aquí paso á darlas á entender, pero sin el menor aire de ostentacion ni de artificio, las abstinencias particulares que practico, las diciplinas y cilicios de que uso, y que yo ningun

mérito tengo en observar todas las vigilias y ayunos de precepto con el último rigor, porque para mí no es penitencia chica ni grande. Todas estas exageraciones las decia yo con un cierto aire de sencillez y de desprecio, que parece no debia darse, ni aun por levemente ofendida mi modestia. Cuando me pedian que las encomendase al Señor, respondia, que era muy pecadora para que Dios oyese mis oraciones. Sembrada toda esta paja, tardaba poco en producir algun grano, porque no se pasaban dos ó tres dias sin que viniesen á pedirme, suplicarme, instarme é importunarme para que fuese á sus casas, y venir ellas despues á las mia, donde no podian menos de acabar de edificarse viéndola toda alhajada con la mayor pobreza y simplicidad, y adornadas las paredes con varias imágenes de papel, que todas respiraban piedad y devocion. Cuando veo ya bien arraigado en su ánimo el concepto de mi virtud, entonces y no antes procuro hablar á solas con sus hijas, y poco á poco las voy disponiendo á querer todo lo que quiero yo, ó por mejor decir, lo que desean sus amantes, siendo este para mí un negocio de suma facilidad. Mi primer estudio es descubrir cuál es el flaco de las mozuelas que quiero pescar. Si son sencillas, me sirvo de un medio, si despiertas y taimadas, de otros; si tímidas y pusilánimes, las aliento; si intrépidas y atrevidas, las voy deteniendo para que no se precipiten, y como las mujeres por lo comun flaquean por la ambicion y por la avaricia, no es creible cuanto poder tenga para desvanecer todos los respetos y miramientos que las puedan contener cualquiera regalillo que lisongee alguna de aquellas sus dos pasiones. Lo cierto es, que hasta ahora ninguna ha resistido á mis persuasiones y puedo contar tantas victorias como son los combates que he dado para rendir la honestidad de inumerables doncellas. Por lo que toca á vuestra amada, no dudo será lo mismo que las otras; basta

que me digais quién es y dónde habita, como tambien quienes son sus padres, ó los que cuidan de ella, y lo demás dejadlo de mi cuenta. Así habló aquella hipócrita y perversa mujer al enamorado ciudadano; y este resuelto á servirse de cualquiera medio por detestable que fuese para contentar su pasion, no se descuidó en informarla inmediatamente de todas las circunstancias que podrian facilitar el logro de la empresa.

Con estas noticias comenzó la diabólica alcahueta á frecuentar la calle donde vivia aquella pobre muchacha, no de otra manera que los lobos andan rondando los rediles de las inocentes ovejas, y se paseaba por ella. Un dia que conoció la miraban, dió una vuelta por la calle afectando un aire penitente con la mayor naturalidad. Habíase dado un color pálido y ceniciento, de manera que parecia un vivo retrato de la misma santidad, y cuando llegó cerca de la casa se fingio desmayada, y se dejó caer en tierra. La dueña de la casa lo vió que era la misma de quien el ciudadano estaba enamorado y llena de compasion acudió á socorrerla hizo que la metiesen dentro y á fuerza de espíritus y de quintas esencias, logró que volviese en sí del bien remedado deliquio. Prorumpió entónces la malvadísima embustera en un profundo suspiro, y levantando los ojos al cielo, exclamó diciendo. Mil gracias os doy, Dios mio, por la piadosa asistencia que esta buena gente por su grande caridad ha querido prestar á esta gran pecadora y vuestra indignísima sierva. Hallábase presente á este paso la muchacha á quien pretendia engañar y con mucha sencillez la preguntó, ¿cuál le parecia que podia haber sido la causa de aquel deliquio? No creo fuese otra, la respondió ella, que la malicia del demonio el cual se valió de este medio para impedirme que fuese á la iglesia como lo acostumbro á encomendarme á Dios, hacer oracion y cumplir con otras devociones; pero tú, hija mia, con tu carita-

tiva y misericordiosa atencion le has burlado de manera que no se saldrá con su diabólico intento, porque yo desde aquí voy derecha á cumplir mi obligacion. Púsose en pié, fingiendo costarla grande trabajo por su extrema debilidad, y cuando hizo que se volvia para salir de aquella casa fingió otro nuevo accidente lo que puso á todos los concurrentes en mayor y más apresurada solicitud de socorrerla. Despues que volvió en sí esta segunda vez, no quiso permitir la inocente muchacha que saliese de su casa y ayudándola dos hombres á subir las escaleras, la obligaron casi por fuerza á que reposase en una silla poltrona, ya que no fué posible reducirla á que se acostase en una cama que la habian prevenido, porque decia ella que no se acomodaba á tanto regalo, pues habia veinte años que sólo podia dormir un poco sobre una dura y desnuda tarima. A esto añadió otras mil expresiones de una grandísima resignacion, y en suma nada omitió de todo aquello que la pareció podia contribuir á cautivar el ánimo de la doncella. Creyendo esta todo cuanto la decia, fácilmente se persuadió á que era un vivo retrato de la misma santidad, mirándola con tanta veneracion que la faltaba poco para adorarla. Cuando volvió á casa su padre (porque la madre habia muerto) señor, le dijo, tenemos en casa un gran tesoro: el cielo nos ha enviado para santificarnos á todos la mejor mujer que hay en todo el mundo porque respira el más sueve olor de una perfectísima vida. Diciendo esto, le condujo donde estaba la pérfida Leonilde, la cual, si alguna vez puso estudio en parecer lo que no era, nunca puso tanto como en esta ocasion cuando se halló en presencia de aquel buen hombre á quien pretendia engañar tan horriblemente. A la verdad era un pobre simple de cortísimo talento, incapaz de discernir entre lo verdadero y aparente, con que luego se dejó embaucar de lo que aparentaba la fingida enferma y en el mis-

mo punto hizo ánimo á no dejar piedra por mover para conseguir de ella que le hiciese el gran favor de quedarse en su casa para ayudarle á gobernarla con el título de maestra y directora de su hija. Hízola con efecto la proposicion y ya Vds. se figurarán el gusto con que la oiria la grandísima embustera, auuque afectó suma repugnancia en echarse acuestas una carga que conocia ser muy superior á las pocas fuerzas de sus debilísimos hombros. Así que despues de haberse escusado por algun tiempo al fin apurándola el padre y la hija, les respondió: aunque me reconozco insuficiente para desempeñar una cosa en que jamás me he ejercitado y de que siempre he procurado estar muy distante, el cielo (cuya voluntad me parece cumplo en esta aceptacion) espero que suplirá con su asistencia todo lo que me falta, particularmente cuando sólo me resuelvo á dar gusto á Vds., porque siento no sé qué interior seguridad de que esto ha de ceder en mayor gloria del autor de todo bien.

Estableciόse, pues, desde aquel mismo punto en casa de Leopoldo, que así se llamaba el padre de la doncella de quien estaba enamorado el ciudadano. Desde los principios se le dió noticia á éste de todos los pasos que se habian dado en su favor, y estaba esperando con impaciencia que se llegase el dia que en su modo de entender le habia de hacer feliz. Con efecto, la perversa Leonilde, habiendo sondeado bien el temperamento y el génio de la doncellita, la halló demasiadamente crédula y preocupada de ciertas opiniones, que arguian en ella una simplicidad extraordinaria, en virtud de lo cual fácilmente la persuadió á que ella tenia el don de profecía. Sobre este supuesto la contó várias fábulas, de las cuales era fecundísimo su ingénio, con lo cual quedó enteramente convencida. Pero nunca estuvo más segura de salir con su enorme y depravado intento, que un dia en que la doncellita la suplicó que la pronosticase lo

que la habia de suceder á ella. Voy, la respondió prontamente, voy á postrarme ante el acatamiento del Señor y pedirle aquella luz celestial que he menester para contentarte. Postróse efectivamente en tierra con una humildad que inspiraba veneracion, y despues que estuvo más de una hora en aquella postura sin mover los ojos y sin que apenas se la sintiese respirar, levantándose de repente, como si estuviese llena de un espíritu celestial y poseida de un furor divino. ¡Oh! ¡Y qué cosas tan extraordinarias, exclamó, estoy leyendo en tu persona, escritas con caractéres indelebles por toda la eternidad en los decretos del cielo! Despues comenzó á pronosticarla con una impiedad que causa verdaderamente horror, como se habia de casar con un ciudadano de su misma pátria, cuyo nombre la expresó, y porque de este matrimonio habia de nacer un fruto que llenaria de honor y admiracion al mundo por su prodigiosa santidad; el demonio pondria en ejecucion todas las artes y todo el poder para desvanecerle, si se quisiesen observar en él aquellas formalidades que comunmente se practican y se usan en el país, porque estaba decretado que debia efectuarse con un modo muy particular. Yo sé, añadió, porque así se me ha revelado, que este hombre te ama mucho tiempo há, y sé tambien que tú te has negado constantemente á todas sus pretensiones. Igualmente sé que precisamente por el amor á la honestidad, nada se te daba el perder este partido. Pero es menester que no quede defraudado el linage humano de tantos hijos tuyos é indivíduos suyos, que á competencia han de sobresalir en la más elevada perfeccion; es menester que dejes á un lado esos vanos respetos de honestidad, y que ciegamente te entregues á los impulsos de un amor que ha de ser principio y orígen necesario de tanto y tan precioso bien. Estas y otras palabras semejantes, pero aún todavía de mucho más impío significado, fueron em-

pleadas por la pseudo-profetisa para convencer á la simple y cándida paloma encargada á su custodia. Fácilmente se dejó persuadir esta inocente de todo lo que se la habia dicho con toda la eficacia y artificio de aquella abominable mujer. La vanidad de ser madre de una generacion que habia de eternizar la gloria de su nombre, fué el último y más poderoso empuge que la hizo caer en los brazos de su profano y ciego amante. El teatro de la alevosa disolucion fué la casa de la misma seductora, á la cual iba la hija de Leopoldo siempre que queria, con la bendicion y aún beneplácito de su pobre y simple padre. Pero dentro de pocos meses se manifestaron los efectos de aquellas idas y con esto se desconcertó mucho Leonilde, la cual tomó luego su resolucion, y ausentándose de Turin, se imaginó libre ya del castigo que ella misma conoció que merecia. Su ausencia dió motivo á Leopoldo para descubrir presto su grandísima desgracia. La hija contó á su padre toda la série de su detestable seduccion; éste acudió á la justicia, que hizo las más vivas diligencias para prenderla, logró su intento y fué conducida á estas cárceles. Viéndose entónces convicta, confesó otros gravísimos delitos de varias fingidas revelaciones, hurtos y traiciones de particular enormidad, y habiéndose hallado á su compañero, imaginado marido, no ménos reo que ella como cómplice en todos sus delitos, ámbos fueron condenados á la hoguera, miserable fin que al cabo deben esperar todos los malvados. D. Abél, don Manrique y yo no pudimos ménos de quedar horrorizados despues de haber oido aquella relacion; y contentos de haber sido testigos de un suplicio que Leonilde tenia tan merecido, proseguimos nuestro viaje hácia Italia.

CAPITULO XIII.

Llega Scipion á Nápoles con sus compañeros. Sucesos de aquella ciudad y fin de la historia de la aventurera.

Visitamos todas las ciudades más famosas de Italia (prosiguió Scipion) y no me descuidaba de preguntar por Gil Blas en todos los lugares que encontrábamos en nuestro tránsito, particularmente si en ellos ó cerca de ellos habia algunos monasterios de recoletos ó solitarios. Despues de habernos detenido en Roma algunos dias, nos dirigimos á Nápoles: en esta ciudad se habia de separar de nosotros D. Abél pensando embarcarse en cualquier navio que se hiciese á la vela para España á donde habia resuelto restituirse despues de haber viajado tanto para vivir en paz y en sosiego los dias que le restasen de vida. Una tarde que todos tres nos fuimos paseando al puerto le observé que de repente se inmutó extraordinariamente, perdido del todo el color, interceptada la respiracion y pálido como un difunto. ¿Qué tiene Vd. D. Abél? le pregunté inmediatamente. ¿Qué cosa ha visto que tanto le ha alterado? ¿O qué repentino mal le ha sobrevenido? Al mismo tiempo veo destacarse de entre un grueso peloton de gentes, que á todas horas y en todas partes se en-

cuentra en aquella populosísima ciudad, una mujer modestísimamente vestida que se viene á nosotros, se arroja á los piés de D. Abél, y prorumpe en un deshecho llanto. Nos pareció muy estravagante un cumplimiento como aquel en aquella publicidad, y á vista de un inmenso pueblo; pero cesó nuestra admiracion cuando la oimos llamar á D. Abél por su nombre, y reconocimos que era la famosa Poliandria. Luego nos picó la curiosídad de saber como se habia librado de los rigores de la justicia de Turin, y D. Abél, no cabiendo en si de alegría la tomó por la mano y la condujo á nuestra posada.

Llegados á ella, todos nos sentamos, intimándonos nosotros mismos un profundo silencio, y Poliandria dió principio á su relacion de esta manera. Despues que mi D. Abél se partió de Turin todo horrorizado por no ser testigo del terrible suplicio que me estaba aparejado, y que yo tenia tan merecido, comenzó á mudar de semblante mi desgracia. El señor juez, que con motivo de llamarme frecuentemente á recibir mi confesion, habia tenido gran tiempo para observar y contemplar todas mis facciones, se sintió un poco inclinado á quererme bien, y tuvo la bondad de mandar al alcaide de la cárcel que me tratase con la mayor atencion. No contento con esto, comenzó á honrarme con algunas visitas nocturnas, y agradándole mi conversacion, determinó hacerse toda la fuerza posible para que por esta vez tuviese paciencia su avaricia, y llevase á bien ser sacrificada á la otra más dulce y más alagüeña pasion. En suma, me dieron libertad, cuando todos estaban persuadidos á que moriria en una hoguera. Se me restituyó la mayor parte de mis alhajas y dinero con lo cual me volví á mi bella casa de campo á donde el señor Juez iba con frecuencia á favorecerme, pero valga la verdad: yo no podia gozar completamente de mi impensada felicidad, porque no participaba de ella mi adorado D. Abél.

Vuestra memoria, señor (añadió, volviéndose á él) habia hechado tan profundas raices en mi alma, que á todas horas os deseaba y en todos los momentos os tenia presente. En suma, ya no me era posible estar más largo tiempo sin vos; y así tomé la resolucion de buscaros por todo el mundo. Puse en órden mis cosas, y dí principio á mi giro corriendo todas las ciudades de Lombardía, donde inútilmente solicité noticias de vuestra persona. Al llegar á Génova, me embarqué en un pingue catalán, para trasladarme á España, donde esperaba encontraros. Desembarcamos felizmente en Barcelona, donde con gran sorpresa mia, me encontré con mi antiguo D. Rafaelino Capicelatro. Halléle muy bien puesto. y preguntándole qué empleo tenia en aquella ciudad, me respondió que tenia el honor de suplir al Capatáz de los alguaciles, empleo que no solo me dá para tratarme decentemente, sino tambien para regalarme, y por otra parte me hace ser muy respetado de toda clase de personas. He aprendido, que para ser un rico en esta profesion, es menester no ser muy escrupuloso en no ejercitar las órdenes de la justicia. Los que no están en gracia de ella, pagan bien las infidelidades que usamos en nuestro ministerio á su contemplacion. Explicaréme: uno de estos dias vino órden de la córte para arrestar á un caballero forastero que estaba en esta ciudad, el cual estaba tenido por espía del rey de Francia; yo tuve la la caridad de avisarle, y habiéndome regalado cincuenta doblones, se burló felizmente de todas las diligencias que de ceremonia hicimos en su casa para sorprenderle. Justamente cuando D. Rafaelino me estaba diciendo estas palabras y me daba á entender la buena fortuna en que se consideraba, llegó una tropa de sus mismos subalternos, y en presencia mia le maniataron, y arrastrando le llevaron á la cárcel. Lo peor de todo fué, que tres dias despues le ví convertido en racimo de una horca,

sin que todas las conveniencias de su empleo, ni lo mucho que le respetaban segun él decia, toda clase de personas, le hubiesen podido librar de aquel importante infortunio. Confieso que sentí mucho haber llegado á Barcelona á tan mal tiempo, no ya porque conservase todavia la más mínima inclinacion á aquel mozo, sino porque recelé que quizá habria sido yo la primera causa de su desgracia, por haberle sugerido máximas ménos arregladas á lo que nos piden la religion, el honor y la sociedad. Dejando, pues, la capital de Cataluña, viajé por toda España, y habiendo llegado á vuestra pátria, supe por vuestros agentes, que á la sazon estábais para entrar en Italia. Al punto volé á Alicante, y encontrando una embarcacion que se dirigia á este puerto, pasé el mar, y he tenido la fortuna de encontraros con aquel gozo que podeis imaginar, cuando creais que vos sois la mitad de todos mis deseos.

Dicho esto, se hicieron recíprocamente los dos enamorados las más finas expresiones, y concluidas todas aquellas que convenian á las presentes circunstancias: ¿qué se hizo (preguntó D. Abél á Poliandria) de vuestra plata, de vuestras joyas y de vuestro dinero? Ya os lo diré, respondió ellla, que gracias á lo que me favoreció el señor juez de Turin, se me restituyó la mayor parte de todo lo que era mio, y así la plata y las joyas quedaron depositadas en un convento de monjas de aquella ciudad como tambien el dinero que restó de una buena cantidad que yo tomé para gastos del viaje. Pero habiendo tenido la dicha de encontraros quiero poner en ejecucion lo que firmemente tengo determinado, y es, dejaros á vos todo lo que tengo y retirarme á un convento de mujeres arrepentidas para hacer en él penitencia de mis enormes y gravísimos pecados. Es posible (replicó D. Abél, lleno de confusion al oir semejante proposicion) es posible Poliandria que hayais tenido valor para

una resolucion tan heroica! No lo dudeis, respondió ella prontamente; tengo bien conocida, ó por mejor decir, muy experimentada la inconstante fortuna de este mundo; fuera de eso se muy bien que soy rea de inumerables y enormísimas culpas, de las cuales ya es más que tiempo de hacer penitencia. Desde que salí de la cárcel me hallé dispuesta á emprender este género de vida y solamente lo dilaté por hacer todo lo posible para verme otra vez contigo y renunciar en tu favor todas mis riquezas. En cuanto á eso, replicó D. Abél, si vos habeis tenido valor para desprenderos de vuestros tesoros yo le quiero tener para corresponderos con la generosidad de no aceptarlos. Perdonadme, Poliandria, si os digo que fneron muy mal adquiridos para que yo me prometa la seguridad de conservarlos, ántes bien siempre estaria temiendo que tras de su disipacion se fuese tambien la de los que legítimamente poseo. ¿Pues qué he de hacer de ellos? replicó la arrepentida mujer. Quereis que tenga siempre á la vista estos objetos que perpétuamente me están acordando mis abominables disoluciones? No por cierto, repuso D. Abél. Lo que podeis hacer es consignarlos en manos de un discreto y timorato comisario que tenga cuidado de repartirlos entre los pobres. ¡Oh! eso no, replicó con viveza Poliandria. Hay grande peligro de que al discreto y timorato comisario le deslùmbre el esplendor del oro, y convierta en enriquecerse á sí y á su familia, la mayor y mejor parte del pan destinado para mantener á los mendigos. Por mis manos pasó el caso de uno de estos señores á quien se le habian dejado las pingües rentas de cierta familia para que todas las emplease en obras pías y el tal señor mio no hizo escrúpulo de gastarlas todas en obras abominables. No, no, amado D. Abél, no echemos acuestas sobre la conciencia de ninguno un peso tan peligroso. Hagamos nosotros mismos el repartimiento de nuestras ri-

quezas y vámonos á Turin, que allí eucontraremos sin duda familias miserables que perecen de hambre; doncellas pobres que peligran; oprimidos que no saben dónde volverse, y encarcelados que padecen gran miseria. ¡O y qué bellas obras de misericordia seran estas! Alto pues; no nos detengamos que yo no veo la hora de ver tan bien empleado mi dinero. D. Manrique y yo quedamos gustosamente admirados de oir hablar así á una mujer que habia vivido en el mundo con tanta vanidad y con tanta disolucion, no hartándonos de alabar á Dios por haber mudado aquel corazon inspirándole máximas tan virtuosas y tan santos sentimientos.

CAPITULO XIV.

Vuelve D. Abél á Turin. Scipion y D. Manrique parten á Sicilia, donde se embarcan para Argel. Padecen una borrasca, y D. Manrique encuentra á sus hijos en una isla desierta.

Con efecto, D. Abél y Poliandria, despues de haberse despedido de nosotros partieron el dia siguiente la vuelta de Turin, para poner por obra sus piadosos y muy juiciosos proyectos. Don Manriqne y yo bajamos á Regio por la Calabria; desde aquella ciudad atravesamos el Faro y tomamos tierra en Mecina. Dejando luego aquella ciudad, volamos á Palermo, donde don Manrique no cesó de solicitar noticias del renegado. Ninguno supo darle la menor luz, y entónces fué cuando impelido del amor paterno, tomó la estraña resolucion de volver á Berbería. Puntualmente estaba pronto para pasar Argel un navío inglés, que habia hecho escala en aquel puerto. Mejor coyuntura no se le podia ofrecer á mi antiguo amo. Hizo su ajuste con el capitan, y yo por no sé que oculto presentimiento de que aquel viaje, aunque no tenia correlacion alguna con mis intentos, todavia quizá me podria servir de algo para adquirir alguna noticia de Santillana, determiné acompañarle. Habiamos llegado ya á la mitad de nuestro viaje, habiendo dejado á las espaldas la isla de Malta, cuando nos vimos cogidos de una horrorosa y terrible tempestad. La furia de los vientos sacó fuera de línea á nues-

tro buque, á pesar de la gran pericia de nuestro piloto y anduvimos perdidos por el Mediterráneo, sin saber donde nos hallábamos. Finalmente, abonanzado el viento, sondeado el fondo y observada la altura nos hallamos poco distantes de los peligrosos bagíos de Berbería. Una escarpada y montuosa isla, que descubrimos al despuntar de la aurora, que daba indicios de contener algun seno donde pudiese fondear nuestro navío, nos hizo resolver á tomar tierra en ella, para repararnos algun tanto de lo mucho que habiamos padecido durante la pasada tempestad; y es forzoso confesar que parecia habernos conducido allí la divina Providencia, para que lográsemos el afortunado encuentro que voy á referir. Aún no bien habiamos desembarcado del navío, con el ánsia de pisar tierra, cuando se nos presentaron dos jóvenes de bellísima presencia, en el mismo trage que acostumbraban los esclavos de Berbería. Acudieron estos á las voces que daban los marineros, cuando amainaban las velas y echaban las áncoras al mar, llevados solamente de la curiosidad y deseo de saber de que nacion era nuestro equipaje. Cuando conocieron que éramos cristianos, comenzaron á saltar de alegría y se vinieron á nosotros, recibiéndonos con el mayor amor y el más cortesano modo. Ambos fijaron los ojos en don Manrique, mirándole contínuamente con la más curiosa atencion, hasta que al cabo de rato, no pudiéndose contener el mayor de los dos, prorrumpió diciendo: ¡Ah! no, no me engaño. Vos, señor, sois mi amado, mi venerado y mi suspirado padre; y diciendo esto se arrojó á sus piés, bañado en dulcísimas lágrimas, siguióle luego el segundo no menos enternecido que el primero. Consideren Vds. cuál seria la admiracion de D. Manrique al encontrarse con sus dos hijos en aquel lugar; no podia hablar palabra por el exceso del gozo y cuando despues de un largo rato se desahogaron todos en aquellas tiernísimas demos-

traciones que se acostumbran en semejantes casos, las cuales son más fáciles de concebirse que de explicarse; hijos mios, los dijo, con que al fin Dios me ha dado el consuelo de volveros á ver y de encontraros. Ahora decidme cuál es vuestro destino y cual es el de los demás vuestros hermanos. Todos estamos aquí, respondió el mayor y todos gozamos de nuestra libertad, menos la de salir de esta isla porque esa nos la quita el mar que nos circunda y la falta de barco para navegar. Al decir estas palabras, se dejó ver el renegado con el resto de la progenie de D. Manrique. Se renovó entonces el asombro en todos y por largo tiempo la amabilísima prole de aquel buen caballero estuvo regando el dulce seno de su amado padre con las suaves lágrimas, que hilo á hilo hacian desprender de sus ojos el amor y la ternura. Viéndose el renegado en presencia de su buen amigo no pude menos de dar mil gracias al autor de todos los bienes por aquella tan no esperada fortuna. Mientras duraba esta escena, el capitan del navío y los demás pasajeros levantaban los ojos al cielo en señal de la grande admiracion que les causaba una aventura cuyo misterio no podian entender. Conoció D. Manrique que todos tenian grandísimo deseo de que se les explicase el secreto que se escondia en unas demostraciones de tan recípoco júbilo como las que acababan de ver. Y así despues que él contó á todos la historia de sus casos particulares, suplicó al renegado que perficionase la obra, refiriéndonos lo que le habia sucedido despues que partió de Palermo y cuál fué el motivo por qué no pudo complir la palabra de volver á aquella ciudad en el término que él mismo se habia prefijado.

Mostróseme muy favorable la fortuna (así comenzó su relacion el renegado) hasta que restituido á Argel, pude rescatar á fuerza de dinero á vuestros hijos, comprándolos á sus patrones. Esto me costó no poca fatiga, particularmente por lo que toca-

ba á las niñas, que habiendo crecido como veis y siendo de extraordinaria belleza, sus dueños las destinaban á cosa muy diferente que á comerciar con ellas. No habia más que un medio y este le sabia yo para sacarlas de las uñas de sus amos. Fuime derecho al Bey y le dí á entender que yo deseaba regalarlas al gran señor y logré, mediante un gran desembolso, que el Bey interpusiese su autoridad con los dueños de las dos damitas. Luego que ví en mi casa á toda vuestra familia, equipé á mi modo mi navío, echando la voz de que iba á Constantinopla.

Ya creerá Vd., Sr. D. Manrique, que teniendo muy presente mi palabra, luego que perdimos de vista las costas de Bereria daria todas las providencias necesarias para volver á veros en Sicilia. Pero aquí fué donde comenzó á abandonarme la fortuna. Mi navío, por no sé que fatalidad, empezó á hacer agua por todas partes, y nos vimos casi irremediablemente perdidos. Despues de haber tentado en vano todos los remedios que enseña el arte nos vimos precisados á recurrir al último y más peligroso que fué meternos todos en el esquife, para tomar tierra, si nos fuese posible, en la parte más vecina. Hice entrar en él á vuestros hijos, y á un fiel esclavo mio, y cortado el cable, dejé al navio en inminente peligro de perderse con el resto del equipaje. Caminé un dia y una noche por las ondas, sin descubrir ni un palmo de tierra por ninguna parte. Esto me representaba continuamente la espantosa imágen de una muerte próxima: lloraban inconsolablemente vuestros pobres hijos, y yo no teniendo con que ni aun siquiera divertir por un poco nuestra mortal hambre, todos veíamos amenazada nuestra vida de dos enemigos igualmente terribles y espantosos. Presentóseme al fin esta isla, cuando Dios quiso: me dirigí á ella, haciendo toda la fuerza de remos que aunque manejados por manos tan inexpertas como eran las nuestras, al cabo nos sirvie-

ron admirablemente para llegar á la orilla. Saltamos luego en tierra uno despues de otro, y trepando al lugar más alto de estos montes, miramos hácia todas partes, por si podiamos descubrir alguna habitacion. ¡Pero cuál fué nuestro espanto, cuando extendiendo la vista hasta donde alcanzaban los ojos, todo lo vimos desierto y abandonado! No se descubrió el menor vestigio de persona viviente y reinaba en toda la isla un silencio lleno de horror. Entónces sí que nos dimos por absolutamente perdidos. Ningun sitio se encontraba donde nos pudiésemos reparar contra los ardientes rayos del sol, que nos abrasaban de dia, ni cubrirnos contra el copioso y frigidísimo rocío, que en aquel caprichoso clima casi nos helaba de noche. El terreno esterilísimo no producia fruta, ni aún yerba con que ir entreteniendo el hambre. En semejante estado nos parecia irremediable la muerte, y ya nos disponiamos para recibirla, pero con todo aquel horror con que la esperan los hombres siempre que la miran cercana, cuando oimos ladrar á un perro, aunque en alguna distancia. Esta es señal, dije yo entónces con voz animosa y esforzada, de que cerca de aquí habita alguna persona humana, porque esta especie de animales no puede vivir sin el hombre; con que sin duda hallaremos algun asilo en nuestra desgracia, y así vamos siguiendo el son de la voz de aquella bestia. Entónces todos nos pusimos á escuchar con mayor atencion de donde salia aquella voz, y pareciéndonos que salia de un profundo valle, que se veia al pié de la escarpada montaña, comenzamos á deslizarnos por la misma, bien persuadidos á que cuanto más nos fuesémos acercando, mayores y más frecuentes serian sus ladridos. Así sucedió puntualmente: luego que nos descubrió el animal, comenzó á ladrar con mayor fuerza, viniéndose hácia nosotros; pero cuando llegamos á cierta distancia, nos volvió las espaldas, y como si sólo hubiera veni-

do á enseñarnos el camino, se convirtió en nuestra guía y nos fué conduciendo al último ángulo del valle, donde vimos que se elevaba hasta las estrellas un soberbio y magnífico edificio en figura de sepulcro. ¿Es este (exclamé yo en un tono más que de admirado) el mausoleo de Artemisa? Seguramente que lograremos descubrir en él alguna cosa muy singular. No bien habia pronunciado estas palabras, cuando hételе aquí, que se nos presenta una vieja con ojos legañosos, turbados y hundidos, muy enjuta de carrillos, como tatalmente monda de dientes, dos ó tres mechones más blancos que la nieve. sembrados á trechos por la cabeza, su traje á la africana, pero muy viejo, como que ya era un vestido bisabuelo, sostenida de un baston con cuyo auxilio se movia á paso de tortuga jubilada. Acercándose á nosotros, quiénes sois, nos preguntó con voz trémula y trabucante, ¿quiénes sois vosotros y que destino os ha traido á este lugar, donde há tanto tiempo que yo sola habito? Entendida con dificultad su pregunta, la dí cuenta de todos nuestros sucesos, y habiendo observado que sus orejas, cansadas por la antigüedad de tanto como habian oido, eran un poco tardas en percibir mis palabras, levanté extraordinariamente la voz para que me entendiese. Ora bien, replicó la vieja, venid todos conmigo, que quiero daros un poco de colacion. Hízonos primero andar al rededor del sepulcro, el cual era de figura semicircular, con una circunferencia como de cincuenta pasos regulares, en cuyo giro acomodándonos á su paso, gastamos un buen cuarto de hora, y abriendo una portezuela, nos hizo entrar en un cuarto, en medio del cual vimos una arca de mármol y observamos que todas las paredes estaban llenas de inscripciones berberiscas. Sentámonos todos aquí, y la vieja abrió otra portezuela que franqueaba la entrada á otra estancia, de donde poco despues salió con una cesta llena de marisco y otra ates-

tada de bellotas dulces, presentándonos una y otra para que almorzásemos. Nuestro apetito era tal, que no ya las comimos, sino que las devoramos, y mientras tanto la decrépita bienhechora fué á traernos un poco de agua dulce, que la suministraba cierto manantial que brotaba de una dura peña. Cuando nos hubo refocilado con unos platos tan esquisitos, nos dijo la buena mujer, tratándonos con la mayor familiaridad y llaneza. No dudo que estareis pasmados de haber encontrado una persona viviente en un sitio como este, donde veis ese sepulcro. El misterio que se esconde en este extraordinario expectáculo es verdaderamente muy raro; quiero tener el gusto de contároslo, para que vosotros tengais el de saberle.

CAPÍTULO XV.

Historia de la Vieja del Sepulcro en la isla desierta.

Todos nos mostramos muy deseosos de oirla, y ella esforzándo la voz todo lo que pudo, habló en la manera siguiente: Habeis de saber, señores, que yo nací en la ciudad de Bugía, capital de la provincia de este nombre dentro de la Mauritania. Mi temperamento en mi juventud era muy ardiente, y por lo mismo muy inclinada á enamorarme. Conté hasta veinte maridos, los cuales uno tras de otro en poquísimo tiempo se fueron al otro mundo. Me consideré entonces como una mujer muy perjudicial al linaje humano, y me pareció quo hacia un acto heróico en huir la ocasion de enlazarme en nuevos matrimonios, por no cometer otros tantos homicidos. Compúseme pues con el capitan de un navio corsario, quien se obligó á echarme en un lugar separado de todo humano comercio, donde ningun hombre habitase. Ya discurrirán Vds. que no me olvidaria de llevar consigo provisiones para mucho tiempo, como de vizcocho y otros comestibles, de aquellos géneros que resisten mas á la corrupcion, con la idea de hacer una vida penitente, encerrándome en alguna gruta ó boqueron, de los que suelen encontrar en los escollos y en las selvas, donde cuando me llegasen á faltar mis vituallas, me pudiese mantener de las yerbas sil-

vestres, y de todo lo demás que me suministrase la calidad del sitio que escogiese, para purgar de esta manera las culpas y los excesos de mi desordenada concupiscencia. Con efecto, el tal capitan me dejó en esta isla, sitio el más á propósito del mundo para poner por obra mi resolucion. Giréla toda, para ver si encontraba algun parage donde descubriese una habitacion que me pusiese á cubierto de los encendidos rayos del sol, y de las destemplanzas de la noche. Tardé poco en descubrir este sepulcro, donde me hallé con una persona verdaderamente singular. Era un jóven como de treinta años, y de bellísima disposicion, bien que muy desfigurado á violencias de su dolor y de la vida que se daba. Luego que me vió, corrió á cerrarse en esta misma estancia, y me costó grandísimo trabajo el conseguir que me abriese. ¿Qué mal os he hecho yo (le decia desde afuera) para que negueis la entrada en vuestra habitacion á una pobre y desgraciada mujer? ¿Acaso es mi figura tan monstruosa, que solo el verla os causa horror? ¿Habeis renunciado la humanidad, para obstinaros en no dar acogida á una viuda infeliz? El jóven, despues de haberme dejado pedirle, rogarle, suplicarle, importunarle por un gran espacio de tiempo, abrió finalmente la puerta, y con los ojos siempre fijos en el suelo, me dijo modestamente que entrase. Obedecíle, y al ver aquella arca que ahora estais viendo vosotros, me conmoví extrañamente: Mujer, me dijo entónces el jóven, aquel esqueleto que estás mirando en aquella urna, es el funesto objeto de mi imponderable dolor. Aquella fué mi querida y mi adorada mujer: su pérdida me causó tanto tormento, que ni un solo dia hubiera sobrevivido á ella, á no haberme mantenido la vida un pensamiento que me ocurrió, y una firme resolucion que desde aquel punto formé: esta fué la de dejar á todas las edades venideras en un magnífico y suntuoso monumento memoria eterna de mi amor y de mi fi-

fidelidad. Determiné, pues, fabricar á las preciosas cenizas de mi amada esposa un soberbio mausoleo en un sitio, donde ningun hombre del mundo habitase ni verosimilmente le pudiese venir gana de habitar. El fin de esta resolucion fué lo primero para poderme encerrar con su frio cadáver, en este asilo de la muerte, y acabar en él mi vida, sin que ninguno de mis amigos ó parientes pudiese venir jamás á importunarme para que le dejase, y lo segundo para no volver á ver mujer alguna del mundo, huyendo toda ocasion de ser infiel ni aun con el pensamiento, ni el deseo á mi adorada difunta. Tenia yo mucha noticia de la soledad de esta isla, y por lo mismo la escogí para efectuar aquel intento. Habiendo encontrado obreros y materiales en país muy distante de mi pátria, fleté un navío, y con ellos arribé á esta playa, donde en brevísimo tiempo se levantó la fábrica en que se habian de encerrar para siempre dos esposos tan singulares. Luego que deposité en aquella urna el embalsamado cadáver de mi querida esposa, despedí el equipaje, y me quedé aquí sin otra compañía que la de mi perpétuo dolor. Vos, señora, sois el primer objeto que se ha presentado á mi vista en todo este tiempo; pero objeto (perdonadme) poco gustoso para mí, precisamente porque sois de un sexo que renuncié para siempre. Así terminó su discurso el jóven viudo, y yo quedé como encantada al oir una resolucion tan fuera de lo comun que se observa en los hombres, los cuales se suelen olvidar de sus mujeres el dia despues que las enterraron.

Miéntras tanto aquel hombre no se atrevia á mirarme, antes bien mostrando aversion y hastío á mi persona, no apartaba un momento los ojos de la urna, que encerraba su tesoro. Confieso que desde la primera vista quedé muy prendada de la bellísima traza de aquel admirable solitario, y que poco á poco se me fué desvaneciendo todo el horror que tenia al matrimonio

veintiuno. Parecíame que seria yo la más dichosa mujer del mundo, si lograra gozar viva un esposo que tan apasionadamente amaba á otra esposa ya difunta, y que seria la mayor de todas mis glorias poder vencer un corazon tan poseido del dolor que le causaba su pérdida.

Con esta disposicion procuré disiparle su melancolía y arrimándome á él con toda franqueza, le tomé por un brazo y moviéndosele con apresurada agitacion como en ademan de dispertarle, le dije sonriéndome que abriese aquellos ojos y me mirase toda bien de piés á cabeza. Así lo hizo él, no dejando tambien de asomársele alguna risa: esto me animó y aun me hizo esperar que saldria con mi empresa. Y así, entablando desde luego un discurso, dí principio á él mostrándole con fuertes razones y con no pocos ejemplos que habia satisfecho con usuras á todos los oficios de amor y de piedad á que éra acreedora su primera esposa y que todo cuanto hiciere de más seria no sólo vanísimo sino verdaderamente reprensible porque se tendria, y con razon, por una flaqueza muy indigna de un hombre de su entendimiento y de su espíritu. Añadí otras cosas en el mismo asunto y pasando de aquí á discursos indiferentes, comencé á celebrar su florida juventud y á darle á entender seria gran lástima que la dejase pasar empleándola en lágrimas inútiles. Me oyó al principio con desabrimiento y con agitacion, poco despues con indiferencia y con silencio, pero al fin con gusto y complacencia. De esta manera poco á poco se fué resfriando en el duro propósito que habia hecho, tanto que dió fáciles oidos á la demanda que le hice de su corazon y de su amor. Ya Vds. darán por supuesto (añadió la vieja, al llegar aquí), que yo me guardaria bien de darle á entender, ni de mil leguas, la multitud de víctimas que habia sacrificado á mi perniciosa concupiscencia, y que para acabarle de persuadir á que

me diese su mano, le pintaria como un golpe muy particular del destino, mi casi milagroso arribo á aquella isla deshabitada y desconocida, donde no habia otra persona que nosotros dos para que necesarimente tuviésemos siempre una sola voluntad y una indivisible compañía. De esta manera en aquel mismo dia se celebró nuestro matrimonio, sin otra ceremonia que la de nuestro mútuo consentimiento, sirviendo de hacha nupcial al himeneo la misma luz que ardia ante la urna donde yacia mi predecesora.

Halléme pues con mi veinte y un marido, tanto mas amado, cuanto aquel número habia de ser el clavo que fijase la rueda de mi fortuna, pues tuve el gran gusto de ver, que felizmente pasó los términos que habian sido fatales á todos sus antecesores. Vivimos juntos muchos más y más años, manteniéndonos de las provisiones que él y yo habiamos llevado, consumidas las cuales nos sustentamos del marisco y bellotas que ya dejo dichas, porque el mar arroja todos los dias á la orilla gran cantidad de los primeros, y las segundas son frutos de dos viejísimas encinas que hizo nacer en esta isla la madre naturaleza, por sola su virtud, y están á las espaldas de aquel monte de donde ustedes bajaron.

Finalmente, este mi último marido acabó su vida habrá cerca de diez años, y yo le dí sepultura en la misma urna donde yacia su primera mujer, uniendo en la muerte aquellos dos cuerpos que tanto se habian amado en vida. Desde aquel mismo dia me encargué yo de todos aquellos piadosos oficios que le habia visto prestar á su difunta esposa; y en medio del grandísimo pesar que me causa la pérdida de un compañero tan amado, me consuela la consideracion de que ya no estoy en estado de turbar su silenciosa sombra con el pensamiento de pasar á otras nupcias.

Mas no obstante todas estas bellas espresiones, ántes de muchos dias se sintió la buena vieja encendida en una nueva llama. Yo, yo fuí el afortunado objeto de sus recientes amores, y ella no tuvo el mas mínimo reparo en convidarme con su vigésimo segundo esponsalicio. Qué bella gloria para un hombre como yo. Haber tenido virtud para excitar fuego en un corazon, donde la multitud de los años debiera haber trasladado todo el hielo del mar Caspio. A la verdad no habria tenido poca dicha si me hubiera tocado una mujer cuya cara gótica, fabricada á lo mosáico, y cuya piel fluctuante á manera de trapos descosidos, fuese objeto digno de mis tiernas complacencias, así que fácilmente creerán ustedes que yo me libraria bien de meterme en un empeño, cuyo arepentimiento necesariamente habia de comenzar en el primer instante de contraido, y solamente habia de acabarse con la vida; pero la pobre vieja viéndose destituida de todas esperanzas, devorada del dolor, y aun de la rabia que concibió por tan terrible desaire, murió dentro de pocos dias; con su muerte quedamos dueños absolutos de el mausoleo que estais viendo, sin otra compañia que la nuestra y la del perro que habia sido nuestro conductor.

Pero aun esta pobre bestia, décimo y último descendiente de una cria de su especie, trasportada á la isla por el arquitecto que dirigió la obra del sepulcro, al cabo de un año nos dejó, y todo este tiempo hemos vivido tranquilamente sin otra ánsia que la de ver arribar á esta costa alguna embarcacion de cristianos que navegasen á Europa, para poder restituiros estas dulces y amables prendas de vuestra noble y virtuosa consorte.

Cada dia subíamos á las mas empinadas montañas de la isla para hacer el descubrimiento de lo que tanto deseábamos; pero solamente hoy con grande admiracion y gozo nuestro

hemos visto renacer, y aun damos ya por cumplidas nuestras esperanzas.

Así habló el Renegado, y viendo D. Manrique que habia cesado ya el motivo de pasar á Argel, determinó quedarse en la isla con su querida prole, pactando con el capitan inglés, que á su regreso del Africa pasaria por aquí para tomarle á él y á nosotros á bordo, y conducirnos todos á Cádiz.

CAPITULO XVI.

Desembarca en la isla desierta un no esperado y muy festivo equipaje. Embárcase para Cádiz D. Manrique con sus hijos, y juntamente Scipion. Curiosos razonamientos que hicieron en el viaje hasta que tomaron tierra en aquel puerto.

Pero nunca llegó el dichoso dia tan ansiosamente suspirado por nosotros, y vanamente hubiera yo deseado encontrar á mi amo Gil Blas, si un dia, despues de diez años que nos hallábamos en aquella miserable parte separada á larga distancia del resto de todo el mundo, no hubiera arribado improvisadamente á la playa, por la misma causa que á nosotros nos habia arrojado á ella, un barco español que conducia un muy curioso equipaje. Componíase todo él de músicos, comediantes, bailarines y charlatanes de uno y otro sexo, que la córte de España habia hecho conducir de Italia para diversion del Carnaval en la villa de Madrid, con ocasion del matrimonio del Rey. Todas estas alegrísimas personas saltaron en tierra muy maltratadas del mar, que por muchos dias las habia zarandeado con sus alborotadas olas; pero luego que se repararon un poco de su general descomposicion, comenzaron á dar pruebas de su habilidad y profesion, cantando este en voz baja una arieta, recitando aquel una escena, tocando el otro un instrumento, dando el de más allá una cabriola, y haciendo un charlatan sus arengas

y sus declamaciones, de manera que toda la isla comenzó á resonar con el confuso estrépito de tantos y tan diferentes ejercicios. Al ruido de ellos salimos de nuestro sepulcro, y luego que nos vieron cada uno de aquellos entes extravagantes se puso á mirarnos con la mayor atencion. Nuestros desgreñados cabellos, nuestras incultas y prolongadas barbas, y nuestros afilados y consumidos semblantes, efecto natural de lo mucho que habíamos padecido. Todo este conjunto de objetos desapacibles fué sin duda el motivo de la grande admiracion que mostraron los istriones de Italia, pues no creo que sea pecado aplicar este nombre genérico á todos aquellos que se dedican á divertir los hombres con cualquiera especie de públicas escenas. Estos, pues, cuando se hartaron de mirarnos con aquel linage de espanto, viendo que al fin tenian ya algun auditorio sus pantomímicas bufonadas, reforzaron sus arietas, sus recitados, sus sonatas, sus saltos y sus groseras charlatanerías. ¡Oh qué bello espectáculo para nosotros! Ver un desierto colocado en medio del mar africano, poblado en un instante de gente alegre, tan enemiga de toda incomodidad, como de toda melancolia. A cualquiera parte donde volviéramos los ojos, ó aplicáramos el oido, encontraban estos dos sentidos su pasto y su diversion. Aquí una cantarina muy preciada de linda, terminaba una arieta, repitiendo diez veces una misma palabra, con una especie de deliquio que hacia derretir de compasion y de gusto los más duros corazones. Allí un capon arrogante y jactancioso daba principio á cantar otra, alargando los trinados y gorgeos más que una calandria al principio de la primavera. Allá una comedianta remedaba á una simple con gestos y con movimientos tantos más ridículos, cuanto mas afectados y menos naturales. En esta parte hacia uno amorosas lamentaciones sobre la crueldad de su enamorada Fílis. En aquella un bailarin se guindaba en

el aire, ni más ni menos como se guinda un ahorcado cuando le aprieta el lazo al garguero. Mas allá una bailarina hacia mil violencias contursiones con sus miembros, no tanto para mostrar su agilidad, cuanto por hacer ostentacion de la perfecta simetría con que la naturaleza habia ordenado su bello cuerpo. Finalmente, entre los charlatanes, uno hacia juegos de manos, otro ponderaba la maravillosa virtud de cierto secreto para curar todo género de males; éste hacia experimentos ilusorios, aquel contaba patrañas para hacer reir á los páparos.

Cuando hubimos empleado, ó por mejor decir, perdido mucho tiempo en tan bellos ejercicios, los cuales daban mucho gusto y divertian infinito á toda la gente moza, es decir, á los hijos de D. Manrique, todo el mundo volvió á su seriedad, y el empresario, ó llámese sino el director de toda aquella tropa, acercándose hácia D. Marique, cuyo señoril y magestuoso semblante, aun en medio de tantos trabajos, le hacia distinguir de todos los demás, le habló de esta manera: Yo, señor, he practicado largo tiempo el ejercicio de astrólogo, y por tanto he llegado á adivinar, que vos estais arrinconado en este infeliz desierto por un extravagante revés de vuestra adversa fortuna. Por lo demás distingo en vos, mediante la perfecta inteligencia que poseo de la fisonomía, un señor de un carácter nobilísimo, y como toda la vida me ha llevado la inclinacion y el respeto á personas de vuestra clase, habiendo logrado el honor, acompañado con el buen gusto de tratar con muchas de ellas, me tomo la libertad de ofrecerme respetuosamente á vuestro servicio, pronto siempre á obedeceros, hasta donde alcanzaren mis fuerzas. D. Manrique, cuya mayor ánsia era salir cuanto antes de aquella isla, le contó toda la série de sus aveuturas y despues de darle mil gracias por sus cortesanas y atentas expresiones, le significó lo mucho que le estimaria que nos recibie-

se á él y á todos nosotros en su navío. Harélo con el mayor gusto, le respondió el empresario, pero quisiera ver antes ese gran sepulcro, cuya historia servirá para un divertido intermedio de alguna obra dramática entre las muchas que hemos de representar en la córte de Madrid. Con efecto fué visitado el sepulcro, y mientras el pintor de la compañía tomó el diseño para formar una escena, el poeta de la misma hizo sus apuntamientos para componer una tragi-comedia.

Embarcámonos pues en el referido buque, y el dia siguiente se hizo á la vela con el rumbo hácia las costas de España. Divertíamos el viaje con alegres discursos y festivas conversaciones. Saldria demasiado fuera de mi centro si pretendiera referirlas todas: mas no puedo dejar de contar una que se me quedó muy estampada en la memoria, porque dió ocasion á una disputa de especie muy particular. Ante todas cosas es necesario saber, que cada una de las diferentes compañías que formaban nuestro equipaje, tenia señalada la diferente porcion del navío que habia de ocupar. Las cantarinas estaban en el primer puesto, les comediantes en el segundo, los bailarines en el tercero, los músicos en el cuarto, en el quinto los charlatanes, y despues de estos entraban en monton el poeta, el pintor, los apuntadores y la chusma de los criados de cada tropa. Habia entablado yo alguna amistad particular con el poeta, y éste, reducido á servir á unas personas como en este tiempo suelen ser por lo comun las del teatro, todavía me pareció un hombre de no vulgar ingenio y de más que mediano talento. Me tomé un dia la libertad de preguntarle, cómo un hombre de sus prendas hacia tanto desprecio de la profesion de poeta, que se abatiese hasta confudirse con la bajísima gabilla de los asalariados por los istriones. Señor, me respondió, porque me obligó la necesidad á tomar partido con esta gente, la cual llevaria muy á mal que yo

pretendiese ser igual á ella, cuanto mas que aspirase á la preferencia. Usted mismo está viendo aquella especie de ridícula gerarquía que observan entre sí, prefiriendo los músicos á los comediantes, éstos á los bailarines y á charlatanes. En virtud de eso todos ellos pretenden que los poetas deben entrar en el número de sus dependientes y subalternos, por cuanto nuestras composiciones sirven á sus representaciones, ya músicas, ya cómicas; y como apenas saben distinguir lo malo de lo bueno, ni lo bueno de lo mejor, muchas veces pretenden que acomodemos al gusto de cada uno aquellas partes que les señalamos en la representacion. Esta expresion (dice uno), es muy fria, cuando es más viva y más expresiva, por lo mismo que es mas natural. La otra es hinchada y *ampulosa*, siendo así que solo es séria, grave y magestuosa. Alguna dirá: *este paso amoroso es poco apasionado*; precisamente porque es mas contenido y mas modesto. Otro tratará *de demasiado conciso* un razonamiento, porque no encuentra en él locuacidad, y á otro le llamará *ascético*, porque se halla en él un rasgo de erudicion con alguna moralidad. Un verso que disuene al destemplado tímpano de su oido, se calificará de duro, y á otro se le despreciará de bajo, solo porque es flúido, inteligible y corriente. De esta manera nos vemos muchas veces precisados á desfigurar nuestras composiciones con ciertos pasos exóticos, pero que se adapten, como ellos dicen, al uso del teatro. De aquí nace tambien, que se vean tan pocas óperas y comedias verdaderamente sólidas y perfectas, donde se encuentre la unidad de accion, tiempo y lugar que piden los preceptos del arte. Ello es necesario acomodarnos al gusto del tiempo, que hace el mas solemne desprecio de las reglas de Aristóteles, las cuales no pueden ser más contrarias á la reinante moda del teatro. Llámanse insípidas y frias todas aquellas acciones trágicas y cómicas, donde no entran

muchos incidentes extravagantes y maravillosos, solo porque son inverosímiles. Al que compone á la griega, le hacen ridículo, y el que se aplica solo á lo verosímil, se le condena á ser tenido por un pobre ingénio, enteramente falto de fantasía y de invencion. Nos es preciso pues acomodarnos al tiempo, y puesto que gusta lo malo, aplicarnos á lo peor, con la seguridad de que será mas aplaudido un drama embrollado y lleno de enredos incomprensibles, que otro sencillo y formado de lances muy parecidos á los que están sucediendo cada dia, siendo indubitable que por lo general logrará mayor aceptacion atestada de sucesos, que ni fueron, ni son, ni podrán ser, que una accion séria, arreglada y natural.

Así hablaba el poeta; pero yo acostumbrado á las composiciones que suelen estar llenas de los defectos que tanto desaprobaba, no pude entender bien cuáles eran los poemas que él llamaba sérios, puros y sencillos. Roguéle que me mostrase uno de estos que tenia consigo: hízolo al punto, le leí, y si he de confesar la verdad, me agradó mucho, no obstante la costumbre que ya tenia de gustar de lo malo y mi poco conocimiento en aquella materia. Era el tal poema de un estilo muy terso, pero al mismo tiempo muy puro y muy castizo, observándose en él una cierta gravedad, que no dejaba de ser naturalísima. Expresábanse noblemente los caractéres de las personas, y con la misma nobleza se conservaban en todos los vários lances de la accion, siendo todo el sugeto de ella varonil, fuerte y sério, sin mezcla de amores, ni de otras extravagancias que desmintiesen su fuerza, ó á lo ménos la enervasen. En cuanto á lo que se llama *agnicion*, *nudo* y *desenlace* no puedo hablar en ello; porque aunque es verdad que he aprendido estos términos, por haberlos oido muchas veces á mi amigo Fabricio Núñez, confieso que todavía no entiendo bien lo que significan.

No obstante estoy bien persuadido á que aun estas partes principales, que dicen respecto á la cualidad de la fábula, no seria ménos circunspecto, exacto y diligente el autor, que en las otras accesorias ó ménos principales. Despues que hice este encomio de aquella composicion, y en medio de eso (dijo el poeta) tuvo la desgracia de ser despreciada por todos los señores recitantes cuando se la propuse, y así está arrinconada como usted la vé entre el fárrago de otros manuscritos mios, sin que hasta ahora haya visto la luz del mundo. Malísima señal, le respondí, y en verdad que lo siento mucho, porque esos señores severísimos críticos se acreditan de muy ignorantes, cuando miran con aversion todo aquello que se acerca á lo verosímil y á lo natural. Pero hágame Vd. el favor de mostrarme alguna de aquellas composiciones que gustan más á esos señores mios, y que son más celebradas en el dia. No puedo servir á Vd. (respondió el poeta), con otra que sea más al intento, que la ópera que se ha de representar en Madrid á presencia del rey y de toda la córte. Diciendo esto, me puso en la mano un cartapacio manuscrito, intitulado: *El cáos del Capitolio.* ¿Qué cáos de mis pecados, le repliqué, puede ser ese del Capitolio? Lea usted la obra, me respondió, y hallará que el título conviene perfectamente al embrollo y confusion que reina en ella desde el principio hasta el fin; pero en todo caso en el mismo título se encuentra un no sé qué de extraordinario, que llama la atencion y excita la curiosidad de los lectores, y esto sólo puede acreditarla más que todas las reglas de Aristóteles. Volví la primera hoja, y en la segunda hallé escrito el *argumento.* Veíase en él que en una sola ópera se pretendia representar á un tiempo el sitio de Roma por los galos, la derrota de Canas, la guerra civil de Mario y Sila, juntamente con la de Catilina, y finalmente la revolucion de la República en tiempo de Julio César. Esto

en la accion principal; mas para los episodios ó intermedios habian de servir el ilustre hecho de Mucio Scévola, el de Tucia, la Vírgen Vestal, el de Vigilio, que mató á su hija por asegurarla el honor contra la brutal lascivia de Apio Cláudio, y finalmente la accion desesperada de Lucrecia. ¡Bella diversion para el auditorio! Tener el gusto de ver en tres horas de tiempo tantos sucesos como pasaron en el discurso de muchos años. Pero como todos ellos paraban en llenar de confusion á Roma, juzgó el autor, que á la tal obra le venia de molde el especioso título de *El cáos del Capitolio.* Prosiga Vd. en su lectura, me dijo el poeta, que todavía ha de hallar otras cosillas mucho más donosas. Efectivamente, en la primera escena habian de salir los gansos, que con sus graznidos fueron causa de que los enemigos no se apoderasen de la famosa Peña Tarpeya. ¡Gran invencion! exclamé entonces. ¿Quién vió jamás hacer papel de actores en un drama á unos pájaros tan singulares? Esto todavía ha sido mucho más que introducir en la escena la caza de osos, de ciervos y de javalíes. Señor poeta, esta es una invencion verdaderamente original, nunca pensada y siempre maravillosa. ¡Gran ruido meterá esta obra! Pero vamos adelante. Leí despues, que concluido un concierto armónico que habian de tocar aquellos músicos volátiles, debia salir al teatro el rio Tiber vestido con los ornameutos de las deidades fluviales, y habia de cantar una arieta, lamentando las grandes desgracias que amenazaban á su amada ciudad de Roma.

Volvíme entonces al poeta y le pregunté quién habia de hacer el mojado papel del Tiber. La señora Lindaura Arpaliuti, me respondió, virtuosa del Mogolistan. Vamos poco á poco, le interrumpí, y respóndame Vd. á dos preguntas: la primera, ¿cómo puede una mujer representar con propiedad á un númen del género masculino? En eso, respondió el poeta, no hay que re-

parar porque ya está introducido que las mujeres hagan el papel de emperadores, de reyes, de generales, de héroes, y aun de dioses. La señora Arpaliuti tiene una voz de perfecto contralto que equivale al barítono, y sin duda que la lucirá perfectamente en esta parte. Pase enhorabuena esa costumbre, le repliqué yo, no obstante que parece un poco ofensiva al decoro del rey de los rios; pero respóndame Vd. á mi segunda duda, que ciertamente es mucho más sustancial é importante que la primera, y dígame, ¿por qué se da el nombre de *virtuosa* á una cantarina? No se admire Vd., me respondió; ese es un título que en Italia se da á todos los músicos aun cuando se sabe muy bien que la que comunmente se llama *virtud* no es lo que por punto general conviene más á la mayor parte de ellos. Aun no bien habia pronunciado estas palabras cuando entró hecha una furia á turbar nuestra conversacion la señora Lindaura, que quizá estaba escondida escuchando lo que hablábamos. ¿Qué es lo que dices, temerario? me dijo, encarándose á mí como una vívora. ¿Con que la virtud no es lo que conviene más á la mayor parte de nosotros? Mucho más nos conviene á nosotras las cantarinas que á vosotros los poetas, puesto que con las modulaciones de nuestras angelicas voces hacemos resaltar la insulsez ó la frialdad de vuestras necias palabras. Estamos en una tal posesion de ese bello título que no se desdeñan de dárnosle los mayores Príncipes de la tierra; y Vd. señor poetilla, quiere acreditarse de un mono que hará reir de su simpleza á todo el mundo cuando pretende disputarnos un atributo que tanto nos conviene. Pero yo me vengaré del agravio que nos hace y en castigo de una injusticia tan clara propongo desde luego no querer cantar cosa alguna que Vd. haya compuesto, bien segura de que lo mismo hará la señora Melofonia Timpanelli, virtuosa del Seriffo de la Meca, la señora Armonseta Stinfalichini,

virtuosa del Preste Juan, y la señora Melpomenini, virtuosa del emperador del Monomotapa. Ahora mismo voy á avisarlas y de camino hablaré al impresario, para declararle mi voluntad y Vd. perderá su pan si el impresario quiere que me oigan en Madrid. Con efecto, iba á partir en aquel punto la envenenada mujer; pero el poeta, acostumbrado ya á tratar con aquella casta de pájaros sin alterarse poco ni mucho por las injurias que le habia dicho: señora Lindaura (la dijo) sírvase Vd. de oirme, que yo espero persuadirla solo con que de oidos á mi justificacion. No, señor mio, replicó ella; si Vd. persiste en su temeraria opinion de que nosotras no somos virtuosas, nunca conseguirá de mi que le oiga, ni por un solo momento. No por cierto, la respondí: convengo desde luego en que este bello epíteto es muy debido á las de su profesion: solo pretendo decir que cuando se me escapó de la boca aquella proposicion de que *la virtud por punto general no es lo que conviene más á la mayor parte de los músicos*, y por consiguiente no es aplicable á las señoras cantatrices no pretendí hablar de la virtud musical sino de la virtud moral. Una vez que Vd. haya hecho esa distincion, repuso Lindaura, ya no digo más y quedo sosegada, mostrando con esto que no habia entendido lo que significaba aquella distincion. No obstante, poco despues que yo habia vuelto á continuar la lectura del *Cáos del Capitolio* entraron en nuestro cuarto todas las cantarinas y con ellas todos los cantores, los cuales, hablando todos á un tiempo, volvieron á encender contra el pobre poeta el fuego que ya se habia acabado. Un capon llamado Argentinello Cembaloni, que se habia hallado presente á la escena de Lindaura, tomó la palabra por todos y despues que se aquietó algun tanto la confusa vocingleria, dió al triste poeta una terrible mano, diciéndole que él habia entendido muy bien lo que queria decir aquello de la virtud moral. ¿Qué creia

usted, prosiguió: creia que era yo tan simple como la señora, ó que no hubiese estudiado más que la música, para no entender sus satíricas y mordaces distinciones? Pues qué ¿somos acaso las personas de teatro hombres de un moral escandaloso? ¿No nos dirá Vd. en que son reprensibles nuestras costumbres? ¿Ni quién podrá negar que se hallan en nosotros las virtudes más sublimes de que habló Aristóteles en su ética, cuando no es otro nuestro oficio que inspirar horror á todos los vicios y veneracion á la virtud en todas nuestras representaciones teatrales? Luego no somos ménos virtuosos en las costumbres, que en la música, siendo así que nuestra profesion no es otra que enseñar la moralidad. Y así, señor poeta, si Vd. no se desdice de lo que ha dicho, dése por despedido de nuestro servicio, y tenga por cierto, que tambien seguirán nuestro autorizado ejemplo los señores comediantes. Así habló el descocado capon, con que el pobre poeta se vió precisado á recibir la dura ley y á conceder absolutamente y sin limitacion el bello título de virtuosas á unas personas que no tienen otra idea de la virtud que la que consiste en la apariencia de sus fingidas representaciones. Así se acabó aquel pleito y yo no quise proseguir en la lectura del *Cáos del Capitolio*, bien persuadido á que no podia menos de ser una obra muy ridícula, si lo que restaba correspondia á lo que habia leido hasta allí. Entró despues D. Manrique á la parte de nuestra conversacion y nos reimos bien entre todos de la presuncion y vanidad de los músicos, los cuales por su parte se daban un grande aire de señores, figurándose personas calificadas y acreedoras al respeto y veneracion de todo el género humano. A este tiempo avistamos desde lejos la bahia de Cádiz y entramos en aqnel puerto despues de un mes de viaje.

CAPÍTULO XVII.

Abjuracion del renegado. Encuentro de Scipion con D. Abél. Embárcase para Nueva España. Conoce á Diego en este viaje, y fin de la historia del secretario de Santillan.

Luego que saltamos en tierra se despachó un expreso á la mujer de D. Manrique en Córdoba, con la alegre noticia de su vuelta á España, y del afortunado recobro de sus hijos. Al mismo tiempo se la encargaba que librase á Cádiz una buena suma de dinero para vestir á toda la familia, y suplir los gastos que necesariamente se habian de hacer en la abjuracion del renegado, en cuya ceremonia se habia ofrecido á ser padrino. Habíame dado á mí el mismo D. Manrique el cargo de disponer todo lo necesario, y me hallaba muy ocupado en esta comision, andando contínuamente por la ciudad para tener prontas todas las provisiones, cuando tan impensada como dichosamente me encontré un dia con D. Abél. Me abrazó luego que me vió, y noticioso ya de todas las circunstancias de nuestras pasadas desgracias, se alegró infinito cuando nos vió restituidos sanos y salvos despues de tanto tiempo á nuestra pátria. Pero usted, señor (le pregunté yo) ¿qué me cuenta de sí mismo? ¿Qué se hizo de Poliandria, y de todas sus riquezas? Todo caminó felicísimamente, me respondió: la buena mujer practicó con el mayor valor su cristiana resolucion, y vive ahora ejemplarmente en la casa

de las Arrepentidas de Turín. Sus bienes se distribuyeron con el más piadoso arreglo; con ellos se dió estado á muchas doncellas pobres, y salieron de la miseria y de la hambre no pocas familias honradas que pereceríian de ella. Yo no quise reservarme ni un solo maravedí, y hoy vivo mucho más contento y más sosegado que nunca. Abandoné el juego enteramente, y ahora estoy determinado á pasar á la América, para ver aquella parte del mundo tan separada de nuestro continente. Inmediatamente que le oí esta su resolucion, entré en una grandísima gana de seguirle, no por otro motivo que por el de buscar á mi dilectísimo amo Gil Blas en todos los rincones de la tierra. Le supliqué, pues, que me hiciese el gran favor de admitirme en su compañía, y efectuada la abjuracion del renegado, habiéndome despedido, no sin lágrimas, de D. Manrique y de sus hijos, nos embarcamos en un navío de guerra que escoltaba la flota, y en él logré finalmente las suspiradas noticias de mi amo, que inútilmente habia solicitado en tantas partes.

Hallábase en el mismo navío un pasajero, cuya melancólica y profunda taciturnidad daban á entender que le giraban por la cabeza grandes y poco gustosos pensamientos. Su semblante perpétuamente sério, y sus palabras pocas, pero que respiraban siempre una perfecta resignacion en la voluntad del Señor. Así á D. Abél como á mí nos picó grandemente la curiosidad de saber quién era, se lo preguntamos á él mismo con toda cortesanía, y él con la misma nos respondió, diciendo, que se llamaba Diego, y que habia nacido en una cueva de un modo muy singular. Pasó despues á contarnos muchos sucesos de su vida, en cuya relacion nombró inadvertidamente á Gil Blas, cuando hasta entonces habia ocultado su nombre, apellidándole siempre con las voces generales de *su segundo padre*. Al oir yo este nombre, exclamé transportado de alegria. ¡Mil veces dichoso yo!

¡Felices tantos pasos dados en busca de lo que tanto he deseado! Afortunadísimo viaje, que depues de tanto tiempo me proporcionará el imponderable consuelo de volver á ver á mi venerado, á mi amado amo. Cuando Diego oyó esto con tantas exclamaciones, se mostró como arrepentido y confuso, por haber quebrantado, como él decia, el secreto que tanto le habia recomendado Gil Blas. Con todo eso, despues que entendió nuestras razones, se consoló y se aquietó, concluyendo su historia con decirnos, que por consejo de Santillana habia ido á Roma y á Jerusalen, y que al presente se volvia á su país, con determinacion de acabar su vida en la misma gruta donde habia comenzado á vivir. Efectivamente, luego que desembarcamos, él y yo nos pusimos en camino para Méjico: desde aquí nos partimos para estos desiertos, en medio de los cuales nos salió al encuentro una cuadrilla de salteadores, que nos despojaron de todo cuanto teniamos, hasta de los vestidos que traíamos acuestas, dejándonos desnudos en medio del camino, y enteramente abandonados á la inclemencia del cielo. Lo peor fué, que habiéndonos desviado los ladrones de la senda que guiaba á la gruta, no sabíamos despues cómo encontrarla; pero llevándonos la casualidad á unas caserias, donde habitaban solas tres ó cuatro familias de españoles connaturalizados ya en aquel país, compadecidos estos de nosotros, nos dieron por caridad á cada uno un vestido de marinero, porque no tenian otros. Sintióse Diego indispuestos en aquellas caserías, y aunque la indisposicion no parecia de cuidado, tenia señas de ir un poco larga, por lo que impaciente yo por ver cuanto antes á mi amo, determiné dejarle á la caritativa asistencia de aquella buena gente que nos habia recogido, y dándome ellos mismos una buena guia que me pusiese en el camino real de Méjico, viéndome en él me fué fácil, por las señales que me habia dado mi compañero, encontrar

la senda que conducia á la gruta. Así sucedió, y logré de esta manera volver á ver á mi amo el señor Santillana ántes que espirase, y no dudo que Diego, luego que se recobre, no dejará de venir á hacer compañía al sucesor de su segundo padre.

Con efecto así lo ejecutó Diego, dijo entonces Isidoro, tomando la palabra, porque antes que D. Lope, Matilde y yo partiéramos á Méjico, llegó á la gruta aquel hijo del buen sobrino de Motezuma, y despues de haber llorado la muerte de Gil Blas se quedó en compañía de Scipion, determinado á no respirar otro aire que el de aquella soledad. Segun todas las señales, estos dos hombres tan extraordinarios, ó ya son muertos, ó todavía viven en aquella gran separacion de todo humano comercio; porque cuando nosotros nos despedimos de ellos, los dejamos llenos de una perfecta resignacion y de un total desasimiento de las cosas de este mundo.

Matilde y D. Lope se casaron en Méjico con toda solemnidad y habiéndonos transferido todos á Vera-Cruz, pasamos el mar, y yo dejé en Cádiz á los dos amabilísimos esposos, queriendo dar una vista á Sicilia, para saber si era muerta mi buena madre, y si el señor abogado de Palermo era todavia de opinion, que debia usurparme la posesion de los bienes que por derecho de sangre eran mios, despues de la muerte de mi madre. Pero no se pudo efectuar esta mi intencion, por uno de aquellos accidentes que se ven menudear con demasiada frecuencia en la mal aconsejada juventud. Duraba todavía la guerra por la sucesion á la Corona de España, y como los Estados que esta Monarquía tenia antes en Italia estaban ocupados á la sazon por las armas austriacas, no salian de los puertos de España embarcaciones para aquello Estados, por no caer en manos de las escuadras inglesas que cruzaban en el Mediterráneo; y así me fué forzoso hacer el viaje por tierra hasta Francia, y embarcar-

me para Génova en el puerto de Tolon. Habíame dado D. Lope algun dinero para hacer este viaje, y creyendo yo que me habia de durar eternamente, despues que desembarqué en San Pedro de Arenas, fuí á alojarme en una posada de aquella ciudad, donde comencé á tratarme á lo grande, queriendo regalarme y comer los más esquisitos bocados de aquella abundante tierra. De esta manera en breve tiempo se disipó todo mi escaso tesoro, y cuando el posadero advirtió que ya nada tenia que chupar, me dijo que no queria tenerme más en su casa, y me despidió de ella, como pudiera á un pillo ó á un bribon. Víme entonces precisado á discurrir el modo de comer. Varios partidos se me ofrecieron á la imaginacion: el primero fué ponerme á servir en alguna buena casa; pero si por un lado me estimulaba la consideracion de que así me libraria del hambre, y de los otros trabajos que necesariamente la acompañan, por otra me retraia el miedo de encontrarme con algun amo bárbaro y mezquino, que hiciese intolerable la servidumbre. Añadíase á esto la dificultad de hallar quien me recibiese en su servicio, siendo yo extranjero y desconocido. Abandonado por tanto ese pensamiento, entró á sucederle otro: este fué sentar plaza de soldado en alguno de tantos regimientos como habia entonces en Italia, pero los peligros de la guerra, las inevitables incomodidades de las marchas, el frio y el calor, con las otras muchas cosas de poco gusto que hacen tan trabajosa la milicia, me hacian mucha más fuerza que todas las grandes ventajas que suele traer consigo aquella noble profesion.

En medio de esta confusa indecision de pensamientos, me ocurrió que mi ingenio pronto y vivo podria muy bien ayudarme, sugiriéndome algun empleo independiente y libre de sujecion. Entre tanta multitud de estos como hay en el mundo, ninguno me pareció mas acomodado á mi genio, que el de as-



Tomó Isidoro el empleo de astrólogo y fija su primer teatro en la plaza de Génova.

trólogo. Sabia muy bien que con un libro de chiromancia, otro de fisonomía, una caña, tubo ó trompeta para hablar á los páparos, á los crédulos, y á los simples que están algo distantes, puede un hombre de talento alborotar una gran ciudad, y hacer grandísimo ruido en una plaza ó en un mercado. Enamorado de este pensamiento, vendí dos camisas, y con el precio de ellas compré todo lo necesario para engañar á los mentecatos. Mi primer teatro fué la plaza de Génova, en el cual no dejé de hacer alguna fortuna. En poco tiempo pasé en el concepto de los hombres por un singular astrólogo, tanto, que era llamado de los conventos de las monjas y de varias casas particulares por muchas personas que no pudiendo por la decencia, y por sus particulares circunstancias dejarse ver en mi público tablado, deseaban saber privadamente de mí qué signo ó qué planeta era el que las dominaba, y cuáles habian de ser los sucesos de su vida.

Acaecieron curiosísimos y preciosísimos casos, que estoy pronto á contárselos á Vds., siempre y cuando quieran hacerme el honor de oírmelos, y tengan la paciencia de escucharlos. Esto dijo Isidoro, porque vió que ya iba á ponerse el sol; así que todos nos levantamos, y poco á poco nos fuimos arrimando á la casa de Demetrio.



LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

Rapto de Irene. Dónde la fué á buscar el mozo siciliano. Su esclavitud, su libertad y su hallazgo en la ciudad de Buda. Huyen de esta ciudad, y el modo de vivir que tomaron en Polonia.



HABIAMOS andado pocos pasos, desviándonos del mar, cuando vimos salir de un bosquecito vecino cuatro hombres armados con espadas y fusiles, que corriendo hácia nosotros, me robaron á mi amada Irene, sin que ni el soldado ni yo se lo pudiésemos impedir. En vano gritó la pobre, implorando nuestro socorro: la tomaron en brazos los infames agresores, y la metieron en un barco que estaba cerca de allí, comenzaron á remar con toda fuerza, y se engolfaron en el mar, sin hacer caso de nuestros lamentos ni de los

clamores, cuyos ecos resonaban en las concavidades de las peñas, que servian de diques á una considerable parte de aquella playa. El que no sabe qué cosa sea amor fino y verdadero, mal puede hacer juicio de mi perturbacion en aquel fatal inopinado lance. La pérdida del objeto amado es el mayor mal que puede suceder á un hombre, á quien le haya tocado un corazon tierno y amoroso: se halla el infeliz sin la mejor parte de sí mismo, pudiéndose considerar como un cuerpo sin alma. El buen Isidoro se compadecia mucho de mí, y hacia todo lo posible para confortarme; pero todo era en vano. Volví á casa de Demetrio más que nunca desesperado: de allí partí á la ciudad, donde este hombre dió muestras de gran dolor, cuando le conté mi desgracia, acompañándome en el mio, y en la ansiosa solicitud con que preguntaba por Irene á todos los que encontraba. Salieron inútiles cuantas diligencias hicimos en toda la isla, por lo que determiné abandonarla para seguir los violentos impulsos de mi amor, que me sugeria ir á examinar los más remotos rincones de la tierra hasta encontrar con mi adorada Irene. Luego que el Cefaleno me vió totalmente resuelto á poner en ejecucion este pensamiento, comenzó á insinuarme algunas esperanzas de que la podria encontrar en algun lugar de la costa de Grecia, porque los autores del rapto verosímilmente serian corsarios de algun puerto cercano, pues si fueran de país distante no podian venir en un barco tan pequeño.

Haciéndome alguna fuerza esta razon, pasé el mar en una embarcacion que llevaba municiones á Lepanto. Quiso acompañarme Isidoro, y cuando entramos en aquella ciudad, la hallamos alborotada y llena de confusion por la guerra que el turco acababa de emprender contra la Moréa. Mi resolucion era verdaderamente andar por tierra desconocida, visitando todos los lugares marítimos del Epiro y de la Albania turca, pero habien-

do sabido que el ejército otomano se avanzaba á marchas forzadas hácia el Istmo de Corinto, nos vimos precisados á no movernos. Mas Isidoro, cuya profesion de soldado le inspiraba espíritus marciales, tomó partido en las tropas cristianas: resolucion que me fué muy sensible, porque á ella se siguió inmediatamente la dolorosa separacion de aquel buen amigo mio, habiendo sido destinado al presidio de Nápoles en la Romanía. Todos saben el éxito infeliz que tuvo aquella desgraciada guerra. Se apoderó el turco de la Moréa, y yo perdí mi libertad, pasando de repente á ser esclavo. Me tocó por amo un bajá que se llamaba Alí Toglí, el cual me llevó consigo á invernar á Constantinopla. Encargóme el gobierno de sus caballos, y además de eso hacia otros muchos aunque pequeños servicios á su familia, por lo que todos me querian bien, y no puedo ménos de decir que me fué muy bien con aquel buen hombre, el cual trataba á sus esclavos con la mayor humanidad. Cuando llegó el tiempo de abrirse la campaña, fué mi patron destinado á servir á Ungría, en cuyas fronteras se iba juntando un numerosísimo ejército. Nombróme á mí entre otros muchos para que le fuese sirviendo, y llevó tambien consigo á sus más favorecidas concubinas, las cuales eran todas de una rara y extremada belleza. Entre estas habia una que era cristiana, y se la habia regalado al bajá un corsario berberisco. Ésta tuvo modo de que llegase á mis manos un billete suyo, en que me prometia un grandísimo premio, si hallaba manera de ponerla en libertad. Con efecto, esperé á que se ofreciese alguna buena ocasion de servirla, y en la famosa batalla de Peterswaradin, que el incomparable príncipe Eugenio ganó contra los turcos, mientras en el campo de estos todo era desórden, aturdimiento y confusion, tomé mi tiempo, y pasando á la tienda que servia de serrallo á las mujeres de mi amo, hice montar en un caballo á la cristiana, y

montando yo en otro, nos escapamos los dos al campo imperial. Llevaba consigo la esclava cristiana muchas y muy preciosas joyas, todas de gran valor; y luego que se vió fuera del poder de los infieles, quitándose un rico anillo, me le regaló diciendo, que aquello era lo ménos que tenia intencion de darme cuando se viese en su país. Presentáronnos al príncipe Alejandro de Vitemberg, á quien ella se dió á conocer, diciendo que era española y de casa distinguida; que la habian hecho esclava los corsarios de Argel, volviendo con su padre desde Cerdeña á Barcelona cuando solos contaba trece años. Aseguró que el bajá á quien habia sido regalada, siempre la habia tratado con la mayor atencion, y que lejos de hacerla la menor violencia, nunca hizo más que pretender rendir su constancia, pero con el modo más respetuoso y con las voces más compuestas. La envió el Príncipe á Buda con una buena escolta, dejándola en libertad de volverse á España, si gustaba, en el supuesto de que se la daria el dinero que hubiese menester para hacer con toda decencia y comodidad aquel viaje. Quiso ella llevarme consigo á Buda, y cuando llegamos á la capital de Ungría, nos alojamos en una casa, á cuyas espaldas estaban unos jardines contiguos á los cuarteles de los soldados. Mirábame la dama con alguna inclinacion, y habiéndome examinado acerca de mi persona y de mi vida, al cabo llegó á entender la verdadera causa que me habia hecho caer en manos de los turcos. Me pareció que no habia gustado mucho de saber que el amor se hubiese anticipado á ocupar mi corazon, y tanto, que ni entre los horrores de la guerra, ni en medio de los trabajos de la esclavitud me hubiese olvidado de mi amada Irene. La ignorancia de su destino (la decia yo con las lágrimas en los ojos) y el temor de que haya venido á parar en poder de los turcos, aplicada á contentar sus brutales apetitos, son un cruelísimo pu-

ñal que contínuamente me está atravesando el corazon, sin permitirme ni un solo instante de paz. Yo mismo fuí el autor de todas sus desgracias. ¡Oh, y cuánto mejor me hubiera sido no haberla conocido jamás, si la infelíz habia de verse por causa mia sujeta á tantas desdichas! Cuando acabé de pronunciar esta última cláusula, oí que añadió la dama, dando un profundo suspiro: ojalá que jamás la hubieras conocido. Entonces acabé de asegurarme que realmente me amaba, y no dejé de engreirme un poco, considerándome un hombre capaz de inspirar amor en una dama de aquella calidad, cual se habia dado á conocer la española.

Mientras tanto, acostumbraba ella á salir todas las tardes á recrearse un poco por los jardines que he dicho, hasta que llegase la ocasion de un convoy, que estaba para partir por el Danubio á Viena. Gustaba de que yo la acompañase siempre, y echándome de cuando en cuando algunas ojeadas tiernas y cariñosas, procuraba excitar en mi pecho alguna centella de amor á su persona; pero todo en vano, porque si bien me parecia que seria grande la fortuna de poseer una persona tan noble y de tan rara belleza, estaba tan estampada en mi alma la memoria de Irene, que no dejaba lugar á ninguno otro afecto. Un dia en que la dama estaba reposando salí yo solo á pasearme por los jardines. Caminaba con los ojos bajos, enteramente enagenado, con el pensamiento fijo en mi amado objeto. Mi enagenamiento me llevó sin sentir hasta mas allá de los cuarteles de que ya he hablado, y cuando llegué á cierto sitio, oí una voz de mujer que me llamaba por mi nombre. Levanté al punto los ojos, y me quedé atónito é inmoble como una piedra, cuando ví en un balcon al dulce objeto de mis amores. Al mismo tiempo ella me arrojó una carta sin hablarme palabra, y se retiró. Ya se deja discurrir, que una accion como esta me sorprenderia mucho

más que me habia sorprendido su vista. No obstante, recogí la carta, y retirándome á una de las calles menos frecuentadas del jardin, comencé á leerla, parte temblando, y parte lleno de impaciencia por saber su contenido, el cual era el siguiente: *El pérfido Cefaleno, movido de su griega avaricia, dió parte al capitan Arnaldo, de que yo me hallaba contigo en su casa, y tuvo órden del mismo capitan de disponer mi rapto de la manera que sabes. Fuí conducida á Zante, donde me estaba esperando el capitan, y luego que me entregaron en sus manos, me llevó consigo á Nápoles, donde habia entrado al servicio del emperador, despues de haber sido despedido del del Rey de Cerdeña. Desde aquel dia he estado siempre en su poder, pero sin que haya podido vencer la aversion con que le miro, ni desbancarme del amor que te profeso. En el invierno pasado se le destinó para Italia, con ocasion de esta guerra con los turcos me trajo consigo, teniéndome siempre encerrada en un cuarto como en una prision. He tenido el gusto de verte pasear algunas veces por estos jardines, á donde corresponde la ventana de mi encierro, y te he oído hablar con aquella persona, que al principio dió grande materia á mis celos, pero despues me desengañé, y me consolé mucho con la seguridad de que todavía te acordabas de mí. Quisiera librarme de las manos de este hombre, que todos los dias me está espantando con sus contínuas amenazas, más tampoco quisiera exponerte á algun peligro, ni alterar tu quietud. Mañana á esta misma hora volverás, si pudieres, á este mismo sitio debajo de mi ventana: dame alguna respuesta con noticia de lo que hubieres pensado: encontrarás colgado un hilo, al cual podrás atar la carta con toda la cautela posible.* Luego que acabé de leer el papel, prorumpí en mil maldiciones contra Demetrio, y contra su griega fidelidad. Ocurriéronme entónces todos los engaños del pérfido Sinon, y del falaz Ulises, pareciéndome que habian sido mucho menos abominables que los de mi falso ami-

go. Destestando en fin á un hombre de aquel carácter, que tan indignamente habia atropellado las leyes de la verdadera amistad, volví toda mi atencion á discurrir la manera de poner en libertad á mi Irene.

Era esto muy difícil en una ciudad guardada en aquel tiempo con el mayor desvelo, donde habia tanto número de tropas. Solamente el huir de ella era un gravísimo delito, que irremisiblemente seria castigado con pena de muerte. A esto se añadia el particular impedimento de la dama española, la cual si llegase á su noticia mi intento, seguramente echaria todo el resto de su poder para estorbarle. Pero el amor es tan ingenioso como audaz. Encajóseme fijamente en la cabeza el extraño pensamiento de poner en libertad á Irene, valiéndome de la misma española. La respondí pues, diciéndola, que solicitase la ocasion de hablar desde su ventana á esta señora, declarándola la violencia que estaba padeciendo, y el peligro á que se hallaba expuesto su honor, é implorando al mismo tiempo su proteccion para librarla de tan dolorosa esclavitud. Concluida mi respuesta, concurrí al jardin á la hora señalada el dia siguiente, y hallé que Irene en cumplimiento de su palabra me estaba ya esperando para recibirla. Cuando ví que la habia ya recobrado, me retiré de aquel sitio, por no dar que sospechar, esperando mientras tanto á ver el efecto que producia mi pensamiento. Al acercarse la noche, yo mismo pregunté á la española si queria salir á nuestro acostumbrado paseo. Ella, que solo deseaba darme gusto, prontamente respondió que sí, y dejándola muy de propósito que se adelantase un poco á mí, caminando hácia el cuartel, oí que la llamaban desde lo alto, diciendo: *Madama, madama.* Miró luego hácia arriba, y viendo una mujer, se paró para saber lo que la queria decir. Señora, la dijo Irene, sírvase usted decir á ese hombre que la acompaña, que se retire un po-

co. Inmediatamente me retiré yo, y ella hizo lo que yo la habia sugerido, con tanta gracia y con tanta fortuna, que la española prometió hacer todo lo posible para librarla de lo que estaba padeciendo. Con esto se despidió de ella, y llamándome á mí despues de haberme contado lo mismo que yo sabia: Isidoro, me dijo, es menester que hagamos esta gran obra de caridad en beneficio de aquella pobre y virtuosa mocita. Dispondremos una buena y muy segura escala de cuerdas, que ella procurará tirar hácia arriba y asegurarla bien á su ventana, por la cual bajará á nosotros la noche antecedente á nuestra partida, y la llevaremos con nosotros, sacándola de las manos del bárbaro que pretende violentar su inclinacion: paréceme muy justo que hagamos con otros aquello mismo que tan felizmente hiciste tú conmigo cuando me hallaba en poder de los turcos; y estoy bien segura de que un hombre tan lleno de gentileza como tú, no dejará de ayudarme gustoso en tan noble como cristiana y caritativa intencion. Señora, la respondí, estoy prontísimo á serviros, y á servir en cuanto pueda y valga á esa desgraciada jóven. Con efecto, se condujo nuestro intento con tanto arte y con tanta cautela, que Irene se vió libre de su prision, y embarcándose juntamente con nuestras personas en el Danubio, tomamos el camino de Viena, habiendo tenido tambien la fortuna de que aquella noche habia tocado el capitan Arnaldo montar la guardia en Pest, y por consiguiente hallarse fuera del cuartel.

Ya Vds. habrán conocido que yo me guardaria bien de hablar con mi bella durante aquel viaje, por no dar ocasion á la dama española de sospechar que pasase entre los dos alguna inteligencia. La tal dama la habia cobrado grande amor, agradada sumamente de sus loabilísimas costumbres. Conversaba siempre con ella, y poco á poco llegaron á tratarse con tanta familiaridad, que siempre se les veia juntas. En pocos dias llegamos á

Viena, y nos alojamos en una posada vecina á la iglesia de san Estéban. Hacíanse á la sazon grandes fiestas en aquella imperial córte por la toma de la importante plaza de Temesvar. Disparábanse en todas partes grandes fuegos, acompañados de vistosas iluminaciones, por los felices sucesos de las armas cristianas. Participamos nosotros de todas aquellas alegres diversiones; pero yo tenia atravesada una espina, que no me dejaba tomar mucho el gusto á ninguna de ellas. Es el caso que la española habia determinado restituirse cuanto antes á su pátria, y llevarnos consigo á Irene y á mí. Conocia yo muy bien los grandes inconvenientes que se podian seguir de mantenerme largo tiempo en su compañía. Su amor á mi persona era cada dia mayor, tanto que ella misma claramente me habia confiado la intencion que tenia de casarse conmigo luego que se viese en España. Tambien Irene habia sabido de su propia boca esta su resolucion; y aunque estaba bien persuadida á que yo de ninguna manera fomentaba sus ideas, todavía no dejaba de vivir infinitamente desconfiada y recelosa. Habíame hablado muchas veces en el asunto, y siempre insistiendo con la mayor viveza en que nos alejásemos de un objeto que tanto alteraba nuestra paz y turbaba nuestra quietud. Vímonos pues precisados á separarnos de ella sin su consentimiento. Vendí el anillo que ella misma me habia regalado, y habiendo ajustado una calesa, una mañana muy temprano y antes que ella despertase, partimos de Viena, y de propósito tomamos el camino de Polonia, para eludir mejor las diligencias, que sin duda se harian en busca nuestra.

Y étenos aquí otra vez en nuestra entera libertad. En ocho dias nos vimos dentro del territorio de Polonia; pero el punto estaba en que nuestro dinero se iba acabando, y era menester pensar en el modo de vivir en adelante. Tenia Irene algunos prin-

cipios, y no mala disposicion para la música, y yo en mis primeros años habia aprendido á tocar un poco el archilaud. Resolvimos pues tomar el partido de saltimbancos, quiero decir, de andar de ciudad en ciudad cantando cancionetos, y tocando sinfonías mal compuestas, que habia yo aprendido de memoria. Los polacos son naturalmente inclinados á todo género de música, sin embargo de no ser del mejor gusto en cuanto al discernimiento de ella. Por eso fué grande el aplauso que logramos en todos los lugares donde nos detuvimos, y en cada uno de ellos veiamos al rededor de nosotros una infinidad de gentes, que no solo gustaban de la armonía del canto y del instrumento, sino que estaban como embelesados, fijos los ojos en las bellísimas facciones de mi amada compañera. Fácilmente se creerá, que no faltarian mozuelos, y aun otros hombres mas adultos, que procurasen solicitarla á la condescendencia con sus lascivos deseos, y que aun á mí mismo me tentarian para que la llevase á sus conversaciones particulares, dando por supuesto, que como uno de tantos bribones de esta especie, el interés me obligaria á complacerlos.

Pero como hallaron en ella una mujer muy distante de toda disolucion, y en mí un hombre muy diferente de lo que ellos se habian imaginado, quedaron todos admirados de encontrar tanto honor y tanta honestidad en una profesion, que en el concepto del mundo pasa, hablando en general, por la más disoluta.

No popia Irene vencer la vergüenza que la causaba todas las veces que habia de comparecer en público, y nunca subiamos á los palcos para ejercitar nuestro oficio, sin que su bello semblante se viese todo cubierto de un encendidísimo rubor. Muchas veces me manifestaba su invencible aversion á aquel género de vida, diciéndome, que antes queria pedir una li-

mosna de puerta en puerta, que continuar en aquel modo de vivir.

Mientras tanto llegamos á Varsovia, donde estaba la córte del rey, con cuyo motivo era muy frecuentada aquella ciudad de los primeros señores del reino. Extendióse presto la fama de la rara hermosura, dulcísima voz y singular destreza en el canto de la forastera cantarina, que muchos magnates desearon verla y oirla.

Les agradó mucho su voz, bien que un poco áspera, dura y carrasqueña, y sin advertir que algunas veces desentonaban sus modulaciones, la alabaron excesivamente. Hablaron de ella al rey y á la reina, y estos augustos soberanos, por su gran bondad, quisieron dispensarnos el honor de que cantásemos y tocásemos en su presencia.

Es muy verosímil, que en el particular discernimiento de aquellos dos príncipes, no les pareciésemos aquellos dos capos de ópera en la música, que tanto los habian ponderado los polacos; pero en medio de esto Irene tuvo la fortuna de haber caido muy en gracia á la reina, sin duda por su extremada modestia y natural compostura, puesto que quiso S. M. que se quedase en su córte por algunos dias, señalándola uno de los cuartos más secretos de palacio, y el rey me admitió en el número de sus criados.

Con esta ocasion tuvo Irene gran oportunidad de declarar á la reina quiénes éramos nosotros verdaderamente, contándola todas las estrañas aventuras que nos habian sucedido hasta aquel tiempo. La sincera relacion del principio que habian tenido nuestros amores, excitó una grande compasion en el tierno y verdaderamente real corazon de aquella gran princesa, de manera que desde luego pensó en consolarnos. Ante todas cosas quiso que se celebrase inmediatamente nuestra boda:

y habiendo obtenido del rey una pension sobre sus rentas de Sajonia, nos hizo partir á aquellos estados, para que lográsemos en ellos el fruto de la real liberalidad, despues de habernos colmado de dones y regalos de gran valor.

Mas, ¡oh Dios! ¡y qué peligrosas son las riquezas, aun las más medianas! Esto me enseñó el terrible caso que voy á referir.

CAPITULO II.

Traicion de un criado del jóven Siciliano en los confines de Polonia. Pierde nuevamente á su Irene. Emprende un viaje á Italia en busca de ella. Hácese amigo de un Oficial, y extravagante humor de una amiga de este.

Un perverso criado que habiamos recibido en Varsovia para que nos sirviese en el camino (de acuerdo, segun todas las apariencias, con el calesero que nos conducia), cuando llegamos á cierto sitio en los confines de Polonia nos asaltó de repente con un puñal en la mano, y habiéndome dado una gran puñalada en el pecho, me dejó tendido en la tierra medio muerto. No puedo decir cuánto tiempo estuve en aquel miserable estado; solo sí, que cuando volví en mí me hallé en una pobre camita dentro de una miserable cabaña, y á mi cabecera una vieja que habia tenido la caridad de recogerme, vendar mi herida y aplicarla algunos bálsamos.

Viéndome en tan infeliz estado, llamé inmediatamente á mi Irene; pero mi Irene estaba muy léjos para oirme, y la buena vieja me dijo que nada sabia de esto, y solo me refirió, que dos piadosos forasteros me habian puesto en sus manos, diciéndola que me habian encontrado en medio de un camino, revolcándome en mi propia sangre, y casi para espirar, acercándose á socorrerme. Cuando me hallé otra vez sin mi esposa, entré en

tal furor que quise matarme con mi propia mano, haciendo con rabia pedazos las vendas que cerraban la herida para que no me desangrase. La vieja se opuso á mi frenético atentado con toda la fuerza y todo el rigor que pudo, y despues comenzó á consolarme, procurando sosegar mi desesperacion; pero su raíces eran muy profundas, y muy vehemente el amor que tenia á Irene, para que se desvaneciese con tanta facilidad el imponderable dolor que me ocasionaba su pérdida. De cualquiera manera que fuese, lo cierto es que la divina Providencia quiso conservarme la vida para aquellos altos fines que nosotros no podemos adivinar. Sanó la herida del cuerpo, al mismo tiempo que la del alma cada dia se iba haciendo más mortal. No sabia qué hacer ni adónde volverme para encontrar algun rastro del bien que habia perdido. Temia que mis pesquisas y mis diligencias me produjesen todavia mayores pesadumbres, porque si llegaba á saber que habia muerto, tendria que llorarla vanamente toda la vida; y si era viva, estaria en un continuó sobresalto, recelando que hubiese caido en poder de quien hiciese violencia á sus afectos, despedazando al mismo tiempo su honor y el honor mio. En medio de eso me parecia menos malo salir de este laberinto de sospechas y temores, que estar en una perpétua incertidumbre. Comencé pues á viajar, habiéndome despedido ántes de mi buena vieja y caritativa albergadora, y me entré en la Sajonia, acompañado de toda la amargura y de toda la agitacion que podia inspirar un caso tan doloroso como el mio. Hallábame sin dinero, y me era preciso mendigar el pan de puerta en puerta, ó importunando á las gentes que estaban en las iglesias encomendándose á Dios. Luego que llegué á Dresde, saqué del bolsillo los auténticos documentos que certificaban ser yo pensionado de S. M. y presentándome al Magistrado, me querellé del atroz delito que se habia cometido contra mi vida, por el

cual habia perdido la mujer y los preciosos regalos que habia debido á la real munificiencia. Formóse el proceso en el mejor modo que se pudo por la jurisdiccion Electoral; pero nunca se pudo descubrir en qué parte del mundo se hallaban los reos. Tenia yo grandes recelos de que el golpe hubiese sido dispuesto por algun caballero polaco, más codicioso de mi mujer que de mi corto tesoro. Más por otra parte me parecia, que la buena índole de la nacion no daba lugar á que me detuviese en una sospecha tan indecorosa. Conociendo, pues, que mi mal era irremediable, no hallaba otro consuelo que el de haberme conciliado la compasion universal. Todos me miraban y me trataban con particular amor y distincion, lo que no contribuia poco á que se hiciese menos insoportable mi dolor.

Entre otros un cierto caballero sajon me hacia mil finezas, tanto, que me ví precisado á no negarle el gusto de que admitiese su casa, su mesa y su mismo lecho. Llamábase el baron de Chirchein, y era un jóven de treinta años, de mucho espíritu, y de medianas conveniencias. Yo le enseñé la lengua italiana, que aprendió con maravillosa facilidad, porque queria le sirviese en un viaje que pensaba hacer á Italia para su instruccion y diversion. El deseo de viajar por el mundo, para informarse del génio de las naciones, particularmente de aquellas que son mas cultas, es muy loable y muy frecuente en los pueblos ultramontanos. Los italianos por lo comun solo viajan por los mapas ó cartas geográficas, y por los libros de aquellos viajeros, que en las descripciones de los lugares por donde transitaron, entre una verdad cuentan mil patrañas. Los españoles por la mayor parte no gustan de ausentarse de su pátria, sino que sea para el comercio; y los comerciantes por punto general cuidan poco de adquirir otras noticias que las que tienen inmediata conexion con sus intereses.

Chirchein quiso que tambien le hiciese yo compañía en su viaje, lo que acepté gustoso, no solo por complacerle, sino por lograr esta ocasion de adquirir alguna noticia de Irene, y al mismo tiempo solicitar algunas de sus padres y los mios, á quienes no habia dado la menor noticia de mi persona, desde que improvisamente partí de Cefalonia. Habiéndonos provisto de buenas cartas de recomendacion, y de mejores letras de cambio, partimos de Dresde en el mes de Abril de 1718 para pasar á Viena, y desde allí por el Tirol á la Lombardía. Llegamos sin que nos hubiese sucedido cosa particular á un lugarcillo cerca de Castelara, donde nos detuvimos un mes para ver desfilar las tropas que pasaban á Nápoles, ó hácia la costa de Génova contra los españoles, que á la sazon estaban en guerra con el emperador. Hallábase entre otros un comandante ó coronel de un regimiento, con quien el baron de Chirchein tenia estrecha amistad. Yo tambien supe insinuarme intrínsecamente con él, que tuve ocasion de conocerle por un hombre rígido y austero en todo lo concerniente á la disciplina militar; pero que al mismo tiempo sabia hacerse amar de los soldados, bien que no fuese muy acepto á los oficiales. Era hombre de bella conversacion, de gran discernimiento, y de una mente fecundísima de recursos, arbitrios y partidos. Salia á maravilla de los lances más intrincados, y á todo sabia encontrar adecuado remedio. El baron de Chirchein y yo no acertábamos á apartarnos de su trato, y él nos hacia mil finezas, mostrando en todas ocasiones particular inclinacion á cada uno de nosotros dos. Un dia que fuimos con él á ver desfilar un regimiento de caballería, hizo alto en una casilla poco distante, y desmontándose del caballo se entró en ella, y se detuvo allí por espacio de una hora. Ninguno de nosotros dudó que algun empeño amoroso le habia llevado dentro de aquella casa, y nos confirmamos en nuestro

pensamiento, cuando al salir de ella nos hizo la siguiente confianza. Amigos, nos dijo, aunque es verdad que nosotros los soldados debemos ser unos hombres de ánimos feroces, con todo eso nos gusta templar de cuando en cuando nuestra ferocidad con la vista de objetos dulces y apacibles. El arco que siempre está tirante, fácilmente se rompe, y un hombre no puede ménos de conceder alguna hora al desahogo de su contínua seriedad. En todos los lugares donde me he hallado, aun en tiempo de guerra viva, y con el enemigo á la vista, siempre he procurado proveerme de algunas amigas, y en esta casa tengo una que hace muchos excesos á las otras en hermosura y en todas las demás prendas. Aunque habita en esta casuca que veis, es de un nacimiento muy superior al plebeyo, y de un carácter verdaderamente original y estravagante. No es capaz de amar á ningun hombre sino á fuerza de desprecios, ni se la puede dar testimonio para ella más cierto de nuestro sincero amor, que el tenerla y tratarla como á la mujer más vil y baja del mundo. Las mujeres, dice ella contínuamente, estamos llenas de todos los defectos, no pudiéndose dudar que la mujer es el animal más odioso que vive sobre la faz de la tierra, y como no merecen que los hombres las alaven, celebren y cultiven, todos los que lo hacen son aduladores, vicio el más contrario á la sinceridad y al amor verdadero. Para conformarse pues con esta estravagantísima filosofía, es menester abandonar todas las finezas, todos los cumplimientos, toda especie de obsequios, de alabanzas y ternuras, practicando en lugar de esto burlas, escarnios, ludibrios y vituperios. Entonces sí que ella se rinde, se derrite y se deshace en finezas y en caricias, con tanta liberalidad, como lo haria otra bien cebada con el oro, con las joyas y con todos los más eficaces atractivos del amor. Para ella no hay mayor cortejo que cuando la estampan una buena bofetada en medio

de la cara, ó una recia puñada en el pecho: tan lejos está de gustar que la digan, *mi vida*, *mi bien*, *mi tesoro*, con todas las demás frialdades del vocabulario comun de los amantes, que antes bien la lisonjean mucho cuando la llaman *mónstruo, furia*, *peste y veneno de todo el género humano*. Si os hallárais presentes á nuestras más secretas conversaciones, reventariais de risa al oir mis primeras salutaciones, que comunmente son decirla: *el diablo te lleve*, y *mal rayo te parta*; á lo que ella me responde: *seas bien venido*, *consuelo mio*, *y el hombre más amable de todos los mortales*. Si alguna vez me olvido de saludarla así, nada consigo de ella; y nunca está más tierna ni más amorosa, que cuando la trato con más desprecio y con mayor aspereza. Esa es una cosa muy particular, dijo entonces el baron de Chirchein: yo ya habia oido, y tambien leido, que las mujeres ordinarias, particularmente las aldeanas, gustan de ser cortejadas á puñadas y á pescozones: pero una mujer distinguida, del humor y génio que nos cuenta el señor oficial, es tan extraordinaria, que no creo haya habido otra semejante en el mundo. ¿Y qué se yo, replicó el oficial, si Vds. creerán, que la que digo es tal como la pinto? Hora bien, mañana vendreis todos á cenar conmigo; estareis encerrados en un cuarto vecino al mio, y desde un cierto sitio que yo os enseñaré, podreis instruiros de una verdad, que acaso poneis en duda.

Con efecto, luego que llegó la noche del dia siguiente, fué introducida la mujer, en el cuarto del oficial, cuando ya estábamos todos en el sitio que él nos habia dicho. Habíase revestido él de un aire tan feroz y tan furioso, que más parecia estar esperando al más mortal enemigo suyo, que á una dama y á una amante: *¿Quién diablos te ha traido aquí* (la dijo luego que la vió), *furia del infierno*, *bruja diabólica, y megera serpentina? Vengo* (respondió ella con una dulcísima voz y apacible mansedum-

bre) *vengo, ó luz del mundo, ejemplo de virtud*, y *dueño único de todos mis pensamientos, á consolarme con la vista del mayor héroe del mundo, y honra del género humano. Vete con dos mil demonios* (la replicó el oficial) *esfinge engañosa, á vomitar tu veneno en el cocito, y quiera el cielo que arda en eternas llamas esa asquerosa inmundicia de tus ponzoñosos miembros. No, tesoro mio* (le replicó ella) *permíteme que antes de bajar á los dominios de Plutón, única habitacion muy debida á mis grandes imperfecciones, conceda á mi podre alma el pasajero alivio de consolarse con la vista de tu dulcísimo aspecto. No eres digna de eso, abominable Medusa* (la respondió el coronel); y diciendo y haciendo, la descargó en su rostro una grandísima bofetada, que retumbó en todo el cuarto. No se alteró poco ni mucho la dama, antes bien enviando delante un graciosísimo sonriso lleno de amor, imprimió un afectuoso beso en la misma mano que la habia maltratado. No pretendo describir aquí todo lo que sucedió en aquella cómica visita. Basta decir, que después de haber dejado bien acardenalados los brazos y la cara de la pobre mujer con las estrañas y demasiadas pruebas que la dió de su tierno amor, los dos se sentaron á cenar. Comenzaron á beber, y se dió principio á los brindis. Estos fueron de la misma especie que todas las caricias antecedentes, bebiendo el oficial al exterminio y mala muerte de la dama, y correspondiendo la dama á la más robusta salud, larga y preciosa vida del oficial, de manera que comenzó entre los dos una graciosa competencia de bendiciones y maldiciones, que al mismo mismísimo Heráclito le haria despedazarse de risa. No pudiendo nosotros reprimir la nuestra, abandonamos la gruta, y nos restituimos á nuestra casa, donde no nos hartábamos de hablar de lo que habiamos visto y oido. Habiendo ido el dia siguiente á ver á nuestro oficial, y bien (nos preguntó inmediatamente) ¿qué les pareció á Vds. de lo que ayer vieron y

observaron? ¿Dudarán todavía si yo les habia dicho la verdad, ó contado una fábula ó no; si no se verán precisados á confesar, que mi amiga en punto de amor es de un gusto que quizá será el primero y el último que de la especie se haya visto, ni se haya de ver jamás en el mundo? No, seguramente, respondió Chirchein, y yo nunca acabaré de admirarme de un gusto y carácter tan particular. Pero lo que tampoco puedo comprender es, cómo tiene Vd. corazon para tratar tan mal á una criatura tan amable, y á quien Vd. mismo ha confesado ama mucho más que haya amado á ninguna otra. Ella lo quiere así, le respondió, y así tambien debo quererlo yo. ¿Se puede hacer menos que esto por dar gusto á una dama, á quien se desea servir y complacer? Mientras tanto, debiendo el coronel proseguir su marcha hácia el Parmesano, continuamos nosotros nuestro viaje á la Romanía, cuyas ciudades las visitamos todas una despues de otra.

CAPITULO III.

Burlas de cierto criado de Rímini, que nos contaron durante nuestro viaje por la Romanía, y por otros lugares de Italia. Encuéntrome en Génova con un sugeto, tengo noticia de Irene, y donde la hallé. Hacemos segundo viaje á Polonia, y traicion del médico de Franstad.

Habiendo llegado un dia á cierto lugarcillo poco distante de Faenza, le hallamos todo alborotado, nos informamos del mesonero cuál era la causa de aquel bullicio y conmocion, y este nos respondió, que se andaba en busca de cierto criado de un caballero que tenia allí su casa de campo, y venia todos los años á pasar en ella algunos dias, al que el tal criado, que era muy truhan, hizo una pesada burla, además de las muchas truhanerias que habia hecho anteriormente, de las que teniamos noticias aun antes que entrase á servir á dicho señor. ¿Pues por qué no avisásteis de eso al buen caballero (repliqué yo) como lo pedia la caridad que todos debemos tener con nuestros projimos? Porque es un señor, me respondió, que no hace caso de lo que le dicen, sea quien fuere el que le habla, y solo se gobierna por su capricho, no agradándole cosa alguna sino aquellas que él hace. Es uno de aquellos hombres que á ninguno cree, y siempre hace todo lo contrario de lo que otros le dicen, tanto, que cuando vivia su mujer, si esta queria un vestido, se veia precisada á decir que no le queria, y si la gustaba un plato, era menester decir que no la gustaba, para que al punto se la sirvie-

sen y se le presentasen. Esa dama tenia entendimiento, repuse yo, pues sabia coger á su marido por el lado flaco, y no era como tantas otras mujeres que se empeñan y se obstinan en ir en todo y por todo contra el genio del marido. Así es verdad, dijo el mesonero, y la tal señora supo fabricarse su quietud y su sosiego, no ya como otras, acomodándose en todo al capricho de sus esposos, sino procurando su propia conveniencia por un medio enteramente contrario. Pero si sus mercedes gustan de saber otras proezas del riminense, mientras se dispone la cena yo les podré servir con algunas, que no poco los divertirán. Luego que le oí esto, me acordé de aquel otro mesonero parlador con quien se encontraron Scipion y D. Abél, pareciéndome que este nuestro era muy semejante. Y como á uno que viaja nunca le disgusta informarse del carácter de las personas, antes bien este debe ser uno de los principales objetos de los viajantes, pareciéndome que el baron gustaria tambien de oir al mesonero, le dije que nos las contase.

El tal riminense (dijo) se sabe que fué hijo de un mal hebreo que se hizo despues peor cristiano. Su madre ántes de casarse era una mujer mundana, y despues que se casó, solamente la sirvió el matrimonio para cobertera de su deshonesta fecundidad. Este hijo suyo se consideró legítimo, únicamente porque se parecia algo al que podia legítimamente ser su padre. Pero como he oido decir á muchos señores que se han hospedado en esta casa, la semejanza es una prueba muy débil, y solo hace fuerza á ciertos hombres crédulos, que se consideran verdaderamente padres á favor de esta faláz y equívoca suposicion. Luego que llegó al uso de la razon, le enseñó su madre cuanto habia que saber en la ciencia práctica de las meretrices, en la cual era ella gran maestra. En breve tiempo se mostró diestrísimo y y franquísimo en toda especie de briboneria, de manera que no

sucedia en Rímini travesura en que él no hiciese papel. Ciertos mozalvetes vagamundos y perdidos, que querian vivir bien á costa ajena, habian echado el ojo á la tienda de un mercader que podia abrirse fácilmente. Quedando de acuerdo para asaltarla una noche, convidaron á Ursacio (que este era el nombre del tal riminense) para que les ayudase, y Ursacio, que no sabia negarse á cosas tan honradas, se agregó gustoso á ellos. Abrieron la puerta lo más presto que pudieron, y se llevaron todo lo que habia en ella. Miéntras iban unos y volvian otros cargando con todo lo que encontraron en la tienda, pasó por allí la ronda de los alguaciles, y viéndola abierta á la media noche con tantos que entraban y salian, sospechando el que mandaba la ronda que seria algun hurto, preguntó ¿qué venia á ser aquello? Señor, le respondió Ursacio (que sintiendo venir la ronda antes que llegase, habia cogido una escoba y se habia puesto á barrer): señor, le respondió, acaba de morir el dueño de esta tienda, y la estamos barriendo, por órden del doctor, el cual por no sé qué respectos mandó que luego que espirase, se barriese bien, bien, y se llevasen los géneros á otra parte. Eso no puede ser (replicó el comandante de la patrulla), porque yo no veo aquí llorar á ninguno. Mañana verá su merced llorar á muchos, repuso Ursacio, y diciendo esto, prosiguió barriendo, y la ronda fué su camino adelante. Cuando se descubrió por la mañana el robo, el pobre mercader hizo que se verificase bien el dicho del ladron, pues alborotó toda la vecindad con sus clamores y con sn amarguísimo llanto.

Poco despues de este lance supo Ursacio que en un meson de caballeros se habia dispuesto una gran comida para algunos señoritos que querian alegrarse y divertirse. Cuando le pareció que estaba ya para acabarse la comida, entró en la cocina, y preguntó al mesonero, si los tales y tales, nombrándolos á to-

dos por su nombre, estaban comiendo. Respondióle el mesonero que sí, y que ya estaban en la fruta. Pues bien, le dijo Ursacio, tenme cuidado de esta capa y de este sombrero, que quiero darlos un chasco. El mesonero no se paró en más; y Ursacio subiendo á donde estaba la mesa, se fingió un mozo del meson, y luego que acabaron de comer, levantó los manteles, envolvió en ellos todos los cubiertos, que eran de plata, bajó las escaleras, y tomando su capa y su sombrero, que encontró en un banco á la entrada de la cocina, se fué muy sereno á contar á sus camaradas aquella su nueva hazaña.

Queria nuestro mesonero proseguir la relacion de las proezas de Ursacio; pero á este tiempo nos pusieron la cena en la mesa, y él nos dejó cenar en paz. Poco despues comenzó el sueño á hacer de las suyas, ahincándonos los ojos, y abriéndonos las bocas para que saliesen los bostezos, con que todos nos fuimos á dormir sin querer oir más cuentos. La mañana siguiente proseguimos nuestro viaje hasta la gran cabeza del mundo, donde hicimos larga mansion para observar todas las grandes y raras cosas, tanto sagradas como profanas que hay que ver en ella. De aquí pasamos á Nápoles, y de Nápoles queriamos pasar á Sicilia, si la guerra que todavía estaba encendida entre españoles y tudescos no nos lo hubiera impedido. No obstante tuve el consuelo de informarme de mi padre y de mi tio, como tambien de los padres de Irene, y al mismo tiempo de lo que se decia de nuestra fuga. Supe con mucho dolor en cuanto á mis padres, que ámbos habian pagado á la naturaleza el indispensable tributo de la muerte, y que miéntras vivieron, estuvieron siempre inconsolables, no sabiendo mi paradero. Lloré amargamente el haberlos quizá anticipado yo el término de la vida, y me arrepentí, pero ya muy tarde, de haberme descuidado tanto en darles noticia de mi persona, como fácilmente lo pude hacer des-

de Viena y Polonia. En punto á los padres de Irene supe que todavia vivian, persuadidos á que se habria casado con Arnaldo, de quien ninguna noticia habian tenido desde que habia marchado á la guerra contra el Turco. Por otra parte el bando que se habia publicado contra mí, estaba ya cerca de su término, de manera que dentro de tres ó cuatro meses podia ir á tomar posesion de los bienes que mi padre y mi tio me habian dejado, si las cosas no estuvieran en la confusion en que las habian puesto los dos partidos contrarios que todavia reinaban. En virtud de esto resolví reservar para mejor tiempo el volver á mi patria, á lo que tambien contribuyó, y no poco, la repugnancia que tenia de volver á presentarme en ella sin la compañía de mi querida mujer. Estrechándome pues más y más con el baron de Crirchein, retrocedimos á Italia, y atravesando la Toscana nos embarcamos para Génova. Observamos curiosamente aquella gran ciudad, verdaderamente magnífica por sus soberbios edificios. Tuvimos particularísimo gusto de ver el palacio Dória, por su riqueza y por su suntuosidad. Estábamos contemplando con admiracion la grandeza, majestad y simetría de aquel incomparable edificio, cuando vi con la librea de aquella ilustrísima familia el desgraciado mozo que me habia herido de muerte en mi viaje desde Polonia á Dresde. Resolví inmediatamente dar luego noticia de todo á su amo, y habiendo logrado oportunidad de hacerlo en aquel mismo punto, nos prometió cortesanamente al baron y á mí, que al instante dispondria que se asegurase en un calabozo á aquel infame traidor. Con efecto así se ejecutó en el mismo dia, y el infeliz no tuvo la menor díficultad en confesar la alevosía que habia cometido conmigo, y al mismo tiempo otros muchos y muy execrables delitos. Añadió que habia solicitado muchas veces á mi Irene, pero que habiéndola encontrado siempre incontrastable, tanto á las amenazas

como á las lisonjas, aburrido ya de ella, la habia llevado como arrastrando á Milán, y despues de haberla despojado de todo cuanto tenia, la habia dejado abandonada en una hostería de la misma ciudad, sin haber sabido despues qué se habia hecho de ella.

No quise saber más, y con sola esta noticia, el baron y yo partimos volando á la capital de la antigua Insubria, y despues de haber practicado cuantas diligencias nos fueron posibles para descubrirla, finalmente la vinimos á encontrar en casa de la marquesa de Carvajal, que habia tenido la piedad de recogerla, y encargarse de su custodia. Consideren Vds. cuáles serian nuestros afectos al vernos y conocernos. Fueron ciertamente muy diversos que los del famoso oficial y su caprichosa amiga. Ella creyó que soñaba, viendo vivo al que tenia por muerto. Yo creia lo mismo de ella, pareciéndome quimérica la esperanza de hallarla, despues de tantas diligencias inútilmente practicadas. La marquesa tuvo el mayor gusto de toda su vida en que yo recibiese á mi esposa de su mano; y habiéndonos colmado de dones y regalos correspondientes á su riqueza y á su liberalidad, partimos finalmente de Milán llenos de contento y alegría.

¡Mas oh, y qué poco duran los gustos de este embustero mundo! A un gran placer siempre está pared enmedio un gran dolor. Me hallé de repente precipitado en un abismo, de que nunca pensé poder salir. Queria yo verdaderamente que volviésemos á Sicilia (y quién sabe si esto hubiera sido lo mejor que podia hacer con ánimo de presentarme con Irene á sus padres, arrojarnos á sus piés, y pedirle perdon de nuestra fuga, esperando que el gozo de volver á ver á su hija felizmente salva y libre de tantos peligros como nosotros les contariamos, los haria olvidar todos los disgustos que los habia causado nuestra

resolucion. Pero considerando que pareceria una especie de grosera ingratitud á la liberalidad de los Monarcas de Polina, el no ir personalmente á tributarlos nuevamente nuestros más humildes respetos, pensé por mi desgracia, que sería mas acertado dar una vuelta á Sajonia, donde se creia hallarse la córte en aquel tiempo, y más cuando el baron de Chirchein se nos ofreció á hacernos la costa de este viaje. Hicímosle en fin, y le concluimos en menos de dos meses, y me hallé en Dresde al principio del año de 1720. Supe luego que llegué, que aquellos soberanos se habian vuelto á Polonia contra todo lo que yo me habia figurado; y ansioso de abandonar cuanto antes un país donde me habia tratado tan mal mi adversa fortuna, determiné pasar á aquel reino, donde justamente ella me estaba esperando para hacerme probar nuevas y acaso más terribles desgracias. Apenas llegué á Franstad, cuando me sentí gravemente enfermo: me asistió mi Irene con todo el esmero y amor que yo podia desear, pero fué mi precipicio el médico que me curaba. Aunque era un hombre ya muy entrado en dias, sentia todavia la llama del amor. Desde la primera visita se enamoró de mi mujer, y juzgó el maldito viejo, que para conseguirla con mayor facilidad, era el más breve atajo despacharme una patente para el otro mundo.

Hizo pues que se me preparase un poderoso veneno, bajo el especioso nombre de una preciosa y exquisita medicina, sin que yo supiese los ingredientes de que se componia la bebida. Y para que el específico pudiese explicar mejor su virtud, ordenó que le bebiese por la mañana en ayunas. La inapetencia y la náusea á toda bebida y comida que me habia causado la enfermedad, me dejaba sin espíritu ni fuerzas para tomar los brebajes ó bebidas de botica, que por lo comun miran con tanta repugnancia los enfermos. Solo con verlas me provocaban al vómito: en virtud de eso, persuadida mi Irene que me habia de

dar la salud aquella bebida, infinitamente ponderada del médico, para animarme con su ejemplo quiso ella probarla primero; hízolo así la pobrecita, y alargándomela despues, me exhortó á que la bebiese, asegurándome que no tenia mal gusto. Pero lo que á mí me dió la salud, y me conservó la vida, á ella la puso en peligro de perder la suya. No pudo retener mi estómago, ni aun por pocos momentos la pócima mortal. Lancéla toda inmediatamente que la tragué, y con ella lancé al mismo tiempo una gran porcion de materias crudas é indigestas, que eran todo el fermento de mi grave enfermedad. Mas por el contrario mi pobre mujer cayó en un gran deliquio; quedóse pálida, trémula, convulsa y con todas las señales de una cercana muerte. No sé si la vista de aquel lastimoso espectáculo, con el intensísimo dolor que me despedazaba el corazon por la pérdida de mi dilectísima esposa, que parecia inminente; ó por la ira que inmediatamente concebí contra el alevoso físico traidor: no sé, vuelvo á decir, cuál de todos estos exaltadísimos afectos, ó si todos juntos pusieron en tan violenta agitacion todos mis espíritus, que de repente me hicieron recobrar todas mis fuerzas. Salté impetuosamente de la cama, vestíme aceleradamente, tomé la espada, y saliendo frenético á la ciudad en busca del asesino manipulador, le encontré por su desgracia muy cerca de mi casa; quizá por informarse más presto de lo que iba obrando su ponzoñoso brebaje. Seguramente que el infeliz jamás habria pensado que yo estaria tan pronto á pagarle su traicion; pues primero se sintió pasado de parte á parte con una estocada, que pudiese advertir de qué mano le habia venido aquel regalo. Despues que le dejé tendido, arrebatado de mi frenesí comencé á correr por aquí y por allí, sin saber lo que me hacia ni adónde me andaba. Tuve la fortuna de enfilarme por una callejuela que iba á dar en un monasterio de

grande estimacion en aquel lugar. Me metí en él; y aunque el herido ó el muerto era el médico del mismo monasterio, todavia me recogieron y me refugiaron aquellos buenos monjes; y despues que conté al superior el motivo que me habia hecho cometer aquel homicidio, se compadeció mucho de mí y me dió palabra de que me pondria fuera de Polonia sin peligro de probar los rigores de la justicia.

Ya se figurarán Vds. que dando yo por supuesta la muerte de mi querida esposa, de propósito nunca preguntaria por ella, temiendo que la memoria refrescase la profunda herida de mi inexplicable dolor, y que por el mismo motivo la discrecion de aquellos religiosos pondria el mayor cuidado en no tocarme semejante conversacion. Fuera de que el dia siguiente dispusieron que saliese del convento en hábito de la órden, acompañando á un venerable monge que iba á predicar la cuaresma á la Silesia. Era un hombre muy venerado, respiraba santidad en todo; estaba dotado en una facundia singular, más que medianamente versado en todo género de erudicion, pero singularmente en la sagrada, y de memoria tan feliz, que tenia muy presentes en ella los más importantes ó principales lugares de toda la Escritura. Me cobró mucho amor desde el primer dia de nuestro viaje, y determinó que me quedase con él, si yo gustaba, todo el tiempo que durase su evangélica predicacion. Esto mismo era puntualmente lo que yo deseaba en aquel tiempo de mi mayor desconsuelo: de manera, que apenas llegamos al lugar donde habia de dar principio á trabajar en la viña del Señor, nos hospedamos en casa del cura, hombre de bello aspecto y de madura edad. Su mesa era siempre abundante, y el vino que se bebia en su casa era el mejor del país. Llegó el dia primero de las apostólicas tareas del predicador; subió al púlpito y predicó sobre la memoria de la muerte que debemos tener

siempre presente: esforzó este asunto con tanta energía, que era más que suficiente para inspirar en todos un gran desprecio, y aun sumo horror á todas las que se llaman humanas felicidades. A lo menos yo quedé tan compungido y tan desengañado, que desde aquel mismo punto resolví abandonar el siglo, y retirarme á un escabroso y escondido desierto, distante de todas las ocasiones de pecar, y de todo comercio con los hombres. Parecíame que mi mismo abuelo me estaba llamando con su ejemplo á este género de vida; y que las repetidas veces que habia perdido á mi Irene, dejándola la última casi en brazos de la muerte, eran otros tantos avisos de la divina Providencia, la cual me queria en el yermo, ó en un monasterio, y no en el mundo. Comuniqué al predicador esta mi recien nacida inclinacion: y éste me respondió, que materias de tanto peso debian ser muy consideradas, y nunca practicadas con precipitacion, antes bien era menester irlas entretiniendo hasta que se pudiese lograr una certeza moral, de que no entraba el demonio á enredarnos en algun lazo con sobrescrito de vocacion. Díjome, que este mi pensamiento podia muy bien haber nacido de alguna especie de despecho, en cuyo caso tardaria muy poco en ir detrás de la ejecucion el tardo arrepentimiento, con notable peligro de la salvacion del alma y de la salud del cuerpo, sin hablar de la inquietud que causaria á mis hermanos en cualquiera comunidad á que me agregase. ¡Oh, hijo mio! me decia, ¡cuántos y cuántos he visto aun entre nosotros poseidos al principio de un espíritu de desasimiento de todas las cosas terrenas, que pasado aquel primer fervor, pasaron tambien ellos del extremo de la obeervancia al contrario extremo de la relajacion, echando mil maldiciones al dia en que hicieron la profesion religiosa, y atropenllando por esta con escándalo de los mismos seglares! Estos son aquellos pocos malos religioss que hacen tan-

to daño al buen nombre de los otros, de manera que basta oir el nombre de fraile ó de monge, para hacer bajo concepto de la persona, torciendo el hocico con un cierto gesto que suena á desprecio, y aun á vituperio. Así que (prosiguió el buen religioso) no conviene darse prisa á decir *sí* en aquellas cosas en que pasado algun tiempo no se puede decir *no*, atándose á un grupo de ñudos más indisolubles que el famoso ñudo Gordiano, y echándose al cuello unas cadenas, que llevan arrastrando á la esclavitud de la eterna desesperacion. Por tanto tenga Vd. un poco de paciencia, espere á que acabe mi cuaresma, y entónces consultaremos entre los dos con mayor sosiego el partido que delante de Dios nos pareciere se debe tomar. Hízome fuerza este prudente consejo, conforméme con él, y frecuentando sus sermones sin perder alguno, me pareció que cada dia me confirmaba más y más en mi determinacion.

CAPÍTULO IV.

Maligna y pesada burla que quisieron hacer en Silesia con el monge predicador. Viaje á la India oriental que él jóven Siciliano emprendió en compañía del mismo monje, y terrible suceso por el cual quedó preso el jóven en la isla de Madagascar.

Miéntras tanto sucedió, que habiendo el apostólico monge predicado con gran celo y con igual eficacia contra cierto vicio muy comun en aquel país, algunos sugetos que estaban más particularmente notados de él, se quisieron vengar con una burla, que seria sumamente vergonzosa para el padre predicador. Habia en el lugar una mujer extraordinariamente bien parecida, y casada con un Oficial sumamente celoso; pero ella sabia muy bien tomarle las vueltas cuando estaba enamorada de algun jóven de su gusto. El que entonces lograba la posesion de sus favores era uno de los que estaban conjurados contra el santo religioso. Este tal, despues de haber hablado en secreto con ella, la persuadió á que escribiese un papel al predicador, dándole á entender que habia muchos años que no se habia confesado, porque su marido no la dejaba cumplir con esta obligacion, movido de la grandisima aversion que tenia á todo clérigo y á todo religioso: y que habiendo ella oido el gran fruto que su paternidad hacia con sus sermones, estaba resuelta á recibir de su mano la absolucion de sus enormísimas culpas, pe-

ro no pudiendo lograr de otra manera este consuelo, le suplicaba que por caridad se incomodase en ir á su casa en cierto dia, y á cierta hora en que no estaria en ella su marido, pero previniéndole que se sirviese venir en hábito de secular para que si le viesen los vecinos, cesase el peligro de que se lo contasen á su esposo, y ella pudiese descargar su conciencia con tranquilidad y sin el sobresalto de tener que sufrir malos tratos por una obra tan santa y tan necesaria.

Ejecutó la mujer todo cuanto la dijo su amante sin hacer reflexion á las funestas consecuencias que podia producir aquella peligrosísima burla, fiada en los grandes juramentos con que la aseguraron, que á ella no la vendria mal alguno. Por otra parte al buen monge le disonaba mucho, y tenia gran repugnancia en dejar su santo hábito, y disfrazarse en trage impropio para ir á donde le llamaban; pero considerando el gran bien que podia resultar á aquella alma, que con tanta instancia imploraba su socorro resolvió exponerse á todo por consolarla y complacerla.

Con efecto, al primer aviso que se le dió, proveyéndole al mismo tiempo de un vestido de labrador, partió á la casa de la mujer, la cual le llevó al cuarto más secreto y más retirado de ella. El religioso arrimó luego el vestido secular, y quedándose en el traje que le correspondia, comenzó á hablar de cosas espirituales, y á exhortar á la mujer á que hiciese un exámen general de toda su vida pasada, facilitándole, y ayudandola él mismo, y poco á poco la fué disponiendo con tanta eficacia á la verdadera penitencia, que la pobre mujer, aunque en nada menos habia pensado que en convertirse, se convirtió verdaderamente, y tan de corazon, que arrojándose á los piés del monge comenzó á confesarse anegada en un amarguísimo llanto. Miéntras pasaba esto en casa de aquella antes desgraciada, y ya dichosa mujer, los pisaverdes, que habian estado acechando

el punto en que habia entrado en ella el religioso, sabiendo que el marido habia ido á visitar una hacienda que tenia poco distante del lugar, fueron inmediatamente á decirle, como el padre predicador de la cuaresma, disfrazado en hábito de secular, habia ido solo y sin compañero á su casa, donde le habia introducido su misma mujer, y que todavía se estaba divirtiendo con ella, segun todas las señales en una amorosa y tierna conversacion. Mucho menos bastaba para encender aquel hombre, naturalmente celosísimo, en un arrebatado y ciego furor. Voló á su casa, subió la escalera, penetró hasta donde encontró á su mujer anegada en lágrimas á los piés del confesor, lo que le fué muy fácil, porque el mismo confesor quiso que estuviese abierta de par en par la puerta del cuarto, por evitar todo escándalo y y todo pretesto de murmuracion.

Cuando el artesano vió á su mujer en un acto tan distinto de aquel en que habia pensado encontrarla, quedó atónito; y mudado de repente, en vez de enfurecerse contra su esposa y contra el monje, se puso de rodillas, y les pidió perdon por haberles perturbado en aquel santo ejercicio. Y declarándolos despues todo lo que le habian ido á contar, acabó el predicador de conocer el lazo que le habian armado, además de lo que ya habia entendido por la confesion de la mujer. Sin embargo, el prudente padre disimuló por entonces, prosiguió oyendo con serenidad toda la confesion de aquella pobre penitente, la cual de impúdica y disoluta, pasó á hácer una ejemplarísima vida. Colmado despues de las bendiciones y gracias que le dieron los dos casados, se restituyó con toda libertad á su convento, muy consolado por lo bien que habia salido de aquel peligroso lance, pero mucho más por la felicísima conquista de aquella alma pecadora. Cuando los impíos manipuladores de aquella infernal burla, que estaban á la mira, no solo para saber el

éxito de su diabólico enredo, sino tambien para que no se hiciese el menor insulto á la mujer, como se lo habian prometido: cuando los impíos manipuladores, vuelvo á decir, vieron que el monje salia de la casa, no ya en traje de labrador, sino con el hábito de su religion, y oyeron de boca del mismo marido abominar de las malas lenguas, contándolos el egercicio en que los habia encontrado, como no podian ellos comprender de qué manera se habia hecho aquella transformacion, lo atribuyeron todo á milagro, y arrepentidos de haber armado aquel lazo á la inocencia de un hombre tan santo, desde allí adelante oian sus sermones con mayor compuncion y con gran provecho de sus almas.

Cuando yo llegué á saber toda la série de este raro suceso, quedé más que nunca persuadido á que la virtud de mi compañero nada tenia de fingida, sino que era una virtud sólida, maciza y verdadera: por consiguiente se me avivó más el pensamiento de abandonar el mundo para imitarle algun dia en el celo egercitando la predicacion. Algunas veces, cuando estaba sólo, me subia encima de una mesa ó de una silla, figurándome que estaba sobre un púlpito, y predicaba algunos trozos de sermones que yo habia compuesto, pareciéndome que tenia gran talento y que haria mucho fruto en mis oyentes. Otras forjaba de mi cabeza algunos lances propios para ejercitar la virtud, y á ejemplo del predicador suponia haber salido de ellos de manera, que en la opinion general pasaba por un hombre admirable en la doctrina y venerable en las costumbres. Sin advertir que en esto mismo estaba egerciendo un acto de vanidad, y que semejantes pensamientos no podian nacer de luz ó impulso superior. Por el contrario el buen padre, que era un hombre dotado de una gran discrecion de espíritu y en estas materias sabia muy bien distinguir lo verdadero de lo aparente, por mu-

chos dias me decia contínuamente, que en punto á mi vocacion aun no veia bien claro, y que más le parecia estar deslumbrado que iluminado; por lo que eran menester pruebas más perentorias para conocer si era tentacion en lugar de vocacion. Mientras tanto, poco á poco me iba olvidando de mi Irene. Ya no soñaba con ella, ni cuando estaba despierto me la representaba la fantasía con aquella hermosura y con aquel garbo que me encendia el deseo de verla viva, ni con aquella palidez y agonía que me excitaba á llorarla muerta. Ella, me decia yo á mí mismo, á buena cuenta, como tan virtuosa y tan buena, estará ya gozando el premio de su virtud, y se alegrará verme desde el cielo dispuesto á abandonar todas las cosas caducas, para abrazar un estado de perfeccion por todo el resto de mis dias. ¿Y quién sabe, sino debo á su intercesion con Dios la gracia de esta mi santa vocacion, deseando que la imite á ella, feliz ya y bienaventurado, en los actos de virtud y de inocencia cuanto me sea posible en esta vida?

Habíase finalmente acabado la cuaresma, en la cual el grano evangélico, sembrado por el celoso predicador, habia producido copioso fruto de verdadera penitencia. Asi que, pasada la octava de la Páscua, partimos de la Silesia para la Bohemia, donde el monje debia concurrir á un capítulo provincial de su religion. Luego que llegamos á Praga, volví á insistir con mucha mayor fuerza en mi pretension del hábito religioso; pero mi director, léjos de condescender con mis deseos, me intimó como por prueba, un acto de anticipada obediencia, mandándome que tuviese paciencia por un año, y que durante ese tiempo no volviese á hablar en el asunto. Me conformé, aunque de mala gana, con este duro precepto (bien que esto solo era bastante para que yo conociese la mucha razon con que se dudaba que fuese legítima mi vocacion) y solamente se me hizo menos pesado, cuan-

do aquel padre fué nombrado para ir á gobernar ciertas importantes misiones de su religion en las Indias orientales, y me propuso si le queria seguir en aquel viaje tan largo, dándome palabra de que satisfaría mis deseos, si diese en él buenas pruebas de mi firmeza y de mi perseverancia. Cogíle la palabra y partimos á Bohemia, tomando el camino de Alemania para pasar á Francia, y desde allí á Portugal, donde nos embarcamos en una de las naves que estaban prontas á partir para Goa, capital de las Indias portuguesas. Todos saben el rumbo que se ha de seguir desde Lisboa hasta aquella distantísima parte de la tierra. Tocamos en el Brasil, y desde aquí nos dirigimos al Cabo de buena esperanza, donde los portugueses tienen una buena Colonia. Doblamos este famoso promontorio del Africa, y dimos fondo en la isla de Madagascar, por otro nombre la isla de San Lorenzo, donde teniamos necesidad de proveernos de muchas cosas que nos faltaban para llegar al término de nuestra larga navegacion. Las costas de esta isla están en parte pobladas de europeos; pero el continente por todas partes está circundado de altísimas montañas, las cuales á la vista parecen inaccesibles, y por lo mismo está todavía en poder de los antiguos habitadores de aquella isla, la mayor y más dilatada, segun se dice, de todo el mundo.

En los dias que se detuvieron anclados los navíos para hacer sus provisiones, tuve tiempo para ir reconociendo los sitios más cercanos en compañía de algunos mercaderes portugueses, que como yo, nunca habian estado en ella. La curiosidad es una loable propiedad que tienen todos los viajeros de espíritu; pero no pocas veces suelen ser causa de estrañas y no prevenidas aventuras que los distraen de sus fines, impidiéndolos por varias fatalidades la ejecucion de los proyectos que habian formado. Esto nos sucedió puntualmente á nosotros. Un dia, pues,

en que nos ibamos paseando por un verde y delicioso prado que comenzaba desde la orilla del mar y seguia hasta la falda de una de aquellas elevadísimas montañas de la cual descendia un riachuelo de agua limpia y clarisima, y que despues de discurrir un no corto espacio por la campiña, revolvia hácia la ribera, oimos una voz lastimosa que decia: *socorro, hermanos*. Enderezamos hácia aquella parte de donde nos pareció que la voz habia salido y nos hallamos con un hombre de nuestro equipaje que estaba tendido en tierra mal herido. Preguntámosle inmediatamente quién habia sido el agresor, y solo nos respondió, que habiéndosele antojado ver el orígen del riachuelo que salia del monte, se habia internado mucho más alla del sitio donde entonces se hallaba y que de repente se vió asaltado de unos hombres que venian navegando por el mismo arroyo en una especie de barco, que se reducia al tronco de un grueso árbol socabado, y que pretendiendo él defenderse con el fusil que tenia en la mano, le disparó y mató á uno de ellos, viendo lo cual los demás se arrojaron rabiosos sobre él, y con los chuzos que traian en las manos le habian puesto en el estado en que le veiamos. Añadió, que se le querian llevar consigo; pero que habiéndonos visto á nosotros cuando nos acercábamos por aquella parte se habian retirado á la otra orilla del arroyo y el con esto se habia esforzado como pudo á salirnos al encuentro para implorar nuestro socorro. Mientras nos estaba haciendo esta relacion, hételo aquí que vemos venir navegando hácia nosotros por el mismo riachuelo algunos otros barcos cargados de hombres, vestidos de un traje particular. Saltaron en tierra, embistiéronnos valerosamente, y aunque los más teniamos nuestros fusiles, en los cuales fundábamos toda nuestra confianza, no bastaron sus tiros para atemorizar á nuestros agresores, porque prosiguiendo en atacarnos despues de haber

muerto ó herido á casi todos nos vimos precisados á rendirnos. Trasportaron á sus barcos á todos los que daban algunas señales de vida, llevándolos á la orilla opuesta y despojaron enteramente á los muertos, cargando con todos sus arneses, pero más particularmente con sus armas. Yo fuí uno de los primeros porque aunque habia recibido una herida en un brazo, no la consideraron incurable y de próposito me pusieron con otros ocho sobre una especie de ataudes formados de mimbres entretejidos y enlazados y nos llevaron en hombros con mucho tiento y amor por ciertos senderos escrechos y tortuosos que guiaban hasta la cima de la montaña, de la cual comenzamos á bajar el dia siguiente y de allí á poco á volver á subir de nuevo, hasta que despues de cuatro jornadas y media, hechas con este trabajo, llegamos en fin á una especie de campamento militar, compuesto de una infinidad de barracas que hacian el papel de tiendas de campaña. Nos metieron luego á todos en una de ellas y visitadas nuestras heridas, curadas los dias antecedentes con yerbas y jugos, cuya virtud no sabiamos, se hallaron todas muy sanables y con otros remedios que las aplicaron, los cuales todos consistian en extractos de yerbas medicinales de exquisito olor y de admirable fragrancia, en solos tres dias nos hallamos todos perfectamente curados. Entonces nos condujeron á la presencia de un venerable anciano, que parecia ser el general de toda aquella gente, porque se dejaban ver varios cuerpos de guardia delante de su tienda, se le hacian honores y se le trataba con singular reverencia. Luego que nos vió, nos dijo: sois prisioneros de mi rey; pero no por eso os desconsoleis porque no lo sois para ser tratados como esclavos, sino para ser admitidos á su real gracia y ser puestos á la frente de sus ejércitos, cuando necesitare de vuestra pericia, de vuestro valor y de vuestra fidelidad. Yo mismo me ví como vos-

otros es veis, y puedo decir que mi mayor fortuna fué ser prisionero de estas gentes, cuya gentileza en nada es inferior á la de las naciones más cultas. Desean adiestrarse en el arte de la guerra, el único en que fueron mal instruidos por sus antepasados; con este fin solicitan tener por capitanes á hombres europeos, por haber oido que en el manejo de las armas y en el arte de hacer la guerra, ninguna otra parte del mundo puede competir con la Europa. Vosotros perfeccionareis lo que yo no he hecho más que comenzar, gozando, como gozareis, de una entera libertad de conciencia en punto de religion. Tampoco os faltará nada de lo necesario para una vida feliz, cómoda y regalada aun á la manera europea. Al oir semejante proposicion, todos quedamos atónitos, y punto menos que estáticos, porque esperábamos del general de aquella gente un recibimiento muy contrario de lo que nos prometian aquellas alegres y lisongeras esperanzas. Por lo que toca á mí, no pudiendo apartar de la memoria el terrible sacrificio á que estuvo tan vecino el pobre Isidoro entre los salvajes del Canadá, consentí en que me aguardaba otra desgracia semejante; pero cuando oí que era destinado para ser con el tiempo un gran hombre de guerra, se me escapó de repente todo el espíritu monacal que ántes respiraba. A buena cuenta (decia entre mí mismo) yo tomé mis lecciones de esgrima y de tremolar la bandera: me he hallado en los ejércitos y he visto algunas funciones sangrientas: observé con atencion cómo se forma ta tropa, y cómo se mandan sus movimientos en las ocasiones, de manera que puedo esperar hacer algun papel en estos pueblos inexpertos y mal disciplinadas. ¿Quién sabe si la Providencia me tenia reservado este destino, y que yo llegue á ser en esta distante y desconocida parte de la tierra, lo que nunca podia esperar quedándome en las delicias de Europa?

CAPITULO V.

Cómo fueron tratados en Madagascar el jóven Siciliano y sus compañeros. Lenguaje de aquel país con la idea que dá de él un nacional. Cuál era su metrópoli. Cómo fueron recibidos y tratados en el palacio real los forasteros. Qué criados los señalaron, y el misterioso secreto que se escondia en aquella asignacion.

Convidónos despues el general á un suntuoso banquete, y nos dió una expléndida comida, en que nos sirvieron los platos más delicados y sabrosos, pero sobre todo un vino, que nada debia á los más generosos de España, Francia ni Italia. Nos preguntó el general las novedades que corrian en todas las córtes de Europa, y oyó con el mayor gusto las grandes revoluciones que en estos últimos tiempos habian sucedido en todas ellas, con la sangrienta y obstinada guerra que sucesivamente habia tenido ocupada á casi toda aquella bellísima parte del globo. Observamos, que cuando se hablaba de alguna cosa que tocase á la Holanda, el general la oia con particular atencion, y por las preguntas que nos hacia, interrumpiendo de cuando en cuando el discurso y la narracion, conocimos que se interesaba mucho por aquel país, é hicimos juicio que era sin duda pátria suya. Con efecto era así, porque él mismo nos contó poco despues que habia nacido en Roterdam, y que era hijo de un capitan de navío, con quien, siendo aun muy jóven, hizo el

viaje á las Indias orientales, y habiendo desembarcado en la costa septentrional de Madagascar, habia sido hecho prisionero por aquellos nacionales, y despues de muchos años le habian hecho sucesor en el mando de las tropas de un viejo escocés, que murió despues de haber ejercido por largo tiempo aquel supremo empleo. Añadió despues: habeis de saber, amigos mios, que las grandes novedades que me habeis contado, si han sido para mí de mucho gusto, no lo serán menos para mi soberano el cual se complace infinitamente en estar bien informado de todo lo que hacen los grandes príncipes de la Europa, de los cuales tiene el más alto concepto, y los mira con la mayor estimacion. No quiero retadar más á este gran monarca la particular satisfaccion que tendrá de veros y de oiros, por lo que he determinado que mañana mismo prosigais vuestro camino en derechura á su córte y á su real palacio.

Así fué con efecto: porque apenas despuntó el sol por el horizonte, cuando con la escolta de cien hombres comenzamos á caminar por una elevada y asperísima montaña, que terminaba de la otra parte de un deliciosísimo valle, por medio del cual corria dulcemente un bello rio. Descubríanse hácia sus dos márgenes á igual distancia algunas poblaciones, cuyas fábricas se parecian mucho á las nuestras. Jardines admirablemente cultivados, y colinas que sobresalian de una y otra parte, mostrando el más delicado gusto en toda su agricultura. Llegamos á hacer noche en un pueblo crecido y numeroso, cuyo gobernador, que en la lengua del país se llamaba *el Cadal*, nos alojó cómodamente. Antes de pasar adelante es necesario saber, que aquella lengua no conoce mas que una vocal, y es puntualmente la primera letra de nuestro alfabeto; con ella sola diversifica todas las modulaciones de sus voces, de las cuales es abundantísima, y todas terminan en alguna letra consonante.

De aquí nace que los naturales de aquella isla todos tienen bocas grandes, porque habiendo de pronunciar siempre la *a*, es preciso que abran la boca mucho más que para pronuncia la *e*, la *i*, la *o*, ó la *u*. Sea como quiera, para que nosotros los entendiésemos, y ellos nos entendieran á nosotros, siempre era necesario algun intérprete, y le tuvimos pronto: era éste un señor de los primeros del reino, que se hallaba en el campo, y habia aprendido algunas lenguas de Europa, que se habian introducido en Madagascar por los prisioneros de diferentes naciones que se habian hecho en varios encuentros con los europeos que navegaban por aquellos mares. Este tal intérprete era tambien el capitan de nuestra escolta, el cual nos repetia en lengua castellana todo lo que le decian en la suya, y referia á los isleños en la suya todo lo que nosotros le respondiamos en la nuestra, observando siempre una gran fidelidad. El dia siguiente proseguimos nuestro viaje por el mismo delicioso valle, y no llegamos al fin de él hasta poco despues de medio dia. Entonces se ofreció á nuestra vista una espaciosa llanura que nos presentó un gratísimo espectáculo, viéndose de cuando en cuando adornada de aldeas, castillos y ciudades, que no envidiaban á las de Italia y Francia. Entre aquellas poblaciones nos mostró nuestro conductor con el dedo la capital donde residia el rey. Aquella, dijo, es la córte, donde espero que llegaremos mañana. Llámase *Tarapasar*, que quiere decir *gloria del reino*. En ella vereis todo lo rico y delicioso que puede apetecer la vista. Una córte florida, un magnífico palacio real, suntuosos edificios, floridísimo comercio, nobleza muy culta, pueblo de buenas costumbres, progreso de las artes y de las ciencias todas en el más perfecto estado.

Lleno nuestro pensamiento de tan grandiosas ideas, seguimos alegremente nuestro camino, y despues de haber hecho noche

en una ciudad que se decia *Claar*, y podria tener de circunferencia como dos millas, llegamos el dia siguiente á las tres de la tarde á Tarapasar. Sus murallas eran ya antiguas, pero flanqueadas de bonísimas torres, y defendidas de un anchuroso foso lleno de agua. Entramos por un puente levadizo, y desembocamos de la puerta pasando por medio de dos compañías de soldados, con uniformes de color rojo, puestos todos en ordenanza, con banderas desplegadas, en las cuales se veian algunas cifras arábigas. Una derechísima calle, cuyas casas todas eran de igual altura y de uniforme fábrica, nos condujo á una gran pla za, en medio de la cual se dejaba ver un elevado coloso de piedra, que representaba un hombre armado, y decian era la imágen del primer rey de aquel reino, y que el tal rey, segun el cómputo de sus historias, habia vivido en siglos tan anteriores, que no cree cuenten tantos los anales de la China. Esta plaza era de figura circular, y desembocaban en ella cinco calles, á las cuales se salia por otros tantos arcos de los pórticos que circundaban la plaza. Nos condujeron por aquella calle que iba derecha al palacio real, colocado en el recinto de una buena fortaleza, la cual ocupaba una gran extension de terreno en un ángulo de la ciudad. Fué preciso pasar la palabra de nuestro arribo al gobernador de dicha fortaleza, y habido el permiso del rey, entramos por tres puertas entre tres cuerpos de guardias con uniformes y divisas de otros tantos colores diferentes. Antes del palacio habia un espacioso campo, por el cual se veian pasear y divertirse varias damas y señores de la córte. La fábrica del palacio era de una sencilla pero bien proporcionada arquitectura, sirviéndole de álas dos soberbias galerías, y en el centro de ámbas una torre á manera de atalaya, que parecia iba á esconder la cabeza en la media region del aire: tanta era su elevacion. Introdujéronnos en la galería del ála derecha, á la cual se entra-

ba por tantas puertas, que servian á otras tantas habitaciones cuantas eran nuestras personas. Luego que entramos nos sirvieron agua de olor para lavarnos manos y cara, y despues un precioso refresco muy parecido á las conservas de Turin. ¡Oh qué bella cosa fué para nosotros encontrarnos con tanto regalo, y con tan noble tratamiento en un país donde solo habiamos consentido hallar nuestra muerte! A la verdad nuestra admiracion debia ser tanto mayor, cuanto era ménos ventajosa la idea que nos habiamos formado de las costumbres de aquellos pueblos, en virtud de las relaciones de los viajeros que nos los habian pintado como los más bárbaros de las naciones de la tierra. Este fué el primer recibimiento: despues de él nos dijeron, que descansásemos hasta que llegase el tiempo de la cena; y diciendo esto se retiraron todos, dejándonos en entera libertad. Fácilmente les obedecimos, porque el cansancio de un viaje tan largo, y todo á pié, pues en aquel país no hay carruajes de camino, ni bestias de carga, nos tenia verdaderamente molidos y descoyuntados todos los miembros. Nos echamos pues sobre unos mullidos colchones de algodon, género de que abunda mucho aquella isla, tanto que de solo él se visten todos cuantos habitan en ella. Dormimos dos horas profunda y sosegadamente, hasta que nos despertó y nos hizo saltar de la cama una armoniosa música. Luego que estuvimos en pié entraron varios criados con hachas encendidas, porque ya era de noche, y nos condujeron á otra cámara, donde estaba ya puesta la mesa para cenar. Hallóse presente á nuestra cena toda la gente que nos habia venido escoltando. Apenas comenzamos á gustar las primeras viandas, que eran muy simples, como todas las demás que se siguieron, cuando vimos entrar una multitud de hombres y mujeres, que venian á ver los forasteros, movidos de pura y mera curiosidad. A todos nos fueron contemplando muy des-

pacio, parándose á mirarnos fijamente uno á uno con grandísimo silencio. De cuando en cuando se hacian unos á otros ciertas señales, acompañadas de una risita entre dientes: quizá porque á todos nos veian comer con igual y grande apetito. Confieso la verdad, que á mí me hubiera dado alguna sujecion una visita tan importuna, si el hambre no me hubiera hecho olvidar todos los respetos humanos.

Al primer giro que hizo el vino por las mesas, servido en vasos de marfil primorosamente labrados, dió principio á los bríndis nuestra escolta, diciendo en voz alta: *Carab- tal*, que es lo mismo que *viva el Rey:* al oir esto todos los presentes que estaban en pié, echando prontamente una rodilla en tierra, repitieron con alegre gritería las mismas palabras, ceremonia que se repitió en cada uno de los bríndis que se siguieron despues. En el segundo giro de los licores, que comunmente se hacía cada vez que se cubria la mesa, la escolta gritó: *Carab-Malahar: vivan los forasteros.* Entonces ninguno dobló la rodilla, pero alzando todos la mano derecha hasta la cabeza, se tocaron con ella la frente sin pronunciar palabra alguna. El tercer brindis fué: *Carab-palahar*, esto es: *vivan todos los presentes*, á cuya voz se quitaron todos una especie de gorro ó de birrete con que cubrian la cabeza. Concluida la cena se levantaron los manteles, y esto queria decir, que á ninguno era ya lícito comer ni beber. Inmediatamente nos sirvieron agua para labarnos las manos, y despues todas las mujeres y hombres, en señal de benevolencia y amistad, vinieron aquellas á tocarnos la mano, y estos á besarnos. Nuestra escolta, es decir, el capitan de ella, que era nuestro intérprete, contó al numeroso concurso el modo cómo habiamos sido hechos prisioneros, y de qué nacion éramos, concluyendo con prometerlos en nuestro nombre, que procurariamos la mayor gloria del rey, el aumento de su real hacienda y la

grandeza del reino. Promesa que nos fué preciso confirmar, practicado con las mujeres y los hombres la misma ceremonia que ellas y ellos habian practicado con nosotros, apretando la mano á las unas, y besando á los otros en la mejilla siniestra: ceremonia que entre aquellas gentes se considera más sagrada y más obligatoria que cualquiera otro juramento. Concluidas todas estas cosas, cada uno se fué retirando, y nosotros quedamos solos con nuestro intérprete. Este hombre, que verdaderamente era de una dulcísima índole, nos dijo entonces: Ahora, señores, verán ustedes entrar las personas que el rey ha destinado para que les sirvan todo el tiempo que se mantuvieren en palacio; pero cuando salgan de él para aquellos empleos á que los llamaren la necesidades de la Monarquía, entonces podrá cada uno servirse de aquellos criados que mejor le parecieren. No bien habia dicho esto, cuando vimos entrar una multitud de hombres y mujeres pero estas todas viejas, asquerosas, despilfarradas y hediondas: más los hombres al contrario, todos mozos, galanes, garbosos, bien hechos y bien parecidos. Dos de cada sexo, añadió el intérprete, han de tocar á cada uno de ustedes; entre los cuatro repartirán todos los oficios y menesteres domésticos, principalmente los que tocan inmediatamente á la persona del amo, segun los talentos, fuerzas y habilidad que se descubrieren en cada uno. La monstruosa fealdad de las mujeres nos llenó á todos de horror, y nos miramos unos á otros de manera que fácilmente pudimos dar á entender la invencible repugnancia que nos causaba la precision de tener siempre á la vista y dentro de nuestras casas unos objetos tan abominables, que á un mismo tiempo conmovian el tédio, el asco, el espanto y el terror. Conociólo luego el intérprete, y sonriéndose nos dijo: no os admireis, señores, de lo que estais viendo: todo el misterio se reduce á que el rey quiere que tengais siempre delante de los

ojos un espectáculo que os haga conocer el poco caso que se debe hacer de las hermosuras del otro sexo, al ver la facilidad con que se marchitan y lo presto que envejecen, convirtiéndose en materia de nuestro asco y de nuestra abominacion.

Al oir esta explicacion del misterio que tenian nuestras matusalenas de criadas, podridas y cazcarrientas, conocimos que debia ser muy estraño y muy curioso el moral que se usaba en Madagascar; y así sosegándonos con saber que esta era la voluntad del rey, nos aquietamos, y cada uno de nosotros aceptó los familiares que le tocaron en suerte. Nosotros éramos nueve, con que entre todos veniamos á tener treinta y seis criados de uno y otro sexo por iguales partes. Todos ellos vinieron luego á tocar el pié del amo que le habia cabido: demostracion que en aquella isla es señal y protestacion de servidumbre. Como ellos no entendian nuestra lengua, ni nosotros la suya, estaban atentísimos á observar nuestros gestos y movimientos, para ejecutar prontamente todo aquello que á su parecer deseábamos que hiciesen. Las mujeres se entraron en nuestros cuartos á hacernos las camas, y los hombres se arrimaron á nuestras sillas con las hachas encendidas, en ademan de ir alumbrándonos delante de nosotros, cuando nos fuésemos á recoger. Con efecto, nuestro intérprete, que se llamaba Dagal, habiendo observado que el sueño nos iba poco á poco ahincando los ojos, y que las pálpebras ya no se sostenian, se despidió y se retiró, dejándonos en entera libertad de hacer lo mismo. Fuímonos, pues, á dormir, y la mañana siguiente luego que nos levantamos, hallamos ya prontos á nuestros criados para hacer todo lo que les quisiésemos mandar. Ciertamente que no sabria hacer otro tanto el paje más servicial y más despejado de París. Era á la verdad gran gusto ver ejecutado todo cuanto deseábamos, y les tocaba hacer á ellos, sin que nos costase

siquiera una palabra. Despues de levantados, nos juntamos todos en la galeria, que servia como de antesala á nuestros cuartos, discurriendo de la extraordinaria aventura que nos estaba sucediendo. Y aunque los mercaderes portugueses tenian tantos motivos para estar afligidos por la pérdida de su hacienda, por la grande distancia de su pátria, y por haber dejado en ella tantas caras prendas en sus mujeres é hijos, todavía les servia de grandísimo consuelo el risueño aspecto con que les miraba la presente felicísima fortuna. Y yo que lloraba ya perdida á mi querida Irene, y muertos todos mis parientes, por lo que habia resuelto pasar lo que me restaba de vida en el oscuro retiro de un cláustro, entregado enteramente á la mortificacion y pobreza religiosa, nada tuve que hacer en conformarme con este nuevo bellísimo destino, cuyo alegre semblante me estaba prometiendo las mayores felicidades.

CAPITULO VI.

Curiosas conversaciones entre los portugueses y el Siciliano. Son admitidos á la primera audiencia del rey. Convídales á comer, y sucesos de la mesa.

Discurriamos entre nosotros sobre las cosas tan estrañas que nos estaban sucediendo, y no nos acabábamos de maravillar de la policía y arregladas costumbres de una nacion, de que hasta allí no se habia hecho caso alguno; con cuyo motivo salió á la conversacion el método practicado en la cena de la noche antecedente. Entonces un mercader, hombre de estraña figura, pequeño, rollizo, rechoncho, gran panza, igual pestorejo, pantorrillas colosales, y una sotobarba que parecia segunda cara colgada de la primera. Este tal, que se llamaba D. Bíbulo: yo á lo menos (dijo con voz entre hundida y resbalada) nunca alabaré el maldito uso de que solo gire tres veces el vino en cada sesion de la comida ó la cena. Mi costumbre es beber siempre que me da la gana, y no me siento bueno mientras no caliento el estómago con veinte vasos bien llenos de vino generoso. Esta noche pasada me costó gran trabajo hallar el sueño, y si no se muda esta costumbre, yo me habré de morir por cumplimiento. Consuélese Vd., le repliqué yo, pues el general nos aseguró que con el tiempo tendriamos libertad para vivir á nuestro modo, y él mismo lo ha convencido con su ejemplo, pues hemos

visto que se trata muy diferentemente de lo que aquí se usa. Mientras nos mantengamos en la córte, será menester callar y y tener paciencia: cuando seamos destinados á la guerra y al mando de las tropas, entonces comeremos y beberemos á nuestro modo, sin que nadie nos lo impida. Eso está bien, repuso el mercader; ¿pero cuándo llegará ese tiempo para mí? Yo siempre he sido un hombre muy pacífico, y nunca he sabido manejar ni la pica ni la espada. Nunca he sabido qué cosa es guerra, sino cuando oía hablar de ella en los cafés, en el mostrador de algun boticario ó en los mentideros de Lisboa. Eso mismo, dijeron los otros, es lo que tambien nos hace á todos desesperar de vernos algun dia libres de esta esclavitud. Nosotros no hemos estudiado por otros libros que por los de caja, ni nos hemos aplicado á otras letras que á las de cambio, y nuestro oficio no ha sido otro que traficar, echar cuentas, hacer avances, comprar los géneros al precio más bajo que podiamos y venderlos al más alto que nos era posible. En cuanto á ese prudente temor que Vds. tienen, los respondí, espero desvanecérsele. Sepan Vds. que yo me hallé en la guerra de la Moravia y de Ungría: tuve la curiosidad y el gusto de ver muchos ejércitos militaree en varias partes de Europa, de manera que me parece saber lo que basta para ser tenido por un Anibal, ó por otro Scipion africano entre esta gente colecticia y sin experiencia. Yo me atrevo á enseñar á Vds. los principios de este arte, sin haber leido jamás á Vegecio, y en poco tiempo les enseñaré no solo á llevar la pica y manejar la espada, sino tambien á mandar las marchas, las contramarchas, las desfiladas, los cuartos de conversion, con todas las demás evoluciones más ordinarias para atacar y repelar al enemigo, tanto en los avances, como en las retiradas, y así en el asalto, como en la defensa. Los enseñaré á tremolar la bandera, y el manejo del bas-

ton. En una palabra, á pocos dias de cursar esta escuela, pasarán todos Vds. en el concepto de estos madagascareses por otros tantos príncipes Eugenios y mariscales de Tallard. Riéronse los portugueses cuando oyeron mi discurso, y todos se dispusieron á recibir mis lecciones, reconociéndome desde aquel punto por su jefe y maestro en el arte de la guerra. Pero mientras tanto ¿qué ha de ser de nosotros? preguntó un mozuelo como de veinte á veintidos años; ¿y qué hemos de hacer de estas malditas viejas que tenemos siempre delante de los ojos? ¿Hemos de estar perpétuamente así, sin ver siquiera de cuando en cuando alguna linda cara que nos alegre? Segunda vez hizo reir á todos esta ocurrencia del mozuelo, y otro de su edad, que quiso llevar la burla adelante, añadió: yo me acuerdo de haber leido en la historia de Alejandro, que llamaba *dolores de los ojos* á las mocitas persianas. ¿Cómo llamaria aquel monarca á estas vejarronas madagascaresas si las tuviera delante? Si las mujeres de Capra, dije yo entonces, hubieran sido como estas nuestras isleñas, á fé que no hubieran hecho el daño que hicieron en el ejército de Anibal, afeminándole y enervando toda su disciplina militar. Y pues que nosotros hemos de ser otros tantos Anibales, es menester que desviemos de nuestros ojos todo objeto de tentacion.

Miéntras nos estábamos divirtiendo con estas inocentes burlas, nos interrumpió nuestro intérprete Dagal, el cual entró á decirnos, que aquella misma mañana debiamos ser introducidos á la primera audiencia del rey. ¡Oh! ahora sí (dijo el festivo portugués) que es menester que nos vistamos de gala y con toda pompa y gravedad, para sostener el ventajoso concepto que se ha hecho de nosotros. Con efecto, cada uno se vistió lo mejor que pudo y supo, para recibir aquel gran honor, y cuando estuvimos todos prevenidos, nos encaminamos, precedidos

de nuestro intérprete, á la puerta principal del palacio, donde fuimos recibidos de los criados de librea, mientras al pié de una bellísima escalera de mármol en figura de caracol, estaba apostada la guardia noble. Subimos por medio de ésta, y entramos en un salon, cuyo maderámen era todo de excelentísimo boj, y por este entramos en otro cubierto con un artesonado de fragantísimo cedro, en medio del cual se elevaba un magestuoso trono, y en él se dejaba ver sentado nuestro nuevo soberano. Era un hombre como de cuarenta años, de estatura que se acercaba á prócera, perfectamente bien formado, así de cara como de todos los demas miembros, lampiño como todos sus súbditos, cabello negro y naturalmente enrizado, ojos vivos y brillantes, con la nariz un si es no es aguileña. Su vestido era un manto de finísimo algodon, color celeste, cubierto el cuerpo con una cierta especie de blanquísima y delgadísima camisola que le llegaba á las rodillas. Sus piés descalzos, bien que cubiertos con un género de sandalias alistonadas con ricas cintas carmesíes, que subian serpenteando hasta cerca de las pantorrillas á manera del calzado que usan los turcos. Tenia en la mano un cetro, en cuya punta se representaba el sol, y adornaba su cabeza una corona, cuyos rayos terminaban en otras tantas estrellas. Así el cetro como la corona eran de un blanquísimo marfil, que es el género más precioso y más estimado en aquel país, donde hay cierta especie de elefantes que suministran todo lo necesario para fabricar así estas insignias de la magestad, como todas las cosas y todos los vasos más preciosos para el servicio de la córte, estando prohibido su uso á toda otra persona privada. Al pié del trono estaba en pié el mayordomo con el canciller, y á los dos lados de él los consejeros de Estado Hicimos tres profundas reverencias al monarca con una rodilla en tierra cada vez, y el príncipe nos recibió con semblante apa-

cible y risueño. Cuando llegamos al último escalon del trono real, se sentaron los consejeros, y nuestro intérprete Dagal comenzó á hablar en nombre de nosotros de esta manera: Señor, vuestro esclavo presenta á V. M. estos nuevos súbditos que el cielo os ha enviado de las más remotas partes del mundo. Ellos, señor, os juran perpétua fidelidad, prometiendo que emplearán todo cuanto pueden y saben en el aumento de vuestra gloria, en el mayor bien de vuestros Estados, y en la más completa felicidad de vuestro reino. Luego que el intérprete acabó de decir estas pocas y sencillas palabras, cada uno de nosotros fué á tocar con la mano derecha el pié de S. M. en señal de vasallaje, y despues nos hicieron pasar á la mano derecha del trono donde estaban los consejeros. Subió entónces el canciller dos gradas del sólio, y en nombre del rey nos respondió, que S. M. nos recibia con gran gusto en el número de sus vasallos y de sus hijos, asegurándonos de su gracia, así como él estaba seguro de nuestra correspondencia, y de nuestra solicitud en hacernos cada dia más dignos de aquellos dos títulos tan honorificos que nos dispensaba su real benignidad.

Mientras pasaban estas cosas en la sala de la audiencia, habian entrado en ella nueve pages con sus azafates de marfil, y nos presentaron una especie de cimitarra á cada uno, siendo el mango de la cimitarra de la misma materia que los azafates: distintivo que nos declaraba quedar ya admitidos en el número de los cortesanos de S. M. Despues de esta ceremonia, nos fuimos retirando de la audiencia con el mismo órden con que habiamos entrado en ella, y nos restituimos á nuestro alojamiento, habiendo observado que el monarca nos habia contemplado á todos de piés á cabeza con la mayor atencion y curiosidad. Libres ya de aquella visita más presto de lo que habiamos pensado, nos dijo el intérprete Dagal, que de órden del rey nos de-

biamos juntar y elegir nosotros mismos uno de nuestros compañeros que tuviesen la honra de comer aquel dia con S. M. Todos á una voz me nombraron á mí, no ya porque aquella misma mañana me hubiese proclamado por su jefe y maestro, sino porque teniendo alguna mayor tintura ó concimiento de las cosas de guerra que otro alguno de ellos, les pareció que mi conversacion podia ser más del gusto del rey. Cuando me separé de su compañia para volver á palacio, Dagal, que me acompañaba, me dijo que el rey habia querido dejar á nuestra eleccion el sugeto que debia sentarse á su mesa, para que si entre nosotros habia alguno que se cosiderase más digno que los otros por su nacimiento ó por su sabiduría, le hiciesen esta justicia los mismos que le conocian; porque no teniendo S. M. noticia alguna de nuestras personales circunstancias, no podia hacer con equidad el menor discernimiento. Así que (añadió) habiendo merecido tú que se te dé el primer lugar por unánime consentimiento de todos tus compañeros, es forzoso que seas el más digno; y en virtud de esta consideracion mi soberano te mirará siempre como el primero de todos. Confieso la verdad, que no dejaron de mover bastante mí vanidad estas lisonjeras voces, bien que en la respuesta que dí aparenté una grandísima modestia, atribuyendo á la de mis electores la exclusiva de aquel honor que se habian dado á sí mismos, por honrarme á mí con él. Apenas acabé de pronunciar estas palabras, cuando entramos en el cuarto del rey. Quedé altamente sorprendido al ver al gran monarca de Madagascar despojado de todas las insignias de la magestad, en un hábito privadísimo, sin la menor cosa que le distinguiese de todos los demás que le hacian la córte. Amigo (me dijo en mi lengua castellana, que entendia y hablaba perfectísimamente), amigo, ahora no me debes considerar como tu rey y señor, sino como cualquiera otro particular

igual tuyo. No quiero ser respetado como rey, sino en aquellas ocasiones en que estoy ejerciendo alguna funcion propia de la magestad. En la mesa y en las demás gestiones que son propias de todos los hombres, no menos que en las indispensables necesidades de la naturaleza, me acuerdo que no me diferencio del más miserable y más vil de mis vasallos, y así en semejantes ocasiones no solo no pretendo, sino que no quiero admitir etiqueta ni distincion que no sea comun á todo hombre de pudor y de crianza. Sentémonos pues sin ceremonia, y despues que hayamos dado algun pasto á nuestros cuerpos, será de tu cargo darle tambien á mi espiritu, respondiendo á lo que yo te preguntáre. Obedecí á S. M., y sin aguardar á la ceremonia de sentarnos unos despues de otros, todos á un mismo tiempo nos sentamos á la mesa, la que se componia de cinco comensales. Ella fué poco más ó menos como la de la cena antecedente, salvo el ceremonial de los bríndis, que se hicieron sin aparato y muy á la usanza doméstica. Terminada la comida, el rey me hizo varias preguntas sobre las cosas de nuestra Europa, y debo decir que sin duda le satisfice, porque se mostró sumamente contento. Duró como dos horas esta gustosa conversacion, pasadas las cuales el rey se retiró, y yo fuí conducido á nuestro alojamiento, donde los compañeros me estaban esperando con impaciencia, deseosos de saber cómo me habia ido en el banquete real. Despues que les referí menuda y sinceramente todo lo que habia pasado, contándoles prolijamente el número y calidad de los platos y bebidas que se habian servido á la mesa, ninguno mostró tenerme envidia ni deseo de ser convidado, pareciéndoles que ni en los manjares, ni en los licores habia cosa alguna que tentase demasiado el apetito. Antes bien, dijo D. Bíbulo: á lo que yo veo, los reyes de estos parajes viven con mucha economía; y vale más una comida de un mer-

cader de Lisboa que diez convites reales de Madagascar. Y asi, amigo (añadió volviéndose hácia mí), enséñeme Vd. cuanto antes sea posible el arte militar para librarme presto de la sujecion de comer y beber tan sóbriamente. Nuestra mesa ha estado hoy mucho más parca que la de ayer, y si esto va adelante, temo que hemos de llegar á mantenernos del aire, como las cigarras y los camaleones.

CAPÍTULO VII.

Lo que observaron el jóven Siciliano y sus compañeros en la córte de Tarapasar en los artesanos y traficantes, y la conversacion que tuvieron con su intérprete acerca del comercio y sitio de aquel país.

Mientras D. Bíbulo nos divertia á todos hablando de esta manera, llegó Dagal y nos preguntó si gustariamos de salir á pasear un poco por la ciudad. Todos se mostraron deseosísimos de hacerlo, y sin más dilacion nos encaminamos á la puerta de la fortaleza, precedidos de nuestros respectivos criados, los cuales iban de dos en dos delante de nosotros. Cuando llegamos al fin del tercer puente, se paró nuestro intérprete, y volviéndose hácia nosotros nos dijo: esta ciudad, señores, está repartida en tres cuarteles, los cuales se puede decir que son otras tantas ciudades: en el primero están los nobles, á cuya clase pertenecen todos aquellos que viven de sus propias rentas: en el segundo están los profesores de las ciencias y artes liberales, los cuales son mantenidos á costa de la real hacienda: en el tercero están los traficantes, y todos los que trabajan en las artes mecánicas. Ahora díganme Vds. por donde quieren comenzar. Yo hubiera gustado que comenzase nuestra visita por el cuartel que habia sido nombrado en segundo lugar; pero mis compañeros, que como ya he dicho eran todos mercaderes, deseosos de ver cómo giraba allí el comercio, concordemente dijeron que ante todas cosas querian ir al cuartel de

los traficantes. Revolvimos, pues, sobre la mano izquierda, y habiendo caminado como doscientos pasos á lo largo del foso, y junto á las murallas de la ciudad, entramos por una puerta, en cuyo frontispicio se veian gravadas en piedra las insignias y simbolos de los géneros y de las artes que se ejercian en varias calles llenas todas de diferentes tiendas. Tambien hizo aquí alto nuestro intérprete, diciéndonos: en este cuartel hay tantas calles como géneros se venden y como oficios se ejercen. Por ejemplo: en una calle todos son santres, en otra todos zapateros, en esta todos herreros, en aquella carpinteros, etc. Con efecto, la calle en que actualmente nos hallábamos toda era de sastres. Apenas observamos con alguna atencion tres ó cuatro tiendas, cuando reconocimos que todas eran habitadas alternativamente de hombres y mujeres: ¿qué quiere decir (pregunté yo á Dagal que estaba junto á mí) esta alternativa de tiendas masculinas y femeninas? Quiere decir, me respondió, que en Madagascar las mujeres sirven á las mujeres, y los hombres á los hombres. Explicaréme: aquí seria gran delito que una mujer se sirviese de un hombre, para que la hiciese un vestido, ó que á un hombre se le hiciese trabajar para una mujer. ¿Pero qué razon puede haber para una ley tan extravagante? preguntó aquel mozalbete portugués, de quien poco há hice mencion, el cual estaba atentísimo á todo lo que se decia. Tambien daré satisfaccion á esta pregunta, respondió Dagal: la experiencia ha enseñado los grandes inconvenientes que nacian del promiscuo servicio de los hombres á las mujeres, y de las mujeres á los hombres, así en punto de vestidos como en materia de calzados, por los cuales emanó la mencionada prudentísima providencia. En el tomar las medidas para un vestido no menos que en ajustársele, ya sea un hombre á una mujer, ó una mujer á un hombre, ¿cuántas libertades se pueden tomar,

que sirvan de incentivo á la flaqueza, y de ruina al honor de una mujer, de una hija ó de una hermana?

Para precaver semejantes peligros, nuestros mayores, que tenian bien conocido hasta dónde llegaba la humana fragilidad, determinaron acertadamente que cada sexo se sirviese á sí mismo en todos aquellos oficios que por su misma naturaleza se reconocen más ocasionados al desórden; en virtud de lo cual se intimó la misma ley á los zapateros, imponiendo penas correspondientes al oficial que calzase á una mujer, y á la mujer que se dejase calzar de un oficial. Pase, replicó el mozuelo, que no se deje esa libertad á las mujeres; ¿pero por qué se ha de prohibir á los hombres que se valgan de ellas para que les remienden los vestidos y la ropa blanca, como se usa en otras partes, y más cuando los hombres no son tan flacos como las mujeres? Así es, replicó el intérprete: no son tan flacos, pero son más maliciosos y más atrevidos. Fuera de eso, seria una ley inícua si se permitiese á los hombres lo mismo que se prohibia á las mujeres en una materia en que no son ellos ménos capaces de pecar por osadía, que lo son ellas de caer por fragilidad. ¡Y qué bulla no meteria entonces el ganado femenino! Bien está, interrumpí yo; ¿mas por qué no se estableció la misma ley en todas las demás artes y oficios mecánicos? Y si no, dígame Vd.: ¿No puede llegar el caso en que una mujer tenga tanta necesidad de un herrero, como de un sastre y de un zapatero? ¿Pues qué, en esta isla nunca pierde una mujer la llave de su ropa, ni se vé precisada á encargar que la hagan otra? ¿Nunca rompe un cachibache de su tocador ó alguna naveta de su escritorio privado, de manera que tenga necesidad de mandársela ajustar y componer? No señor, respondió el intérprete: en esta isla las mujeres no tienen llaves, ni tocadores, ni escritorios reservados, ni cosa alguna que se pueda romper ni mal-

tratar; y por consiguiente nada tienen que sea menester repararse y ajustarse. Todo cuanto hay en casa de este género, está siempre en poder del marido ó del padre de familias, sin que á ellas se las permita tener nunca escondida ó cerrada cosa alguna. Pero cuando alguna de ellas queda viuda, le volví yo á replicar, y dueña de todo lo que hay en casa, ¿qué se hace entonces con ella? En esta isla, respondió Dagal, no se permiten viudas, sino aquellas que pasan de cincuenta años. Todas las demás deben pasar á segundas nupcias con un hombre correspondiente á su edad, dentro del término de ocho dias despues de la muerte del predecesor. Si pasada la edad que se prescribe para los matrimonios, se dejan solicitar ilegítimamente, no se hace caso de ellas. Satisfechas bien ó mal nuestras curiosas dudas con estas tales cuales respuestas, proseguimos nuestro paseo por várias calles, en las cuales observamos con grandísimo gusto nuestro que se ejercian todas las artes necesarias para vivir una vida civil y acomodada. Así que, dejando á la mano derecha esta calle de los artesanos, pasamos á la de la mano izquierda, que era calle de los comerciantes y mercaderes. Habia en ella muchos traficantes en telas, que todas eran de algodon; pero como nosotros los queriamos ver de várias suertes, quedamos como encantados al ver el tejido, la viveza de los colores, lo sutíl, lo fino y lo consistente de las telas. De aquí nos trasferimos á la calle donde estaban, por decirlo así, los almacenes de este género, pero en bruto, y antes de comenzar á trabajarse, y en otra calle estaban los filatorios. Si las mujeres griegas, que entre nosotros están tenidas por las más primorosas hilanderas de la Europa trabajaran en los tales filatorios, ciertamente que no hilarian mejor que aquellas isleñas; y si la mentida Ariadne hubiera existido en el mundo y viera aquellos hilados, se admiraria de ver realizado el fantástico primor

de su imaginaria tela. En otro sitio descubrimos á los que vendian colores y algunas otras drogas que eran producciones de la misma isla. Finalmente, á otro lado nos hallamos con los taberneros y vários otros traficantes en vino. Aquí fué donde no se pudo contener nuestro D. Bíbulo, y entrando en una taberna, pidió de beber, y lo hizo por medio de unas señas tan bozales y tan estrafalarias que todos nos despedazamos de risa. Presentáronle el vino mejor que habia en la taberna, y cuando hubo contentado su sed, sacó de la faltriquera una moneda de oro y se la dió al tabernero para que se pagase á su satisfaccion. La agarró aquel hombre con mal modo, estúvola mirando un rato con enfado, y despues se la arrojó con rabia á los hocicos del mismo portugués. Colérico este iba á vengarse del que le habia ofendido; pero Dagal se puso oportunamente en medio, diciéndole con bello modo y mucha cortesía: téngase usted, y óigame: yo escuso su rebato, porque nace de no saber los usos del país. Sepa, pues, Vd., que aquel metal tan estimado de los europeos, y que ellos llaman oro, se mira aquí por la cosa más vil y más despreciable del mundo. Ninguno hace caso de él, y se tiene por grandísima injuria el ponerle en mano del hombre más miserable del reino. Nosotros solamente nos servimos de aquellas cosas que se dejan ver sobre la superficie de la tierra, y no vamos á violentar la naturaleza para penetrar sus secretos, ni mucho ménos para descubrir lo que cuidadosamente encierra dentro de sus entrañas. Pero á pesar de todas estas razones, tales cuales ellas fuesen, nos costó mucho trabajo sosegar al buen D. Bíbulo: y tanto, que nos vimos precisados á sacarle por fuerza de la taberna y llevarle á la calle donde se vendia la carne cuadrúpeda y de volatería. Así de la primera como de la segunda especie, descubrimos animales que jamás habiamos visto, ni aun teniamos la menor noticia de

ellos, cuyos nombres me parece ocioso expresarlos, puesto que nada conducen para hacer concepto de su calidad. Concluido, en fin, todo el giro de artesanos y traficantes, viendo que ya era tarde, nos restituimos al palacio con ánimo de volver el dia siguiente á ver el cuartel de los profesores de las ciencias y artes liberales.

El tiempo que faltaba hasta la hora de la cena, le empleé en dar algunas lecciones militares á mis compañeros. Consideren Vds. qué buen maestro haria yo. Ciertamente que si me hubiera visto y oido en aquel ejercicio el soldado más visoño, tendria bien que reir: ellos no obstante aprendian con facilidad lo que yo les enseñaba, tanto, que no desconfié de que en poco tiempo estarian tan francos y serian tan hábiles como yo mismo en el ejercicio militar. La cena, poco más ó menos fué como la antecedente, y nuestro D. Bíbulo durmió toda la noche más dulce y más profundamente que las pasadas, gracias al soporífero cordial que habia bebido en la taberna, sin haberle costado más que el disgusto de haber recibido en sus mismos hocicos la restitucion de la moneda que habia dado por él. La mañana siguiente estábamos nosotros discurriendo sobre aquel gracioso lance de la taberna, y á mí me vino gran gana de saber á fondo cómo se hacía el comercio en aquel país. Entró á este tiempo Dagal y se lo pregunté. Me respondió, que en Madagascar todo el comercio se hacia por via de cambio. Por ejemplo: uno que tiene necesidad de paño, de tela, ó de algodon en rama, ó por trabajar, lleva al mercader una porcion correspondiente de vino, carnes, granos, drogas, colores ó manufacturas, segun han quedado de acuerdo, y el mercader escoge lo que le parece mejor. Los artesanos, oficiales y trabajadores, comercian con las manufacturas, ó con el trabajo personal, dando unas veces obra por obra, materia por forma, ó forma por materia, sin que en es-

te modo de traficar se dé lugar á contienda, fraude, ni desórden, porque todo está arreglado con la mayor precision por los aranceles públicos; de manera, que consultándolos á estos, se evita toda disputa, porque en ellos se encuentra establecido todo lo necesario para ultimar el contrato, tanto en la cantidad, como en la calidad, hasta la más mínima diferencia. Nosotros (prosiguió el intérprete) no sabemos qué cosa viene á ser eso que vosotros llamais *dinero* ó *moneda*, y damos mil gracias al cielo, porque de esa manera estamos libres de todos aquellos males que suelen producir aquel cierto vicio, que se llama *avaricia* entre vosotros. Los tributos que pagamos al real erario todos son en especie, contribuyendo cada uno á proporcion con aquel número de reses, ó cantidad de grano, ú otros frutos de la tierra, que sirven despues á la manutencion de la córte, de los ministros, de los literatos y de la tropa. Aquellos que nada tienen que dar, sino su industria, contribuyen con el trabajo de sus manos á las necesidades y gastos de la monarquía. De esta manera, con una armonía admirable todos reciben unos de otros aquello que es necesario para vivir. Dicho esto, mudó el intérprete de discurso, y nos dijo ser voluntad del rey que nosotros nos informásemos de la cualidad de los enemigos contra los cuales era menester combatir en las ocasiones, de la situacion de sus respectivos países, y de aquellos sitios por donde nos podian atacar y acometer.

Con este fin nos puso delante una carta topográfica de la isla de Madagascar, que parecia formada en la misma Academia real de París. En ella nos hizo ver, que el reino de S. M. estaba situado en la parte más septentrional de la isla, y que lo restante estaba poblado de naciones silvestres y bárbaras, que tostadas con los ardientes rayos del sol, tenian un color más oscuro que las gentes de las demás provincias, las cuales, aunque

inclinaban al bazo y al trigueño, todavía eran bastantemente bien parecidas, y de aspecto ménos ingrato. Nos señaló los confines del reino, y nos hizo observar, que solamente le podian atacar y embestir los enemigos por algunos desfiladeros ó gargantas muy estrechas, abiertas por entre aquellas altísimas montañas, informándonos al mismo tiempo que á la sazon estaban en grandes temores de que al cabo seria menester echar mano á la espada, para tomar satisfaccion de algunos insultos que se habian hecho á la corona en las fronteras. Añadió, que los tales enemigos á la verdad abundaban de gente; pero que por lo comun eran poltrones, cobardes y sin experiencia, faltos de aquel órden y de aquella disciplina que tenian los vasallos del rey, gracias á lo que les habian enseñado los generales europeos, que por espacio de un siglo entero habian mandado las armas, siguiéndose uno al otro. Acabado este discurso, durante el cual nos mostró tambien en el mapa las ciudades principales, fortalezas y sitios más importantes de todo el reino, cesó de hablar Dagal, y yo me aproveché de esta ocasion para preguntarle, ¿cómo se habian podido librar de las irrupciones y atentados de los europeos, los cuales habian conquistâdo tantas naciones mucho más distantes que la suya, no ménos en Africa que en Asia y América, y aun sin salir de la misma isla, se habian apoderado de muchos puertos de ella, y los conservaban todavía en su poder? Yo le diré á Vd. (me respondió el intérprete) todo lo que se puede decir en esa materia. Nuestras historias hablan difusamente de aquellos tiempos en que vuestras gentes aportaron á las costas de esta isla, y refieren muchísimas cosas que sucedieron entre nosotros por aquel tiempo, las cuales nos obligaron á abandonar toda la costa de que está la isla circundada, y retirarnos al centro de los montes, que elevándose á cierta distancia del mar, nos cerraban al re-

dedor, formando una como impenetrable muralla. Ni nosotros mismos podemos adivinar por qué nos dejaron en paz los europeos, sino que fuese por dos razones. La una, porque quizá habiéndonos visto medio desnudos, ó muy pobremente vestidos, dieron por supuesto que el país era estéril, miserable y privado de toda riqueza, particularmente de oro y plata, que segun lo que ahora sabemos, es lo único que muchos vienen á buscar. Otra, porque ninguno de sus caudalosos rios, que tienen su nacimiento en estos montes, corre hasta descargarse en el mar, pues mucho antes de poder llegar al mar se dividen en pequeños arroyuelos, que parecen agua formada de las lluvias, y precipitada de las peñas, ó bien que rebosa de las fuentes abiertas en los mismos peñascos, por lo cual es comun opinion entre los europeos (como lo hemos oido á algunos de vosotros) que este es un país montuoso, silvestre é inaccesible, sin haber creido jamás que dentro de él se descubriesen tantas bellas dilatadísimas campiñas como vosotros mismos habeis visto, y podeis observar mejor en esta carta, donde vereis caudalosos rios muy propios para regarlas y fecundarlas, los cuales cuando llegan á las faldas de las montañas que nos rodean, encontrándose con las presas de gran cantidad de molinos se rompen separándose en varios riachuelos, parte de los cuales se abren camino para penetrarse en las entrañas de los mismos montes, y desembocan despues en el mar en figura de arroyuelos miserables, y parte van á perderse y consumirse dentro de la misma tierra. Satisfecha de esta manera nuestra curiosidad con tan bellas y tan peregrinas noticias, queria yo que nos instruyese en el orígen de aquella monarquía y principios de aquel reino. Pero él me atajó, diciendo, que esto era cosa larga, y que yo me podria por mí mismo instruir de todo, despues que aprendiese la lengua del país, y le-

yese la Historia universal de la isla de Madagascar. Por lo ménos (le repliqué yo) quisiera saber, ¿por qué razon, siendo vosotros los isleños tan escrupulosos en no violentar la naturaleza, segun decís, no hicísteis ningun escrúpulo en romper las entrañas de los montes para sacar el hierro y fabricar armas, con tantos otros varios utensilios que son necesarios para la comodidad de la vida? Antiguamente, me respondió, nosotros nada de eso sabiamos hacer, hasta que un europeo nos lo enseñó, haciéndonos tocar con la mano los grandes beneficios que podiamos recibir de este metal, particularmente para rebatir á nuestros enemigos, que en aquel tiempo eran muy superiores á nosotros. Con eso depusimos nuestros escrúpulos, habiendo aprendido á domesticarle, ablandarle y labrarle con el fuego, y desde entonces hemos hecho gran uso de él, pero bien determinados á cerrar y cegar todas las minas luego que cese la necesidad de desangrarlas. Efectivamente ahora mismo está sucediendo este caso, porque habiendo trabajado una prodigiosa cantidad de hierro, están las minas tan olvidadas que nadie se acuerda de ellas. El hombre que nos enseñó á estimarlas fué nuestro primer general, y fué tambien el que introdujo en la isla el arte ú oficio de herrero, en que él mismo era un gran maestro en su país, como él propio nos lo contó. Segun eso, le repliqué, ese vuestro primer capitan era un hombre de muy bajo nacimiento, porque entre nosotros solamente los plebeyos se dedican al oficio de herreros. Eso nada importa, repuso Dagal, aunque fuese de humilde y bajo nacimiento, se distinguia mucho por su grande y noble espíritu, y nosotros no reconocemos otra nobleza que la de las bellas, grandes y virtuosas acciones. Ni en nosotros se reputan por nobles aquellos que nacieron de padres y abuelos que lo fueron, sino únicamente los que se hicieron tales á sí mismos, ó por la gloriosa carrera de

las armas, ó por la no ménos gloriosa de las letras. Despues de haber cursado cierto número de años en una ú otra profesion, el rey los despacha la patente de nobleza, señalándolos al mismo tiempo suficiente renta, para que ellos y su familia se puedan mantener con la decencia correspondiente. Si con el discurso del tiempo algun indivíduo de ella comete alguna accion indigna de aquel nombre y esclarecida fortuna, públicamente se le degrada, imprimiéndole cierta marca de villanía que le dura miéntras vive, y debe recurrir para mantenerse á algun oficio vil ó al cultivo del campo.

CAPÍTULO VIII.

Descripcion del cuartel de los Literatos con el discurso que hizo acerca de ellos el intérprete de Madagascar. La razon por qué no entraron en la clase de tales ni gramáticos, ni retóricos, ni lógicos, ni médicos, ni abogados.

Despues de estos varios discursos llegó la hora de comer, y acababa la comida, fuimos á ver lo que nos faltaba de la ciudad, que era el cuartel de los Literatos. Estos (dijo Dagal) por la mayor parte son hombres que se mantienen toda la vida en el celibato. Al oir esto el mozuelo portugués, exclamó con grandísima algazara, sin poderse contener: ahora me alegro de haberme aplicado á mercader; porque si me hubiera dedicado al estudio de las letras, seria menester, hallándome en este país, que no pensase en casarme, á lo menos por guardar ceremonia. Reímonos un poco de esta chistosa prontitud, y yo pregunté al intérprete, ¿por qué razon en aquella isla era tan raro el matrimonio entre los literatos? No por otra, me respondió, sino porque el amor, hablando generalmente, no da lugar á otro estudio que al de sí mismo, y un hombre enamorado de una mujer mal puede aplicarse con el sosiego y con la intension que es menester al estudio de las ciencias y artes liberales. ¿Quién no sabe que el sexo femenino, por lo comun, es naturalmente amigo de la diversion, de la bulla, de las bagatelas, del fausto, de la vanidad, de la locuacidad, y aun tal vez en la gente baja, de la

charlatanería? Considere usted si se podrá acomodar á cohabitar con él uno que esté dedicado á examinar los secretos más recónditos de la naturaleza, á moderar y arreglar las pasiones del alma, á contemplar el giro de los cielos y los varios movimiento de los planetas. A mí, dijo entonces uno de mis compañeros, ninguna fuerza me hacen estas razones, antes bien las condeno y las detesto como infamatorias, y gravemente del bello sexo, sin el cual no podemos vivir, como ni pudieron vivir sin él hasta los mismos Sócrates, Platones y Aristóteles, ni tantos otros grandes filósofos de la antigua Grecia cuya fama dura, y eternamente durará entre nosotros. Yo no sé quienes son esos Sócrates, ni esos Platones, replicó el isleño: lo que sé es, que aun aquellos pocos filósofos casados que hay entre nosotros, la mayor parte del tiempo están no solo separados, sino muy distantes de sus mujeres, y lo mismo hacen muchos que no son literatos, sino casados de profesion. Y si esto hacen estos, ¿por qué no podrán hacer lo mismo aquellos que no lo son, ó no lo debieran ser? Segun lo que veo, interrumpió el mozalvete portugués, en esta isla lo pasan muy mal las pobres mujeres.

Mientras nos íbamos divirtiendo con esta alegre conversacion, llegamos al cuartel de los Literatos situado en el centro de la ciudad de Tarapasar, sin duda para dar á entender que los literatos y profesores de las artes liberales deben siempre ocupar el mejor lugar. Entramos, pues, en él, y la primera calle que se nos puso delante, fué la de los Moralistas ó profesores de la filosofía moral. Todas las casas estaban decente y cómodamente alhajadas, y bien fabricadas todas ellas; pero todas de un órden sencillo, sólido y natural, mostrando que á sus dueños solamente les agradaba la verdad y la sustancia, mas no la apariencia de las cosas. Deseaba yo ver y hablar con algunos de

aquellos profesores para entender cuáles eran sus máximas y formar algun concepto de su modo de vivir, conociendo por él si sus costumbres correspondian á su doctrina; pero Dagal nos dijo, que aquellos sábios solamente hablaban por la mañana, y entonces únicamente con los que concurrian como discípulos para ser enseñados de ellos, y que despues de comer hasta el dia siguiente solo se empleaban en estudiar y en instruirse á sí mismos. Luego esos hombres son como una especie de cartujos, replicó uno de los portugueses. Si vamos más adelante, añadió otro, quizá hallaremos tambien algunos estilitas. ¿Qué cosa vienen á ser esos estilitas? preguntó el intérprete. Eran unos hombres, le respondí yo, que vivian todo un año en pié, y al descubierto, sobre una más ó ménos elevada columna, expuestos á todas las intempéries, haciendo penitencia por sus pecados. Pero habria muy pocos de esos penitentes, replicó nuestro conductor. En nuestros dias no sé yo que haya habido ni uno solo, le respondí; mas he leido en nuestros anales que no hubo pocos en otros tiempos. Segun eso, repuso entonces Dagal, nosotros os hacemos en eso muchas ventajas; porque actualmente nuestros astrónomos, que los contamos á centenares, habitan siempre en aquellas torres que veis allí, sin bajar nunca de ellas, ni levantar la mano de sus especulaciones, aunque los derrita el sol, los hiele la nieve y las lluvias los aneguen. Pasamos mientras tanto más adelante, y nos hallamos en la calle de los Naturalistas, botánicos y matemáticos, y en la última se descubrian de una y otra parte varias callejuelas, donde habitaban los aritméticos, algebristas y geómetras. Desde aquí nos enderezamos al barrio de los Historiadores, y al fin al de los Poetas. ¡Oh! (dijo entonces el mozuelo portugués), por lo que toca á estos últimos, será preciso que á todos se les haya dispensado en la dura ley del celibato, porque siempre he

oido decir que el amor es el maestro de los poetas, y que los más famosos entre ellos todos vivieron enamorados. Nosotros, respondió el madagascarés, no lo entendemos así: antes bien estamos muy persuadidos á que la poesía se inventó para ejercitarse en asuntos muy distintos y muy distantes de las inepcias y locuras del amor. Acuérdome muy bien de haber oido á uno de vuestros europeos, hombre de sexo, y que se conocia era muy sábio, que la poesía misma se quejaba altamente, lo primero de que la hubiesen dado por padre á un tal Homero, griego de nacion, cosa que hasta el mismo Homero no la podia sufrir, pues lloraba amargamente la ofensa que en esto hacian á su amada profesion, cuyo orígen habia sido en el cielo, inspirándola este á un grande hombre que él nombró, pero yo ya no me acuerdo: solo sé que, segun él dijo, habia sido muchos siglos anterior á Homero, y que habia compuesto la Historia de la creacion del mundo, en la cual se leia la primera poética composicion que jamás se habia visto, y era una cancion que se compuso en accion de gracias al cielo, por haberse enteramente sumergido no sé qué numeroso ejército en cierto caudaloso rio. Así, pues, la poesía se quejaba, lo segundo, de que habiendo sido su orígen tan elevado, y su primer fin para celebrar y engrandecer las maravillas del cielo, la hayan querido abatir hasta emplearla en las mayores bajezas y en los delirios más visibles del amor profano, como si no fuera más digno y más propio empleo suyo el celebrar las virtuosas y heróicas acciones de los hombres, en aplaudir sin adulacion las gloriosas y benéficas resoluciones de los príncipes, los valerosos esfuerzos de nuestros capitanes, fuera de la copiosa materia que la suministra toda ciencia y profesion liberal. Además de eso es un lisonjear ruin y villanamente la flaqueza humana hacer servir la poesía á fomentar la pasion más perniciosa y más afe-

minada que ha inundado al mundo de infinitos males. De todas estas preocupaciones nos libró la perspicaz prevision de nuestros antepasados, tanto, que oireis en nuestra isla muchas canciones que hacen solemne burla de las tretas amorosas, pero ni siquiera una que las encienda ó las fomente.

Concluida esta conversacion, dimos la vuelta para retirarnos á la córte, ya que habiamos paseado todo el cuartel de los Literatos, el cual verdaderamente era mucho más pequeño que los otros dos. Volviéndome entonces á Dagal, le dije: Señor, paréceme que á esta especie de Universidad (que asi se puede llamar este cuartel) la faltan varias facultades científicas, para que se la pudiese aplicar redondamente tal nombre. ¿Cuales son? me peguntó el intérprete. La gramática (le respondí), que enseña á á hablar y á escribir correctamente. La retórica, que enseña á los hombres á explicarse con elegancia, y á persuadir con fuerza. La lógica, que los enseñan á discurrir con acierto, y á convencer con poderosas y sólidas ilaciones. La jurisprudencia, que es la que distingue lo justo de lo injusto; y fuera de eso debe estar bastantemente instruida en las cosas humanas y divinas. La medicina en fin, que descubre la causa de las enfermedades corporales, y prescribe los remedios para precaberlas ó curarlas. ¡Oh! (repuso Dagal, dando una gran carcajada) los profesores de esas Facultades están desterrados de nosotros, porque los consideramos por la mayor parte, cuando menos como unos impostores, que engañan á la juventud, haciéndola perder tiempo, ó como unos hombres, que no teniendo otro modo de vivir, inocentemente se dejaron alucinar ellos mismos para alucinar despues á los demás, fundados en la excesiva credulidad de que adolece la parte mayor y la menos reflexiva del linaje humano. ¿Qué necesidad hay de enseñar á los niños las reglas de hablar y escribir correctamente, siendo así

que de esto cuidan nuestras madres, las cuales enseñan á hablar á sus hijos, aun antes que tengan fuerzas para pronunciar, y despues los perfeccionan sus padres en lo mismo, cuando comienza en ellos á despuntar la razon? Nosotros en esta isla no aprendemos otra lengua que la materna y del país, la cual es tan correcta y tan elegante en boca del más záfio labrador, como en la del cortesano más presumido de discreto. Si alguno de nosotros por casualidad ó por gusto quiere aprender alguna lengua extranjera, como la he aprendido yo, no usamos de otros maestros que aquellos, ya sean europeos, ya de cualquiera otra parte del mundo, que el accidente ó algun otro motivo hace arribar á nuestras costas. Por lo que toca á los retóricos, en Madagascar no tenemos necesidad de hablar con coloridos ni con otros artificios, que solo sirven para embrollar, alterar y confudir la sustancia de las cosas. Todo el mundo debe hablar con sinceridad y con llaneza, sin adornos, ni figuras que representen lo negro con blanco, y hagan parecer amargo lo que es dulce. En órden á aquellos otros que segun dice Vd. enseñan á pensar con juicio y á discurrir con acierto, nos parece, que para eso no hay mejor medio que el de emplear bien el tiempo que nosotros tenemos destinado para estudiar aquellas cosas morales, cuya noticia nos es más necesaria, y despues las naturales. Estas con una buena física, y con las otras ciencias matemáticas, se aprenden con suma facilidad, y sin el embrollo ni la pesadez de tantas sutilezas y distinciones que son superiores á nuestro entendimiento; y todo esto lo aprendemos en poco tiempo y con perfeccion en nuestra lengua materna. Finalmente me habló Vd. de los médicos. A eso le diré, que en algun tiempo tambien los admitimos entre nosotros, y aun era una clase distinguida y estimada; pero habiéndonos enseñado la esperiencia que por lo comun no sabian curarnos de otros

males, que de aquellos que sin su asistencia nos sabria curar la misma naturaleza, y que en los que son incurables sus remedios, solo servian para atormentar más á los pobres enfermos, y aun en los curables no producian otro efecto que el de retardar su recobro, resolvimos desterrarlos á ellos y á la otra chusma de bótanicos y cirujanos, prohibiendo absolutamente el estudio de aquellas homicidas Facultades. Nuestras yerbas, de cuyas virtudes tienen perfecto conocimiento nuestros boticarios y aun casi todos nosotros, juntamente con una buena dieta, y con un arreglado modo de vivir, nos sanan mejor que ellos de todos nuestros males. Las heridas las curamos perfectamente en menos de diez dias, sin aplicar á ellas pegote alguno, ni alguno de aquellos emplastos embadurnados de diferentes bálsamos, ni mucho menos sin la aplicacion del hierro y del fuego que tenemos entendido ser tan frecuentes en vuestros países.

Me pareció que el intérprete queria poner fin á su discurso, y por eso le sugerí que no se olvidase de decir algo acerca de los legistas ó jurisconsultos. Confieso la verdad (me respondió) que en este punto me veo un poco embarazado.

No ya por lo que toca á la primera parte, es á saber, á la noticia que dice Vd. deben tener de las cosas humanas, que esa se adquiere con el estudio de aquellas ciencias, de que ya he hablado, ni mucho menos por la ciencia que deben tener de lo que es justo ó injusto, porque este punto le arreglamos nosotros por un solo simplicísimo principio, sugerido por la misma razon natural: esto es, no hacer ni permitir que otros hagan cosa alguna que sea contraria á la naturaleza, ú ofensiva á nuestro prójimo, considerando por ofensa de éste todo aquello que á nosotros nos ofenderia. Lo que me embrolla es aquello que añadiste, de que el jurista *debe tener suficiente noticia de las cosas divinas.* Nosotros hasta ahora no tenemos otro conocimiento de Dios, si-

no que es un Sér infinito y autor de todo lo criado, que nosotros somos todos criaturas suyas, y él es nuestro universal y contínuo bienhechor. Por lo demás, ignoramos qué culto es el que le agrada, ni cuáles sean los ritos de la verdadera religion, como tambien qué preceptos nos impone, y cómo quiere ser obedecido y respetado. Aquí no tenemos templos, ni altares, ni sacrificios, y solamente adoramos con el corazon al Supremo Sér, alabándole y bendiciéndole por las grandes y maravillosas obras de su mano omnipotente, que estamos viendo en todas las cosas criadas. Y si por fortuna nuestra fuéseis vosotros los escogidos para instruir en esto á esta nuestra nacion, bien nos pudiéramos llamar los hombres más felices de todos cuantos viven sobre la faz de la tierra. Así habló el prudente y sábio madagascarés, edificándonos á todos nosotros, y á todos nos pareció que nos hallábamos con bastante instruccion y con suficiente celo para hacer tan grande bien á una nacion dotada de una razon natural bastantemente despejada, y de unas virtudes morales, que verdaderamente nos confundian á los que gozábamos las ventajosas luces del Evangelio, y los poderosos auxilios de la Divina gracia. Por tanto nos ofrecimos á hacer todo cuanto nos fuese posible para instruir á aquellos isleños en lo que no sabian; y quizá hubiéramos logrado ser los primeros que echasen los fundamentos de tan gloriosa y piadosa obra, á no haber sobrevenido un impensado accidente, que desbarató todas nuestras buenas intenciones. Tanta verdad es, que en este mundo no pocas veces se quisiera hacer el bien que no se puede; pero muchas más no se quiere practicar el que se pudiera hacer.

CAPÍTULO IX.

Véense precisados á salir á la guerra el jóven Siciliano y sus compañeros. Curiosos lances de D. Bíbulo durante la campaña. Disposiciones del general de los madagascareses. Sucédele el Siciliano en el mando de las tropas. Consigue una ilustre victoria, y vuelve glorioso á la córte, de cuyo favor procuraron sus compañeros desbancarle.

Habiamos sido todos convidados á comer con el rey para el dia siguiente, y cuando estábamos á la mesa llegó un correo con la sinistra noticia, de que las provincias meridionales juntando un numeroso ejército habian penetrado en los dominios de S. M., desolándolo todo sin perdonar á hombres, ni á ganado. Añadíase á esto, que el general de la isla, sobre hallarse con poca gente, debia hacer muchas marchas antes de ver la cara al enemigo, y que llegaria muy tarde para salirle al encuentro y detener sus rápidas desolaciones, si hubiera de esperar los refuerzos de las tropas que estaban divididas en cuarteles muy distantes. Así que la comida se convirtió en un Consejo de guerra, donde se resolvió hacer partir con toda solicitud y á marchas forzadas hácia el ejército el mayor número de soldados que se pudiese reclutar, y que todos nosotros partiésemos tambien con él, esperándose grandes hazañas de nuestro valor. Y véisnos aquí pasar de repente del ócio y diversiones de la córte, á las fatigas y peligros de la guerra. En pocos dias llegamos al ejército, que se habia de juntar á las márgenes

de un rio llamado *Napabás*, esto es, *agua dulce*, y hallamos que consistia entonces en doce á catorce mil hombres, pero poco tiempo despues subió hasta veinte mil. Estaba dividido en seis, que nosotros llamariamos brigadas ó regimientos, los cuales se distinguian por el color diferente de los uniformes. El general, que era un buen viejo, dedicado al vino con algun exceso, se alegró mucho de nuestra venida, pensando ya encargarnos á nosotros con muchas de aquellas fatigosas funciones que le tocaban á él, y no podia, ó no queria ya hacer. Cuando llegó á entender que mis compañeros me habian elegido como por cabeza suya, me hizo mil distinciones y finezas; y conociendo despues por nuestras conversaciones privadas que yo tenia alguna tintura de la disciplina militar, me declaró su ayudante mayor, ó por mejor decir, su lugar-teniente. De manera, que miéntras él se estaba despachando sendos vasos de vino en su barraca (que por la decencia llamaremos *tienda*) yo estaba todo el dia enseñando el ejercicio y atendiendo como un azacan á todas las ocurrencias de la tropa.

Mientras tanto estaba impacientísimo porque se me ofreciese alguna bella accion en que hacerme famoso, y pedí licencia al general para salir con dos ó tres compañías á tomar lengua de los enemigos, los cuales se habian avanzado hasta cinco ó seis leguas de nuestro campo, despues de haber puesto fuego á muchas ciudades y á muchísimas aldeas. Al principio tuvo alguna dificultad el general en concedérmela; pero al cabo me lo permitió, aunque con la condicion de que habia de restituirme al campo dentro de dos ó á lo más dentro de tres dias. Mandó que me acompañasen algunos hombres prácticos del país, y quisieron tambien venir conmigo algunos de mis compañeros para darse á conocer. Pero nuestro D. Bíbulo, que en otro tiempo deseaba ser soldado para comer y beber á su modo, viéndose

ahora en el próximo peligro de tomar las armas, aunque por reputacion se habia conformado con el espíritu de los otros, caminaba pensativo, taciturno y melancólico, temblando de miedo al más leve movimiento de una hoja, y casi fuera de sí unas veces aceleraba mucho el paso, y otras se paraba en ademan de quien queria volver atrás. Conocí luego lo poco que se podia esperar de un hombre de tan poco espíritu, y que antes nos serviria de estorbo que de ayuda en las ocasiones, y así determiné desembarazarme de él, y enviarle á la córte con el primer motivo que se me ofreciese. Tardó poco en ofrecerse, porque habiendo encontrado una pequeña partida de enemigos, que era sola de veinte hombres, los acometimos, y haciéndolos á todos prisioneros, los despaché al campo con una buena escolta, cuyo mando encargué á D. Bíbulo. El dia siguiente combatimos con otro destacamento más crecido, que llevaba á su campo gran número de ganado que habiamos recogido para la subsistencia del nuestro. Luego que le descubrí le hice atacar, procurando que en el ataque se observase el mayor órden, y despues de haberle desbaratado, recobrando todo el botin que llevaba, y haciendo cien prisioneros, dí la vuelta para restituirme al ejército. Cuando llegué como á la mitad del camino, marchando un poco más adelante del cuerpo que iba mandando, muy alegre por lo bien que me habia salido mi pequeña expedicion, me hallé con D. Bíbulo, que estaba sentado á la puerta de una venta tratando familiarmente con una gran botella de vino. ¿Qué hace Vd. ahí, D. Bíbulo? le pregunté, ¿y donde están los prisioneros que le ordené condujese al general? A estos, me respondió, los envié al campo con la escolta, y yo deseoso de tener parte en vuestra gloria, me quedé aquí para descansar un poco despues de tantas fatigas, y volver solícitamente á incorporarme con vuestro destacamento, luego

que hubiese probado los preciosos licores que por mi buena fortuna encontré en esta hermita de Baco. Alto, pues, D. Bíbulo, le dije: vamos marchando, que este no es sitio muy seguro, y no faltarán ocasiones en que emplear mejor vuestro valor. ¿Pues qué? me replicó él, ¿quereis abandonar á la discrecion del enemigo un puesto tan importante como este? Paréceme que no será del servicio de S. M. dejar en poder de los enemigos tantas buenas provisiones como hay aquí, y todas admirables para inspirar valor, fuerza y denuedo á sus soldados. Dejadme aquí os ruego, que yo solo me ofrezco á defender el puesto aunque sea contra cien orlandos: y diciendo esto volvió á empinar la botella, que no apartó de los lábios hasta que la dejó sin una sola gota. Púsose entónces en pié, y queriendo dar dos ó tres pasos, como el vino le habia embargado todas las fuerzas, trémulos los piés y titubeando la cabeza, cayó de bruces en el suelo sin poderse levantar, de manera que un madagascarés hubo de cargar con él echándosele á cuestas sobre las espaldas, para que pudiese venir con nosotros. Todos perecian de risa al mismo tiempo qne yo me estaba interiormente consumiendo al ver el poco honor que aquel hombre hacia á nuestra nacion europea.

Todavía fué un poco más cómica la escena que pasó no mucho despues entre D. Bíbulo y el madagascarés; porque el movimiento del que le llevaba á cuestas provocó el vómito á don Bíbulo, y este descargó sobre la cabeza, cara y pecho de su conductor todas las heces del vino que tenia en el estómago; de modo, que lleno de rabia el isleño al verse de aquella manera le dejó caer en el suelo, y comenzó á darle puñadas y cachetes á lo que correspondió D. Bíbulo como pudo, arañándole bien la cara; espectáculo que llamó hácia sí á todos los soldados, los cuales se despedazaban de risa. Llegué entonces yo, y separé aquel ridículo combate, bien resuelto desde aquel dia á dejar al

tal compañero mio en un lugar donde aprendiese la templanza y moderacion que se usaba en la córte, ya que le hacian tanto daño, y producian en él tan mal efecto los licores de aquel país. Despachóse al rey un correo con la alegre noticia de los ventajosos sucesos de nuestras armas, y habiéndola recibido S. M. con grande gusto, mostró su real gratitud á mis servicios, despachándome la patente de general con futura sucesion al mando de sus ejércitos.

De esta manera me ví de repente en Madagascar un hombre que nunca podia ser en Europa; y viéndome honrado y celebrado de todos, comencé yo mismo á estimarme un poco más no sin alguna vanidad de mi repentina fortuna. Pero ya se habia completado nuestro ejército con todo el número de gente que habia de tener, y el ejército enemigo estaba poco distante del nuestro, de manera que parecia invitable una accion general y decisiva. Habia tenido yo la curiosidad, miéntras iba recorriendo nuestro campo, de observar todos los ejercicios militares que diariamente se hacian, y notar al mismo tiempo cuáles eran los cuerpos de nuestro ejército más valerosos y mejor disciplinados.

De todo habia hecho mis apuntaciones, reservándome el aprovecharme en tiempo oportuno de aquella importante observacion. Una mañana fuimos avisados por los corredores, que el enemigo venia avanzando hácia nosotros con resolucion de presentarnos la batalla. Inmediatamente me subí á una colina, desde donde observé el número y la formacion del ejército enemigo. Reconocí que podia ser superior al nuestro por lo menos en un tercio, y que su idea era encerrarnos, atacándonos por todas partes. Hice entonces salir de sus respectivos puestos á nuestra tropa: dispúsela toda en una frente muy extendida, formándola en tres líneas, compuesta la primera de la gente

más visoña, más débil, y ménos disciplinada, para que desbravase, y se emplease en ella el primer ímpetu del enemigo, que sabia era siempre ferocísimo, y fuese despues recibido de la segunda y tercera fila, donde habia colocado la gente más disciplinada, más valerosa y más aguerrida, con las fuerzas enteras y frescas, asegurando de esta manera una completa victoria. El suceso correspondió perfectamente á lo que yo me habia prometido. El general habia nombrado á D. Bíbulo por uno de sus ayudantes subalternos, lo que éste admitió con tanto mayor gusto, porque habia observado que el general no era ménos devoto del vino que él. Con efecto, aquellos dos hombres estaban muy ocupados en desocupar un gran frasco de vino, al mismo tiempo que se tocó á dar principio á la batalla, y no se movieron de su puesto hasta que no quedó en el frasco ni una sola gota. Con esto entré yo á ejercer todo lo que tocaba al primer general, mandando los avances, las embestidas, las conversiones, las desfiladas, y todas las demás evoluciones que son tan necesarias en las acciones de la guerra. Aunque nuestra primera fila quedó enteramente desbaratada, habiendo yo mandado á la segunda que entrase á ocupar prontamente el lugar de la primera, contuvo el ímpetu de los enemigos, que ya creian tener en la mano la victoria, y haciendo desfilar sobre la izquierda un cuerpo de reserva que yo mismo conducia, los acometí por el costado, mandando á los portugueses que al mismo tiempo disparasen los fusiles que tenian consigo, hasta apurar la poca provision de pólvora con que se hallaban, que apenas podia llegar para tres descargas. El nunca oido ni esperado estruendo de los tiros, desordenó de tal manera á toda aquella ála, que derrotada del todo, trajo consigo la rota universal de aquel numeroso ejército. Fué indecible la mortandad que se hizo en él. Todo el campo quedó sembrado de cadáveres: tomóse la

bandera real, y el mismo rey cayó en nuestras manos, habiendo tenido yo mismo el honor de hacerle prisionero. Pero mientras estaba gozando el fruto de mi acertada direccion, hé aquí que me vienen á decir, que el general y D. Bíbulo (los cuales depues de agotado el frasco se habian metido atolondradamente en la funcion) habian sido atropellados por los enemigos, y que estaban tendidos medio muertos en el campo de batalla. Dí órden para que prontamente los recogiesen y los llevasen á sus respectivas barracas, donde, visitadas sus heridas, se hallaron peligrosísimas. Escribí inmediatamente al rey el feliz suceso de aquella gloriosa jornada, y aunque en la realidad habia sido yo el principal instrumento de ella, con todo eso acordándome de lo que pedia la modestia, alabé mucho la conducta del general, atribuyendo á su gran valor, y al inmenso celo que tenia de la gloria de S. M., lo que solo habia sido efecto de su embriaguez y de su temeridad. Tambien tocó á D. Bíbolo su poco de alabanza, pero fué más verdadera la que dí á los portugueses, cuyo oportuno disparo llenó de terror á los enemigos, y fué el principio de su derrota, y de nuestra completísima victoria. No obstante, el rey, á quien sus mismos madagascareses habian informado con sinceridad de todos los hechos, se declaró públicamente obligado á mí solo, y me dió el más auténtico testimonio de su gratitud con una benignísima carta, toda de su real puño. Mientras tanto, yo por entonces solo pensé en aprovecharme de la victoria, acordándome de haber leido muchas veces, que esto es lo primero que deben hacer todos los buenos generales.

Por tanto, despues de haber concedido á la tropa el reposo que me pareció conveniente, y mandado que el monarca prisionero con otros muchísimos señores vasallos suyos fuesen condubidos á la córte con una numerosa y escogida escolta, hice

marchar el ejército hácia los confines del reino enemigo, ordenando al mismo tiempo que el general y D. Bíbulo fuesen llevados á una de nuestras plazas, para que allí les curasen sus heridas; pero poco despues me aseguraron, que se desesperaba de que el primero pudiese recobrar el uso de sus piernas, rotas ambas, y el segundo el de su vista. De esta manera me consideré asegurado en el mando del ejército, y libre del disgusto, y aun rubor que me causaba la intemperancia de nuestro portugués. A pocas marchas que hicimos, llegamos á los desfiladeros ó gargantas que separan el Madagascar septentrional del meridional. Ordené que nuestra gente desfilase en diferentes divisiones por varias de aquellas gargantas, señalando en las llanuras del país enemigo el punto de union donde habian de juntarse, y de repente se hallaron aquellos pueblos como inundados de un triunfante y poderoso ejército, que los llenó de espanto y de terror. Desamparábanlos sus habitadores, huyendo delante de nosotros, y abandonándonos su casas y sus haciendas con todo cuanto tenian. Las plazas, los castillos y las ciudades nos abrian sus puertas, y todas á competencia querian ser las primeras en rendirse á nuestras armas, de modo, que en poco más de quince dias me ví dentro de la misma córte del enemigo, llamada en su lengua Palabatar. Inmediatamente tomé posesion de todo en nombre de mi rey. Apoderéme del palacio real, donde encontré la mujer y hermanas del soberano á quienes traté con aquel mismo respeto y atencion que habia usado Alejandro con la reina de Persia, y demas princesas de la real sangre de Dario. Dí el gobierno de aquella Metrópoli á mi intérprete Dagal, y envié varios destacamentos á todas las provincias del reino; de manera, que en el espacio de un mes le habia ya sujetado todo, y sin perder tiempo dí parte de todo al rey, escribiéndole que ya podia gozar por largo tiempo una de

tranquilísima paz, pues no tenia S. M. enemigos que pudiesen alterarla. Despues de esto, y arregladas todas las demás cosas, me dispuse para dar la vuelta á la córte y recibir en ella los aplausos, que consideraba muy debidos al constante curso de tan grandes y tan gloriosas victorias. Es verdad que yo hacia todo lo posible para tener humillada y abatida la vanagloria, acordándome de la inconstancia de las cosas humanas, de que me habia dado tantas lecciones en el discurso de mi vida mi propia experiencia. Con este desengaño, solo pensaba cuánta seria mi dicha si mereciera á Dios la particularísima gracia de que por mi medio le conociese aquella nacion, se redujese á la fé, y abrazase la religion verdadera. Esta seria sin duda la mayor y más gloriosa de todas mis acciones. Consideraba, que quizá habria dispuesto la divina Providencia aquella prodigiosa elevacion de mi fortuna en tan breve tiempo, para que aprovechándome de mi autoridad y de la buena opinion en que me tenian aquellos isleños, la emplease toda en promover tan santo fin; porque ¿quién sabe si habiendo logrado librarlos del temor de sus enemigos politicos y visibles, no lograria con igual facilidad, mediante la asistencia del cielo, arrancarlos tambien de las garras de los enemigos diabólicos é infernales?

Lleno de estos alegres y cristianos pensamientos entré en Tarapasar, donde fuí recibido con los más distinguidos honores entre los aplausos, las aclamaciones, los vivas y las bendiciones de todas las clases y órdenes, preconizado por los soldados, venerado de toda la córte y admitido á la más estrecha y más universal privanza del soberano. Parecióme mi fortuna muy semejante á la del famoso Josef, que en un momento pasó desde el calabozo poco menos que al sólio; pues por un decreto emanado del mismo trono fué reconocido en todo Egipto por la segunda persona despues del propio monarca. Viéndome en

esta elevacion, comencé á hacer del hombre de importancia, tratando á todos con seriedad, pero al mismo tiempo con afabilidad y con modestia. Entonces conocí cuánto enseñan los empleos á los hombres, y que se hacen hábiles para manejar aun los más árduos negocios, cuando son colocados en puestos que los den á conocer, ofreciéndoles materia para descubrir sus talentos. ¡Oh! ¡y cuántos grandes ingenios están sepultados porque la fortuna no los puso en paraje donde pudiesen brillar! ¡Y cuántos, por el contrario, hacen una gran figura en el mundo, bien que dotados con escasez de un espíritu algo menos que mediano! Miéntras tanto, yo tenia franca la entrada á todos los cuartos de palacio siempre que queria. Nada se hacia ni se deliberaba sin que primero se consultase conmigo; de manera que hallándome ya árbitro del reino, le gobernaba como mejor me parecia. Todos los empleos se daban por mi mano sin que ninguno se quejase, y sin que la envidia, cuya ojeriza contra los favorecidos y privados es ya tan antigua, se atreviese á tentar ni aun levemente el ánimo de los nacionales para maquinar mi caida.

Pero la que no pudo encontrar lugar en la rectitud y sinceridad de aquella admirable gente, echó profundísimas raíces en el corazon de mis propios compañeros. No podian llevar en paciencia, que siendo yo igual á ellos en el nacimiento, y menor en edad á la mayor parte, fuese tan superior á todos en la estimacion y en la autoridad, sin otro mérito que el de la fortuna, segun ellos decian. Por otra parte, llevaban muy á mal que en vez de conferirles á ellos los gobiernos de las ciudades y provincias conquistadas, hubiese preferido y echado mano de los nacionales, no queriendo conocer, que en esto me habia gobernado yo por una razon igualmente política que prudente, cual era la de dar á aquellos pueblos unos gobernadores, que bien

instruidos en su lengua, génios y costumbres, los supiesen ganar por el amor: fuera de que, ocupando ya todos los portugueses puestos no ménos honoríficos que lucrosos en la milicia, parecia que debian contentarse con eso por ahora, sin aspirar á más. Hallándose pues tan mal satisfechos de mí, estaban acechando ansiosamente la primera ocasion de derribarme, al mismo tiempo que en lo exterior me hacian grande córte, con demostraciones de singulares finezas. Pero como todas mis operaciones eran francas, rectas y sinceras, no tenian de donde asirse para acusarme por alguna de ellas, y así resolvieron echar mano á la calumnia, que es el único camino para oprimir á la inocencia. Parecióles (y en esto no se engañaban) que cuanto aquella fuese mas grave y más atroz, menos tiempo se gastaria en inquirir la ficcion y averiguar la verdad, por atender cuanto antes al remedio. Para forjar la que habian determinado imputarme, les sirvió grandemente la casualidad de estar alojado en mi casa (con licencia de nuestro soberano) el rey que habia sido hecho prisionero, la magnificencia con que yo le trataba, y las conversaciones que necesariamente habia de tener con aquel soberano huésped mio. Valiéronse de todo esto para acusarme de alta traicion, como que no solamente solicitaba yo la libertad de aquel monarca, y restituirle el gobierno de sus Estados, sino que maquinaba la muerte de mi propio soberano. Dió algun color á una calumnia tan atroz lo que sucedió en un consejo de Estado que se habia tenido algunos dias antes. Propúsose en él, ¿qué era lo que se habia de hacer con aquel príncipe y con su real familia? y yo esforcé vigorosamente el voto de aquellos que eran de parecer se le pusiese en su entera libertad, y se le restituyesen sus Estados, pero con la única condicion de que se reconociese feudatario de su vencedor, y en muestra de este reconocimiento le pagase anualmente un moderado tri-

buto. Dije á este propósito, que además de la gran gloria que adquiria en el mundo á nuestro soberano una accion de tanta magnanimidad, haciendo ver que no habia empuñado las armas contra su enemigo por una ambiciosa y vil hambre de usurpar los Estados ajenos, sino precisamente por la necesidad de defender y de asegurar los propios; además de eso, vuelvo á decir, esta magnánima accion indirectamente produciria un grandísimo bien en sus reales dominios, porque si el rey se quisiese quedar con los conquistados, seria dueño de toda la isla, y en ese caso sus vasallos, no teniendo ya enemigos que temer, ni tropas que combatir, una de dos, ó se envilecerian en el ócio, ó sembrando discordias entre sí mismos, excitarian guerras civiles que asolarian el reino. Mis razones, confirmadas con los ejemplos que produje de varias naciones, que habiendo llegado al supremo ápice de la humana felicidad, sujetando los reinos circunvecinos, ellas mismas se arruinaron á sí propias, fueron las que finalmente restituyeron en su reino al vencido monarca del Madagascar meridional; y como supo este príncipe que yo habia tenido gran parte en aquella no esperada restitucion, me honraba infinitamente. Esto fué mi precipicio; porque los portugueses conjurados contra mí, habiendo logrado en cierto dia una audiencia secreta del rey, de repente se arrojó á sus piés el más viejo y más ladino de todos, y hablando á nombre de ellos, señor (le dijo) grandes cosas teniamos que descubrir á V. M. sino temiéramos que se le habian de hacer increibles. Pero ménos malo es exponernos nosotros á sufrir la nota de calumniadores, que dejar arriesgada la preciosa vida de V. M. á la execrable alevosía de un traidor que está tramando quitársela dentro de muy pocos dias. Al oir semejante proposicion, quedó el rey horrorizado y atónito: sin embargo, atropellándose unas á otras las sospechas en su fantasía, habla, ami-

go (le dijo), y no me ocultes la más mínima circunstancia de todo lo que supieres. Entonces el traidor le expuso toda la série de la forjada calumnia, asegurando que él mismo habia sido testigo de varios discursos que me habia oido, y que indicaban claramente el ánimo en que yo estaba de privar al rey del reino y de la vida.

CAPITULO X.

Diligencias del rey de Madagascar para averiguar la verdad de la acusacion de los portugueses. Descubre la inocencia del jóven Siciliano. Consejos que éste da al rey; pídele licencia para volverse á Europa; y sucesos de su viaje, en que le acompañó el intérprete Dagal.

Cualquiera otro príncipe menos prudente, y no tan detenido como aquel monarca, hubiera ciertamente precipitado sus resoluciones en una materia tan delicada, y que á él le interesaba tanto. Cuando se trata de la corona, y de la vida de un soberano, hasta las sombras son delitos, y muchas veces basta solamente la acusacion para hacer el proceso y pronunciar la sentencia contra los acusados: pero el príncipe de quien voy hablando, procedió de muy diferente manera. Lo primero que hizo fué mandar prender á todos los demás portugueses, dejándome á mí solo en libertad, y dispensándome cada dia más honras y más favores. A ninguno absolutamente confió ni dió la menor señal del verdadero motivo que le habia obligado á hacer aquella demostracion con los estranjeros: solo se dejó caer alguna vez, que queria castigarlos con una ligera prision por cierto error que habiau cometido contra los usos y buenas costumbres del reino. Prohibió, no obstante, que ninguno hablase con ellos, y despues se dedicó con el mayor desvelo y atencion á indagar y examinar, pero secretísimamente, todos mis pasos,

acciones y discursos. Aun no habia partido para su córte el rey prisionero, y se mantenia como tal hospedado dentro de mi casa. Tuvo modo de introducirse desconocidamente en ella el monarca septentrional, y de oir sin ser visto varias conversaciones que tuvimos aquel soberano y yo, sin descubrir en ellas el más mínimo indicio que pudiese dar motivo á la más remota sospecha. Llamóme un dia á su gabinete, y me dijo: amigo, gracias al cielo me veo libre del mayor y más molesto cuidado que en toda mi vida ha turbado y tenido inquieto mi corazon. Tus mismos compañeros te acusaron á mí de que maquinabas contra mi corona y contra mi vida; pero yo mismo he descubierto tu inocencia, y he palpado que todo ha sido una feísima y negrísima calumnia; por lo que he resuelto ponerlos todos en tus manos, para que á tu satisfaccion te vengues en ellos, condenándolos al castigo que corresponde á mi justicia, y es tan debido á tu justa indignacion. Me descubrió entonces toda la trama de la diabólica calumnia, añadiendo los medios de que se habia valido para averiguar mi inocencia. Me horroricé al oir tan no esperado discurso, y echándome á los piés del rey: señor (le dije) no me duele tanto el que se me hayan imputado tan atroces y tan execrables delitos, cuanto el poco ventajoso concepto que naturalmente formará V. M. de un país como el nuestro, que produce hombres capaces de tan horrendas traiciones, haciéndose agentes solícitos de mi ruina aquellos mismos que debieran celebrar y promover mis aumentos: señal cierta de que entre nosotros las leyes de la santa y verdadera amistad no solo están desatendidas, sino que no pocas veces se ven bárbaramente atropelladas. Pero más que todo me duele la ceguedad de unos hombres, que fundaron principalmente su acusacion en un consejo que dí á V. M. dirigido únicamente á la mayor gloria y celebridad de su soberano nombre, enlazada

con la mayor tranquilidad y mayor bien de sus felicísimos vasallos. Pero en medio de la grande abominacion con que debo mirar á semejantes personas, suplico á V. M. se digne dispensarme en el precepto de que tome á mi cargo su castigo, pues siendo V. M. el más ofendido en la persona de este su humildísimo esclavo, á ninguno otro corresponde más inmediatamente la autoridad y la obligacion de castigarlos. Conózcolo así, respondió el rey, y eso es lo que yo debia hacer con todo rigor; pero no quisiera abrir desgraciadamente los ojos á mis vasallos. Estos hasta aquí han ignorado felizmente aun el nombre de traicion y de calumnia: y quién sabe, si á fuerza de indagar la naturaleza de un delito que mereció un castigo, que necesariamente habia de ser extraordinario, no llegasen finalmente á formar alguna idea de tan enorme maldad. Hízome fuerza el prudentísimo reparo del rey, y así le representé, que el mayor, el más sensible y menos peligroso castigo para aquellos infelices, seria tenerlos desviados de la córte, y separados entre sí desterrándolos á diferentes lugares, todos distantes de aquella: de manera, que viviendo cada uno solo, y entregado á sus propios pensamientos, encontraria dentro de su corazon y de su conciencia aquel tormento cruel que se llama gusano roedor, inseparable compañero de todos los malhechores. Agradó mucho al rey este consejo mio, y los siete portugueses (porque D. Bíbulo no habia entrado en la conspiracion) fueron desterrados á diferentes aldeas, distantes todas de la capital, donde nunca he sabido el fin que tuvieron.

Libre ya de los insidiosos lazos que me habian armado mis propios amigos y nacionales, proseguí viviendo con el mismo esplendor, pero insinuando poco á poco y con destreza en el ánimo del rey las máximas de la verdadera religion, como tambien en el de sus cortesanos. Y ya tanto aquel, como muchos

de estos, suspiraban ansiosos por el agua del Bautismo; pero faltaban sacerdotes y ministros que tuviesen el celo y la doctrina que era menester para enseñarles lo que en los adultos era necesario saber antes de recibirle. Para ocurrir á tan grave necesidad, supliqué un dia al rey me permitiese hacer un viaje á Europa prometiendo dar la vuelta en el breve curso de dos años, acompañado de religiosos llenos de virtud, de celo y sabiduria, que enteramente iluminasen á todos sus vasallos con la luz de las verdades evangélicas. Le aseguré que lo haria, sin descubrir á ningun viviente las ventajas y fecundidad de su reino, por no despertar la codiciosa ambicion de alguno, á quien se le antojase enviar escuadras y gente para apoderarse de él; y que antes por el contrario, si alguna vez se hablase de aquella isla, y me obligase la buena crianza á contestar á semejante conversacion, muy de propósito hablaria de ella con el mayor desprecio, pintándola pobre, miserable, estéril é infecunda, como lo es en una gran parte, para que todos se confirmasen en la falsa idea que todavía tienen de ella. Pero si la pintas así (me replicó agudamente el rey) ¿como quieres persuadir á tus sacerdotes, que vengan á vivir en un país tan miserable? Antes bien todos se guardarán de querer emprender un viaje tan largo, para no encontrarse al fin de él sino con hambre, trabajos, incomodidades y miserias. Señor (le respondí), es verdad que no faltan entre nosotros algunos religiosos amantes de la vida ociosa, acomodada y regalona, los cuales, si se arriesgan alguna vez á ir á tierras distantes para ejercitarse en la predicacion, lo hacen, ó ya por la ambicion de adquirir fama y dignidades, ó movidos únicamente de la codicia y del interés. Pero hay otros (y en número mucho mayor) que despreciando todo esto, y sin otro impulso que el de puro celo por la salvacion de las almas y mayor gloria de Dios, despre-

cian los tormentos y la muerte, exponiéndose al martirio por dilatar y propagar la religion. Yo procuraré que sean de estos los que me quieran acompañar, bien seguro de que no solo no se negarán, sino que tendré el disgusto de no poder admitir y consolar á todos los que se declararán pretendientes de esta especie de trabajos; y no estoy menos seguro de que V. M. quedará tan pagado de ellos, como se digna manifestar que lo está de mi persona. No sin hacer gran violencia me permitió el rey que partiese, dándome por compañero á mi buen intérprete Dagal, porque sabia muy bien los grandísimos deseos que tenia aquel buen hombre de ver la Enropa.

Partimos, pues, de Madagascar despues de tres años de mi llegada y de mi mansion en la isla, y habiendo desembocado por los desfiladeros de los montes en las orillas del mar, que están enfrente de las costas de Africa, nos anduvimos paseando por aquellos lugarcillos marítimos, hasta que encontramos un portezuelo defendido de un fortin medio desmoronado, donde tal vez se veian precisados á dar fondo algunos navichuelos europeos. Dagal se habia vestido como nosotros, de manera que todos le tenian por español, y más oyéndole hablar perfectamente aquella lengua. Más de veinte dias estuvimos esperando á que pareciese algun navío, manteniéndonos como podiamos con lo que nos socorrian los vecinos de aquel puertecillo, que todos eran portugueses, á quien dimos á entender que un navío español por mera inadvertencia nos habia dejado en tierra en un puerto muy distante de aquel paraje, y que suspirábamos por alguna embarcacion que nos restituyese á nuestra amada pátria. Una mañana, finalmente, descubrimos á lo lejos un navío, cuya bandera conocí desde luego que era inglesa. Pero como vimos que iba pasando adelante, siguiendo su viaje, hicimos señal desde una eminencia con un pañuelo blanco:

entendió luego el capitan inglés lo que significaba, y despachó su esquife á que nos recogiese. Luego que entramos en el navío, dí á entender al capitan lo mismo que habiamos dicho á los del fortin y los del puerto: creyólo fácilmente, nos señaló á cada uno nuestro camarote, y dió órden que el navío prosiguiese su rumbo hácia el Cabo de Buena Esperanza. Dagal, aunque nada acostumbrado al mar, sufria con fortaleza las incomodidades de la navegacion, ocupado enteramente en el vivísimo deseo de ver con sus propios ojos aquella parte del mundo, generalmente reputada por la más culta y más noble de todas. En fin, tomamos tierra en Lisboa el dia 15 de Setiembre de 1725. Llevaba yo un poco de dinero, no solo de lo que habia reservado en el tiempo de mi permanencia en Madagascar, sino del que pertenecia á los peculios de los portugueses, secuestrados de órden del rey y cedidos por S. M. á mí para gastos del viaje. Con este auxilio determiné pasar á Sicilia para darme á conocer por lo que era, y tomar posesion de los bienes de mi padre y de mi tio, y proveerme de lo necesario para conducir á mi costa á Madagascar una numerosa mision de celosos, sábios y virtuosos misioneros. Pero mientras se ofrecia ocasion oportuna de embarco para Italia, llevé conmigo á Dagal para que viese lo más raro y más precioso de aquella gran corte portuguesa y magnífica capital de toda la Lusitania. No acababa de maravillarse el buen intérprete de la grandísima estimacion que allí se hacia del oro. Mirando y remirando la brillante córte del rey, frecuentada de prodigioso número de grandes, hidalgos, caballeros y ministros, cubiertos todos de plata y oro, de diamantes y piedras preciosísimas, se le vino á la memoria el lance de D. Bíbulo con el tabernero de Tarapasar, y dijo, que ya no extrañaba la cólera de aquel portugués, y conoció entonces la mucha razon que habia tenido para irritarse con el pobre is-

leño, puesto que habia nacido en un país donde aquel metal lograba tan grande estimacion. Y cuando vió despues el portentoso comercio con todas las naciones que se hacia en aquella mercantil y populosísima ciudad, quedó como aturdido y verdaderamente pasmado, confesando que los europeos eran hombres de singular industria y de imponderable ingenio. Con todo eso (añadia), á mí me gusta más nuestra modestia y nuestra simplicidad, porque observo que todos, ó la mayor parte de los géneros que forman este comercio, solo sirven para fomentar el lujo, la ostentacion y la superfluidad. Le llevé tambien á las iglesias á que viese los divinos Oficios y oyese algunos fervorosos sermones, en los cuales se predicaba verdaderamente la palabra de Dios. Y oyendo á los sagrados oradores declamar contínuamente contra la gula, la lascivia, la codicia y todos los demás vicios, observando al mismo tiempo, que eran tan frecuentes la glotoneria, la intemperancia, los públicos amancebamientos, etc., no podia darse paz, porque no acertaba á componer, cómo siendo tantos, tan útiles y tan santos los preceptos y las reglas, eran tan desbaratadas y tan escandalosas las costumbres. ¡Gran maldad (solia exclamar muchas veces), la de atropellar con tanto descaro los divinos mandamientos! Y volviéndose á mí me decia: haz que vuestra ley se publique en mi país, y yo te aseguro que será en él mas respetada y más fielmente obedecida que en el vuestro.

Mientras tanto, habiendo llegado á Lisboa un navío que se hacia á la vela para el Mediterráneo, me ajusté con el capitan para que nos recibiese á los dos, y habiéndonos embarcado, logrando próspero viento, pasamos el Estrecho de Gibraltar, entramos en las aguas de las islas Baleares, nos engolfamos en alta mar, y dirigimos la proa hácia Liorna. Entrando despues en la altura de Cerdeña y dejando atrás aquellas aguas, arriba-

mos felizmente la víspera de Navidad á dicho puerto, dando mil gracias á Dios por tan pronto como afortunado viaje. No nos detuvimos en Liorna más que dos dias; desde allí pasamos á Florencia y despues á Roma. Esta, dije á Dagal, es la primera ciudad de todo el universo, antiguamente capital del imperio romano y hoy la Metrópoli de la religion católica: Aquí tiene su Silla y su córte el Vicario de nuestro Dios; aquí reposan los huesos de innumerables santos de nuestra religion, y de aquí salen para todas las partes del mundo los propagadores del Evangelio. Mientras estaba diciendo al intérprete todo esto, observé que él lo oia con silenciosa admiracion; y al ver tantos suntuosos edificios, tantos magníficos templos y tantos venerables antiguos monumentos, así sagrados como profanos, no cesaba de darme millones de gracias por haberle conducido á un inmenso pueblo, donde todo respiraba grandeza, decoro, majestad, y un gusto el más exquisito.

CAPITULO XI.

Deja el Siciliano á su intérprete en Roma, y él parte á Palermo. Encuentra en ella impensadamente á Isidoro, y éste le hace la alegrísima sorpresa de presentarle viva á su querida esposa Irene.

La primera cosa que hice luego que descansamos algunos pocos dias, fué conducirle á una comunidad religiosa de ejemplarísima observancia, y presentarle al superior, suplicándole que le catequizase, instruyéndole en los principales y mas necesarios dogmas de nuestra santa fé. Le declaré quién era, de dónde, cómo y á qué venia, añadiendo, que estas eran las primicias que se consagraban á Dios de una nacion sepultada hasta ahora en la fatal ignorancia de su santa ley. No puedo explicar el grandísimo consuelo de aquel buen padre y santo religioso, al oir el inestimable presente con que yo le regalaba. Abrazóle estrechísimamente con entrañas de verdadera caridad, hizo que le dispusiesen una celda, y desde luego dió principio á la grande obra de su conversion. Mientras tanto que ésta se maduraba, determiné efectuar mi proyectado viaje á Sicilia, y despidiéndome de Dagal, no sin lágrimas de una y otra parte, el dia siguiente partí á Nápoles, de donde en una galera de aquel reino me transferí prontamente á Palermo.

Iba á entrar en una posada de esta ciudad, cuando sentí que me tiraban por detrás de la casaca: volví prontamente la ca-

beza, y con grande admiracion mia me hallé con mi carísimo Isidoro. ¡Qué fortuna es la mia, señor César (exclamó primero él) la de estar viendo que al cabo habeis vuelto á respirar el aire de vuestro nativo cielo! ¡Y cuál será la mia, amigo del alma (le repliqué), cuando te veo en estado tan diferente de aquel en que te dejé últimamente en Lepanto! A su tiempo (repuso Isidoro) discurriremos mejor y más despacio. Ahora habeis de saber, que para vos no hay en Palermo otra posada que la de mi casa. Gracias á Dios he recobrado mis pocos bienes, y habiendo muerto mi cruel padrastro, vivo quietamente con mi buena madre, manteniéndome con la renta de mis posesiones, que aunque ténue, todavía no he tenido necesidad de tocar á un corto depósito de dinero que tuve la fortuna de adquirir despues que los dos nos separamos. Diciendo esto me fué poco á poco, y como insensiblemente retirando de la posada, y conduciéndome por una callejuela, entramos en una casa mediana decentemente alhajada con muebles bastantemente civiles. Todo lo que aquí veis (me dijo Isidoro), es tan vuestro como mio. No tengo en este mundo otro consuelo mayor que el de partir con un amigo como vos las pocas conveniencias que me ha reservado ó regalado mi buena fortuna. Mientras se disponia la cena, y se llegaba la hora de sentarnos á la mesa, quiso que yo le contase mis aventuras: hícelo con mucho gusto, y con la mayor exactitud. Cuando llegué al trágico suceso de mi muy amada Irene en Franstad, me enternecí de manera, que las lágrimas no dieron lugar á las palabras para explicar el dolor. Se conmovió no poco el amigo al verme tan penetrado de aquella desgracia mia; procuró consolarme, diciéndome, que todavia podia encontrar quien me resarciese de aquella fatal y sensibilísima pérdida. Respondíle prontamente y no sin alguna viveza. ¡Oh! eso no, amigo mio; estoy muy resuelto á mantenerme

en el celibato lo restante de mi vida. Proseguí informándole de de todo lo que me habia sucedido despues que partí de Polonia, y cuando le dije que pensaba volver á Madagascar con un buen número de misioneros, me interrumpió diciendo: no, amigo, me está diciendo el corazon que te convendrá hacer otra mision muy diferente. Cónstame que tus rentas y tus bienes están muy en sér, administrados muy cuidadosamente por persona que verdaderamente te ama, y que nunca perdió las esperanzas de que vendrias á gozarlos, á pesar de las voces que corrieron de tu muerte. La prueba de esto la verás presto por tus mismos ojos sin que te dés á conocer. No sabia yo, ni podia imaginar quién pudiese ser aquella persona que habia tomado tan á pechos el cuidado de mis cosas, y ya me pasaba por el pensamiento que seria sin duda el mismo Isidoro el que se habia encargado de mis intereses, y de promover las mejoras y y adelantamientos de mi hacienda. A este tiempo nos avisaron que estaba ya la cena en la mesa, y con esto se interrumpió nuestra conversacion. Nos sentamos á cenar juntamente con la madre de Isidoro, la cual era una mujer bien parecida, no obstante ser ya un poco entrada en edad. Durante la cena se hizo mencion de algunos curiosos lances que la habian sucedido, mientras vivia el cruel padrastro de Isidoro, y se pasó aquella hora con increible alegría, porque la memoria de las desgracias pasadas hacen más gustosas las felicidades, cuando comienzan á rayar dias serenos y claros en las familias. Habia ya dos dias que era huésped de mi amigo en Palermo: sacábame á pasear por la ciudad, y muy de propósito me hacia conocer los mujeres que eran tenidas por mas bellas y amables. Aquella (me decia) seria un buen partido para tí: es una viuda de fresca edad, y rica por la grande herencia que la dejó su marido: si no te gusta una viuda, allí tienes una doncellita sábia,

honesta, bien parecida, hija única de un padre muy achacoso, y por consiguiente heredera de su gran caudal, y no ménos grandes posesiones. Fácil cosa me será (proseguia él), hacerte lograr cualquiera de las dos, en escogiendo tú la que mejor te pareciere. No me hables de volverme á casar, le respondí: desde que murió mi querida Irene, el nombre solo de *matrimonio* se me ha hecho tan odioso, que enteramente se apagaron para mí las antiguas geniales teas del himeneo. Ya te entiendo, me replicó Isidoro: segun eso quieres holgarte de mogollon, gozando los privilegios del matrimonio, sin las cargas ni disgustos que trae consigo. ¿Es este el bello y rígido moral que aprendiste en Madagascar? No me tientes (le volví á replicar con un poco de aire): ya te he dicho que quiero observar el celibato con todo rigor, y Dios sabe si todavía pasará más adelante mi melancolía. ¡Oh señor César! si eso nace de melancolía, os tengo lástima, y lo pasareis muy mal. La melancolía produce en los hombres muy perniciosos efectos: un hombre de entendimiento no debe dejar apoderarse de ella, porque siempre he oido decir que está muy cerca de esta señora la que se llama locura. Así, pues, yo espero encontrar algunos objetos, que solo con verlos te hagan despedir de casa á esa fastidiosa hembra, y trasformarte en otro hombre muy diferente del que ahora te veo. Creí ciertamente que Isidoro se burlaba cuando le oí hablar de esta manera, y así solamente le contesté con una carcajada.

Pero no sabré ponderar lo sorprendido que me quedé la tercera noche que estuve en su casa, cuando entré en mi cuarto para irme á la cama, y ví que estaba acostada en ella una mujer. La escasa luz que alumbraba el cuarto, que era bastantemente espacioso, añadiéndose á eso la turbacion que me causó la vista de aquel objeto, no me permitió discernir bien ni su

edad, ni sus facciones. Lo primero que me ocurrió, acordándome de la conversacion que acababa de tener, fué que seria alguna mujer de mala vida, metida allí por Isidoro para probar mi continencia. Así, pues, volví inmediatamenre las espaldas, y me salí apresuradamente de mi cuarto sin querer siquiera mirarla á la cara, y encaminándome derecho á donde habia dejado al amigo, le supliqué me hiciese el gusto de disponer que por aquella noche se pasase mi cama á otro cuarto, porque en aquel donde habia dormido las noches precedentes, corria á la sazon un aire poco grato y ménos sano. ¿En qué puede consistir eso? me respondió; ¿ni qué cosa puede haber inficionado aquel ambiente? Quizá se la habrá comunicado el mal olor de alguna casa vecina, ó puede ser que por descuido se dejasen abiertos los balcones y haya entrado por ellos algun vapor pestilencial, ya sea alguna fétida exalacion de la baja marea, ó ya tambien de las lagunas cercanas, que muchas veces suelen inficionar el ambiente. Si es algo de esto, se hará perfumar bien el cuarto con yerbas odoríferas, porque en cuanto mudar la cama á otra parte, no te puedo servir, por no haber en toda la casa más que tres alcobas: la que tú ocupas, que es la más decente, aquella en que duerme mi madre, y otra en que duermo yo. Amigo, le repliqué, el tufo que me dió es mucho peor que el de cloaca, el de baja marea y lagunas estancadas. Todos los aromas de la Arabia no bastan para perfumarle, ni mucho ménos para purificarle de su contagiosa pestilencia. Siendo eso así, (repuso él) vamos á ver en qué consiste una novedad tan extraña y tan tediosa. Diciendo y haciendo se levantó de la silla donde estaba sentado para que fuésemos juntos á mi cuarto; pero al llegar á la puerta de él, nos salió al encuentro su madre, que traia de la mano á mi querida esposa Irene, vestida con una especie de bata. Dijéronme entónces madre é hijo, dan-

do grandes carcajadas: he aquí, señor César, lo que es todavía mucho peor que una cloaca, que una baja marea y que todas las lagunas estancadas: vea Vd. ahora si bastarán todos los perfumes de Arabia á purificarla de su pestilencia. Dejo á la discreta consideracion de Vds. el figurarse lo asombrado y lo aturdido que me quedaria á vista de una sorpresa de aquella especie y de aquel gusto. Parecíame sueño ó bizarra ilusion de una fantasía despierta, pero turbada, creyendo ser algun espectro ó cuerpo aéreo el que tenia delante, hasta que llegándome á él y estrechándole entre mis brazos, quedé enteramente convencido de que era cuerpo real y verdadero, compuesto de carne y huesos, sin hartarme de dar millones de gracias á la divina Providencia, porque me habia librado de tantos peligros, y conservándome la vida, para que antes de morir tuviese el consuelo de volver á ver á mi dulcísima esposa. Hacíala yo cien preguntas confusas, y todas á un mismo tiempo, á las cuales me respondia ella con la misma confusion. Isidoro y su madre lloraban de puro gozo y ternura, al ver que despues de tanto tiempo se habian vuelto á juntar dos esposos, que sin exageracion se podian llamar los más fieles de todo el mundo.

Concluidos, ó á lo ménos mitigados aquellos primeros trasportes, pregunté á mi carísimo huésped, cómo ó de qué manera habia podido disponer aquella gentilísima y discretísima burla. Luego que entraste en mi casa (me respondió), despaché un propio á tu mujer, que es y ha sido la diligente administradora de tus bienes, dándola una noticia tan importante como era la de tu venida. Convidéla á que inmediatamente se viniese á Palermo, instruyéndola en la manera de apearse en mi casa incógnita y sin ser vista. Con efecto, aquella misma noche llegó á esta ciudad, y no costó poco trabajo entretenerla para que no corriese al punto á arrojarse entre tus brazos. Al

fin mi madre y yo la pudimos persuadir á que tuviese un poco de paciencia y estuviese oculta por un par de dias, para ayudarnos á la inocente burla que pensábamos hacerte, en lo que no habia otro inconveniente que dilatar un poco los suspirados momentos de vuestra recíproca vista, y dar ocasion á que la honrases con los bellos atributos con que fuiste servido de regalarla. Pero aun esto mismo contribuyó mucho para que conociese que ninguno merecia tanto como tú el ser dueño de su corazon; pues solo su memoria te bastaba para hacerte odiosas todas las demás mujeres del mundo. Por lo que toca á las otras aventuras suyas y al modo con que Dios la preservó de la muerte que la recetó en su veneno el médico de Franstad, tiempo tendrás de oirlo con mayor gusto de su misma boca, porque el presente es muy precioso para emplearle en lo que despues se puede saber. Dicho esto se retiró, y nosotros nos retiramos tambien á nuestro cuarto. Así juega con los hombres la inconstante fortuna, alternando por un giro de impensadas revoluciones la pérdida de mi esposa con el recobro de ella, sin que por eso me pueda lisonjear de haber encontrado ya aquel poderoso clavo que fija su inconstancia, haciendo inmoble su voluble rueda.

CAPITULO XII.

Sucesos de Irene despues que el Siciliano se escapó de Franstad, y muerte funesta del capitan Arnaldo.

Luego que el sol se levantó de su dorado lecho en el Oriente, dejamos tambien nosotros nuestra blanda cama, no ya solitaria, y como viuda, y dirigiéndonos á donde nos estaban ya esperando madre é hijo, deseosa Irene de apagar cuanto antes la justa curiosidad que yo tenia de saber sus aventuras desde que los dos nos habiamos seperado, dejándola yo en aquel mortal deliquio, lo hizo de esta manera.

Cuando las gentes de la posada de Franstad te vieron saltar furioso de la cama y partir colérico de casa, se vinieron á mi cuarto, y viéndome en el lastimoso estado en que me habia puesto la mortal bebida del falso y desapiadado médico, recelosos de que fuese efecto de algun golpe que tú me hubieses dado, me registraron cuidadosamente, y no habiendo descubierto en todo mi cuerpo herida, contusion, ni el menor indicio de la más mínima ofensa exterior, comenzaron á sospechar lo que verdaderamente habia sido, y se confirmaron en esto cuando vieron la calidad de las materias que tu estómago habia vomitado. Con esta duda, que en ellos casi era ya seguridad, me suministraron luego ciertos antídotos que por fortuna tenian

en la casa, los cuales me preservaron de la vecina muerte que estaba amenazando. Cuando volví en mí y no te ví en la cama pregunté ansiosamente por ti; contáronme luego todo lo que habia sucedido con el traidor y elevoso médico, asegurándome que tú te habias puesto en salvo fuera de la ciudad, pero que se ignoraba tu paradero y aun el camino que habias tomado.

Esta relacion, aunque por una parte me consolaba, considerándote sano y libre de los rigores de la justicia, en cuyos tardos procedimientos necesariamente se habia de gastar mucho tiempo, mucha paciencia y mucho dinero; por otra me afligia el no saber hácia que parte te habias encaminado para poder encontrarte. Parecióme no obstante, que verosimilmente habrias dado la vuelta á Dresde, y á sí inmediatamente me puse en camino para aquella córte; pero todo fué inútil, porque el baron de Chirchein, en cuya casa me lisonjeaba que te podria hallar, no supo darme la menor noticia tuya; pero tomando cartas en tu desgracia, me obligó á que me quedase en su casa, donde fuí tratada con la mayor distincion, honestidad y respeto. Despues él mismo quiso en persona pasar á Franstad para tomar lengua de tu fuga, é informarme menudamente de todas sus circunstancias. Volvió á Dresde casi despues de dos meses, y todas las noticias que pudo recoger se redujeron á que todavía te hallabas tú en aquella ciudad, cuando yo salí de ella en busca tuya; y que poco despues habias partido á la Silesia en compañía de un monge, á donde pasó tambien el mismo baron; pero noticioso de que el monge se habia transferido á la Bohemia llevándote siempre consigo, no habia podido seguiros, porque le llamaban á la pátria los urgentes negocios de su casa. En virtud de estas noticias resolví partir prontamente á Bohemia, para lo cual me proveyó de dinero el baron, y me hizo acompañar de un criado antiguo de su casa, con quien me puse en

camino con una indecible ánsia de verte y abrazarte. No hay en Europa país donde las mujeres puedan viajar con menor peligro como la Alemania. Pueden caminar por toda ella con una casi total seguridad de no ser molestadas, ni solicitadas, porque los hombres en este particular son los más discretos y los menos maliciosos de todas las naciones que yo he corrido y tratado. Arribé pues á Praga con toda felicidad, y habiéndome informado con drestreza del monge predicador á quien te habias agregado, supe que le habian destinado à las misiones de las Indias orientales, y que tú solo habias partido con él, dándose por supuesto que tomarias el camino de Italia para embarcaros en Génova ó en Liorna. Creí que tú solo le acompañarias hasta alguno de estos dos puertos, y que desde él pasarias á Sicilia para ponerte en posesion de tus bienes, como me constaba que lo habias pensado hacer antes que emprendiésemos el viaje á la Sajonia. Supuesto este concepto, solo debia pensar en seguirte; porque el criado de Crirchein tenia órden de su amo de no acompañarme más que hasta Bohemia, y desde allí restituirse á Sajonia. Yo no me hallaba con el dinero que habia menester para emprender un viaje tan largo, y volverme á Dresde para solicitarle á cuenta de nuestra pension, me pareció que era desviarme demasiado de mi camino.

Hallábame en esta grande irresolucion, cuando entró en la posada donde yo estaba un forastdro, á quien le enseñaba el posadero un cuarto de pared en medio del mio. Noté que hablaba chapurradamente el aleman, y perfectamente el italiano con el camarero que le habian destinado, el cual entendia y hablaba bien ambas lenguas. Picóme la curiosidad de saber quién era aquel nuevo huésped, y cuando sentí que salia de su cuarto, le aceché por un agujerito que habia observado en la puerta del mio, y ví que era nuestro grande y fidelísimo amigo Isi-

doro. No era posible encuentro más feliz para mí en medio de tantas desgracias. Díme luego á conocer, y él quedó aturdido de hallarme en aquel país. Luego me preguntó por tí, y cuando le conté todos nuestros sucesos despues que nos volvimos á encontrar en Buda, cuando más le lastimaron tus desgracias, tanto mayor fué la fineza con que se ofreció á asistirme, hasta que dispusise el cielo que yo volviese á verte. Y vésme ya desde aquel dia bajo la asistencia y custodia del mayor amigo que has tenido en tu vida. Partí pues en su compañía de Bohemia, y nos vinimos á Italia. Estuve en Génova y en Liorna, sin que en ninguna de estas ciudades hubiese podido adquirir la menor noticia de tu persona ni de la del monge misionero de las Indias. Con esto me vine á Sicilia, donde me dí á conocer á mis padres, y estos me perdonaron mi fuga, me abrazaron y se compadecieron mucho de mis extrañas aventuras. Ellos me ayudaron para que en tu nombre se me diese la posesion de tus bienes, y se me encargase su administracion, pero tanto como hubiera celebrado esta nunca imaginada fortuna si estuviera en tu compañía, otro tanto me despedazaba el corazon verme sin tí en tu misma casa. ¡Qué diligencias no hice para tener alguna noticia de tu persona! Hice que Isidoro escribiese á varias ciudades y países, pero todo inútilmente. ¿Y cuántas veces me vino al pensamiento salir á buscarte por todo el mundo hasta saber tu paradero? Pero así vuestro buen amigo como mi padre, me hicieron ver tan claramente los peligros, trabajos é inconvenientes, y sobre todo la casi segura inutilidad de tan desesperado viaje, que al cabo me lo quitaron de la cabeza, devorándome mientras tanto el deseo, y lisonjeándome tal vez la alegre esperanza de que al fin dispondria el cielo que volvieses á ver á tu amada pátria. Pero este suspirado momento no acababa de llegar, y en lugar de él se apoderaba del corazon el te-

mor de que algun funesto accidente te hubiese borrado del número de los vivos, ó que imaginándome ya difunta, hubieses pasado á segundas nupcias, enamorado de alguna que aspirase á ser sucesora mia. Todas estas cosas me daban una grandísima pena; pero ninguna fué igual á la que me causó el imprevisto arribo á Mazara del capitan Arnaldo. Este hombre nunca habia podido olvidarse de mí. Su pasion cada dia era más violenta, y creció á lo sumo con mi fuga; de manera, que habiéndome inútilmente buscado en varias partes, se vino en fin á Sicilia, suponiendo que yo me habria vuelto á ella. En esto no se engañó; pero cuando supo que me habia casado contigo, que te habias huido y no se sabia dónde parabas, se le volvió á encender la gana de poseerme, á pesar del sagrado indisoluble vínculo que nos ligaba á los dos. Inclinábale su génio á emprender siempre lo que ménos podia y debia; de manera, que cuando la empresa era más árdua, tanto ménos dispuesto se sentia á abandonarla. Habia tenido modo de averiguar todos sus pasos, ó á lo ménos muchas de sus circunstancias que nosotros ignorábamos. A buena cuenta supo que te habias embarcado en Lisboa con un misionero de las Indias orientales, y nos mostró una carta de este padre escrita en Goa, en que daba la noticia, que tú con algunos portugueses habiais sido muertos á manos de los salvajes de Madagascar, habiéndoos salido á pasear por las playas de aquella isla. Esta noticia me hizo derramar amarguísimas lágrimas, y á no haber sido por Isidoro, que siempre me alentaba y me consolaba con remotas esperanzas, contándome casos de muchos viajeros, que despues de llorados por muertos á manos de los bárbaros, ó sumergidos en el mar, aparecieron vivos y sanos en sus casas, recobrando tal vez á sus mujeres, que suponiéndolos muertos habian pasado con buena fé á segundas nupcias; digo que á no haber sido por lo mucho que Isidoro me

confortaba con la relacion de semejantes sucesos, seguramente que el dolor me hubiera quitado la vida.

No bastándome el trabajo de tener que lidiar con esta horrible pasion, tenia por otra parte que combatir con la tediosísima y obstinadísima importunidad de Arnaldo. No podia asomarme á una ventana sin verle luego en la calle; ni era dueña de salir á una iglesia sin que en todas partes se me pusiese delante. Fuera de eso tenia de su parte á mis padres, que no cesaban de atormentarme, diciéndome, que acabase ya de dar gusto y hacer feliz á un hombre que por tanto tiempo habia dado tantas pruebas de una constancia acaso sin ejemplo. Muchas veces llegaban tambien hasta tratar de nécia mentecatéz, el llorar inútilmente á un hombre que habia tenido valor para dejarme casi entre las garras de la muerte, sin solicitarme algun socorro, ni disponerme siquiera una decente sepultura, escogiendo antes andar vagando por el mundo, que esperar por lo ménos á saber cuál era mi paradero; pero no obstante la impresion que me debian hacer todas estas cosas, de nada hice caso, y ora me considerase casada, ora me supusiese viuda, queria usar de mi derecho, resistí á todas aquellas sugestiones, respondí con toda resolucion, que si estabas vivo, no podia, y que vivo ó muerto, no queria conocer otro marido que tú. Cuando el capitan vió que eran inútiles todas sus diligencias, á manera de los hombres bestiales pasó á un rabioso ódio desde un furioso amor, y pensó vengarse del desprecio que hice de su mano, por el término más víl y más indigno que se puede imaginar. Comenzó á quitarme públicamente mi honor, diciendo, que no solo habia servido yo á su lascivia, sino tambien á la de sus más bajos y más perdidos soldados, añadiendo, que aun actualmente me entregaba á los hombres más disolutos, los cuales por lo mismo eran los objetos más preferidos de mi des-

honesta inclinacion. Considera ahora tú si me afligirian todas estas cosas; pero no las podia remediar, ni como mujer tenia otro desahogo que el de mis lágrimas. Mas aquel Señor que defiende la inocencia, y algunas veces dispone que sean públicamente castigados los que la persiguen y calumnian, no permitió que padeciese largo tiempo mi reputacion. Un dia que en la plaza pública estaba más envenenado contra mí, repitiendo con particular energía las acostumbradas donosuras, fué repentinamente asaltado de un accidente apoplético, que desde luego le impidió el uso de aquella lengua que tan desapiadadamente estaba revolviendo contra mi honor. Conoció entonces el infeliz su gravísimo pecado, y reconoció la mano de donde venia aquel castigo, y no pùdiendo retratar con las palabras sus enormísimas mentiras, pidió por señas recado de escribir, y confesó públicamente haber sido falso y calumnioso todo lo que habia dicho de mí. Dijo que me pedia perdon, y sobrevivió despues dos dias, al cabo de los cuales murió, dando muchas señales de verdadera penitencia, con edificacion y consuelo de los que se hallaron presentes.

Esta muerte, que me libraba de un grandísimo trabajo, fué para mí como presagio y aun principio de buena fortuna, la cual parece me queria volver á mirar con buena cara. Y á la verdad no me engañé, porque despues de aquel caso no se han pasado seis meses sin que haya tenido el inexplicable gusto de volver á verte, cuando todos creian que para siempre te habia perdido.

CAPITULO XIII.

Participa el Siciliano á Dagal el hallazgo de su mujer. Dudas sobre su vuelta á Madagascar: opónese á ella su esposa. Declara á Isidoro el pensamiento de su marido, y resolucion que este toma.

Así acabó su relacion mi bella Irene, y con este motivo se repitieron nuestros abrazos, nuestros parabienes y nuestras recíprocas congratulaciones. Yo no quise perder tiempo, ni dilatar un momento de dar paate á mi amigo Dagal de este mi felicísimo suceso, bien que nunca le habia contado mis aventuras. Escribíle pues una carta, en respuesta de la cual me daba la gustosa noticia de su solemnísimo bautismo, celebrado con la mayor pompa y con la asistencia de muchos cardenales y prelados, habiendo dado á la córte de Roma un magnífico y alegrísimo espectáculo con su dichosa regeneracion á la católica fé por el bautismo. Dábame muchas enhorabuenas por el felíz hallazgo de mi cara esposa, advirtiéndome al mismo tiempo que no me dejase llevar de una excesiva complacencia ó condescendecia con ella, teniendo presente la manera con que eran tratadas las mujeres en su país, y concluyendo con que no me descuidase en dar todos los pasos necesarios para conseguir los consabidos misioneros que habia prometido al rey conducir conmigo, para que convirtiesen todo el Madagascar al servicio del verdadero Dios. Recibí esta carta en Mazara, mi patria, á donde

habia ido á dar una vista á mis bienes y mi hacienda. Me causó la tal carta una indecible inquietud, embarazo y perturbacion; porque no me hallaba ya en aquel estado de indifereucia, ó por mejor decir de libertad, en que á mi parecer me veia cuando dejé á mi intérprete en Roma, y mucho más cuando formé el celoso y cristiano proyecto en Tarapasar. Miraba entónces á otro aire todas las cosas del mundo, y acostumbrado ya á vivir segun la costumbre y simplicidad de los madagascareses, ninguna cosa era capaz de sobornar mi corazon, para que no siguiese los primeros impulsos de mi voluntad, los cuales (¿quién sabe si por vanidad más que por verdadero celo?) todos se dirgian á promover el bien espiritual de aquellos pueblos, y de aquel rey á quien yo tanto debia y tanto amaba. Pero el presente amor de mimujer, de los amigos y de la pátria, me ponia con la mayor viveza delante de los ojos los peligros, los trabajos, y el incierto paradero de un alarga navegacion por mares tan tempestuosos y por climas tan diversos. Fuera de eso se me excitaban mil dudas sobre el buen éxito de la mision, y sobre si me saldria todo tan felizmente como yo me lo habia figurado. ¿Quién sabe (me decia yo á mí mismo) si encontraré los ánimos dispuestos á recibir la nueva religion que pretendia introducir entre ellos, y si en lugar de los aplausos, de la estimacion y favores que antes me dispensaron, no me recibian ahora con iusultos, injurias, desprecios, y quizá, quizá, con una muerte cruel? Tal vez se me representaba tambien que podia hallar ya muerto al rey, y que el nuevo gobierno llevase la máxima contraria, no queriendo admitir ningun extranjero á la inspeccion y direccion de las cosas de Estado, como parece lo dictaba la mejor política y el amor á la propia libertad. Más por la parte contraria me parecia que el no volver yo á la isla era faltar á la palabra que habia dado al mismo rey, el cual, aunque no pudiese vengarse en mí, podia

muy bien hacerlo en todos los europeos que aportasen á su reino, y yo seria la causa no solo de innumerables muertes, sino de que aquel monarca los tuviese á todos por fementidos y desleales. Pero lo que sobre todo me hacia más fuerza era el persuadirme á que en cierto modo faltaba á lo que debia á Dios, habiéndome ofrecido á procurarle la conquista de tantas almas cuantas eran y serian los habitadores presentes y futuros de una isla tan dilatada y tan poblada; por cuyo importantísimo servicio no solo debia despreciar todo otro humano respeto, sino exponer tambien toda mi hacienda, y si fuese menester, la misma vida.

La inquieta irresolucion y terrible agitacion en que me tenian estas congojosas dudas y molestos pensamientos, me hicieron perder mi natural serenidad, y mi alegría acostumbrada. Conociólo muy bien Irene, y como ignoraba la causa, me apuró tanto para que se la dijese, que me ví precisado á declarársela. Cuando acabé de contarla todo lo que habia en el asunto, y ella me vió todavía neutral é indeciso entre dos partidos tan contrarios, como era el de volver á emprender un viaje tan largo entre peligros de naufragios, de muertes, de prisiones y de esclavitud, ó el de estarme quieto, en paz y sosegado, atendiendo al gobierno de mi familia, echó á llorar y afligirse como una desesperada, de manera que sus lágrimas fueron las que finalmente me vencieron, haciéndome caer en la flaqueza de determinarme al segundo partido, abandonando enteramente el primero, aunque con no poca repugnancia, ó por mejor decir, remordimiento. Entonces conocí lo poco que el hombre es dueño de sí cuando tiene un corazon demasiadamente tierno por su mujer, y lo muy prudente que es aquella máxima de los madagascareses, de no apasionarse demasiado por ellas. A este tiempo llegó Isidoro desde Palermo á visitarnos. La primera cosa que

le contó Irene despues de las acostumbradas salutaciones, fué el pensamiento que yo habia tenido hasta entonces de volverme á Madagascar. ¿No le parece á Vd., añadió luego mi esposa, que es bello amor el que tiene su amigo á una mujer que tanto ha penado por él? No sabe resolverse á pasar en su compañía los dias que le restaren de vida, y antes bien le veo dispuesto á abandonarme de nuevo primero que dejar la extravagancia, y aun la vanidad de un viaje tan disparatado y tan peligroso. Al oir yo semejantes expresiones, me consideré obligado á justificar los motivos que me habian tenido perplejo en la eleccion de los dos estremos contrarios. Con este fin informé menudamente á Isidoro de los empeños que habia contraido con el rey de aquel país, y del gran bien que resultaria á todos aquellos pueblos de su efectiva conversion, sin olvidarme de exponerle las razones que me tenian indeciso entre los dos partidos, y eran todo el fundamento de mis molestísimas dudas. Si todas ellas no bastan, dijo entonces Isidoro, para expugnar el corazon de un hombre casado como lo erés tú, bástete á convencerte y aquietarte el que un amigo tuyo entre desde luego á subrogarte y á echarse sobre sí todas tus obligaciones. Yo, caro amigo César, yo mismo quiero representar tu persona con el rey de Madagascar. Yo iré con Dagal y con los misioneros á hacer tus veces, esperando en Dios que echará su bendicion á tus deseos y á los mios. ¿Pero, cómo? le interrumpí pasmado y aturdido, al oirle tan extraordinaria oferta. ¿Cómo es eso? ¿Pues qué, pretendes abandonar tu pátria, tu madre y tus bienes para exponerte á tantos peligros como se experimentan en semejantes viajes, en climas tan contrarios, y entre naciones desconocidas, separadas mllares de leguas de las nuestras? Sí, amigo, respondió Isidoro. Mi mayor deseo es ver aquellos remotísimos países que el Océano tiene separados de los nuestros. Me siento con espíri-

tu y valor para superar todas las dificultades. Soy jóven, estoy sano, no tengo mujer ni hijos, ni quiero tenerlos; estoy acostumbrado á una vida tunante y vagamuda desde mis años juveniles. Todas estas razones me bastan para no dejar que se me escape la ocasion de ser tu sucesor en la isla de San Lorenzo. ¿Pues qué? le repliqué, ¿quiéres condernarte á no volver más á ver á tu amada pátria? Eso será conforme, me respondió: no me atrevo á concederlo ni á negarlo. Regularéme como lo pidan el tiempo y las circunstancias. Si el cielo me conserva la vida, es muy posible que el amor que te tengo me haga volver á Sicilia. Por lo demas, ya sabes que á mí nunca me ha gustado la vida quieta, y podria suceder, que aun aquello fuese no más que por pocos meses. Lo que te recomiendo mucho es á mi anciana madre: entra en mi lugar á hacer con ella oficios de hijo, haciéndola venir á tu casa, si te pareciere, en la inteligencia de que desde luego te declaro dueño de todos mis pobres haberes, y de aquel corto depósito que me deparó la fortuna, salvo únicamente lo que hubiere menester para costear el viaje de los misioneros á nuestro destino. A propósito de ese depósito, le repliqué, acuerdate, amado Isidoro, que me estás debiendo la relacion de todo lo que te sucedió desde que pasaste á Nápoles de Romanía, y saliste de Lepanto, particularmente del modo con que adquiriste el tal depósito. Y pues yo te he dado menuda cuenta de toda mi vida, pide la buena correspondencia, que tu no me niegues el gusto de informarme de la tuya. De muy buena gana te le daré, me respondió; y cuando con efecto iba á comenzar, le interrumpió Irene, diciéndole, que no se contentaba con esto solo, sino que debia continuar su historia desde que en la isla de Cefalonia se cortó el hilo de ella, con ocasion del violento rapto que allí sucedió de la misma Irene.

CAPITULO XIV.

Prosigue la historia de Isidoro, y lo que le sucedió en Génova cuando hizo profesion de astrólogo.

Acuérdome muy bien, dijo Isidoro, de que aquella noche en que dispuso el pérfido Demetrio que vos, señora, fuéseis tan grosera y bárbaramente arrancada de los brazos de vuestro digno esposo y caro amigo mio, habiais mostrado grandisima curiosidad de saber cómo me habia ido en Génova con la profesion de astrólogo. Ahora oireis lo bien que me fué en ella. Luego que logré alguna fama entre la gentalla que concurria en la plaza á componerme un numerosísimo auditorio, comencé tambien á cobrar crédito entre la gente de otro pelo, y era justamente aquella de la cual podia sacar mayor utilidad. Un mocito mercader á quien algunos dias antes habia visto vender paños en una tienda, juntamente con un viejo que era su padre, el cual, calados los anteojos, estaba contínuamente aplicado sobre los libros de caja, vino una mañana al monton que me rodeaba mientras estaba yo charlataneando. Observé que el tal mozo me oia muy atentamente con una cara espantadiza, y con un cierto aire de quien revolvia allá dentro de su cabeza grandes pensamientos. Parecióme que poco más ó ménos habia comprendido cuál seria el motivo de su alteracion, y haciéndole señal de que se acercase á mí y me mostrase la mano, despues

de haberme detenido algun tiempo más de lo ordinario en ademan de admirado en el exámen de los lineamentos que en ella se descubrian, sin embargo de no saber siquiera una palabra de chiromancia, le dije al oido: Señor, Vd. está fieramente enamorado de una bellísima doncella, que no le hace caso, antes bien no le puede sufrir; y Vd. anda allá fantasticando el modo de conquistarla, regalándola con una pieza de alguna rica tela, que piensa hurtar de la tienda de su señor padre. Sin duda dí en lo que al mozuelo le andaba girando por los cascos, porque despues de haberme confesado que todo era verdad, ni más ni ménos como yo se lo habia dicho, me suplicó que luego que me desocupase de allí tuviese á bien irme á cierto sitio que me señaló, para pronosticarle las cosas que en aquellos sus amores le habian de suceder. Así lo hice, despues que despaché á varias personas, las cuales, viendo que un mozo de buena traza y más que decentemente vestido, como era el mercader, se habia dignado venir á consultarme, y se habia despedido de mí haciéndose cruces, asombrado de mi gran saber y publicándolo á todos, amontonada una gran multitud de ellos, habian concurrido á aquel lugar, deseosos con la mayor impaciencia de que á cada uno le pronosticase su fortuna, pagándomelo aun mucho más de lo que podian sus fuerzas. Concurrí, pues, al sitio apalabrado, donde ansiosamente me estaba esperando el tal mozuelo. Ya Vds. se persuadirán á que sin detenerme mucho á consultar su fisonomía, ni mucho ménos el horóscopo de su nacimiento, le diria lo primero que se me vino á la boca, esto es, mil cosas de mero capricho; pero todas dirigidas á lisongear su genio, y especialmente aquello que más podia agradar á su amorosa pasion. Todo se lo tragó el pobrecillo con la mayor facilidad, muy persuadido á que mis palabras eran otros tantos oráculos de Delfos, ó respuestas de las

Sibilas. No hay cosa más fácil que hacer del astrólogo en órden á lo futuro: cada cual puede inventar lo que guste al consultante, sin peligro de ser desmentido, porque los astrólogos de nuestros tiempos no salen por fiadores de sus predicciones, y mudan de país antes que llegüe el tiempo que ellos señalan en que se han de verificar los sucesos que pronostican. Su mayor dificultad está en hablar de las cosas pasadas, porque estando más y mejor instruidos en ellas los mismos que echan dinero al aire por el pueril é insulso gusto de oírselas contar á otros, es menester caminar con grande tiento y con la mayor circunspeccion, echando mano de las conjeturas y usando siempre de términos generales, como tambien de expresiones equívocas ó ambiguas, y teniendo buena provision de escapatorias para alterar, modificar y explicar las palabras con que se declaró lo que no se sabia. Así que, habiendo dicho yo al mercaderillo, que en el breve giro de dos meses estaria en posesion de su enamorada, con otras mil berengenas que se me vinieron á la boca, me regaló con medio doblon italiano, y habiéndome despedido de él, me fuí derecho á una hosteria donde le gasté alegremente.

No bien habia acabado de comer y beber muy á mi satisfaccion á costa de aquel simplecillo enamorado, cuando entró en busca mia una mujer, que me dijo ser demandadera de ciertas monjas que deseaban mucho oir mis pronósticos, y me suplicaban fuese á darlas este gusto lo más presto que pudiese. Dí palabra de que iria, y luego que partió la demandadera me puse á considerar qué era lo que yo podia decir á aquellas buenas religiosas, no conociendo á ninguna de ellas ni teniendo la menor noticia de su carácter. Despues de muchas reflexiones que hice sobre este punto, sin que me ocurriese cosa de provecho, concluí diciéndome á mí mismo: acabóse; me regularé por

lo que allí se me ofrezca de repente. A una la diré que gruñe mucho con el hortelano porque cuida poco de la huerta, no deja crecer la ensalada, y no riega á tiempo las flores. A otra, que se enfada muchas veces contra las gallinas, porque no ponen dos huevos cada dia. A esta, que sus hermanos se hacen remolones y no son puntuales en pagarla su vitalicio: á aquella, que se hizo monja contra sus cinco sentidos, porque la obligó á ello su padre, solo para que los hijos varones lo pudiesen pasar mejor. A tal cual la insinuaré, que las otras la miran con malos ojos y con alguna envidia, porque ven que no observa la vida comun, porque come algunas veces tal cual plato delicado que de cuando en cuando la envian su amorosa madre ó su querida hermana. Haré algunos pronósticos sobre los dulces que fabrican, y las daré algunas reglas para que en ciertos cuartos de luna y aspectos de este planeta echen en ellos más ó ménos ingredientes, segun aquello que se me pusiere en la cabeza. Con estas prevenciones me fuí al tal convento, donde inmediatamente supe, que el mercaderillo á quien yo habia hecho los pronósticos que quedan referidos, tenia una hermana en él, y por consiguiente al tal mercaderillo debia el favor que me dispensaba aquella comunidad. Y habiendo hecho mi pronóstico á todas ellas desde la abadesa hasta la cocinera, me salió todo á maravilla, y me hicieron un bonísimo regalo por mis acertadas predicciones. Verdad es que no me acuerdo haberme visto tan embarazado en toda mi vida, como me ví en aquella ocasion. Todas á porfia querian ser las primeras á oir la suerte que las tocaba: hacíanme unas preguntas tan exóticas y tan extravagantes, que fué bien menester todo mi ingenio y toda mi paciencia para desenvolverme de ellas con honor.

Partí, pues, de aquel monasterio ya bien tarde, y cuando llegué á mi casa, me hallé con un criado de uno de los primeros seño-

res de Génova, que á los títulos de su antigua y nobilísima casa, añadia otros muchos de la mayor distincion. Díjome el criado de parte de su amo, que aquella misma noche me esperaba en su palacio. Obedecí inmediatamente, no tanto por el respeto que debia á la persona que me citaba, como por la esperanza de echar un buen lance á favor de mi bolsillo. Luego que me presenté en palacio, me introdujeron en un gabinete, donde estaba solo el amo sentado en un canapé. Ví que era un hombre ya avanzado en edad, pero robusto, y que se estaba divirtiendo en fumar tabaco con mucha sorna, prosopopella y gravedad. Inclinéme prontamente, haciéndole una profunda reverencia, y él me correspondió cortesanamente con bastante agrado, pero sin perder un punto de su seriedad y entereza. No te necsito, me dijo, sino para que cooperes con algun engaño de tu embusterísima profesion á proporcionarme un gusto en que tengo grande interés. Yo, aunque paso ya de los setenta años, soy tan ardiente y tan fogoso, que jamás he podido vivir sin tener junto á mí alguna muchacha alegre y bien parecida, con quien holgarme y divertirme. Me faltó poco há la que me servia hasta aquí arrebatada de una grave enfermedad, y apenas fueron enterradas sus bellísimas cenizas, cuando me sentí abrasado en el fogoso deseo de acomodarme con otra. Habiendo echado los ojos por toda la ciudad para descubrir otra que fuese digna de mí, los fijé en una doncellita de catorce años, hija de padres honrados, pero pobres, y educada en las mejores costumbres, circunstancias todas que hacen sumamente difícil la empresa de reducirla á mi voluntad. Habiéndome informado de su temperameuto y de su índole, he sabido, que en punto de ambicion fiaquea un poco más que el comun de las mujeres; tanto, que por el aire señoril que se da dentro de casa, la llaman la princesa, y la madre, que celebra mucho este gran espíritu de

su hija, espera verla colocada en fortuna muy superior á su nacimiento. Haré que te enseñen su casa, y despues dispondré que la conozcas, y cuando tengas ocasion de hablarla, usa de aquellos medios que son tan fáciles de tu profesion. Dála á entender, que su estrella la tiene destinada para compañera de un gran señor, y que por los misteriosos arcanos de tu astrología, sabes ciertamente que uno de este mismo país no desea otra cosa con mayor ánsia que la dicha de poseerla, teniendo librada su fortuna en solo esta esperanza. La insinuarás, que todo esto lo logrará fácilmente, y deja lo demás al tiempo y á mí, asegurándote, que concluido el negocio tendrás veinticuatro doblones de regalo. Enterado de lo que el caballero me queria, aunque me tiraba mucho el crecido premio que se me habia ofrecido, me causaba por otra parte grande horror cooperar á una seduccion de tan mala especie, y de tan terribles consecuencias. Conocia muy bien hasta dónde llegaba la gran maldad de fomentar la bestial concupiscencia de un viejo septuagenario, en grave perjuicio de una inocente doncellita y de una honrada familia; por lo cual procuré escusarme de semejante comision, alegando mil razones, que ninguna fuerza hicieron al tal ciego y apasionado señor. Antes bien irritado de mi resistencia á servirle, protestó, que si no ejecutaba prontamente, con puntualidad y con secreto lo que me habia mandado, me haria probar lo que valian los brazos de sus criados, y hasta dónde alcanzaban los efectos de su indignacion. A una resolucion tan absoluta y concluyente, cedieron cobardes los impulsos de la conciencia y del honor: bajé la cabeza, y le prometí que le obedeceria ciegamente.

Informado pues de la calle, casa, persona y nombre de la tal señorita, lo primero que hice la mañana siguiente fué irme al cuartel de la ciudad, donde ésta habitaba, gritando en alta voz:

¿quién quiere oir á un astrólogo nunca visto semejante, que sabe todo lo pasado y lo presente, adivinando infaliblemente lo futuro? Asomábanse las mujeres á los balcones y á las ventanas; quién me llamaba á una parte, quién á otra: ésta me hacia una pregunta, aquella me preguntaba otra cosa, y todas á porfia querian verme y hablarme. Ya Vds. conocerán que procuraria desembarazarme de todas con presteza y en pocas palabras, porque mi fin era otro que el de contentar su curiosidad. Luego que llegué enfrente de la casa donde vivia la señorita para quien armaba yo aquella infame red, la ví al balcon á ella, á su madre y á una hermana suya. Conocíla inmediatamente por las puntuales señas que me habian dado, y comenzando á hacer mil aspavientos y violentas contorsiones, no de otra manera que si de repente me hallára poseido de algun furor divino: ¡qué es lo que veo! exclamé: ¡qué planeta feliz era el dominante en el punto en que nació aquella afortunadísima doncellita! ¡Oh, y cuán grandes cosas estoy leyendo en aquella espaciosa frente! ¡Oh, y cuántas me descubren sus brillantísimos ojos! Ahora, ahora sí que se hizo pedazos aquel velo que no me dejaba penetrar los arcanos de las gentes. Desde que ejercito esta profesion, nunca, nunca he podido lograr ver una fisonomía que concilie todas las gracias, y toda la belleza posible, con toda la prosperidad de la más risueña fortuna. ¡Ah! Séame lícito (pero quiero hacerlo sin pedir licencia á nadie); séame lícito, vuelvo á decir, descubrirte, oh dichosísima doncella, todas las aventuras que han de hacer toda la mayor felicidad de tu dignísima persona, y la de toda tu benemérita familia. Al oirme hablar con este entusiasmo se conmovió toda la vecindad, con lo cual quedaron más penetradas la inocente palomita que yo pretendia engañar, su madre y su buena hermana. Franqueáronme la puerta de su casa, donde entré cerrando la puerta, subí á la sa-

la y desempeñé la comision que me habia dado el viejo caballero, de manera que ninguna de ellas dudó que aquel señor habia de dar principio á las grandes felicidades que falsamente yo las habia pronosticado. Habiendo cumplido así con el desengañado oficio que habia prometido, fuí á dar cuenta de todo al que me lo habia encargado, el cual halló vencidas las dificultades que podian estorbar el logro de su intento, por lo bien que yo habia dispuesto la materia, de manera que dentro de dos ó tres dias consiguió lo que deseaba. Hizo que se me entregasen los veinte y cuatro doblones, pero mandándome expresamente, que luego, luego saliese de Génova. Fuéme preciso obedecer, y pensando en qué parte podria hacer más fortuna con mi supuesta astrología, me determiné finalmente ir á probarla en Parma y Plasencia, pasando de allí á los Estados de la casa de Este, y dejándome caer despues en los de la Iglesia.

CAPÍTULO XV.

Progresos y fin de la profesion astrológica de Isidoro.

Establecido así el plan de mis astrológicas empresas, pasé prontamente á Plasencia. Allí encontré desde luego ciertos bufones, los cuales al mismo tiempo que se valian de mí para hacer mil burlas á otros, me lo pagaban liberal y aun profusamente. Uno de estos me dijo un dia: Señor astrólogo, ¿no ve usted allí aquel hombre que esta arrimado al mostrador de aquella tienda con una cara de energúmeno? Pues sepa, que es un pobre mentecato, que ha consumido todo cuanto tiene por encontrar el *Lapis Philosophorum*. Dígale Vd. que no conseguirá lo que pretende miéntras no encuentre el *Bezoar de los Basiliscos*. Volé al punto hácia él y sin más ni más le dije: Señor, yo sé que Vd. es un gran alquimista. Y bien, me respondió volviéndose hácia mí con una cara avinagradra; ¿qué me quieres tú decir con esto? Grandes cosas, señor, le repliqué. Leyendo estoy en vuestros ojos y en las líneas de vuestra frente, que con el tiempo trendeis la fortuna de encontrar la piedra filosofal. Empredereis un viaje, en el cual hallareis el único admirable ingrediente que os falta para adquirir el inestimable tesoro de la vida y fortuna de los hombres. ¿Y qué ingrediente es ese que tú me pronosticas? me replicó con grande curiosidad.

El Bezoar de los Basiliscos, le respondí prontamente. Anda, vete enhoramala, me respondió enfadado, que eres un tonto ó un grandisimo embustero. En los innumerables libros que he leido sobre la materia, hasta ponerme á peligro de perder la vista, no se hace mencion ni por sueños de semejante ingrediente. Por lo mismo, le respondí, desde el principio le llamé á Vd. *hombre afortunado* pues lo que ignoraron todos los demás, se le ha hecho saber á usted por medio mio. Puesto que, aunque há mucho tiempo que habia leido este secreto en algunos autores árabes, cuya lengua poseo bastantemente, nunca se me habia permitido por un repentino insuperable impedimento de la lengua, que no me dejaba articular ni una sílaba, ni pronunciarle, ni descubrirle á otro que á Vd. Con esto quedó el buen hombre enteramente persuadido á que era cierto lo que yo le decia, y sacando del bolsillo una gruesa moneda de oro, me la regaló, con lo cual yo me fuí muy alegre y no menos contento por haber embaucado al más famoso alquimista de Plasencia. Los bufones que todo lo habian estado observando, reventaban de risa, y cuando supieron lo bien que habia desempeñado mi comision me lo pagaron medianamente.

Mostráronme otro dia á un médico, á quien nunca le llamaba persona alguna de importancia, por lo cual vivia el pobre una vida muy melancólica, pareciéndole que despreciaban todos su habilidad, y contínuamente estaba diciendo, que él era como el oro en manos de los avarientos, que siempre le tenian encerrado sin valerse de él para nada. Anda, me dijeron los mismos del buen humor, y procura consolar aquel pobre médico, cuyos grandes talentos conocen pocos ó ninguno. Acerquéme á él, y despues de haberle saludado, le dije: Señor, si Vd. me da licencia, quisiera comunicarle una cosa. Pensó el buen doctor que queria consultarle sobre algun achaque mio, pero cuando

me oyó que deseaba pronosticarle ó *astrologarle*, me dió un empujon, diciéndome: Quítate de ahí, que has errado el tiro: yo soy un hombre que pronostico y astrologo á otros, más que no nació para ser *astrologado*. Ya lo sé muy bien, le repliqué, ya lo sé, señor; ya sé que su merced es un gran médico, y que los médicos deben ser la astrología, así para arreglar las curas á la cualidad de las influencias que inspiran los planetas y astros superiores, como tambien para acertar en los pronósticos que de cuando en cuando se deben hacer sobre los progresos y futuros pasos de las enfermedades. Por tanto me parece puedo decir á Vd. con fundamento, que las escogidas efemérides á que se ha dedicado, le suministrarán este año noticias muy falaces, para que no se fie de ellas en las curaciones que emprendiere. A buena cuenta desde luego me atrevo á adivinar, que aunque con mucha razon se le puede llamar á Vd. el Fénix de la medicina y el Hipócrates de nuestros tiempos, con todo eso tiene muy poca fortuna, y el comun de las gentes hace poco aprecio de su gran sabiduría. Es demasiada verdad (dijo él entonces) que en esta ciudad hacen poca estimacion de mí, y tanto, que más de una vez me ha venido al pensamiento de abandonarla, viendo verificado en mi persona aquello de *nemo propheta in patria sua*. No parece sino que me tienen por un hombre desconocido, siendo así que recibí públicamente la borla de doctor en Filosofía y Medicina no ménos que en la Universidad de Bolonia, madre de las ciencias, y la Atenas de Italia. Con esta ocasion se publicaron y se fijaron en todas las esquinas de la ciudad millares de sonetos y canciones en alabanza mia. Sin embargo, ningun enfermo me llama, y no hago otra cosa que curar la gente más pobre y más miserable, de la cual no saco, ni puedó sacar la más mínima utilidad. Pues señor mio, repuse inmediatamente, si Vd. ha visto que le he dicho la verdad

por lo que toca á lo pasado, siendo así que no tenia el honor de conocerle, porque hasta ayer nunca habia puesto los pies en esta ciudad, hágame la justicia de creer lo que ahora le diré por lo respectivo á lo futuro. Dí, pues, lo que quisieres, me respondió el médico, que yo te oiré con mucho gusto. Con eso volví yo á proseguir mi discurso de la manera siguiente: En fin, ya es llegado el tiempo de vuestra mayor gloria. En este mismo año, señor, saldreis del olvido en que os ha tenido la fortuna; ésta os está ya mirando con benignos ojos, sentada imperiosamente en lo más alto de su rueda, y os alarga propicia su fatal cabellera para que la asegureis con el clavo que ha de fijar su volubilidad y su inconstancia. En este año habrá gran cosecha de enfermos, pero los remedios ordinarios que enseña el arte para curarlos saldrán todos fallidos, por una ignorada y fatal constelacion dominante. De manera, que si quereis ser feliz en vuestras curas, será menester que receteis todo lo contrario de lo que enseñan vuestros médicos preceptos, y de lo que hacen los demás vuestros compañeros. De esta manera en poco tiempo adquirireis gran fama, y los otros perderán la que tenian. Cuando esteis ya bien acreditado, no temais que ninguno os recargue ni os culpe por más desaciertos que hagais, aunque pobleis los cementerios y despobleis las ciudades con vuestras erradas curas. Oyóme el médico con la mayor complacencia, dióme mil gracias, y en paga de mis predicciones, se ofreció á asistirme de valde y por pura amistad en la primera grave enfermedad que me sobreviniese. Ya sabia yo, le dije, que Vd. no tenia en la faltriquera ni siquiera un ochavo para remunerarme; pero nunca fué mi ánimo recibir de su mano cosa alguna, porque á hombres de tanto mérito como Vd., tengo particular gusto en tratarlos con toda generosidad.

Pasados tres ó cuatro dias le volví á encontrar en una calle.

Apenas me vió, se vino hácia mí, y tomándome la mano me dijo con mucha alegría: ¡Oh amigo astrólogo, y cuánto celebro este buen encuentro! Has sido para mí un nuevo Zoroastro, y no sabes bien cuán obligado estoy á tus felices vaticinios. Apenas te apartaste de mí se me ofreció una buena ocasion de aprovecharme de ellos. Hallábame en una botica donde oí hablar de la enfermedad de un gran señor de este país, á quien los médicos habian desahuciado, dejándole ya en manos de los religiosos con una especie de mortal agonía. Hallábase el enfermo oprimido de una hidropesía, exaltada ya al tercer grado, cuya curacion daban por desesperada los primeros y más acreditados físicos de Italia. Habiendo oido yo el deplorable estado en que se hallaba, acordándome de lo que me habias advertido, quise probar como salian tus consejos. Ofrecíme pues públicamente á curar al tal caballero, con tal que le dejasen solo á mi cuidado. Inmediatamente se echaron todos á reir, y algunos médicos que estaban presentes comenzaron á encogerse de hombres con cierto aire bufonesco, y aun se dejaron caer algunas mordaces pullas. El boticario, que era un hombre venerable, así por su edad como por lo eminente que era en su profesion, dijo tambien medio burlándose: Si este señor sabe hacer milagros, dejémosle que haga el que dice. Nada se va á perder en que el enfermo muera en sus manos, una vez que esté ya condenado á morir en las de otros. En conclusion, yo fuí llamado á visitar aquel caballero, y él me admitió por su médico. Habiéndome informado de la regla que habian observado mis predecesores, la cual era hacerle comer siempre carne quemada en vez de asada, prohibiéndole absolutamente todo género de bebida, hice ánimo á seguir un método enteramente contrario. Ordené que me trajesen una buena cantidad de agua, en la que hice como que echaba ciertos polvos, que fingí sacar de mi fal-

triquera: dísela á beber tumultuariamente, hasta que efectivamente se la echó á pechos sin dejar una gota. De allí á pocas horas dispuse que le diesen un vaso de vino generoso, y no quise apartarme del cuarto del enfermo en toda la noche, hasta ver el efecto que producia aquel nuevo método de medicar la hidropesía. No creerá Vd., señor astrólogo, como todo me salió á las mil maravillas. A la media noche comenzó á expeler por la cámara y por la orina una prodigiosa cantidad de materias sólidas y flúidas, y prorumpiendo despues en un sudor el más copioso y violento qne habia visto en mi vida, su cuerpo, que estaba hinchado como una bota, le hallé por la mañana enjuto, y reducido á su natural constitucion. Repetí entonces las bebidas de agua y vino en la misma cantidad, de manera que al presénte el caballero se halla enteramente sano y salvo, sin necesitar de otra cosa que de alimentarse bien para recobrar las fuerzas abatidas por tan grave y prolijo mal, no menos que por los medicamentos antisalutíferos que le habian aplicado. Valióme esta cura un grande y muy costoso regalo, el cual debo partir contigo, reconociéndome obligado de mi buena fortuna á tus sapientísimos preceptos. Diciendo esto me metió en la mano un bolsillo, que no tuve espíritu para desechar, y habiendo advertido al médico que no se olvidase del método que le habia sugerido, me partí de allí, no acabando yo mismo de admirarme de que un hidrópico hubiese sanado sin otro remedio que el de hacerle beber agua y vino. Despues de esto visité el tal bolsillo, y le hallé proveido de veinticuatro escudos, los que agregué al demás peculio astrológico que habia ganado por mis puños.

Mientras tanto, habia adquirido ya gran fama de singularísimo adivino en toda aquella ciudad. Corrian en tropas á ser *astrologados* por mí los hombres y mujeres de todo el Estado, y

me vandeaba muy bien con todas las clases de ellos. A los solteros y solteras los decia, que presto dejarian de serlo; á los casados les adivinaba cuántos hijos habian tenido, y cuántos habian de tener; añadíales que pasado cierto tiempo padecerian una grave enfermedad, y pasado despues otro cierto término se les vendria á las manos una gran fortuna. Venian á mí litingantes que deseaban saber el éxito que habian de tener sus pleitos, maridos que me preguntaban si eran honestas sus mujeres, enamorados que pretendian lės dijese si les eran fieles sus damas, y así de todas las demás clases y calidad de personas: tanto que parecia ser yo el oráculo que decidia de la suerte que habia de tocar á cada uno. Pero cuando yo me hallaba en el mayor auje de mi fortuna, aquellos mismos bufones que dije arriba, fueron causa de que hiciese un firme propósito de abandonar para siempre la bella profesion de astrólogo. El caso sucedió de esta manera. Enseñáronme una mañana á un hombre muy gordo y muy pantorrilludo, que estaba concertando unos pollos en el mercado. Anda, me dijeron, y dí á aquel hombre que no gaste dinero para comer aquel dia, porque sabes que en él ha de ser convidado á una gran mesa, donde podrá saciarse á su gusto de lo más exquisito y más delicado que suministra el país. Ejecuté prontamente todo lo que me dijeron. El buen hombre, que tenia la mejor traza de parásito y de pegote profeso, y que ya estaba con el dinero en la mano para pagar el el importe de los pollos, luego que me oyó recogió su dinero, y se le volvió á meter en el bolsillo, dándome mil gracias por la noticia que le habia dado tan á tiempo. Despues de esto le observé que se entró en una botica, sin duda para tomar alguna bebida diluente ó purgante, que limpiase el estómago de lo que habia engullido el dia antecedente, y despues irse á esperar en su casa al sugeto que habia de convidarle. Pero por la

cuenta le debió salir fallida su esperanza, porque luego que yo acabé de comer le ví entrar en mi posada hecho un veneno, acompañado de otros dos que parecian criados suyos, á los cuales mandó que me moliesen á palos, y miéntras ellos me rompian las costillas el tal hombron me estaba diciendo con grande socarronería: *Señor astrólogo, adivine ahora Vd. con cuantos palos he determinado regalarle.* En vano le procuraba yo aplacar con mil escusas, y pidiéndole por amor de Dios que tuviese misericordia de mí. Prosiguió adelante la paliza, hasta que me molieron bien los huesos, y el hombron se partió muy ufano y contento de su venganza, dejándome tendido en tierra, quebrantado todo el cuerpo, hecho pedazos el vestido, y yo maldiciendo la hora y el punto en que se me habia puesto en la cabeza el loco pensamiento de meterme á ser astrólogo.

Luego se supo en toda la ciudad de Plasencia mi desgracia. Unos se reian desaforadamente, y otros me tenian grandísima compasion, particularmente cuando se llegó á saber, que yo no habia tenido otra culpa en aquel lance que la imprudente ligereza de haber condescendido con el genio maligno y mofador de aquellos satíricos bufones. Uno de los primeros que supo mi trabajo fué mi famoso médico, el cual vino inmediatamente á visitarme, y escrupuloso observador de su palabra sin interés, y con exclusion de cualquiera otro. Y lo mejor de todo fué, que absolutamente queria curarme de mis heridas y contusiones todo al contrario de lo que enseñaba el arte, y esto, por no desviarse un punto ni faltar en un ápice al método que tanto le habia yo mismo inculcado; y me costó muchísimo el poderle persuadir, que aquella regla mia en el caso presente (que era más quirúrgico que médico) padecia grandísimas excepciones. Apenas me sentí sano, no tardé un momento en salir de un país de quien llevaba tan indelebles memorias, y arribando á



Fin de la profesion astrológica de Isidoro.

Parma, pasé revista á mi bolsillo, y hallé que habia ganado cerca de trescientos escudos. Habíame enseñado la experiencia, que el dinero se acaba presto cuando la industria no se aplica á reclutarle y tenerle siempre vivo. Y así me puse á pensar el partido que habia de tomar para asegurar este reemplazo, puesto que me hallaba ya sobradamente convencido de que el oficio de astrólogo es muy peligroso. Ya advertí desde el principio, que me repugnaba toda profesion que no fuese de una total independencia, y así despues de mucha meditacion y largo exámen determiné anunciarme por un poeta errante, universal é improvisador, era decir, por un poeta que sobre cualquiera cosa que le propongan, recita de repente. En Italia se usan mucho estos poetas, que llaman *improvisadores*.

CAPÍTULO XVI.

Fíngese Isidoro poeta errante, universal é improvisador. Recita como tal en Parma, Florencia y Roma, en cuya ciudad toma la última resolucion.

Habia aprendido algunos principios de poesía en el estudio de Barcelona, y como mi lengua nativa era la italiana, me habia dedicado á leer los mejores autores que habian escrito en ella. Durante mi navegacion á Méjico habia sacudido el polvo muy particularmente á los libros de poesía italiana, sin que por eso me reconociese con disposicion, ni mucho menos con la mayor facilidad para hacer versos. No obstante esto, lo primero que hice fué fijar un cartel en que daba noticia al público como habia llegado á Parma un poeta errante, universal é improvisador, que se obligaba á componer de repente sobre cualquier asunto, y á responder de la misma manera á cualquiera pregunta que se le hiciese, en verso de consonantes precisos y rigurosos. Significaba en el mismo cartel, que Lino y Homero, primeros poetas de la antigua Grecia, como tambien Orfeo, anterior á ellos, no habian sido más que unos hombres errantes como yo, que andaban de ciudad en ciudad, sustentándose de lo que les daban los apasionados y amantes de la poesía. Metió gran ruido en todo Parma esta novedad, y la primera vez que subí al tablado, que á manera de cátedra me habia hecho levantar en medio de la plaza pública, logré un gran concurso de

la nobleza y literatos de la ciudad, curiosos todos de oir la prolusion con que hacia la abertura de mi nuevo teatro. El asunto de la prolusion se reducia á un pomposo elogio de la poesía y de todos aquellos que la cultivaban, empeñándome en probar que ella habia sido el lenguaje propio y peculiar de los dioses de la gentilidad. Tuvo un grande aplauso la tal prolusion, y habiéndola hecho imprimir, me produjo una ganancia más que mediana. Al bajarme del tablado me rodeó una multitud de mozalbetes, que á porfia me encargaban les hiciese varias amorosas composiciones, para enviarlas cada uno á su respectiva Filis, entregándome cada cual una memoria en que estaban escritas las particularidades de la dama, á fin de que el madrigal ó soneto fuesen enteramente específicos y adaptados al sugeto á quien se habian de dirigir. Uno queria que alabase su bella boca, cuyo aliento era más fragante que el cinabrio; quién sus blancos dientes, cuya blancura dejaba muy atrás á la del mismo marfil; quién sus mejillas, que parecian un extracto químico de rosas; quién el seno, un mar de leche por donde navegaban los ojos; quién, finalmente, los ojos, las cejas, la garganta, el cabello, y no faltó uno que me encargó no me olvidase de exaltar hasta las nubes la graciosa corcoba de su adorada bella, extravagancia que cuando la leí al abrir los billetes, me hizo reventar de risa.

Aquella noche, pues, trabajé catorce breves composiciones, adaptadas al genio de los que deseaban acreditarse de poetas con sus correspondientes ninfas, y por la mañana acudieron todos á recibirlas, mostrándose muy satisfechos, en prueba de lo cual me las pagaron bien, de manera, que tambien quedé yo muy contento de estos buenos principios de mi nueva profesion. Pero al mismo tiempo hice un mal pronóstico de sus amores: porque sino ofrecian á sus idolillos más que sonetos y madrigales,

tenia por cierto que solo podian esperar de ella una corespondencia semejante á la suya, y por consiguiente muy distante de sus muy diferentes deseos. Pero ya se iba acercando la hora de presentarme al público para hacer mi segunda prueba. Tenia prevenida para ella una larga cancion en aplauso de los reinantes duques de Parma, que habia trabajado las noches antecedentes, zurciendo varios retazos de las bellísimas composiciones que habian hecho los mayores ingenios de Italia con ocasion de sus reales desposorios. Pero lo habia hecho con tal arte, que todo parecia cosa nueva y cosecha enteramente mia. Con efecto, conocí entonces que uno que tenga un poco de ingenio, puede robar todo lo que quisiere sin que lo conozca la mayor parte de los lectores. El hecho fué que aquella obra me granjeó nuevos aplausos, y habiéndose presentado á la córte me valió el honorífico regalo de un medallon de oro que el real duque me hizo dar, el que inmediatamente me le eché al cuello, como distintivo de un particular honor. Todos los cortesanos se proveyeron de ejemplares, de manera que no me quedó ni uno solo, y así me hallé de repente rico sin la menor fatiga mia. Pero como en mi cartel habia prometido que responderia de repente en verso á cualquiera pregunta que me hiciesen, me hallé aquella noche con exquisitas preguntas que me hicieron por escrito muchos bellos ingenios, á las cuales respondí lo menos mal que pude y supe; logrando la fortuna de que mis respuestas, en atencion á la prontítud y facilidad con que las daba, fuesen benignamente recibidas. Lo mismo sucedió en otras varias noches subsiguientes, sin que por eso me faltasen ocasiones de trabajar en casa con no poco adelantamiento de mi bolsillo, en las muchas composiciones que me pedian sobre todo género de asuntos, aun los más bajos y más despreciables. Entonces conocí hasta qué punto se veia abatida en nuestros tiempos la desgra-

ciada poesía, porque habiendo leido que en sus principios solamente se empleaba en la alabanza de los dioses, más adelante en el elogio de los héroes, despues en desahogar las pasiones amorosas en elegías, ó en exprimir las inocentes costumbres de los pastores en las églogas, ó en representar las virtudes y vicios de los príncipes en la tragedia, ó á ridiculizar las acciones y vicios de los hombres en la comedia y en la sátira, sin algunos otros usos á que la aplicaron (pero siempre noblemente) los poetas antiguos griegos y latinos; hoy casi se veia obligada á envilecerse, forzándola á emplearse en las cosas más bajas y más vulgares. No se vé otra cosa todos los dias que esquinas y paredes ensuciadas públicamente con sonetos, que dan el título de segundo Demóstenes al más miserable orador, de otro Papiniano al más ignorante legista: epitalamios que en otros tiempos solo se componian en celebridad de las bodas entre príncipes y grandes personajes, pero hoy se esparcen centenares de ellos en gracia de la boda de cualquier ciudadano, y tal vez aplaudiendo el desposorio de un rico labrador. ¡Cuánta metralla poética de este jaez me ví yo precisado á componer en poco tiempo! ¡Y cuántas veces, al mismo tiempo que conocia lo mucho que me fructificaba este indecoroso trabajo, me dolia íntimamente de verme obligado á emplear en una súcia y vil adulacion un arte que solamente se inventó para que dispensase sus más veraces y sinceros encomios al legítimo y verdadero mérito! Pero mientras tanto, yo me aprovechaba muy bien del mal gusto, ó por mejor decir, de la corrupcion del siglo, y admitido á las más nobles conversaciones, me cosideraba como un hombre extraordinario, principalmente en una edad como la mia, que no llegaba á veinticuatro años.

Con este gusto pasaba alegremente mis dias en la córte de Parma, cuando un accidente me obligó á retirarme de ella. En-

tre los muchos billetes de preguntas que recibí una noche, me encontré con uno que contenia esta pregunta: Si un hombre que vilmente habia sido apaleado, podia ser admitido con decencia á las conversaciones nobles y distinguidas. Penetré desde luego todo el maligno énfasis de la tal preguntilla, y lo que con ella me querian dar á entender, pero no queriendo yo darme por entendido respondí con entera indiferencia, que si al tal hombre le habian dado los palos por haber cometido alguna accion torpe ó indigna, el deshonor que le resultaba no era por haber recibido los palos, sino por la misma torpe accion que habia dado motivo á ella; y por consiguiente le hacia indigno de ser admitido á la conversacion no solo de la nobleza, pero ni aun á la de personas civiles y honradas: pero que si habia recibido aquella afrenta por desahogo de alguna injusta venganza, de alguna emulacion ó furiosa envidia, el que le afrentó, y no el afrentado, es el que debe ser excluido para siempre de toda concurrencia de gente noble y civil. Agradó mucho mi respuesta al que me habia hecho la pregunta, porque el dia siguiente, al bajar de mi tablado, se me descubrió el autor y me confesó paladinamente que lo habia hecho porque habia conocido que yo era el mismo astrólogo que habia visto en Plasencia, donde habia sido maltratado por el archipegote troglodita y comedor de aquella ciudad. Dióme palabra de que ninguno sabria de su boca aquella mi desgraciada aventura, protestando, que viendo mi grande espíritu se habia apasionado tanto por mí, que en todas ocasiones procuraria promover mi estimacion y conveniencias cuanto le fuese posible. No obstante todo esto, entonces conocí la solemnísima necedad y grandísima imprudencia que habia cometido en plantar mi primera cátedra de Poesía en una ciudad tan inmediata á otra de donde habia salido con una marca en las espaldas, que justa ó in-

justamente estampada siempre se reputa poco honorífica en el concepto universal. Así pues traté de partir cuanto antes de Parma, sin aguardar á que viniesen otros placentinos, no tan discretos como el primero, que hiciesen pública mi desgracia. Más para que mi repentina partida no se interpretase fuga, fingí haber recibido una carta de Milán, que yo mismo habia forjado, y muy de estudio habia leido á muchos, en la cual me llamaban á dicha ciudad con el mayor empeño y apuro.

Arranqué pues de Parma habiendo aumentado decentemente mi tesoro astrólogo-poético; pero en vez de dirigirme á Milán, cuando llegué á cierto sitio torcí el camino hácia la Mirándula, y por la via de Ferrara rotrocedí á la Toscana. Aquí si que es menester gran juicio, dije luego que me ví en el primer lugar de aquel estado. Este es el país del hablar culto y pulido; aquí está la poesía en su mayor auge, y la crítica en su más inflexible severidad. Cuando me vea en Florencia será preciso que atienda más á la propiedad de las voces que á lo sólido y machucho, ni á lo delicado de los pensamientos. Allí nada importa que el pan no sea sabroso y sano, con tal que sea blanco. El cribo de que aquella crítica se vale para purgar las cláusulas, solo deja en la superficie las letras, y á lo más más las voces; pero los más altos pensamientos expuestos con espresiones puras, naturales y castizas, todos van abajo con el polvo, la neguilla y los granzones. Así discurria yo conmigo mismo, y quizá no discurria bien, mientras el mesonero me disponia una escasísima cena; porque habiéndole preguntado qué tenia que darme de cenar, pues verdaderamente me sentia con hambre, Señor, me respondió, *cenará su merced un par de huevos*, *que por vida del gran Duque verá que son la cosa más regalada del mundo.* A fé, le dije entonces, que esa cena no me cargará mucho el estómago. Así fué con efecto, porque dormí bien toda la noche,

y por la mañana me hallé muy libre de aquellos ingratos vapores que suelen enviar á la cabeza los platos demasiadamente delicados. Proseguí pues mi viaje, y cuando llegué á Florencia me apeé en una posada, donde previne inmediatamente al posadero que yo queria ser tratado á la lombarda. ¿Que quiere decir eso? me preguntó. Quiere decir, le respondí, que yo quiero comer bien y mucho, antes que poco y pulidito, como dicen se usa en esta ciudad. La limpieza y el aseo me agradan; pero la escasez no es de mi gusto. Me prometió que seria obedecido, sin darme en cara con el proberbio ó repulgo florentino: *E' giunto il lupo*: *ya llegó el lobo*, y yo me salí á dar una vuelta por la ciudad. Hice fijar mis carteles en los sitios más públicos, avisando á todos que dentro de tres dias daria principio á mis funciones en las plazas más frecuentadas. Ya darán Vds. por supuesto, que yo procuraria escribir mis carteles, en cuanto me fuese posible, acomodados al gusto de la nacion, y que no dejaría pasar vocablo alguno sin enviarle bien asegurado con su pasaporte del Diccionario de la Crusca, del cual me habia proveido luego que determiné ir á hacer una visita á la Toscana.

De la misma manera tampoco me olvidé de las transposiciones de los verbos, desterrados á la cola de los más largos períodos, ni de aquellas pulidas antítesis y otras figuras purísimas, usadas del gran Bocacio, distribuyéndolas por todo el papel con delicada eleccion, y así esperaba que mi cartel seria tenido por un *Capo de Ópera* en una nacion que se gloría de ser la única que posee el verdadero, el más legítimo y más oculto idioma de Italia. Con el mismo gusto, en cuanto lo permitia la naturaleza del verso, habia corregido y retocado la primera composicion que recité en Parma, volviéndola á recitar en Florencia de memoria, como lo hacen los predicadores cuando pasan de un lugar á otro á predicar sus cuaresmas. Y aunque la tal prolu-

sion fué muy aplaudida, fueron muy pocos los que la compraron: observacion que desde luego me hizo formar un pronóstico muy melancólico de mi poética utilidad en aquel gran pueblo. Con efecto los diez dias que me detuve en la capital de la antigua Etruria, recogí una cosecha abundantísima de elogios tan excesivos, que llegaron á proclamarme por digno de ser coronado en el Capitolio: los auditorios eran inmensos, las preguntas que me hacian interminables, los aplausos á millones; pero el dinero muy escaso. Yo no sabia á qué atribuirlo, si á la poca estimacion que se hacia de mis versos, ó al génio económico de aquellos ciudadanos. Lo único que puedo asegurar es, que mis orejas quedaron más contentas que mi bolsillo de la poca fortuna que habia tenido con ellos: y más cuando ví que el posadero me pedia mas de lo que era razon por haber querido yo comer á la lombarda. Esto es tanta verdad, que cuando determiné mudarme á otra parte, hallé que solo habia adelantado dos escudos con todas mis fatigas y sudores en Florencia. Por lo mismo no me pasó por el pensamiento el querer ver ninguna otra ciudad del gran Ducado, persuadido á que todos los demás pueblos del mismo Estado imitarian el ejemplo de la Metrópoli, y así resolví transferirme inmediatamente á Roma, no ya para ver si se verificaba en ella mi coronacion, sino para disfrutar la liberalidad de tantos cardenales, príncipes y ciudadanos como habia en ella, y hacer lo posible para recompensar la demasiada prudencia florentina.

A buena cuenta, decia yo, aquí será necesario mudar de estilo. La famosa Academia de los Arcades, ama en el verso la simplicidad. En lugar de los nombres de héroes, habrán de entrar los de pastores y ninfas. No se han de nombrar otros dioses que los de Pan, Pomona, Baco, etc., ni otros montes que el Erimanto, el Menalo, y el Liceo, ni otros rios que el Poleo, el

Alfeo, ni otras fuentes que la Castalia, la Aretusa, ni finalmente otros instrumentos músicos que la flauta y la zampoña. Las Driades, las Amadriades, Los Faunos, los Sátiros, los Silvanos, las cabras, las ovejas, corderillos y carneros, con los lobos, las cavernas, los antros, los abetos, las ayas, los tillos, los tamarindos, y otros árboles se han de vestir de epítetos adaptados, y ellos solos deben hacer toda la subsistencia de una Arcádica composicion. Solo con esto malamente me parecia á mí que debia ser tenido por otro Teócrito, otro Virgilio y otro Sanazaro. Llenos de estos fantásticos pensamientos me hallé dentro de Roma cuando menos lo pensaba, conducido de un mal calesero, que me llevó á desmontar en un *Albergo* miserabilísimo, donde no encontré otra cena que la pierna de un pollo ético y tísico, con aquella maldita bebida que se llama *Vernacha*, la cual sabe menos á vino que á agua corrompida ó ahumada, y para dormir una cama que en toda ella no habia cuatro libras de lana, haciéndome pagar dos julios por todo aquel matalotage.

La mañana siguiente, no haciendo caso de todo cuanto me quiso decir el posadero, dejé aquella casa, y me fuí á una buena hostería en Plaza Navona, por otro nombre *Plaza Agonal*, donde el trato era algo mejor, pero el gasto era escesivo. Esto solamente lo digo para que se entienda que en todos los países de Italia se procuaa cargar todo lo que se pueda al pobre forastero, pero muy particularmente en la Romanía. A este tiempo habia yo fijado ya mis carteles, y habia tambien llegado el dia de mi primera comparecencia en la gran plaza del Vaticano. Recité pues muchas estancias en octava rima á modo de una oracion bien ordenada, cuyo asunto era pastoral, con alusion al gran desvelo con que apacentaba su grey el Pastor universal que reinaba á la sazon. Parecíame haber compuesto una obra que seria recibida con el mayor aplauso; pero me engañé enor-

memente, porque fué muy desgraciada, y es qne me consideraban como uno de tantos tunantes charlatanes, que van con la guitarra en la mano por las calles y las plazas cantando insulsísimas canciones. No concurrian á oirme más que personas viles y de la más ínfima plebe, y aun estas, ó porque no las entendian, ó porque mis versos no les agradaban, ningun aplauso me hicieron ni con la boca ni con la faltriquera. Tanto, que desesperado yo mismo fuí á hacer pedazos mis carteles, arrancándolos de donde estaban fijados, y mudando prontamente de posada me fuí á esconder en una callejuela del otro lado del Tiber, donde una mujer alquilaba cuartos y camas á los forasteros á un precio muy moderado, resuelto á mantenerme solo y retirado, hasta pensar bien y maduramente lo que habia de hacer para vivir en adelante. No dejaba de conocer que el gran séquito que habia logrado en Parma era uno de aquellos engañosos golpes de la fortuna, que tal vez como que se divierte en mostrarse alegre y risueña con algunos que no lo merecen, para burlarse despues de ellos, volviéndoles de repente las espaldas cuando ménos lo pensaban. Quedé bien persuadido á que era menester otro mucho mayor fondo de erudicion y de doctrina que el que yo tenia para merecer el concepto de gran poeta, porque esta profesion no es tan fácil como les parece á algunos, que solo saben juntar once ó siete sílabas en diferentes piés de verso, con sus consonantes tales cuales. Así que, arrimé para siempre á un lado el pensamiento de versificar, y como desde el primer momento que me vi en Europa de vuelta de la América habia resuelto restituirme á mi pátria para saber qué se habia hecho de mi madre y de mi cruel padrastro, me determiné á poner en ejecucion este proyecto, ya que me hallaba todavía con bastante dinero para emprender aquel corto viaje.

CAPÍTULO XVII.

Enamórase la señora Felipa de Isidoro, é Isidoro se enamora de ella. Hácela esta una muy pesada burla. Parte á Nápoles. Sucesos de esta ciudad, y al cabo es recibido por ayudante de un abogado del crímen.

Mientras tanto la dueña de la posada donde yo me hallaba, aunque pasaba ya de cuarenta años, se mostraba ciegamente enamorada de mí. Hacíame mil finezas, componíase extraordinariamente, y usaba de mil afeites para parecer más linda y mas graciosa á mis ojos. Cuando yo me iba á acostar ella venia á mi cuarto con el pretexto de saber si me ocurria alguna cosa; decíame mil cosillas, y en tono festivo se adelantaba tal vez á retozos poco indiferentes. En fin cedió mi flaqueza á los encantos de aquella circe; y como yo solo pensaba dar gusto en todo á la señora Felipa (que este era su nombre) ella mostraba corresponderme con particular ternura. Duró algunos meses nuestra amorosa correspondencia, sin desazon, disgusto, ni accidente alguno que la interrumpiese, hasta que un dia del mes de Enero, extraordinariamente rígido por la gran cantidad de nieve que habia caido, estando yo calentándome á la chimenea, comezaron á llamar á nuestra puerta con mucha furia, y con terribles golpes. Salió apresurada Felipa á saber quién era el que llamaba con aquella prisa, y yo quedé aturdido cuando un momento despues la ví volver corriendo hácia mí toda azorada, y oí que

me decia: ¡Amado Isidoro mio, gran desgracia para los dos! Ételе aquí que ha llegado mi marido, á quien yo creia muerto. Ojála que mil demonios hubieran cargado con él. No sabe que yo me habia metido á posadera: es un hombre bestial, un diablo en carne humana; si te viera aquí, ¿quién sabe lo que haria contigo y conmigo? Es menester que te escondas hasta que yo le informe de todo á mi modo. Vente conmigo, que yo te meteré en aquel pequeño patio que está á las espaldas de la escalera, donde estarás quietecito hasta que yo vaya á sacarte de allí, pues te juro sobre mi palabra, por el inmenso amor que te tengo, y por estas lágrimas que me ves derramar, que cuanto antes acudiré á librarte y á ponerme en salvo. Mientras tanto proseguia con mayor esfuerzo el golpeo de la puerta, la pérfida hembra lloraba deshechamente, y yo neutral entre el miedo y el amor, no sabiendo qué hacerme, me dejé encerrar en el patio que estaba á cielo descubierto.

Nevaba á la sazon poderosamente, soplaba sin intermision un furioso cierzo, el empedernido hielo que tenia debajo de los piés no me permitia dar un paso sin peligro de resbalar, y romperme las piernas y la cabeza, defendida únicamente con un viejo y miserable gorro de hilo. Yo comenzaba ya á garapiñarme y daba diente con diente, de manera que daria compasion aun á los mismos tígres hircanos. Pasáronse más de dos horas sin que viese ni sintiese á la señora Felipa. Ya no sentia yo piés ni manos, y la nariz me parecia habérseme convertido en un pedazo de mármol. Cuando ya no pude más, comencé á pedir socorro, primero en voz baja y despues en alta voz; pero ninguno me oia, ó á lo menos fingian no oirme. Entónces prorumpí en mil maldiciones contra mi amor, contra la señora Felipa, y con ella contra todas las mujeres del mundo; pero todo esto era un desahogo inútil, ó por mejor decir perjudicial, porque

solo sirvió para que aquella infame mujer, alterada de verás, ó fingiéndose alterada, se asomase á una ventana juntamente con su marido, cuya cara parecia de un antropófago ó de un lestrigon, y en una música descompasada me cantasen un duo, tratándome de ladronazo, y añadiendo en vez de recitado, que presto vendria el *barigelo* y haria que me llevasen á la cárcel del gobernador, donde á mi gusto podria calentarme. Yo la respondí llenándola de insolencias, y hubiera proseguido diciéndola muchas más, á no haberme amenazado su marido, ó acaso su rufian, con una voz becerril y aberracada, que sino trataba de callar bajaria presto hacerme respirar por el garguero. A este tiempo llegó el señor *barigelo*, es decir el capataz de los alguaciles, acompañado de su honradísima gabilla, para sacarme de aquel infierno de hielo, y lo mejor que pudieron me sacaron arrastrando del patio para llevarme á la cárcel. Haciéndome caminar muy adelante de ellos, y para que lo hiciese más aprisa, me aguijoneaban por las fundas posteriores con ciertos bastones altos y puntiagudos que llevaban en las manos. Ninguna escusa ni justificacion mia era admitida, y sin duda me hubieran enviado por ladron al puerto de Hostia ó al de Ancona, para que enseñase á caminar las galeras pontificias, si los ladridos que daba la conciencia á la señora Felipa, y el miedo de que se descubriese su detestable y diabólico urdimbre, no la hubieran aconsejado que se escapase de Roma el dia siguiente á la noche de mi arresto, despues de haber vendido lo mejor que pudo los miserables muebles de su casa y trastos de la cocina. Cuando la justicia quiso examinarla y recibir su deposicion, no fué posible encontrarla, y habiéndose tomado la de sus vecinos, se vino en conocimiento de su fuga, de su perfidia, y por consiguiente tambien de mi inocencia. Así que, luego me dieron libertad, y salí de la cárcel, pero reducido todo

mi caudal á solos dos escudos, que por fortuna tenia en la faltriquera; lo demás de mi peculio, que tantos sudores y fatigas me habia costado, todo me lo habia chupado la señora Felipa. Y ven Vds. aquí al pobre Isidoro reducido otra vez al infeliz estado de mendigo, sin saber qué rumbo tomar para vivir. Ahora sí, me decia yo irónicamente á mí mismo, que puedo hacer con toda comodidad el viaje de Sicilia. Pues qué, ¿aquellos dinerillos que yo tenia, fueron tan mal ganados que mereciesen tener tan infeliz paradero? Y con esta reflexion examinaba mi conciencia para ver qué culpa podia yo haber cometido que provocase contra mí tan rigurosa ira del cielo. Inmediatamente aquel fidelísimo testigo de todas nuestras acciones y más ocultos pensamientos, comenzó á despedazarme cruelmente el corazon con la memoria de la gran maldad que habia cometido en Génova, engañando aquella inocente doncellita, cuya honestidad sacrifiqué á los torpes deseos de aquel lascivo viejo, y poco digno caballero: maldad que quizá estaba continuamente clamando por venganza, y habia empeñado la eterna Justicia á fulminar contra mí los más severos castigos. Doliame vivísimamente de haber cometido un pecado tan enorme respecto de Dios, y una accion tan ruin y tan villana á los ojos de los hombres, sin dejar de ser tal por las violentas amenazas que me hicieron. Pero este mi arrepentimiento, que quizá no era muy legítimo, no hacia que se restituyese mi dinero, y por tanto, viendo que mi mal no tenia otro remedio, tomé el partido de llevar en paciencia mi desgracia, antes que abandonarme cobardemente á una vil desesperacion.

Partí pues de Roma el mismo dia en que salí de la cárcel, y (¿quien lo creyera?) el mismo *barigelo* que me condujo á ella fué el que más se compadeció de mi trabajo, porque me dió uno de sus propios vestidos, para que dejase el que tenia á cuestas.

Tomé luego el camino de Nápoles, que hice á pié, para llegar con toda la posible parsimonia á Regio, donde creia que siempre habia ocasiones para pasar á Mecina con poquísimo gasto. Llegué sumamente cansado á aquella ciudad: entréme en una iglesia para sentarme y descansar un poco, despues de haber hecho oracion. Cogióme el sueño, y me quedé dulcisímamente dormido, hasta que el guardian de la iglesia, por ser ya muy tarde, me vino á dispertar. Púseme inmediatamente en pié, y lo primero que hice fué meter la mano en la faltriquera, para ver si estaba en ella el poco dinero que tenia, y era toda mi esperanza. ¡Pero, ay de mí! una desgracia nunca viene sola. Hallé que todo me lo habian robado miéntras estaba dormido; díjeselo al guardian, el cual no me dió otro consuelo, sino responderme que era mia la culpa, pues ya debiera yo tener sabido que en el reino de Nápoles hay una grandísima cosecha de ladrones. En todas partes hay demasiados, le repliqué, ni yo tengo por más indiscretos los de esta ciudad que los de otras, sino precisamente porque en estas los ladrones que me robaban siempre me dejaban alguna cosilla para poder vivir pobremente algunos dias; pero los de Nápoles me robaron á rapaterron, porque no me dejaron ni siquiera con que comprar un pan para cenar esta noche.

Estas palabras, acompañadas de algunas lágrimas que se me desprendieron, movieron á compasion al guardian, de manera, que despues de haberme mirado bien, y contemplado muy despacio: no te aflijas, hijo mio (me dijo), que por esta noche no te morirás de hambre, y mañana Dios proveerá. Vente conmigo. Diciendo esto cerró la iglesia, y yo le seguí á una casuca poco distante, donde vivia él solo. Entramos en la cocina, encendió un manojo, y arrimando cerca del fuego una rústica mesita, sin más ceremonia puso sobre ella una fuente de barro

con algunas viandas fiambres que habian sobrado del mediodia. Siéntate y come (me dijo), y despues que hayas cobrado algunas fuerzas con lo poco que mi pobreza puede darte, cuéntame todas tus desgracias, porque quizá podré á lo ménos en algo consolarte. Así pues, luego que acabé de cenar le informé brevemente de todos mis sucesos, no reservándole ni la más mínima circunstancia sustancial de toda mi vida, particularmente desde que me metí á hacer el astrólogo. Agradóle mucho mi sinceridad, pero mucho más mi tal cual espíritu. Hora bien, (me dijo despues que me estuvo oyendo con grandísima atencion) yo no quiero que vuelvas á ver á tu madre hasta que hayas recobrado enteramente todo tu peculio. Espero colocarte, si tú quieres, con uno que en poco tiempo te hará ganar mucho dinero. Ofrécese ahora una buena ocasion con un sugeto, que eres tú como nacido para lo que él necesita, que es de un mozo de espíritu, de despejo y suficientemente instruido. Grandemente me alegró esta cortés y generosa promesa que me hizo mi caritativo albergador, de manera, que habiéndome ido á acostar en la cama que me habia prevenido, aunque era bien desengañada, dormí toda la noche, como pudiera en la de un emperador. Por la mañana antes de salir el sol, se levantó mi buen guardian para ir á abrir su iglesia. Pasóse por mi cama, y me dijo: cuando sea hora de tercia, irás á buscarme; pero te encargo, hijo mio, que dejes bien cerrada la puerta de la casa. Levantéme poco despues que él se habia salido, y me picó la curiosidad de registrar todos los pocos cuartos de que se componia la casuca, para ver si encontraba en ellos alguna cosa de precio que mereciese el apretado encargo que me habia hecho de que cerrase bien la puerta de la calle; pero en ninguno de ellos pude encontrar más que unos pobrísimos trastos viejos, y tales, que ninguno querria tomarse el trabajo de cargar con

ellos, aunque fuese públicamente y á la luz del mediodia. Sospeché entonces, que solo me habia hecho aquel encargo por la natural desconfianza que suele ser general en todos los hombres, cuando llegan á una cierta edad, y en virtud de eso sin detenerme en más exámen, solo pensé en esperar la hora oportnna en que debia ir á encontrarle en la iglesia. Cuando aquella se acercó, salí de casa, cerré muy bien cerrada la puerta, fuíme derecho á la sacristía de dicho templo, y habiéndole encontrado en ella, aquí me tiene Vd. (le dije) á su disposicion. Espera un poco, me respondió, oye misa mientras tanto, y despues te llevaré á donde te tengo ofrecido. Hícelo todo puntualmente, y terminado el divino sacrificio partimos ámbos juntos, conduciéndome él á una buena casa, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Entramos en una sala baja, y desde ésta pasamos á otra, donde ví muchas personas que estaban hablando en voz sumisa, y por un cristal que servia como de mampara á la tercera ví á un señor de buen aspecto sentado á una mesa de estudio con otras dos ó tres personas, que estaban tambien sentadas delante de la mesa, y discurrian con él.

Mi conductor, despues de haber saludado á todos los que estaban en la segunda sala, pasó adelante, abrió francamente la mampara ó portezuela de cristal, entró sin reparo en la sala tercera, y ví que despues de haber dicho algunas palabras al oido de aquel señor, se volvió á salir, y llegándose á mí, me dijo: Amigo, espera aquí un poco, que presto serás llamado: yo me vuelvo á mi iglesia, donde irás á llevarme la respuesta de si has sido recibido al servicio de este buen patron. Partió pues, y yo me quedé en la antesala paseándome con otros, hasta que salió un criado diciendo que entrase aquel mozo que habia venido con el señor Tomás, que así se llamaba el guardian. Obedecí prontamente, y cuando me ví dentro, me hallé en un espacioso

cuarto lleno todo de grandes libros de á fólio. Luego conocí que aquella debia de ser la casa de algun abogado, porque así era ni más ni menos el cuarto de mi padrastro en Palermo. Habiendo hecho á aquel señor una profunda reverencia, como convenia á uno que necesitaba de él, oí que me dijo: Amigo, tengo entendido, por lo que me habló el señor Tomás, que tienes deseos de iniciarte en la noble profesion que ejerzo, gracias á Dios, con mucho aplauso y con no menor provecho. No necesito informarme de tu persona, ni de tu gente, porque habiendo venido por la mano de un hombre tan de bien como el que te trajo á mi casa, no he menester más informe. Tu traza me parece admirable, y no dudo que harás grandes progresos en la facultad, solo con que quieras aplicarte con atencion á lo que yo te iré enseñando más con el ejemplo que con las palabras. Sobre todo te encargo un inviolable profundísimo secreto: éste es el gran eje sobre el cual gira todo nuestro empleo. Por ahora solo te ocuparás en copiarme algunos alegatos, haciendo tambien apuntamientos y otras cosas que te ordenaré, conforme se vayan ofreciendo. Mientras tanto siéntate allí en la esquina de esta mesa, que era el lugar de tu predecesor, el cual, lejos de aprovecharse, abusó mucho de la fortuna que yo le iba fabricando.

CAPITULO XVIII.

Varios consejos del abogado de Nápoles á sus clientes. Discurso que hizo con Isidoro sobre su profesion. Es puesto en prison el abogado, y parte finalmente Isidoro á Sicilia.

Despues de haberme dicho esto el abogado, el cual se llamaba el doctor Pantaficon, hizo que entrase el que habia llegado primero á la antesala, y luego ví entrar á un viejo juntamente con otros dos labradores, á todos los cuales hizo señas el señor doctor que se sentasen. El viejo comenzó á informar al abogado, que en una aldea se habia levantado una pendencia, en la cual habian quedado muertas dos personas y heridas otras dos. Los reos de este homicidio, continuó, fueron los hijos de estos dos hombres que vienen conmigo. Es verdad que ellos fueron la causa de la quimera, y que por esta parte su causa es injustísima, porque querian violentar las mujeres de los heridos y los muertos. En estos términos no tiene la menor duda que serán sentenciados á la horca, si la caridad y la gran sabiduría del señor doctor Pantaficon (al pronunciar este nombre inclinó la cabeza casi hasta tocar con la frente en la superficie de la mesa) no hace que sean absueltos, libres y sin costas. Estos buenos padres de aquellos temerarios mozos los aman con grandísima ternura, al fin como que son hijos suyos, y no perdonarán gasto alguno, porque son labradores

ricos, por verlos libres y salvos. Así que, se encomiendan encarecidamente á la proteccion de su merced. Bien está, respondió el abogado con mucha gravedad: quedo enterado de todo, y aunque el caso tiene uñas, y no puede ser de peor calidad, no obstante como me deis palabra de que no se faltará un ápice á lo que yo os sugiriere, me atreveré á daros las mejores esperanzas. Me será preciso aguzar mucho el ingenio, y no dudo de salir bien de este empeño. Hoy mismo me iré á informar cómo se ha representado el hecho en los autos, tanto el de los reos como el de la parte ofendida, y procuraré se disponga el proceso de manera, que se logre el fin que todos deseamos.

Luego que acabó de decir esto, ví que le echaron sobre la mesa seis doblones, y que el viejo se levantó, y se salió del estudio con los dos labradores, habiéndolos acompañado el abogado hasta la puerta de la última sala, y miéntras tanto se entró un mozo en el estudio y se sentó en el mismo sitio que habia ocupado el viejo. Volvió el doctor á su cuarto, y luego le dijo el tal mozuelo: Señor, yo dí anoche veneno á mi mujer, con quien me casé contra toda mi voluntad, solo por obedecer á mis padres. Nunca la pude tragar, y es que estaba y estoy enamorado de una que me tiene robado el corazon. Maté á la otra para verme libre y poder casarme con esta. Conozco que si se rezuma mi fechuría y llega á oidos de la justicia, soy hombre perdido. Pronto estoy á gastar hasta cien doblones, como Vd. me dé palabra y se empeñe en que no llegará á descubrirse y que se quedará impune mi delito. Tráeme ese dinero, respondió el abogado, y deja lo de más por cuenta mia. Tengo medio muy seguro para hacer que no sea recibida la querella presentada por el único que es parte legítima para darla. Y aun cuando no estuviéramos ya prevenidos con la famosa distincion de las dos especies de veneno, *ingénito* y *artefacto*, y con la autoridad de Cardano, y del célebre Zaca-

rias, no tengo duda de que fácilmente saldremos bien de este pantano, solo con que seas servido de añadir alguna cosilla más á la suma que has prometido. Por lo demás, yo verdaderamente me compadezco mucho de tí; porque en realidad no hay cosa más escusable, que un hombre en punto de matrimonio quiera casarse á su gusto. Prometió el mozo al abogado que volverian á verse antes de comer, y miéntras tanto echó otros seis doblones sobre la mesa á aquel su gran consolador y valiente jurisconsulto. Acabado el ceremonial del acompañamiento entró un hombre como de cuarenta años, y de una traza que indicaba mucha bondad y mucha honra: vengo, señor (dijo), á cansar á Vd. en favor de dos pobres hombres que se recomiendan á su mucha caridad, no solo por su miseria, sino tambien por la evidente justicia de su causa. Impútanles un hurto, de que me consta están inocentísimos, y habrán de perecer los infelices por no tener dinero para justificarse, si Vd. por un efecto de compasion y de cristiana piedad no toma á su cargo su defensa. ¿Qué diablos, replicó prontamente con un gran grito el abogado, quiere Vd. que yo defienda á dos ladrones? No, señor mio, no quiero perder el buen concepto en que estoy. Piden la razon y la justicia, que toda esta canalla vaya á su destino. Todo hombre de bien y de virtud debe interesarse en que sea castigada. Así que, vaya Vd. con Dios y déjeme en paz. El buen hombre todavía queria insistir, diciendo, que la inocencia de aquellos infelices estaba probada y muy probada, y que el señor abogado se haria mucho honor en defenderlos; pero el señor Pantaficon más alterado que nunca, le replicó muy enfadado: ya le he dicho que me deje en paz y que se vaya con Dios. Esa especie de honor es bueno para cierta clase de abogados principiantes, que andan á caza de clientes para defenderlos de valde. Yo no puedo sufrir ni aun el nombre de ladrones, y

fuera de eso no me sobra tiempo que perder. ¿Lo ha entendido usted? Viendo estó el celoso defensor de aquellos pobres, levantóse muy melancólico, hizo una silenciosa cortesia al abogado, y salió cabizbajo, sin que el señor letradazo se dignase de hacer siquiera el ademán de alzarse de su asiento.

Entró inmediatamente un religioso, que traia bajo el sobaco un grueso haz de papelones. Aquí esta el proceso consabido, dijo luego al abogado. Vd. se servirá repasarle para entrar cuanto antes en la defensa de la causa, y mientras tanto sírvase admitir una corta señal de mi agradecimiento en estos veinte cequines. Bien está, le respondió, procuraré servir á Vd.; pero será menester que deje alguna cosa para aquel mozo que ha de trabajar en hacer el apuntamiento. ¿Y cuánto le daré? preguntó el religioso. ¿Pues qué, repuso Pantaficon, no sabe Vd. ya que aquí no se contrata, y que nuestros trabajos no se pagan como los jornales? Déle por ahora dos cequines, y cuando haya concluido su fatiga le dará lo que le parezca que merece. Hízolo así, y partióse. Querian entrar otros, pero el abogado á ninguno quiso recibir, diciendo que tenia recalentada la cabeza por la multitud de negocios que habian ocurrido aquella mañana. Asomóse él mismo á la portezuela de su cuarto, y dijo á los muchos que estaban en la antesala: no teneis pizca de discrecion, os amontonais todos de una vez, como si fuérais ovejas, pareciéndoos sin duda que nuestro oficio es cosa de pasatiempo. Quiero ir á tomar un poco el aire, y despues tengo que ir á ver al señor Juez, para tratar con él negocios de suma importancia.

Con efecto, despues que me enseñó el modo como habia de hacer el apuntamiento del proceso del religioso, se vistió su hábito de ceremonia, y salió de casa acompañado de tres ó cuatro personas dependientes suyos, que todos los dias le hacian la córte. Díjome tambien á mí que le siguiese, y despues de haber pa-

sado por la plaza, donde muchos señores uno despues de otro venian á saludarle, entró en un gran palacio, y metiéndose en un cuarto, donde habitaba el señor Juez, estuvo con él en larga conversacion, quedándonos todos en la antesala, sin que ninguno de nosotros supiese lo que habian hablado. Cuando salió le fué acompañando el Juez con mucha cortesía, y al despedirse oí que éste le dijo, que despues de comer le estaba esperando con las pruebas relevantes del uxoricidio. Por estas palabras comprendí que habian tratado sobre el negocio de aquel mozo, que por casarse con su dama habia dado veneno á su mujer. Enderezámonos desde el palacio á la iglesia de que era guardian mi caritativo albergador. En ella, despues que el abogado oyó misa con una devocion que inspiraba santidad, se retiró aparte con el guardian, y estuvieron los dos hablando en secreto largamente. Concluida la conversacion se dispuso para volver á casa, y yo tuve oportunidad para decir al guardian, que hasta allí me hallaba contentísimo con la admirable conveniencia que me habia solicitado. Me alegro mucho, me respondió: lo que resta es que sepas aprovecharte de ella, y sobre todo guárdate bien de comunicar á ninguno nada de lo que vieres y oyeres, tanto en su estudio como en su casa, donde tendrás un buen cuarto, una buena cama y una buena mesa. ¡Qué bella fortuna (dije entonces para mí) para un mozo fugitivo, y casi desesperado! A este tiempo llegó el señor doctor Pantaficon, y nos volvimos á casa. Cuando entramos en ella me dió la llave del estudio, y él subió á desnudarse y á vestirse el hábito casero. Yo me puse luego á trabajar en el apuntamiento, y hallé que el asunto del proceso era un hurto sacrílego y gravísimo de que estaba probado reo un hermano del tal religioso. Acordéme entonces del gracioso escrúpulo que habia hecho el señor doctor aquella misma mañana de defender á los ladrones. ¿Có-

mo es esto? decia yo entre mí: ¡tanto horror á defender dos pobres hombres acusados de ladrones sin alguna prueba, y emprender despues la defensa pública de un hombre claramente convencido de un hurto tan infame, tan enorme y tan sacrílego! Pero tardé poco en hallar la solucion de esta dificultad. El más ligero hurto, aunque no sea más que temerariamente sospechado, se abulta por tan odioso, tan grave y tan enorme como el sacrílego, cuando los inocentes solo tienen de su parte la razon, pero sin dinero; y el robo más sacrílego, evidentemente comprobado y convencido se transforma en una mera impostura, cuando está defendido con aquel mágico metal que hace mudar de cara á todas las cosas. A este tiempo llegó el jóven que habia dado veneno á su mujer, y traia los cien doblones prometidos. Avisé prontamente á mi principal, el cual bajó sin detenerse un momento, recibiólos y ofreció todo el buen éxito al malvado portador. Ya he hablado (le dijo) al señor Juez, y si llegare la querella del veneno, con dos palabritas que yo añadiré al márgen de ella misma, estoy cierto de que será sepultada en un eterno olvido. Pero tú, para que nunca se vean las señales de la bebida que diste á tu mujer, has de tener la precaucion de disponer, que luego que espire, la metan en una caja ó ataud cerrado, y que en el mismo la entierren, protestando que no tienes valor para ver el cadáver de tu adorada esposa. Has de hacer demostraciones de un dolor inconsolable, y finalmente ordenar que se le haga el entierro más suntuoso y más magnífico. Eso mismo, respondió el mozo, es lo que yo tenia ya pensado, y si fuere menester, haré del desesperado, y me desharé en amargas lágrimas por tres ó cuatro dias. Eso será un golpe de maestro, replicó Pantaficon; y desde luego te aseguro la impunidad. Con esto se despidió el abogado del pretendiente de viudo para poco tiempo, y se subió arriba á comer,

llamándome á mí para que fuese su comensual. Estábanle ya esperando para comer dos ó tres de sus confidentes con una damita moza, y nada fea, la cual nunca pude saber si era mujer propia ó amiga. Comimos alegremente, y habiendo quedado los dos solos en la mesa, Isidoro (me dijo) en nuestra profesion un hombre escrupuloso tarde se hará rico. Es falta de espíritu no aprovechar las ocasiones que se nos ofrecen de ganar mucho sin grande trabajo. Poca ciencia es menester para discernir si es un malvado el cliente que se quiere defender, ni si es contra la justicia, ó contra la verdad el consejo que se le dá para que se defienda. Los que se detienen en estos reparillos, no saben trocar las cartas, diciendo hoy una cosa y mañana la contraria, sin dárseles un bledo de que los tengan por cabilosos ó por ignorantes. Estos son como aquellos pájaros, de quienes dice Aristóteles, que en su vuelo apenas saben alzarse de la tierra. ¿Cuántos de estos ingenios cobardes hay en esta ciudad que no se atreven á defender una mala causa, ni saben hacer su negocio sino por el camino real, ignorando, ó no queriendo aprovecharse de aquellos senderos ocultos, que aunque torcidos, guian con toda seguridad al término que se desea. Los tales solamente se encargan de causas por su naturaleza imperdibles, pero que por lo comun producen una escasa y miserable utilidad. A mí me gustan las causas dificiles y árduas: me va muy bien con ellas, y en todo caso me han grangeado la fama de ser el más hábil abogado de la ciudad, para encontrar salida sin el hilo de Ariadna, á los más intrincados laberintos, y con efecto todos vienen á mí, anticipándose á prevenirme, para que á lo menos no les sea contrario. Es verdad que algunas veces concurren á mí las dos partes contrarias, y á entrambas las aconsejo, moliendo de esta manera con dos ruedas, ó comiendo, como se dice, á dos carrillos; pero al fin me aplico á la que

he reconocido más liberal y generosa. Si despues me hacen alguna reconvencion, ó me dan alguna queja, me escuso con decir, que la multitud de los que concurren á mi estudio me hizo olvidar que habia dado parecer á la otra parte, ó que un gran personaje, á cuya autoridad no me podia resistir, me habia obligado á tomar la defensa de la contraria.

Despues que el señor Pantaficon me dió estas bellísimas lecciones, él se fué á dormir la siesta como lo hacia siempre por espacio de una hora, y yo que habia cobrado mucho amor á los dos cequines que me habia regalado el religioso por el trabajo del apuntamiento, me bajé al estudio, donde me apliqué con tanto empeño, que cuando mi principal se levantó de la siesta, tenia ya casi adelantada la mitad. Señor, le dije, aquí tiene Vd. la mitad de mi trabajo. Pasó los ojos por él, y me dijo: va muy bien; acábale cuanto antes, más te prevengo, que por ningun caso se lo digas al cliente; porque además de la prisa que me daria para qre despachase su causa, la que tengo mis razones para hacer que se dilate, y no se sentencie en el dia señalado, tambien seria esto mismo contra tí. Antes bien te advierto, que cuando él te pregunte en qué estado llevas el apuntamiento, le respondas que es cosa larga, y no se puede acabar tan presto; pero ofreciéndole, que harás todo lo posible por servirle, aunque sea á costa de velar noches enteras. De esa manera será tambien más crecida tu gratificacion, porque es natural que creyendo él la extraordinaria fatiga que quieres tomar por complacerle, añada algo á la dósis que te tenia destinada. ¡Pobres de nosotros si las causas se despacháran con presteza! Entonces nuestros honorarios se reduciran á cinco ó seis, cuando prolongándolas con diferetes pretextos, podian crecer hasta quince ó veinte. Cuando descubrí esta nueva ingeniatura de los abogados, determiné no manifestar al religioso el

estado en que tenia su apuntamiento, y con efecto esta mi raposeria me valió una duplicada gratificacion, por que además de los dos cequines gané con ella (gracias á quien me la enseñó) cuatro bellísimos doblones de España. No por eso dejé de emplearme al mismo tiempo en otras cortas fatigas, que fueron muy á mi gusto pagadas. De modo que haciendo la revista de mi bolsillo al cabo de un mes de ayudante, ó (por hablar con mayor propiedad) de escribiente del doctor Pantaficon, le hallé pacífico poseedor de sesenta cequines.

Comencé entonces á mirar las cosas con ojos muy diferentes que hasta allí, y jurando francamente en las palabras de mi maestro, todos los escrúpulos se me escaparon de la cabeza, y quizá hubiera llegado en poco tiempo á competirle, si un no previsto accidente (ordenado sin duda por la divina Providencia), no nos hubiera cortado á él y á mí el hilo de nuestra fortuna. Habia tomado de su cuenta el abogado, segun su costumbre, la defensa de una injusta causa contra un rico y poderoso caballero. Cuando llegó el dia de que el pleito se viese en pública audiencia, hizo un furioso informe contra él, dejándose caer algunas personalidades demasiadamente licenciosas en grave perjuicio de su honor, cargándole de injurias como si fuera el más vil y más despreciable plebeyo. El caballero, que se vió tan indignamente tratado (y en aquella publicidad), no quiso disimular su ofensa, y cuando el señor Pantaficon se volvia á su casa bañado todo en sudor, hétele que se echan sobre él algunos jaquetones, y cargándole de palos le dejaron tendido en tierra. A mí, que acudí luego á defenderle con los otros que le acompañaban, me tocó tambien algo de aquella confitura, pero no fué cosa de consecuencia. Al abogado le llevaron á la cama, donde tuvo que rascar por mucho tiempo, atormentado de las contusiones de los palos, pero mucho más de la rabia y del do-

lor de haber perdido su crédito, y sobre todo de parecerle caso desesperado que pudiese volver al ejercicio de su profesion. En vista de esto, resolvió desde luego deshacerse de bocas inútiles. Reformó su familia, y yo fuí el primero por quien comenzó la reforma, despidiéndome de su casa. Esto ya lo tenia yo previsto desde el mismo dia de su desgracia, y aunque parecia que lo habia de sentir, me alegré mucho de no hallarme en su familia: particularmente cuando supe su prision con todas las circunstancias de ella.

Y el caso pasó de esta manera. Habíanse anulado de órden de la córte algunos procesos de varios famosos robos que se habian cometido, no solamente en casas particulares, tiendas y lonjas de diferentes mercaderes, sino tambien en distintas iglesias y conventos de monjas. Muchas personas que de los procesos resultaban culpadas, se hallaron despues inocentes, mientras que los verdaderos reos de tan enormes delitos se paseaban alegremente, y triunfaban á la sombra de su comprada inmunidad. Descubrióse que estos eran aquellos mismos que frecuentaban la casa de nuestro abogado, acompañándole á todas partes y haciéndole gran córte. Llegóse tambien á averiguar, que el abogado caminando de inteligencia con el Juez de las causas, hacia con arte que se oscureciese el rastro de los verdaderos delincuentes, y que en vez de ellos se apuntasen algunos indicios sobre otros sugetos que no habian tenido la más mínima culpa, pero que por lo comun tenian que gastar, los cuales viéndose precisados á defenderse, naturalmente habian de recurrir á él.

De esta manera el escrupulosísimo doctor venia á ganar por las dos partes de los verdaderos reos y de los verdaderos inocentes. Por la de aquellos, porque sabia encubrirlos, y se lo pagaban bien; por la de éstos, porque acudiendo á él para que

los defendiese, fácilmente convencia su inocencia, y estos tampoco se lo agradecian mal.

En virtud de tan importante descubrimiento en un mismo punto fueron arrestados el abogado y todos sus confidentes. Embargóseles todo cuanto tenian; hízose un riguroso registro de sus casas. En cada una de ellas se encontró gran cantidad de joyas de plata, de dinero hurtado á los particulares, y de ricas alhajas de muchas iglesias sacrílegamente despojadas. Con esto caí en cuenta del justo motivo que tuvo el dia que dormí en su casa, para recomendarme tanto la mañana siguiente que cuando saliese de ella tuviese gran cuidado de cerrar bien la puerta.

Este fué el fin del desdichado Pantaficon, y esto fué tambien lo que me hizo abandonar desde aquel punto la profesion de criminalista, que conocí ser sumamente peligrosa para todos aquellos que quieren hacerse ricos con ella.

Juzgué, finalmente, entonces que no debia dilatar más mi restitucion á Sicilia, y con ocasion de unas galeras ancladas en aquella bahía, que debian hacerse á la vela para aquella isla, me embarqué en una de ellas, pactando que me habian de echar á tierra en el puerto de Palermo. Luego que desembarqué, procuré informarme del estado en que se hallaban mi madre y mi padrastro. Supe que ámbos vivian, pero que mi pobre madre lo pasaba infelizmente por lo mal que la trataba su marido. No tuve valor para presentarme á ninguno de los dos, y mucho ménos despues que un dia tuve el gran disgusto de ver en un café á este hombre, digno objeto de mi horror. Me pareció su cara tan indigesta, tan enrevesada y tan feroz, que acordándome de todas las crueldades que habia usado conmigo, todo espantado y rabioso me salí de aquel sitio, y casi al mismo tiempo de Palermo, tomando el camino de Monreal. Cami-

naba sólo y á pié, cuando me alcanzó un hombre á caballo, acompañado de otros tres, que conocí eran soldados. Y viéndome el principal mozo sano y robusto: Amigo, me dijo, si quieres, te recibiré en mi servicio. Conozco por toda tu traza que estás sin conveniencia, oficio ni beneficio, y que quisieras hacer fortuna con poco trabajo. En la profesion militar se logra esto fácilmente. Yo soy capitan de una compañía de dragones al servicio del duque de Saboya, y ahora voy de guarnicion al presidio de Noto. No quiero que me sirvas más que *de bulto*: es decir, que cuando se haga la revista, si me faltáre algun soldado, te presentes en ella como si lo fueras. Por lo demás dentro de casa, si sabes escribir, sólo me servirás para llevar la cuenta del gasto diario. Señor, le respondí, son tantas las profesiones que he probado, y en todas ellas he adelantado tan poco, que quiero tambien probar esta, ya que Vd. espontáneamente me la ofrece. Así que desde luego me declaro por soldado de Vd., á quien solamente suplico se sirva darme alguna divisa que me haga reconocer por tal.

Lograrásla, me replicó, luego que lleguemos á nuestro destino. Dicho esto, me hizo montar en su grupa uno de los que le acompañaban, y me condujo á sentar plaza en la compañía del capitan Arnaldo, que ya Vds. habrán conocido fué mi único enganchador.

Lo que despues de esto sucedió en la ciudad de Noto, escuso referirlo, porque tambien lo saben Vds. como yo. Solo no sabrán como mi buena fortuna me hizo conocer en aquella ciudad á la buena vieja que dió leche á la señora Irene, la cual me lavaba la ropa blanca, y con este motivo tuvo despues tanta parte en los pasos que dí para facilitar el consuelo á Vds. dos. Aquí dió fin por entonces Isidoro, reservando para otra ocasion el contarnos las cosas que acaecieron despues que nos separamos en

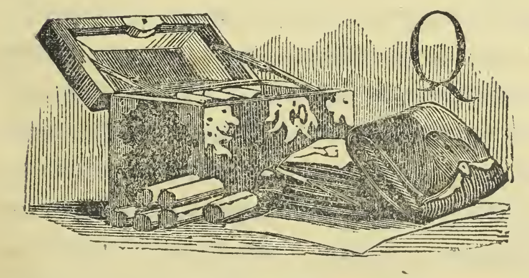
Lepanto. Mientras tanto celebramos y nos reimos mucho con los rasgos de su ingenio, así en el oficio de astrólogo, como en la condicion de poeta errante, y condenando sin apelacion los artificios y engaños perniciosos y detestables del maldito abogado de Nápoles.



LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

Prosigue la historia de Isidoro. Hácenle esclavo; recobra su libertad. Quién era Alí Bey, y qué gran servicio le hizo Isidoro.



QUISIÉRAMOS Irene y yo que el dia siguiente prosiguiese Isidoro con la relacion de sus curiosos sucesos; pero no, (dijo él) quiero que cuanto antes partamos de aquí y marchemos á Palermo, donde os entregaré mi buena madre, pondré en vuestras manos todos mis bienes, y desde allí tomaré prontamente el camino de Roma, para darme á conocer al neófito Dagal, y disponer todo

lo necesario para emprender nuestro viaje á Madagascar. En este corto viaje divertiremos la molestia del camino con la fiel relacion que os haré de mis restantes aventuras, las que espero no os parecerán menos singulares que todas las antecedentes. Mantúvose tan firme en esta resolucion, que nos vimos precisados á complacerle. Montamos pues todos tres en un calesin, y á la salida de Mazara tomamos el camino real que guiaba á la capital de la Sicilia. Apenas dejamos á las espaldas mi pátria, cuando mi fino amigo, sin esperar á que se lo rogásemos, movido únicamente de su buen genio, deseoso de dar gusto, prosiguió el discurso precedente, diciendo así:

Habiendo sentado plaza como ya sabeis, en Lepanto, y en el ejército cristiano, y destinado con otros á reclutar una compañía que estaba actualmente de guarnicion en Nápoles de Romanía, me separé de vosotros con aquel dolor con que se suelen dejar las cosas que se aman. Llegamos á la gran campiña de Argos tan famosa, no tanto por la memoria (que todavía dura) de haber sido la antigua córte de los descendientes de Atréo, cuanto por los más gloriosos y más ilustres hechos que representaron en aquel teatro las varias revoluciones de los siglos. Estaba acampada en ella buena parte de nuestra soldadesca, y unido yo al cuerpo que me correspondia, tuvimos presto noticia de que ya habia entrado en la Moréa el jurado enemigo del nombre cristiano. Nos encerramos dentro de la plaza, cuyo sitio fué defendido con más valor que fortuna. Era superior al doble el número de los otomanos, y aunque se disminuyó mucho en los asaltos, no eran suficientes nuestras fuerzas para repelerlos. Ya los turcos orgullosos se habian apoderado de Nápoles, y no se veia otra cosa que terror, espanto y mortandad.

Cada uno pensaba únicamente en librarse de caer en manos de los bárbaros, escondiendo lo más precioso que tenia, para

trasladarlo despues, si fuese posible, á paraje más seguro, ó enterrándolo donde lo pudiese encontrar en tiempo más favorable.

En medio de aquella universal confusion, confieso la verdad, como desde mis primeros años estaba yo tan acostumbrado á los mayores reveses, y á extraordinarias aventuras, no perdí el ánimo, y me hallé reducido á la esclavitud, sin abandonarme por eso á la desesperacion. Tocóme por amo un oficial distinguido llamado Alí Bey, con quien, despues de tomada por los turcos la Moréa, me embarqué en una galera que habia de hacerse á la vela para Scio, una de las más bellas y más fértiles islas del Archipiélago. Cuando llegamos á la altura de Egina, una borrasca nos hizo perder el rumbo, y el furor de los vientos nos trasportó enfrente de las costas de Candía. Abonanzóse aquí el mar, y cuando ibamos ya á dar la vuelta, fuímos apresados por un navío maltés que tardó poco en rendirnos, y de esta manera me hallé yo afortunadamente restituido á mi libertad. Luego que arribamos á Malta, deseó verme Alí Bey, el cual era tratado con el mayor esmero, y caballerosa atencion. Pidió esta gracia á D. Rodrigo de Idiaquez, que era el capitan del navío maltés, y obtenida sin la menor dificultad, retirándome aparte, me dijo: Isidoro, tú eras esclavo mio, y ahora lo soy yo de mis enemigos. Tanta es la inconstancia de las cosas humanas; y solo Dios sabe si dentro de poco tendré yo la misma fortuna que tú. Mi presente esclavitud solamente me es sensible porque me corta el hilo de una traza que tenia yo ideada para llevar á ejecucion cierto grande pensamiento. Ni habia celebrado la fortuna de tenerte por esclavo mio, sino porque habiendo conocido á poco que te traté, tu índole, tu gran talento, y lo capaz que eras de ayudarme en lo que estaba pensando, determiné desde luego valerme de tí para poner

en ejecucion mis secretas intenciones. Los hombres de espíritu no deben acobardarse, ni mucho ménos abandonar sus bien meditadas empresas, porque se encuentren al principio con siniestros é inopinados sucesos; pues yo mismo he visto muchas veces, que tras las desventuras suelen venir inmediatamente las felicidades. Quiero hacer de tí una gran confianza, y es declararte con toda franqueza quién soy, cuál es mi pasion, y cuáles son mis designios, solo con la condicion que me prometas un inviolable secreto. Señor, le respondí, en órden á eso no debeis tener la menor duda; será sepultado en lo más profundo de mi pecho todo aquello que os dignáreis de comunicarme. Satisfecho el turco de mi respuesta, prosiguió de esta manera. Sábete pues que yo no soy musulman sino de mera apariencia: mi pátria, mi nacimiento y mi religion no son diferentes de la tuya.

Nací en Italia de noble familia, que por ahora no necesitas saber. Pero habiéndome hecho dejar la pátria mi genio inclinado á ver mundo y viajar, corrí varios paises, y hallándome en el Cairo encontré allí quien me hizo inmoble, echándome cadenas á los piés. No sino al corazon, debia haber dicho, que este fué verdaderamente encadenado, pues una de las más fuertes pasiones, si ya no es la más poderosa y más violenta que se encendieron en el pecho humano, fué la que en aquella metrópoli de Egipto triunfó enteramente de todas las potencias de mi alma.

Una turca de una belleza y una virtud sin igual fué la causa de mi encanto. No fueron bastantes á expugnarla ni lisonjas, ni promesas, ni regalos, ni una larguísima y obsequiosa servidumbre á que me dediqué por cortejarla. Mostróse siempre impenetrable á todos los atractivos á que no saben resistir la mayor parte de las mujeres, y mi corazon, que tampoco tuvo fuerza para

no ceder á la violencia de un fuego tan impetuoso, formó en fin el intento de hacerla una cierta especie de traicion. Propúsela que apostataría de mi religion, con tal que ella me quisiese recibir por su marido. Esta proposicion fué la que la hizo un poco más tratable, la que arrancó de su pecho aquella su rígida severidad, y fué en fin la que al cabo la hizo venir á mis brazos. Celebróse con toda solemnidad mi circuncision en la mezquita mayor del Cairo. En un punto me ví rodeado de amigos, de honores y de riquezas: porque así se paga entre los turcos la sacrílega impiedad del que tiene corazon para abjurar nuestra santa ley: sin embargo, yo siempre conservé estampados en el mio los dogmas de la verdadera fé, y solamente las acciones exteriores me daban á conocer por un perfecto musulman. Pero en medio de eso conocia muy bien, que aun aquella sola exterioridad era una gravísima culpa, aunque algunas veces la violencia del amor me cegaba de manera que no me dejaba discernir perfectamente entre el bien y el mal. Pero la conciencia, ministra fiel de la razon, siempre me estaba despedazando el alma cruelmente, sin que bastasen á hacerme enteramente feliz ni la posesion de mi bella turca, ni las grandes riquezas que acumulé en breve tiempo. Tenia siempre fija en el alma la resolucion de volverme al gremio de la religion verdadera, llevándome conmigo á mi mujer, la cual, en fuerza del grande amor que me habia cobrado tambien estaba dispuesta á abrazarla, sin que me hubiese costado gran trabajo el ponerla en aquella buena disposicion. Pero como yo veía por toda partes el riesgo y los peligros de tan árdua empresa, nunca me acerqué al acto de efectuarla.

Publicáronse por este tiempo en todo el vasto imperio del Gran Señor las órdenes de armar contra los cristianos, y yo, de quien el bajá del Cairo habia dado grandes informes al gran

visir, fuí llamado á la córte, no solo para asistir á los consejos del Divan, sino para concurrir con mi persona á la ejecucion de los medios que se resolviesen para llevar á dichoso fin la grande empresa que se meditaba. Llevé conmigo á mi amada mujer, y cuando se dió órden á las milicias otomanas de marchar al Peloponeso, la dejé en Scio, que ya sabes era el cuartel que se nos habia señalado para cuando se terminase nuestra campaña. Ni yo te conducia á tí, y á otros esclavos cristianos á la mencionada isla con otro fin, que el de solicitar del capitan bajá una patente para mandar algun navío, con el cual, ofreciéndose buena ocasion, pudiésemos escapar y meternos en algun puerto de cristianos.

Pero hé aquí, querido mio (continuó cayéndosele las lágrimas), que dieron en tierra todas estas bellas esperanzas. Tú sólo, si tienes ánimo para tanto, tú sólo las podrás resucitar, ó yo habré de morir de dolor.

Al decir esto, Alí Bey se abandonó más que nunca á un amargo llanto, apretándome fuertemente las manos, como quien me pedia socorro y misericordia. Me movió tambien á mí su dolor, y me causó grandísima compasion, tanto más, cuanto la sincera confesion que me habia hecho de quien era verdaderamente, me obligaba á mirarle no ya como á un enemigo y un infiel, sino como un pecador arrepentido y buen cristiano. Díjele pues: ánimo, señor, y decidme en qué os puedo servir, pues os prometo y os juro que nada dejaré de hacer por árduo que sea, de todo aquello que pueda contribuir á vuestro consuelo. Alentóse algun tanto, y me respondió: Lo que he pensado que se puede hacer es lo siguiente: entre los que fueron hechos esclavos conmigo, fué uno que es hermano carnal de mi mujer. Ninguno le conoce en Scio, donde esta se halla, porque no estaba en mi compañía cuando yo la dejé en aquella isla. Tú has

de fingir que eres el tal hermano, y serás infaliblemente creido cuando entregues las credenciales que yo te daré, en las cuales prevendré que debes ser reconocido por capitan de una compañia de asiáticos, que poco há habia conseguido. Te entregaré tambien una carta para mi mujer, en virtud de la cual ella seguirá siempre tus consejos, y se acomodará á todas las resoluciones, que segun las circunstancias juzgares se deben tomar.

En todo caso podrás desde luego echar la voz de que vas á restituirla al Cairo, para poder solicitar desde allí mi rescate con mayor comodidad, lo que creerán todos fácilmente; y si para cubrir mejor este pretexto se te ofreciere ocasion de algun navio francés, holandés ó inglés, espero no la malograrás, y que conducirás la cosa al fin que se pretende. Mi mujer tiene dinero y joyas, con lo cual te será fácil vencer la codicia del que muestre alguna repugnancia á cooperar á una fuga, que finalmente nunca se considerará de mucha consecuencia. Dicho esto, calló, y fijó los ojos en mí mirándome con alguna suspension, como quien esperaba dudoso mi respuesta. Siempre fueron muy conformes á mi génio las empresas difíciles y arriesgadas. Éralo mucho el volver á meterme entre los turcos para ejecutar aquella especie de rapto proyectado, y por lo mismo ninguna duda tuve en ofrecerme á practicarle. Por tanto, solamente le respondí: Señor, espero que quedareis bien servido. ¿Pero cómo estamos de dinero? ¿Os quitaron todo el que teniais cuando nos apresaron, ó tuvísteis modo de reservar escondida alguna buena suma? Ya sabeis que yo soy pobre, y que para viajar hasta Scio se necesita no poca provision de cequines, particularmente en las presentes circunstancias. Eso no te dé cuidado, me respondió, porque tuve modo de coser entre el forro de mis vestidos una decente cantidad, no solo de oro, sino

tambien de joyas de mucho valor. Todo se te entregará presto juntamente con las credenciales y carta para mi mujer, de que ya te tengo hablado. Todo está bien, respondí: mañana nos volveremos á ver, y ahora voy derecho al puerto, por si encuentro en él alguna embarcacion de cristianos amigos de la Puerta, que esté de viaje para el Archipiélago.

CAPITULO II.

Viaje de Isidoro á Scio. Cómo le recibió la mujer de Alí Bey, y él se enamora de Anastasia Dimitraqui.

Con efecto, hallé en él un navío de Marsella que habia de hacer escala en Candía, y desde allí pasar á Smirna. Concerté con el capitan que me dejase en Scio, y volviendo el dia siguiente á verme con Alí Bey, saltaba de alegría cuando me oyó la fortuna que habia tenido en el primer paso que habia dado mi deseo de servirle. Despues me tomé la libertad de hablarle en esta sustancia: Señor y venerado amo mio, puesto que yo me voy á exponer á tan gran peligro por vuestro amor y por vuestro bien, será menester que vos con actos sinceros y solemnes de arrepentimiento y de dolor abjureis aquí vuestra apostasía. Así merecereis que el cielo coopere á vuestra buena intencion, y que restituida una pobre oveja descarriada á su rebaño, se siga despues la conquista de otra que jamás habia estado en él. Así lo ejecutaré inmediatamente, respondió Alí Bey, y cuando vuelvas con mi esposa confio en Dios que me encontrarás como deseas. Me entregó entonces el oro y las joyas de que me habia hablado, juntamente con las credenciales y la carta. Despedíme de él, y despues que hice alguna provision para mi viaje, pasé á bordo del navío francés, el cual estaba ya para levar ánclas. Luego que entré en él entablé amis-

tad con un maestro de lenguas, que enseñaba á los pasajeros la lengua turca: porque si bien durante mi esclavitud habia aprendido alguna cosa de ella, todavía me pareció necesario instruirme un poco más, por lo ménos aquello que bastase para hacer bien y con decencia el personaje que iba á representar. Es verdad, que suponiéndose de Egipto el tal personaje, poco importaba que yo no hablase con expedicion la lengua usual y comun de los turcos europeos, y así me persuadí que cualquiera corta provision de los términos más necesarios que adquiriese de nuevo, seria más que suficiente para que todos me tuviesen por la persona que fingia.

Nuestra detencion en Candía fué de pocos dias: y desde allí enderezamos la proa hácia el Archipiélago. Con toda verdad se puede decir que este es el jàrdin de todos los mares. La multitud y variedad de islas ya de menor, ya de mayor circunferencia, pero todas igualmente fértiles y deliciosas, hace tan divertida la navegacion, que enteramente se borran de la memoria todos los peligros que esta trae consigo. En pocos dias descubrimos la isla de Scio, término de mi viaje. Está situada èsta isla enfrente á la tierra firme de la Natolia, justamente en aquel sitio que en tiempos antiguos ocupaba el famoso reino de Creso. No quiso entrar en el puerto de aquella isla el capitan de mi nave por no alterar el rumbo, pero me llevó á tierra en el bote, dejándome en un sitio distante casi seis millas de la ciudad. Esto me dió grandísimo gusto, porque de esta manera se hacia más dificil en la ċuriosidad de aquellos que todo lo quieren saber, el indagar si yo era verdaderamente el sugeto que queria dar á entender. El lugar donde desembarqué era un pueblo con muchas casas habitadas por la mayor parte de cristianos cismáticos; pero habia en él algunos turcos que tenian allí sus *timarris,* ó posesiones. Todos querian informase de quién era yo;

pero supe representar tan al vivo mi papel, que todos me creyeron ser hermano de la esposa de Alí Bey. Conté la desgracia que le habia sucedido, pero que yo habia tenido la fortuna de escaparme, forjando allí mismo y de repente una fábula que pareció á todos muy natural: díles buena razon de los sucesos de la guerra en la Moréa, y en fin satisfice plenamente la curiosidad de los que me fatigaban con sus preguntas. Alojáronme en casa de un Timarrioto, que estaba vecino á otra de un natural de la misma isla. Este era padre de una bellísima prole femenina, que consistia en tres hermosísimas doncellas, que se ponian comparar con las tres gracias, porque al parecer no podian ser hijas de otra madre que de Vénus, la cual, segun la fábula, fué la madre de aquellas. Confieso la verdad; quisiera no salir en toda mi vida de aquel afortunado pueblo: tanto me encantó la vista de aquellas hijas de la hermosura misma. ¿Pues qué, pregunté yo entónces á Isidoro interrumpiéndole, tan peligrosas son las griegas para los hombres? Yo no sé lo que serán las otras, me respondió; pero las de Scio puedo asegurar que lo son, como se verá por lo que despues diré.

Por entónces me hice á mí mismo toda la violencia que pude, respecto de aquel primer encanto, y reprimí desde el principio los fogosos estímulos de una concupiscencia demasiadamente importuna, considerando que en las circustancias debia pensar en cosas de mayor importancia y seriedad que la de enamorarme, y me dediqué enteramente á discurrir el modo de presentarme á la esposa de Alí Bey, sin peligro de que, cogiéndola de repente y desprevenida, no arruinase ella misma la máquina que yo estaba fabricando. Con este fin me pareció seria muy conveniente enviarla la carta de su marido antes que yo me dejase ver de ella, para que así se dispusiese á promover los pasos que se daban, y medios que se habian tomado para facilitar

su fuga. Fingiéndome, pues, indispuesto, y que por esta razon no podia pasar aquel dia á la ciudad, supliqué al turco en cuya casa estaba, me hiciese el gusto de despachar un criado fiel que la entregase el pliego de su esposo y la diese noticia de mi felíz arribo á la isla; porque la pobre, añadí, estará ansiosa de saber de dos personas que la tocan de tan cerca, y es razon consolarla, sin dejarla penar más con la incentidumbre de su suerte. No se detuvo un momento el turco en complacerme. Inmediatamente despachó al criado con el pliego, y tardó poco en volver con la respuesta, la cual se reducia, que tanto como la habia afligido la noticia que ya tenia de antemano de la esclavitud de su marido, tanto se habia consolado con el gusto de saber que su hermano estaba en libertad, y con la próxima esperanza de verle, cuyo consuelo le suplicaba no la dilatase.

Con efecto, la mañana siguiente partí á Scio, y conducido á la casa de la esposa del ilustre esclavo al presente, y en otro tiempo amo mio, la cual señora se llamaba Despina, me recibió con las más tiernas y más convicentes demostraciones que se podian desear para hacer creer que yo era verdaderamente hermano suyo. Halléme con una mujer mucho más hermosa y mucho más capaz de lo que su esposo me la habia pintado. Siempre estaba en su cuarto servida de sus esclavas y de algunos eunucos. Su vestir era modestísimo, y en todas sus conversaciones se descubria un juicio y una prudencia superior al comun de las de su sexo. Luego que quedamos solos comenzamos á tratar del modo con que se habia de disponer nuestra fuga: y aunque ella deseaba con las mayores ánsias ver cuanto antes á su querido consorte, y correr con él una misma fortuna, nunca consintió en proyecto alguno que fuese menos cauto ó menos prudente: examinó maduramente el que Alí Bey me habia sugerido, y conociendo en él muy probable la esperanza del buen éxito, le abrazó pron-



Conversacion de Isidoro con la mujer de Alí Bey.

tamente, y se determinó esperar el arribo al puerto de alguna nave que perteneciese á alguna de las naciones cristianas que estaban en paz con los turcos, concertando con el capitan que echase la voz de que nos conducia á Alejandria de Egipto, y despues que nos hubiésemos embarcado, en llegando á cierta altura, virase de bordo á la isla de Malta. Tomé de mi cargo estar á la vista, y con este fin todos los dias me iba á pasear al puerto. Con esta ocasion entablé conocimiento y amistad con algunos isleños de Scio, y se me proporcionó tambien el gusto de ver las mujeres de aquella isla. Casi todas son de una extremada hermosura; pero entre todas la que me pareció más digna de ser mirada, y aun admirada con parcialidad, fué la de una tal Anastasia Dimitraqui, hija de un rico ciudadano. Podia tener como de diez y ocho á veinte años, y era de un espíritu que se acercaba mucho al varonil. Dos bellísimos ojos negros y vivos eran todo el adorno de su espaciosa frente, brillando á la sombra de dos negrísimas cejas, y vibrando ciertas modestas pero encendidas miradas que encantaban los corazones. Contentábase su boca con un espacio muy breve, y cuando se abrian sus lábios de púrpura ó de escarlata, se dejaban ver unos dientes menudos, iguales, y tan blancos, que no envidiaban la blancura del marfil. Sus mejillas parecian sembradas de rosas y de azucenas, y todos los demás miembros correspondientes y proporcionados para formar la más perfecta simetría de su gentil y garbosísimo cuerpo, el más airoso y mejor distribuido que parecia poder la naturaleza producir. Todo esto se me representaba con tanta viveza y con tanta singularidad, que no encuentro voces para explicarlo. Con tu licencia, le repliqué yo, eso último no es verdad; porque antes bien parece que la tal milagrosa belleza te ha hecho de repente un perfecto y elocuentísimo orador, puesto que has sabido representar con tanta

viveza y con tanta propiedad la terrible fuerza de sus pupilas, la hermosura de su boca, el candor de sus dientes, y en fin el exquisito color de sus mejillas. Además de eso aquella misma reticencia que pretendiste usar en órden á los demás miembros de aquella animada perfectísima máquina es una figura ó artificio retórico, que ni Aristóteles ni Tulio sabrian practicarle mejor para explicar mucho más de aquello que se quiere decir. Pero prosigue adelante, y dínos en pocas palabras qué efecto hizo en tí la vista de aquel retrato tan parecido á la antigua mujer de Menelao. En dos palabras lo diré, respondió Isidoro. Me enamoré tan ciegamente de aquella verdadera copia de la madre del amor, que no podia pensar en otra cosa que en ella. En la mesa, en la cama, en el templo, y en todas partes donde me hallaba, la tenia siempre muy presente á los ojos. Muchas veces, sin advertirlo yo mismo, me llevaban mis piés á la calle donde vivia, y parándome en pié derecho é inmoble en frente de sus ventanas, parecia una de aquellas estátuas de Mercurio, que antiguamente se veian en medio de las calles de Atenas. Habia desaparecido de mi corazon toda aquella gran superioridad de espíritu que habia mostrado, cuando me hallé con aquellas tres hermanas, de que hice poco há mencion. Ya no pensaba siquiera en espiar la ocasion de efectuar cuanto antes el embarco proyectado, antes bien parecia que mi viaje á Scio, se habia hecho con fin muy diferente que el de conducir fuera de aquella isla á la mujer de Alí Bey.

En la extraña inquietud en que me tenia enredado este nuevo amor, ninguna cosa me dolia más, que la gran dificultad de poder lograr una secreta conversacion con mi bellísima griega. Veíame precisado á representar el papel de un musulman: esto bastaba para que me fuese entredicha toda comunicacion con una doncella de rito diferente. No obstante, por no dejar de

probar cualquier medio que me pudiese conducir al fin que deseaba, me procuré informar muy por menor de quiénes eran sus criados. Este fué el mejor consejo que pude tomar, y el que justamente me abrió el camino para el logro de mis ansiosos deseos: y el caso pasó de esta manera.

CAPITULO III.

Entabla Isidoro amistad con un esclavo, y éste habla á su amante. Dispónese la fuga de Scio, la cual se efectuó, como tambien la conducion á Malta de la mujer de Alí Bey.

Supe que habia en la familia un esclavo italiano, derrengado, tuerto y la mas fea figura del mundo, pero ladino y robusto, que solo servia de mozo de caballeriza en la casa del padre de Anastasia, y desde luego hice ánimo de solicitar su amistad. Con este fin de propósito me dejaba ver en los parajes que él frecuentaba, y afectando un dia haberle encontrado por casualidad, le rogué que me hiciese cierto pequeño servicio: hízomele, y yo se lo pagué tan liberalmente que se me mostró aficionadísimo. Repetí algunas veces lo mismo, y cuando me pareció que ya estaba madura la pera y que me podia prometer buen éxito, determiné no perder tiempo; y habiéndole dicho que tenia necesidad de hablarle en cierto sitio poco frecuentado de la gente, estuvo prontísimo y puntualísimo en concurrir á él. Nicolás (le dije, porque así se llamaba) sé muy bien que todos los esclavos, y particularmente aquellos que están muy distantes de su pátria, ninguna cosa desean tanto como volver á cobrar su libertad. Este es el mayor de todos los bienes, y yo estoy muy persuadido á que tú no le desearás menos que todos los demás hombres. Yo te doy palabra de hacértelo gozar, con tal

que quieras ayudarme en una cosa que infinitamente me interesa. Señor, me respondió, decidme en qué os puedo servir, y no dudo quedareis contento de mí. Entónces le declaré, en aquella manera que me sugeria mi amor, lo furiosamente que estaba enamorado de su ama, tanto, que en fuerza de mi cruel pasion, tenia envidia á su misma esclavitud, pues mediante ella lograba la fortuna de poderla hablar alguna vez.

Quedó altamente sorprendido el esclavo al oirme hablar así, y casi temblando me respondió: Señor, es sumamente dificil la empresa á que aspirais, lisongeándoos de poder superarla. Mi ama, siendo como es de una religion distinta de la vuestra, nunca podrá resolverse á condescender con vuestra pasion. Por tanto, señor, desterrad de vuestro corazon todo pensamiento por ella; esto á mi ver os tendrá á vos mucha cuenta. No es esto lo que yo te pedí (le repliqué) y tú me prometiste poco há. Yo no te pedí consejos, sino ayuda; y tú me prometiste ayuda, y no consejos. ¿Es cosa tan grande, ni tan difícil el procurar que á lo ménos pueda yo hablar á solas con ella una media hora? Puede ser que lo que tengo que decirla baste para vencer todas las dificultades y allanar todos los impedimentos que se encuentran entre su condicion y la mia. ¿Pues qué (replicó el esclavo) quereis haceros cristiano? Puede ser aun esto, le respondí ¿Pero cómo ha de poder ser (me tornó á replicar) en un lugar de que es señor y dueño el mismo que es la cabeza de la secta mahometana? Yo no he dicho (le volví á responder) que quiero hacerme cristiano aquí; pero tú ya sabes que se puede escapar ó ir á tierra de cristianos; para lo cual, siendo necesario, tengo ya tomadas medidas muy seguras, sin peligro de ser detenido ni arrestado. Has de saber que yo poseo grandes riquezas, y que nunca seré pobre aunque mude de religion. Y por lo que toca á tí está cierto que nunca te arrepentirás de

haber cooperado á una cosa que puede hacer toda mi felicidad. Siendo eso así (repuso Nicolás ya mas sereno), dadme un dia de tiempo para pensarlo, y os daré despues una respuesta categórica. Con efecto, me buscó el dia siguiente Nicolás, y me dijo: Señor, antes de declarar lo que he resuelto, es menester me confieis de qué manera se ha de ejecutar la fuga de que me hablásteis ayer. Entonces le descubrí francamente quién era verdaderamente yo, porque aunque este descubrimiento podia ser el paso mas peligroso; pero la grandeza de mi amor no me dejaba considerar lo mucho á que me arriesgaba dándome á conocer á un esclavo, de cuya fidelidad ninguna prueba tenia. Mientras tanto el tal esclavo dió muestras de haberse alegrado mucho con la noticia de que yo fuese italiano; y cuando entendió el objeto de mi venida á Scio y el modo con que pensaba partir de aquella isla, aprobó mi proyecto grandemente, prometiéndome hacer todo lo posible para reducir á su ama á que se viniese conmigo. Ya ella ha conocido (añadió) la pasion que teniais por ella, y más de una vez se me explicó, diciendo era gran lástima que profesáseis una ley tan incompatible con los deseos de su corazon y del vuestro. De cuyas expresiones podeis comprender la inclinacion con que os mira, y que en sabiendo que no sois musulman, ninguna dificultad tendrá en declararse vuestra amante. No os olvideis pues de la palabra que me habeis dado, y una vez que me querais llevar con vosotros y librarme de esta esclavitud, no dudeis del buen éxito de la empresa. En órden á eso (le respondí) está bien seguro de que te mantendré religiosamente mi palabra. Tú lograrás tu libertad, porque yo no partiré de esta isla miéntras tú no vengas en mi compañia, para que pueda mostrarte mi agradecimiento á tus servicios. Dicho esto, arrebatado de un gran transporte de júbilo, le dí un gran beso, sin reparar en el mal olor que exhalaba

su feo y súcio cuerpo. Separéme de él, y desde aquel mismo dia que era para mí la época feliz de mis amores, hice todas las diligencias que pude para encontrar ocasion pronta y oportuna respecto á nuestro viaje, del que ciertamente sin aquel nuevo empeño no me acordaria, olvidado enteramente de Alí Bey, tanto, que todavía á la hora de esta me hallaria en Scio.

Mientras las cosas se disponian, pude lograr mediante el esclavo varios secretos coloquios con la bella Anastasia, y tanto en sus discursos como en todos sus graciosísimos modales, descubrí mayores y más poderosos atractivos para tenerme cada dia más y más apasionado. No se puede negar que las griegas, con exceso al comun de las demás mujeres, tienen ciertas gracias particulares para hacerse dueñas de los corazones de los hombres. Mostrábase Anastasia muy satisfecha de mi amor, y me daba claras y convincentes señales de que yo habia logrado la afortunada adquisicion de todos sus afectos. Isidoro mio (me decia algunas veces), ¿cuándo llegará aquel dichoso dia en que sin reparo ni temor alguno pueda yo gozar de una plena y cumplida felicidad? Con estas y semejantes expresiones se nos hacia cada dia más dulce nuestra amorosa conversacion. Pero yo aun no habia podido comprender qué medio tenia pensado el esclavo para que la bella griega pudiese salir de casa de su padre sin peligro de ser descubierta. Parecíame un empeño expuesto á grandísimas dificultades; y por una parte el deseo de que saliese bien, por otra el temor de que no correspondiese el suceso á la esperanza con las funestas consecuencias que podia producir, me tenian en una perpétua y cruel agitacion. Para librarme de ella, un dia que hablaba con el esclavo, le rogué apretadamente que me dijese en confianza qué era lo que pensaba hacer para asegurar la fuga de Anastasia.

Señor, me respondió, en sabiendo que está ya dispuesto todo lo que es menester para nuestro viaje, procuraré que el padre de mi ama la dé licencia para ir á divertirse por algunos dias, como lo suele hacer en este tiempo de verano en que nos hallamos. á una quinta de la casa, situada á la orilla del mar. No creo que el padre tenga la menor dificultad en darla este gusto, porque no es capaz de negarla cosa alguna, siendo las niñas de sus ojos por ser única, y como tal dueña absoluta de su corazon. No la acompañará más que una esclava, como siempre se ha hecho. A esta la tengo yo ya catequizada y muy dispuesta á seguir nuestra fortuna, y quizá seré yo tambien nombrado para servirla; pero en caso de no serlo, no me será dificultoso escaparme en secreto á la misma quinta la noche que vos me avisáreis estar destinada para nuestra fuga. Cuando llegáreis con vuestro navío á la altura del sitio donde se hallará mi ama (del que yo tendré cuidado de avisaros preventivamente), enviareis á tierra el esquife, y sin más detencion que la de una media hora la vereis en vuestros brazos.

Con efecto, (por ahorrar de palabras) todo se ejecutó así, ni más ni ménos. Habiendo aportado á Scio una fragata inglesa hablé luego con el capitan, que por fortuna era un hombre muy de bien, de gran garbo y muy discreto. Mediante una bolsa de sultaninos que le prometí, convino luego en que echaria la voz de ir á hacer escala en Alejandría de Egipto, empeñándome su palabra de honor de que cooperaria á nuestra fuga con toda fidelidad y secreto. Embarquéme, pues, con la mujer de Alí Bey, que llevó consigo todo lo más precioso que tenia. Avisado con tiempo Nicolás del dia preciso de nuestro embarco, dispuso por su parte todo lo necesario, y Anastasia fué felizmente trasbordada á nuestro navío, juntamente con su esclava y las no pocas riquezas que habia sacado de casa de su padre. El

capitan inglés, para alucinar á los curiosos, y que no se conociese por los que le podian seguir el verdadero rumbo de su vagel, dió diferentes bordos á poca distancia de la Natólia, y volviendo despues la proa al Poniente con la direccion hácia la Moréa y sin tocar jamás en tierra, dejadas á las espaldas las famosas Cicladas, se halló en la altura de Cerigo, de donde en pocos dias de una felíz navegacion nos vimos en las aguas de Sicilia. No creo que el mar hubiese estado jamás en mayor calma, ni que soplasen en él más prósperos los vientos. Parecia que Neptuno y Eolo se habian empeñado á competencia en favorecer nuestros barcos, como lo habian hecho en otro tiempo con aquel en que conducia Júpiter á su arrebatada Europa. Halléme yo entónces el hombre más contento del mundo, y Anastasia no lo estaba ménos que yo. Por lo que toca á la esposa de Alí Bey, tenia la mayor impaciencia que se puede imaginar por ver cuanto ántes á su amantísimo marido, y nuestro capitan estaba muy glorioso por haber contribuido á una obra que habia de ser el colmo y la corona de todos nuestros consuelos. Al descubrir desde lejos la isla de Malta, ¡en qué excesos de voces y de alegría no se desahogaron nuestros oprimidos corazones! Era tan grande nuestro gozo, cuanto lo habia sido hasta allí el susto y el temor de que nos viniesen siguiendo, alcanzasen y arrestasen. Nos dábamos recíprocamente mil parabienes, y tanto, que se podia dudar si en las demostraciones de nuestra alegría entraba por lo ménos tanta parte de fanatismo como de razon. Luego que desembarcamos en el puerto, se esparció la voz de mi arribo, porque habiendo abjurado ya solemnemente Alí Bey su apostasía, se habia hecho notorio á todos el motivo de mi viaje, y como los más estaban persuadidos á que era poco ménos que imposible el empeño de arrancar de las manos de los turcos á su mujer, viendo vencido por mi diligencia este impo-

sible, me consideraban un hombre singular, de una capacidad y de una destreza incomparable. No fué el buen Alí el último que lo supo. Voló prontamente al puerto, dióme mil abrazos y protestó que á ningun hombre del mundo habia debido tanto como á mí. Las demostraciones de júbllo y de ternura que recíprocamente se dieron los dos amantes esposos, será más fácil á Vds. concebirlas que á mí explicarlas. El menor testimonio de su interno gozo en que recíprocamente prorumpieron, fueron las dulcísimas lágrimas que derramaron. No creo que Ulises ni Penélope, al volverse á ver despues de tan larga ausencia, hubiesen desempeñado con mayor perfeccion los inevitables afectos del amor conyugal, que lo hicieron aquellos dos tiernísimos esposos.

CAPÍTULO IV.

Cómo agradeció Alí Bey á Isidoro el servicio que le habia hecho, y cómo agradeció este al esclavo Nicolás el que habia recibido de él. Parten de Malta, arriban á Plasencía, y la graciosa conversacion que tuvo con el médico, á quien habia aconsejado que curase á los enfermos al revés de lo que hacian los otros.

Pasados aquellos primeros desahogos del universal alborozo, el mayor cuidado de Alí Bey fué darme pruebas de su agradecimiento al importante servicio que le habia hecho. Amigo, me dijo, el gran servicio que he recibido de tí, es de aquellos que son superiores á todo condigno agradecimiento. Cuán obligado me reconozco á tu fineza, lo podrás conocer por el concepto en que estoy de que ni todo lo que poseo, ni todo cuanto puedo poseer en este mundo lo juzgo bastante para remunerarla, ni mucho menos para aquietar mi gratitud. Sola tu moderacion podrá hacer que los dos quedemos contentos: tú con recibir lo que yo te puedo dar, y yo con darte lo que puede ser de tu gusto. Señor, le respondí, el honor de haberos servido con alguna felicidad, seria el mayor y único premio á que jamás podria aspirar, si yo no me hallara en la obligacion de recompensar un beneficio que se me ha hecho á mí, muy parecido al servicio que yo he tenido la fortuna de haceros á vos. Soy deudor de tal servicio á un hombre que ha venido con nosotros, el cual me facilitó la posesion de una doncellita griega de la

mayor belleza y de superior espíritu: de manera, que considerándome yo tan felíz por la adquisicion de esta hermosa prenda como vos por el recobro de vuestra bellísima esposa, así tambien quisiera explicar mi agradecimiento con aquel hombre, ni más ni menos como vos no quisiérais parecer ingrato conmigo. En virtud de lo cual os suplico, que os sirvais de hacer con él todo aquello que pensábais conmigo practicar. Quiso entonces informarse Alí Bey de toda la historia de Anastasia; y despues quise yo presentársela juntamente con el esclavo Nicolás. Has hecho muy bien, me dijo riendo, en hacerme ver á un mismo tiempo estas dos figuras tan contrarias; porque la extraordinaria belleza de la una, resalta mucho más al lado de la feísima deformidad de la otra. Celebro mucho el buen gusto que tuviste en apasionarte por esta hermosísima criatura, y no celebro menos tu noble y generoso deseo de manifestar tu gratitud á quien te sirvió con tanta felicidad en tan envidiable conquista. Corre de mi cuenta dar al esclavo una recompensa que corresponda á la importancia del servicio que te ha hecho; pero quiero al mismo tiempo que tú tambien experimentes algunos efectos de mi cordialidad. Mi ánimo es que tú seas tan dueño de mis riquezas como lo soy yo, no menos que de todos los bienes, cuya posesion iré á tomar cuanto antes á mi pátria. Espero no me harás el desaire, ni me darás el disgusto de no aceptar una oferta que solo puede satisfacer en parte á mi suma gratitud. No me pude resistir á tan generoso convite, y desde aquel mismo dia me consideré como si fuese hermano de Alí Bey. Descubrióme quién era, como habia nacido en Pavía, y que su verdadero nombre era Ildefonso, de los condes Torgioli. Regaló á Nicolás con cien cequines, prometiéndole un empleo muy decente si quisiese entrar en nuestro servicio. Ninguna dificultad tuvo el esclavo en admitir con los brazos abiertos la

proposicion, siendo para él un partido tan ventajoso; y así despues que la bella egipcia recibió el santo bautismo, y se practicaron las demás formalidades necesarias para que se efectuase el matrimonio de los dos, nos embarcamos todos en una galera genovesa, y saltamos en tierra en San Pedro de Arena, de donde sin perder tiempo partimos en derechura á la antigüa córte de los Longobardos.

Al pasar por Plasencia me acordé de la paliza con que me habia regalado aquel famoso parásito petardista: por cuya cruel memoria quisiera yo salir volando de aquella ciudad, si no hubiera prevalecido en mí la vivísima curiosidad de saber cómo lo pasaba aquel médico á quien habia enseñado á curar los enfermos, siguiendo un rumbo enteramente contrario al de todos los demás. Hallé que se habia hecho él más famoso entre todos los discípulos de Hipócrates, y que no solo en su patria, sino tambien en todos los países circunvecinos era tenido por un segundo Esculapio. Con estas noticias quise tomarme el trabajo de irle á visitar, para ver si se acordaba de mí.

Habitaba una bella casa, á cuyas espaldas tenia un jardin botánico lleno de los más raros y exquisitos simples que el Matioli nos dejó escritos y recomendados. Los aloes y demás plantas africanas se dejaban ver en grande copia, expuestas al exámen, tacto y olfato de todos; pero la sabina, á quien se atribuye una singular virtud, estaba celosa y cuidadosamente encerrada en un cuadro rodeado todo de rejas de hierro, con el prudente fin de precaver inconvenientes. Luego que entraron recado al señor doctor de que estaba allí un forastero que deseaba besarle la mano, me hizo entrar en su estudio, lleno todo de libros, y á trechos algunos nichos ocupados con varios esqueletos humanos, ya grandes, ya pequeños, y en diferentes ampollas de cristal muchos abortos y embriones de diversos tama-

ños y figuras, la mayor parte á medio organizar. Al principio no me conoció; pero habiéndole preguntado yo si observaba todavía el sistema que el astrólogo le habia enseñado, mirándome entonces con mayor atencion, se acordó de mis facciones, y levantándose de repente de la silla, me dió un estrecho abrazo todo alborozado, diciéndome: seais, señor, bien venido; á vos debo todo lo que soy y todo lo que valgo. El gran crédito que logro todo es efecto de la discretísima leccion que me disteis: y todavía me veria confundido entre la ínfima plebe de los médicos, sino hubiera tenido la fortuna deconoceros. Grandísimas curas he hecho solo con recetar al revés de todos los otros mis con-profesores. Muchísimos enfermos que ya habian metido un pié en la funesta barca de Aqueronte, felizmente le retiraron, gracias á vuestro incomparable sistema: tanto, que ahora todos me apllidan por antonomasia *el Doctor Taumaturgo.* Ahora mismo estaba escribiendo una consulta para una gran dama de Milán. Padece estremamente de accidentes históricos. Las frecuentes emisiones de sangre, y los olores más pestilenciales son los remedios ordinarios que prescribe el arte, y los que en el dia logran la universal aprobacion. Pero yo practico otro método. No permito que se toque á la vena, quiero que los olores ó perfumes más suaves y más exquisitos abatan y precipiten las exaltaciones que se forman en el útero y suben á infestar el corazon, las fáuces y la cabeza. A este propósito (le interrumpí yo diciéndole) ¿se acordará Vd. de aquel aforismo de Hipócrates, tratando de las mujeres histéricas, *si no están casadas, que se casen?* No por cierto, respondió el médico; antes bien, si son casadas, quisiera yo que se descasasen. ¡Oh! eso no, señor doctor, le repliqué con viveza: guárdese Vd. bien de sugerir semejante máxima á ninguna mujer; no será menester más para tenerlas á todas por enemigas. Ninguna cosa oyen

con mayor gusto que el dulcísimo nombre de matrimonio: ni para ellas hay pena mayor que verse privadas del título de esposas. Sea todo eso así, replicó el doctor: no por eso dejaré yo de tener siempre por cierto, que para tener más distantes los perniciosos efectos de la matriz es mucho mejor el celibato que el matrimonio. Alabé de nuevo al doctor Taumaturgo, exaltándole hasta las estrellas, auque no fuera más que por el buen gusto de quererse distinguir del vulgo de los médicos en la manera de hablar. No dejaré (añadí) de hacerle á Vd. la justicia que se merece en cualquiera parte donde me halle. Y de contado, luego que llegue á Pavía, término de mi viaje, hablaré de Vd. en todas las conversaciones y concurrencias donde haya algun enfermo, dando á conocer á todos el mérito de su perona.

CAPITULO V.

Descubre el conde Ildefonso la impostura de uno, que en su ausencia habia usurpado su nombre y su persona.

Dióme muchas gracias el médico por mis atentas expresiones y amistosos ofrecimientos, y despues me preguntó si proseguia todavía en mi profesion de astrólogo; Señor doctor, le respondí, otros tiempos, otras costumbres. Há ya mucho tiempo que abandoné aquella profesion. A la verdad no era para todos. Encuéntranse en ella con bastante frecuencia ocasiones siniestras y disgustos muy sensibles para hombres que nacieron con algun honor. ¡Oh! segun eso, replicó el médico, todavía no se le han olvidado á Vd. los palos de aquel parásito petardista, ¿no es verdad? Aun sin eso, le respondí, hubiera yo hecho una gran reverencia á la señora Astrología. ¿Pues en qué se ocupa usted ahora? me replicó. En el descansadísimo oficio de no hacer nada, le respondí. Tuve la fortuna de adquirir un hermano putativo, el cual ha repartido conmigo sus riquezas, y ahora nos vamos á su pátria para gozarlas con reposo lo restante de nuestra vida. ¿Y quién es ese hermano tan generoso, tan liberal y tan gentil? me volvió á preguntar el médico con grandisima curiosidad. Es (le respondí), el conde Ildefonso Torgioli. Quedóse atónito el doctor al oir esto. ¿Pues qué, añadió prontamente, no es verdad que ha muerto ese caballero, como lo ha divul-

gado la fama? Ya se ve que no es verdad: vive, y está en Plasencia conmigo, y si Vd. le conoce, se puede desengañar por sus propios ojos. Sí por cierto, replicó: tendré mucho gusto en verle, porque fuimos grandes amigos cuando concurrimos juntos al estudio en la Universidad de Bolonia. Dicho esto, fué prontamente á vestirse el hábito de ceremonia, dejando el traje casero; y viniéndose conmigo, nos enderezamos á la hostería, donde el conde y yo estábamos alojados. Cuando esperaba yo ver á uno y á otro prorumpir en arrebatados transportes de alborozo al primer reconocimiento de una vista tan no esperada, me quedé helado al observar en el semblante del conde y del médico un extravagantísimo pasmo. Mirábanse asombrados el uno al otro sin dar la más mínima señal de haberse jamás conocido, y examinándose ámbos de piés á cabeza, casi á un mismo tiempo prorumpieron en estas palabras: Verdaderamente nos hemos engañado. Con efecto, era así puntualmente. Rompió la conversacion el doctor y volviéndose á mí, me dijo: Amigo, este caballero no es el conde Ildefonso Torgioli que yo conocí en Bolonia. ¿Pero quién, (interrumpió el conde prontamente), quién pudo tener atrevimiento para usurparme el nombre y el apellido de mi familia? Yo nunca he sabido que en toda ella haya otro que se llame Ildefonso sino yo. ¿Qué digo *otro*? Antes bien soy yo el único vástago que ha quedado de los condes Torgioli de Pavía; mi padre se llamaba Enrique, y el nombre de mi abuelo era Fernando. El sugeto que yo conocí, prosiguió el médico, tambien se llamaba Ildefonso, y los nombres de su padre y de sus abuelos eran los mismos que V. S. acaba de exponer. No tengamos aquí (dije yo entonces), otra escena como la de los dos Anfitriones y las dos Sosias en la comedia de Plauto. Esta mi chufleta no hizo reir al conde, porque estaba muy ocupado en otros pensamientos, y volviéndose al fí-

sico, le dijo: Señor doctor, ya que Vd. conoció al otro Ildefonso, ¿no me dará algunas señas de su talle, de su cara, de sus costumbres y de su vida? Con mucho gusto, respondió el taumaturgo, y hé aquí que voy á complacer á V. S.

Habrá como quince años, que hallándome yo estudiando medicina en Bolonia, se apeó en la misma posada donde yo estaba alojado el sugeto de quien vamos hablando, el cual se hacia llamar con el nombre y apellido que ya he dicho. Decíanos que venia de Levante, donde por diversion y por gusto habia viajado largo tiempo, y que picándole la curiosidad de ir á ver el sepulcro de Mahoma, habia partido á la Meca, en cuyo camino, cuando entró en el desierto, fué asaltado de los árabes, por señas que le habian regalado con algunas heridas, cuyas cicatrices le afeaban todavía la cara, borrando las primeras facciones de su natural no ingrata fisonomía. Que traia consigo sus credenciales examinadas y reconocidas por los cónsules franceses en el Asia, los cuales le habian conseguido pasaportes en todos los lugares donde habia estado, y entre otros uno del gran Visir, obtenido por el embajador del rey cristianísimo en Constantinopla, para que pudiese restituirse con toda seguridad á tierra de cristianos. Contaba mil casos extraordinarios que le habian sucedido, de manera que por su divertida conversacion era el sainete de todas las conversaciones nobles de Bolonia. Su estatura era ni más ni ménos como la de V. S., y hasta su voz, si mal no me acuerdo, era muy semejante á la vuestra. Es verdad que al principio muchos caballeros de Bolonia dudaron que fuese el Ildefonso verdadero: pero todos depusieron sus dudas y salieron de su escrúpulo, cotejando el carácter de su letra con el de varias cartas que antes de su partida habia escrito á algunos nobles boloñeses, y las hallaron tan semejantes que parecian idénticas. Fuera de esto, daba noticias tan puntuales

de todas las cosas y negocios más reservados de su casa, que parecia demasiada temeridad negarle aquella fé que al parecer le era tan debida, y más cuando en nada le desmentian sus arregladas costumbres, sus atentísimos modales, y sus acciones todas de garbo y verdaderamente caballerosas. Aun diré más: Supe despues, que habiendo pasado á Pavía se habia luego puesto en posesion de todos los bienes de su casa, tomando las cuentas de su administracion durante el tiempo de su larga ausencia á los apoderados que habia nombrado, y logró la ocasion de casarse con una de las primeras damas de aquella ciudad, la cual le llevó en dote un riquísimo patrimonio, tanto en bienes de naturaleza como de fortuna. Pero no le duró mucho esta felicidad, porque pocos años despues se divulgó que le habian encontrado muerto en un palacio de campo ó casa de campo suya, no sin grande sospecha de veneno, cuyo autor nunca se ha podido descubrir, y al presente ha quedado la viuda dueña de todo. Quedó atónito el conde cuando oyó aquella relacion, bramando de dolor á vista de una traicion tan negra y tan horrenda; estuvo suspenso y pensativo por un rato, y al cabo exclamó: ya sé, ya sé quién ha sido el traidor que se tomó la libertad de atribuirse mi nombre, y que tan inícuamente engañó á mis apoderados, á mis amigos, y á una señora de la primera distincion. En fin, Dios le ha sacado de este mundo y le ha tenido gran cuenta el no estar vivo, porque si lo estuviera, tendria que sufrir una muerte mas cruel y mas infame que la que me decís ha padecido.

Nosotros, esto es, el médico y yo teniamos gran curiosidad por oir el desenredo de este intrincadísimo enigma; pero el conde no nos quiso dar por entonces este gusto; antes bien ordenó, que al momento se aparejasen las calesas para partir á la pátria con la mayor solicitud. Partimos, pues, acompañados

del médico, y llegados á Pavía desmontamos en la mejor posada de la ciudad. Luego se cerró conmigo en un cuarto, y sin más preámbulos me dijo: Isidoro, yo tengo necesidad de tu talento, de tu secreto y de tu maña. La traicion de que oiste hablar á tu amigo el médico de Plasencia, es de las mayores que pueden fabricar los hombres mas malvados del mundo. Solo siento la necesidad en que me veo de darme á conocer por el mismo conde Ildefonso, por aquella pobre señora á quien tan torpemente engañó la temeridad de aquel inícuo. En todo caso es necesario discurrir todos los medios posibles para salvar cuanto se pueda su reputacion, sin perder al mismo tiempo de vista mi derecho y mi interés. Antes que me casase en el Cairo, sé muy bien que vivia aún en esta ciudad un tio mio materno, caballero de gran juicio, de una incomparable bondad y de la primera autoridad en la pátria. Antes de mi aparente apostasía, tenia gran cuidado de escribirle desde todos los lugares donde hacia alguna mansion, y todavía conservo en mi poder algunas de sus respuestas: pero despues dejé de cultivar su correspondencia, por lo que no sé si todavia está vivo. Lo que ahora quiero de tí es, que te informes de esto con toda destreza, porque ante todas cosas me alegrára tener con él una secreta conversacion. Me declaró entónces cómo se llamaba el tal caballero, me enseñó el sitio de su casa, y me encargó que si lograba ser recibido de él, le dijese, que un hombre de distincion tenia necesidad de comunicarle cosas de grandísima importancia, y que para eso pedia á su señoría una audiencia reservada, y ser introducido á ella con todas las precauciones del más cauteloso secreto. Partí al punto de la posada, dirigíme al sitio que se me habia enseñado, y me informé si vivia el tio del conde. Dijéronme que sí, pero que por sus muchos años habia ya tiemque estaba ciego y no salia de casa. Con esta noticia pasé á su

palacio, presentéme en la antesala y pedí ser admitido á su presencia. Obtenido el permiso, fuí introducido en un cuarto, donde le hallé sentado en una silla poltrona, y cerca de él un paje que le estaba leyendo no sé qué libro de filosofía moral. Expuse reverentemente mi embajada, y el caballero me preguntó con voz trémula, si le podia decir anticipadamente si el hombre de distincion de quien le hablaba era forastero ó de Pavía. Señor, le respondí, él es de Pavía, pero há mucho tiempo que falta de ella, y ahora ha vuelto á ser su ciudadano. Sea quien fuere, decidle que venga cuando fuere servido, seguro de que será recibido ni más ni ménos cómo lo desea.

Llevé al conde la respuesta, y él se alegró mucho cuando supo que todavía era vivo su tio materno, bien que con el trabajo de su ceguera. Los hombres, dijo, cuya imaginacion no esta distraida con los objetos exteriores, tienen menos disipada la fantasia, y razon más recogida para asegurar mejor al acierto en sus consejos. Sosegada la agitacion de los espíritus vitales alrededor de la mente, esta hace su oficio con menos peligro de engañarse, cuando no revolotean delante de sus ojos imágenes fantásticas que le distraigan. Así que podrá mi tio aconsejarse y aconsejarme mejor en el gravísimo caso en que nos hallamos, y tendrá particular gusto en descubrir con los ojos del alma una traicion que quizá no la habria podido discenir tan vivamente con los materiales ojos del cuerpo. A este tiempo era ya bien adelantada la noche, y el conde, sin otra compañía que la de mi persona, se encaminó á casa de su tio, y haciendo que le entrasen rodeado, fué introducido por una escalera secreta, sin otra ceremonia que la de una triste luz en un cuarto donde el ciego le esperaba. No fué admitido á la conversacion otro que yo, y entónces pude conocer por los efectos lo mucho que puede la sangre en la recíproca inclinacion de aque-

llos por cuyas venas corre una misma. Arrojóse el conde á abrazar á su tio con un ímpetu en que ninguna parte tuvo la ficcion, y el tio, sintiéndose estrechar apretadamente, correspondió pronto con la misma ternura. Aun no bien habia articulado la primera palabra, cuando este le reconoció al instante por la voz, y sin más prueba quedó persuadido á que era aquel su muy amado sobrino. ¡Oh, Ildefonso mio (exclamó), con que al fin has vuelto ya! ¡Cuántas veces te he llorado muerto! ¡Y qué lágrimas tan amargas me ha costado el haberme visto en la dura necesidad de sufrir que otro te hubiese usurpado el nombre y gozase impúnemente de lo que era tuyo! Ya murió por alta disposicion de la divina Providencia aquel mal nacido impostor. Su voz no me hablaba al corazon como me habla la tuya: y tanto como entónces deseaba no ser ciego para que mi vista me ayudase á descubrir mejor su diabólica impostura, tanto desearia ahora no serlo, aunque no fuese más que para que mis ojos lograsen el consuelo de verte un solo momento, y se cerrasen despues para no volverse á abrir hasta el dia en que todos hemos de dispertar del profundo sueño de la muerte.

Mientras el buen viejo hablaba de esta manera, lloraba el conde de alegría y de ternura. Pero cuando se hubieron desahogado bien en todas aquellas amorosas demostraciones, sosegados ya y restituidos ámbos á su natural serenidad y compostura, comenzaron á tratar del modo con que el conde se habia de dar á conocer en el público para volver á entrar en la posesion de sus bienes. La mayor dificultad consistia en hallar arbitrio para componer los derechos del conde, con salvar el honor y los intereses de la inocente viuda del falso Ildefonso. Los nobles pensamientos de aquellos dos caballeros no les permitian atropellar por un punto de tanta consideracion, conociendo que en cierto modo era desacreditar la inocencia de una

dama infamemente engañada. Porque si bien ninguna culpa habia tenido en haber sido mujer de un hombre vilísimo, reputado por noble en la comun opinion, no obstante el mundo injusto y loco, que siempre juzga lo peor, nunca dejaria de escandalizarse definiendo despóticamente, que cuando no hubiese quedado enteramente perdido, á lo ménos se debia considerar como tiznado el honor de aquella señora. Despues de larga consulta se deliberó que el dia siguiente fuese el tio en persona á visitar á la dama y á informarla menudamente de la verdad, para disponerla á que ella misma pensase y resolviese el medio que juzgase más eficaz y más suave para que sin perjuicio de su decoro fuese el conde Ildefonso reconocido por lo que era verdaderamente. Mientras tanto el conde Manuel, que así se llamaba el anciano caballero, quiso que el sobrino se quedase en su palacio aquella noche. Despachó un criado á la posada con aviso de que no le esperasen hasta el dia siguiente, y mientras se disponia la cena, significó á su sobrino el gusto que tendria en saber por menor las aventuras que en tan largo tiempo le habian sucedido, pero muy particularmente el misterioso secreto con que se habia escondido á la memoria de los hombres, y dado con eso ocasion al malvado impostor de representar falsamente su persona. Condescendió el conde con los deseos del tio, y dió principio á su historia en la manera siguiente.

CAPITULO VI.

Historia de los condes Ildefonsos; el verdadero y el falso.

Habiendo partido de mi pátria (como Vd. ya sabe), en lo más lozano de mi juventud, sin otro objeto que girar y ver mundo, me dirigí á Génova, con el fin de hallar embarco para Levante. Un dia que fuí paseándome á San Pedro de Arena, me encontré con un hombre extremamente parecido á mi. Miréle con atencion, y él hizo lo mismo conmigo. Movido de tan extraña semejanza, me picó la curiosidad de saber quién era. Le saludé cortesmente, y habiéndole preguntado por su pátria y por su orígen: No lo sé, señor, me respondió, pues ni aun siquiera sé dónde nací; solo sé que mi madre fué una famosa cantarina, que vendia á muy subido precio sus favores. Lo lució en los más nobles y más famosos teatros de Italia; y de esta su vida contínuamente andariega, nace que yo ignore el preciso lugar de mi nacimiento. No obstante, me lisongeo con la muy verosímil persuasion, que mi padre pudo ser algun personaje distinguido, porque siento correr por mis venas ciertos espíritus, que me parece nunca acertarian á pasar por cáuces humildes y plebeyos. Pero sin embargo de las grandes riquezas que habia amontonado mi madre, á mí me dejó muy pobre. Consumió en la vejez todo lo que habia ganado en su mocedad, y no habiéndola quedado ni

aun cama en que dormir, vino á morir infelizmente en un hospital. Yo me ví precisado á ponerme á servir, y hasta el dia de hoy he estado sirviendo á un mercader que traficaba en Soria y en Egipto. Varias veces he hecho este viaje con él, y todavía volveria á hacerle, si la quiebra de un corresponsal suyo de Marsella no hubiera acarreado al mismo tiempo la suya.

Cuando oí que aquel mozo habia estado en Levante, me vino un grandísimo deseo de traerle á mi servicio. Además de lo mucho que me podia convenir el informarme bien de la práctica y costumbres de un país á donde habia resuelto transferirme, no dejaba de hacerme tambien alguna impresion la semejanza que tenia conmigo. ¿Quién sabe, decia yo entre mí mismo, si mi padre me dejaria algun hermano natural, y si la divina Providencia (para la cual no hay acasos) ha dispuesto que me encontrase con este para socorrerle y ayudarle en su necesidad? Preguntéle, pues, si le parecia que podia yo ser á propósito para resarcirle la pérdida que habia hecho de su antiguo amo. Esa seria mi mayor fortuna, me respondió prontamente; y luego añadió: Yo, señor, serviré á V. S. con amor y con fidelidad, y aunque hasta ahora no he servido más que á un comerciante, todavía me prometo que tendré bastante espíritu para acertar á dar gusto á un caballero. Bien está, le respondí; pues desde ahora quedas ya recibido para camarero mio, y me acompañarás en un viaje que pienso hacer solamente por pasearme y ver mundo. Hecho sin otra informacion este imprudente ajuste con el nuevo criado, que se llamaba Eleonor, de allí á pocos dias encontré ocasion de embarcarme en una nave que habia de hacerse á la vela para Chipre. Habíame ya proveido de cartas de recomendacion para los cónsules franceses residentes en los puertos del Asia, como tambien de letras de cambio para diferentes mercaderes, que de tiempo en tiempo me aprontasen

el dinero que habia menester para mantenerme. Nuestra navegacion por el Mediterráneo fué felíz, y el nuevo criado me la hacia muy divertida, ya con sus agudos dichos y ya con sus no menos graciosos cuentos. Fuera de eso me decia el nombre de todas las islas que se descubrian en el viaje, los grados de latitud y longitud en que se hallaba cada una; informándome tambien del número, calidad y costumbres de sus habitadores. Al paso que me era sumamente grata su conversacion, me iba tambien enriqueciendo con especies y noticias, que era el principal fin porque me habia desprendido, y me iba á establecer por algun tiempo en regiones tan distantes de mi pátria.

A poco más de un mes de viaje, dimos finalmente fondo en Famagosta, que era el término á donde se dirigia la nave en que íbamos embarcados. Saltamos en tierra, y con esta ocasion ví parte de la isla de Chipre, y habiendo querido yo pasar á Nicosia, á Pafo y á otras ciudades principales de aquel reino, consagrado antiguamente á Venus y á los amores, Eleonor era mi escolta en todos estos lugares, como tambien el que me enseñaba todas las cosas más raras: de manera que me tenia por el hombre más afortunado del mundo en haber debido á la divina Providencia aquel criado. Satisfecha suficientemente mi curiosidad, pasamos en un barco de Chipre á Trípoli de Soria: desde allí quise ir á ver la Palestina, y la tan ilustre y tan justamente decantada Jerusalen. Habiendo cumplido en aquellos santos lugares con las piadosas obligaciones que exigia de mí nuestra santa religion, me transferí á Damasco, y desde aquí tomé el camino derecho de la Persia. No me detendré, señor, en referiros las incomodidades y peligros de este viaje, que para mayor seguridad se suele hacer con las caravanas. Ya vos habreis leido muchos libros de célebres viajeros que hacen la descripcion de ellas, siendo todas poco más ó ménos muy se-

mejantes unas á otras. Detúveme bastante tiempo en la gran capital de Ispahan, para ver las muchas cosas raras que hay en ella, particularmente la magnificencia de la córte y los reales jardines del Sofí. Tuve varias ocasiones de ver muchas veces aquel gran monarca del Asia en el mayor esplendor y más pomposo aparato de su poder, y me pareció muy superior á todo lo que se dice la ostentacion y suntuosidad de su acompañamiento. Sus vasallos son afables y corteses, aman á los forasteros, singularmente á los europeos, y aunque son muy dados al lujo y á la delicadeza, con todo eso son de loables costumbres, con máximas y sentimientos tan nobles como las naciones más cultas. Es verdad que las armas y las letras no están allí en la mayor perfeccion; pero sin embargo, en las primeras, el número y la multitud suple lo que falta á la disciplina, y en las segundas, cierta facundia asiática, tan natural como ampulosa, hace parecer que sea efecto del estudio y de la aplicacion.

Pero no quiero perder el tiempo en informaros de cosas que ninguna relacion tienen con la usurpacion de mi nombre y de mis bienes; la relacion de lo que he visto y observado en los varios lugares que visité debe reservarse para mejor ocasion. Por ahora os baste saber, que despues de haber visto la Persia, pasé al Indostán, ví la córte del gran Mogol, como tambien todas las posesiones que los españoles y portugueses tienen en la India oriental. De Goa, que es la capital de cuanto allí poseen los últimos, viajé por mar á Ormuz, que es un puerto del seno Pérsico, donde mi camarero me echó la proposicion de ir á ver el sepulcro de Mahoma en la Meca. Aunque este viaje es sumamente peligroso por motivo de los árabes me asaltan los pasajeros para robarlos, él me le pintó segurísimo. Iremos, me dijo, á Babilonia, y allí esperaremos la ocasion de alguna caravana de turcos, que vayan por devocion á visitar el santo sepulcro de

su falso profeta, como lo suelen hacer frecuentemente. Pero mientras estuvimos esperando la oportunidad de transferirnos á aquella gran metrópoli, ví que Eleonor tenia grandes correspondencias y conocimientos en Ormuz. Concurren todas las naciones del mundo á aquel famoso empório de la Persia, particularmente mercaderes hebreos que tratan en perlas, cuya pesca es abundantísima en aquellos mares. Uno de estos, que se llamaba Isac, era grande amigo de mi criado. Veíalos yo juntos muchas veces, y no podia comprender el motivo de aquella intimidad, por lo que me vino la curiosidad de preguntárselo. Me respondió, que habiéndole conocido con ocasion de un viaje que habia hecho de Génova á Alejandría de Egipto, le habia hallado con disposicion de hacerse cristiano, y que á este fin cultivaba, y aun estrechaba más y más cada dia aquella amistad, para esforzarle á que llevase á ejecucion su santo pensamiento. Quedé tan pagado de esta respuesta, que yo mismo quise entablar amistad con el hebreo para tener alguna parte de mérito en su conversion. Discurría con él en cierta ocasion acerca de mis viajes, y habiendo entendido mi intencion de ir á la Meca, señor, me dijo, no es menester ir á Babilonia para esperar coyuntura de una caravana: sin esto os conduciré yo hasta aquella ciudad por toda la Arabia con la mayor seguridad. Yo suelo ir á la Meca con bastante frecuencia, y siempre que me ocurre hacer este viaje, un capataz de los árabes, grande amigo mio, me dá una escolta, con la cual he caminado siempre segurísimo. Tenia resuelto partir á dicha ciudad la semana que viene, y ya le he avisado que al fin de ella venga á recibirme con su gente á tres jornadas de Ormuz. No se os puede ofrecer mejor ocasion que ésta, porque hasta las mismas caravanas turcas son algunas veces asaltadas y saqueadas por los árabes, lo que nunca sucede cuando ven á los pasajeros es-

coltados por otros de su misma nacion. Fácilmente creí que todo esto podia ser verdad, y así dentro de dos dias partí con el hebreo, con otros dos compañeros suyos, y con el bagaje cargado sobre un camello. Yo no llevaba más que mi ropa blanca, mis vestidos, y una bellísima caja de perlas que habia comprado en Ormuz, con ánimo de traficar con ellas en Europa. Todo esto iba en una maleta que mi criado llevaba de grupa en su caballo. Tenia conmigo una letra de cambio dirigida á un comerciante de la Meca, que habia trocado por otra, la cual se habia de presentar y la debia cobrar en Babilonia, y esto por consejo de Isac. Despues de tres dias de viaje entramos por un vastísimo desierto, y encontramos en cierto sitio la decantada escolta de los árabes. Consistía esta en veinte hombres á caballo, armados con cierta especie de picas y cimitarras. Cogiéronnos en medio luego que nos conocieron, y nos guiaron por medio del desierto hácia el Poniente. Yo no entendia su lengua, pero el hebreo hablaba familiarmente con ellos. Llegada la noche, armaron una tienda de campaña, bajo la cual nos pusimos á reposar, y los árabes hicieron lo mismo, alzando sus tiendas alrededor de nuestro pabellon, á poca distancia de él. Yo me quedé luego profundamente dormido, porque estaba sumamente fatigado de ir tanto tiempo á caballo; pero cuando me hallaba en lo mejor del sueño me despertó no sé qué rumor. Parecíame que todo nuestro pequeño campo estaba en movimiento, y alzándome en pié con la mayor presteza para unirme á mis compañeros, á ninguno de ellos ví. Creí que acometidos quizá de algunos otros, habian huido: voy á buscar mi caballo para ir á incorporarme con ellos, no le encuentro, y lleno de terror y de confusion por un accidente tan inesperado, tomé el vano partido de gritar, llamando á grandes voces á Isac y á Eleonor, pero ninguno de ellos me oia, ni me queria oir; y así me ví

precisado á esperar que amaneciese para aconsejarme con la luz del dia sobre lo que debia hacer. Pasáronse muchas horas antes que la aurora se descubriese; pero cuando el sol comenzó á iluminar la tierra, conocí toda la trama de la terrible traicion. Nada encontré absolutamente de mi reducido equipaje: hasta la letra de cambio que tenia en mi cartera me la hurtaron del bolsillo, y toda mi fortuna fué la de no haber confiado á ninguno el secreto de tener cosida una decente cantidad de oro en un cinto que llevaba siempre á raíz de las carnes, porque sin duda hubiera sido sacrificado á la codicia y furor de aquellos viles ladrones. Volví los ojos hasta donde podia extenderse la vista en aquel dilatado país, y todo lo descubrí abandonado é inculto, inciertas y confusas las huellas de los caballos y camellos, oblícuos y tortuosos todos los senderos y caminos. En ninguna parte se veia la menor señal de humana habitacion. A vista de tanto aparato de males no puedo explicar cuánto fué el desconsuelo y la desolacion de mi espíritu. Puedo aseguraros, señor, que siempre que se me acuerda el deplorable estado en que entónces me hallé, toda la sangre se me hiela en las venas. Pero ello era menester resolverme á partir de aquel sitio fatal, y abandonarme en manos de la fortuna. Tomé el primer camino que se me presentó: le seguí hasta el mediodia, sin haber encontrado viviente alguno racional ni irracional. Me ví precisado á sustentarme con no sé qué yerba silvestre, y en vano busqué alguna fuente ó arroyo para mitigar la sed.

Finalmente, cuando lo dispuso así la divina Providencia ví de lejos á un árabe que venia caminando hácia mí. Al acercarse á donde pudiese reconocerle mejor, observé que su barba era bastantemente cana, y que traia en la mano un gran baston. Nada tenia de fiero ni aun de bárbaro su semblante, antes bien manifestaba gentileza y cortesia. Saludéle luego en lengua tur-

ca, y tuve la fortuna de que me entendiese. Con esto me correspondió, y me preguntó en el mismo idioma, ¿cómo, ó por qué me hallaba en un paraje tan deshabitado? Contéle con sinceridad todo lo que me habia sucedido, y el buen hombre mostró mucha compasion de verme en aquel estado. Ven conmigo, me dijo, yo te llevaré á mi casa, y cuando haya ocasion, dispondré que pases con toda seguridad á Babilonia, donde podrás lograr oportunidad para restituirte á tu pátria. Animado con esto comencé á seguir al árabe, y como no creia encontrar tanta humanidad en aquella nacion, quedé sumamente sorprendido de un convite que tanto me obligaba. Caminariamos poco más de un cuarto de legua antes de llegar á una cabaña cubierta de paja á la orilla de un arroyuelo. Era esta la casa del árabe, repartida en tres divisiones. A un lado de ella habia un huertecillo admirablemente cultivado, y á las márgenes del arroyuelo se elevaban algunas palmas fructíferas, que suministraban el sustento de toda la familia. Esta se reducia á su mujer y á un hijo, que en aquel punto acababa de llegar, despues de haber sacado á pastar algunas pocas ovejas. Observé que todas las estancias del rústico alojamiento estaban llenas de instrumentos astronómicos y matemáticos, por donde conocí cuál podia ser la profesion de dueño, y me pareció hallarme con un nuevo Zoroastro, ó un segundo Albumazar: con efecto, el árabe mi abergador era un astrónomo excelente. Queriendo mostrarme su habilidad de pronosticar, me dijo, que cuando volviese á mi pátria, antes de lo cuál me habian de suceder varios casos, habia de tener un grandísimo consuelo, y aunque yo no doy el menor crédito á las engañosas predicciones de la astrología, en esto último acertó por casualidad, pues ha sido para mí el mayor consuelo y gusto encontraros vivo, y hallar castigado por la ira divina al pérfido Eleonor, quien fué, segun todas la apariencias, el que creyén-

dome muerto de hambre ó despedazado por alguna fiera, ó inocente víctima del furor de los árabes, se sirvió de mis credenciales y de las cartas dirigidas á los cónsules de Francia, para usurpar mi nombre, venir á apoderarse de mi casa y de mis bienes, y engañar tan detestablemente á una señora de muy distinguida condicion, cual me han dicho fué su mujer.

Mientras tanto vinieron á consultar con mi árabe adivino algunos turcos de Babilonia, que son supersticiosísimos en todo lo que toca al cultivo del terreno, en que nunca dan paso sin arreglarse al método y puntos de tiempo que les prescriben los astrólogos. Ví al mio extraordinariamente ocupado en sus observaciones. Acabadas estas, y disponiendo los turcos restituirse á Babilonia, quise irme con ellos, y el árabe les recomendó mucho mi persona. Despedíme de él con no poco dolor mio, y con no menor ternura de su pequeña familia; los turcos me llevaron consigo á la capital de la Asiria. Túvome gran cuenta haber reservado aquel poco de oro que dejo ya dicho, porque, gastándolo con economía, pudo bastar para comer y para continuar mi viaje hasta el Cairo, donde me hallé con un tropiezo que me hizo detener más de lo justo. Entónces contó el conde todos los sucesos de sus amores con la turca, y dió fin á su historia cuando ya estaba la cena en la mesa. Concluida ésta, se fueron todos á dormir. El conde Manuel la mañana siguiente se hizo llevar en silla de manos á la visita de la viuda. Volvió de ella y dijo á su sobrino, que la resulta de aquella reservada conversacion era muy particular, y que habia descubierto en ella un arcano, ignorado de todos hasta aquel punto, puesto que la dama habia hecho una irregular accion con aquel su indigno marido. Las palabras con que ella misma me las contó, despues que supo vuestro felíz arribo á Pavía, poco más ó ménos fueron las siguientes.

CAPÍTULO VII.

Fin de la historia del impostor, y vuelve el conde Ildefonso á entrar en la posesion de sus bienes.

Ya sabia yo antes de ahora, me dijo la dama, que no me habia casado con el verdadero conde Ildefonso Torgioli, noticia que me fué de mortal dolor cuando la oí, y desde entonces acá me ha estado contínua y cruelmente despedazando el corazon y consumiendo las entrañas. Un solo consuelo me alentaba en tan doloroso afan, y era el no haber tenido alguna prole del bárbaro é inícuo infamador de mi tálamo, porque así me libré de tener siempre á la vista una desgraciada prenda que contínuamente me estaria dando en cara con el ludibrio de tan abominable comercio. Señor, si nuestro matrimonio, aunque tan desigual en punto á la condicion, y tan abominable por el enormísimo engaño, hubiera sido acompañado del consentimiento de los dos consortes, no hubiera dejado de ser legítimo matrimonio, supuestas las demás solemnidades necesarias que prescribe y requiere la santa Iglesia. Pero aquel consentimiento no intervino, ni pudo intervenir, habiendo el indigno usurpador del nombre de vuestro sobrino ocultado maliciosamente que era de religion muy diferente de la mia. En el acto de darme la mano, no solo engañó villanamente á una dama, sino que sacrílegamente profanó un vínculo sagrado, tanto más venerable

cuanto es símbolo misterioso de otro vínculo enteramente divino. En una palabra, aquel malvado era hebreo. Aunque en lo exterior procuraba esconder su judáica religion, tardé poco en conocer (despues que por mi desgracia me manché con el nombre de esposa suya), que á lo ménos era muy poco cristiano, por el ningun escrúpulo que hacia en no observar ciertos preceptos de nuestra santa ley. Pero lo que me hizo entrar en mayor sospecha, fué el ver que todas las semanas recibia ciertas cartas cuyo sobrescrito era de carácter verdaderamente italiano, pero lo demás era tan enrevesado, que yo no entendia ni siquiera una palabra. Pasado algun tiempo quise asegurarme, y saber á fondo lo que queria decir aquel misterio: tuve modo de pillarle con maña una de aquellas cartas, y se la mostré á mi confesor, que era un religioso prudente, y por fortuna muy inteligente de la lengua hebrea. Tradújomela en italiano, y hallé que era de un judío de Mántua, el cual le escribia con grande confianza, burlándose con él de la figura que hacia entonces de gran caballero de aquel país, y celebrando mucho el engaño con que habia sabido lograr por mujer á nna dama de tanta distincion. Considerad ahora, conde Manuel, qué golpe seria este para mi pobre corazon. No sé cuál fué más grande, mi cólera ó mi dolor en la confusa mezcla de dos pasiones tan violentas, ni sé tampoco cómo pudo resistir á ellas la flaqueza de mi espíritu. Venció finalmente al dolor la indignacion que concebí por tan horrenda alevosía, y me aconsejé solamente conmigo misma sobre el modo de vengarme. Proveíme secretamente en una ampolla de un poderosísimo veneno, y una mañana se le hice beber en el café al pérfido judío, cuando estaba para partir á la quinta. Hizo admirable efecto la mortal bebida, y cuando cansado del camino se echó en la cama para reposar, se quedó profundamente dormido, y tanto, que nunca volvió á

despertar, pasando su negra alma desde los colchones del lecho á las llamas del infierno.

Así me vengué yo de las injurias hechas á la religion y á mi persona; pero como ninguno tuvo parte en esta accion sino yo sola, aunque se escitaron algunas ligeras sospechas nunca se pudo venir en conocimiento del autor, ni de la verdadera causa de su muerte. Antes bien generalmente se creyó, que habia muerto de algun accidente apoplético; y porque tenia grande arte para aparentar costumbres nobles y modales caballerescos fué su muerte universalmente sentida de todas clases de personas, y todos sus amigos concurrieron á darme el pésame por aquella pérdida. Aunque las lágrimas que se me venian á los ojos y el dolor que se me leia en la cara, se creian señales de la extrema afliccion que me causaba su muerte, no eran en realidad sino efecto de la rabiosa vergüenza que interiormente me causaba la contínua memoria de que mi ilibata virginidad hubiese sido prostituida en los brazos de un circunciso y de un scelerado. Este era un tormento tan terrible para mí, que estuve muchas veces tentada de darme la muerte para librarme de él. Pero los prudentes y cristianos consejos del religioso, mi confesor, contribuyeron mucho á que no me precipitase en la desesperacion, y habiendo tomado posesion de todo en virtud de la figura que hacia de viuda del difunto, revolviendo varios papeles, me encontré con ciertas anotaciones en forma de comentarios, en las cuales se leian muchas ingeniosas industrias que practicaba aquel mal hombre para engañar al prójimo. Habia nacido en Lisboa; fingióse clérigo en Aviñon, á la sombra de unos títulos de órdenes de un pobre sacerdote, á quien él mismo habia quitado la vida. En Ginebra se vendió por apóstata de la religion católica para sonsacar el dinero á los herejes, y engañar á una simple doncellita de quien se habia enamorado.

Emprendió un viaje á Levante, donde hizo pesadísimas burlas á diferentes personas. Restituido finalmente á Europa, se leía, que despues de haber hecho con felicidad el oficio de ratero, habia entrado á servir á vuestro sobrino, y que habiéndole acompañado y seguido á varios países, le habia abandonado en un desierto de Arabia, apoderándose de su bagaje y de sus letras de cambio. Explicaba despues la razon que habia tenido para no darle muerte por sus manos, y fué porque el dia en que le abandonó, era una de las principales fiestas de los hebreos. Añadia, no obstante, que persuadido firmemente á que habria perecido al rigor del hambre, ó entre las garras de las fieras, ó á lo menos despedazado por los árabes, se le metió en la cabeza usurpar su nombre y representar su persona, ayudado para eso de la tal cual semejanza que tenia con su cara, con su estatura, con su edad y con su voz. Decia, que habiendo encontrado en la maleta varios papeles escritos de su mano, se habia dedicado á imitar el carácter; y como durante el tiempo que le habia servido se habia informado de todos los negocios de su casa, de sus parientes y amigos, así estas noticias, como la semejanza de las personas, habian ayudado admirablemente para que todos le tuviesen por el verdadero conde Ildefonso, y más cuando habia puesto el mayor cuidado en disfigurarse artificiosamente el semblante, para ocultar aquello en que podia parecer diferente, con cuyo fin él mismo se habia hecho algunas heridas en la cara, suponiendo que las cicatrices eran reliquias de las cuchilladas que le habian dado los árabes en su viaje á la Meca. Pasaba despues á describir algunas particularidades concernientes á mi desgraciada persona, y concluia este execrable resúmen de su malvada vida, gloriándose de haber sido el hebreo más afortunado en causar daños gravísimos, no solo al particular de los cristianos, sino al universal de su religion. Arrojé inmediata-

mente al fuego este abominable comentario escrito en lengua italiana, juntamente con otros muchos papeles y cartas en idioma hebreo, no queriendo que se conservase en casa ni la más mínima memoria de la sacrílega impiedad de aquel demonio en figura de hombre.

Así acabó la dama su relacion (continuó el conde Manuel) y yo lleno de horror al oir iniquidades tan extraordinarias, despues de haberme condolido infinitamente de la desgracia de aquella señora, procuré consolarla lo mejor que pude, asegurándola, que de nuestra parte seria fiel y puntualmente servida en cualquiera partido que la pareciese tomar. Dióme mil gracias la buena señora, pero me respondió, que aunque era verdad que con el felíz descubrimiento del verdadero conde Ildefonso se habia manifestado la alevosa perfidia con que habia sido engañada, era sin embargo grandísimo el consuelo que tenia en restituir á su legítimo dueño lo que era suyo, y lo que ella habia poseído como mera depositaria, firmemente resuelta á ponerlo todo algun dia en manos de aquel á quien de justicia y por sucesion perteneciese. Por lo que toca á mí (añadió), estoy muy determinada á desterrarme para siempre de una ciudad donde me persiguió tan constante y tan cruelmente mi infelíz estrella.

No faltará algun monasterio distante de Pavía donde sepultar la memoria de mi terrible desventura, separada de todos los objetos que pudieran renovarla, con perpétua amargura y turbacion de mi pobre ánimo.

En vano procuré disuadirla de aquella resolucion, y así no obstante mis razones persistió en su resolucion con indecible firmeza, y yo, viendo que nada adelantaba con ella, levanté la vista y solamente la supliqué se sirviese recibir la que tú la harias personalmente despues de comer. No me negó este favor,

y así prevente para este acto de atencion, que no solo juzgo conveniente, sino absolutamente necesario.

Al oir toda esta relacion del conde Manuel, así el conde Ildefonso como yo (único interventor en aquella conversacion) quedamos asombradísimos. No nos podiamos persuadir á que cupiese en un corazon humano tan execrable y tan refinada maldad. Parecíannos de una invencion toda nueva los inmensos rasgos de su malicia, por las figuras tan diferentes que él mismo se jactaba haber representado en el mundo; y en fin concluimos, que con toda propiedad se podia llamar el verdadero Protéo de la iniquidad. Al mismo tiempo admiramos, y aunque vituperamos mucho el varonil partido que tomó la dama, celebramos con todo su constante resolucion de alejarse de su pátria, por no tener siempre delante de los ojos á los que todas las veces que la viesen, dirian unos á otros en tono de compadecidos: *aquella es la mujer del bribonísimo judio que la engañó.*

Despues de comer le hizo la visita que habia quedado apalabrada desde la mañana. Esta visita fué de bien poca satisfaccion, tanto á la dama como al conde Ildefonso. Apenas puso los ojos en él cuando la dió un deliquio, ó un desmayo, de manera que fué necesario la llevasen á la cama sus criadas: efecto sin duda de su semejanza con la de su infame traidor, la que excitó en su memoria con mayor viveza la idea de aquel malvado. En virtud de esto nos pareció á los dos que no debiamos detenernos más, por no dar ocasion á nuevo insulto, ó á que creçiese el que ya estaba padeciendo, y así nos despedimos inmediatamete. Pero esparcida por la ciudad la noticia del no esperado y aun casi tenido por imposible arribo de Ildefonso, concurrió una multitud de personas á casa del conde Manuel, donde el sobrino se habia pasado con toda su familia,

para asegurarse cada uno de la verdad por sus propios ojos. Los que habian sido sus amigos, antes que determinase viajar por el mundo, curiosísimos de saber el misterio de tan diferentes personajes, solicitaban con ánsia la visita. Los que el hebreo en figura de conde habia hecho amigos suyos y de la casa, para informarse de las circunstancias que habian dado lugar á una impostura tan extrarodinaria. Fué menester, pues, admitir á unos y á otros, tanto por complacer á los primeros, como por desengañar á los segundos, y en fin, por corresponder al honor que hacian todos á la familia, mostrándose tan interesados en un suceso tan particular. Todo el mundo salió plenamente satisfécho de la verdad, y por muchos dias no se habló en Pavía de otra cosa que de la portentosa aventura de los dos condes Ildefonsos. Esta se hizo tan célebre y famosa en Italia como en la Rusia la de los dos Demetrios, solo que la mujer del segundo de éstos á ninguno mereció tanta compasion como la dama paviesa, porque ésta sin servir de instrumento á la ambicion ó á la codicia de los suyos, se vió miserablemente empeñada á pasar por esposa de quien ni queria ni podia serlo.

Mientras tanto dispuso la justicia que una estátua del pérfido hebreo (ya que el cuerpo deshecho y reducido á polvo, no podia servir al escarmiento, con castigo correspondiente á la enormidad de sus delitos) fuese expuesta de mil modos por mano del verdugo al público ludibrio, y despues de quemada en una infame hoguera, esparcidas al aire sus cenizas. De esta manera mi antiguo amo, y despues hermano por adopcion, logró el gusto de volver á ver á su amada pátria, y restituirse á la posesion y al goce de todos sus bienes, cuya consignacion le hizo la dama con gran cantidad de dinero, que decia producido de las rentas de aquellos años en que habia estado á cargo suyo la admi-

nistracion, no habiendo sido posible persuadirla á que se quedase con ello, puesto que su gruesa dote habia sido más que bastante para mantenerse con la debida decencia por todo aquel tiempo. Hecho esto, y firme siempre en hacer efectiva su deliberacion, suplicó al conde Manuel la diese alguna persona de satisfaccion que la acompañase hasta Praga, capital de la Bohemia, donde estaba una tia suya religiosa en un monasterio, y en cuya compañía queria pasar encerrada los dias que la restasen de vida. Cuando se conoció que era inmutable en este propósito, inmediatamente tio y sobrino pusieron los ojos en mí, no solamente por lo fiel que el conde Ildefonso me habia experimentado, sino tambièn porque llevando conmigo á la bella Anastasia, podria servirla de camarera en las mujeriles incunvencias que la ocurriesen.

CAPITULO VIII.

Acompaña Isidoro á Praga la inocente viuda del impostor; descubre en este viaje la infidelidad de Anastasia, y dá fin á su historia.

Partimos pues (prosiguió Isidoro) de Pavía para Milan, llevando conmigo al esclavo Nicolás para que me sirviese, por haberle visto muy deseoso de hacer este viaje. Luego que llegamos á dicha ciudad, quiso la viuda detenerse algunos dias para visitar algunas parientas. Con esto tuve ocasion de ver las cosas más raras y más famosas que hay en aquella capital. Entre otras fuí á ver el Hospital, ó la casa de los Orates, donde hallé tanta multitud de estos infelices, que no es posible describirlos ni enumerar las diferentes clases de ellos. Habia algunos que habian perdido el juicio por enamorados ¡Oh! (dije entonces á mi capote) la clase de estos será sin duda innumerable. Ví otros que se habian vuelto locos por haber perdido un pleito, y aun á uno se le habia ido la tramontana solo porque no habia ganado en la lotería de Génova: muchos avarientos, porque el precio de los granos no habia sido como ellos habian esperado; varios padres infelices, porque sus hijos les habian aliviado las gavetas; diferentes literatos que por querer saber demasiado olvidaron todo lo que sabian; no pocos devotos que por no haber acertado con el camino de la virtud, se perdieron en el de-

la mentecatéz, y así de otros muchísimos, cuyas manías eran ridículas, furiosas, alegres, melancólicas, y en fin, de todas especies.

Dolióme mucho haber encontrado entre la multitud de aquellos mentecatos al pobre alquimista de Plasencia. ¡Quién sabe (exclamé yo al verle), si aquel miserable se volvió loco por culpa mia! El haberle enseñado yo el bezoar de los basiliscos, quizá le turbó la mente, y ofuscada la razon se le revolvieron los sesos. No señor, me dijo entonces el padre de los locos que me acompañaba, antes bien todo lo contrario. Si fué usted el astrólogo que le insinuó aquel secreto, lejos de ocasionarle la locura presente, puede tener el consuelo de haberle curado de otra mayor que tenia antes, y era la de estar persuadido á que podia encontrar la piedra filosofal. Es verdad que en virtud de lo que Vd. le dijo emprendió un viaje: pero habiendo llegado á no sé qué ciudad de España, encontró á un amigo suyo italiano. Saludáronse, abrazáronse, y preguntado por éste cuál era el motivo y fin de su viaje, el alquimista le confesó la verdad, contándole todo el hecho. Vaya (le respondió el amigo), que tú no entendiste lo que el astuto astrólogo te quiso decir con aquella burla. Quiso darte á entender, que tan imposible era encontrar la piedra filosofal, como hallar el bezoar del basilisco; porque este animal es un ente imaginario y de pura invencion, ni más ni ménos como lo es la soñada piedra filosofal. Si tuvieras un poco de juicio, fácilmente hubieras entendido lo que te queria decir con aquellas palabras, y si le quieres tener, te dejarás de gastar tu dinero y tu salud en buscar una cosa que jamás la has de encontrar. Esta especie de animales es imaginaria y de pura invencion: entes metafísicos que jamás existieron, ni más ni ménos como el *lapis philosophorum*, cuyo ser ideal y ontológico nunca salió de la

fantasía de ciertos soñadores. Bastaba un poco de juicio para entender el verdadero sentido de aquellas palabras, y si tú le quieres tener, te guardarás bien de gastar tu dinero y tu salud en solicitar una cosa que nunca la podrás conseguir. Entónces sí que te podrás gloriar de haber encontrado la verdadera piedra filosofal, porque habrás recobrado el entendimiento y la razon que perdiste, que es aquel raro secreto con que enseñan los filósofos que se puede adquirir todo aquello que racionalmente se desea. Este breve discurso hizo todo el efecto que yo pretendia. El alquimista recobró su juicio, volvióse á su pátria, y dejóse de alambiques y alambicaduras. Pero poco despues dió en otra locura muy distinta. Dedicóse al estudio de las ciencias más sublimes, y metiósele en la cabeza que era el hombre más docto y más sábio que habia en todo el mundo. Fomentábanle esta disparatada opinion aquellos que sabian ménos que él, ú otros que por divertirse á costa suya querian acabarle de rematar. Así, pues, se confirmó tanto en su capricho, que hacia la crítica de los más ilustres escritores sagrados y profanos que habian florecido en los siglos precedentes. Componia y recitaba públicas disertaciones, en las cuales tratando de puntos de Moral, de Teología, de Física y de qué sé yo, decidia como oráculo jactándose tal vez con la mayor franqueza de que era inspirado de espíritu superior. Y esta fué la locura por la cual le encerraron aquí dentro.

Pregunté despues quién era uno que estaba con el alquimista. Respondióme que era un abogado modenés, el más acreditado que habia en aquella córte. Pero ¿con qué ocasion ó motivo perdió el pobre el seso? le volví á preguntar. Por un motivo ligerísimo, me respondió. Otro abogado más mozo que él citó en un alegato cierto texto, ó lugar de no se qué jurisconsulto. Nególe él que el tal texto se hallase donde el otro decia: des-

pues de diferentes debates, afirmando este y negando aquel, se acudió á la fuente y se echó mano al libro. Encontróle finalmente el abogado mozo en el mismo lugar donde le habia citado, y quedó el viejo tan corrido, que vuelto á su estudio quemó todos sus libros, y faltó poco para que no hiciese lo mismo de la propia casa. Renunció la abogacía y no volvió á parecer en público. Su presente manía es la de no hablar, y aunque tiene una lengua tan expedita como la que más, quiere absolutamente ser mudo. Quizá (repliqué yo), querrá hacer penitencia de las infinitas mentiras que habrá dicho, cuando con el artificio de sus palabras procuraba engañar á los jueces para lograr sentencia favorable á sus clientes. ¡Cuerpo de tal! (exclamó el que guardaba los locos) si todos los abogados que embaucan á los jueces con esos artificios hubieran de hacer la misma penitencia, no cabrian en el hospital de San Vicente. Yo lo creo, repuse yo, y sin embargo, todos universalmente se jactan de veraces y sinceros. En esta conversacion nos íbamos divirtiendo, hasta que recorrimos toda la gran sala de los locos. Al acabarla, admirado yo de no haber visto en ella mujer alguna: ¿son por ventura las mujeres, pregunté al padre de los locos, más juiciosas y más sesudas que los hombres? No señor, me respondió prontamente; antes bien porque comunmente se cree que todas, cual más cual ménos, tienen algo de locura, por eso no se las dá lugar en este hospital, porque aunque es tan grande y tan capaz, no cabria en él ni aun la más mínima parte. Fuera de eso, como toda la distincion que hay en ellas en punto de locura consiste principalmente en lo más ó en lo ménos, no milita en ellas la razon que hay respecto de los hombres. A estos, cuando pierden el juicio, se les recluye en un cuarto, para que con sus disparatados discursos, ó con sus bestiales acciones no ofendan los oidos ni los

ojos de los hombres cuerdos, modestos y arreglados: peligro que no hay ó es muy raro en las dementadas del otro sexo. No tuve paciencia para sufrir por más tiempo que aquel hombre hablase tan mal de un sexo tan digno de todo respeto, y ya le iba á responder, que siempre ha habido, siempre hay y siempre habrá mujeres juiciosísimas, prudentísimas y racionalísimas; pero otro de los que gobernaban los locos, que estaba cerca, habia oido toda la conversacion, y conoció que yo iba ya á formalizarme: Señor, me dijo, no haga caso su merced de ese pobre mentecato, porque es un loco de atar, y toda su locura consiste en tener por locas á todas las mujeres. En todo lo demás es hombre de gran entendimiento. Si su merced gusta de entrar en la sala donde están recogidas las mujeres que se reputan por locas, puedo yo servirle, siendo como soy el que las guardo y á quien está confiada su custodia: pero ha de ser con la condicion de que primero me ha de prometer como caballero, que defenderá con espada y lanza, en campo abierto ó cerrado, contra cualquiera que sea, que el sexo femenino por punto general es más juicioso, más sesudo y más prudente que el universal y más comun del masculino. Señor, le respondí, á ese precio renuncio el gusto de ver la sala de las mujeres locas, y más cuando veo tantas en todas partes sin necesitar venir al hospital, que enteramente me han quitado la gana ó la curiosidad en este punto.

Diciendo esto, me escapé cuanto antes de aquella casa, temiendo que los dos directores de locos me cerrasen la puerta y me hiciesen el cumplimiento de hacerme pasar por uno de los que estaban á su cargo, en venganza de haberme opuesto á sus dos proposiciones, pronunciadas con tanta satisfaccion y con tanta generalidad. Por la noche divertí á mi ama con la relacion de lo que me habia sucedido aquel dia. Esta fué la prime-

ra vez que ví asomarse alguna risita á sus lábios, y tuve el gusto de disipar por algunos minutos las tinieblas del dolor que cubrian aquel semblante, oscurecido siempre con ella. Desembarazada ya de sus visitas proseguimos nuestro viaje, pasando de Milan á Mántua, y desde aquí á Trento. En esta ciudad tuve la fortuna de librarme para siempre del amor de Anastasia, y espero que tambien del de todas las mujeres. Aquí descubrí al cabo, que el feo y aun monstruoso Nicolás era el verdadero objeto de todos sus amores, y que esta caprichosa y extravagante pasion habia echado hondas raíces en ámbos mucho tiempo antes que yo conociese á la tal pérfida griega. Ni yo sé que la horrible figura de aquel hombre pudiese tener otro mérito que el de ser un moceton robusto, nervioso y fornido: dotes despreciables, que suelen tal vez lograr estimacion en las mujeres que solo se gobiernan por cierto loco capricho. Ví casualmente á los dos (cuando ellos creian no ser vistos) tratarse con grande familiaridad y derretirse en palabras tiernas y amorosas, en testimonio de su recíproco amor y fidelidad. Te juro, querido mio (le decia ella), que mientras tenga espíritu en mis carnes no seré de otro que tuya. Te prometo, dueño mio (la respondia él), que mientras me corra la sangre por las venas, estará pronta á derramarse por tí. Dichoso mil veces el dia (exclamaba la griega), en que tuve la fortuna de conocerte. Muy tonto es mi marido si está persuadido á que yo le tenga ni la más mínima inclinacion. Es un loco de atar (añadia el esclavo), si juzga que cooperé yo á su fuga por su contemplacion. Él gasta y nosotros nos holgamos (decian los dos á un tiempo); pero dia vendrá en que conozca lo mucho que se engañó. Salí entonces del lugar donde estaba escondido, y abominando en uno y en otro con semblante airado y severo su infidelidad, su ingratitud, su felonía y su prostitucion, los despedí en el mis-

mo punto, echándolos enhoramala, sin darles más que lo que tenian á cuestas.

Nunca supe despues qué se habia hecho de ellos. Solo sé, que jamás me acuerdo de aquella villanísima accion, y de haberme engañado tan infamemente una mujer á quien tenia yo por la mejor del mundo, sin renovar el propósito de no volverme á mezclar en amores con aquella casta de pájaras, sino vivir en adelante sin la mucha hiel y poca miel de una pasion tan amarga como loca. Miren ustedes el bello Adónis de que se habia enamorado aquella Vénus, y el lindo Páris que estaba perdido por aquella disoluta Elena. Ahora sí (añadia yo, hablando conmigo mismo) que doy toda la razon al que cuida de los locos de Milan, que defendia con tanto calor no hallarse mujer alguna que no tenga su puntica de locura. ¿Puede haber mayor capricho que enamorarse de un tuerto, de un giboso, de un tullido? Así discurria yo, y aun así hablaba conmigo mismo en el calor de mi rabia, cuando oyendo mi ama el estrépito que habia hecho al echar enhoramala á los dos tiernos amantes, entró en mi cuarto y me preguntó el motivo de mi disgusto y de mi cólera. Contéla menudamente toda la historia de mis amores, y añadí: Señora, yo traté siempre á aquella ingrata con todo el miramiento y toda la honestidad que se puede desear, más que esperar en un amante. Aunque la tuve mucho tiempo á mi disposicion, nunca juzgué que me fuera lícita la más mínima accion menos decente hasta que abandonase ella el rito griego que profesaba, y pudiese unirse conmigo mediante el legítimo vínculo del santo matrimonio. Ibame ella entreteniendo de dia en dia, dilatando con diferentes pretextos la efectuacion de lo que yo deseaba, y como desde que salimos de Scio, casi siempre hemos estado de viaje, no la apuraba mucho sobre que cumpliese lo que me habia prometido. Vea Vd. ahora qué traza tenia de cumplirlo. Sabe

Dios lo que pensaban hacer aquellos dos desalmados. Por lo menos lo mucho que V. S. ha traido consigo, y lo poco que he podido traer yo, es muy natural que hubiese corrido peligro cuando hallasen alguna buena ocasion. Quedó la señora altamente admirada del mal corazon de Anastasia, á quien habia cobrado amor, creyéndola muy diferente de lo que era en realidad. En fin, Isidoro (me respondió), has tenido la fortuna de conocerla á tiempo. Dá mil gracias al cielo por este beneficio, y en adelante mira bien de quien te fias.

Despues de esto, habiéndonos proveido de nuevos criados, proseguimos nuestro viaje hasta Bohemia. Inmediatamente se metió la señora en un convento, segun lo habia determinado, y yo la dejé contentísima en él. Pero queriendo ella hacerme ver antes de mi partida que habia tambien mujeres agradecidas, generosas y liberales, me regaló un curioso cofrecito, dentro del cual habia una cantidad no corta de dinero, y un entero surtido de preciosas joyas mujeriles. Todo esto, me dijo, es muy supérfluo para quien ha abandonado al mundo, y quiere darse al retiro y á la perfeccion. A tí te podrá servir en alguna necesidad, y á mí me podria perjudicar, teniendo delante de los ojos los vanos adornos de la mundana grandeza. Diciendo esto quiso resuelta y absolutamente que yo me llevase el cofrecillo: este es aquel reservado tesoro de que alguna vez os hablé, y al que jamás he tocado. Yo te hago donacion de él, y no se hable más en la materia. Era mi obligacion volverme inmediatamente á Pavía, para dar razon de todo al conde Ildefonso; pero habiendo encontrado afortunadamente en Praga á vuestra querida Irene, como lo has sabido de su misma boca, me ví en la precision de no abandonarla, para conducirla á Sicilia y entregarla en manos de un amigo á quien habia conocido antes que él, y con cuya amistad me ligaba un vínculo más estrecho. No obstante,

escribí al conde Ildefonso, exponiéndole el motivo que me impedia el volver prontamente á Pavía, pero asegurándole al mismo tiempo, que luego que hiciese la entrega de la persona que se habia confiado á mi cuidado y escolta, cumpliria con mi obligacion; pues con efecto antes de emprender el viaje de Madagascar quiero ir á dar razon de mi persona á aquel buen amigo mio.

CAPÍTULO IX.

A quién encontraron César, Irene é Isidoro en la hostería de Salemi: descripcion del desierto de Corillon, juntamente con la del solitario de Mecina.

Así dió fin Isidoro á la relacion de sus aventuras, cuando nos hallamos en un lugarcillo que se llamaba Salemi, donde habiamos determinado hacer medio dia. Entramos en la hostería, en la cual encontramos un forastero de buena traza, que habia llegado poco antes que nosotros, y nos dijo el posadero que caminaba tambien por el mismo camino que nosotros habiamos de llevar. Hicimos á Isidoro que le convidase á comer en nuestra compañía, como tambien á hacérnosla si gustaba en nuestro viaje. Aceptólo todo cortesanamente, y habiéndonos sentado todos cuatro á una buena mesa, se procuró hacer brillante la conversacion con discursos alegres y divertidos, en los que hacia el principal gusto el buen humor de mi buen amigo. Pero nuestro nuevo compañero, que se llamaba Tarquinio, mostraba divertirse poco con las saladas gracias y chanzonetas inocentes que se decian, manteniéndose siempre silencioso, grave, sério y pensativo, sin asomársele á los lábios ni una ligera risita. ¿Qué tiene Vd., señor Tarquinio? le pregunté yo. Sírvase decirnos, si no tiene inconveniente, á donde se dirige su viaje, y cuál es el motivo de él. Yo, señores, respondió, partí de Siracu-

sa, mi pátria, en busca de ciertos solitarios que creí estaban en el valle de Noto, y despues he sabido no estar sino en el territorio de Mazara, en una especie de desierto no distante de un lugarcillo llamado Corillon, sitio que la naturaleza proveyó de todo aquello que puede hacer deliciosa la vida solitaria. Voy á consultar con aquellos hombres cierto negocio mio grave y de importancia, y si Vds. quieren tomarse el trabajo de un pequeño rodeo, no solo tendrán el gusto de saber el motivo que ellos tuvieron para retirarse á su deliciosa soledad, sino tambien el que tengo yo para buscarlos, y solicitar su consejo. Sí por cierto, respondió entónces Isidoro; sin duda que algun misterio curioso se encierra en uno y en otro, y será bien informarnos. No solo en los viajes largos, pero aun en los más cortos, no pocas veces se ofrecen ocasiones de apacentar nuestra curiosidad, y seria lástima dejarlas escapar, por no dar cuatro pasos más. Asi que, si á Vds. les parece, tambien iremos nosotros á ver á esos santos hermitaños. Tanto Irene como yo respondimos que iriamos con mucho gusto. Luego que acabamos de comer, montamos nosotros en nuestro calesin, y Tarquinio en su caballo. Aquella noche dormimos en el callejon, ó llámese estrecho de Sorice, y la mañana siguiente, habiendo vuelto á proseguir nuestro camino, cuando llegamos á un cierto calvario, se paró Tarquinio á contemplar el país circunvecino, y mostrándonos con el dedo un empinado monte: al pié de aquel monte, dijo, está el afortunado y solitario sitio donde se retiraron y residen los hermitaños de quienes hablamos ayer. Si no me informaron mal, hemos de tomar aquel camino de la mano derecha, y en menos de dos horas llegamos á su hermita. Así sucedió. Cuando nos vimos á la falda del monte, descubrimos en una eminencia como cosa de doscientos pasos geométricos un sitio que la naturaleza y el arte parecian

haber competido en hacerle deliciosísimo. Veíanse en ella multitud de cipreces entreverados con mucha simetría entre corpulentas y copudas encinas, plátanos y abetos, cuya confusa y apacible sombra, en medio del ardor de aquel abrasado clima, hacian fresquísimo el lugar, donde se dejaba ver una pequeña iglesia, ó por mejor decir, una devota y pulida capillita, á la que estaba pegada la heremítica habitacion, que consistia en algunas celditas tan estrechas, que solo el aseo, la limpieza y la figura las distinguia de chozas. A espaldas de la iglesita habia un huertecillo bien proveido de varias especies de sabrosas frutas y exquisitas yerbas, regadas con la pura y cristalina agua de una fuente que en una esquina del huerto brotaba de una peña viva, y abriéndose camino por la blanda yerba, se encaminaba serpenteando con un dulce murmurio hácia la llanura. Habíase hecho venerable aquel lugar, no solo por el respeto que causa naturalmente todo aquel sitio piadoso y solitario, sino tambien por las particulares circustancias de sus actuales habitadores. Hallámonos con dos hombres vestidos con un hábito de color pardo, que les llegaba á un palmo más abajo de la rodilla, ceñido con un tosco cordon de cáñamo, un capucho en la cabeza, que se calaba hasta las cejas, barba larga y muy poblada, pero en el uno casi enteramente blanca y canosa, en el otro crespa y negra, indicando la diferencia de edades.

Luego que nos vieron dejaron el trabajo en que estaban, conviene á saber haciendo unos cestillos muy graciosos de mimbres de varios colores, y se vinieron á nosotros. Saludámoslos, y nos correspondieron con el mayor agrado, urbanidad y cortesía. Convidáronnos á que descansásemos, sentándonos en unos asientos de piedra que estaban á la puerta de la hermita, y luego nos sirvieron un refresco de alguna fruta que habian cogido de su huertecillo. Echamos á pacer nuestros caballos en

una especie de campo, que servia como de plazuela á la fachada de la capillita, y mientras tanto nosotros, despues de haber visitado la iglesia, pasamos á ver las celdillas de los dos anacoretas. Habia una especie de transitillo ó dormitorio muy estrecho, á cuyos lados se veian cuatro celditas, dos á uno y dos á otro, adornadas con algunas estampas de papel, y una camilla, que se reducia á un enjuto jergon, no tanto lleno como sembrado de paja, y tan estrecho, que apenas cabia en él una persona. Al fin del dormitorio estaba la cocina, cuyos trastos y utensilios mostraban muy bien que allí solo se cocian viandas simples y frugales. Sin embargo, todo respiraba aseo y una exquisita limpieza: prueba clara de que en aquel lugar lo que pertenecia al cuerpo era muy parecido en la limpieza á lo que tocaba al alma. Despues que hubimos satisfecho nuestra curiosidad en ver todo lo que habia en el heremitorio, llegó la hora de comer. Habíamos tenido nosotros la advertencia de llevar la prevencion de pan, vino y carne asada, y habiendo Isidoro tendido los manteles para la comida en el mismo suelo, y al pié de la vecina fuente, convidamos los dos solitarios á que viniesen á comer con nosotros. Aceptaron inmediatamente sin hazañerías ni melindres, y habiendo querido ellos que se trajese á la mesa para todos la comida que tenian prevenida para sí, se comió promiscuamente de todo. Discurrióse recíprocamente en la mesa de la amenidad deliciosa de aquel sitio, que al mismo tiempo respiraba alegría y devocion.

Acabada la comida, dijo Tarquinio: Padres mios, así estos señores como yo hemos venido á veros movidos de la fama que corre por todas partes, diciéndose que ámbos abrazásteis este género de vida por motivos muy particulares. Si os place, quisiéramos oir de vuestra misma boca la verdad que hay en esto, y así os suplicamos tengais á bien darnos este gusto, ya que

por solo gozarle he venido aquí desde Siracusa, y estos señores se desviaron un poco del camino de Palermo, á donde enderezaban su viaje. Sonrióse entonces el hermitaño de la barba blanca y cana, y respondió: si yo creyera que el complaceros en este particular solo habia de servir para contentar vuestra curiosidad, quizá no seria tan condescendiente; pero persuadido á que de mi relacion se podrá seguir algun fruto ventajoso para vuestra almas, con mucho gusto estoy pronto á serviros y obedeceros; pero antes que hable de mí, tengo por necesario daros una breve noticia del grande hombre que ocupaba esta soledad antes que yo viniese á ella. Es verdad que no le conocí, porque habia muerto poco antes que viniese yo à sucederle; pero habiendo dejado escritas de su mano algunas memorias ó apuntaciones de su vida, por ellas mismas entendí la causa que le movió á volver las espaldas al gran mundo, y darse enteramente á la vida solitaria, en que vivió alegre y contentísimo por espacio de muchos años.

Era hijo de padres honrados, pero habia tenido por desgracia suya tres hermanos y otras tantas hemanas. Diéronle una buena educacion, aplicóse á los estudios, en que salió erudito y sábio, con mucho consuelo de los suyos y con no poca envidia de los estraños. Estos bellos talentos para las ciencias eran contrapesados por otra tanta propension á los vicios. La ciega inclinacion á las mujeres y á los excesos de la glotonería, eran las dos pasiones que le dominaban. Trastornaron sus costumbres las malas compañías, y faltó poco para que enteramente no las estragasen. Viéndole sus padres tan engolfado en la disolucion, no cesaban de corregirle, pero arraigadas ya en el alma las malas costumbres, necesitaban de más fuertes remedios para desprenderse. Aun él mismo, cuando hacia reflexion á su modo de vivir, conocia muy bien que no era muy loable la vida

que traia, y por entónces hacia grandes propósitos de huir las ocasiones. Pero esto duraba poco, y volvia presto á los mismos excesos de una y otra pasion, con gran dolor de sus padres, que habian puesto en él todas sus esperanzas, creyendo que algun dia seria la honra y el esplendor de su familia. Quizá lo hubiera llegado á ser, si cuando lo deseaban con tanto ardor hubieran aplicado aquellos medios que él mismo les hizo sugerir por medio de sus amigos. Que mi padre me case, les decia. No hallo otro remedio más eficaz para refrenar mi fogosa concupiscencia, y para librarme de la furiosa inclinacion que tengo á conversar, alegrarme, comer y beber con mis amigos. Cuando tenga á mi lado una mujer moza, linda y agraciada con las obligaciones de esposa, ella sola sará el dueño de todo mi corazon, y teniendo dentro de mi casa la conversacion genial de una persona que merece ser amada, no me pasará por el pensamiento irla á buscar á otra parte. Esta, con su modo apacible y cariñoso, moderará mis arrebatos, é insensiblemente me irá desviando de las merendonas y glotonerías, poniéndome en el camino de vivir frugal y honestamente, como lo deben hacer todos aquellos que están en vísperas de ser padres de familia.

Pero por más que se ingeniaron los amigos y confidentes de la casa en insinuar este buen consejo al padre del Mecinense, este no hizo caso de él, despues de haberlo consultado con los otros hermanos suyos, dando por razon que no era todavía tiempo de que pensase en casarse; que tenia tres hermanas casaderas, y era menester pensar ante todas las cosas en dar estado á éstas: que no tenia necesidad la casa de que se trajese á ella una mujer más, cuando habia ya tantas en ella: y finalmente, que restando aun otros tres hermanos solteros no permitia su constitucion que él se acomodase antes que los otros se pusiesen en carrera. Añadian á esto, que si su inclinacion

era verdaderamente buena podia y debia reducirse á entablar otra vida más cristiana y arreglada, sin que fuese menester que precediese el matrimonio, antes bien esto mismo conduciria para facilitarle un matrimonio más decente y ventajoso, habiendo dado claras y convicentes pruebas de estar muy enmendado en su pública y escandalosa disolucion. Sin esta prueba parecia casi imposible encontrar quien le quisiese dar una hija ó una hermana para que la maltratase cuando estuviese fuera de sí con al calor del vino, ó violase la fé que le debia como á esposa cuando se hubiese cebado en otros espurios é ilegítimos amores.

Con estas aparentes razones, más especiosas que sólidas, dejó escrito el Mecinense que se le negó siempre el asenso á que tomase mujer. Miéntras tanto, hallándose uno de los tres hermanos ausente (no expresa con qué motivo) y en lugar muy distante de la pátria, le llegó un dia improvisamente la noticia de que sin aguardar el consentimiento de sus padres se habia casado á gusto suyo con una mozuela forastera á quien amaba, y que no tenia otra dote que la de su desgraciada belleza. Al principio entró el padre en una cólera que se acercaba á ser furia. Queria borrarle del número de sus hijos, y no reconocer por tal á un mozo tan atrevido y temerario, que habia atropellado las leyes civiles sobre la paterna potestad, por dar solamente oidos á los impulsos de la naturaleza. Pero aquella cólera se fué poco á poco sosegando. Con el tiempo le volvió á admitir á su gracia, y aun á recibirle en su casa, juntamente con su mujer, la que muy en breve le regaló tambien con un lindo nietecito. Miéntras tanto el pobre Mecinense, que estaba viendo lo bien que habia salido á su hermano la independiente resolucion con que se habia casado á su gusto, queriendo librarse, si le fuese posible, de la guerra que contínuamente le estaban haciendo la con-

cupiscencia y la gula, hizo que segunda vez propusiesen á su padre el proyecto de su matrimonio, y para que le hiciese más fuerza alegaba el ejemplo de su hermano, diciendo, que sino lograba el consentimiento de sus padres para casarse con aquella jóven, pasaria á hacerlo él sin su permiso, usando del derecho y libertad que daba la ley á los hombres que pasan de veinte y cinco años, para casarse con quien mejor les pareciese. Esta proposicion, que tenia sonido de amenaza, fué oida con mucho mayor disgusto que la primera. Alborotóse el padre, y tanto que con aquel primer movimiento, sin saber lo que se hacia, echó mano á la espada, prorumpió en gritos, trató á su hijo de temerario y de enemigo de su propia casa, pues sabiendo muy bien que sus fuerzas no alcanzaban para sufrir á un mismo tiempo dos matrimonios, queria cargarla con el tercero para que llenándola de hijos acabanse de arruinarla. Al oir esta repulsa el pobre mozo, se sintió su espíritu agitado y conturbado de mil diversos pensamientos. Aquellos pocos resíduos de su virtud que todavía sentia en el fondo de su alma, no le dejaban precipitarse á la resolucion de desobedecer á su padre. Por otra parte, el fuego de la sangre y la vehemencia de su pasion, le repesentaban como un delito que merecia fácil perdon el despreciar todo humano respeto por abrazar un estado instituido para la legítima propagacion del género humano. Los muchos ejemplos de tantos hijos, que estando aun bajo la pátria potestad lo habian hecho así, y al cabo habian logrado ser restituidos á todos los derechos de la filiacion, le añadian mucho aliento. En una palabra, el fuego y la pasion vencieron todos los reparos; y habiendo puesto los ojos en una mujer (cuyo nombre calla) resolvió pretenderla para esposa. Todo estaba ya dispuesto para contraer aquel matrimonio, cuando penetrándolo sus padres, supieron proponer tales impedimentos,

que sin embargo de no ser muy canónicos, no solo bastaron para dilatar, sino para imposibilitar en cierta manera la ejecucion del contrato. Ya por este tiempo vivia el pobre mozo en casa de la misma que habia de ser su mujer, desechado y olvidado de todos sus parientes, los cuales solo se acordaban de él para hacerle contínua guerra, en órden á que no saliese con su intento. Parecíale á él, que siendo su padre un hombre al parecer timorato, el mismo verle metido en aquella próxima ocasion, obligaria su conciencia á mirar por el alma de su hijo, permitiéndole al fin, para que no continuase en un comercio tan escandaloso que le convirtiese en otro que le fuese santo y legítimo. Pero todo sucedió muy al contrario. Obstinóse de manera aquel empedernido corazon, que no habiéndose hallado modo de ablandarle por cuantos medios se tomaron, y consumido todo lo poco que tenia aquella pobre y desventurada mujer, tanto, que ya no la habia quedado con que poder comprar un pan, se vieron precisados, no sin muchas lágrimas, á tomar otro partido. Este fué el de la separacion, pero de una separacion santa y virtuosa; por que ella se retiró á una casa de mujeres arrepentidas y penitentes, y él se vino á esconder y fundar este rústico, sombrio y solitario retiro, donde pasó el resto de sus dias como ya os dije.

CAPITULO X.

La mujer á la moda. Historia del solitario calabrés.

Habiendo concluido así la relacion el solitario más anciano, ahora (añadió inmediatamente) quiero yo dar principio á la historia de mis sucesos, ya que Vds. tienen tanto deseo de saberlos. Yo nací cn Calabria. Mi padre fué un hombre, que de muy cortos principios, en cierto miserable tráfico que hacia, en muy poco tiempo llegó á hacer gran fortuna. Su nacimiento fué humilde, como quien era hijo de un pobre labrador, pero su talento era muy superior á la bajeza de su cuna. Con todo eso no sé si las grandes riquezas que llegó á poseer fueron legítimamente adquiridas: dáme motivo para sospechar lo contrario lo poco que duraron, y la fatal presteza con que todas ellas fueron disipadas. Dícese comunmente, que el fruto de lo mal ganado rara vez llega al tercer heredero: esto se verificó bien en mi casa, pues toda la grande herencia no pasó del primero, que fuí yo, y en breve tiempo ví convertido en humo todo cuanto habia heredado. Habíase casado mi padre con una mujer hidalga, y de condicion muy civil, la cual no obstante la edad algo avan zada de uno y otro, le dió un hijo que fuí yo. Desde luego pensó mi padre en darme una crianza tal, que algun dia pudiese hacer figura de caballero, siendo este el único punto en que la avaricia se dejaba dominar de la ambicion. Habiendo dejado

todos sus tráficos, se trasladó desde Sicilia á la Calabria, y allí á fuerza de dinero se hizo sentar en el rolde, ó bièn sea la matrícula de los distinguidos ciudadanos de Catania. Compró bellas y ricas posesiones en el territorio de la nueva pátria, fabricó en todas ellas deliciosas quintas, y para su habitacion dentro de la ciudad compró una casa, que casi podia presumir de magnífico palacio. Aquí pasé yo mi puericia y mi juventud, comenzando desde el principio de esta á hacer buena figura, porque ponia el mayor cuidado en acompañarme únicamente con los caballeritos mis coetáneos, que eran de la primera y más calificada nobleza de la ciudad. Gustaba infinito mi padre de verme siempre en tan noble compañía, y para cultivar más una amistad que me hacia tanto honor, él mismo nos daba cada año varias comidas y cenas, que no le costaban poco. Mientras tanto, al paso que yo iba creciendo en los años, iban tambien haciéndose cada dia más vivos los estímulos de la concupiscencia. Y aquí notarán Vds. la gran diferencia que hubo entre el padre del Mecinense y el mio: aquel estuvo muy léjos de procurar á su hijo el remedio del matrimonio que tanto deseaba el mismo hijo, para aquietar por un medio tan legítimo los rebeldes movimientos de la carne, y éste anduvo tan solícito en ligarme con el mismo matrimonio á pesar de la poca inclinacion con que yo miraba aquel estado: de manera que la ocasion que al cabo dió motivo á mi antecesor para retirarse á esta soledad, fué el injusto empeño de su padre en no dejarle casar, y lo que á mí me hizo resolver á encerrarme en este retiro fué la demasiada prisa que se dió mi padre para casarme, cuando yo no pensaba en ello, y esto siendo así que era el más disoluto de todos los de mi edad.

No habia mujer medianamente bien parecida que no la solicitase, y procurase engañar. Pasaba de amor en amor, como

las abejas de flor en flor, aunque la poca miel que chupaba, las más de las veces se me convertia en una hiel amarguísima. A cada paso me hallaba en grandes peligos, que debieran hacerme más cauto y más contenido; pero no bien habia salido de uno cuando me metia en otro. Despreciaba altamente los consejos que me daban los que me querian bien, y las correcciones de mi buen padre las trataba de declamaciones impertinentes, propias de una edad ya fria y garapiñada. Tal vez tuve valor, ó por mejor decir descaro, para responder á mi padre, que hacia lo mismo que su merced habia hecho cuando mozo, y cuando mi madre me gritaba porque venia tarde de noche, la respondia, que eran sospechas vanas y cabilaciones mujeriles los temores que mostraba de mis nocturnos cortejos. Cuando vieron que no me corregía, y ni aun siquiera me moderaba, trataron entre sí de darme mujer. Este remedio á la verdad me libró de mi desenfrenada disolucion, pero al mismo tiempo me hizo perder enteramente la paz. La ambicion de mi padre solamente se empeñó en buscarme una mujer que fuese noble, y sin considerar que esta clase de personas, aun en medio de la miseria, que muchas veces las hace morir de hambre, abrigan un orgullo y una soberbia que desdice mucho del infeliz estado en que se hallan, todavía se obstinó á pesar de todo cuanto yo le pude decir y representar, en que habia de dar la mano á una gentil dama, de una antiquísima y nobilísima casa, sí, pero de una dote tan miserable que de ninguna manera correspondia á su orgullosa vanidad. Pensó mi padre suplir este defecto señalándola él mismo una sobredote verdaderamente grande, y aun excesiva, y de esta manera, más por condescendencia que por génio, me hallé marido, como se suele decir, de la noche á la mañana. No obstante, debo confesar que mi mujer era bella, y su afinidad hacia grandísimo honor á toda mi ho-

nesta pero muy humilde familia. Mas ¿y qué sacamos de todo esto? Estuvimos en paz dos ó tres meses. Durante este tiempo parecia verdaderamente que marido y mujer éramos una alma sola en dos cuerpos. Tanto supo ella acomodarse á mi génio en aquellos pocos dias. Con efecto, sabia ella fingir tanta dependencia de mi voluntad, que sin expresa licencia mia no daba el paso más indiferente. Parecia que esta felicidad habia de durar toda nuestra vida; pero tardó poco en aflojar, y aun en desvanecerse enteramente. Comenzó por una especie de discordia entre la suegra y la nuera. Ambas querian ser las señoras de la casa. Quejábase mi mujer de que mi madre espiaba todas sus acciones con poca discrecion y con demasiada curiosidad. No podia mi madre tolerar que la nuera mandase con tanto despotismo á los criados. Si el sueño ó el amor del marido detenian en la cama á mi mujer más de lo ordinario, la suegra la trataba de poltrona, ó de nimiamente regalona y delicada. Si la suegra se detenia en la iglesia á oir mas que una misa, la nuera decia que era una beata. Si ésta trabajaba en alguna labor destinada á su mayor decencia, aquella lo calificaba todo de pura vanidad. Si una se ocupaba toda en las haciendas y menesteres caseros, decia la otra que todo aquello era codicia, miseria y piojería. ¡Oh, y qué gran dama hemos traido á casa! exclamaba mi madre. No sabe más que estar horas y más horas al tocador, y ocupar todo el dia en vestirse y afeitarse. ¡Vamos claros, exclamaba mi mujer, que me ha tocado por suerte una gran suegra! Ella hace de señora, de ama de llaves y criada de cocina. Cuando ésta veía la mesa cubierta con manteles y servilletas que no fuesen muy finas y muy blancas, preguntaba, si todavía éramos todos labradores. Pero cuando ella misma vestía dentro de casa algun traje poco más vistoso que el ordinario, ¡oh! exclamaba la suegra, madama espera hoy alguna visita de

gusto. Ninguna vianda en que hubiese puesto la mano mi señora madre, estaba jamás bien sazonada. Si alguna vez se hacia esperar un poco en la mesa mi señora mujer, luego gritaba la madre, que se trastornaban por causa de ella las horas de comer y de cenar. En suma, ninguna accion hacian estas dos mujeres que no fuese recíprocamente contraria al génio de una y otra, porque infaliblemente no podia sufrir ésta nada de cuanto conocia era del gusto de aquella.

Pero poco inconveniente seria este, si se hubiera quedado solo entre ellas la discordia. El hecho fué, que se comunicó tambien á los dos maridos. Ambos nos dejamos llevar del amor á nuestras mujeres. Encendieron el ánimo de mi padre contra mí los contínuos lamentos de la suya, y conmovieron el mio contra mi padre las pérpetuas plegarias de la mia. Ambos renunciamos al amor filiar y paternal, de manera que se suscitó una especie de guerra civil dentro de nuestra familia. A la division de los ánimos se siguió presto la separacion de los cuerpos; porque no hay cosa más eficaz para desunir una familia, que dar fáciles oidos á los chismes, cuentos y quejas mujeriles. Ya habia tiempo que habiamos separado mesa, y comiamos privadamente en nuestro cuarto, evitando cuanto podiamos las ocasiones de vernos y encontrarnos. ¡Qué viejos tan indigestos! deciamos á sus espaldas. ¡Qué mozos tan temerarios! decian ellos á las nuestras. Si yo queria alguna cosa de mi padre, me valia de algun tercero para que le hablase, y él se servia de algun criado para darme la respuesta. Así pasaron las cosas por algunos meses, pero el cisma todavia pasó más adelante. Me fué preciso dejar absolutamente la casa, é irme á vivir á otra calle muy distante de ella. El gravísimo motivo que me obligó á tomar esta resolucion fué el siguiente: Quiero contároslė, no ya porque merezca ser sabido, sino para que os riais de una cosa tan ridícula, que

podia hacerse lugar entre las comedias burlescas de Plauto ó de Terencio.

Tenia mi mujer un perrillo que era todas sus delicias. Todos los dias le lavaba, le peinaba, le perfumaba con los olores más exquisitos, y de más á más le engalanaba con cinticas, con pendientes y con otras mil galanterías. No era Adónis tratado con mayor delicadeza de su adorada Vénus, ni el pastorcillo Endimion de su apasionada Diana. Hacíale caricias tan particulares y tan extravagantes, que parecian especie de idolatría. De dia estaba siempre echado en su regazo, ¡y Dios nos libre de que una sola noche durmiese en otra parte que en su cama! Se hundiria á gritos toda la casa. Si tal vez padecia algun ligero mal, la dama gemia, suspirala, y todos los criados uno á uno eran consultados, por si entre ellos habia alguno que supiese algun remedío para curarle. Por poco no se llamaba al médico más acreditado de Catania para que le asistiese, y de contado se le aplicaban los específicos más raros y más costosos que se encontraban en las boticas. Yo mismo llegué á tener celos del perrillo, pareciéndome que mi mujer le amaba más que á mí. Sucedió, pues, que un dia vió esta bestezuela entrar un gato, que era el benjamin de mi madre, en el tocador de mi mujer: saltó al punto de su regazo, y como lo suelen hacer estos animales, que parece han mamado con la leche su natural aversion á la especie gatuna, echó á correr trás de él ladrando á toda fuerza. Siguióle hasta la cocina, donde se hallaba mi madre por desgracia. Aquí se paró el gato, poniéndose en defensa: arañó al perrillo malamente, y éste se volvió ahullando y mal herido á aquel mismo regazo de donde habia saltado tan arrogante y orgulloso. Cuando mi mujer vió á su idolillo en tan lastimoso estado, pareciéndola que sus ahullidos eran voces lastimeras que la estaban pidiendo compasion y venganza, entró en una

furiosa cólera, y corriendo á la cocina quiso absolutamente que la entregasen el gato, para tomar á su gusto la satisfaccion correspondiente á la enormísima injuria, que decia haberla hecho á ella misma. Rióse mi madre con desprecio de aquella ridícula pretension, y de aquí se fué enzarzando entre las dos una riña, que tenia de cómico y trágico por iguales partes.

Si se hubieran enzarzado la misma Tesifone, y la misma Mejera, no creo que hubieran arrojado más fuego sus ojos, ni mayor furor sus manos, ni más veneno su lengua. Arrancáronse los cabellos, arañáronse las caras, hicieron pedazos sus vestidos, y vomitaron la una contra otra los más feos y más vergonzosos mujeriles improperios. Acudimos mi padre y yo á los descompasados gritos que daban, y tales que alborotaron toda la familia. Costónos gran trabajo separarlas, yo tomé por la mano á mi mujer y la conduje á nuestro cuarto toda desgreñada y ensangretada toda la cara. Comenzó á echar mil maldiciones al dia y á la hora en que habia entrado en aquella casa. No quiero estar aquí ni un solo momento, decia sofocada, con voz interrumpida con los sollozos y las lágrimas; sácame luego, luego de este infierno; llévame á otra parte, y si no yo misma me volveré á casa de mi padre. Tú no debes sufrir que á una mujer como yo se la pierda el respeto de esta manera; si no tienes valor para hacer que se me de la satisfaccion que se me debe, no faltará quien lo haga, y lo tendrá á mucha dicha. ¡Santo Dios! ¡Es posible que se ha de hacer más estimacion de un vilísimo gato, que de una dama de mi calidad! ¡Y se ha de dejar sin el debido castigo el insulto de un animal tan abominable hecho á una inocente y amabilísima bestiezuela! No, en esta casa no hay ni la más leve sombra de justicia. Vuelvo á decir que no quiero estar en ella ni un solo instante.

Aun no bien habia acabado de pronunciar estas palabras,

cuando entró un criado de mi padre á decirme de parte de su merced, que tratase de hacer salir luego al punto de su casa á mi mujer, sin réplica, ni la más mínima dilacion. ¿Qué quiere decir eso? replicó ella hecha una furia. ¿Pues qué, así se echa de casa á una mujer como yo? ¿Soy por ventura alguna cocinera, á quien se la despide y se la echa enhoramala con tanta grosería y desatencion? ¿Cree acaso tu padre que trata con alguna plebeya, ó con alguna villana labradora? ¡Así se atropella la nobleza de mi sangre, que hasta ahora no ha padecido otro borron que el que se echó cuando se quiso mezclar con la villania de la suya! Dí á tu amo (volviéndose al criado) que digo yo que no quiero salir de aquí, y que sé muy bien lo que debo hacer. No sea yo la que soy, sino supiere vengarme. De esta manera oponiéndose ella á sí misma, por aquel espíritu de contradiccion y de inconsecuencia, que suele ser tan comun en su sexo, se encaprichó en no querer salir. Pero sobreveniendo nuevos y repetidos recados, y entre ellos uno en que se la decia, que si queria mantenerse en la casa, habia de ser con la condicion de que jamás habia de poner los piés en el cuarto de mi madre, de repente mudó de parecer, y haciendo que la vistiesen, peinasen y lavasen lo mejor que se pudo, se metió en el coche, y sin dar oidos á mis súplicas, ruegos y exhortaciones, se hizo conducir á su casa paterna. Despues de este suceso, en vano hice yo todo cuanto pude para conciliar los ánimos. Mi padre se mantuvo más firme que nunca en su resolucion, y el padre de mi mujer se mostró más condescendiente con ella de lo que fuera razon. En lugar de reprenderla y afearla el que se hubiese salido de la casa del marido sin licencia de éste, y antes bien contra su expresa voluntad, se empeñó en aprobar el hecho y en defender sus razones, y fometándola de esta manera el odio contra mis padres, se hizo finalmente inexorable. No se

halló otro medio término para acomodar el negocio, sino el que yo me separase de los que me habian dado el sér, y alquilase una casa, donde despues de dos meses de separacion, volví á juntarme con mi esposa.

A los principios parecia que el espíritu de paz y de concordia habia vuelto á su primitivo vigor; pero tardó poco en que yo le perdiese enteramente. Los alimentos que mi padre me habia señalado, eran demasiadamente escasos para suplir los grandes gastos de una decente y decorosa manutencion. Mi mujer, sin hacer reflexion á las consecuencias, era muy inclinada á gastar por su parte mucho más de lo que pedia la necesidad. Vestidos pomposos, joyas, anillos, relojes y cajas de gran valor, lazos, encajes, cofias finísimas de exquisito gusto, y cada dia de nueva moda: carrozas magníficas, caballos de gran precio, libreas sobresalientes, y qué sé yo. Si una dama salia con alguna nueva moda al punto la imitaba, porque como ella misma decia, no queria ser menos que otra. De nada servia que yo la acordase, con el mejor modo que me era posible, la escasez de nuestros alimentos porque me respondia muy alterada, que si no tenia con que mantenerla con la decencia que correspondia á su nacimiento, no debia haber pensado en casarme con ella. Mira tú, me decia, la buena figura que hacen en todas las funciones públicas, la marquesita tal y la condesita cual, siendo así que á sus maridos nada les sobra para echarlo á la calle. Pero el hecho es, que aquellos tienen amor á sus mujeres, piensan como caballeros, y tienen gran gusto en que estas se presenten al público con todo el decoro que es tan debido á su sangre. Pero como tú há tan poco tiempo que saliste del campo, todavía hueles bastantemente al arado, y tus máximas apestan á labradoras. No sabes aun conocer todo el lustre que el matrimonio conmigo ha traido á tu familia, y por eso

pretendes que una dama que ha dado á tu casa tanto honor, viva como una mercadera, ó como la mujer de un oficial medianamente acomodado. Yo soy la que ha traido á tu casa las primicias de un esplendor que con el tiempo la ilustrará, y tú te muestras poco reconocido á este gran beneficio, cuando tanto te duele hacer el gasto que corresponde al mérito y circunstancias de la que se le hizo á tu familia. Estas eran, señores mios, las diarias y perpétuas cantilenas de aquella buena mujer; y yo para acallarla me veia precisado á condescender con todos sus antojos. No habia hora fija para comer, ni para cenar. Ibase á la cama, cuando salia el sol, y se estaba en ella hasta la una ó dos de la tarde. Entonces se tomaba el chocolate, el té, el café, y otras cien bebidas calientes, frias, tibias, ó ya heladas. Gastaba despues tres horas en el tocador, haciéndose peinar, perfumar, limpiar los dientes, alisar las carnes, acomodar los lazos, distribuir los rizos, ajustar la cofia, repartir las flores, y sembrar por todo el peinado con prolija simetría las agujas, las perlas y los brillantes. El tocador parecia un mostrador, ó un arsenal de ampollitas, de vasos, de botecillos, de cajas, y otros mil instrumentos de la vanidad y de la delicadeza. Gritaba como una espiritada á la doncella que la peinaba, si un solo cabello salia algun tanto de aquella línea, ú órden que le correspondia, segun la calidad del peinado favorito, ó si pegaba un lunar en sitio un poco más alto, ó un poco más bajo de aquel preciso en que haria resaltar más la gracia y hermosura de la cara. Cuando se habia concluido la toeleta, entraba el maestro del baile, ó de la lengua francesa, y aquí se empleaban otras dos horas en aprender el paso del *copé*, ó del *boré*, y en pronunciar *Madàme é Monsieur* á la perfecta parisina. Finalmente se iba á comer, y apenas acabada la comida, á que asistia siempre el caballero que la obsequiaba para hacerla compañía, era pre-

ciso que yo, por no ser tenido por celoso, buscase algun buen pretexto para retirarme y dejarlos solos. Pero lo más cómico que habia en todo esto, era que cuando el cortejo hablaba con mi mujer, siempre la llamaba *señora condesa*, y cuando alguna vez se dignaba hablar conmigo, nunca se olvidaba de tratarme de *señor Alfonso*. De esta manera, ella no dejaba de ser una señora, aunque casada con un marido que no era noble, y yo proseguia siendo un pobre labrador, no obstante de ser marido de una dama tan ilustre.

De la conversacion privada se iba despues hácia el fin de la tarde al paseo público, y de este, segun la variedad de las estaciones, se pasaba á la conversacion, al juego ó al baile, que como se ha dicho, se acababa siempre despues de amanecer. Esta era la bella vida que contra todo el órden de la naturaleza se hacia en mi casa, por no perjudicar la nobilísima sangre de madama, mi señora mujer, como lo pedia el decoro de su nacimiento, ni á la manía de vivir á la moda del gran mundo. Pero mientras tanto la economía de la casa iba enteramente por tierra. Yo habia contraido no pocas deudas, y los acreedores venian cada dia á importunarme. Mi padre no me queria ayudar, aunque podia hacerlo muy bien, por la grande aversion que tenia á mi mujer. De nada me servia representarle que él mismo me la habia buscado, y que yo solo me habia casado por obedecerle y darle gusto. Respondíame que yo como marido, de grado ó por fuerza, podia y debia haber puesto freno á su locura, haciéndola entrar en juicio y no condescendiendo con sus irregularidades, concluyendo, en fin, con que él no queria arruinar á toda una familia por contribuir á que otra viviese á la moda de Inglaterra ó de Francia. Pero todo esto cesó con la muerte que le sobrevino. Halléme ya heredero suyo, y pude librarme con esto de la molestia de mis acreedores. Luego que se espar-

ció por la ciudad la noticia de su muerte, dejaron de molestarme y antes bien vinieron todos á ofrecerme cuanto tenian, no menos atentos y respetuosos que antes habian sido atrevidos y groseros. Por lo que toca á mi madre, cobró su dote, y retiróse á vivir en compañía de una amiga suya. Dejé la casa alquilada en que vivia, y paséme á vivir á la que ya era mia, como heredada por la muerte de mi padre. Pero siendo esta magnífica, suntuosa y muy capaz, desde luego dijo mi mujer, que una casa como aquella pedia mayor número de criados y caballos. De nada sirve, decia ella, un gran palacio, cuando no se dá á conocer por un numeroso tren de criados, y por una bien surtida caballeriza, que los dueños que le habitan son señores de espíritu y de grandes pensamientos. Seria entonces lo mismo que el cielo sin astros y sin planetas, y la tierra sin numerosas poblaciones y magníficas ciudades. Por la misma gravísima razon pretendia tambien, que en su cuarto debia haber una cámara alhajada á la chinesca, otra á la turca y otra á la inglesa, con otras muchas modas de sillas, taburetes, mesas, tapicerías, puertas y ventanas, que consumieron más de la mitad del gran caudal que habia dejado mi padre en doblones y pesos duros llenos de orin y cubiertos de moho, por el gran tiempo que se habia pasado sin tocarlos. Ya conocerán ustedes que si yo condescendia con estas locas vanidades, era precisamente por librarme de las contínuas importunísimas quejas que me daba y atrevidas insolencias que me decia cuando la negaba alguna cosa, poniéndome á cada paso en peligro de precipitarme. Ya se iba á dormir con despecho á otro cuarto muy separado del mio, ya queria comer y cenar sola, ya se pasaban dias enteros sin hablar una palabra, poniendo una cara, un ceño, un sobrecejo y un hocico que haria parecer bello al más feo y monstruoso mascaron. Yo siempre he sido enemigo capital de

pendencias y de gritos; siempre hice todo lo que pude para evitar las ocasiones de que en mi casa se oyesen estos y aquellas: más cuando pensaba que el mejor remedio para conservar la paz era la complacencia, la experiencia me enseñó, que antes bien era todo lo contrario. Gran desdicha, señores, la de un pobre marido á quien toque una mujer que jamás éste contenta, y á quien ninguna fuerza la hagan la discreccion y la prudencia. No hay dia en el año, ni hay hora en el dia en que no gruña y no grite por una cosa ó por otra. Ya quiere trocar ó arrinconar un vestido por hacer otro bello y nuevo. Ya se le antoja un estuche, ya una caja de oro, ya un peine de concha ó de marfil, ya una cinta, ya una sortija de brillantes. Ya está de un humor, ya de otro; ahora alegre, ahora melancólica; en este instante rie, en el otro llora: ahora está en paz, y de aquí á un poco está en guerra. Riñe con los criados, grita con el cochero, el repostero no la gusta y no puede sufrir al cocinero: de manera que todo el dia está gritando, gruñendo ó refunfuñando.

Si viene á visitarla alguna amiga, toda su conversacion se reduce á *chacharear* sobre alguna nueva moda, ó á murmurar de las otras damas. Fulana es una ambiciosa, zutana está llena de vanidad, la tal es una presumida, la cual una insolente, ésta una orgullosa y aquella una mujer intratable. Cuando entra á visitarla un caballero, ponerse inmediatamente en pié, reverencias sobre reverencias, que solo consisten en doblar un poco las rodillas, el cuerpo tieso, y la cabeza inmoble, como pavo real ó gallo de Indias. El abanico siempre en contínuo movimiento, ya abierto y desplegado, haciendo aire á la cara y á los pechos, aunque estando por lo comun descubiertos, tienen poca necesidad de refrescarse; ya cerrado, y plegadas las varillas, arrimándole á la boca ó á la barba, y otras veces dándose con él graciosos golpecitos en las delicadas mejillas, quizá

para atraer la sangre y excitar en ellas el color de que están desproveidas, ó bien abriéndole y cerrándole al mismo tiempo, haciéndole hacer mil movimientos diferentes, que por su multitud y variedad se pueden comparar con los movimientos que hacen los soldados en su ejercicio militar. A los meneos artificiosos del cuerpo acompañan los graciosos movimientos de las manos con el afectado desmayo y delicadeza de la voz, correspondiente en todo á la sustancia de los discursos ó de la conversacion, que solo respira dulzura, molicie y suavidad. Es verdad que algunas de ellas presumen tambien de doctas y de filósofas, hablando de estas materias con la misma satisfaccion con que pudieran hablar de hilar una libra de lino, ó de coser una camisa. Entran en discursos sobre materias teológicas con la misma facilidad con que discurren sobre el buen gusto de una cofia, de una tela ó de una gala. Hacen la crítica de una poética composicion con la misma franqueza con que dan su parecer sobre lo airoso ó lo feo de un peinado, ó acèrca del buen ó mal gusto de un vestido. Con efecto, en todo quieren meter su cucharada, aspirando á acreditarse de sibilas.

No por esto quiero ni puedo negar que se han visto, se están viendo, y se podrán ver en todos tiempos no pocas mujeres verdaderamente sábias, eruditas, doctas, juiciosas y prudentes. Pero el hecho es que la que á mí me tocó, no entró en el número de éstas. Su insolencia no podia ser mayor, su presuncion sin término, y su vanidad más allá de todo exceso. Y como yo por mi natural nimia condescendencia no tuve la fortuna de moderarla, en muy poco tiempo fué ella la única causa de mi total y entera ruina. Cuando vió casi del todo consumido mi rico patrimonio, y á mí cargado de deudas por sus locos y excesivos gastos, tomó todo lo que pudo de mi casa con el pretexto de su dote, que se estipuló, más nunca se pagó, y yo (¡pobre de

mí!) quedé expuesto á la cruel persecucion de una infinidad de acreedores. Víme precisado á huir por no parar en una cárcel perpétua, y desde aquel tiempo anduve vagando por el mundo, hasta que benignamente me acogió y abrigó en su seno esta nunca bastantemente alabada soledad. En ella vivo quieto y tranquilo: solo cuando veo aquí alguna mujer me sobresalta el temor de que pueda parecerse en el semblante al de aquella que me dejó tan grabada en el corazon la memoria de mis pasadas desventuras. Así acabó de hablar el anciano solitario, y entonces el menos viejo, sin dar tiempo á nuestras reflexiones sobre la historia de su compañero, dió principio á la suya en la sustancia siguiente.

CAPITULO XI.

La mujer cristiana, ó historia del solitario palermitano.

Señores (dijo), la mala cabeza y la ninguna virtud de su mujer, fué la que trajo á esta soledad al padre Alfonso; y la que me dió ocasion á que yo viniese á ser su compañero, fué la gran piedad y el solidísimo juicio de la mia. Yo nací en Palermo, habiendo quedado único heredero de una casa ilustre de aquella ciudad. Aconsejáronme mis padres que me casase siendo todavía muy mozo, con el fin, como ellos decian, que no se quedase mi casa sin sucesion y se acabase en mí la familia. Me escusé por entónces, dilatándolo con varios pretextos y razones, pero en realidad no por otro motivo sino porque á la sazon estaba enamorado de la hija de un criado de casa, la cual, aunque labradora, era linda y de mucho espíritu. Habíame encantado con sus gracias, y no tenia valor para abandonarla. Pareciame que era especie de ingratitud dar la mano de esposo á otra mujer, y por poco no perdí un partido ventajosísimo para mí. Pero al fin me dejé vencer de los contínuos y no interrumpidos asaltos de mis parientes, y dí la mano de esposo á una dama de igual condicion á la mia, que era suficientemente bella, pero de la más rara virtud que se podia desear en su amable sexo. Su mo-

destia hacia grandes excesos á la de las Penélopes y Lucrecias. Su piedad era grandísima; su aplicacion á la economía de la casa superior á la del hombre más económico y más prudente. Estaba desterrada enteramente de su corazon toda especie de vanidad, y no habia entrado en él ni la más mínima sombra de ambicion. Vestía siempre modestamente, y solia decir que la joya más preciosa era la paz y el amor conyugal. ¡Oh, qué gran felicidad era la mia, si yo la hubiera correspondido con otra tanta virtud! Pero no podia ser más loca ni más corrompida la falsa idea que yo me habia formado de la vida noble y caballeresca. Parecíame que el modesto y contenido porte de mi mujer se acercaba más á vicioso que á virtuoso. Queria que brillase como las otras iguales suyas. Que concurriese á las conversaciones, al paseo, á los festines y teatros. Desaprobaba su poco espíritu y sus bajos pensamientos, diciéndola, que habia nacido noble por yerro de cuenta, porque sus inclinaciones y costumbres todas olian á rústicas y plebeyas.

Ella lo sufria todo con heróica paciencia, contentándose con sugerirme dulcemente, que la moderacion y el retiro de las locuras y vanidades del mundo eran absolutamente indispensables á una mujer que tuviese verdadero amor á su marido y á una madre de familia, que quisiese atender como cristiana al gobierno de su casa. Y á la verdad (añadia ella) ¿qué mas puede desear un esposo, sino que su mujer no sea inclinada á vanos y peligrosos pasatiempos, que toda su diversion sea estar siempre en compañia de su marido, que huya del estrépito y peligros de los grandes concursos, y únicamente se aplique á los negocios de su casa y al cuidado de su familia? No por eso pretendo condenar las modestas conversaciones, ni mucho ménos dar absolutamente por malo que un caballero se dedique á servir con alguna distincion á una dama, con quien no tiene

particular correlacion ó parentesco. Antes bien estoy persuadida á que en la nobleza no se dá lugar á los desórdenes que reinan en otra clase de personas. Tengo por cierto, que hay un exquisito, bien que dificil platonismo, en la parcialidad y distinciones que se ven usar en semejantes caballerescas servidumbres. Quiero creer que la virtud unida á los respetos que inspira una ilustre sangre, venza todas las flaquezas de la humanidad; pero no se me negará que pueden darse ocasiones y circunstancias en que ésta triunfe de aquellos, de modo que siempre haya gran peligro de caer, aunque no siempre, y aun antes bien aunque nunca efectivamente se caiga. Además de esto el mundo siempre ocioso y hablador no siempre juzga de las cosas como realmente son. Antes bien el juzgar siempre lo peor es la gran moda para nuestro tiempo, y aun se dice, que este es el único medio de no errar. Por tanto, si no están libres de la mordacidad de los satíricos aun aquellos que viven sin la menor sombra de culpa, ¿cuánto ménos lo estarán los que parece que se burlan y juguetean con los mayores peligros?

Así hablaba mi juiciosa, sábia y cristiana mujer; pero ninguna impresion me hacian sus acertadas palabras y sus prudentes discursos. Antes interpretándolos siempre mal, y echándolos á la peor parte, la trataba de hipócrita, de embustera y beatona. Quise valerme de toda le autoridad de marido, y obligarla á que se conformase con la gran moda del mundo, y la pobre se vió precisada á obedecerme, sujetándose á la ley que la imponia. No obstante supo mudar la exterior manera de vivir, sin mudar por eso de costumbres. Por complacerme comenzó á tratar con las gentes, pero lo hacia con el modo más circunspecto y más decoroso. No quiso admitir caballero sirviente, y trataba á todos con la mayor indiferencia. Recibia con cierta séria frialdad á todos cuantos la visitaban, sin que saliese jamás de

su boca palabra alguna que no fuese muy grave y muy prudente. No gustaba á todos esta séria manera de conversar. Quisieran los más que sus discursos fuesen más vivos y más espirituosos. Notábanla de nimiamente rígida y severa, adelantándose algunos á tacharla de rústica, de agreste y mal criada. Las otras damas se divertian á costa de ella, y la llamaban por burla la nueva Porcia, la reformadora, y otros apodos semejantes. Yo no fuí de los últimos á saber lo mucho que se murmuraba de sus modales, y me pareció ser obligacion y empeño mio hacer que se diese más á estimar, haciéndose más sociable. Parecíame que era capricho ó despecho mas que virtud todo lo que hacia, y daba por supuesto que el mostrarse tan fria y tan seca en las conversaciones, era únicamente para obligarme á que la permitiese no intervenir á ellas, dejándola volverse á su vida retirada. Con esta preocupacion la hablé de un modo poco conveniente á su calidad y á su mériio. En el hervor de mi injusta cólera no perdoné á injurias, ni á desprecios, escapándoseme de la boca algunas palabras picantes, que oyó y sufrió con una paciencia digna de imitacion y de ejemplo. A la verdad serian pocas las mujeres que la imitasen; porque de ordinario las de este sexo, en punto de palabradas y de vituperios, de ninguno se dejan vencer, tanto, que aun cuando los maridos las reprenden con razon, ellas se inquietan, y con sus gritos, palabras ofensivas y quemazones, irritan más su cólera, obligándolos tal vez á dejarse de razones, apelando de ellas á las manos, con algun sornabiron ó una buena bofetada. Pero mi pobre mujer, muy distante de un vicio casi universal en las de su sexo, procuró escusarse modesta y apaciblemente. Díjome, que su temperamento era poco inclinado á la alegría; que la naturaleza la habia dado una violenta inclinacion á la quietud y á la seriedad, y que no pudiendo ella corregir lo que habia hecho la na-

turaleza, me suplicaba que me compadeciese de estos sus involuntarios defectos, antes que mortificarla por ellos. Añadia, que siendo tan mal recibido en las conversaciones nobles aquel su modo natural, seria más acertado cortar del todo la ocasion con abstenerse de intervenir á ellas. Cualquiera otro que no fuese yo, se habria dejado vencer de aquella apacibilidad y mansedumbre. Ni hubiera dado siniestra inteligencia á unas palabras tan juiciosas y tan moderadas; pero en mí causaron un efecto enteramente contrario. Parecióme que aquello era confirmar el mal juicio que se me habia ofrecido, y que hasta entónces no habia pasado de sospecha. Díjela cien indignidades, desahogando de esta manera la ira y el irracional furor que entónces se apoderó de mi pecho, y desde aquel mismo punto concebí por ella una mortal aversion, tanto, que separando desde luego mesa y lecho, la quité el gobierno y administracion económica de la casa y familia, considerándola, no ya como mi esposa, sino como una vilísima esclava, ó como una súcia mozuelo de cocina. Aun pasó más adelante mi injusta y loca cólera. Dí órden á mis criados que todos la despreciasen, y se burlasen de ella, tratándola ni más ni ménos como si fuera una simplota que habia perdido el juicio.

Pero todo esto seria poco, y aun no bastaria para ejercicio de su heróica virtud, si mi maldad no se hubiera adelantado á tocarla en lo más vivo. Renové mi antigua amistad con la hija del labrador criado de la casa; hícela venir del campo á la ciudad; alojéla en el mismo cuarto donde estaba el tal amo de nuestro matrimonio: entreguéla el despótico mando de toda la familia, con particular autoridad sobre mi desventurada mujer. Señores, este fué para ella el golpe más fatal. El amor conyugal, que habia llegado en ella hasta el último grado de la perfeccion, la representaba contínuamente con la mayor viveza la graví-

sima injuria que yo hacia á un vínculo tan sagrado y tan respetable; pero al mismo tiempo, y en medio del grande horror que necesariamente la habia de causar una maldad tan inaudita, buscaba ella misma dentro de sí propia razones y disculpas para escusar, ó á lo menos disminuir, la gravedad de mis desordenados arrebatos. Atribuia á las imperfecciones, que verdaderamente no tenia, la aversion con que yo la miraba, y á juveniles ímpetus de la edad, las que realmente eran maldades abominables. Se lisongeaba con la esperanza de que algun dia abriria yo los ojos, volveria en mí, y la restituiria aquel corazon que habia entregado por poco tiempo á su vil é infame amiga. El hecho es que de nada se quejaba, y aunque realmente no merecia tan injuriosos desprecios, mostraba sufrirlos como quien se consideraba digna de ellos. No creo que llegase á tanto el imaginario sufrimiento de la fabulosa Griselda, como lo fué la verdadera paciencia de este ejemplo singular de todas las mujeres. De esta manera se pasó más de un año. Durante este tiempo, así mis verdaderos amigos y parientes, como los suyos, hicieron cuanto pudieron, pero en vano, para desviarme de una conducta que era abominada en toda la ciudad. Cuando vieron que sus consejos, amonestaciones y amenazas de nada servian, determinaron recurrir á la justicia. Tomó ésta con el mayor empeño el librar á mi inocente esposa de la indigna esclavitud en que yo la tenia. Sacáronmela de casa, y la depositaron en un convento de religiosas. Pero costó más de lo que se habia pensado el persuadirla á que se mantuviese allí. Ella misma se constituyó abogada y defensora de la autoridad de un marido, cuyos derechos habia perdido yo. Decia que ella debia depender enteramente de mi arbitrio, y que siendo yo dueño absoluto de su cuerpo, nada habia hecho que fuese contrario á la potestad inseparable del nombre de marido, y que así pedia con ins-

tancia que la restituyesen á mi casa, donde queria más morir que vivir fuera de ella.

Llegaron á mis oidos todas estas cosas, y entónces fué cuando de los ojos del entendimiento se me desprendió aquel opaco velo que ofuscaba mi rázon. Conocí toda la gravedad de mis excesos, y propuse borrar la memoria de ellos con una conducta en todo y por todo contraria á la antecedente. Lo primero que hice (conociendo era lo primero que debia hacer) fué echar de mi casa á la labradora, objeto de mis tropiezos, y piedra de escándalo en los desórdenes pasados. Aunque me enternecieron mucho sus lágrimas y suspiros, no fueron bastantes para hacerme mudar mi firme é inalterable resolucion. Metíla en un conservatorio ó casa de arrepentidas, que ella misma escogió, con preferencia al matrimonio; y yo, libre ya de aquel lazo y lleno de vergonzosa confusion, fuí á pedir perdon de mis pasados errores á mi buena y angelical mujer. Recibióme con indecible amor, y con la mayor alegría, sin permitirme que me dilatase mucho en las protestas de mi verdadero arrpentimiento. Nunca dudé, amado marido mio (me dijo), que al cabo habias de hacer lo que ya has hecho. No me podian engañar tu buen corazon y tu bella índole. Si por algun tiempo dejaste de ser buen marido, fué haciendo cierta especie de violencia á tu génio y á tu misma razon, arrastrado de la corrupcion del siglo y del mal ejemplo de tus iguales. Téngome por la mujer más contenta y más dichosa del mundo, viendo que al fin has sabido hacerte superior á todo, y creo hacerte justicia en decir que es más digna de alabanza esta tu sincera conversion al bien, que lo fué de vituperio la precedente flaqueza con que te dejaste conducir á lo peor. Abracéla entónces tiernamente, y tomándola por la mano la restituí á mí casa. ¡Oh, señores! y qué felicidad era la mia, cuando reunidos los ánimos, y siendo unas mismas nuestras

máximas y nuestras inclinaciones, reinaba en nosotros la paz, y en nuestros corazones el amor conyugal en el más alto grado de perfeccion.

Nada faltaba para nuestro pleno contento, sino que el cielo nos favoreciese con algun hijo. Parecia que piadoso habia condescendido con nuestros inocentes deseos. Sintióse en cinta mi mujer; más ¡oh Dios! esto solo fué un relámpago fugaz y pasajero, ó por mejor decir, un fatal rayo fulminado contra mí. Cuando maduro ya el parto, me consideraba vecino al colmo y á la cumbre de mi mayor consuelo, me hallé precipitado en el abismo de la más lastimosa miseria. Murió mi amada esposa en el mismo acto en que daba á luz un hermosísimo niño, y poco despues se fué el hijo tras de la madre á hacerla compañía en el paraiso. No quiero referir á ustedes las últimas palabras de aquella mujer incomporable; por que solo el acordarme de ellas es renovar en mi alma el más violento dolor que puede afligir á un marido, que no supo conocer cuánto valia su mujer hasta poco antes de perderla. Ella pasó á la vida eterna con una constancia y con un consuelo que solo se vé en los justos; cerró sus ojos para no volverme más á ver, y los mios se inundaron de lágrimas para no enjugarse jamás. Sacáronme á viva fuerza de aquel cuarto donde habia perdido todo mi bien; y por más que hicieron para confortarme los que se encargaron de hacerme compañía en aquel lance y por algun tiempo despues, nunca fuí capaz de admitir algun consuelo. Siempre que me acordaba (y me acordaba con mucha frecuencia) de lo mal que la habia tratado, sentia un remordimiento cruel que me despedazaba el corazon; y cuando se me venia á la memoria aquella gran virtud con que ella habia sufrido mis furiosos arrebatos, era este recuerdo un dardo que de parte á parte me traspasaba el alma. Permitidme, señores, que ponga fin á mi dis-

curso sin pasar más adelante en la menuda discripcion de las circunstancias que acompañaron tan obstinado dolor, y básteos saber, que abandonando para siempre mi casa, mis bienes y mi pátria me vine á esta soledad, buscando alguna tregua á mi afliccion en la compañía de este hombre, que habiéndose retirado á ella por haberle tocado una mujer tan insufrible, puede hacer algun contraste con quien vino á sepultarse en la misma, por haberle tocado una esposa tan adorable.

CAPITULO XII.

La historia del abogado de Siracusa.

No bien habia acabado de hablar el hermitaño palermitano, cuando Tarquinio, volviéndose á los dos solitarios, padres mios (les dijo), sino lo teneis á mal, aquí se os presenta uno que desea haceros compañía. No es inferior al vuestro el motivo que tambien me llama á mí á la vida solitaria: oidle, os ruego, y hallareis que no es muy desemejante del que á vosotros os condujo á esta amable soledad. Callamos todos, deseosísimos de saber los sucesos de aquel hombre, que desde que se nos agregó por compañero, siempre le observamos taciturno, melancólico, y pensativo.

Yo, señores (comenzó á decir), voy á renovar con mi relacion un dolor que confieso me fué siempre intolerable por mi poco corazon y falta de espíritu. Y aunque en mi historia hay algunas circunstancias verdaderamente cómicas, sin embargo, habiendo sido para mí ocasion de gravísimos disgustos, al mismo tiempo que harán reir á otros, volverán á excitar en mis ojos aquel torrente de lágrimas, que por no breve tiempo los inundaron. Mi nacimiento fué civil, mi fortuna mediana, y mi profesion honradísima. Habiendo empleado los primeros años de mi juventud en el estudio de las leyes, ejercí el oficio de abogado en los

tribunales de Siracusa. Tal cual ventaja de doctrina y de ingenio, que hacia á pocos de mis contemporáneos, bastó para que se concibiesen grandes esperanzas de mí, tanto, que muchos que sin duda me adulaban, solian decirme que seria con el tiempo otro Papiniano en la jurisprudencia, y un segundo Demóstenes ó Ciceron en la facundia. Sea de esto lo que fuese, el hecho fué, que siguiendo el comun torrente de la inconsiderada juventud, me enamoré de la hija de otro abogado que solia reclutarme varios clientes. Conocia bien el padre lo apasionado que yo estaba por su hija, y ningun reparo tenia en que la visitase con frecuencia. Estas visitas encendieron más mi pasion; y como la señorita tampoco dejaba de fomentarla con sus finezas y sus gracias, llegó la cosa á términos que determiné casarme con ella. Paréme poco ó nada á considerar el grande empeño en que se pone un hombre cuando se resuelve á tomar mujer, ni las grandes consecuencias de un estado que ciertamente no es para todos, me hicieron la más mínima impresion para dejar de abrazarle. Tratóse pues este matrimonio sin el menor tropiezo ni dificultad. Concedióme el padre á su hija luego que se la pedí. El contrato matrimonial se hizo enteramente á gusto suyo, y si él hubiera querido dármela sin dote, por mi parte hubiera sin duda consentido. Pero él mismo quiso dar á lo menos la apariencia de un buen partido para mí á la tal boda. Yo (me dijo) haré obligacion de teneros en mi casa á tí y á tu mujer, manteniéndoos á mi costa por espacio de cuatro años. En este tiempo ejercerás la profesion, te darás á conocer, cobrarás crédito y cimentarás tu fortuna. Yo por mi parte te ayudaré todo lo posible, solicitándote clientelas que te hagan honor y te traigan gran utilidad. Parecióme entónces esta proposicion la más ventajosa que yo mismo podia desear, firmé ciegamente la escritura, y cargué con Camila, que este era el

nombre de la señorita. No era fea la tal dama, pero tampoco era gran cosa su belleza. Dos ojos vivos y brillantes eran el mayor precio de su cara. Su estatura, más alta que pequeña, en sus movimientos bastante despejo, brio y gracia, y en sus discursos suficiente juicio, sin dejar de asomarse en ellos alguna punta de espíritu. Era muy inclinada á tocar el clave, y no cantaba desgraciadamente. Pero su pasion era la lectura, y así el tocador y los sitiales de su cuarto estaban siempre llenos de libros curiosos y de nueva invencion. Aunque tenia bastante habilidad para todas las labores mujeriles, juzgaba tiempo perdido el que se empleaba en ellas, y así esto era lo menos en que pensaba. Por el contario, era inclinadísima á ociosas conversaciones, y así en muy poco tiempoví llena la casa de todo género de gentes, y de toda especie de clases, estados y condiciones. Con todo eso no dí entrada ni á la más mínima sombra de celos. Antes bien me parecia que la misma multitud y variedad de personas que trataba, era la mayor prueba de la indiferencia con que miraba á todos mi mujer.

Mientras yo estaba en mi estudio tratando con mis clientes acerca de sus pleitos, ó salia á los tribunales para hablar de ellos y para defenderlos, Camila se divertia en su cuarto con sus visitas. Al volver á casa me contaba todas las novedades, no solo del lugar sino del mundo, de manera que yo quedaba más informado de ellas y de sus más menudas circunstancias que si hubiera leido muy despacio la Gaceta. Repetíame despues todo lo que la habian dicho, llenándome las orejas de mil impertinencias que nada me importaban. Con todo eso no sé si en la prolija relacion que me hacia de tantas cosas como la habian contado, era tan fiel en declararme el verdadero objeto de aquellos discursos que no me ocultase todo aquello que comprendia podia darme poco gusto. Pero dejando esto á un lado,

tenia yo por otra parte la mayor seguridad, que mientras tanto la aguja y el huso estaban holgando; más no me atrevia, por una fatal condescendencia, á decirla nada sobre este punto; de manera que en poco tiempo la ociosidad pasó á ser en ella una costumbre absolutamente incorregible. Si alguna vez me desahogaba con su padre diciéndole alguna palabrita acerca de esto, al punto la disculpaba con decir que todavia era muy moza, y que aquella era la edad de divertirse; que cuando entrase en años más maduros, conoceria que en ella poseía yo un tesoro para mi familia. Así se pasaron los cuatro años por los cuales (en lugar de dote) mi suegro se habia obligado á mantenernos. Parecióme que el tal término se habia pasado más presto de lo que yo me habia prometido, y me hallé precisado á ponerme en casa aparte y á llevar á ella á mi mujer. Aquí si que me hallé embrollado verdaderamente. La profesion no me daba lo bastante, aun con la adjunta de mi corto patrimonio para mantener mi familia aumentada con un criado y una doncella, ó una camarera, que Camila juzgaba serla absolutamente necesaria para hacer figura de mujer civil y distinguida ciudadana. Por otra parte, aunque yo procuraba insinuarla diestramente que se aplicase un poco más al gobierno económico de la casa, ella no hacia caso de eso, antes bien cada dia era mayor su curiosidad y su descuido, tanto, que se desdeñaba de dar una sola puntada en mis vestidos y en los suyos. Si alguno de estos comenzaba á desgarrarse, al punto le jubilaba, ó le vendia por poquísimo dinero, ó liberalmente le regalaba, como si fuera una Princesa.

En cierta ocasion en que habia estrenado un brial bello y nuevo, cayó sobre él una gran mancha de aceite, y habiendo observado cuando esta se secó que el sitio donde habia caido ofrecia á la vista un color medio entre dorado y rojo, que la cayó muy en gracia, ¿qué hizo la advertidísima mujer? Mandó meter

todo el brial en una tinaja de aceite, para que todo él quedase teñido de aquel graciosísimo color, sin considerar que de aquella manera quedaba inservible por el pestilencial olor que necesarimente le habia de comunicar el fetidísimo tinte en que le habia metido. Y con esta delicada invencion, allá se fueron treinta ó cuarenta doblones que habia costado el tal brial. Eran muy frecuentes en mi casa otros rasgos de economía muy parecidos á éste, y me era preciso callar y llevarlos en paciencia, y por evitar gritos, llantos, quimeras y disensiones. Si alguna vez la decia, que tomase una vela para alumbrarme en busca de una cosa que habia dejado en un lugar oscuro y me hacia falta, me respondia con arrogancia, que no habia venido para ser mi linternera. Si la llamaba para que me trajese algo que habia menester, decia que no era mi criada. Si cansado de hablar en los tribunales volvia á casa con alguna necesidad ó apetito, y daba prisa para que se dispusiese cuanto antes la comida, comenzaba á rezungar, diciendo con desabrimiento y con enfado, que no queria ir á quemarse en la cocina. Por el contrario, queria ser prontamente obedecida en todos sus antojos. ¡Pobre de mí si no la traia á casa todo cuanto se la antojaba á su vanidad, ó á su caprichoso apetito! Si en la cama en tiempo de invierno se descubria involuntariamente ya un brazo, ó ya parte de la espalda, no hay que pensar en que ella se volviese á cubrir por sí misma. Me dispertaba, y me hacia levantar en camisa para que yo la cubriese, ajustándola pulidamente al cuello las sábanas y la colcha, de manera que no la pudiese entrar el aire. Si en la mesa, por alguna casualidad se la caia en tierra el pañuelo ó la servilleta, no haya miedo que ella se moviese por sí misma á levantarla. Era menester que viniese un criado á darla el brazo para alzase de la silla, y continuase la misma ceremonia para volver á sentarse en

ella. Nunca se abrian las ventanas mientras el aire no fuese más que templado, y en el rigor del estío, cuando el sol abrasaba la tierra, no habia que esperar que ella expusiese ni la punta de un dedo para experimentar el calor.

Consideren ahora Vds. cómo andarian las haciendas de la casa de esta menera. Todo estaba en manos de criados, sin que mi mujer se quisiese encargar de guardar el pan, ni de repartiles la vianda, y en fin, ni de cosa alguna que perteneciese al buen gobierno y á la economía. ¡Bella fortuna para un pobre hombre que toma mujer con el fin de que cuide de la casa, y le alivie un poco en los cuidados domesticos! En fin, no es fácil que yo pueda contar por menor todas las circunstancias de su general abandono y total desaplicacion: basta decir que no creo haya habido en el mundo mujer más inútil, ni menos cuidadosa en su casa. A nada atendia sino á sus visitas, y á leer libros de comedias, novelas y romances.

Habíala traido no sé quién cierto librete francés intitulado: *El Filósofo á la moda*. Tomó tanto gusto á su lectura que le tenia siempre en la mano, y temí la hiciese perder la vista. Un dia que le estaba leyendo, llegué á la puerta de su cuarto, que estaba medio abierta, sin que ella me hubiese visto (tan absorta y tan embebida estaba en lo que leia), y observé, que teniendo en una mano el abanico y en la otra el libro, estaba haciendo mil movimientos con el primero. Picóme la curiosidad de saber qué significaba aquel misterio: acerquéme á ella, y la pregunté si aquel libro enseñaba á manejar los abanicos. Así es, me respondió: el insigne autor que le compuso quiso tomarse el trabajo de enseñarnos á las mujeres el importante modo de manejar un mueble tan necesario para llamar la atencion de los hombres á observar la simetría, la agilidad y la destreza de nuestras manos. Ya que no es propio de nuestro sexo el ma-

nejo de la espada, ni del caballo, nos hará ilustres el manejo del abanico, gracias á las nobilísimas reglas que este gran libro nos suministra. Ni Aristóteles, ni Platon, que tanto ruido han hecho y están haciendo en el mundo, llegaron jamás á dictar preceptos de tanta importancia. Yo por mí confieso la verdad, estoy muy persuadida á que este insigne escritor fué un hombre muy singular, pues supo descubrir que la ciencia de abanicarse era una parte muy principal de la Filosofía á la moda. Ella nos enseña á manifestar con suma facilidad y al mismo tiempo mudamente nuestros más íntimos pensamientos, sin más trabajo que dar un cierto significante movimiento al abanico. Y este instrumento, que hasta aquí solo servia para darnos un poco de aire que nos refrescase, de aquí adelante se hará célebre y famoso por el noble uso á que le hará servir este grande hombre, elevándole, por decirlo así, del polvo, y sacándole de la nada. Será en lo porvenir el abanico tan estimado, como lo fueron en otro tiempo la encina y el laurel, cuando se inventó la coronacion de los poetas y de los grandes capitanes. Así iba discurriendo Camila, sin conocer, no obstante, lo que presumia de discreta, que el advertido y bellaco censor de las modernas costumbres, claramente se burlaba y pretendia hacer ridículo el afectado uso del abanico que hacian el dia de hoy las mujeres. Yo la oí sus boberías sin hablar ni una sola palabra, y riéndome de ellas, me retiré de un lugar donde se pretendia igualar el honor del abanico al de aquellas triunfantes coronas que adornaban las sienes de los insignes poetas y de los grandes guerreros.

Sin duda que este mi despreciativo silencio gustó poco á mi mujer, porque cuando llegó la hora de comer se sentó á la mesa hocicada, silenciosa y rostrituerta. En todo el tiempo que duró la comida no me miró á la cara, no habló ni una sola palabra,

y se engulló lo que la pusieron delante con una rabia indecible. Levantados los manteles, se retiró á su cuarto con despecho, cerróse en él por adentro, y sin embargo de lo poco amigo que soy de dar gritos, por más que clamé para que me abriese, ningun caso hizo de mis voces, persistiendo obstinadamente en la resolucion de no querer hablarme. Duró esta escena cerca de un mes, siendo en todo este tiempo tan liberal y tan generosa de conversacion con otros, como escasa y mezquina conmigo. Ni el lecho, ni la mesa era comun entre los dos, y apenas me sentia poner el pié en la escalera, cuando al instante corria á retirarse y á esconderse donde yo no la encontrase. A la verdad yo hacia muy poco caso de todas estas pueriles y mujeriles vagatelas, pero se pasó poco tiempo sin que me viese precisado á resentirme sériamente de otros despiques que se iban haciendo demasiadamente vivos y esenciales.

Entre los muchos que frecuentaban las visitas de Camila era cierto caballero de muy alto nacimiento, á quien yo habia defendido en cierto pleito, en que me quiso hacer la honra de nombrarme por abogado suyo. Era sumamente amigo de hacer versos, y divertia mucho á mi mujer, leyéndola los sonetos y canciones que habia compuesto en asuntos amorosos. Parecia que por esto miraba con particular inclinacion al tal señor, distinguiéndole entre todos los demás. Hacíale sentar siempre junto á ella, recibíale en su cuarto aun cuando estaba en la cama, y él sólo, con preferencia á cualquiera otro, la daba el brazo cuando iba al teatro. Ya se murmuraba públicamente de esta amistad en todas las conversaciones, y aunque suelen ser los maridos los últimos á quienes llega la noticia de las licencias que se toman sus mujeres, con todo yo llegué á entender algo de esto, y desde luego se me hizo muy sospechosa la parcialidad de la mia con aquel caballero, á pesar de la natural aversion

que tenia á todo lo que oliese á cosa de celos. Mandaba el tal señor en mi casa con más despotismo que yo mismo, entrando y saliendo en ella con toda libertad, sirviéndose de mis criados ni más ni ménos como si los pagase, y cuando me encontraba en la calle no hacia caso de mí, pasando adelante sin dignarse siquiera de saludarme. No pudo ya más mi sufrimiento, y se me acabó la paciencia á vista de un proceder tan incivil, tan descortés y tan arrogante. Hablé un dia con toda claridad á mi mujer, y resueltamente la prohibí que en adelante admitiese la visita de aquel caballero, ni de otro alguno que no fuese su pariente. Protestéla que estaba ya cansado de tolerar su modo de vivir, y que cuando no mudase de conducta, sabria yo hacérsela mudar, usando de todo el derecho que me da la autoridad de marido. Figúrense Vds. si en el genio de Camila oiria con indiferencia aquel tan nuevo, y en mí tan desusado modo de parlar. Púsose hecha una furia, y en una hora me díjo tantas palabras, cuantas habia ahorrado en todo el mes antecedente. Juróme que se vengaria bien del agravio, y de la torpe injuria que hacia á su honestidad, y haria que me arrepintiese del temerario arrojo de poner alguna duda en ella. Reíme por entonces de sus amenazas, pero muy en breve las experimenté demasiadamente verificadas.

Dos dias despues me ví asaltado repentinamente en la plaza pública de dos malsines, los cuales, aunque me vieron vestido con mi hábito de ceremonia, me hartaron de palos, gritando en alta voz que me hacia aquel regalo el caballero sirviente de la señora doña Camila. La autoridad de aquel nombre fué causa de que ninguno se atreviese á chistar, ni á dar un paso para defenderme, y yo desgarrado y aturdido caí en tierra sin aliento y sin vigor. Sentia correrme la sangre por las espaldas, y los huesos medio dislocados y molidos. Cuando mis asesinos can-

sados de apalearme se retiraron, acudió una multitud de gente á mirarme y hacerme la fábula de toda Siracusa. Quién atribuia la causa de mi desgracia á una cosa, quién á otra; pero casi todos daban en el hito. Despues que me hicieron estar en aquella miserable postura por algun tiempo, no faltó quien finalmente se compadeció de mí, y me hizo llevar á mi casa. Metiéronme luego en la cama, donde supe que se habia ausentado mi mujer. Confieso la verdad, que en medio de lo mucho que lastimaba á mi honor aquella voluntaria ausencia, sentí particular consuelo en no tener á la vista el desagradable objeto de todas mis desventuras y desgracias. Mientras tanto me fueron curando de mis heridas y contusiones. Luego que me sentí perfectamente curado, me condené á un voluntario y perpétuo destierro de la pátria, y á retirarme á esta soledad, esperando encontrar en ella el alivio, consuelo y desahogo de todas mis aflicciones.

Así concluyó Tarquinio su relacion, y viéndole resuelto á quedarse allí, nosotros nos despedimos de todos tres, deseándoles la mayor tranquilidad en aquel santo retiro por todo lo restante de su vida.

CAPITULO XIII.

El terremoto de Palermo. Sálvase el Siciliano de él con un modo muy particular; pero pierde en el á Irene, y encuentro ridículo que tuvo despues de él.

Nosotros proseguimos nuestro viaje á Palermo, discurriendo en el camino sobre los tres caracteres tan distintos de mujeres de que habiamos oido hablar. Llegamos á dicha ciudad á la tercera jornada, y nos alojamos en casa de Isidoro, cuya madre nos recibió con el mayor agasajo y regocijo. Pero el gusto que tuvo en ver á su hijo, se convirtió presto en un cruelísimo dolor, cuando llegó á entender su resolucion de hacer el viaje de Madagascar. Ni tampoco fué nunca mayor la mortificacion que padecí, por haberme dejado vencer de la fineza de este incomparable amigo en la animosa resolucion de suplir mi cobardia, que cuando ví desprenderse de los ojos de aquella afligida madre un torrente de lágrimas, las cuales me parecia estarme reconviniendo del peligro á que se exponia aquel pobre mozo por puro respeto mio, siendo yo la única causa de que la desconsoladísima mujer perdiese para siempre el más dulce objeto de su maternal amor. Pero Isidoro, siempre superior á todos los amorosos transportes y arrebatos martenales, procuraba confortarla con la mayor intrepidez, sin dejarse vencer de sus sollozos y suspiros; antes bien poniéndola delante de los ojos los gran-

des bienes en beneficio de la religion y de las almas, de que por altas disposiciones del cielo podia ser él mismo instrumento: como era mujer piadosa, logró en fin que se convirtiese en consuelo todo el horror con que antes habia mirado aquel viaje.

Pero miéntras se acercaba el dia que habia destinado para embarcarse y dirigirse á Roma, un suceso verdaderamente terrible dió de repente en tierra con todas nuestras ideas, y me dejó á mí en el estado más deplorable que en toda mi vida me he visto. Habíanse pasado como dos horas de la noche, cuando despues de haber cenado, estábamos todos discurriendo en una pequeña galeria que miraba al mar, y he aquí que de repente sobreviene un espantoso terremoto, que removiendo horriblemente el suelo, y haciendo bambolear las paredes y los techos, nos llenó primero de espanto, y despues de angustia y desolacion. Sentíanse caer los edificios circunvecinos, y el estrépito de las ruinas que precipitaban, mezclado con los clamores y rumor confuso de los miserables habitadores de Palermo, nos hacian comprender todo el horror de la muerte ya vecina. Pálidos, atónitos y mudos nos mirábamos los unos á los otros, cuando se desprendió repentinamente el pavimento en que nos hallábamos, y caimos todos en una hedionda cloaca que estaba abierta bajo la bóveda de la galería, y por conductos soterráneos descargaba sus inmundicias en el mar. Así lo conjeturé por el sitio donde me hallé sano y libre sin la menor lesion, conducido sin duda allí por el reflujo de la marea, que elevándose cuando se retira, lleva tras de sí todo lo que se encuentra.

Vime pues á la orilla del mar todo súcio y todo mojado, pero solo, y sin alguno de aquellos caros objetos que habian sido compañeros mios en el precipicio. En vano dí voces, llamando á Irene, á Isidoro y á su madre. Ninguno me respondia, y solo

hacia eco á mis gritos el murmurio ó el mugido de las holas del mar, alteradas tambien ellas por el movimiento de la tierra. Cuando los primesros rayos del sol comenzaban á descubrirse sobre el horizonte, volví trémulo y pálido los ojos y los pasos hácia la ciudad, que ví toda cubierta de ruinas y destrozos. Las casas arruinadas y amontonadas sus ruinas en la tierra, no dejaban distinguir las calles, ni los sitios: los miserables habitantes, unos sepultados en los precipicios, otros llenos de heridas, otros cubiertos de sangre, y los más llorando y suspirando con las manos y los ojos levantados al cielo pidiendo misericordia, formaban el más funesto y más trágico espectáculo que se podia concebir. El marido buscaba á su mujer, la mujer al marido, el padre á sus hijos, los hijos á su padre. Todo en fin respiraba horror y compasion. Fueron vanas todas las diligencias que hice por mi mismo, y que hice hacer por otros para hallar á lo menos los cadáveres de mi mujer y de mis amigos. Arruinado enteramente el sitio donde estaba la casa de Isidoro, no se pudo descubrir el más mínimo vestigio de sus cuerpos, y yo partí con el desconsuelo de llorar la muerte de tan amadas personas, sin poder siquiera tributarlas el triste honor de una esclesiástica sepultura. No es menester detenerme en ponderar hasta dónde llegó mi suma desolacion. Más fácil será que se lo imagine un corazon, en quien haya quedado alguna reliquia de humanidad y de ternura, que el que yo pueda explicarlo. Tampoco podré contar qué resolucion tomé cuando me ví rodeado de tantas desventuras. Solo os sabré decir, que abandoné á Palermo atolondradamente, sin proponerme fin alguno, ni saber yo mismo á dónde me dirigia el camino que tenia debajo de los piés. Caminé pues con este aturdimiento hasta que fatigados los miembros, y poseidos de una extrema debilidad, no pude tenerme en pié. Figurábame otro nuevo Eneas, que horrorizado de ver el

incendio en que se abrasaba Troya, no tanto se echó, cuando cayo desmayado en tierra. Lo mismo me sucedió á mí; pero apenas me ví derribado en el suelo, cuando me quedé dormido, menos á mi parecer por la violencia del sueño que por desaliento de la debilidad y por la fatiga del cansancio. El sopor que se apoderó luego de los ojos, dejó muy dispierta ó muy agitada la fantasía, en que revolviéndose confusamente las ideas, me atormentaron los sueños más estravagantes. Entre otros me acuerdo de que se me representó vivamente Dagal con semblante severo, ceñudo y grave, afeándome con muy sentidas expresiones el haber faltado á la palabra que habia dado al rey, y amenazándome con una terrible venganza en castigo de una violacion tan injuriosa á todos los sagrados respetos que se deben á la magestad. Desperté espantosamente sobresaltado con un sueño tan extraordinario, y cuando me puse á hacer séria reflexion sobre mí mismo, fácilmente me persuadí á que la pérdida fatal de mi mujer y de mis inocentes amigos habia sido un justo castigo del cielo, decretado contra mí en pena de mi infedelidad. Tuve por cierto que lloverian todavía sobre mí desgracias mucho mayores, sino procuraba borrar con un pronto cumplimiento de mis contraidos empeños y obligaciones la culpa de mi excesiva complacencia por el amor conyugal: pareciéndome, que así como la primera vez habia sido conducido por la impenetrable fuerza de la Providencia á sembrar en el corazon del soberano de Madagascar la primera semilla de la verdadera religion, así ahora, mediante la supuesta muerte de Irene, me llamaba á dar la última mano, quitándome el único impedimento que me habia obligado á mudar de parecer.

Preocupado enteramente de esta nueva idea, como si ella me hubiese restituido todo mi vigor y mis antiguas fuerzas, dí un salto y me puse en pié, prosiguiendo mi camino, sin



Asaltan de improviso al Siciliano un escuadron de mujeres vestidas de hombres.

saber todavía hácia dónde, pero con resolucion de informarme en el prmer lugar que encontrase, en que paraje de Sicilia me hallaba á la sazon, para enderezar desde allí mi viaje á la cabeza del mundo. Habia andado poco más que un cuarto de legua, cuando encontré una tropa de personas, todas de estatura antes pequeña que grande, pero todas de aspecto y traza feroz. Subian caracoleando por la mayor parte de su cara unos bigotones ó mostachos retorcidos, que les llegaban casi hasta los ojos, cabellos largos, incultos y desgreñados, que por la parte posterior fluctuaban hasta la cintura, y por la anterior oscurecian la frente con una undulante cenefa. En la cabeza una especie de sombrerillo piramidal, en figura de cubilete, con un airon ó plumaje de varios colores, inclinado tortuosamente hácia abajo, que era el adorno más gracioso de su traje. El vestido andrajoso, remendado, y tan corto que apenas llegaba á media pierna, y como al parecer todos estaban sin camisa, así por el color del pescuezo como por el de las manos, y otras partes de la carne que se asomaban, se reconocia que su encarnacion inclinaba á negra, aunque no de aquella especie de color oscuro que representa una piel tostada por el escesivo calor de los rayos del sol, sino un oscuro menos ingrato y más superficial. Traian en la cinta una espada larga, y en la mano un bastoncillo. Cuando aquella tropa llegó á corta distancia de mí, se adelantó algunos pasos el que al parecer la mandaba, y cogiéndome la mano, pára, caminante (me dijo) pára, y date á prision. Rinde las armas, y no pienses valerte de ellas para defenderte: si en vez de querer hacerlo contra toda una cuadrilla entera, uno solo de nosotros se te pusiera delante, él solo bastaria para vencerte y aprisionarte. Como ya habia perdido todo mi espíritu con las pasadas desgracias, no tuve ánimo ni aun para hacer la más mínima demostracion de ponerme en

defensa. Haced de mí, le respondí, lo que quisiéreis. El que es tan desventurada como yo, poco puede temer la desgracia de perder su libertad. Tan miserable seré en vuestro poder, como lo seria aunque cayera en manos de mi mayor amigo ó del más estrecho pariente mio. Aunque no me hallase enteramente desarmado, como me hallo, sin arbitrio ni manera para defenderme, no me dejaria ni aun siquiera pensar en eso mi propia desolacion. Al oirme hablar de esta manera, el que mandaba la cuadrilla, amigo, me replicó, á lo que veo, y segun el modo con que te explicas, tú estás persuadido á que has dado en manos de alguna gente bestial y feroz, que te trate con barbaridad. No somos los que te figuras, y presto conocerás la fortuna que has tenido en caer en nuestras manos. Mientras tanto síguenos por este sendero, que poco tardarás en experimentar que te decimos la verdad. Diciendo esto, me cogieron en medio de ellos, y se encaminaron por un vallecillo que se iba engolfando entre dos montezuelos. Caminé con ellos como por espacio de una hora, y observé que mis conductores me iban examinando de piés á cabeza, y que al mismo tiempo se reian entre sí. Al principio creí que se burlaban por verme tan sucio y tan hediondo, durando todavía el mal olor de la cloaca; pero cuando oí á uno de ellos alabar mucho mi bella fisonomía y decir que sin duda gustaria grandemente á su patron, mudé de parecer y comencé á sospechar una cosa, que no me salió del pensamiento hasta que se me explicó el enigma de aquel discurso.

Llegué pues á un bello palazuelo de campaña, situado en medio de cierta especie de plazuela, cercado de una pared ó muralla de piedra labrada de altura más que ordinaria. A la entrada de él me hallé con una gentil pero pequeña guardia de criados de escalera abajo, cuyos semblantes mostraban todos una

florida y bien parecida juventud. A ninguno le apuntaba aun el bozo, y el traje airoso y de bello gusto añadia gracia particular á su garbo y gentileza. Pasó mi escolta por medio de aquellas graciosísimas personas, las cuales todas me miraban con la mayor curiosidad. A ninguno oí hablar siquiera una palabra, pero observé en medio de aquel profundo silencio, que á cierta señal que hizo uno de ellos, se destacó otro de aquellos criados, y corrió apresurado hácia el palacio, sin duda á dar noticia de mi arribo al dueño de él. Despues de esto me hicieron atravesar la plazuela y me introdujeron en un cuarto bajo, que en medio de lo sorprendido que me hallaba, noté estaba todo pintado al fresco, representando varios sucesos fabulosos de la antigua Mitología. Veíase en perspectiva el rapto de Ganimedes, y el retrato de aquel hermosísimo jóven estaba pintado al natural con tanta viveza, que verdaderamente causaba grande estupor. En este cuarto me despojaron de mis súcios y hediondos vestidos, y habiéndome lavado en un baño de agua caliente, hasta no dejar la más mínima reliquia de la pasada inmundicia, me presentaron una finísima camisa, y despues un traje entero de mujer, obligándome á vestirle á pesar de mi grande y porfiada resistencia. Hecho esto, hicieron que me sentase, y arrimándose á mí dos de aquellos familiares, comenzaron á rizarme el cabello, y á componerle como correspodia al traje que me habian obligado á vestir. Añadieron á los rizos y al peinado los olores y perfumes, despues de los cuales me pusieron en la cabeza una delicadísima cofia llena de lazos, chispas, piochas y brillantes. La última escena de esta comedia fué ponerme en la mano un lucidísimo espejo, para que yo mismo me viese en aquel traje, y reconociese si se conformaba ó no con mi gusto y con mi genio. Pero la verdad sea dicha, que yo no tuve valor ni aun paciencia para mirarme en un cristal, que me estaba

dando en cara con una figura tan ridícula como vergonzosa. Volví los ojos á otra parte lleno de rabia y de rubor; lo que advertido por los que me guardaban, temiendo que hiciese pedazos los vestidos que me habian puesto, me avisaron con toda gravedda que tratase de estarme quieto hasta que viniese la órden de introducirme á la presencia de la persona, que segun ellos decian, tenia las mayores ánsias de verme. Hice juicio que me convenia conformarme con aquella ley, y retirándome á un rincon del mismo cuarto, comencé á considerar sériamente la ridiculez de una aventura tan estravagante, haciendo reflexion al mismo tiempo sobre el fin que podia tener la apariencia de un destino, que segun todas las señales, debia yo abominar. Ocupado enteramente en estos pensamientos me cogió la noche. Iluminóse inmediatamente todo el palacio, y alumbrándome dos criados con dos hachas, y llevándome la falda un pajecito, fuí conducido al cuarto principal, sostenido de un bracero. A la entrada de un gran salon estaba en fila todo el remanente de la juvenil famila de que ya hice mencion.

Luego que me vieron, echaron prontamente mano á sus airosos sombrerillos, y quitándoselos con el mayor garbo, me hicieron todos al mismo tiempo una pequeña pero graciosa inclinacion del cuerpo á la francesa, tan igual y tan acorde, como si hubiera sido dirigida por algun músico instrumento. Entrando despues en una cámara adornada con magníficos y preciosísimos muebles, ví un jóven el más bizarro, el más bien hecho, y el más lindo que he visto en toda mi vida. Su semblante respiraba una grave y modestísima alegría, sus dos pupilas llenas de fuego vivo, sus mejillas jaspeadas de rosas y jazmines, sus lábios pequeñitos y purpúreos, sus dientes, en fin, pedacitos de marfil. Tenia rizado el cabello, y una cinta de oro que le ligaba por la parte posterior formaba una bella trenza, cuyo extremo

era un rico lazo que le llegaba hasta la cintura. La estatura de aquel nuevo Narciso era mediana, pero perfectísima, y reclinado con el codo sobre una mesa de finísimo alabastro, aquella misma postura añadia mucho resalte á su noble proporcion. Luego que me vió, se asomó á sus lábios una graciosísima sonrisa, y á sus mejillas un sonroseado color; hizo señas á todos los demás que se retirasen, y yo quedé sólo con él, incierto más que nunca de la suerte que me esperaba. Siéntate, me dijo luego, porque no puede ménos de haberte fatigado el cansancio de un camino tan largo. Obedecí prontamente, deseosísimo sobre manera de saber cuanto antes el asunto de nuestra conversacion.

Amigo, añadió inmediatamente, leyendo estoy en tu interior el asombro y las dudas que te están agitando internamente. Piensas de mí muy diversamente de lo que verdaderamente soy, y hasta aquí has estado temiendo ser sacrificado á algun oficio ó ministerio que no sea de tu gusto. Depon desde luego esos temores, y sábete que este trage de hombre de que me ves adornada, es mentido, y es una mera impostura. Yo no soy más que una mujer flaca, disfrazada en un traje fuerte y viríl. Los desórdenes que veo hoy introducidos en el mundo, precisamente por la excesiva y loca complacencia de los hombres á todas las de mi sexo, los aborrecí tanto desde los primeros asomos de mi razon, que desde luego resolví no cooperar jamás á ellos por mi parte. Habiendo quedado absoluta dueña de mi arbitrio y de mi voluntad, desprecié varios partidos que se me ofrecieron, bien resuelta á no dar jamás la mano de esposa á ningun hombre, que quisiese darse la indecente y aun indigna pena de estar sujeto á una mujer. Y no habiendo encontrado en medio de las ciudades más cultas y más populosas ni siquiera uno que fuese capaz de sostener los legítimos dere-

chos que le da el nombre de marido, me he retirado á esta campaña, sin admitir otra compañía que la de mis criados, con firme resolucion de no admitir tampoco en mi lecho conyugal sino á aquel que se mostrase digno de él, con la práctica de aquella autoridad que es absolutamente necesaria á quien ha de ser la cabeza de una familia. Divulgada por muchos países esta mi caprichosa resolucion, ha traido aquí de varias provincias no pocos hombres mozos bien parecidos y ricos; pero como en vez de presentárseme con aquel aire de virilidad, autoridad y fortaleza que yo deseaba, no veia en ellos más que unos hombres afeminados, delicados, y en todas sus acciones mujeriles, á todos los he echado, pareciéndome mal: tanto, que perdiendo todos la esperanza de poseerme, me han abandonado, olvidándose enteramente de mí, y teniéndome por una mujer fanática y caprichosa, antes que por juiciosa y prudente. Viendo, pues, que ya me faltaban pretendientes voluntarios, y que iria adelante aquella mala opinion que se tenia de mí, cuando efectivamente no me casase, determiné procurarme por mí misma de alguna manera un esposo, si encontrase alguno que fuese digno de este título. Quise que debiese á sola mi eleccion la no despreciable fortuna de ser dueño absoluto de un rico patrimonio que yo le llevaria en dote, y de merecer el nombre del más cabal de todos los maridos. Con este fin escogí entre mis criadas las de más edad y mayor espíritu, haciendo que se vistiesen y disfrazasen como tú las viste, con órden de que saliesen por los caminos circunvecinos y me trajesen todos los pasajeros jóvenes que pudiesen haber á las manos, pero sin exponerse ellas al menor peligro. Más de uno me han traido, que de buena gana hubiera abrazado el partido que le proponia, si en la prueba que hago de todos antes de sacrificar á ninguno mi corazon, no hubiera descubierto en los examinados mucha ligereza. Tú eres

el último que mis fieles criadas me han presentado. Si tu ánimo es ligarte á un vínculo indisoluble, y si descubro en tí aquella virtud, fortaleza y autoridad superior que quiero absolutamente ejercite sobre mí el que ha de ser marido mio, serás tú el dichoso entre todos los demás.

Quedé verdaderamente estático y admirado al oir este discurso. Pero como me era forzoso darla alguna respuesta, y ella, mirándome fijamente, parecia que me la estaba pidiendo con los ojos: Señora, la respondí, aunque la proposicion que me haceis es tan ventajosa y de tanto honor para mí, no me hallo en estado de admitirla, habiendo resuelto firmemente no meterme más en bueno ni en malo con mujeres. ¡Bravo! me interrumpió ella, no sin alguna algazara. No puedes dar mejor principio á la prueba que quiero hacer de tí. A buena cuenta ya conoces que nosotras nada valemos, y que por nuestros grandísimos defectos somos dignas del mayor desprecio. Esto es lo que á mí me gusta, y me alegro verdaderamente de que se tenga mala opinion de nosotras. No he hallado hasta ahora hombre alguno que hable de nosotras como tú, y nos haga la justicia que tú nos haces. Yo gusto mucho de ser despreciada, y precisamente por la repugnancia que tienes á cargar con la compañía de una mujer, te juzgo capaz de desempeñar las obligaciones de marido. Doite pues ocho dias de término para hacer tu noviciado: si correspondes en todo como lo muestran los principios, no dudes que al noveno dia serás dueño de esta casa, de mis riquezas y de mi persona. Dicho esto, se retiró aquella extraordinaria mujer, sin darme lugar á que la replicase ni una sola palabra. Entró despues la familia, y con las mismas ceremonias con que me habia hecho entrar, me hizo salir de aquel gabinete, donde finalmente entendí que en aquel palacio no habia otra gente que mujeres.

CAPÍTULO XIV.

Las pruebas que dió el jóven Siciliano para que se le juzgase capaz de ser un buen marido, y las respuestas que se le dieron á las tres preguntas que hizo.

Condujéronme despues á otro cuarto que exhalaba perfumes, olores y fragancias más suaves. Hasta los vasos excrementicios eran de lucidísima plata, y el pavimento de bellísima porcelana del Japon. Luego que entré en él, viendo que me era preciso caminar sobre una materia tan preciosa como frágil, me detuve algun tanto, mostrando dificultad de pasar adelante; pero una de las que me acompañaban me empujó suavemente un si es no es, bien que lo bastante para que resbalando en lo liso de la porcelana cayese boca abajo, é hiciese mil pedazos toda apuella parte del pavimento que ocupó mi cuerpo en la caida. Al ver esto, comenzaron las mujeres á gritar, diciendo que habia arruinado la porcelana, siendo tales las voces y la gritería, que al ruido salió sobresaltada la señora para ver lo que era aquello, y habiéndola dicho una criada: Señora, ¡no vé usted qué lástima y qué ruina! Eche su merced cuanto antes de casa á este hombre tolondro y desmañado, si no quiere que acabe con todo lo que hay en ella. No lo echaré tal, respondió prontamente: lo que ha hecho prueba que es hombre de juicio, y que conoce la vanísima superfluidad de estos necios y tontí-

simos adornos. Dejadle hacer á su modo, que así me da mucho gusto. Cuando sentí la voz de la señora, quise levantarme con presteza; pero como me obligaba á resbalar lo liso de la porcelana, cada esfuerzo que hacia para ponerme en pié, era un nuevo impulso para volver á caer con mayor violencia, y así multiplicadas las caidas, se multiplicaron al mismo tiempo las ruinas del pavimento. Entónces sí que levantaron más el grito todas las mujeres. ¡En esto han parado (decian), nuestros desvelos, en barrer, limpiar y pulir este gabinetillo, que parecia un paraiso terrestre! Un furioso, un loco le ha arruinado enteramente. ¡Ah, bestiaza! (añadian volviéndose contra mí), véte á la caballeriza con el pollino, ó á la pocilga con los puercos, y no te vengas á ensuciar con tus villanos y groseros piés un suelo que solamente se hizo para las Vénus y las Gracias. Si no tratas de levantarte y partir luego de aquí, ten por cierto que nosotras trataremos de darte lo que mereces. Al oir yo esto temí que me quisiesen hacer alguna pesada burla; y como varias veces habia probado inútilmente á levantarme, procuraba irme arrimando poco á poco y á gatas hácia la puerta, con solo el fin de librarme de sus amenazas. Pero ellas sin duda entendieron mal mi intencion, creyendo era mi ánimo jugarlas alguna pieza, porque levantando más los gritos y los clamores, volvió á dejarse ver la señora; y habiéndose informado del nuevo motivo de aquella vocinglería se echó á reir, celebrando que yo fuese hombre capaz de no hacer caso y despreciar los estruendos mujeriles.

Mientras tanto yo me habia ya puesto en pié, y absolutamente queria salir no solo de aquel cuarto, sino de todo el palazuelo que parecia encantado, temiendo que acabase en alguna tragedia el embrollado enredo de aquella extraordinaria aventura. Pero se me puso delante Madama, la cual penetró

quizá mi pensamiento, y me dijo: Conozco bien por la aversion que tienes á nuestro sexo, que estás reventando por salirte de una casa donde no ves otra cosa que mujeres. Pero todavía te hallas en el caso de poder llegar á disponer de mi familia, como dueño de ella. Desde la primera hora diste señales de merecerlo; pero es menester observar el rito que tengo ya indispensablemente prescrito á los hombres, y cumplir exactamente el octavario del noviciado. Vuelve pues á entrar en tu cuarto, el cual se ha hecho ya digno de que le ocupe un hombre desde que le privaste de aquel vano y ostentoso adorno que con tanta razon te daba tan en rostro. No la respondí ni siquiera una palabra, y teniendo ella por desprecio suyo este mi silencio, esto mismo me añadió un grado de mérito en su estimacion. Volví pues á entrar en el cuarto de la porcelana, y habiéndome dejado caer sobre una silla poltrona, ó ya fuese porque estaba fabricada con demasiada delicadeza, ó porque yo no supiese manejar el traje mujeril, que verdaderamente me embrollaba, el hecho es que la silla se espatarró, y se dividió en varios pedazos. Levantéme inmediatamente de ella para sentarme en otra; pero en esta me sucedió la misma desgracia, y temiendo que se repitiese lo propio con todas, me salí prontamente de aquella cámara, diciendo despechado á grandes voces, que tratasen de señalarme otro cuarto alhajado á lo trivial y ordinario, sino querian que arruinase todo lo que habia en el palacio. Aun este mi despótico modo de hablar, que era tan conforme al genio de Madama, le interpretó esta favorablemente, fundando sobre él un gran pronóstico, y dió órden que se me alojase en un cuarto, en el cual, aunque alhajado menos rica y menos magníficamente que el primero, todavía se veian en él muebles de mucho valor y de gran precio. Luego que entré en él me senté en un canapé cubierto de un rico damasco carmesí, y allí me es-

tuve esperando á que llegase la hora de la cena, de la cual tenia necesidad mi pobre estómago, flaco y debilitado, no obstante la memoria de las pasadas aventuras. No se pasó largo tiempo sin que viese poner una mesa cubierta no solo de una finísima y blanquísima mantelería, sino de varios y muy exquisitos platos. Sentéme solo á ella, aunque podrian sentarse á la misma doce personas y como mi buen apetito no me daba lugar á discenir lo bueno de lo que no lo era tanto, me puse á engullir con voracidad el plato que tenia más cerca de mí, sin atender á los demás. Este solo bastó para contertarme el hambre, y como de tiempo en tiempo estaba enteramente embebido en mis propios pensamientos, y ocupado únicamente en mí mismo sin detenerme en otras ceremonias, me levanté de la mesa diciendo que me queria ir á dormir. Madama, que de propósito estaba espiando cómo me portaba en aquella nueva escena de mi noviciado, dió desde luego por supuesto que todo aquel mi estraño modo de proceder era únicamente efecto del desprecio que hacia de todo género de delicadeza, y de aquellas superfluidades que se usan en nuestros tiempos. Así pues mandó que en todo se me obedeciese, y llevándome al cuarto donde me habian dispuesto la cama, cada una de las que me asistian quiso ser la primera en quitarme la cofia, y en servirme para desnudarme. Pero no sufriendo yo que ninguna me pusiese la mano desde que supe que todas eran mujeres, las dispensé de aquel oficio, sin más cumplimiento que decirlas resueltamente que no queria. Echélas pues de mi cuarto, cerré bien la puerta por adentro y tomando una luz registré muy por menor todos los muebles de la cámara, y entre ellos tuve el gusto de ver los retratos de los mujeres más hermosas que se podian ver en el mundo.

Esta vista me trajo vivamente á la memoria la imágen de mi

amada Irene, á quien siempre habia considerado como la hermosura mayor que se habia visto en la tierra, y me hizo llorar un poco este recuerdo. Más por no perderme en la comtemplacion de una cosa que me contristaba mucho apagué con resolucion la luz, desnudéme á oscuras y acostéme. Lo blando de los colchones, todos embutidos de plumas, la delicadeza de las sábanas y almohadas, con el grato olor que exalaba la ropa blanca, todo contribuia grandemente á que cualquiera otro encontrase en aquel delicioso lecho un dulcísimo descanso de las mayores fatigas. Pero en mí produjo un efecto enteramente contrario. No pudiendo hallar quietud en ninguna parte, todo se me iba en dar vueltas, y en un instante con piés y manos descompuse toda la cama. La funesta memoria de mis males no daba lugar al sueño. Atropellábanse unas á otras en mi imaginacion las más lúgubres ideas, y pasando de un pensamiento triste á otro más funesto y doloroso, se me fué lo restante de la noche en derramar amargas lágrimas, y arrancar de lo más íntimo del pecho profundísimos suspiros. Finalmente, me sosegué por algun poco de tiempo, pareciendo que la naturaleza queria tomar algun reposo. Pero ya fuese por la mala calidad del único plato que habia cenado, ó ya por la voracidad con que le engullí, sin haber hecho en la boca la primera digestion, ó fuese quizá por el olor demasiadamente agudo que echaba de sí la ropa blanca, el hecho fué que de repente se me alborotó el estómago, con una inquietud que jamás habia sentido otra semejante. De nada sirvió torcerme, retorceme, volviéndome unas veces boca abajo y otras boca arriba, levantar la cabeza, agitarme, descubrirme: todo fué inútil; hasta que la naturaleza se desahogó por sí misma, prorumpiendo en un vehementísimo vómito, que á un mismo tiempo emporcó el pavimento y ensució asquerosamente la cama. Despues de este desahogo me

aquieté un poco, y me quedé dormido hasta la mañana. Luego que amanceió me levanté, y como no tenia otros vestidos que los mujeriles, de que me habia desnudado por la noche, me hallé el hombre más embrollado del mundo. En fin acomodémelos lo mejor que pude y supe, y saliendo á la sala esperé á que se levantase la familia, resuelto á despedirme y partir cuanto antes de aquella especie de palacio encantado. Pero como ninguno apareciese en el largo espacio de una hora, estando todavía la casa en gran silencio y quietud, habiendo visto en cierto sitio un vestido de hombre, determiné trocarle por el que la necesidad me habia precisado á tomar el dia precedente, y despues procurar escaparme si hallaba modo de hacerlo antes que la jente se levantase. Más cuando fuí á la puerta para poner en ejecucion mi pensamiento, hallé que estaba cerrada con duplicadas llaves. Pasé á examinar un inmediato balcon, y le hallé tan cerrado como la puerta. Subíme al cuarto de arriba para ver si habria modo de descolgarme de las ventanas altas; pero cuando comenzaba á deshacer las sábanas y mantas de la cama para facilitar mi fuga, fuí cogido, como se dice, con el hurto en las manos por las mujeres de la familia, las cuales sintiendo los pasos que yo daba por la casa, entraron sin duda en alguna sospecha, y levantándose medio vestidas, cuando me encontraron in fraganti, despertaron con sus gritos á todas las demás, y todas corrieron á mi cuarto.

Lo mismo hizo la señora del palacio, y despues que se informó del motivo de aquel ruido se dejó ver de mi con la mayor seriedad, y con voz igualmente imperiosa me dijo, que absolutamente queria que me mantuviese en su casa, aunque fuese contra toda mi voluntad, y que tuviese entendidó que estaban ya cogidos todos los pasos, previniéndome, que aunque la veia cercada de mujeres, no la faltaba modo para hacer inútiles to-

dos mis esfuerzos. Un discurso tan violento no podia menos de irritar la cólera á un hombre que estaba ya medio desesperado. Respondíla pues en el mismo tono y con el propio aire con que ella me habia hablado. Y habiendo visto sobre una mesa una espada, eché mano de ella. Cuando vió que yo no hacia caso de sus amenazas. Detente, me dijo, porque no quiero arriesgar la vida de un hombre tan digno. Antes bien pretendo capitular contigo. Si no conviniéremos en los preliminares de la capitulacion, tendrás toda la libertad de ir donde quisieres, sin que se te haga la más minima violencia. Los hombres se ligan por las palabras. Parecióme pedir la buena crianza que aceptase aquella proposicion, y así la respondí me hiciese el favor de declararme cuanto antes cuáles eran aquellos preliminares tan honestos que me podian obligar á quedarme en aquel palacio. Aquí tienes, me respondió, entregándome un papel, ese pliego en blanco firmado de mi mano. Prescríbeme en él todo lo que quisieres de mí, y está seguro de que ejecutaré puntualmente todo lo que dispusieres. Halléme grandemente embarazado al verme con una voluntaria oferta tan universal y generosa, y haciendo reflexion á los más menudos accidentes que parecian coligarse para violentar mi voluntad, comencé á creer que el cielo, por uno de aquellos caminos que es su voluntad conduzcan y suavemente lleven los hombres á su destino, queria resacirme la pérdida de mi primera mujer, disponiéndome otra que mostraba tan vivos deseos de estar siempre y enteramente subordinada á la voluntad de su marido. Pero como para resolverme en un punto de tanta consideracion necesitaba pensarlo mucho la supliqué me diese tiempo hasta la noche para hacer mis reflexiones.

Con esto me aparté de ella, y toda aquella mañana la empleé en pasearme por el jardin y por otros sitios deliciosos inmedia-

tos al palacio, admirando el buen gusto y bella disposicion de las plantas y de los árboles, que formaban alrededor de él espaciosas calles y muy frondosas carreras. Mas no por eso distraia mi espíritu aquella alegre amenidad, fija siempre la imaginacion en los graves pensamientos que estaba revolviendo, y sin tomar partido en cosa alguna, me restituí á casa á la hora de comer tan irresoluto como estaba á los principios. Halléme con una mesa aun más suntuosa que la de la cena precedente; pero contentándome con probar algo de dos ó tres platos de las viandas más simples y más sencillas, dejé intactos todos los demás, los cuales fueron al punto retirados por las criadas, á quienes creo no disgustaria aquella mi templanza y moderacion. De esta manera me acreditaba de hombre sóbrio y enemigo de toda superfluidad. Y como á Madama la informabán de todo lo más menudo que fuese concerniente á mi persona, cada instante se mostraba más impaciente de concluir cuanto antes las propuestas capitulaciones. Hácia el anochecer aguardó á que yo volviese de mi paseo, y al punto me hizo preguntar si queria que me trajese el ofrecido pliego en blanco con su firma. Respondíla por medio de la mensajera, que antes de asentir á preliminar tan considerable, deseaba informarme de ella de algunas cosas que me convenia saber, primero de internarnos más en el negocio consabido. Nada me costó lograr la deseada conferencia: vino ella prontamente á la sala donde la noche antecedente habiamos estado, bien que en esta visita se observó un ceremonial muy diverso. Arrimando ella á un lado todos los respetos de dama y señora de la casa, quiso absolutamente que yo ocupase á la mano derecha el mejor asiento, y que dependiese de mi voluntad el mantenerse presentes ó el mandar retirar á los criados. Híceles, pues, señal de que se retirasen, y luego que nos dejaron solos: Señor (me dijo), aquí teneis una

vuestra sierva pronta siempre á obedecer vuestros preceptos. Aun no es tiempo, señora (la respondí interrumpiéndola), que me hableis de esta manera. Antes de pasar más adelante, deseo me satisfagais á ciertas preguntas, que interesan mucho mi curiosidad. Pronta estoy (me replicó), á daros en todo gusto, y la sinceridad de mis respuestas os harán ver que seré siempre la misma en todo cuanto pueda ocurrir que sea de vuestra satisfaccion. A tres solas preguntas (repuse yo), se reduce todo aquello en que por ahora deseo oir vuestras respuestas. La primera, el motivo que teneis para querer depender de un hombre con tan rigurosa y total subordinacion. La segunda, por qué razon siendo mujer os habeis querido vestir de hombre, y siendo yo hombre se os ha antojado que me vista de mujer. La tercera, por qué hicísteis pintar en perspectiva el rapto de Ganimedes en el primer cuarto donde me metieron cuando llegué á este palacio.

Despues que oyó con la mayor atencion mis preguntas: Aquí estoy (me respondió francamente), para daros razon de todo. Comienzo por la primera pregunta, y digo, que ya sabeis vos como el dia de hoy las mujeres solo tienen el nombre de mujeres; pues por lo demás ellas mandan como se les antoja á sus maridos, abusando de la demasiadamente absoluta autoridad y ascendencia que saben tomarse sobre los ánimos de aquellos pobres badéas, unas porque nacieron un poco más nobles, otras porque eran algo más ricas, éstas por su altanería, aquellas por su orgullo, y todas ó las más por sus mentirosos atractivos, fingidas finezas, engañosas y pérfidas caricias. Ellas son en el gran mundo más respetadas, más atendidas y más consideradas que los hombres, tanto que los maridos por la mayor parte nada saben hacer sin consultarlo con sus mujeres, y sin recibir primero el oráculo de su aprobacion. Fuera de eso, es

más que cierto, que si se desea conseguir alguna gracia sea de quien fuere, en lugar de hacer presentes para lograrla las razones del mérito ó de la justicia, solo se solicita la intercesion de alguna mujer distinguida, ó por su sangre, ó por su espíritu, ó por su hermosura, y obtenido este empeño, no se pone en duda el logro de la pretension. Todas estas ventajosas prerogativas que goza al presente nuestro sexo, no han sido bastantes para alucinarme.

He conocido que todas son ilusiones de entendimientos preocupados, y que fuera del daño que con el tiempo nos hacen á nosotras mismas, es gravísimo el perjuicio que causan en el comun, y á la verdad, ¡cuánta razon tendrá para arrepentirse un hombre que encantado con los lisonjeros halagos de su mujer, sin considerar si puede ó no puede empeñarse en un gasto que compita con el de otro de su misma condicion, pero de mucha mayor renta que la suya, se vea con el tiempo sitiado de acreedores, que le obligan á desprenderse de las alhajas más preciosas para satisfacerlos, ó le ponen en la dura necesidad de retirarse á algun asilo para no verse metido en una cárcel por sus deudas! Y de la misma manera ¡cuánto será el dolor de una mujer, cuando por la propia razon se halle privada de aquella soberbia y magnífica carroza, en la cual se dejaba ver por las calles de la ciudad con tanta soberanía y con tanta altivez, ó de aquella multitud de brillantes que la hacian resplandecer como un cielo sembrado de estrellas, y caminar despues á pié por las mismas calles, supliendo la brillantez de las piedras más preciosas, con el lánguido resplandor de las más viles y más falsas, ó con el fugáz y momentáneo de unos miserables talcos! A más de una he conocido yo, que reducida por semejante vanidad á un infeliz estado de pobreza, pretendia que el haberse deshecho de todo el tren de sus galas era voluntaria

virtud, la que habia sido forzosa necesidad. Si se trata de la economía y del gobierno de la casa, que muchísimas toman á su cargo, aunque parece que la avaricia sea natural á nuestro sexo, y que por lo mismo seamos más á propósito que los hombres para ahorrar, con todo enseña la experiencia, que aunque en las cosas menudas y de ninguna ó poquísima importancia somos realmente muy ahorradoras; pero en las gruesas y de valor estamos muy lejos de serlo. Os podria alegar muchos ejemplos de estos, si no conoceria que estais bien convencido de esta verdad. Por lo que toca á buscarnos por empeño con las personas de autoridad y de poder para obtener las gracias que se desean conseguir, el mismo buscarnos para esto no pocas veces nos desacredita; porque se supone que solo podemos mover la voluntad de los poderosos con nuestras gracias, con nuestros atractivos y con nuestros favores, dándolos esperanza de conseguir de nosotras en recompensa aun aquellos que no es lícito desear. Por eso no sin razon, segun lo que tengo oido muchas veces, las leyes antiguas más acreditadas y prudentes prohibian que las mujeres, por respeto á la pública honestidad, frecuentasen los tribunales y las casas de los magistrados; cosa tan disonante y de tanto peligro como si los hombres manejasen la rueca y el huso en salas de labor de las mujeres. De todo lo cual concluyo, que en todos aquellos casos en que se echa mano de las mujeres para que se introduzcan en lo que toca á los hombres, se perjudica á nuestro honor, al de nuestros maridos y al de aquellos mismos con quienes nosotras nos interesamos. Al nuestro, porque nos acreditamos de vanas, de ambiciosas, de entrometidas, de locas, de presumidas y de poco modestas. Al de nuestros maridos, porque se les tiene en concepto de hombres inútiles, apocados, afeminados, demasiadamente sufridos y condescendientes. Al de los últimos, porque son des-

preciados como hombres mujeriegos, inconstantes, injustos y ligeros. En virtud de estas reflexiones he formado yo mi proyecto de no admitir por marido sino á uno que sepa usar de la autoridad que las leyes más respetables le han dado sobre mí, y que consiguientemente quiera que yo me mantenga en aquella sujecion, obediencia y subordinacion qúe son indispensables en el matrimonio, sin permitir por su excesivo amor, ó por su demasiada ligereza, que yo misma me precipite en aquellos abismos de que he hablado hasta aquí.

Calló entonces Madama por un breve espacio para tomar aliento, y volviendo á su discurso, prosiguió de esta manera. Voy ahora á responder á tu segunda pregunta, y á darte razon del motivo que tuve para vestirme de hombre en este retiro, y para hacer que usase del mismo traje toda mi familia, siendo yo y toda ella compuèsta de mujeres, como al contrario, siendo tú hombre te he puesto en precision de vestirte de mujer. En aquellos felices tiempos (prosiguió la dama) en que las mujeres dependian absolutamente de los hombres, estos habian desterrado de sus cuerpos toda femenil cultura, toda mujeril delicadeza, y toda supérflura prolijidad en componerse. Bastábales un traje positivo y aseado que los desviase de la indecencia y de la sordidez, y más aplicados á adornar el alma con las verdaderas virtudes que estima el mundo juicioso, que á enriquecer la mente con la noticia y conocimiento de cosas raras y preciosas, pero mucho menos á desahogar la ostentacion en vestidos cubiertos de plata y oro, á perfumar sus camisas, á rizar sus cabellos, á inventar cada dia nuevas modas de pelucas; eran distinguidos por nobles, no ya por lo suntuoso y brillante de sus galas, sino por el cultivo de sus entendimientos, y el ejemplo de sus cristianas y caballerosas costumbres. Pero cuando con el tiempo fueron poco á poco adquiriendo las mujeres aquella

superioridad y dominio que hoy tienen sobre los hombres, comenzó insensiblemente á pegárseles nuestra natural vanidad, nuestra inclinacion al lujo y nuestras costumbres poco arregladas. Entonces se comunicó del género femenino al masculino la inmoderada inclinacion á dejarse ver en público más con aire de mujeres que con señales de hombres. De aquí nace aquel hacerse todos los dias los rizos con notable pérdida de tiempo; aquel prolijo empolvarse, aquel arrancarse con tenacillas delicadas los pelos de la cara no sin bastante dolor, con otras mil femeniles invenciones tan profundamente arraigadas aun entre los viejos más rugosos y más encorvados, que verdaderamente avergüenzan vuestro nombre y vuestra condicion. Pues ahora, si las mujeres, y la excesiva complacencia que los hombres tienen por ellas han sido la causa principal de un desórden que los degrada hasta olvidarse de aquello que son por hacerse semejantes á lo que no pueden ser, ¿no es medio muy eficaz para hacerlos volver en sí, que nosotras nos vistamos como ellos, ya que ellos se han arrogado nuestro modo de vestir? Y para que conozcan que hoy más somos superiores á ellos, y que los mandamos como si fueran nuestros criados, ¿puede haber cosa más á propósito, que no contentándonos con ser dueñas de sus corazones, queramos tambien serlo de su traje, y consiguientemente, que ellos deban usar el que usábamos nosotras? Pero áun cuando esta parezca una presuncion demasiadamente temeraria, siempre producirá el buen efecto de que los hombres, avergonzándose de sus mujeriles delicadezas, vuelvan á la antigua varonil simplícidad, y deponiendo la indecente ligereza de querer parecerse á las mujeres, recobren aquel grado de autoridad que su sexo tenia sobre el de ellas, y que ellos han dejado perder con tanta indignidad y deshonor.

Esto es lo que pretendió simbolizar un ingénio mujeril en el

misterioso cambio de trajes, que dió motivo á tu segunda pregunta.

Quedo enteramente satisfecho, dije entónces á Madama, y añado sin adulacion, que habiéndose dicho en otro tiempo que serian dichosos todos los pueblos en que solamente los filósofos, fuesen reyes, ó que á lo menos los reyes fuesen filósofos, con mayor razon se pudiera decir, que serian bienaventurados los hombres, si todas las mujeres fueran como vos ó á lo menos pensaran como vos todas las mujeres. Pero suplícoos me dispenseis el favor de dejar totalmente contenta mi curiosidad, satisfaciendo á mi tercera pregunta.

Ya, señor, me respondió, habreis leido muchas veces, como enamorado Júpiter del bellísimo jóven Ganimedes, hijo de Troade, quiso que en lugar de Ebe sirviese á su mesa el oficio de copero. Transformóse Júpiter en águila, y miéntras el descuidado mozo estaba cazando en el monte Ida, é iba en seguimiento de un ciervo, la fingida águila, cogiéndole entre las garras, y y echándosele sobre las alas, le arrebató hasta las nubes, donde le vió su mujer Juno, y dicen todas las leyendas que no le miró con buenos ojos. Todo esto es mera fábula, pero inventada por los griegos no sin algun saborete de moralidad. Yo á lo menos, aunque poco versada en la interpretacion de la teología mitológica, he creido siempre que el rapto de Ganimides por el mayor de todos los dioses, fué efecto de alguna equivocacion que padeció el hijo de Saturno. Vió este aquel bellísimo jovenzuelo troyano: observó que era de una ternísima encarnacion, que no solo no tenia pelo de barba, pero ni aun se asomaba en todo el rostro la más sutil impercetible lanilla, que era todo perfumado, y que estaba vestido á la frigia, más parecido á una mujer que á un hombre; parecióle que no podia haber hombre tan débil y tan vano, que cultivase su cuerpo, como lo hacen

las mujeres con los suyos por un exceso de delicadeza, y deduciendo de aquí, que sin duda cubria tras de aquel disfraz un sexo, que el mismo Júpiter hizo tan famoso con sus frecuentes ridículas transformaciones, le quiso absolutamente en su córte, y arrebatósele al cielo. Saca ahora tú las consecuencias que corresponde á estas premisas, y fácilmente conocerás, que el haber querido yo se pintase en perspectiva el rapto de Ganimedes en la primera antesala donde entraste, no quiere decir otra cosa, sino que los hombres, cuando con el nimio cuidado en pulirse y enganalarse quieren parecer mujeres, son puntualmente tratados como tales, y destinados á los mismos oficios y ministerios que las de nuestro sexo. Y si hubieres observado otras pinturas de la misma antesala, habriais visto al mismo Júpiter vestido de mujer, únicamente por dar gusto á otras mujeres, de la misma manera que se vió el vergonzoso espectáculo de estar hilando Alcides entre las doncellas de Meonia. Fábulas todas que nos hacen conocer y palpar los despreciables que se hacen los hombres cuando se dejan vencer y dominar de nuestro sexo.

Cesó de hablar Madama, habiendo satisfecho plenamente mi curiosidad, temiendo quizá que yo saliese con algun pretexto de nueva dilacion para formar la ley bajo la cual habia de vivir, sirviendo de basa al contrato de nuestros esponsales. Miróme fijamente, y me entregó con mano trémula el pliego en blanco firmado de su puño, diciendo que absolutamente queria depender en todo y por todo de mi gusto y voluntad. Pero yo estaba muy dudoso de lo que habia de hacer. Parecíame que mi amada Irene me estaba hablando al corazon, y que me estaba diciendo debia no aceptar un partido que necesariamente habia de desterrarla á ella de mi memoria. Por otra parte, la virtud de Madama, cuya juiciosa respuesta á mis preguntas,

cada vez descubrian mas y más su grande y bello fondo, me encantaban de manera, que me parecia necedad dejar escapar una ocasion que tenia toda la apariencia de la más rara y más segura felicidad. Mientras tanto, viéndome ella suspenso é indeciso: Animo, señor, me dijo, no tardeis tanto en dictar aquellas leyes que deben servir de pauta á quien merezca la dicha de llamarse mujer vuestra. La prudente legislacion que vos dictáreis será recibida en el mundo por norma universal, y renovareis en él la afortunada memoria de las Pórcias y de las Penélopes. Sereis llamado el Licurgo y el Solon de las mujeres, y servirán de brillante adicion á los Digestos y á los Códigos las prudentísimas leyes que promulgáreis acerca de los matrimonios. Madama, la respondí, no se puede hacer tan de repente una obra de tanta importancia. Dejadme este pliego en mi poder, y á buena cuenta lo primero que deseo de vos, en prueba de aquella ciega sujecion que deseais mostrar en todo al hombre que mereciere ser vuestro marido, es que me deis tiempo para pensar y ponderar los grandes puntos que deben entrar en el Código de las leyes más difíciles que pueden ocurrir en el mundo. Así es, respondió ella, y yo misma conozco que es obra de grande empeño la de querer arreglar los desórdenes y las irregularidades de nuestro sexo, hoy más que nunca intolerante de toda regla y de toda sujecion. Así, pues, tomáos el tiempo que quisiéreis y juzgáreis necesario para acreditaros de un excelente legislador, mientras yo me complazco en el nuevo motivo que me dais para teneros por tanto más digno de mi mano, cuanto ménos prisa mostrais por conseguirla.

Habiéndome librado en esta conformidad del nuevo asalto en que temí peligrase mi constancia, me retiré á mi cuarto, donde despues de lo sucedido con Madama podia estar con toda libertad, seguro de ser puntualmente servido en todo lo que

quisiese mandar. Aquí fué donde nuevamente me puse á considerar con la mayor seriedad lo que debia de hacer, y acordándome de que la pasada y repentina desgracia parecia estarme avisando (como ya dije), que fuese más fiel en el cumplimiento de mi palabra, y en el empeño contraido con el monarca de Madagascar, me puse en consulta conmigo mismo, si se podia conciliar el matrimonio que se me presentaba con el desempeño de aquella primera obligacion. El virtuoso génio de Madama, y su total resignacion á todas mis disposiciones, me hacian esperar que no era capaz de contradecir en la más mínima cosa ninguna resolucion que yo tomase en aquel asunto, antes bien me persuadí á que ella misma querria hacerse mérito y tener parte en una obra tan santa. Parecíame tambien, que si teniamos la fortuna de llegar sanos y salvos á Madagascar, escusaria yo el trabajo de escribir aquellas leyes que deseaba tanto saber, porque ella las aprenderia por sí misma, solo con observar exactamente las costumbres que allí se practicaban; pues una vez que se persuadiese á que se vivia allí muy diferentemente de lo que se usaba en Europa, se alegraria mucho de haber abandonado la pátria, siguiendo sus propias inclinaciones, y estableciéndose bajo un cielo donde los hombres reinaban felizmente como tales. Ya notarán Vds., como hablando ó discurriendo yo de esta manera, me hacia grande violencia á mí mismo, procurando olvidarme de mi primera consorte; y es, que cuando se llega á términos de perder enteramente la esperanza de volver á poseer el bien que una vez se ha perdido, se procura subsistir otros objetos que sirvan de consuelo en los funestos efectos que causa la pérdida del primero.

Formada, pues, esta deliberacion, como ante todas cosas debia tentar, si Madama correspondia con su consentimiento á la esperanza que yo habia concebido, la mañana siguiente me ani-

mé á preguntarla si tendria valor para tomar una resolucion muy superior á la comun y natural timidez de la pusilanimidad de su sexo. Basta, me respondió, que me digais lo que quereis de mí, y la experiencia os enseñará que soy de muy diferente pasta que la mayor parte de las mujeres. Descubríla entónces el grande empeño en que me hallaba, y la pinté con los más vivos colores la obligacion que me corria de procurar á toda costa el bien espiritual de una nacion miserablemente sepultada en las tinieblas de la idolatría ó en la ignorancia de la verdadera religion, de manera que ella misma se ofreció gustosísima á ser mi compañera y mi ayudanta. Nunca (me respondió), me podrian llamar, ni yo podria ser buena casada, si me negara á hacer compañía á mi marido en un viaje que le ha de hacer tanto honor, y en que él ha de adquirir tan gran mérito. Pero, señora (la repliqué), ¡no os espantan los peligros de tan larga navegacion, expuesta á furiosas tempestades, á violencia de corsarios y á crueles tratamientos de los bárbaros! Todos esos grandiosos motivos de espanto y de terror (me respondió), se me ofrecieron á la imaginacion con la mayor viveza al mismo tiempo que me estábais haciendo la proposicion; pero todos ellos me parecieron vanos espantajos y despreciables niñerías, en comparacion del gran bien que por medio de esos peligros podemos hacer á nuestros prójimos. Siendo eso así (repliqué yo), conviene que todavía me adelante á haceros otra proposicion. Que una mujer ya casada se resuelva á seguir á su marido sin hacer aprecio de trabajos, incomodidades ni peligros, puede atribuirse á efecto de un amor impetuoso y violento, ó á una especie de ternura no del todo virtuosa. Ni faltaria tampoco quien calificase de pasion desordenada por un esposo el emprender un viaje tan largo y tan lleno de peligros. Por tanto es menester que vos no os mostreis sujeta á semejantes flaque-

zas, aunque ellas sean de tal calidad que no solo merezcan fácil perdon, sino que tal vez podrian ser aplaudidas. Así que, será preciso que consintais en que se dilate nuestro matrimonio hasta que lleguemos á Madagascar; dilacion por otra parte muy necesaria para que los dos, libres de todo otro vínculo, podamos atender únicamente y con toda libertad á promover el santo fin que á nosotros nos ha de producir tanto mérito, y ha de ceder en tanta gloria de nuestra santa religion. No se inmutó Madama al oir este nuevo proyecto, antes bien convino prontamente en él con semblante risueño y resignado: por lo que habiendo quedado ámbos de acuerdo, desde aquel mismo punto nos tratamos con entera libertad. Todas nuestras conversaciones eran acerca del grande fin á que se habia de dirigir nuestro viaje, y llena ella misma de un religioso entusiasmo digno de su grande espíritu, se mostraba sumamente ansiosa y áun impaciente porque cuanto antes se diese principio á la gran obra que traiamos entre manos.

CAPITULO XV.

Historia de Eugenia. Navegacion por el Mediterráneo. Esclavitud de Tunez: líbrase de ella el jóven Siciliano y restitúyese á Mazara.

Aprontóse luego para dar principio á la grande empresa una considerable cantidad de dinero, con la venta de muchas alhajas y varias posesiones de Madama. Hizo venir de cierto lugarcillo el más vecino á Melazo á un confidente suyo, á quien nombró por administrador general de todos sus bienes, dispuso su testamento, y cuando llegamos á Mecina, le puso en manos de algunos señores de aquella ciudad para que le abriesen é hiciesen ejecutar, si al cabo de veinte años no volvia á ella. Estaba yo admirando en todas aquellas disposiciones el juicio, la prudencia y el valor de aquella gran mujer. Mostraba la mayor serenidad en medio de todo lo que hacia para abandonar su casa, sus posesiones, su pátria y hasta su mismo reposo. Veia en ella otra Irene, tanto por la virtud como por el amor que me profesaba; y veia tambien otro Isidoro, no menos por la intrepidez, que por un espíritu superior á todas las empresas y dificultades. Una sola persona unia en sí todas las prendas de aquella y de este, pareciéndome que el cielo me la habia dado á conocer por un camino tan extraordinario para consuelo y confortacion mia en la pérdida de aquellas otras dos amabílisimas personas. Pasado el término de un mes, de que tuvimos necesidad para

nuestras disposiciones, partimos de Sicilia y tomamos el camino de Roma, llevando con nosotros un solo criado, en lugar de las muchas mujeres que componian su familia. Desembarcamos en Calabria, pasamos á Nápoles, y desde aquí nos dirigimos á la cabeza del mundo católico. Fácilmente se imaginará cualquiera, que durante este viaje tendria yo gran gana de saber quién era Madama, su nombre, su calidad y que no la tendria ella menos de saber quién era yo, como tambien los principales sucesos de mi vida. Ni ella ni yo habiamos tenido tiempo en lo pasado para satisfacer nuestra curiosidad en este particular, ocupados ambos en la importancia de las cosas á que debiamos atender, asegurándome ella lo mucho que la habia gustado este mi silencio, infiriendo de él mi loable indiferencia en todo aquello que no era sustancial.

Miéntras tanto, hé aquí como ella me informó de todas sus cosas. Yo (dijo) nací en Cerdeña; mi pátria fué la ciudad de Cáller, mis padres ambos de ilustres familias, y mi nombre es Eugenia. Quedé huerfana de poca edad bajo la tutela de algunos parientes mios. Apenas entré en los años de juventud, luego fuí cortejada de muchos, y pretendida por esposa de no pocos. Probablemente deseaban más mis bienes que mi persona; porque en una niña de doce años no puede haber atractivo que interese el amor de los hombres. Los que me pretendian se valieron de todos los medios que juzgaron más eficaces para ganar mi voluntad, pero criada con todo aquel retiro que es indispensable singularmente en una doncella que nació con obligaciones, no pudiendo corromper á las que me guardaban, ni contrastar mi resignacion á lo que dispusiesen los que me tenian á su cargo. Venia con frecuencia á visitarme un buen viejo que era tio de mi difunta madre, y viendo en mí un entendimiento perspicaz para lo que lleva de suyo el de una mujer y una niña

me daba bellísimas lecciones, las cuales me hicieron concebir una mortal aversion al moderno modo de vivir que se usa hoy en el mundo.

Contaba ya catorce años, cuando un temerario intentó el rapto de mi persona contra toda mi voluntad. Era un hombre rico de Sásari, que juntaba un intolerable orgullo á una grandísima ambicion. Afectaba grande introducion y amistad con el virey de la Isla, por cuyo motivo residia en Cáller lo más del tiempo. Vióme, enamoróse de mí, pidióme á mis parientes, diéronle repulsa, y despechado intentó el rapto que llevo dicho. Salióle bien el intento, y me arrebató violentamente de entre los brazos de mis mujeres, estando con ellas en una casa de campo. Lleváronme por fuerza á Sásari, y desde allí á Castel Aragonés, donde tenia bienes aquel hombre, á quien ví en aquel sitio por la primera vez, habiendo estado hasta entónces en manos de sus criados. Presentóseme muy ataviado y cubierto de plata y oro, ni más ni ménos como un petimetre de París: afectaba un grandísimo respeto por mi persona, y se persuadió á que fácilmente ganaria mi corazon con sus lisonjas, requiebros y monerías que por las lecciones de mi tio miraba yo ya con tanto horror. Cuando vió que nada adelantaba con aquella afectadísima dulzura, resolvió darse á conocer por lo que verdaderamente era. A los requiebros y á las lisonjas sucedieron las amenazas, desprecios y malos tratamientos. Y queriendo atemorizarme, ya que no habia podido reducirme á corresponderle, dispuso que me encerrasen en un estrecho camarote, que tenia todo el aire de prision. Pero mientras tanto, formado y concluido por la justicia el proceso de mi rapto, y comunicada por requisitorias la sentencia de su prision á todos los jueces y magistrados de la Isla, se vió precisado á salir de ella para evitar el castigo que merecia su temeridad. Dejó órden para que yo le siguiese, y fuí conducida

al mar, donde estaba ya prevenido un barco que me trasportó á la isla de Córcega. Desde allí hizo grandes diligencias para que se le permitiese volver libremente á su pátria, ya por medio del dinero, y ya por los buenos oficios de su protector el virey. Pero como la injuria que en mi persona habia hecho á toda mi ilustre familia era tan grave que no se podia disimular sin alguna proporcionada satisfaccion, todos los pasos del virey fueron inútiles. Entonces fué cuando resolvió una cosa digna de su perverso corazon. Determinó hacer que secretamente me quitasen la vida, y publicar despues que habia muerto de muerte natural; pareciéndole que faltando la causa de su destierro seria fácil que cesasen sus efectos, y que perdida en mis parientes la esperanza de volver á verme, poco á poco se iria enfriando en ellos el calor de sus instancias sobre su castigo. Dió pues la órden de la funesta ejecucion á cierto camarero suyo de toda su confianza. Este la hubiera ejecutado, á no haber sido superior la compasion del criado á la ferocidad del amo. Se escusó pues del ejercicio de tan bárbaro como cruel ministerio, y habiéndome confiado la comision que tenia, me aconsejó que me escapase en su compañía á donde él estuviese seguro de la persecucion do su amo, y yo me viese restituida á mi primera libertad. Así que, cuando mi furioso robador me consideraba muerta en un bosque, á donde él mismo me habia enviado, acompañada de su camarero con pretesto de divertirme, dicho camarero tenia ya dispuesto todo lo necesario para nuestra fuga. Con efecto, nos escapamos los dos, y habiéndonos embarcado, aportamos prósperamente á la Bastía, donde me hospedó en su casa un comerciante genovés, y pocos dias despues, avisados mis parientes de Cáller, vinieron por mí y me restituyeron á Cerdeña. El camarero á quien yo debia la vida fué largamente recompensado, y habiendo sig-

nificado su deseo de quedarse en nuestro servicio, fué al instante admitido en él, señalándole un decente salario. Hallándose mientras tanto desterrado y vagamundo mi atrevido robador, contínuamente escribia cartas ciegas, amenazando las vidas de mis parientes y la mia, si no alzàbamos la mano de las instancias que se hacian con la justicia sobre su castigo. Por otra parte no perdonaba dinero para corromper á los jueces, y añadiéndose á esto la autoridad del virey, que á todo trance queria ver levantado el destierro de su favorecido, temiendo yo otra nueva violencia determiné ausentarme de un cielo que parecia mirarme con ceño desde mis primeros años. Dejé pues la Cerdeña y me retiré á Sicilia, donde mi familia habia tenido antiguo orígen. Lo que sucedió despues con mi perverso perseguidor, no lo sé, porque habiendo muerto mis parientes poco tienmo despues que yo me retiré de Cáller, ninguna correspondencia tuve en aquella ciudad. Antes bien, habiendo determinado no volver jamás á ella, vendí todos los bienes que allí tenia, salvo algunos que cambié por otros equivalentes en Sicilia, donde me establecí últimamente con ánimo de fijar aquí mi perpétua residencia.

Pero tardó poco en levantarse otra nueva tempestad, que turbó mi calma y mi sosiego. Aquel mismo criado que habia sido mi libertador, pretendió con el tiempo hacerse mi traidor y mi tirano. Quiso seguirme en mi partida de Cáller, y cuando me vió establecida en Melazo, que escogí por domicilio mio, habiendo comprado allí una buena casa, comenzó á traerme á la memoria la obligacion que le tenia, por haber sido el libertador de mi vida, y lo agradecida que le debia estar por un servicio de aquella importancia, adelantándose á proponerme que un beneficio como aquel solo podia ser correspondido con darle la mano de esposa, pues parecia razon que estando viva por

él, para él solo debia vivir. Pero como era un hombre de baja condicion, y por otra parte sus costumbres eran muy contrarias á las mias, al principio procuré diestramente insinuarle que estaba abundantísimamente premiado por lo que habia hecho por mí, y que no tenia razon para pretender más. Pero viendo que todavía insistia neciamente en su temeraria pretension, claramente le dije que no debia pensar en ello. No por eso desistió de su loco pensamiento, antes bien le llevó adelante con mayor pertinacia, tanto que me ví precisada á despedirle de mi servicio. Es indecible lo que trabajó y revolvió para que yo le volviese á admitir en él; más, gracias al Señor, todo fué en vano, y yo me ví libre de un hombre tan peligroso. Dos años há que me hallo en este estado, y no es menester repetir ahora lo que ya te dije de otros pretendientes. Lo cierto es que de todos me libré, sin obligarme jamás á ninguno, y siendo dueña absoluta de mi arbitrio quiero sujetarle enteramente á vos sólo, que me habeis dado tantas pruebas de merecerlo.

Así terminó Eugenia la relacion de sus aventuras, y conociendo por la que yo la hice de las mias lo muy agitado que me habia visto por las varias revoluciones de mi fortuna, mostró admirarse mucho de la intrepidez con que me queria nuevamente exponer á todos los peligros de sus volubles extravagancias. Luego que llegamos á Roma fuí á buscar al neófito Dagal en el albergue donde le habia dejado. Pero quedé sumamente contristado cuando me dijeron que pocos dias antes habia partido á Neptuno con ánimo de embarcarse para España. Pregunté si le acompañaba alguno, y se me respondió, que además de dos religiosos le acompañaban otros dos seglares, cuyos nombres ignoraban, siendo ámbos forasteros y desconocidos. Más sorprendida quedó Eugenia que yo con esta noticia; pero

no perdamos el tiempo, me dijo, en inútiles discursos; sigámoslos cuanto antes. ¿Quién sabe si tendremos la fortuna de encontrarlos antes que se embarquen? Y caso que ya se hayan embarcado, nos podremos fácilmente informar á qué puerto de España se dirigieron. Ejecutóse á la letra el consejo de la prudente mujer. Partimos inmediatamente á Neptuno sin detenernos en Roma; más ya Dagal habia zarpado en una embarcacion para Alicante. Nososros no le pudimos seguir hasta despues de una semana, en que cierta fragata mercantil disponia hacerse á la vela para aquella escala. Fué muy feliz el principio de nuestra navegacion, y acaso hubiera proseguido toda con igual felicidad, si á la mitad del viaje no hubiéramos sido apresados por dos navíos de Tunez. Defendímonos inútilmente, pues al cabo nos vimos obligados á rendirnos. A todos nos cautivaron, y repartida la presa, me tocó á mí por amo un moro que pasaba de cuarenta años. Luego que desembarcamos en Túnez, me destinó mi patron al cultivo de su jardin. A pesar de mi poca habilidad para aquel oficio, me ví precisado á ejercitarle, y á fuerza de observar lo que hacian otros esclavos, salí un jardinero singular para lo que se usaba en aquel país. Mientras tanto nada sabia del destino de mi Eugenia, y cuando me acordaba que por mí habia abandonado su pátria y se veia en poder de una gente que tenia tan poco ó tan ningun respeto á la honestidad, se me partia el corazon de dolor.

No salia del recinto de la casa de mi patron, sino en compañía de otros esclavos del mismo cuando íbamos todos juntos por agua á una fuente que distaba como media milla del jardin. Concurrian á ella otros muchos esclavos de diferentes amos, y un dia observé á uno, cuya cara me parecia haber visto en otra parte. Encontráronse en una ocasion sus ojos con los mios, y mirándonos fijamente el uno al otro, él fué el primero

que se adelantó á saludarme, diciéndome: ¿No es Vd. el señor César? Ese es mi nombre, le respondí; pero aunque me parece haber visto muchas veces esa cara, no me es posible caer en cuenta de quién sois vos. Pues qué, me replicó, ¿no se acuerda Vd. de su antiguo huésped Cefaleno? ¡Ah! (repuse yo torciendo el hocico y volviendo la cara á otra parte), ¿con que tú eres el famoso Demetrio? Vete con Dios, que bien merecido tenias haber caido en manos de estos bárbaros despues de la alevosa traicion que urdiste, atropellando todas las leyes de la hospitalidad contra uno de quien te profesabas tan amigo. Teneis mucha razon, me respondió, y es muy justo vuestro sentimiento. Yo mismo conozco que tenia bien merecida la esclavitud que estoy sufriendo muchos años há. Pero con todo espero ahora borrar en parte el feo delito que cometí contra vos, mediante un servicio que tengo por cierto me agradecereis, si es que deseais vuestra libertad. Al oir este dulce nombre, cuya felicidad no se conoce hasta que se pierde, volví á mirar con buenos ojos á Demetrio, y le pregunté cómo habia de gobernar aquel arriesgado lance. Yo (me respondió), tengo secreta correspondencia con cierta mujer europea de singular belleza, que está en el serrallo del bey. Esta me ha prometido grandes cosas si logro libertarla del peligro de ser algun dia sacrificada á la lascivia de su amo, y tengo ya dispuestas las cosas de manera que dentro de dos ó tres dias espero salir felizmente con mi empresa. Si mañana volviéreis á este sitio, yo os informaré del modo con que podais juntaros con nosotros, y restituiros á tierra de cristianos. Diciendo esto, él partió, y yo me volví con mis compañeros á nuestra comun habitacion. Cuando amaneció el dia siguiente, estaba esperando con grandísima impaciencia que llegase la hora de ir á la fuente por agua. Parecíame que tardaba más de lo ordinario, y estaba temiendo que por aquel

dia se suspendiese la jornada acostumbrada. Pero finalmente oí la señal que se daba cuando éramos llamados á ejercer aquel oficio.

Caminé solícito y apresurado para llegar antes que los otros á la fuente, donde encontré ya á Demetrio que me estaba aguardando.

Señor César, me dijo luego que me vió, tome usted esta escalera de cordeles, y sírvase de ella para salir de la casa de su amo.

Cuando vea una llama á la orilla del mar, váyase derecho á ella, y allí encontrará una lancha que le conducirá á lugar seguro.

Entregóme la escala envuelta en un trapo, que metí luego en el bolsillo, y apartándome de él, fuí á llenar de agua mi vasija, y cuando llegaron los otros, contra toda mi costumbre les dí priesa para que llenasen luego las suyas, y nos volviésemos á casa cuanto antes, fingiendo que tenia mucho que hacer en el jardin.

Luego que me ví en él, registré todos los sitios de la muralla que caia á la playa, y noté el que me pareció más á propósito para descolgarme por él, como lo hice cuando cerró la noche oscura, ayudándome de la escala que tenia prevenida, y todo me salió á pedir de boca.

Tardé poco ó nada en descubrir la llama que me debia servir de guia, y dirigiendo á ella mis pasos por medio del arenal, en ménos de media hora me hallé cerca de la orilla.

Cuando Demetrio sintió pasos de gente que se acercaba, teniendo por cierto que seria yo, me salió al encuentro, y viendo que no se habia engañado, me hizo entrar en un bote que me condujo á una barca, donde habia ya varias personas que todas tenian traza de ser esclavos ó cautivos.

Poco despues subió á ella el mismo Demetrio; izáronse las velas al viento, y los marineros ayudaron tambien á caminar al buque á fuerza de remo.

Toda la noche fué plácida y serena, y al despuntar la aurora, tomada la altura, nos hallamos á cincuenta leguas distantes de la costa de Africa.

Continuaba próspero el viento, y teniamos esperanza de llegar por la noche á la mitad de nuestro viaje; pero hácia el medio dia comenzó á levantarse un austro violento é impetuoso, á conmoverse y alborotarse las olas, formándose la más terrible tempestad que jamás haya leido yo pintada por los poetas.

Nos vimos precisados á abandonarnos á merced de las montañas de agua que se levantaban, y despúes de haber andado toda la noche vagueando por el Mediterráneo, siendo juguete de las olas y de los torbellinos de agua, al salir del sol nos hallamos á tiro de cañon vecinos á un gran escollo de terrible aspecto, rodeado todo de peñascos que despuntaban á flor del agua, y amenazaban un inevitable naufragio.

No fué posible al piloto impedir que nuestra barca no diese contra ellos. Encalló, abrióse y comenzó á hacer agua por varias partes. Cada cual procuró salvarse como pudo: yo tuve la fortuna de nadar á un seno que formaba el terrible y ya vecinísimo escollo, y habiendo asentado el pié en tierra firme, rendí mil gracias al cielo por haberme librado del peligro en que estaba viendo perecer la mayor parte de nuestro equipaje.

Pero habiéndome librado del naufragio, me veia expuesto á otro género de muerte. Consideraba desierto y deshabitado aquel escollo, donde solo descubria la vista peñascos escabrosos y desnudos, pegados unos á otros, y desde luego consentí en que era inevitable mi muerte á manos de la hambre.

Lleno de estos tristes y funestos pensamientos me tendí en el suelo, lanzando del pecho profundísimos suspiros nacidos de la desesperacion, cuando ví que se llegaron á mi dos viejos venerables, y me convidaron á que fuese con ellos á donde podria recobrarme de lo que habia padecido en la tormenta. Álcé los ojos, mirélos enternecido, y no encontrando palabras para explicar mi consuelo, me levanté como pude de la tierra, y los seguí pensativo y taciturno. Tomáronme en medio de los dos, y conociendo lo abatido que me hallaba, comenzaron á confortarme con dulcísimas palabras.

Hijo (me dijeron cuando entramos en una estrechísima senda, formada en la peña viva, y señalándome una choza que se descubria á bastante distancia), aquella es nuestra pobre habitacion, donde privados de todo, menos de una santa paz y nunca interrumpida quietud, vivimos distantes del estrépito y de los peligros del mundo.

Cincuenta años há, que arrojados como tú de una tempestad en este islote de peñas, vivimos aquí alegres y tranquilos sin haber pensado jamás en abandonar esta vida.

Entre las muchas personas que durante este largo tiempo el mar nos ha enviado por huéspedes, ninguno ha tenido valor para quedarse con nosotros: todos se han aprovechado de las ocasiones bastantemente frecuentes de alguna embarcacion que pase para contentar su inclinacion de volver á tentar la inconstancia de la fortuna.

Damos por supuesto que tú harás lo mismo que los otros, y así consuélate que nosotros, estando como estamos siempre alerta sobre la cima de estas peñas para descubrir las embarcaciones que navegan por estas cercanías, te propondremos medios á escoger para que salgas de esta soledad cuando quisieres. Miéntras tanto llegamos á la choza, fabricada de cañas

y de juncos, con dos divisiones, en que vivian los dos viejos, sirviéndoles de cama dos haces de aquella alga, ó yerba marina que arroja á las orillas el mar, despues de enjutos y bien secados al sol.

Manteníanse de cierta frutilla silvestre, producida de aquellas zarzas ó matorrales que nacian en medio de los peñascos, y un manantial de agua clara que brotaba de una peña viva, le suministraba toda su bebida.

Dichosos ellos y todos los demás que se contentáren con la misma simplicidad. Informéles yo de todas mis aventuras, y viví en su compañía un mes, antes que pareciese en aquellos mares alguna embarcacion.

Finalmente, una galera toscana, no sé por qué casualidad vino á dar fondo una noche á poca distancia del peñon: conocímoslo por el estrépito que hacia la chusma de la tripulacion, y encendida una hoguera para avisar que habia gente en el islote, luego que amaneció despacharon en el bote quien viniese á reconocernos.

Entónces me dijo uno de los viejos: ea, ya ha llegado el tiempo en que nos has de dejar. Acuérdate de que hasta ahora toda la vida has sido el juguete de la fortuna; sabe Dios si esta se ha cansado ya, y si habrá fijado su rueda.

Trata de vivir con aquel juicio y con aquella prudencia que deben haberte enseñado las cosas pasadas, y cuando te hallares en algun lugar donde te encuentres bien, haz cuenta que es pátria tuya, establécete en él, y no te dejes llevar del prurito de ver mundo, ni le abandones sin grande necesidad.

Despues de haber oido este prudente consejo con el mayor aprecio, y con igual docilidad, me despedí de los dos viejos, fuí admitido en la galera toscana, la cual hizo escala en Sicilia, donde me dejó más desconsolado de lo que estaba la última

vez que partí de ella. Aquí, despues de haber vuelto á la administracion de todos mis bienes, determiné fijarme, abandonando todo otro pensamiento, ocupado únicamente en llorar la muerte de Irene, la pérdida de Eugenia, y el trágico fin de mi amado Isidoro.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

TERCERA PARTE.



EL PADRE ISLA.

GENEALOGÍA

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA

CONTINUACION

DE LA VIDA DE ESTE FAMOSO SUGETO,

POR SU HIJO

DON ALFONSO BLAS DE LIRIA.

RESTITUIDA

Á LA LENGUA ORIGINAL EN QUE SE ESCRIBIÓ

POR EL TENIENTE CORONEL

D. BERNARDO MARÍA DE CALZADA.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. LABAJOS, EDITOR,
calle de la Cabeza, núm. 27.

1877.

EL TRADUCTOR

A LOS LECTORES.

Años há que llegó á mi noticia la existencia de un libro francés, anónimo, que aseguraba ser la verdadera continuacion y conclusion de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, robadas á España por *Lesage*. Desde entónces concebí deseos y esperanzas de poderle leer algun dia, y con este fin dí muchos pasos, bien que inútiles. Pero, cuando ménos lo esperaba, tuve el gusto de que un buen amigo mio, dueño de una vasta y escogida biblioteca, me franquease el apetecido libro, no solo para leerle, sino tambien para traducirle. Empecé su lectura con desconfianza, mas la acabé con satisfaccion; porque ví que el estilo de la obra, el tejido natural de los sucesos, el punto desde donde se parte para continuarla, su sana moral y la sátira fina de las costumbres del tiempo en que se escribia, eran partes constituyentes del manuscrito español, que pasó los Pirineos para hacerse francés. El estilo del original es el estilo mismo del que tradujo y acomodó á su lengua francesa las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, y salen al apoyo de esta, más que presuncion, evidencia, aquellos ciertos modos de expresar los conceptos que caracterizan los escritos de un

autor. Confio en que mis lectores serán de igual dictámen, luego que hubieren leido (aunque harto desfigurados por mi traduccion), los dos tomos que les presento, como los únicos que, hasta ahora, pueden, con justicia, llamarse continuacion de las *Aventuras de Gil Blas*.

Leida, pues, la obra, me resolví á traducirla, sin otra intencion que la de conservarla manuscrita. Así lo verifiqué, y quedó sepultado entre mis papeles el trabajo, temeroso de empalagar con él al público, acostumbrado á leer la hermosa traduccion, en cuatro tomos, de las *Aventuras de Gil Blas*, debida, en su mayor parte, al célebre padre Isla, cuya superioridad reconozco y venero. Mas, vista la reciente publicacion de los tres tomítos que se han añadido á los cuatro antiguos, gradué mi silencio de pública defraudacion; y por tanto, me determiné á dar á luz el manuscrito, para que, cotejadas ámbas continuaciones, se declarase el público á favor de la que más le agradase. Cuáles hayan sido las razones del autor para publicar anónimo su libro, ni me compete averiguar, ni seria posible conseguir. Está impreso en Amsterdam, año 1744, y adornado con láminas.



VIDA DE D. ALFONSO BLAS DE LIRIA,

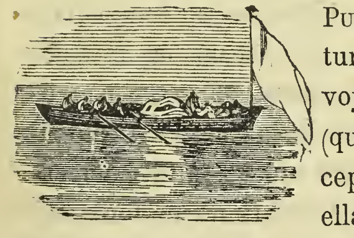
HIJO DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

EN LA CUAL SE COMPLETA LA OBRA DE SU FAMOSO PADRE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Educacion de Alfonso. Llega Scipion de América.



PUBLICADAS ya por mi padre sus aventuras, me pareció necesario dar, como voy á darla, noticia de nuestra familia, (quizá no esperada) por el humilde concepto que puede haberse formado de ella. El público, que ha recibido con tanto aprecio la obra de mi padre, y que continúa manifestándola su aprobacion, verá, que, si mi orígen no es del todo lim-

pio, por parte de mi padre, es limpísimo por la de mi madre, pues cuenta una larga série de ascendientes ilustrísimos. En efecto, dicha señora fué de una familia sin mezcla de sangre mora ni judía: honra de que pocas casas, aun entre las más ilustres, pueden gloriarse. Aparte de esto, tenia conexiones con las más de las principales casas de España. Tuvieron mis padres dos hijos. Yo soy el menor. Desde la edad de cinco años me educaron en casa de D. Alfonso, mi padrino, quien, por hallarse sin hijos, me pidió á mis padres, y les prometió, no solamente encargarse de mi educacion, sino tambien de mi fortuna y establecimiento.

Poco despues de la desgracia del conde de Olivares, tuvo el rey por conveniente dar á otro el vireinato de Aragon, que mi patron servia. Esto se hizo á estilo de córte, quiero decir, elogiando mucho á mi padrino, por lo bien que habia desempeñado sus funciones en tan eminente puesto, y sazonando el elogio con una pension proporcionada á su nacimiento y dignidad. Se retiró á sus haciendas, y en ellas pasaba una vida quieta y solitaria, en cuanto era compatible con una persona de su clase y calidad, generalmente estimada de todas las gentes del país. Pasaba lo más del tiempo en su biblioteca ó en conversacion con doña Serafina, su esposa, aficionadísima á las matemáticas, ó bien con su capellan, hombre de lectura, científico, modesto y sólidamente piadoso. Tenia, además, en su compañía á un caballero aleman, sugeto de juicio, que picaba en filósofo, poseia medianamente las lenguas muertas, y hablaba, con regular facilidad, algunas de las principales de la Europa. A este pidió D. Alfonso que tomara á su cargo mi educacion. El buen caballero se me aficionó tanto, que casi de contínuo me tenia entre sus brazos. Como siempre hablaba latin, apenas cumplí ocho años cuando hablaba yo dicha lengua casi mejor y con

más facilidad que la española. Mi ilustre patron, que honraba á mi padre con su proteccion y benevolencia, iba de tiempo en tiempo, con doña Serafina, á pasar un par de meses en Liria, y se llevaba tambien consigo al capellan, al caballero aleman y á mí.

Pasáronse los años primeros de mi educacion entre cuidados, atenciones y caricias, que no traspasaron los justos límites prescriptos por la prudencia y el discernimiento. A los trece años ya poseia, igualmente bien, las lenguas latina, alemana, italiana y francesa, además de mi lengua materna. Entónces juzgó D. Alfonso, que ya era tiempo de ponerme en la Universidad de Salamanca. Envióme á ella bajo la direccion de don Juan de Steinbock, que así se llamaba el caballero aleman encargado hasta entónces de mi educacion, y nos dió, para nuestro servicio, dos criados de librea.

Mi preceptor, que me amaba como padre, trabajó mucho para adelantarme en los estudios. No descuidó cosa que pudiera contribuir á inspirarme á tiempo sentimientos honrados y justos. En una palabra, puso toda su atencion en hacerme buen cristiano. A ninguna parte podia ir sin que me acompañara. No sufria que tuviese yo visitas, ni que me familiarizase con jóvenes de conducta sospechosa, cuyos malos ejemplos pudiesen viciarme. Y como yo le queria tanto por sus modos agasajadores, nada tenia para mí de repugnante aquel género de vida.

Tan contento me hallaba en su compañía como en la de los jóvenes de mi edad. Este prudente ayo no me rehusaba entretenimiento alguno, que fuese honesto y conveniente; y se manejaba conmigo de tal manera, que el estudio más me parecia diversion, que penosa tarea. No podria yo decir, con puntualidad, cuanto nos pasaba D. Alfonso para nuestro gasto anual;

pero ello es que teniamos tres buenos caballos, bien mantenidos; y yo siempre la bolsa tan bien provista, que compraba cuantos libros queria, y hacia otros varios gastos; y, cuando se me acababa el dinero, volvia á proveerme D. Juan, sin pedirme cuentas. Sabia muy bien cómo lo gastaba yo; y puedo decir con verdad, que no malgasté una peseta en dos años que estuvimos en Salamanca, sin haber visitado todavía á D. Alfonso, ni á mis padres.

Era yo inclinadísimo al estudio, y me daba á él con tanto más gusto, cuanto mi amable ayo procuraba allanarme todas las dificultades que me ocurrian; y, por lo mismo, nunca busqué pretextos para acortar las horas del trabajo. Empleaba el tiempo desocupado en aprender el dibujo, cosa que me entretenia muchísimo; y tambien gustaba de pasearme con mi maestro, y con un jóven llamado D. Joseph de la Cerda. Este llevaba consigo á un hidalgo, que cuidaba de su educacion, y de que no contragese amistades con sugetos de mala conducta y de viciadas costumbres.

Era D. Joseph sobrino del duque de Medinaceli. Hicímonos tan amigos, que por milagro no estábamos juntos en las horas de recreacion. Nuestros ayos, ámbos honrados y eruditos, vivian tan unidos como sus educandos. Procurábamos con frecuencia divertirnos, y casi siempre comiamos juntos, ya en el cuarto de D. Joseph y ya en el mio. En fin, llegó el caso de que don Alfonso nos llamase; pues, por lo que D. Juan le habia escrito de mis progresos en el estudio, juzgó ser ya tiempo de que yo viajase por la Europa, para estudiar en el gran libro del mundo.

Despedímonos de D. Joseph y de su maestro; y mi amigo me honró con la oferta de continuarme su amistad y servicios, si alguna vez llegaba á necesitarlos. Al llegar á Leyva, tuvimos

el gusto de encontrar allí reunidas las familias de Liria y de Juntella, convidadas por D. Alfonso y doña Serafina, para pasar las Páscuas en aquella casa de campo.

No me detendré en el recibimiento que nos hicieron. Baste decir que fué tal cual podiamos esperarlo de un generoso patron, satisfecho de mi conducta, y de unos amantes padres, que habian pasado dos años sin ver á un hijo, que no les habia causado el menor disgusto.

Despues de los primeros cumplimientos, pregunté por mi hermano. Dijéronme que habia ido á pescar, y que, cuando salia desde por la mañana á estas diversiones, no volvia hasta la noche. D. Juan de Juntella, mi tio, se complació en informarme de su génio: me lo pintó como un hidalgo lugareño, muy instruido en todo lo perteneciente á caza y pesca; que no tenia igual en toda la Monarquía para esto de conocer los caballos y perros más aptos á la fatiga; que no habia hombre que mejor cazase; que no tenia compañero en la pesca; que en la caza tanto hacia á pluma como á pelo; y que el más armonioso concierto de música no lisongeaba tanto sus orejas como los ladridos de una sarta de galgos. (Tan versado estaba en el idioma perruno). Que en la estacion de la pesca, prosiguió mi tio, hacia de toda clase de anzuelos para pescar con caña; que nadie conocia mejor que él qué especie de cebo correspondia á cada género de pescado; que en tiempo de perdices no cazaria, por el mundo todo, con perro que él mismo no hubiese enseñado; y que, en lo tocante á caza de redes, era tan delicado, que no se servia de red hecha por agena mano. En fin, segun mi amado tio, mi hermano era un caballero de lugar completísimo. Apostaré, continuó mi tio, á que nunca irá á la córte, porque lo tienen embelesado las delicias de la vida campreste. Y de hecho, añadió, solo en el campo se halla la felicidad verdadera;

cosa facilísima de probar con ejemplos de muchos personages, que, despues de haber buscado largo tiempo la apetecida felicidad en medio del tumulto mundano, ó en la pompa y grandeza de la córte, conocieron al fin lo vano de sus diligencias, y tomaron el sàbio partido de buscarla en los inocentes entretenimientos de una vida campestre y retirada.

Por cierto, interrumpió mi padre, que, entre su madre y tú, me habeis perdido á ese muchacho. Yo por mí le hubiera dedicado á las ciencias, y hecho de ál algo de bueno, para que hubiese sido de alguna utilidad á su pátria, y dado un cierto realce á su familia, porque no dejan, á la verdad, de necesitarse relevantes virtudes para tapar la bajeza de mi nacimiento. Pero ya se ve, por una parte mi señora mujer, segun la laudable costumbre de las madres, no quiso que su hijo estudiara, temerosa de que se le alterase la salud; y por otra tú, con tu indulgencia, y con haber lisongeado tanto su pasion á la caza y á otros entretenimientos semejantes, has aumentado su pereza natural, y por decirlo así, fortificado y fomentado su aversion al estudio, de manera, que solo podrá servir para ejercer un vil empleo en alguna perrera ó caballeriza.—¡Virgen santa! exclamó mi madre: pues ¿no ves que el pobre niño se ha criado tan débil, que hubiera acabado con él la aplieacion? Y luego ¿de qué le servirian las ciencias? Acaso ¿no tiene en la generosidad de D. Alfonso, y en lo que has ganado con tus servicios, más de lo que necesita para satisfacer la ambicion de todo hombre que se contentare con lo necesario para las necesidades de la vida?..... Y aun puedes añadir, repuso el tio, mi hacienda de Juntella, porque ya ves que no tengo hijos.—Muy bien, dijo mi padre; pero, mujer, ¿no te acuerdas de que tienes otro hijo? ¿Lo has olvidado? Debo creer que sí porque todo se lo das á Sancho. ¿Qué te ha hecho Alfonso?—Por eso no os inquieteis, inter-

rumpió mi buen padrino: ¿no me lo habeis dado? Doña Dorotea me hace justicia, creyendo que serian superfluos los cuidados que emplease en Alfonso.

Hice una profunda cortesía á mi padrino, y, al ir á darle las más humildes gracias, me ganó por la mano mi preceptor. Si bastan, dijo á mi patron, para merecer la continuacion de vuestras finezas, sentimientos afectuosos, y agradecimiento sumo, salgo por fiador de que siempre tendrá en vuestra persona, señor, un patron afecto y generoso.—Añadió doña Serafina, que no dudaba de que Alfonso, cuyo buen carácter conocia, y más con las justas ideas inspiradas por D. Juan de Steinbock, diese cada dia á su padrino nuevos motivos de aplaudirse de su generosidad, si generosidad podia llamarse lo que, en substancia, era pagar en la persona del hijo una parte de lo debido al padre.

Mientras estos cumplimientos, se habia preparado la cena, porque ya era tarde cuando llegamos á Leyva. Presentóse á la sazon el capellan, nos felicitó sobre nuestra llegada, y nos hizo á ambos un cumplimiento corto, pero finísimo: á mi ayo sobre lo mucho y bien que habia cuidado de mi educacion, y á mí sobre el modo con que habia correspondido.

Apenas nos sentamos á la mesa, cuando llegó mi hermano de la caza. Por lo que mi padre dijo de él, formé tal idea, que, si no lo creí un rústico hecho y derecho, por lo ménos le gradué de un hidalgo grosero. De ello me resultó un agradable desengaño, cuando, en vez de un labrador tosco, vi en él un jóven de bello aire, bien formado, galan, agasajador, urbano, juicioso, vivo y prudente. Embelesado quedé del cariñoso abrazo que me dió, y tambien del cumplimieno breve y expresivo que hizo á mi ayo. Mientras la comida, sólo atendí á los discursos y modales de mi hermano; y no quedó muy contento mi amorcillo propio de ver y conocer, que el hidalgo cazador me aventajaba

en todo. Habíale acostumbrado mi tio, desde niño, á tratar con las gentes, llevándolo consigo á cuantas visitas hacia, y manteniéndole en Juntella maestros de baile y de esgrima, sin contar que mi tio le habia enseñado por sí mismo á montar á caballo. No se hallaba en toda la monarquía hombre que igualase á mi tio en la inteligencia de la equitacion. Era, además, muy dado á la historia; y mi hermano le leia por las noches, y áun los dias que el tiempo no le permitia salir á caza ó pesca, y cuidaba mucho D. Juan de que mi hermano notase en un cuaderno los pasajes más esenciales. En aquellas lecturas notaban discurrian, censuraban ó elogiaban la conducta de los grande hombres de que se trataba. Así se familiarizó mi hermano con la historia de casi todas las naciones, y consiguió, sin ser literato, agradar en la conversacion.

Díjome mi hermano lo mucho que habia celebrado ver los buenos informes mios, enviados desde Salamanca por mi digno preceptor, y no solamente, continuó, por la sincera parte que tomo en todas tus cosas, sino tambien por la complacencia que hubo de causar á D. Alfonso, nuestro buen patron, á quien debemos mucho; y, finalmente, por el gusto de ver que correspondias á sus esperanzas, y que conocias el precio de la benevolencia y proteccion con que siempre te ha honrado. Correspondí á mi hermano, asegurándole lo muy agradecido que vivia á dicho señor, y lo persuadido que estaba á que, aun cuando me sometiese ciegamente á sus voluntades, nunca reconoceria debidamente tantos beneficios.

Nuestro bondadoso patron, que no gustaba de cumplimientos, nos interrumpió preguntándome: Alfonso, ¿leiste alguna vez el emblema de la liberalidad?—Sí, señor, le respondí.—Pues sabrás, continuó, que, cuando da, vuelve la cabeza á otro lado, en señal de que no aguarda agradecimiento alguno, y de

que queda ampliamente recompensado un beneficio con la satisfaccion que, de haberlo hecho, le resulta á un corazon generoso. Alabo vuestro modo de pensar (nos dijo á ambos hermanos); pero no me gusta esa conversacion; y si quereis complacerme dejareis la materia á un lado. Profirió estas palabras con ademan de imponernos silencio; y, mudando de asunto: Sancho, preguntó á mi hermano, ¿os habeis divertido mucho hoy? ¿En qué habeis empleado el dia? Señor, respondió mi hermano, he recogido para un buen plato de peces que, de aquí á poco, verá V. S. sobre la mesa.

Acababa apénas de hablar, cuando entró un paje á decir á don Alfonso, que el señor Scipion, el de América, pedia permiso para besar las manos á S. S. Todos se llenaron de júbilo con semejante noticia. Mi tia, Serafina de Juntella, exclamó al instante: ¡Bendito sea Dios y la Vírgen santísima de Monserrat! Ya llegó mi padre amado. Levantámonos de mesa. D. Alfonso fué quien primero abrazó al recien llegado. Despues mi tia se arrojó á sus piés llorando tiernamente. Cada uno de por sí, y en especial mi padre, se atropellaba para felicitarlo sobre su venida, despues de doce años de ausencia.

Por fin, tocó á cada uno su vez de cumplimentarlo; y mi tia Juntella le presentó más particularmente á mi hermano y á mí. En seguida de esto, le sentó D. Alfonso á la mesa junto á sí. Hízole mil preguntas, y ninguno quedó corto en preguntarle.—Señor, dijo Scipion, cuando V. S. tuviere lugar para oir mis aventuras, tendré la honra de contárselas menudamente. Por ahora me ceñiré á decir á V. S. que he sacrificado mi vida al amor que profeso á mi hija, y al agradecimiento que debo á mi patron el Sr Gil Blas de Santillana, á quien tengo el gusto de ver con dos hijos, que promenten mucho y bueno.—Despues, volviéndose á mí tio: Sr. D. Juan, le dijo, traigo de la Nueva

España bastante dinero para añadir á la tierra de Juntella las que de ella enajenaron vuestros antepasados, y áun tambien para aumentarla con otras nuevas tierras. La señoría de Xelva, que está entre Juntella y Liria, fué comprada, dos años despues de su enajenacion, por el viejo Pedro Rondillas, mi agente en Madrid; pero el contrato está hecho en vuestro nombre. Lo he dejado con mis gentes y mi equipaje en Liria, adonde llegué esta mañana.

Tanta priesa tenia yo de tributar mis respetos al señor don Alfonso, y á mi señora doña Serafina, y de ver á mi querido patron, á vos y á mi hija, que apenas descansé dos horas; y áun tomé vuestros caballos, Sr. D. Gil Blas, dijo á mi padre, porque estaba impacientísimo de llegar á Leyva. La adquisicion que he referido me ha costado cien mil escudos: yo os la regalo, dijo á D. Juan, para indemnizaros, en algun modo, de lo que faltare á mi hija de nobleza. Todavía me reservo doscientos mil pesos.

Y traigo además un regalillo de un collar, de hermosas esmeraldas de América, que espero me haga el favor de aceptar la condesa de Leyva. Otro collar traigo tambien de gruesas perlas redondas y bellas aguas, que ofrezco á doña Dorotea. Y en fin, algunas tapicerías, trabajadas en pluma, para el señor don Alfonso.

A mi amado patron, el Sr. D. Gil Blas, no le traigo más que un corazon penetrado de agradecimiento y de cariño; pero á su hijo segundo le destino una bella hacienda, adquirida para él en Méjico.

Otra cierta cosa guardo, confiado en que no dejará de admitirla el hijo mayor. Y despues de lo dicho, me quedan unos títulos de nobleza, adquiridos á costa de mi sangre, de mi suma vejez, y de las enfermedades inseparables de ella. (Bien

se deja conocer que el buen hombre tenia mucha razon en esto último).

Ved aquí, continuó, un compendio de mis cosas, miéntras se presenta ocasion oportuna de circunstanciarlas. Ahora pido la gracia de que ninguno prorumpa en los cumplimientos que su buen corazon le dictare: cuanto he declarado es una obligacion con que he cumplido: ninguno se mueva de la mesa: ruégoos que continueis cenando, y que me dejeis ir al cuarto que se me hubiere preparado, á buscar el reposo que necesito, porque estoy sumamente cansado del viaje.

Al instante mandó D. Alfonso á un criado que acompañase á Scipion á la habitacion que le estaba destinada, supuesto que no queria que ninguno se levantase de la mesa. Con todo, por más instancias que hizo, no pudo conseguir irse á su cuarto sin mi padre; bien que le dejó muy luego para que reposara, y volvió á la mesa.

La llegada del señor Scipion, en tiempo de tan numerosa concurrencia, fué gran motivo de alegría para todos, aunque algo alterado por la pena de verle tan caduco y enfermo, y de consiguiente tan cercano al fin de su carrera.

Yo no estaba muy enterado de sus asuntos; pues sólo oí hablar de él algunas veces á mi padre y á mi tia, suponiendo que se hallaba en América.

Manifesté deseo de enterarme de todo. No fué larga la conversacion despues de la cena, pues cada cual se retiró á su cuarto. Y como yo era recien venido, quiso mi hermano obsequiarme, y me acompañó al mio. Allí le pedí que me contase lo que supiese de las cosas del honrado Scipion.

Nada te puedo rehusar, me dijo; pero ya es muy tarde y necesitas dormir. Su historia es algo larga; y así te ruego que suspendas tu curiosidad hasta que estemos en Liria. Entónces

te mostraré un manuscrito de nuestro padre, que contiene toda su vida hasta tu nacimiento; y como las aventuras del señor Scipion están tan encadenadas con las suyas, se refieren allí largamente y bien circunstanciadas. Cedí á sus razones; me acompañó algunos mintos, para ver si necesitaba de algo, me dió las buenas noches, y se retiró á su cuarto.

CAPITULO II.

Ingratitud castigada.

Apenas apuntó el alba del siguiente dia, cuando me levanté, segun lo acostumbraba en el Colegio. Como áun dormian todos quise ver el estudio de D. Alfonso, donde me entretuve leyendo hasta que conocí que se habian levantado las gentes de casa. Pasé entónces á la sala, donde ya estaban D. Alfonso, D. Juan y mi padre. Me pareció que hablaban de negocios serios, y por lo mismo no hice más que saludarlos, y me fuí al patio grande de la casa á ver á mi hermano montado sobre un hermoso caballo turco, que manejó y trabajó con mucha gracia. Luego que me vió, se vino á mí, me saludó, y preguntó cómo habia pasado la noche, añadiendo, con mucho cariño, que no habia entrado en mi cuarto, por creer que me hubiese levantado más tarde. Maravillado quedó cuando le dije lo que habia madrugado, y que, por un motivo igual al suyo, no le habia buscado en su habitacion. Me preguntó si queria montar á caballo, para desayunarme con mayor apetito. Respondíle que lo apreciaba mucho; pero que áun no habia saludado al señor D. Alfonso; fuera de que tambien me parecia oportuno aguardar á que bajara el señor Scipion.

Tienes razon, dijo mi hermano: no habia yo dado en ello, y áun tenia intencion de almorzar contigo, y luego irme á bus-

car á D. Pedro Patillos, con quien tenia concertada para hoy una pesca en cierto paraje del rio, que suele darla abundantísima. Pero le enviaré un lacayo disculpándome. Mientras tanto espérame en el comedor. Esta es cabalmente la hora en que todos nos juntamos para tomar el desayuno.

A ese D. Pedro Patillos, le dije, me parece habérselo oido nombrar á nuestra madre, y me engañaré mucho si no es pariente nuestro. Lo es efectivamente, replicó mi hermano, como hijo de un primo de doña Dorotea: nos favorece con venir á vernos á Liria, y áun me honra con su proteccion; pues, por más pariente que sea, debo usar de este término hablando de un caballero de su clase, tan superior á nosotros, y que se presta á ser nuestro amigo. Regresó de sus viajes poco despues que partiste para Salamanca. Vino ya casado con una señora romana; y esta dama es, al parecer de todos, la más acabada hermosura que hay en toda España. Le ha traido un dote, que no hubiera parecido despreciable á algunos príncipes soberanos; y su mérito personal podria dar lustre al primer trono de la Europa. ¿Ves todo esto? Pues mira, puedo decirte, sin ponderacion, que D. Pedro no desmerece de tenerla por esposa, porque es bien formado, galan, y de tan agradables facciones, que se concilia á primera vista el cariño. Su nacimiento es ilustrísimo, pues cuenta una larga serie de abuelos, así paternos como maternos, que han ocupado los primeros puestos de la nacion, y sido condecorados con Encomiendas y Ordenes de caballería. Basta ver sus modales para inferir su noble orígen. Todos euantos lo conocen lo aman por su buen corazon: su conversacion es amable; y su dulzura, benignidad y complacencia, lo constituyen en modelo de buenos maridos.

Me lo pintas tal, dije á mi hermano, que ya tengo ansia de conocerlo. Te pido que aproveches la primera ocasion, ó que la

proporciones, para presentarme á él. Ya conocerás por lo que te quiero, repuso mi hermano, que habré sentido que te anticipases á pedirme lo mismo que yo deseo proporcionarte. Además de que su trato te gustará, hay tambien que podrá serte útil, pues es sobrino del duque de Osuna, de quien es hermana su madre. Ya sabes cuán superior á otros es este señor en nacimiento, bienes, títulos y figura que en la corte hace.—Sí, le dije: lo sé.—Pues áun es más que todo eso, repuso mi hermano, por su virtud y mérito personal. Todo el mundo, de comun acuerdo, le tiene por un hombre de probidad. Si es grande por su nacimiento, lo es todavía más por sus esplendorosas virtudes. Ningun lustre participan estas de aquel. Nuestro nacimiento no es efecto de nuestra eleccion. La gloria que producen al duque sus virtudes toda es suya, porque la saca de sí mismo, sin deberla á sus ascendientes ni al favor de la corte. Corresponden sus gastos al papel que representa en el mundo; pero en esto es diferentísimo de otros muchos, pues no grava en manera alguna al mercader, al trabajador ni al artesano. El platero, el sastre, el fabricante de galones y el guarnicionero, no necesitan humillarse á un mayordomo, á un ayuda de cámara ó á un comprador para buscar medios de ser pagados. En su casa todo es órden y regla. Satisface lo que debe con igual escrupulosa exactitud que un comerciante honrado, que para mantener su crédito paga las letras en el mismo dia prefijado. Ultimamente, y para acabártelo de retratar en pocas palabras, tiene tantos amigos como personas le conocen; y si, por suerte, alguno le quiere mal, cosa difícil de creer, será sujeto con quien se avergonzarán de tratar todas las gentes de honra. Cierto dia me favoreció D. Pedro con llevarme á una casa de campo del duque, donde estuve cerca de seis semanas. En ella noté el modo noble de recibir á los huéspedes, sin alterar la

economía; la verdadera grandeza de par con la cordialidad; el fausto y el esplendor, acompañados de una afabilidad que le gana los corazones; y, en fin, una caridad encendidísima, sin muestra alguna de ostentacion.

Su hijo, si creemos á los aduladores (porque ¿dónde falta esta gusanera?), es de humor chistoso, alegre, magnánimo, valiente y de bello trato. Pero los que aman la verdad más que la lisonja, le pintan como un hombre que sólo tiene la apariencia de dichas virtudes. Le motejan de libertino, extravagante, pródigo, pendenciero y excesivamente dado al vicio. Segun ellos, más que para instruirse ha viajado para perderse. No tanto ha procurado conocer el mundo y los intereses de varias naciones, cuanto recoger en sí los defectos particulares de cada una. Es, por ejemplo, tan altivo como un veneciano, tan vengativo como un romano, tan petimetre como un francés, tan vinoso como un aleman y tan orgulloso y lleno de buena opinion propia como un inglés, etc.

No creas que me mueva maledicencia genial á hacerte tan mala pintura de este caballero. Sé que D. Alfonso piensa enviarte á la corte, y no dudo que uno de sus cuidados sea procurarte la proteccion del duque de Osuna. Por tanto, me ha parecido del caso enterarte de lo que se piensa y se dice en el mundo del padre y del hijo.

Tan embelesado estaba mi buen hermano hablando conmigo que se habia olvidado de despachar su caballo. Aun iba á continuar, cuando llegó á decirnos un paje que doña Serafina habia ya bajado á la sala. Entregó mi hermano su caballo al palafranero, y llegamos á la sala cuando tomaban chocolate. En aquellos tiempo era un regalo exquisito, no tan comun como hoy dia, y que sólo se gastaba en las casas de forma El señor Scipion preguntó por las más de las familias de la vecindad, y

entre otras, por la del conde de Fuente-buena. Respondióle don Alfonso, que este buen señor áun vivia, pero que habia dejado el reino de Valencia, retirádose á una hacienda que tenia en el reino de Murcia, y establecídose en una bellísima casa de campo, que por un lado miraba al Mediterráneo, y por otro presentaba la mejor vista que cabe en la imaginacion, por la agradable mezcla de un paisaje lleno de bosques, florestas, prados, verjeles, sembrados, llanuras y colinas: todo sumamente variado, enriquecido de verjeles que se perdian de vista, donde ya se presentaban olivos, ya naranjos, y donde la naturaleza parecia que superaba al arte para hacer aquella morada deliciosa: sin hablar de los muchos arroyuelos de agua clarísima, cuyas orillas, esmaltadas de flores, mantenian una primavera interminable. Mas la hacienda que tenia aquí en nuestra vecindad, continuó mi tio, la cedió á su hijo D. Pedro Patillos, que tendria de trece á catorce años, cuando partísteis para América. Es un amabilísimo caballero, y muy merecedor del tesoro que posee en la persona de su esposa. Sólo os diré de paso, que la ha traido de Roma, donde casó con ella: es de familia distinguida, y hermosa sobremanera, realzándose esto con un mérito extraordinario, y con la bagatela de un dote de sesenta mil ducados de renta. Nuestro amigo Sancho podrá contaros su historia, que no dudo os divertirá. El está muy bien con dicha señora, porque ha sabido ganarse la estimacion de D. Pedro, quien le ha contado todas las particularidades del suceso: ha estrechado más su amistad la circunstancia de ser tambien D. Pedro cazador y muy inteligente en todo lo relativo á pesca y caza de pájaros. Me gustó tanto la historia, que empeñé á Sancho en que la escribiese. Él mostró despues á la dama lo escrito, y ella lo recibió con aquella urbanidad que tanto realza sus bellas prendas; y, agradecida, le proporcionó copia de las dos únicas

cartas escritas entre ella y D. Pedro, cuando éste la pretendia. Las copió del original italiano; y el padre D. Gerónimo, nuestro respetable cura, las trasladó al español. De ninguna manera dudo, continuó hablando con mi hermano, que dareis mucho gusto al señor Scipion, y á otros de la concurrencia, si les proporcionais la lectura de vuestra obra. Os aseguro, dijo hablando con todos, que nuestro amigo Sancho no escribe muy mal para no haber cursado en las universidades.—El señor Scipion fué quien primero aseguró que la oiria leer con grande complaciencia. Oir esto, y correr mi hermano á traer el manuscrito, todo fué uno. Entónces dijo D. Alfonso: miéntras nuestro autor divierte con su lectura á los que ignoran su contenido, nosotros, que ya lo sabemos, daremos una vuelta por el bosquecillo. Muy bien, replicó la condesa de Leyva, y con eso doña Serafina de Juntella y yo nos iremos á nuestro tocador.

De manera que no quedaron á mi hermano más oyentes que el señor Scipion, mi maestro y yo. Abrió su manuscrito, y para darse, en tono de chanza, cierto aire de autor, nos hizo un preambulillo sobre que no hallaríamos en su obra aquel estilo castigado con que debiera haberse escrito.—Iba mi preceptor á responderle, cuando el Sr. Scipion, que no entendia de cumplimientos, le pidió que empezara sin más ceremonias. Entónces mi hermano leyó la historia tal cual aquí se narra y cual la copié del mismo original.

HISTORIA DE LA DAMA ROMANA,

ó

LA INGRATITUD CASTIGADA.

El conde de Albano y el marqués de Castruccio eran dos señores jóvenes descendientes de dos ilustres casas. El pri-

mero, aunque tan jóven, disfrutaba ya de un rico patrimonio; y el segundo ni áun podia pasarlo medianamente, léjos de hacer una figura proporcionada á su nacimiento, pues era hijo de un padre que se habia arruinado con el juego y otros gastos disparatados, en que dan muchos sujetos distinguidos que, faltos de buena educacion, no saben lo que es un pensamiento honrado. Una buena tia se compadeció de él y tomó á su cargo educarlo. La condesa de Spizza, que así nombraban á su tia, apénas se hallaba en estado de vivir en Roma conforme á su clase; de manera, que para acudir á las necesidades de su sobrino, se determinó á retirarse al pueblo donde tenia su hacienda; y allí, por medio de una prudente economía, consiguió educar convenientemente al sobrino, que miraba como heredero suyo.

Así que lo vió en edad proporcionada, lo envió á la universidad de Padua para que allí acabara sus estudios. Eligió aquella universidad con dos miras: es á saber, con la de instruirle fundamentalmente en las ciencias, y con la de que contrajese amistades con algunos señores venecianos; no olvidando al mismo tiempo que quizá podria introducirse con el serenísimo Dux de la república, y con un procurador de San Márcos, ambos emparentados con la familia de Castruccio, á quienes particularmente lo recomendó, para que en lo sucesivo le proporcionasen algun empleo en servicio de la república. Luego que el marqués llegó á Padua hizo conocimientos; y ordinariamente son más sólidos y durables los que se hacen en los colegios. Contrajo especial amistad con el conde de Albano, porque ambos eran de igual edad y ambos de familia ilustre, contribuyendo á estrecharla más y más y á hacerla más duradera la conformidad en los genios. Rara vez se separaban, miéntras el marqués se hallaba con dinero; pero como la pensioncilla que su tia le habia señalado no daba de sí para encon-

trarse en todas las diversiones á que el conde le convidaba, buscaba algunas veces pretextos para negarse.

A los principios le daba el conde cariñosas quejas de que no le pagaba lo mucho que le queria, y el marqués se disculpaba lo mejor que podia; pero como los pretextos menudeasen, llegó á creer el conde que la amistad del marqués se habia entibiado; y de resulta continuó las diversiones con los otros camaradas suyos sin convidarlo.

No dejó el marqués de sentir semejante procedimiento; pero su amor propio no le permitia declarar al conde el verdadero motivo de haberse negado á algunos convites. El conde, que era buen amigo del marqués, conocia que le faltaba algo cuando éste no le acompañaba. Por último, usó de tales mañas, que al fin supo por el lacayo del marqués el verdadero motivo de las disculpas de su dueño. Vió que, no la falta de amistad, sino la del dinero, habia causado el aparente desvío del marqués. Pero este descrubrimiento le originó otro nuevo embarazo. Conocia su modo de pensar, y sabia que el puntillo de honra no le permitiria entrar en diversion alguna, sin pagar su parte. El conde podia sobradamente ayudarlo, y lo deseaba mucho, porque no hallaba recreo donde su amigo no estaba; pero no sabia de qué medio valerse para socorrerlo sin que lo sospechase. Al cabo de largas meditaciones dió con un medio, que puso luego en práctica. Embarcóse sobre el Brenta, que es un canal delicioso, bordeado de bellísimos jardines, y llegó á Venecia, que no está léjos de Padua. Envió á llamar al banquero, de quien recibia anualmente, por órden de sus tutores, más de cinco mil zequines, y le mandó que entregara dos mil cada año al marqués de Castruccio; pero con la circunstancia de componerse con el banquero de éste (quien daba cada año mil zequines al marqués de órden de su tia) y de tomar tan buenas

medidas, que su amigo cobrase cada tres meses, sin descubrir de dónde le venia el aumento. Asi puso á su amigo de par con él, y en estado de acompañarlo á todas partes, salvado ya el motivo de sus excusas.

Cumplió puntualmente el banquero con las órdenes del conde. Pagóse la pension, y se guardó el secreto. Disminuyó algo sus gastos el conde, y el marqués aumentó los suyos. Ambos amigos se nivelaron y se hicieron inseparables.—Verdad es que Castruccio se admiraba cuando recibia su pension, pero dejaba correr las cosas. (No lo hubiera hecho así en caso de diminucion.) Sin embargo, solia ocurrírsele que su tia, que se quitaba de lo necesario para mantenerlo, no podia haber hecho de pronto tal aumento. Tampoco podia sospechar del Dux, aunque pariente suyo, poque estaba cargado de familia, y además nuevamente revestido de aquella imágen de dignidad quimérica, que, léjos de ser lucrativa, era onerosa en los años primeros. Ni ménos creia que procediese el aumento del otro pariente suyo, Procurador de san Márcos, porque era avaro é incapaz de generosidad semejante. Procuró inútilmente sacar alguna luz del banquero de Padua que le entregaba el dinero, mas no tuvo otra respuesta, sino que su correspondiente de Venecia, que traia su dinero de Roma, le mandaba pagar al marqués de Castruccio tal cantidad, que le remitia cada tres meses.

Véanse aquí, pues, dos amigos unidos estrechamente. Tres años vivieron juntos, admirando su amistad á cuantos los conocian. Finalizó el conde sus estudios, y pensó en empezar sus viajes. Los tutores le enviaron letras para que tomara de su banquero cuanto dinero necesitase. Le arreglaron el curso de sus viajes, y le encargaron que viese á Milan. Turin, Génova, y que volviese por Florencia para ir á Roma, desde donde iria á ver á Nápoles, ántes de dejar la Italia.

Luego que recibió las cartas del conde fué á dárselas á leer á su amigo. Notó la mucha impresion que le hicieron, y sin darle tiempo para que hablara, le dijo: veo, querido marqués, que no siempre la ciega fortuna hace justicia al mérito, y que suele derramar profusamente sus favores sobre los ménos dignos. Si no fuese tan ciega, no podria yo recibir ahora de ti unas pruebas que acreditasen tu amistad para conmigo. Ya me ves en vísperas de dejar á Padua, sin estar en mi mano detenerme más en ella, porque no lo permite el estado de mis negocios. Pero no me puedo resolver á separarme de ti: no, amigo mio: sé que ha de costarme mucho el dejarte, y que será para mí un golpe insufrible. Conozco tu corazon, y no dudo que ha de serte tambien sensibilísima mi ausencia. Acabáronse ya tus estudios como los mios. Los viajes que voy á emprender te serian tan provechosos como á mí, y áun quizá más. Sé cuál es el único motivo que puede impedirte acompañarme, porque sé el estado de tus cosas; pero á bien que no ignoras la situacion de las mias. Sabes que, por la gracia de Dios, disfruto tan considerables bienes, que bastarán para ambos. Tú, que ya eres dueño de la mitad de mi corazon, ¿escrupulizarás serlo tambien de la mitad de mi hacienda, ó á lo ménos, de que la disfrutásemos en comun? Creo seguramente que aceptarás este partido, si es que eres tan verdadero amigo mio como pregonas. Y para que no dudes de la sinceridad de mi oferta, te revelaré un secreto que hasta ahora se ha resistido á todas tus indagaciones. Ni áun ahora te lo comunicaria yo, si no fuese para probarte que no es nueva la oferta que te hago, y que no procede de mero cumplimiento. Cerca de tres años há que parto contigo mi pension, sin que hayas podido rastrear cómo se ha verificado tal aumento.—¿Dónde hallaré expresiones, exclamó el marqués pasmado de tanta generosidad, para significarte lo crecido de

mi gratitud?—No pido más recompensa, dijo el conde, que la continuacion de tu amsitad, de la que hago más aprecio que de todos los bienes del mundo.—Puedes contar con la mia, repuso el marqués, pues no hallaria consuelo en cosa alguna, si me separase de tí; aunque no faltarán almas mezquinas, que no conociendo lo que puede una verdadera amistad, interpreten malignamente mi accion de acompañarte, y la atribuyan más al deseo de participar de tus muchos bienes, que al aprecio de tu mérito personal, y al agradecimiento que no puede reusarse á un obrar como el tuyo, tanto más estimable cuanto más raro.—Y ¿qué acciones ó intenciones son, preguntó el conde, las que no pueden ser mal interpretadas? Cuando uu hombre de bien, querido amigo, sabe que nada tiene que reprenderse, se le da poquísimo de la falsa opinion agena. El mundo siempre ha sido el mísmo. Si no se puede obrar bien, sin que los otros piensen mal, súfrase el mal que no se alcanza á remediar por la satisfaccion de hacer el bien.—Pasaron entre ellos algunos cumplimientos más, y al fin quedaron convenidos. Cedió el marqués á las generosas ofertas de su amigo, y escribió á su tia todo cuanto el conde intentaba hacer en favor suyo. Tambien el conde escribió á la condesa de Pizza, confirmándola lo que su sobrino la noticiaba; y ámbos, de acuerdo, dijeron á la buena señora, que no se estrechase más de allí adelante para mantener á su sobrino, pues éste, por la generosidad de su amigo el conde, podia vivir sin sus auxilios. Dispuesto todo para su viaje, dejaron la Universidad y se fueron á Venecia á casa de su banquero, quien les proporcionó cuantas diversiones da de sí aquella gran ciudad. Allí permanecieron hasta la llegada de un caballero, que tambien habia de acompañar al conde en sus viajes. Pusiéronse, pues, en camino para Roma. Allí señalaron al conde sus tutores, para viajar, una pension anual de veinte

mil escudos romanos. No me detendré en relacionar sus viajes, ni en describir los países que corrieron, pues harto de esto se lee en las relaciones de infinitos viajeros. Notaré solamente, que nuestros dos amigos vivieron unidísimos, sin alterarse su amistad por cosas alguna, y como si fuesen dos buenos hermanos.

Vueltos á Roma continuaron sobre el mismo pié: vivian juntos, comian juntos, trataban á unas mismas gentes, disfrutaban de unas mismas diversiones, y participaban recíprocamente de sus bienes ó males.

Así pasaron sus primeros años, hasta que llegados á la edad en que ya disgusta la vida del soltero, el marqués propuso un dia al conde que se casara, y le ofreció la hacienda, de que ya era dueño, para aumentar el dote de la esposa que eligiese, y asegurar cuanto poseia á los hijos que pudiese tener. Por fin, bien persuadido el conde á que el marqués no queria casarse, pensó en establecerse, consultándolo todo con su amigo, y no dando paso sin su anuencia; pero no admitió sus ofertas, porque no las necesitaba. Casó, pues, con una señorita, de familia ilustre, que le trajo un dote considerable. A los once meses de casados parió una niña la condesa, con mucha felicidad al parecer. Estaba satisfechísimo el conde de ver la pronta covalecencia de su mujer, cuado, súbitamente, una calentura de leche, acompañada de otros accidentes varios, la quitó la vida, dejando inconsolable al conde. No ménos apesadumbrado quedó su amigo. Como éste participaba de todo lo relativo al conde, y como la dama difunta, ademas de sus bellas prendas, le habia estimado mucho, así por su cortesanía natural, cuanto por lo muy amigo que era de su esposo, sintió su muerte de manera, que no era fácil conocer cuál necesitaba más consuelo, si el esposo ó el amigo.

Pusieron por nombre María á la recien nacida, que es la que hoy hace dichoso á D. Pedro, su marido. Educáronla con la mayor ternura y cuidado, y apostaban entre el conde y el marqués á cuál la manifestaria más cariño. Con dificultad hubiera conocido ninguno quién de los dos era su padre, porque ambos lo parecian. Con todo, bien conoció ella la diferencia en lo sucesivo. Diez años tendria la pobre niña cuando cayó su padre peligrosamente enfermo. Ninguna diligencia omitió el amigo para su restablecimiento: le sirvió en cuánto pudo, porque llamó á los médicos de mayor fama, no hubo tasa en los remedios, y se hizo consulta sobre consulta; mas todo inútil. Conoció el enfermo que se moria; pero conservaba su juicio, aunque tan debilitado por el mal. Pidió que le trajeran á su hija. El marqués no se habia apartado de la cabecera de la cama del enfermo durante la enfermedad, pues cuando lo vencia el sueño, dormia sobre un camapé al lado de la cama. En fin, dió pruebas de tan amargo sentimiento, que no se creia pudiese sobrevivir á su amado amigo. El conde, pues, hizo un esfuerzo para incorporarse sobre la cama, y encarándose con su amigo: estimado Castruccio, le dijo, ruégote que mires por tu salud: cuídala por amor de mí: considera cuán necesaria me es: por esta pobre criatura, y por tí amo la vida: véome ya al fin de ella, y todo mi consuelo es que encontrara en tí otro padre: recíbela como que es la cosa más preciosa que puedo dejarte en señal de nuestra amistad: la confio á tus cariñosos cuidados: traslada á ella la amistad, no alterada entre nosotros, miéntras he vivido: acuérdate de que es la hija de tu querido amigo Albano: creo que este solo título es más que suficiente para que la ames y cuides. Entónces, bañado en llanto, puso aquel depósito precioso entre los brazos de su amigo. Tan enternecido se hallaba éste, que no dió más respuesta que bajar la cabeza sollozando.

Su desconsuelo mereció la lástima y admiracion de cuantos estaban en el cuarto.

Seguidamente llamó el conde á su ayuda de cámara, le entregó la llave de su papelera, y mandó que le trajese tal cajon. Traido, sacó de él el conde un paquete sellado. Es á saber, que habia detenido al cura que le administró los últimos santos sacramentos, y enviado á llamar un escribano. Este es, dijo, mi testamento: he dividido mis bienes entre mi hija y mi amigo Castruccio: á este amigo fiel confio la educacion de mi hija, y á su eleccion dejo casarla segun su clase y á gusto suyo: le traslado toda la autoridad que sobre ella tengo; y, en caso de desobedecerle, casándose sin su aprobacion, declaro á mi hija desheredada de la parte de mis bienes que la dejo y la reduzco á lo estrictamente necesario, dando y transfiriendo lo sobrante, con plena propiedad, al marqués.

En caso que el uno ó la otra muera sin hijos, le substituyo al que quedare, quien, por este medio, disfrutará de todos mis bienes. Y, si mi hija quisiere ser religiosa, poseerá el marqués, con derecho pleno, la otra parte de mis bienes, pagando á mi hija un dote proporcionado á su nacimiento, y á las religiosas del monasterio en que entrare.

He juzgado oportuno, dijo al cura, declarar de boca mi última voluntad en presencia vuestra, y de la de estos tres testigos á lo ménos por lo relativo á la institucion, que es lo esencial para que esto valga en caso necesario: bien que he tomado todas mis precauciones para que nada falte al testamento y pueda tener entero efecto, así por la substancia como por la forma.

Puso el testamento en manos del marqués; y volviéndose á su hija, la habló como convenia á su edad, la encargó que fuese muy obediente al marqués, que siguiese en todo sus consejos, que se ajustase á cuanto dispusiese para ella, y que considera-

se que, áun cuando fuese mayor, siempre seria el marqués más capaz de juzgar lo que podia convenirla. Dicho esto, se enterneció tanto, que no pudo aguantar más la presencia de aquella amada hija. La abrazó amorosísimamente, é hizo señas á las criadas para que se la llevaran llorando amargamente, como lloraba, áun sin conocer todo lo que á perder iba. Diéronse prisa á sacar á la niña, quien, al retirarse, repetia sollozando: ¡Ay, papá mio! ¡ay, papá mio! No habia ninguno de los concurrentes que no llorase. Hizo el conde los últimos esfuerzos para dirigir, con moribunda voz, algunas palabras á su amigo. Hé aquí, dijo, mi amado Castruccio, la vez primera que prefiero mi satisfaccion á la tuya, y que puedo ver tu afliccion sin acongojarme. Confieso que gozo un cierto placer en considerar que la muerte me ahorra los intensos dolores que hubiera yo padecido si hubiese tenido la desgracia de sobrevivirte y de verte en un estado igual al mio. Perdóname, querido amigo, esta pequeña parcialidad, por ser la única que puede reprendérseme en todo el curso de nuestra larga amistad, y por ser tanto más perdonable, cuanto es nacida de lo que te quiero. Voy á morir, es verdad; pero..... Aquí le faltó la voz, exhaló un suspiro, y cerró los ojos para no abrirlos hasta que la trompeta llame y saque de los brazos de la muerte á los habitadores de los sepulcros.

No se templó la pesadumbre del marqués con la rica herencia de su amigo. Nunca se habia visto amistad más sincera que la del conde; pero ni tampoco mayores demostraciones de agradecimiento y de amistad que las que dió el marqués.

Luego que se lo permitió el dolor, encargó al mayordomo las funerales de su difunto amo, mandándole que no perdonase gasto para que la pompa fúnebre correspondiese á la clase del conde y á la amistad de ambos, cuya memoria honraba. Desembarazado ya de las atenciones que debia á las cenizas de su

amigo, se encerró en su cuarto para no ver á nadie. Apenas pudieron conseguir sus criados que tomara algun alimento; y entonces, aunque con repugnancia, sólo tomó el preciso para no desfallecer. En fin, á no haberlo contenido la religion y el conocimiento de la necesidad que de él tendria la pobre niña, en quien via renacer á su amigo, hubiera muerto al rigor de la hambre, para acabar con un dolor que le parecia imposible vencer.

Mientras el marqués permanecia retirado, desempeñaba el mayordomo puntualmente sus órdenes. Embalsamó el cadáver de su amado señor, á quien habia servido cerca de treinta años. Púsole de cuerpo presente en una sala colgada de negro, y no omitió ceremonia alguna de estilo. Los religiosos mendicantes se relevaban de hora en hora para encomendar á Dios al difunto y rociarlo con agua bendita, y se celebraron innumerables misas por su alma. Despues de haber estado expuesto el cadáver, segun costumbre, lo trasladaron á la iglesia con el mayor aparato. Habíanse llamado todas las cofradías y comunidades religiosas, excepto los Jesuitas, porque estos padres no habian aún determinado si serian del clero regular ó secular; fuera de que se ignoraba si eran ó no mendicantes, aunque se sabia que disfrutaban rentas. Todos cuantos acompañaron al cuerpo llevaron un cirio encendido, y cada comunidad su música particular, que cantaba con tono lúgubre, segun el Ritual Romano, algunos Salmos del Oficio de Difuntos. Detrás de todo el lucido acompañamiento iba el cadáver con todas las insignias de su dignidad. Pero continuaban despues los plañidores alquilados, vestidos de ropas talares negras, cubiertos los rostros con cendales, que precedian á los parientes y á toda la principal nobleza de Roma convidada. Las carrozas iban enlutadas, y los caballos con mantas negras que arrastraban por el suelo, go-

bernados por los cocheros, vestidos tambien de luto y con hachas encendidas en las manos. Llegado el acompañamiento á la puerta del templo, fué recibido el cadáver por el cura, introducido en la iglesia y colocado en medio del coro. Finalmente, se hizo el entierro con toda la pompa acostumbrada en la capital del mundo cristiano, donde reside el Jefe visible de la Iglesia y Vicario de Jesucristo, que nos ha predicado y enseñado la pobreza y la humildad. Hízose el novenario acostumbrado, no solamente en la iglesia del entierro, sino tambien en todas las iglesias parroquiales de Roma y en todas las de las Órdenes mendicantes, y se celebró una infinidad de misas de *requiem*. Por último, aunque el conde hubiera sido sobrino del Papa, no se hubiera hecho más para el descanso de su alma y para el honor de su cuerpo.

Gran remedio son los dias para curar pesares. Estuvo á la verdad el marqués inconsolable más de dos meses; pero al cabo empezó á irse poco á poco dando al trato. Un dia llamó á los parientes del difunto conde Albano, al cura, al escribano y á los demás firmados en el testamento. Abrióse en toda forma, y se vió que los artículos principales, en especial el relativo á la institucion de los herederos ó legatarios universales, eran conformes á lo dicho por el conde: los demás artículos eran concernientes á mandas piadosas y á recompensas para sus criados. Empezó el marqués á actuar como heredero y amo. Mandó que se pagaran todas las mandas particulares, y subió todo, comprendidos los gastos funerales, á cerca de treinta mil escudos romanos; pero, ni con mucho, llegaba á la mitad de lo que habia depositado en dinero contante.

Dadas estas disposiciones, puso á su pupila entre las manos de una dama de mucha distincion y mérito, que quiso encargarse de su educacion. La puso casa y criados, correspondien-

te todo á sus bienes y nacimiento; y despidió á todos los criados del difunto, dando generosamente á cada uno un año ó más de salario. Sólo se quedó con un ayuda de cámara y dos lacayos, y con esta comitiva partió á tomar posesion de las haciendas heredadas.

El vasallaje que le rindieron en su nuevo condado, la mudanza de aire y de lugar, la vista de unas bellas tierras, la certeza de ser dueño de todas, y particularmente la idea de que todos los hombres han de morir, contribuyó mucho á templar su pena. Pero ¿qué digo *templar*? la disipó de tal manera, que no solamente llegó á olvidar tanto como debia á su amigo, si no hasta que hubiese habido jamás otro conde Albano que él.

Todo está sujeto á mudanzas en la naturaleza, y acaso no hay bajo la bóveda de los cielos criatura más propensa á ellas que el hombre. No se diferencia tanto una estacion de otra estacion, ni un dia de otro, como el hombre se diferencia de sí mismo de un instante á otro. Cada edad de la vida trae alguna alteracion á nuestros cuerpos. Tan grande es la relacion entre éstos y nuestras almas, que así unos como otros cambian recíprocamente, segun sus recíprocas disposiciones ó inclinaciones. Añádase á esto que las pasiones y los sentidos tienen tal ascendiente sobre la razon, por poca rienda que se les dé, que llegamos á mirar con indiferencia y sin escrúpulo aquellas acciones con cuya sola imágen hubiéramos temblado de horror en otro tiempo.

Suele la mudanza de fortuna hacer á un hombre totalmente diverso de lo que antes era; y cada dia vemos ejemplos de esta verdad. Tal que, en un estado de medianía, limitaba toda su ambicion á sólo lo necesario, si, por acaso, llega impensadamente á poseer muchos bienes, formará proyectos ambiciosos iguales, ó quizá superiores, á lo que tiene.

Así se verificó en el pobre marqués. Cuando nada tenia propio nada deseaba, y se creia dichoso disfrutando de los beneficios de su amigo; pero apenas se vió propietario de tanta hacienda, cuando, no contento con poseer la mitad de los bienes del conde, empezó á cavilar en los medios de apoderarse de todos por entero.

Luego que el marqués abrió el testamento del conde en presencia de los testigos, declaró solemnemente: que cuidaria con esmero de la educacion de doña María; que, mientras viviese, haria ver á todos que la niña tenia en él un segundo padre, no ménos amoroso que el perdido; que siempre obraria con ella justa y agradecidamente; que preferiria sus felicidades y ventajas á las suyas propias: que aunque la generosidad sin ejemplo de su amigo le habia hecho propietario de la mitad de sus bienes, él se consideraba como simple administrador de ellos: y, finalmente, que como no pensaba en casarse, lo devolveria todo mejorado y amplificado, segun esperaba, á su querida pupila, como única y legítima heredera del conde de Albano. Pero ¡ay! ¡cuán vanos son los proyectos de los hombres! ¡cuán poco conocemos nuestras fuerzas propias! ¡cuán diferentes son nuestras acciones de nuestros proyectos!

Ya habia borrado el tiempo en el marqués la memoria de su amigo y bienhechor. Fuése poco á poco acostumbrando á mirarse sólo á sí mismo, se acordó de lo grande de su nacimiento, y se entregó del todo á la vanidad.

Viéndose ya poseedor pacífico de más bienes que necesitaba para representar un papel proporcionado á su clase, se dió á cavilar en los medios de quitar á la hija de su bienhechor la otra mitad de los bienes de su padre. Proyectó, pues, casarse con alguna señora de calidad que pudiese darle hijos, para que no acabara en él la raza y el nombre de Castruccio.

Comunicó su intencion á una señora anciana parienta suya. Con tal, la dijo, que yo encuentre una mujer ilustre, virtuosa, jóven, convenible, de quien yo pueda presumir que tendré hijos, no me pararé en que sea rica, ni en el tanto más cuanto del dote.

Doña Margarita, que así se llamaba la parienta, le participó que tenia en su casa cuanto podia desearse en una jóven que reunia en su persona las circunstancias apetecidas. Era una viuda de pocos años, parienta del difunto marido de doña Margarita, de ilustre casa, pero con un hijo de seis años, que le habia quedado de su muerto esposo, con quien solo estuvo casada dos años. Era dama prudente, hermosa sin presuncion, alegre sin atolondramiento, agasajadora sin adulacion, urbana con los grandes sin bajeza, cariñosa con los pequeños sin familiaridad, y de genio igual y complaciente. Se gobernaba con tan discreta economía, que, teniendo poco, hacia un papel correspondiente á su nacimiento; y sobre todo, era tan sólidamente virtuosa, que ni la envidia ni la maledicencia pudieron nunca denigrarla.

Tantas prendas juntas no dejaron de hacer impresion en el corazon del marqués. Informóse del nombre de la viuda, de su calidad y de sus bienas. Díjole doña Margarita, que era la condesa de Espineda, hija del marqués del Campo, cuyas haciendas estaban á unas veinte millas de Roma, sobre el camino de Civita-Vecchia, y poseidas entónces por un hermano de la viuda; que el difunto conde de Espineda, su marido, era veronés, que tenia de viudedad dos mil escudos romanos al año; y que, cuando llegaba á Roma, regularmente la honraba con servirse de su casa y vivir con ella familiarmente.

Enterado así de todo, suplicó el marqués á doña Margarita que le proporcionase ocasion de ver á la condesa. La buena

señora lo hizo así, y dijo al marqués que volviese al dia siguiente á la misma hora. Acudió puntual, vió á la viuda y quedó prendado. Hablaron luego del asunto y se convinieron fácilmente. Al marqués le gustaba la viuda. Esta sabia que el marqués era rico; y la esperanza de casar algun dia á su hijo con la pupila del marqués, la cerró los ojos para no ver la mucha diferencia entre las edades del novio y la suya. Por último, se finalizaron los contratos, y sólo se difirió la ceremonia del matrimonio aquel tiempo debido á ciertos respetos públicos y preciso para los preparativos necesarios.

Celebrado el casamiento, ordenó el marqués su casa, y se trajo á ella á la condesa de Albano, su pupila. Así el marqués como la nueva marquesa la acariciaron mucho á los principios: esta la miraba como su nuera futura, la amaba como madre, y la educaba cuidadosamente.

Aun no se habian cumplido dos años de matrimonio, cuando el marqués, viéndose ya con un hijo, pensó seriamente en los medios de realizar el proyecto de apoderarse de toda la sucesion de su difunto amigo, y de agradecer así el beneficio más señalado, haciendo la negra abominable traicion de despojar de sus bienes á una huérfana, cuya educacion y subsistencia se le habia confiado.

Para más fácilmente conseguirlo, procuró entibiar á la marquésa el cariño que tenia al hijo bel primer marido. No le costó gran dificultad, porque la marquesa parió un segundo hijo, y colocó tanto su amor en los dos habidos del segundo matrimonio (cosa harto comun), que al cabo le llegó á ser indiferente el pobrecito Espineda.

Ya no se trató más de casarlo con la pupila, motivo pricipal del casamiento de la marquesa, sino que al contrario, de acuerdo con su marido, trabajaba únicamente en establecer la fortu-

na de sus últimos hijos sobre la ruina de la condesa de Albano.

No quedó artificio que no se usara para el logro. Tendria entonces la niña doña María como unos catorce años. Primeramente la privaron de todos los entretenimientos que hasta entonces la habian permitido, y del trato de algunas muchachas amigas suyas. Despues empezó la marquesa á manejarla con dureza y altivez, á hablarla con acritud, á desaprobar cuanto hacia, y en fin, á tratarla, como dicen, cual una madrastra. Por otra parte el marqués la arrimaba al oido gentes que, con máscara de compasion, la persuadian de continuo á que sólo un convento la guareceria de los males que la aquejaban. Ponderábanla dichas gentes la felicidad inseparable de una vida religiosa; pintábansela como un estado al abrigo de los cuidados, de los pesares y de las desgracias, que lleva de suyo la vida mundana, y se la representaban como un camino derecho que lleva, á los dichosos que lo siguen, á las habitaciones celestiales donde el alma gustará placeres sin fin, sólo destinados para los que son tan virtuosos y firmes que resisten á los engañosos atractivos de esta vida mortal y pasajera, y para los que, por particular gracia de Dios, tienen la prudencia de preferir las riquezas eternas á los bienes temporales de este bajo mundo. Declamaban tambien los piadosos consejeros contra la locura de aquellos necios y débiles mundanos, que son tan ciegos que se apegan á unos bienes y riquezas que no tienen seguridad de gozar una hora, cuando arriesgan perder los inestimables tesoros que son eternos.

Annque la moral era tan bella y pura, penetraba doña María el fin de los aconsejadores, no obtante de ser tan niña. Conoció el marqués que los sermones no producian el prometido efecto; que las bellas exhortaciones de sus emisarios no hacian impresion alguna sobre el espíritu de su pupila, y que no habia mo-

do de promoverla tentaciones de tomar el hábito. Aparte de esto, los parientes de la condesita habian propuesto al marqués varios partidos muy ventajosos para ella; mas él los habia rechazado diestramente, ya pretextando la temprana edad de la pupila, ya algunos defectos personales que la suponia, y ya asegurando que tenia tal vocacion á la vida religiosa, que no se atrevia á hablarla de matrimonio. Pero como vió que eran inútiles todas las cautelas tomadas, creyó necesario el inventar otras nuevas. Aumentó la marquesa su severidad, procurando conseguir, por medio de pesares y desvíos, lo inútilmente intentado por via de representaciones y consejos. La quitó todas sus joyas y juguetes, la interceptó el trato con los suyos, cuyas visitas recibia en presencia de la marquesa, y no la permitió más salida que á la iglesia, y eso en el coche del marqués, con las cortinas corridas y acompañada de una dueña tan bien instruida y amonestada para el caso, que era imposible engañarla.

El duque de Osuna estaba entónces de embajador de España en la corte romana. Acompañábalo un sobrino llamado Don Pedro Patillos. Este señor habia visto muchas veces á la condesita en la iglesia, sin habérsele pasado por alto la vigilancia de la dueña. Quedó ciegamente enamorado de aquella temprana hermosura. Buscó por mucho tiempo ocasion de entregarla un billete á hurto de la vieja. No sabia qué hacerse para darla á entender que la amaba. Pensados ya, pues, muchos medios de ponerla en la mano un billete y habiendo tropezado en todos con obstáculos insuperables, se le ocurrió emplear para el caso á dos criados ingeniosos y determinados del duque su tio. Halló los dispuestos á servirle, y así les dijo cómo habian de portarse. En efecto, á la mañana siguiente tomaron el billete, y hé aquí lo que hicieron. Aguardaron á que la condesita entrara

en la iglesia; y mientras oia misa, uno de ellos quitó la pezonera á una de las ruedas del coche. Al volverse á casa doña María, el otro criado, que se habia vestido de labrador, dió voces al cochero, diciéndole que iba á volcarse el coche, que se detuviese, porque faltaba una pezonera; y entretanto se afanaba en ayudar para que la caja no volcase. Quedó el lacayo cuidando de las mulas, mientras el cochero fué á buscar una pezonera. No dejó de desazonarse algun tanto la dueña: asomó la cabeza para ver lo que pasaba, y dió gracias al fingido labrador que habia avisado al cochero. Mientras esto sucedia, el otro criado halló modo de poner el billete en manos de la pupila, haciéndola señas de que callase y lo guardase con cuidado. Tomó el billete y se lo guardó en el pecho; y conoció, por la librea, que era criado del embajador de España.

Volvió el cochero, púsose la nueva pezonera, y llegaron las damas á su casa, sin que la vieja Argos hubiese visto ni sospechado lo del billete. Habló con la pupila del riesgo que habian corrido, y atribuyó su buena fortuna á milagro de la Vírgen santísima; pero la niña pensaba más en el billete que en el milagro. Apenas estuvo sola, cuando lo abrió y leyó lo que sigue:

«A LA CONDESA DE ALBANO.

«Señora:

»He tenido el gusto de veros en la iglesia. ¿Cómo, pues, no »habia de aficionarme á vuestras gracias? Sus efectos son supe»riores á toda resistencia. Conozco lo que pueden, y experi»mento que, desde el dia que excitaron mi admiracion, depen»de mi felicidad de la que posee tantos atractivos. El amor que »os tengo, señora, iguala á la hermosura que lo ocasionó. No

»tengo términos con que explicarlo. Si el amor se permitiese á »la explicacion, haria una injusticia á vuestras perfecciones. »Quedo esperanzado en que mis respetosos desvelos os convencerán de mi sincera pasion y de la pureza de mi afecto. Ninguno en el mundo desea tanto ser todo vuestro como

D. Pedro Patillos.»

Leido el billete, no dudó en que el tal D. Pedro Patillos fuese aquel mismo caballero que no apartaba los ojos de ella cuando estaba en la iglesia. El caso es que ella ya lo miraba con inclinacion. No la faltaba más que saber si era sujeto de calidad. La dificultad estaba en cómo conducirse para descubrirlo, porque ni podia hablar de ello con las gentes que la rodeaban, ni trataba con personas de afuera sino en presencia de la marquesa.

Despues de alguna meditacion, abrazó un expediente que creyó útil. Aguardó á estar sola con el marqués y la marquesa, y preguntó á su tutor ¿si conocia á un cierto D. Pedro Patillos, y qué hombre era? Maravillado quedó el marqués de la pregunta; y la preguntó tambien ¿de qué procedia aquella curiosidad? La condesita, sin turbase, le respondió sonriéndose que satisfaciese su curiosidad, y le diria despues cierta cosa que le sorprenderia. Entonces el marqués la dijo: ese D. Pedro es sobrino del duque de Osuna, embajador de España, jóven de desarreglada conducta, vergüenza y oprobio de de su familia, y actualmente viajador para acabarse de perder. Hizo este bello retrato con tal embarazo y turbacion, que doña María, de edad ya de diez y seis años, y con un ingenio igual á su hermosura, comprendió la causa de haber hecho el marqués tan horrorosa pintura. De esto resultó no quedar engañada, y formar un concepto contrario al que habia querido inspirarla el marqués.

Ahora, repuso éste, dime cómo sabes el nombre de dicho

extranjero, y con qué fin te has informado de él.—Tomad, dijo la condesita, y satisfaced ampliamente vuestra curiosidad en ese billete encantado. La tal friolera, continuó, se ha encontrado dentro de una caja de mi tocador; pero lo que no cabe en la imaginacion es cómo ha llegado á ella. Con todo, no creo que haya sido por milagro, y sí que este D. Pedro sea tan malvado que tenga pacto con el demonio.

Miéntras leia el marqués el billete, examinó la pupila los movimientos de su rostro, y conoció fácilmente, por la variacion de colores, las inquietudes terribles que su lectura le causaba. Pero se esforzó el marqués cuanto pudo para ocultar la agitacion de su ánimo. Dió á leer el billete á la marquesa, y despues de pensar un poco: amada Mariquita, dijo á la condesa, no me canso de admirar tu prudente conducta en un negocio de esta especie. Señor, interrumpió ella, yo era muy niña cuando murió mi padre, pero no tanto que no me acuerde del encargo que me hizo de miraros como padre; sus últimas palabras están profundamente grabadas en mi memoria; y como, gracias á Dios, no me he separado hasta ahora de su voluntad, espero continuar lo mismo, no ocultándoos cosa alguna, y sometiéndome á vuestras disposiciones y luces, en cuanto se dirigiere á mis intereses. Más que persuadida estoy, por la larga recíproca amistad entre vos y mi padre, á que no buscais más que mi bien, y á que mis intereses os importan tanto como los vuestros propios; y así, creo que no puedo hacer cosa mejor que entregarme totalmente á vuestro juicio y experiencia.

No quiso la marquesa callar en coyuntura tan importante. Admirada y complacida estoy, dijo, de ver que el ingenio y el juicio disputan la hermosura en la amable Mariquita. Piensas como debes del marqués, continuó hablando con la niña: no es posible que ame á sus propios hijos más tiernamente que á ti,

ni que busque su bienestar con más desinterés que el tuyo; y cree, hija mia, que no le cedo en amarte, y que la mayor satisfaccion mia será verte gozar una felicidad tan permanente que......

Aquí estaban de la conversacion, y ya la condesita se preparaba á responder á un discurso tan obligatorio, cuya poca sinceridad conocia, cuando el conde de Paruta, caballero veneciano, que estaba en Roma, entró y estorbó á la pupila responder. Acabada la visita, salieron juntas de la sala, y fueron á pasearse al jardin. La buena de la marquesa se deshizo en halagos y protestas del cariño más tierno y sincero. Luego se introdujo á dar á la condesa consejos, acompañados de odiosas pinturas de la escandalosa vida de los jóvenes de distincion; y como la importaba persuadírselo así á la condesita, se dejaba arrebatar del zelo con demasía, y tanto, que tuvo que disculparse con la pupila, diciéndola que como se trataba de sus intereses, no podia contenerse en ciertos límites. Oyóla doña Maria con atencion y reserva, sin que se la escapase palabra, gesto ni sonido de voz por donde sospechase la marquesa que no creia todo cuanto la contaba. Al contrario, se mostraba la niña horrorizada de los malos caractéres de los jóvenes romanos, y particularmente del de D. Pedro, á quien la marquesa habia puesto de oro y azul, como dicen.

Así pasaron lo más de la tarde ambas señoras, y se retiraron muy satisfechas de sí mismas. La marquesa, aplaudiéndose de haber engañado á la condesita, y esta gozosísima de haber deslumbrado á la marquesa y al marqués, y hallado medio de saber, por los interesados en callárselo, quién era D. Pedro, cuyo aborrecible retrato ni habia hecho impresion en su ánimo, ni disminuido la inclinacion con que ya lo miraba.

Despues de cenar continuó el marqués la conversacion, inter-

rumpida por la visita del conde de Paruta. Sabia ya lo hablado en el jardin, y por tanto se extendió en elogiar la prudencia y fino modo de pensar de su pupila trayendo luego la conversacion hácia D. Pedro. Lo pintó como uno de aquellos hombres desalmados, para quienes no hay cosa sagrada. Segun su concepto, eran nada para aquel jóven robos, asesinatos, sacrilegios y venenos, en tratándose de contentar sus pasiones. El duque de Osuna, hija mia, está tan encaprichado con él, que no hay modo de que crea cosa alguna en desventaja suya. Ese libertino hace de manera que separa inmediatamente á cuantos pueden noticiar al duque sus desbarros. No hay en la casa un criado que no esté de su parte; y así, amada Mariquita, soy de dictámen que vale más precaver todo insulto de su parte, que aventurarnos al riesgo, á la sombra de nuestra clase, ó de nuestro crédito. Ese D. Pedro seria muy capaz de robarte en medio del dia y á la vista de toda esta gran ciudad, capitaneando una tropa de esos asesinos que aquí se alquilan por dinero.

Ello es cierto, continuó la marquesa, que en todas partes se habla de él como de un determinado sin miramiento alguno: y si yo hubiera de dar algun consejo á Mariquita, seria el de meterse en un convento hasta que ese jóven peligroso se fuese de Roma, ó se hubiesen tomado las medidas para guarecerla de todo atentado. Ese era justamente mi pensamiento, interrumpió el marqués.—Pues el mio no, replicó modestamente la pupila, porque tengo suma repugnancia á todo lo que es convento. Lo mucho que me amais os hace el peligro meyor de lo que en efecto es. Yo pienso que los hombres se cansan cuando ven frustadas sus diligencias, y creo que lo más propio para cansarlos es no hacer alto en ellos. Fuera de que las leyes están muy claras, y no osará D. Pedro hacer la menor violencia á una señorita de mi clase. ¿Qué tengo que temer? ¿Acaso vuestros oficiosos

cuidados y los buenos ejemplos de esta mi señora, no son más que suficientes para contenerme en los límites de mi obligacion en caso de que la edad mia no parezca bastante madura para fiarse de mí? No alcanzo la causa de encerrarme, sólo porque vuestro D. Pedro sea un licencioso. Encerrad más bien al culpado que al inocente. ¿No me asegura sobrado la justicia? ¿Para qué, pues, necesito de otra proteccion? Si hubiera yo sospechado que un calabozo habia de ser la recompensa de la confianza que de vos hice, me hubiera guardado de hablaros del despreciable billete, y tomado el partido de reposarme sobre la severidad de las leyes, sin aventurar un secreto que con tanta indiferencia miro.

Por fin, habló la condesita con tal firmeza, que aturdió á sus tutores. Empezaron á sobresaltarse de una resistencia que tan nueva les parecia, y juzgaron oportuno mudar de manejo.

Sosiégate, hija mia, dijo el marqués, continuando la conversacion: si lo mucho que te queremos nos aconseja los medios más convenientes para guarecer tu virtud de todo riesgo (aunque no sea del gusto tuyo, por falta de exámen y de meditacion sobre el mismo peligro) tambien nos aparta de todo cuanto puede desagradarte. Ya pues, que tienes tanta repugnancia al convento, pensemos en otro medio de librarte de las importunidades de ese atrevido español. No creo que lo haya más seguro, dijo la marquesa, que el que le hemos propuesto, y no dudo que la virtuosa condesita será de nuestro dictámen en consultándolo con lo almohada.

Pues yo estoy segurísima, repuso la pupila, de que no habrá peligro alguno que me impela á refugiarme á un claustro.—Era ya tarde, y conociendo el marqués que la muchacha no cederia, le pareció del caso interrumpir la conversacion. Diéronse las buenas noches, y se separaron con mucha urbanidad, como

personas bien educadas, aunque de botones adentro poquísimo satisfechos unos de otros. Una doncella, recibida aquel mismo dia, alumbró á la condesita hasta dejarla en su cuarto, donde fué recibida por una vieja tan desconocida para ella como la criada, á quien mandó la vieja retirarse diciéndola que ella serviria á la condesa.

Algo sorprendió á ésta la mudanza, pero no dejó de alegrarse de verse libre de su antigua dueña gruñidora. Iba, no obstante, á preguntar por ella, cuando la nueva aya le dijo: Señorita, estoy aquí de órden del señor marqués para serviros en todo cuanto se os ofrezca y ocupar el puesto de la que ha sido sospechada de haber metido un billete dentro de vuestro tocador. Pero os suplico que no entreis en desconfianza por la repentina mutacion de vuestros criados. A veces suelen las cosas servir para diversos fines que se destinan. Por más que hayais honrado á mi antecesora, puedo asegurar que no habrá merecido tales honras por más celo y fidelidad que en mí vereis: en prueba de ello os digo que, aunque estoy aquí puesta para acechar vuestras acciones, podeis creerme incapaz de semejante bajeza y vivir asegurada que desde ahora mismo me sacrifico toda al cumplimiento de vuestros deseos. Dicho esto, calló para aguardar la respuesta.

Estuvo tan sobre sí la condesita, que no cayó en la trampa armada. Conoció muy bien el fin de la nueva dueña, y respondió con mucha indiferencia: que le importaba poco el que la hubiesen dejado ó quitado la criada antigua: que como no tenia secretos, no necesitaba de confidentas; y que si la despedida habia realmente cometido la culpa que la imputaban, habia llevado justamente su merecido.—¡Ay, señora! repuso el nuevo Argos; como vos conociéseis á D. Pedro, la perdonaríais, áun cuando fuese ciertamente culpada; porque habeis de saber, se-

ñorita, que no hay en todo el patrimonio de San Pedro caballero más completo ni de más mérito que él. No puede darse un señor de más bella presencia, más urbano, más benigno ni más amable; además de lo mucho que le recomienda su buena conducta, su ingenio y sus habilidades. Por último, señorita, desde que ese extranjero está en Roma se ha granjeado fama y estimacion universal.

Será así, contestó friamente la condesita; pero el señor marqués me lo ha pintado muy otro; bien que á mí nada se me da de que sea malo ni bueno. Diciendo esto, empezó á desnudarse. La buena dueña iba á continuar justificando al señor D. Pedro; pero la condesita se lo estorbó mandándola callar y metiéndose en la cama.

CAPITULO III.

Continúa la historia de la condesa de Albano y de D. Pedro Patillos.

Madrugó mucho la condesita, y escribió una relacion circunstanciada, aunque compendiosa, de la situacion en que se hallaba. Despues escribió un papel á D. Pedro, lo cerró todo muy bien y lo ocultó cuidadosamente. Así decia el papel:

«A D. PEDRO PATILLOS.

»La crueldad con que quieren violentarme á tomar el estado »religioso para usurpar, sin obstáculos, unos bienes que son »mios, no me permite ocultar lo que siento. Las circunstancias »me fuerzan á atropellar con todos los respetos que prohiben á »una mujer determinarse tan prontamente. He meditado sobre »vuestro nacimiento y carácter; y precisado mi corazon á hace»ros justicia en todo, no vacila en declararos que será la más »feliz del mundo luego que saliere de prision para ser esposa »de D. Pedro

La condesa de Albano.»

Así que hubo escrito, se volvió á la cama para evitar toda sospecha. De allí á poco entraron sus nuevas criadas. Hizo la dormida, y despues todos aquellos esperezos de una persona

que despierta. Se vistió, y pasó á tomar el chocolate. No se renovó desde luego la conversacion de la noche antecedente, porque habian quedado poco satisfechas ambas partes. Mantuviéronse muy serios, y entraron recado de que el coche estaba pronto. La marquesa fué á la iglesia con la condesita, quien no estuvo tan devota como atenta á ver si descubria al criado que le habia puesto en la mano el billete de D. Pedro, bien que hacia todas las correspondientes gesticulaciones de devocion. No tardó mucho en dar con el criado, quien conoció al instante que habia respuesta que recoger, pues semejantes mensajeros entienden con perfeccion el idioma de los ojos. Al salir se mezcló entre la gente y se acercó con tanto disimulo, que la condesa, haciendo que se recogia la basquiña por detrás, le metió en la mano su carta. Retiróse luego el astuto criado tan contento como lo quedaba la condesita.

No debe esperarse que yo me detenga ahora á pintar la suma alegría que causó á D. Pedro la lectura del billete. No hubo agasajo que no hiciese á su fiel Mercurio; pero el más sólido fué un bolson de doblones que le entregó y que el pícaro estimó en más que las caricias del mayor potentado. El donativo fué más que suficiente para no dejarle duda del importante servicio que habia hecho á D. Pedro. Apénas este señor vió, en la memoria escrita, el estado de su amable condesa, cuando sintió todo lo que en semejante caso sentiria una alma generosa. Irritado hasta lo sumo contra la negra ingratitud del marqués, se dispuso á consultar con los más hábiles abogados de Roma; pero no olvidó el peligro en que estaba la hermosa condesa de ser encerrada por fuerza en un convento, de donde sería más dificultoso sacarla, áun suponiendo que lo pudiese descubrir.

El duque, su tio, habia salido de casa para ir á tratar de negocios graves con el cardenal sobrino, y lo esperaba con impa-

ciencia. Apénas llegó, se le presentó el enamorado D. Pedro, y le notició que amaba á la condesa. No se lo desaprobó el duque, porque sabia quién era la dama, conocia su familia y sus muchos bienes. A la aprobacion del tio siguió la súplica de D. Pedro de que le dijese cómo habia de portarse para desconcertar, cuanto ántes fuese posible, los proyectos del indigno tutor, declarados en la memoria de la condesa que D. Pedro le presentó.

Te doy la enhorabuena, querido sobrino mio, dijo el duque á D. Pedro: mucho me alegro de tu buena fortuna; pero debo advertirte que tú, más que otro alguno, debes obrar con gran circunspeccion, evitando dar paso alguno que pueda comprometer mi carácter y la gloria del rey mi señor (á quien Dios guarde), y no lisonjeándote fuera de propósito de hallar en mí la proteccion que no pudiera concederte, cualesquiera que fuesen las consecuencias de mi repulsa; pues bien sabes que la honra de S. M. me importa más que la vida. No obstante, haz una cosa: envia inmediatamente á llamar de mi parte al señor Leontino, diciéndole que le deseo hablar: es un famoso abogado: le pediremos su dictámen, y concertaremos con él los medios más prontos y seguros de libertar á la condesa de la violencia injusta de su ingrato tutor, para cumplimiento de tus deseos.

Don Pedro se dió tan buena maña, que no tardó en comparecer el señor Leontino, siendo de bellísimo agüero para D. Pedro su pronta venida.

En pocas palabras contó el embajador al abogado el suceso, y le mostró la memoria escrita de la propia mano de la condesa, juntamente con la carta dirigida á D. Pedro. Fué de dictámen el señor Leontino, que el duque visitara al gobernador de Roma, ofreciéndose á acompañarlo, y añadiendo, que no dudaba de que, informado el gobernador del lastimoso estado de la con-

desa, mandase comparecer, en dia señalado, al marqués y á su pupila, para oir las razones de ambas partes, y que miéntras tanto, contase S. E. con que él tomaba bajo su proteccion á la pupila.—Aprobaron su parecer el grave embajador y el impaciente D. Pedro. Tomaron los tres el coche y llegaron al palacio del gobernador. Cabalmente estaba entonces hablando con el marqués, que era muy amigo suyo. Entráronle recado de la visita del embajador de España, de su sobrino y del abogado Leontino. El marqués, que tenia la conciencia puerca y que nunca olvidaba su principal negocio, malició al instante que aquella visita podria tener relacion con los asuntos de la condesa; bien que no tuviese la menor sospecha de que hubiera rerpondido á la carta de D. Pedro.

Como el marqués trataba familiarmente al gobernador, se pasó á otro cuarto mientras la visita del duque. Este dijo en pocas palabras el motivo de su visita, y rogó al gobernador que oyese hablar más largamente sobre el caso al señor Leontino. Habló éste con su acostumbrada elocuencia. Primero tocó la situacion del marqués cuando vivia con un corto patrimonio. Despues elogió la incomparable amistad del conde y la extraordinaria confianza que hizo de la probidad del marqués. Demostró cuán obligado estaba el marqués, así por el honor como por la gratitud, á corresponder, á toda costa, á tanta confianza. Hizo palpable que el marqués, con innaudita perfidia, obraba directamente contra todo lo que debia á su amigo difunto; y que sus procedimientos eran ingratos, deshonrosos é injustos. Por último, concluyó suplicando al gobernador que protegiese á la condesa, que mandase, por provision, sacarla de la casa del marqués, que citase á este á comparecer y responder á los cargos que se le hacian, y que fijara el dia que gustase para oir las razones de ambas partes por sus abogados.

No poco sorprendido quedó el gobernador de lo que acababa de oir. Respondió gravemente, que siempre habia tenido al marqués de Castruccio por un modelo de honor, equidad y agradecimiento. Verdad es, dijo, que su patrimonio no correspondia á su nacimiento y á su mérito; pero tambien es cierto que todas las gentes honradas se alegraron de ver recompensada su virtud por el justo discernimiento del conde de Albano. Si aquel señor no hubiera conocido bien el bello carácter del marqués, no hubiera sido tan su amigo mientras vivió, y se hubiera guardado de legarle al morir igual porcion de bienes que á su hija y de dejarle poder amplio y autoridad absoluta sobre ella hasta que entrase en un convento, si era llamada á la vida religiosa, ó se casase con la aprobacion y por la eleccion de su generoso amigo. Por más autoridad que yo tenga, continuó el gobernador, no alcanza á oponerse á la voluntad del difunto, ni á anular su testamento. Las últimas disposiciones de un moribundo son leyes con que debe cumplirse al pié de la letra, y así digo, que no puedo sacar á la condesa de la casa del marqués, á quien la confió su padre. Pero, con todo, si quereis significarme la persona que intenta la acusacion contra el marqués, escribiré dos letras á éste, señalaré dia para escuchar á ambos, y creo que el acusado se justificará tan bien, que confundirá y avergonzará á su acusador.—Entónces tomó D. Pedro la palabra, y dijo al gobernador: Yo, señor, soy quien acuso, y quien se obliga con su cabeza á probar cuanto el señor Leontino acaba de decir.—Pudiera muy bien suceder, replicó el gobernador, que estuviéseis mal informado: yo, por mi parte, así lo espero: en fin, citaré al marqués para pasado mañana, y el señor Leontino se dará por avisado para el mismo dia. Con esto se acabó la visita.

Al volver el gobernador de cumplimentar al duque, halló en

la sala al marqués, que lo aguardaba. Maravillado quedareis, amigo mio, le dijo, cuando supiéreis que el motivo de esta visita es..... No prosigais, interrumpió el marqués: todo lo he oido: me hallaré aquí al tiempo prefijado para destruir una maliciosa calumnia que, aunque tan falsa, no dejaria de causarme inquietudes, á no esperar que el testimonio de la condesa misma me justificará plenamente con vos, para que esta fábula no me produzca vuestro desconcepto.

Aseguró el gobernador al marqués, que era negocio dificilísimo alterar la buena opinion que tenia de se honor y probidad.

Despidióse el marqués, y se retiró á su casa tan agitado como deja conocerse. Pasó lo restante del dia sin ver á nadie, hasta la hora de cenar. Sentóse á la mesa solo con la condesita, porque la marquesa cenaba fuera. Violentóse muchísimo para encubrir sus inquietudes, pero las descubria su melancólico silencio. Acabada la cena y retirada la familia, preguntó á la pupila con afectada indiferencia, si no habia oido jamás hablar de don Pedro. Respondió que no, y que suponia que la sabia precaucion tomada con las mujeres que antes la servian, habria cerrado al temerario la entrada por donde introdujo su ridículo billete.—Pues el billete, repuso el marqués, áun no es tan malo como sus acciones. Has de saber que se ha hecho ayo y tutor tuyo. Hoy ha estado en cassa del gobernador, y por el ministerio del abogado Leontino se ha desatado en invectivas contra mí. ¿Lo querras creer? Ha intentado darme á conocer por amigo infiel é ingrato, y por tutor injusto y cruel. Aun más ha hecho. Ha tenido la osadía de pedir que te saquen de mi casa, y que me hagan comparecer jurídicamente para responder á las acusaciones intentadas contra mí por causa tuya.—Y ¿con qué autoridad? replicó la condesa.—Pasado mañana lo veremos, repuso el marqués.—¡Temerario! exclamó la condesa. ¡Se pue-

de dar insolencia semejante! Espero, señor, que me hallaré presente, pues nadie mejor que yo confundirá á ese señor don Pedro mi tutor, y le haré ver que no soy una niña que se deja gebernar así como quiera. Tambien espero que el gobernador me hará justicia y atenderá á mi declaracion.—Aquí llegaban cuando entró la marquesa.

Tan agitado estaba el marqués, que creyó, á todo creer, cuanto habia dicho la condesa, y la dijo, que nada dudaba de su afecto y prudencia.— Lo que es de mi prudencia, recargó la niña, no respondo; pero sí de mi afecto, incapaz de alterarse por cosa alguna.—Como ya era tarde, se despidió y retiró á su cuarto, satisfechísima de los procederes del señor D. Pedro.

Luego que el marqués estuvo solo con la marquesa, se lo contó todo, y áun quiso meterlo á zumba; pero ella tomó el asunto muy de otro modo, y dijo, que lo miraba como cosa seria, pues no creia que D. Pedro se aventurase á tanto, sino movido por los parientes de la condesa, interesados en sacarla de entre sus manos: que quizá habrian ya formado el proyecto de casarla con Don Pedro, sabiendo cuánto crédito tenia con el Santo Padre el duque su tio: y que á no estar segura como lo estaba, de que la condesa no podia hablar ni oir á nadie sin su noticia, la hubiera creido culpada, y mirado la natural sencillez con que les mostró el billete de D. Pedro, como diligencia practicada para echarles tierra en los ojos y deslumbrarlos totalmente.—¡Bueno! bueno! dijo el marqués. Pues ¿no acabas de oir tú misma las protestas de cariño que acaba de hacerme la pobre muchacha?—Eso mismo me da más que pensar, repuso la marquesa. Ya sabes cómo la hemos tratado; y finalmente, sabes lo que te va en el éxito de este negocio: no titubeemos: el mejor partido es deshacerse de D. Pedro, con esto cortas el árbol por la raiz: con esto los conjurados quedarán sin la proteccion del duque.

Quitado una vez de en medio tu acusador, no habrá quien cele tu conducta en la administracion de los bienes de tu pupila; y si acaso ésta tuviere parte en la trama (cosa que tengo por moralmente imposible) verá frustradas todas sus esperanzas.— Sintió el marqués alguna repugnancia á tomar el partido que le aconsejaba su mujer; y así la dijo, que no se determinaria á una accion tan vil, áun cuando fuese el único medio de salir del apuro.—¡Cuán poco de acuerdo estás contigo mismo! replicó la astuta dama. Vacilas sobre la muerte necesaria de un declarado enemigo, y matas determinadamente á la hija de tu amigo y bienhechor.—¡Cómo matarla! exclamó el marqués: ¡Dios quiera que ni á pensarlo llegue! Pues ¿qué, llamas, repuso ella, la intencion de meterla por fuerza en un convento? ¿No es esta la muerte más cruel de todas? ¿No será enterrarla viva? ¿En qué nos detenemos? ¿por qué vacilamos? O D. Pedro muere, ó te resuelves á verte avergonzado el resto de tus dias, y lo que más es, reducido con tus hijos á la última miseria. Si no tienes más valor en asunto que tanto te importa, te haré ver que soy, aunque mujer, más valerosa que tú. Conozco á un cierto asesino que, mediante una corta gratificacion, dará á D. Pedro pasaporte para el otro mundo, y asegurará tu sosiego en este, ántes de veinticuatro horas. Comprendió el marqués el riesgo que corria, si se examinaba su conducta, y vió las fatales consecuencias que resultarian. Abrazó, por fin, el dictámen de su mujer, se informó de lo tocante al asesino, y sacó que estaba casado con una mujer que antiguamente habia servido á la marquesa.

A la madrugada del siguiente dia fué el marqués á casa del dador de pasaportes indicado por la marquesa. Lo encontró en cama, por haberse recogido tarde. Su mujer introdujo al marqués bien embozado en su capa, le suplicó que esperara un instante, y llamó á su marido, que no tardó en salir. Díjole el mar-

qués, que necesitaba de su ministro para que un cierto Don Pedro fuese despachado en ménos de veinticuatro horas.—Preguntó el valenton al marqués, qué afrenta habia recibido de aquel sujeto—Me parece, respondió el marqués, que eso nada te importa, con tal que yo te pague bien.—¡Cómo que nada me importa! exclamó el rufian; ¿qué pensais de mí? Sabed que soy honrado y concienzudo. No, señor: como yo no me asegure de que D. Pedro merece la muerte, sin quedarme escrúpulo de haber pronunciado su sentencia, todas las riquezas del mundo no bastarán á corromperme. Tengo pundonor y gusto de la justicia. Al mismo tiempo que soy ejecutor, quiero ser juez íntegro de la pena que impongo. Por cuanto hay no quisiera que la sangre de un inocente clamase contra mí. Hay otro mundo, señor, despues de este, y tengo una alma que salvar.

Con todo de que el marqués no tenia gana de reir, apenas pudo contener la risa. Vaya, amigo, le repuso, puedes sobre mi palabra..... No me fio de palabras de nadie, interrumpió el picaron: tratamos de la vida de un hombre, y yo he de convencerme plenamente, y en conciencia, de que el delito merece la muerte.—Pues bien, dijo el marqués, te informaré. En efecto, se lo contó todo, y le preguntó despues: ¿Qué te parece? ¿Estás convencido? ¡Ay señor! dijo el camastronazo: no he perdido una sílaba de vuestro discurso, y hallo que el tal D. Pedro, sin que le hayais dado motivo, quiere manchar vuestra familia, cosa más importante que la vida para un hombre honrado, y de consiguiente intenta daros un golpe mortal, golpe más funesto que la misma muerte. Su atentado es mil veces más horroroso que el vuestro, porque vos obrais precisado. Nuestra conservacion propia es la primera ley de la naturaleza. Aparte de esto, señor, me parece que ese hombre es un enredador que se mete en negocios que no le tocan. Mejor iria todo el mundo si se

purgara de esa casta de gentes. En fin, señor, en resumidas cuentas, mi parecer es que no le concedais tiempo para verificar su mal designio. Dadme esa mano, continuó alargándosela: desde ahora mismo os lo aseguro incapaz de causaros daño. ¿Cuáles son sus concurrencias? ¿qué criados tiene? ¿dónde se le puede encontrar de noche?—Regularmente, dijo el marqués, lleva tres lacayos en su coche; va á todos los bailes, á todas las visitas, no falta á las óperas, ni á los conciertos, ni hay funcion en Roma donde no sea de los primeros.—Está muy bien, señor: contad ya con la cosa hecha, porque esta misma noche morirá sin falta. Lo más de la principal nobleza se juntará á la noche en casa de la condesa Fenicia, donde se representará una ópera nueva. Lo acecharemos tan bien á la salida y tomaremos tan justas medidas que, antes de mañana, os daremos buena cuenta de su persona. Necesito llevar conmigo tres camaradas, muy honrados, que se contentarán con doscientos escudos cada uno. Y ya sabeis, señor, que, en estos negocios, el dinero va por delante. Muy bien, dijo el marqués; pero ¿y si yerras el golpe?—¡Ay señor! interrumpió el asesino: en tal caso tratais con personas honradas, cosa que ya debíais haber conocido, viendo que no os he preguntado quién sois y que he oido vuestra historia bajo nombres fingidos, segun vos mismo dijísteis. Dadme solamente unos nuevecientos escudos, y os doy mi palabra de que, si ese hombre no queda despachado esta noche, cobrareis vuestro dinero mañana á estas horas, á ménos de que alguno de nosotros sea muerto ó herido, pues en tales circunstancias, la parte del muerto es de la viuda, ó bien se retiene, si es herido, doble de lo que importa la cuenta del cirujano, por via de gratificacion; y los que escapan ilesos se atienen regularmente á la generosidad del patron, siquiera por el tiempo que han perdido.

Basta, dijo el marqués: antes que te vistas estaré aquí de vuelta con el dinero; pero mira que fio en tu palabra.—Llegó á su casa, y calmó los recelos de la marquesa contándole lo sucedido.

La mujer del baladron, que conocia al marqués, tuvo la curiosidad de escuchar á la puerta cuanto habian hablado.

Quiso la Providencia que aquella mujer tuviese un pariente criado de D. Pedro. Quedó sin padres desde niña y la crió la madre de dicho pariente, á quien siempre quiso mucho. Temió que, muerto D. Pedro, no perdiese el primo su fortuna, pues no sólo era criado, sino favorecido de aquel señor; y sobre todo esto se acordaba de lo mucho que habia debido á su tia. Esperó á que volviese el marqués, que no tardó en llegar con el dinero. Luego que se fué, salió el asesino á componerse con sus camaradas. Al instante corrió la mujer á contar al primo cuanto sabia. Este la pidió que esperase un poco. Entró á despertar á su amo, que áun dormia, y le dijo: Levantaos al instante, señor, porque peligra vuestra vida. Volvió á salir, y un instante despues entró con su prima, á quien hizo contar palabra por palabra lo que sabia. La pobre mujer acabó suplicando á D. Pedro, que lo dispusiese de modo que su marido no corriese riesgo, y que nunca supiese ser ella la descubridora del secreto. Con lo cual se retiró sin aguardar más respuesta. Llegó á su casa ántes que el marido y se volvió á desnudar, de manera que, cuando aquel llegó, la encontró ocupada en sus haciendas diarias. Dióla dinero y la mandó que preparara comida para tres amigos que habia convidado, advirtiéndola que tenia que hablar con ellos, y que así, luego que hubiese servido la comida y puesto las botellas sobre la mesa, saliese de casa á visitar á alguna amiga; lo que obedeció puntualmente ella; y ya que hubo salido, se encerró el asesino con sus tres compañeros,

miéntras la mujer se encaminó á casa de su primo para contarle cuanto pasaba.

Ya D. Pedro habia noticiado al duque de Osuna todo el suceso. Entónces se aseguró éste en que el gobernador era amigo del marqués, y sospechó si acaso le habria revelado el asunto. No juzgó por lo mismo conveniente acudir á él, sino que acordó con su sobrino dirigirse al Vaticano á pedir una audiencia al Papa.

Al bajar la escalera, columbró D. Pedro en el vestíbulo á la mujer del asesino. Díjoselo á su tio, y éste volvió atrás mandando que le presentaran la mujer. Esta repitió al embajador lo mismo que habia dicho á su sobrino, y añadió, que los tres valentones estaban actualmente en su casa con su marido. Dióla S. E. una bolsa de zequines, y la despidió asegurándola que nada tenia que temer. Envió el duque al instante algunas gentes para que, puestos á la vista de la casa de los cuatro asesinos, tomasen sus señas en saliendo, y se quedasen unos para seguirlos, miéntras otros fuesen á noticiarle lo que habia. Dadas tan acertadas órdenes, marchó el duque derecho al Vaticano. Fué inmediatamente admitido á la audiencia, y notició al Santo Padre cuanto pasaba, quien quedó escandalizado y sorprendido de un atentado tan horrible, y dijo al duque que lo tomaba todo á su cargo. En consecuencia de ello, envió á llamar al capitan de guardias y le declaró sus intenciones.

Expedidas las órdenes, y dadas las providencias, hizo D. Pedro durante el dia sus visitas acostumbradas. A la entrada de la noche se fué á casa de la condesa de Fenicia. Ya entónces estaban, junto á la puerta-cochera de la casa, dos de los cuatro guapos, que hacian como que hablaban de cosas serias. Los enviados en su seguimiento no los habian perdido de vista. Luego que D. Pedro entró, se acercó uno de los guapos al cochero, y

le dijo, como por pasatiempo; ¡bello tren! ¿puede saberse quién es su dueño? Uno de los criados del embajador, que se hallaba presente, y entendió la pregunta, le respondió, que su dueño era D. Pedro Patillos, sobrino del embajador de España.—Acaso será ese caballero que acaba de entrar en casa de la condesa de Fenicia, replicó el guapo.—El mismo, repuso el criado.—Entónces los dos valentones hicieron la desecha, y se separaron. Ambos fueron seguidos por los criados del embajador, bien disfrazados. Viéronlos entrar, uno despues de otro, en una taberna inmediata; y poco despues se les juntaron los otros dos camaradas, igualmente observados y seguidos. Luego que estuvieron los cuatro juntos en la tarberna, dieron parte al capitan de guardias de lo observado. Como era ya de noche, se embozó en una capa, y acompañado de dos oficiales, se presentó al tabernero y pidió que le proporcionase un cuarto desde el cual pudiese ver y oir á los cuatro hombres, entrados poco habia en la taberna, cuyas señas le dió; y, para que no dudase con quién hablaba, se desembozó el capitan, y mandó al tabernero que guardara profundo secreto, amenazándole con la muerte si aquellos hombres se le escapaban por culpa suya.

Comprendió el tabernero que el asunto no era cosa de chanza. Los metió en un cuartito únicamente separado del otro por un tabique de tablas. Quisieron estar á oscuras, y se colocaron de manera que, por una de las junturas de las tablas, veian y oian á los cuatro conspiradores. Estos consultaron mucho tiempo sobre qué lugar elegirian para dar su golpe. Por fin lo determinaron, y enviaron á uno de ellos para que se informara de la hora á que se acabaria la funcion, y de si el coche de D. Pedro estaba todavía á la puerta. No tardó en volver, y dijo á sus camaradas, que allí estaba el coche, y que áun podian beber una botella más de vino, porque faltaba como cosa de un par de

horas para acabarse el concierto. Los oficiales, que lo oyeron todo, bajaron y pidieron un cuarto con luz. Dos de ellos se quedaron, y el otro fué á dar órdenes á la guardia. Dispúsose tan bien la tropa desde la taberna hasta el lugar destinado para el asesinato, que no se dudó de la prision de aquellos malvados. Miéntras tanto volvieron los oficiales á intimar al tabernero que, si dichos hombres rastreaban lo que se hacia, responderia de ello con su propia cabeza.—Aseguró el tabernero que no conocia tales gentes (quizá no mentia), y que, cuando fuesen sus más cercanos parientes, ó íntimos amigos, primero era él y su familia.

Pagaron los guapos su gasto, y salieron de la taberna cuando ya les pareció hora. Siguiéronlos los oficiales á cierta distancia, y llegaron los cuatro asesinos á tiempo que finalizaba el concierto. Partieron muchos coches ántes de que arrimase el de don Pedro. Entónces los asesinos se esforzaron á penetrar para verle tomar su coche; mas los criados les estorbaron acercarse. Luego que nuestros valientes vieron que D. Pedro iba ya á entrar en su coche, se dieron prisa á tomar el camino de su casa, pero siempre observados por los oficiales. Así que D. Pedro supo la marcha de los asesinos al apostadero, se metió en el coche del conde de Tripalda, quien lo llevó al palacio de España. Su coche partió vacío, pero con los vidrios echados y con sus dos lacayos detrás, como si hubiese llevado al amo. Apénas llegó el coche al paraje donde estaban apostados los asesinos, cuando uno de ellos mandó parar al cochero, y cada dos se pusieron á los estribos del coche; pero en el mismo instante se echaron encima los soldados y los llevaron presos sin ruido.

La mayor parte de la tropa, que aguardaba el éxito, estaba oculta en algunas casas vecinas, habiendo advertido á sus dueños, que aquello era para prender algunas personas sospechosas

á la corte, y que, bajo pena de la vida, callasen, para de este modo prender mayor número. Los vecinos, que maliciaron podria ser algun negocio del Santo Oficio, callaron como unos muertos; de manera que el atentado no se hizo público en Roma, y sólo fué sabido de los que concurieron á estorbarlo.

A la mañana siguiente, se esparció el rumor de que habian asesinado á D. Pedro la noche ántes. Cuidóse de que la noticia llegara cuanto ántes á casa del marqués. No cabe explicarse cuánta fué su alegría. Particularmente la marquesa estaba loca de contento. Aconsejó á su marido que fingiese ignorarlo, y que fuese, como acostumbraba, á casa del gobernador, que ella lo seguiria, como lo hizo efectivamente de allí á poco, acompañada de la condesa, á quien nada dijo de la muerte de D. Pedro; de manera que ambas damas iban contentísimas, pero con motivos diferentes. Poco tiempo habia que estaban en casa del gobernador el marqués, su mujer y la pupila, cuando llegó el abogado Leontino. Dijo, en su presencia, al gobernador, que Don Pedro habia sido asesinado la noche ántes, y que así, faltando el acusador principal, no tenian por qué comparecer el marqués y la marquesa, á quienes debia descargárseles de la acusacion intentada contra ellos. Fingieron maravillosamente quedar aturdidos de la noticia; pero fué milagro que la condesa no muriera de dolor. Arrimóse á ella con disimulo el abogado, y la dijo al oido que era una noticia falsa esparcida de propósito. Con todo, era tanta su agitacion, que tuvo que pedir un vaso de agua, con lo que se repuso algo. La marquesa disfrutaba gozosamente de la afliccion de la pupila, y la dijo: No acabo de admirarme, Mariquita, de verte tan acongojada por la muerte de un hombre que no conoces: mejor será que nos vayamos á casa y no incomodemos más al señor gobernador, porque puede repetirte la congojilla, y siempre será bueno hacerte una

corta sangría.—Entónces la interrumpió el abogado diciéndola: Señora, ved aquí una órden de su Santidad para que la condesa se quede en casa del señor gobernador. Con efecto, entregó á éste la órden. Vos, señora, continuó, podreis volveros cuando quisiéreis.—Aquella órden fué para ambos esposos un rayo del cielo que los aterró. El gobernador dijo, que le precisaba obedecer á la letra los decretos del Sumo Pontífice, y volviéndose á la condesa, añadió: que aunque, segun la relacion que tenia en la mano, la imputaban el asesinato de D. Pedro, con todo, la gobernadora, su mujer, cuidaria de suavizarle las penas de su arresto. Los marqueses, que nada comprendieron, se despidieron del gobernador, diciéndole, que aguardarian con sumision las órdenes de su Santidad, por lo relativo á la condesa.

Tomaron el coche, y se fueron en derechura á casa para hablar más cómodamente de sus asuntos. Pero ¡cuánto fué su pasmo, cuando al llegar, encontraron á toda la familia en el vestíbulo, rodeada de soldados y selladas las puertas de todas las habitaciones! El oficial comandante no les dió tiempo para que volvieran en sí. Dijo al marqués, que tenia órden de asegurarse de su persona, de sellar las puertas de la casa y de dejar una guardia en ella; y que la señora marquesa le perdonaria, si, en virtud de las órdenes con que se hallaba, no la permitia pasar más adelante; que podia irse donde mejor la pareciese en el coche en que habia venido; pero que la acompañarian soldados para volverse con el mismo coche y caballos.—Pues ¿qué es esto? preguntó la marquesa: ¿Qué significa un procedimiento tan extraño y desusado?—Temo, señora, replicó el oficial, que será, por vuestra desgracia, demasiado justo. Pero no puedo detenerme. Entre el señor marqués en mi coche, que yo le haré compañía; y vos, señora, id donde quisiéreis. Dijo la marquesa que deseaba acompañar á su marido; pero la rehu-

saron esta gracia. Medio muerto el marqués, entró en el coche con los tres oficiales y fué llevado al palacio del gobernador. En aquel intervalo fueron tambien llevados allá los cuatro asesinos, con grillos en los piés y esposas en las manos. Estaban en la antecámara cuando entró el marqués. Luego que este puso los ojos sobre el principal de ellos, á quien habia dado el dinero, estuvo para desmayarse. Apénas se vió en la presencia del gobernador, exclamó así: nada me pregunteis, señor: me confieso culpado: no puedo escapar de la más rigorosa justicia. Bendigo al cielo que me haya acusado ese hombre: nada deseo tanto como la más pronta muerte.—En vista de esto, hizo su confesion y la firmó.

Retirado que fué el marqués, presentaron al gobernador los cuatro asesinos. No tan sólo no quisieron confesar, ni que su jefe protestó que no conocia al marqués. Por último, y para abreviar, los cuatro fueron condenados á galeras miéntras viviesen. Pero agravaron más la condena del principal, como tan justamente lo merecia. Todos los bienes y efectos del marqués fueron confiscados en favor de la condesa de Albano, y él condenado á degüello. Pero la generosa condesa hizo tanto, y suplicó tanto, que por intercesion del mismo duque de Osuna consiguió del Santo Padre la vida del marqués, y que se conmutase la pena de muerte en una prision perpetua. No estuvo mucho tiempo preso, porque murió al cabo de tres ó cuatro meses. Miéntras vivió, se matuvo la marquesa oculta en casa de su hijo; pero, muerto el marqués, se retiró á un convento. Sus hijos hubieran muerto de hambre; pero la virtuosa condesa los remedió, señalándoles una buena pension, luego que la declararon poseedora, no solamente de lo que el marqués habia heredado del conde de Albano, sino tambien de todo lo atesorado por el marqués en la administracion de la tutela de la hija de

aquel amigo generoso. De allí á poco casó la condesa con don Pedro, su libertador, y su Santidad los honró dandoles la bendicion nupcial. Vivió con su marido en Roma, hasta que, siendo llamado el duque de su corte, lo siguió á España. Estuvo dicha señora algun tiempo en Madrid y despues se vino aquí, donde vive querida, estimada y admirada de cuantos logran la fortuna de conocerla.

Acabó mi hermano su narracion, y le dieron por ella gracias y aplausos. Hablamos despues de varias materias indiferntes, miéntras volvian del paseo; pero, viendo que no llegaban, fuimos á buscarlos al jardin.

Ya estábamos cerca, cuando descubrimos á lo léjos, sobre la calzada grande, un coche con seis mulas, escoltado por muchos criados á caballo bien armados. No bien los descubrimos cuando uno de ellos, á carrera tendida, se vino hácia la casa. Dijimos á D. Alfonso que sin duda le venia alguna visita de cumplimiento. Dimos vuelta á casa, y apénas entramos, cuando un lacayo advirtió á mi buen patron de que la condesa de Jimenez venia á visitarlo. Salimos á recibirla, y fué tan á tiempo, que Don Alfonso pudo darla la mano para bajar del coche. Mi hermano sirvió á la hija de la condesa, que era una hermosa muchacha de trece á catorce años

Avisaron á la condesa de Leyva, que estaba arriba con mi tia y mi madre, y bajaron á cumplimentar á las nuevas huéspedas. La recien llegada habia enviudado algunos años habia, bien que áun no pasaba de veinte y ocho. Era pariente cercana de mi madre, como tambien el conde su difunto esposo, para cuyo matrimonio fué necesaria dispensa á causa de la proximidad del parentesco. Venia de Madrid, donde fué á entablar algunas pretensiones, y se volvia á Játiva á pasar allí algunos dias. Así ella como su hija, tenian muchos bienes en las cercanías de

aquella ciudad. Habia rodeado para visitar á D. Alfonso, y contaba con haber seguido inmediatamente á Játiva á ver á mi tio y á mi madre, en caso de no haberlos encontrado en Leyva.

Aunque dicha viuda no era hermosa, era por muchos respetos amable; porque tenia gran juicio, vivo ingenio y conversacion chistosa. Pasó algnn tiempo en Francia con su difunto marido, que estuvo en ella de embajador, y resultó que la vivacidad francesa sirvió de correctivo á la gravedad española.

Sus antepasados proseyeron la señoría y castillo de Jimenez, destruido ántes de la irrupcion que hicieron los moros en España á persuasion del conde D. Julian, en el año de 711, reinando D. Rodrigo, último rey de los godos. Ganaron los moros una señalada victoria en una batalla general, dada entre Jerez y Medina-Sidonia, en Andalucía, en la cual quedaron derrotados totalmente castellanos y godos; de manera que ya no encontraron los infieles quien se opusiera á sus conquistas. La nobleza, capitaneando los que se salvaron de la derrota, se retiró hácia Astúrias y Vizcaya, y buscó asilo en los Pirineos y otros lugares circunvecinos. Suinza, de quien la condesa y su marido descienden en línea recta, era entónces señor de Jimenez. Juntó como pudo un puñado de gentes de las ruinas del ejército, y se retiró á las montañas cercanas á Segura, y allí se juntó con algunos otros, que tambien buscaban refugio. Se defendieron valerosamente, y de tal manera los imitaron sus hijos, que nunca pudieron los moros subyugarlos.

Y luego que los españoles empezaron á prosperar y á decaer los moros, se pusieron los descendientes de Suinza en posesion de su antiguo patrimonio, que continuaron defendiendo y mantuvieron sin dificultad.

Extinguida, pues, la línea masculina, por la muerte del padre de la jóven condesa, reune ésta en su persona los derechos

de padre y madre, y se ve única heredera de los bienes y títulos de familia tan ilustre.

Podria tener entónces como unos trece años: era bastantemente gallarda, pero demasiado niña para su edad; bien es cierto que acababa de salir de la compañía de unas monjas, y esto me la hacia algo ménos amable. Con todo eso, aquella misma sencillez hizo un efecto contrario en el corazon de mi hermano, quien opinó que con ella se aumentaba su buen parecer. Se enamoró de ella desde el mismo instante que la vió, y llegó á tanto que, en el poco tiempo que estuvo con nosotros la condesa, todos notaron el repentino caimiento de mi hermano, sin poder penetrar la causa.

Una noche, ántes de mi partida de Leyva, dijo la condesa Serafina al señor Scipion, que esperaba con impaciencia el cumplimiento de la oferta que la habia hecho de contarla sus aventuras de América; y que no dudaba que la condesa de Jimenez las oiria con muchísimo gusto.

Respondió el señor Scipion, que estaba prontísimo á obedecerla; pero que temia no fuese mal empleada la atencion con que lo honrase.

Tan al contrario será, repuso la dama, que no podrá darse tiempo más útilmente empleado. Me basta, replicó Scipion, la honra de obedecer vuestras órdenes: no debo buscar más disculpas; y así, señora, voy á satisfacer vuestra curiosidad.

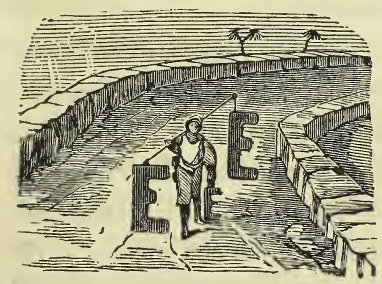
Todos cuantos estaban en Leyva se dispusieron á escuchar atentamente, y el señor Scipion empezó así su historia.



LIBRO SEGUNDO

CAPITULO I.

Aventuras del señor Scipion. Su viaje á Vera-Cruz, y desde allí á Méjico. Historia del conde de Jerez y de D. Alfonso. Como hizo amistad con ellos en el camino.



En mi primer viaje á América supe cuáles mercancías eran allí de más pronto despacho y más lucrosas. Determinado á volver allá, hice un cargamento considerable. Tenia yo algun dinero, que, junto con el que me prestó D. Gil Blas, y el que hallé modo de tomar en Cádiz, compuso la cantidad de cuarenta mil pesos. Embarqué todos mis efectos á bordo del *San Joseph*, navío de la flota pronta

á hacerse á la vela, y partimos. Nuestro viaje fué muy feliz, pues llegamos á Vera-Cruz en once semanas.

Recibiéronnos con grandes demostraciones de gozo, y fuimos todos en procesion á la iglesia catedral para dar gracias á Dios de habernos llevado con bien.

Díme prisa á desembarcar mis mercancías, y tomé mulas para dejar cuanto ántes á Vera-Cruz, cuya situacion hace su aire mal sano. Tiene dicha ciudad hácia el Oeste Sud-este unas lagunas de aguas cenagosas, y está circundada de arenales. El sol, que es ardentísimo, atrae de los pantanos exhalaciones muy perniciosas. Y es imposible aguantar el calor que causa la reverberacion de los rayos del sol en los arenales.

Cargados mis efectos, tomé el camino de Méjico, aunque, á decir verdad, hubiera podido despacharlos en Vera-Cruz á ciento por ciento de ganancia.

Ibamos juntas unas treinta personas, sin contar los mozos de mulas. Entre mis compañeros de viaje habia nueve religiosos franciscanos misioneros, á quienes los indios trataban con un respeto que tocaba en adoracion. A la tercera noche llegamos á Jalapa de Vera-Cruz, que es lugar de unos dos mil vecinos entre españoles é indios. Allí empecé á ver el mucho lujo del clero regular en aquellas comarcas felices.

Antes de llegar á dicho pueblo, hice conocimiento en el camino con dos sujetos de nuestra caravana, si así puedo llamar á la tropa de viajeros; eran ya hombres muy hechos, y llevaban entre los dos cuatro criados. Por su buena traza los creí ántes caballeros que negociantes, y más viendo que no llevaban mercancía alguna. Eran reservados, no se abrian con nadie, y me pareció que tenian alguna inquietud en sus ánimos. Procuré divertirlos como pude en el camino, y áun ganarles la estimacion y confianza, haciéndoles algunos cortos servicios. Era suma

mi curiosidad de saber quiénes eran y qué los habia llevado á aquel nuevo mundo, donde no creia yo que nadie fuese por su gusto á viajar.

Como yo habia andado otra vez aquel camino, iba provisto de todo lo necesario para padecer ménos. Les ofrecia yo de tiempo en tiempo algunos refrescos, en que ni siquiera habian pensado, los cuales les parecian tanto más deliciosos cuanto más oportunos, y me daban muy cordiales gracias. El uno recibia con bastante franqueza y bondad lo que yo le presentaba; pero el otro, como que sentia tener que agradecer á un hombre que juzgaba muy inferior á él.

Al acercarnos á Jalapa, envié delante á un criado mio para que fuese á parar á casa de D. Rodrigo de Calles, comerciante rico de aquel pueblo, con quien habia yo tratado en mi viaje anterior. Se alegró tanto de mi llegada que, me salió á recibir fuera del pueblo, para obligarme á que aceptara el hospedaje de su casa. Pasados los cumplimientos primeros, le mostré á mis dos amigos, y le pedí que los alojara juntamente conmigo. Hícele aquella súplica porque yo conocia su casa y su mucha urbanidad, y me respondió con todo agrado, que no podia darle mayor gusto. Los dos amigos quisieron excusarse cortésmente; pero el mismo D. Rodrigo les hizo mil instancias, de manera que aceptaron sus ofrecimientos mirándolos como un señalado favor.

La casa de D. Rodrigo era tan espaciosa, que más bien parecia palacio de un virey que habitacion de un simple comerciante. Luego que entramos, vimos que el interior no desmentia el exterior: los muebles eran tan magníficos como el edificio; los criados muchos; la mesa tan delicada y profusa, como grande y noble todo lo restante.

Por más que nuestros extranjeros afectaban un cierto aire re-

servado, se les traslucia por el semblante la admiracion que los ocupaba.

Ya que todos nos conocíamos más, propuse á mis dos extranjeros alguna mayor detencion en aquel pueblo. El de más edad me respondió, que se detendria con mucho gusto; pero que no se atrevia á incomodar más tiempo á D. Rodrigo, á quien ya no sabia cómo agradecer las particulares finezas en Europa, interrumpió el generoso comerciante: la hospitalidad, desterrada de entre los europeos, ha encontrado asilo en América. Permitidme que francamente os diga, que por vuestra residencia en mi casa no gasto un real de plata más. Mi mesa siempre se sirve como habeis visto; y en cuanto al alojamiento, os aseguro que me complaceis mucho en ocuparlo. Dios ha bendecido mi comercio, me veo rico, abundantemente provisto de cuanto puedo desear, y la única cosa que me falta es una buena compañía: creed que léjos de estarme vos agradecidos, os lo debo estar yo: miéntras más estuviéreis en mi casa, más tendré que agradeceros.—Semejantes expresiones, repuso el extranjero, me cierran enteramente la boca, y me fuerzan á no rehusar los ofrecimientos que con tanta generosidad nos haceis, porque de no, temeria que sospecháseis dudaba yo de vuestra sinceridad.

Como los demás compañeros de viaje lo habian de continuar al dia siguiente, mandé á mis mozos de mulas que continuasen tambien; y escribí con anticipacion á Méjico, á un comerciante conocido mio, pidiéndole que recibiera mis efectos y que me alquilara una casa cómoda y moblada para cuando yo llegase.

Descansamos tambien al dia siguiente sin salir de casa. Al otro dia nos divertimos en recorrer el pueblo. Al entrar en casa por la noche acometió al mayor de los extranjeros frio con síntomas de calentura. Retiróse á su cuarto, llamóse á un cirujano, y se contentó con sangrarlo ligeramente. Sintió alivio y pa-

só bien la noche. Dijéronnos al dia siguiente que se hallaba mejor, pero que deseaba guardar cama todo el dia, y que le acompañase su amigo. Lo visitamos D. Rodrigo y yo, nos recibió muy cariñosamente, y nos dijo cuánto sentia que su indisposicion aumentase las incomodidades que causaba á unos sujetos que apenas lo conocian. Volvió mi amigo á tranquilizarlo sobre este particular. Yo me aventuré á decirle, que su mal más era procedente del ánimo que del cuerpo; que yo le habia siempre notado una cierta melancolía, señal de alguna amarga pena, que podria contribuir mucho el aumento de sus males si no empleaba la razon para vencer su tristeza.

No cabe, nos dijo á ambos, obrar más generosamente de lo que obrais conmigo. Creed que lo agradezco como merece; pero por lo que mira á mi pena noto que les es fácil á los que disfrutan salud predicar la paciencia á los enfermos: cuando está sosegado el ánimo, se dan bellas lecciones de estoicismo á los atribulados. Bien habeis adivinado, señor Scipion, dijo encarándose conmigo, la desgracia que me oprime, y una afrenta sensibilísima hacen más impresion en mi alma que la calentura en mi cuerpo: verdad es que la esperanzan de remediar la primera, y de lavar, tarde ó temprano, la segunda, contribuye mucho á tranquilizarme, y á impedir que no muera á la violencia del sentimiento. Ved aquí el único motivo de mi viaje á Méjico. Ni por curiosidad, ni por avaricia, he salido de mi patria. La justicia y la esperanza de vengar nuestra honra, indignamente insultada, nos ha impelido á transportarnos á América. Luego que me sienta algo ménos fatigado que me hallo ahora, os contaré mis sucesos, y entónces juzgareis si no se necesitan fuerzas más que humanas para no desmayar bajo el peso de las desventuras que me agobian.

Don Rodrigo, continuó dirigiéndose á mi amigo, tenemos le-

tras de cambio para D. Pedro Mendoza en Méjico: si la indisposicion me precisare á causaros algunos gastos más, espero que añadireis á las finezas que os debo la de enviar un hombre de vuestra canfianza para que me traiga dinero, porque el que tenemos pronto se distribuirá entre médicos y boticarios, pues á estos señores se les debe pagar sin retardo.—Díjole Rodrigo que él tenia dinero á su disposicion para que tomara cuanto quisiese, y que así descansara sobre este particular.—Dió gracias á D. Rodrigo y le pidió que enviara á llamar á un médico. No tardó en venir. Pulsó al enfermo y declaró que necesitaba de algun reposo, que la indisposicion era una friolera, y que luego se restableceria, con tal que se tranquilizase. Así fué, pues en menos de ocho dias quedó enteramente bueno.

Estuvimos en casa de Rodrigo veinte dias, y le dejamos á disgusto suyo. Hizo cuanto hay que hacer para detenernos, y se mostró apesadumbrado de nuestra marcha.

La víspera de nuestro viaje, y hallándonos todos juntos en conversacion, dijo el que habia estado enfermo á D. Rodrigo, que se acordaba de habernos prometido contarnos su historia. Es mucho lo agradecido que me hallo, continuó, á lo bien que nos han tratado aquí, y quiero pagar alguna de mis deudas cumpliendo lo prometido. Procuraré hacerlo lo más brevemente que pudiere.

Mi nombre es Gerónimo y mi apellido Varon, tan conocido por lo ménos en Castilla, provincia de mi nacimiento, como algunos otros que quizá pasan por más ilustres. El título del conde de Jerez y de la hacienda así nombrada, viene de mi abuelo materno, y pasó á mi casa por falta de herederos varones en aquella.

No os cansaré con la varia relacion de mi vida, y sólo me detendré en lo que tuviere relacion con el desgraciado suceso que

me aflige. Habia en mi vecindad un caballero riquísimo, llamado D. Enrique de Rialto, que tenia dos hijos, el mayor llamado Diego y el segundo Lope. Ya eran hombres hechos cuando perdieron á su padre, quien dejó sus títulos y bienes á D. Diego, y á Lope algunas tierras y mucho dinero contante.

Vivimos como buenos vecinos y amigos con el padre miéntras vivió, y con los hijos muerto su padre. Eran hombres de mérito y de buena educacion; y con todo son orígen de la ruina de mi familia y causa de este largo y peligroso viaje que emprendimos.

Bendijo el cielo mi matrimonio dándome un hijo y una hija. Ambos eran todo mi...... pero no, porque si emprendo retratataros las prendas pesonales y morales de mis hijos, creereis que hablo como padre á quien perturba el discernimiento la ternura. Llamóse mi hijo Enrique, pues tuvo por padrino el caballero de quien ya hicimos mencion. Eran nuestros hijos, á poco más ó ménos, de una edad, habian aprendido todos con unos mismos maestros, y la costumbre, la vecindad, los pocos años, la uniformidad de genios y de clase, todo concurrió á estrechar la mayor amistad entre D. Lope y mi hijo. Creció tanto con el tiempo aquella amistad, que comunmente los llamaban los dos amigos.

Don Diego frecuentaba mucho mi casa. Enamoróse de mi hija Julieta, y me pidió permiso para tratarla, bajo esta condicion, y obtener su consentimiento, á fin de pedírmela por mujer. No podia yo desear para mi hija establecimiento más ventajoso. Antes de que él pensase ser mi yerno lo habia pensado yo, porque eran muy de mi gusto su bello natural y carácter, su justo raciocinio, su gran juicio, su amable coversacion, sus cariñosos modales, su arte de insinuarse, su graciosa persona, su atractiva fisonomía y su talle suelto y airoso. En una palabra, era

tal, que ninguna dama tenia que temer la crítica por haberle entregado su corazon. Sobre todo esto era muy rico; de manera que yo tenia sobradísimas razones para esperar que mi hija fuese dichosa con tal esposo. Ya conocereis que no le costaria dificultad obtener mi consentimiento, ni tardaria mucho en ser querido de mi hija. Por último, se habló de matrimonio, nos convenimos, y se dieron á los escribanos las instrucciones para formalizar los contratos matrimoniales. Todo dispuesto ya, y firmados los contratos, no quedaba más que fijar el dia en que debian casarse. D. Diego y yo hicimos preparativos extraordinarios para que todo fuese magnífico.

Deberia haberos dicho antes, que nuestras haciendas estaban situadas á las inmediaciones de Sigüenza. Entretanto que tratábamos de la boda, riñeron dos caballeros sobre los límites de sus tierras. Uno de ellos, llamado D. Antonio, residia en el mencionado pueblo, y el otro, llamado D. Ramiro, era vecino de Don Diego. Para evitar las formalidades de justicia, se convinieron á terminar su querella con la espada, tomando cada uno un segundo.

Don Ramiro nombró á D. Lope para el campo de batalla; y don Antonio hizo á mi hijo el fatal honor de nombrarlo para su segundo. No aguardeis que os refiera las circunstancias de aquel duelo infeliz, porque sólo pudieron saberse por lo que dijo don Lope en sus interrogatorios, y es de creer que no declararia cosa que fuese en desventaja suya, siendo el único que no quedó en el campo de batalla.

Bien es verdad que un labrador, que araba no distante del lugar de la trágica escena, confirmó por su deposicion, bajo juramento, lo declarado por D. Lope, es á saber: que hizo este cuanto pudo para evitar la riña con mi hijo, que le forzó á sacar la espada: que, cuando Enrique le acometió, se mantuvo sobre la

defensiva, sólo reparando los golpes: que hablaba bastante alto don Lope para oir distintamente que recordaba á mi hijo su recíproca estrecha amistad, y que le exhortaba á no intentar la muerte de un hombre que sacrificaria su vida por conservarle la suya: que mi desventurado hijo respondió, que la honra sofocaba en él toda consideracion, y que, diciendo esto, se arrojó á D. Lope y lo hirió en el brazo derecho: que al dar el golpe se clavó en el muslo la espada de su contrario herido, y que, siendo mortal la herida, por haber roto la vena-caba, como despues lo acreditaron los cirujanos registrando el cuerpo, espiró de allí á poco, perdida toda la sangre: que D. Lope, viendo caer á su amigo, se abrazó con él, lo levantó, y lo tuvo entre sus brazos hasta que murió: que, por otra parte, D. Antonio habia estrechado á D. Ramiro, y tropezado y caido sobre él, cuando nadaba ya en su sangre: que, yendo hácia ellos D. Lope, se puso Don Antonio ligeramente en pié para aguardarlo: que se arrojó D. Lope sobre él, como un leon, gritándole que le habia quitado más que la vida, siendo causa de la muerte de su amigo: que aunque D. Antonio habia ya recibido muchas heridas riñendo con D. Ramiro, no dejó todavía de pelear con mucho vigor, hasta que, por último, recibió en el estómago una estocada que lo derribó muerto al lado del que acababa de matar... Pero, con todo, ¿seria imposibleque hubiesen sobornado con dinero al labrador para que declarase lo dicho, aun bajo juramento?

La santa Hermandad, que por todas partes tiene espías, supo al instante del duelo. Acudió corriendo al campo de batalla á tiempo de prender á D. Lope, pero no á tiempo de impedir la sangrienta tragedia. Lleváronlo á la cárcel de Sigüenza, y cabalmente á tiempo que estaba junto el tribunal, llamado las Córtes. Quiso tomar conocimiento del asunto, y mandó que D. Lope fuese llevado á Madrid bajo una buena escolta. No ignorareis

que de Sigüenza á la capital hay como unas veintidos leguas. Mucho tiempo habia que se trabajaba en abolir el abominable uso de los desafíos, y que se hacian leyes severísimas contra tan bárbaro furor; de manera que no se dudaba que D. Lope perdiese la cabeza en un cadalso, sin que le valiese favor ni recomendacion alguna.

Este desgraciado suceso rompió totalmente las medidas tomadas para el matrimonio de mi hijo. No podia resolverme á admitir por yerno al hermano del matador de mi hijo; ni era natural que D. Diego quisiera enlazarse con la familia de un hombre que respiraba contra la suya venganzas y solicitaba la muerte de su hermano. Apénas se recibieron en Sigüenza las órdenes para transferir á D. Lope á Madrid, cuando lo sacaron escoltado de diez caballeros de la santa Hermandad, mandados por un oficial de aquel tribunal temible.

Don Diego, que amaba mucho á su hermano y lo supo todo, tomó tan buenas medidas, que al segundo dia salió al encuentro de la santa Hermandad, con una docena de valerosos amigos bien montados y armados, pero con máscaras para no ser conocidos. Aguardaron á la tropa en un paso ventajoso, se arrojaron sobre ella y la quitaron el preso, con el que se retiraron y escondieron de manera que no pudieron ser descubiertos. Bien es que se sospechó haber sido ganados los de la escolta, porque no hicieron resistencia.

Es preciso ser padre para comprender mi mucha pena. No ménos que yo sintió mi hija un accidente que le quitaba de un golpe á un hermano muy querido, y á un hombre mirado ya como su esposo. Pero al fin el tiempo, mitigador de todo, templó algo nuestro pesar. Luego que lo permitió la prudencia, Don Alfonso de Alarcon (que es este mismo caballero que me acompaña, y quien me indujo á emprender este viaje) me pi-

dió á mi hija Julieta para mujer. Como es ilustre y además merecedor de mucho por su mérito y su persona, no titubeé en concedérsela, teniéndolo por muy buen partido. Mandé á Julieta que recibiese sus visitas y lo mirase como destinado para su esposo; pero noté en ella una repugnancia invencible, y fué la primera vez que la vi opuesta á mi voluntad. Con tanta aspereza trató á D. Alfonso, que el buen caballero desesperó de lograr su casamiento. Yo me enojé tanto, que determiné valerme de toda mi autoridad paternal. Díjela, que pues así desconocia sus propios intereses, no queria perder más tiempo, y que se preparara á dar la mano á D. Alfonso dentro del término de ocho dias. Respondióme con frio sosiego, que yo era muy dueño de disponer de su persona, pero que no lo era de dar á don Alfonso un corazon que yo mismo habia entregado á Don Diego.

Al dia siguiente no acudió á la hora de comer, y envié á preguntarla el motivo. Respondió la doncella que su ama estaba algo indispuesta. Tomé aquella disculpa por puro efecto de su obstinacion, y resolví no darme por entendido, para dejarla tiempo de reflexionar sobre sus obligaciones.

Así pasé cuatro dias, sin informarme de cómo estaba. Acabóseme la paciencia, y al cuarto dia por la noche subí á su habitacion y quedé sorprendido de no encontrar á mi hija ni á su doncella. Alboroté la casa, pregunté á todos los criados, y saqué en limpio que no se habian atrevido á informar de lo que hacia mi hija, á quien juzgaban levemente indispuesta, y descubrí tambien que no habian visto á la doncella desde el primer dia de la fingida indisposicion de su ama.

Todo su cuarto estaba desordenado. Registrélo todo, y vi que no faltaba ninguno de sus vestidos. De ello conjeturé que se habia escapado vestida de hombre y quizá con la misma ropa de

su difunto hermano. Con este pensamiento registré su guardaropa, y hallé efectivamente que faltaban dos vestidos y una parte de su ropa blanca. Entónces ya no dudé de su fuga, en compañía de la doncella; pero no podia dar en qué camino habrian tomado.

Lo primero que hice fué informar á D. Alfonso de mi infortunio. Este opinó que se registrase tambien el escritorio de mi hija. Quizá, dijo, se encontrarán en él algunas cartas ó billetes por donde se conjeture hácia qué parte convendrá buscarla; bien que no dudo que, sabiendo donde para D. Diego, habrá ido á buscarlo disfrazada de hombre.

Escudriñamos todas las gabetas del escritorio, pero inútilmente, pues no encontramos cosa que pudiera indicarnos el camino que habia tomado, ni tampoco encontramos ninguna de sus joyas.

En fin, entramos en su alcoba. D. Alfonso, que registraba con ojos de lince, divisó en un rincon un papel, caido sin duda por descuido entre la turbulencia y el temor. Era cabalmente una carta de D. Diego, en que noticiaba á mi hija que él y su hermano estaban ocultos en Cádiz, bajo los nombres de Fernando y Gonzalo, en la casa de un comerciante inglés llamado Bennet.

Más de lo que deseábamos tenemos, exclamó D. Alfonso. No hay que vacilar: allí encontraremos á estos amantes. Tomemos postas, que áun llegaremos á tiempo de pedir satisfaccion al matador de vuestro hijo y al robador de mi esposa.

Las palabras de *matador de vuestro hijo* despertaron en mí toda la cólera que ya se iba extinguiendo; y como la evasion de mi hija estaba tan fresca, y yo no dudaba que D. Diego tuviese parte en ella, me dejé llevar de la venganza, de manera que ardia en deseos de tomar satisfaccion de todos tres.

Mandé que al instante nos trajesen postas, y aunque nos avisaron que la mesa estaba puesta, era tanto nuestro pesar por la afrenta recibida, que, sin sentarnos, bebimos un poco de vino y montamos á caballo para llegar á Cádiz cuanto ántes fuese posible. Cansamos los primeros caballos, tomamos otros, y caminamos sin parar. A las dos de la madrugada llegamos á un lugarcillo, de cuyo nombre no me acuerdo, y allí refrescamos, y volvimos á mudar caballos.

No habíamos andado dos leguas, cuando cayó el de D. Alfonso, cogiéndole debajo. Oile gritar y acudí á su socorro con los criados. Sacámosle del conflicto, pero magullado y contuso. Nos quedaba media legua de allí al primer lugar. Pusímosle á caballo lo mejor que pudimos, pero iba con trabajo. Dejé con él á los criados y me adelanté para buscar algunos más auxilios. Efectivamente, al cabo de media legua entré en un meson, y valiéndome de una silla de unos viajeros que áun dormian, volví á buscar al lastimado, y le pusimos en una buena cama. Envié á buscar un cirujano á Alcalá, que no estaba léjos, y luego que llegó sangró á D. Alfonso y le puso sobre las contusiones unos paños de aguardiente; pero, por más que se le cuidó, tardó unos ocho dias en poderse empezar á mover.

Temiendo, en este intermedio, que el accidente de D. Alfonso desbaratase nuestros proyectos, dando lugar á que se alejasen los fugitivos, escribí á D. Guillelmo Suarez, gobernador de Cádiz, y le envié la carta por un criado antiguo, único sabedor del motivo de nuestro viaje. Dada cuenta al gobernador de la muerte de mi hijo y de la evasion de mi hija, le suplicaba prendiese á ésta, juntamente con el robador y su hermano; y le decia tambien bajo qué nombres corrian, el disfraz de mi hija, y cómo se llamaba el comerciante, en cuya casa no dudaba yo que estuviesen todavía.

Tuvimos precision de permanecer en Alcalá cerca de tres semanas, ántes de que D. Alfonso pudiese continuar el camino. No era menester tanto tiempo para tener respuesta de Cádiz. De un dia á otro aguardábamos la vuelta de nuestro criado, con la noticia de que estaban presos los fugitivos; pero nos vendió el pícaro, pues hasta ahora no le hemos visto. Apénas pudo andar Don Alfonso, cuando continuamos nuestro camino, que nos pareció penoso y largo, porque hay cerca de cien leguas desde Sigüenza á Cádiz. Luego que llegamos, me fuí derecho á casa del gobernador. Díjome que no habia visto criado ni carta. Entónces lo enteré de mi asunto, y concluí suplicándole que enviase á registrar sin detencion la casa del comerciante Bennet. Respondióme que éste era hombre muy honrado y bien quisto en la ciudad, y que, fuera de eso, no debia la corte, en buena política, dar motivos de disgusto á los negociantes de una nacion que se estaba en el caso de contemplar; pero que bastaba lo enviase á llamar, pues no dejaria de presentársele.

En efecto, acudió luego el comerciante. Hablóle el gobernador en mi presencia; y él respondió con franqueza, indicio de su verdad, que habia tenido en su casa dos caballeros tales cuales se le pintaban: que se los habia rocomendado un caballero inglés que habia marchado á Lóndres: que habian estado algun tiempo en su casa con sus criados: que habia cabalmente siete semanas que se les unieron dos caballeros jóvenes, quienes vivieron con ellos, aunque en habitacion separada: que habia poco más de un mes que un lacayo, con tal librea (justamente era mi bribon de criado) habia traido una carta al más jóven de los últimamente llegados: que leida la carta por todos con la mayor atencion, les habia causado mucha inquietud: que despues de una larga consulta fué uno de ellos á preguntarle si habria alguna embarcacion pronta á salir de España para cual-

quiera país; que él respondió, que un navío para Vera-Cruz aguardaba sólo viento favorable, y que, si lo conseguia, se haria á la vela al dia siguiente: que, oido aquello, le suplicó el tal, que, sin perder tiempo, contratase con el capitan del navío el pasaje de los cuatro con sus criados, que hiciese transportar al instante sus equipajes á bordo, que encargase al capitan que aumentara proporcionadamente sus provisiones, y que para el efecto le puso en la mano una bolsa con cien doblones: que él por sí practicó brevemente la diligencia: que los caballeros se despidieron de él, se embarcaron y dieron á la vela al siguiente dia con favorable viento: que, al despedirse, uno de ellos les precisó á que aceptara una sortija (que nos mostró) de mucho precio: que, con todo, á ninguno de ellos conocia; y que, por último, no dudaba fuesen personas de la primera distincion, así por lo que pudo conjeturar de sus modales, como por sus joyas y por otras muchas particularidades.

Dimos gracias al comerciante de lo que nos habia referido con tanta exatitud é ingenuidad: lo dejamos en casa del gobernador y nos despedimos. Vueltos á nuestra posada, mandamos que nos diesen pronto la cena, porque necesitábamos descansar. Entretanto me dijo D. Alfonso, que habia ya tomado su determinacion, y que queria seguir al robador, aunque se hubiese refugiado en el último rincon del mundo. Vos, señor, continuó, si quereis acompañarme suplirá la justicia de vuestra causa á los años que me llevais; creed, que bastamos los dos para tomar completa satisfaccion de las injurias que nos han hecho (particularmente á vos, á quien han quitado dos hijos) esos dos hermanos, que no tanto lo son por la sangre, cuanto por su bajo modo de pensar. Si no quereis acompañarme, aunque mucho más ofendido que yo, resuelto estoy á partir solo y á reñir con los dos allí donde los encontrare. En una palabra,

nos convenimos en que iríamos á buscaros juntos. Al dia siguiente tomamos letras de cambio para todos los puertos y ciudades principales de América, á fin de precavernos contra cualquier atraso ó retardo por falta de dinero. Aguardamos la salida de la flota, que no tardó en hacerse á la vela. Llegamos felizmente á Vera-Cruz, donde supimos que los sujetos de las señas dadas habian arribado allí y tomado el camino de Méjico, en cuya ciudad confiamos saciar nuestra venganza y castigarlos segun la enormidad de sus delitos.

Nos compadecimos mucho del caballero anciano, aunque allá para nosotros no tuvimos por tan delicuentes á los dos hermanos y á la dama; pero no nos pareció del caso decir, en presencia de Don Alfonso, cosa que se dirigiese á minorar lo que ellos tenian por el más horroroso atentado.

CAPITULO II.

Que el lector podrá pasar, ó no, segun gustare.

Dadas las órdenes para continuar nuestro viaje al dia siguiente, se retiraron los dos caballeros á su cuarto. Quedéme sólo con D. Rodrigo. Ya habeis oido, me dijo, la historia de ese caballero; pues ántes que nos separemos quiero contaros lo que falta y él todavía ignora.

Encontréme por casualidad en la Vera-Cruz á la llegada de un navío: fuí á su bordo, y vi en él á los sujetos que tan encarnizadamente persiguen nuestros huéspedes. Confieso que quedé prendado de la buena cara y modales de dos de ellos, y en especial de la hermosura del más jóven. Pregunté al capitan si aquellos pasajeros traian algunas mercadurías preciosas; y como me respondiese que sólo sus equipajes particulares, tuve curiosidad de saber qué gentes eran; y tanto más no viniendo á estos paises sino personas empleadas ó atraidas por el comercio. Para satisfacerme, me acerqué á ellos, y despues de algunas preguntas indiferentes para entablar conocimiento, les ofrecí la casa de mi amigo, de que yo podia disponer, diciéndoles que estarian incomodadísimos en una posada, lo que ciertamente hubieran experimentado no admitidas las ofertas que les hice.

Para abreviar, las aceptaron con gusto y agradecimiento. Les proporcioné mulas y los acompañé hasta aquí, donde á fuerza de súplicas los reduje á pasar conmigo algunos dias. Insensiblemente hallé modo de ganar su confianza; y como un dia, entre otros, les manifestase yo cierto anhelo de saber qué cosa podia haber llevado á unos países que nadie visita sino por el cebo de la ganancia, á unas personas que se conocia ser de distincion, y que no llevaban miras de comercio, me contó Don Lope su historia, que cuadra totalmente con lo que nos ha contado el conde de Jerez de la amistad de su hijo con D. Lope. Por tanto, no hablaré de ella ni de otras circunstancias cuya repeticion fuera inútil; pero, en pocas palabras, os haré el retrato de D. Enrique, hijo del conde de Jerez, tal cual me lo hizo Don Lope.

Era bien formado y de alta estatura, vigoroso, vivo, querelloso, propenso á la cólera, y ménos prudente que determinado. Afectaba una cierta sencillez que le era natural. Segun él, tenia mucho de indecoroso para un hombre de honra el ocultar su modo de sentir; y para un hombre de juicio el violentarse, por la impertinencia ó necedad ajena, á lo que al mundo se le antoja llamar *bella educacion.*

De un modo de pensar tan cínico resultaba, que decia cuanto se le venia á la boca, no guardaba medidas con nadie, lo censuraba todo, y ni se las ahorraba con sus más cercanos parientes, ó mejores amigos.

Como ninguno gusta de oir verdades ni de que le reprendan sus defectos en público, y como cada cual tiene derecho para exigir de los otros la misma urbanidad con que los trata, se concilió muchos enemigos. En una ocasion, continuó D. Lope, oí que le dijo á cierto hombre que le mostró unos versos de composicion suya, y que no le parecian mal (pues todo autor

mira sus producciones con ternura), oí que le dijo, repito que mejor hubiera hecho en ejercitar la prudencia para callarlos que el ingenio para escribirlos; además de que así á él como á sus amigos, les hubiera agasajado, ahorrándoles una lectura tan propia para fastidiarlos.

Pero debo confesar, prosiguió D. Lope, que sus modales abiertos é ingenuos me han sido muy útiles. Como éramos amigos íntimos, y yo lo amaba como á hermano, no dejaba de temer su censura. Cuando nos hallábamos juntos, procuraba estar sobre mí, temiendo no se me escapase decir ó hacer alguna cosa que le diese motivo para censurar; y como rara vez nos separábamos, me acostumbré insensiblemente á meditar ántes de hablar ó de emprender; porque seguramente me hubiera contemplado ménos que á otro ninguno. Lo inferia yo así de lo que solia decirme, cuando queria disculparse de ser tan severo censor: esto es, que él me decia como amigo lo que otros, que no lo eran, no dejaban de pensar, y que me censuraba cara á cara, por mi bien, aquello que los otros censurarian en mi ausencia con sus amigos y conocidos, para ridiculizarme y divertirse á costa mia.

Otras cosas más me dijo D. Lope para darme mejor á conocer su genio, de las cuales unas sabeis ya, y otras seria inútil referir. Cuando llegó á la narracion del desafío continuó así. —Quedé sorprendido al ver que D. Enrique iba por segundo de D. Antonio, y no ménos lo quedó aquel. Os he acompañado, dijo D. Enrique á D. Antonio, resuelto á reñir por vuestra querella; pero creo que podré volverme sin sacar la espada. —¿Qué es esto? dijo D. Atonio: ¿sois aquel amigo formal que se jactó conmigo de tan sincero? Más bien sois de estos amigos del tiempo, que vuelven la espalda en la ocasion. ¿Es eso mantener la opinion de pundonoroso de que tanto os vanagloriais?

¿Llamais ser hombre de honor el no tener más corazon que una gallina? ¿Es eso ser caballero?

Y ¿habrá motivo, interrumpió D. Enrique, que deba impelerme á reñir con un amigo íntimo? ¿á quitar una vida en cuya defensa perderia yo la mia mil veces?

Aquí no venimos á disputar con la lengua, dijo D. Ramiro. Con la punta de la espada se han de resolver nuestras querellas. Hablando así, se quitó casaca y chupa, y continuó diciendo: he traido conmigo un hombre honrado y valeroso, resuelto á no ser ocioso espectador. Tengo seguridad de que, así como abrazó mi querella, abrazará mi venganza. D. Lope piensa tan noblemente, que no es posible cometa una accion vil, queriendo cubrirla con el pretexto de una frívola amistad. Vos. Don Enrique, tened entendido que, si no pierdo la vida, publicaré por todas partes vuestra pusilanimidad: conque así, no os negueis á sostener la alta opinion que he tenido de vos hasta ahora. En ocasiones como estas no cuadra bien á un hombre animoso disculparse con el ligero pretexto de ser amigo.

Picado D. Enrique hasta no más de tan ofensivas objeciones, me miró y me dijo: hermano (así nos llamábamos regularmente), ponte al lado mio, y hagamos ver á estos dos caballeros, tan faltos de razon, cuán peligroso es dudar del valor de un hombre honrado. Sé mi segundo, que yo los convenceré de que Don Enrique no es cobarde.—Repliquéle que yo habia ofrecido mi brazo á D. Ramiro, y que no podia, con honor, volver mi espada contra quien habia prometido defender; así como me era imposible sacarla contra él mismo, á quien no pensaba haber encontrado en tal paraje.—Espero, continuó D. Enrique, que no se exigirá de mí la atrocidad de que te mire como enemigo. Despues, encarándose con D. Ramiro: me habeis insultado, le dijo, de un modo que toca en ultraje: conmigo, y no

con D. Antonio, las habreis: preparaos á que midamos nuestras espadas; y, al mismo tiempo, se despojó y sacó la suya. —Replicó D. Ramiro, poniéndose en defensa, que él debia reñir con D. Antonio, que lo habia desafiado. Y vosotros, señores, que os entreteneis en hablar, dijo mirando á nosotros dos, contentaos con ser mirones inútiles.—Muy bien, replicó D. Antonio; y, para que no hayan venido aquí en vano, aquel de nosotros dos que sobreviviere cuidará de presentar á cada uno una rueca, que sienta mejor que la espada en manos de una mujer, pues, por más que parezcan hombres, tienen ménos corazon que las mujeres.

Basta, caballeros, dijo D. Enrique, que hablais más de lo justo. ¡Cruel situacion! ¡Posible es que las leyes de un vano pundonor pescriban cosas tan contrarias á la naturaleza y á la justicia! Perdona, querido Lope mio. ¡Ah, y qué violencia! Precisado me veo á tratarte como enemigo... Pero, D. Ramiro, dijo volviéndose á él, estad cierto de que si mi amigo muriere á mis manos no le sobrevivireis mucho tiempo.

Vinieron á las manos D. Antonio y D. Ramiro, y D. Enrique se adelantó hácia mí. Comencé á defenderme sin atreverme á darle una estocada.—¿Cómo es eso? me preguntó: ¿te chanceas conmigo? ¿me tratas como á un niño? No, no: olvidemos toda idea de amistad: deja de tratarme con ese desden que insulta.— Le interrumpí diciéndole cuán extraño era que las palabras de aquellos dos ingratos hubiesen podido apagar en él todos los afectos de la amistad; pero en balde, porque ya no obraba en él la razon.—Vamos, vamos, me dijo: más amo la honra, no digo que mi vida, sino que la de D. Lope.—Continué, á pesar de todo defendiéndome y retirándome.—¿Qué haces? me preguntó: ¿temes, D. Lope?—Sí, le respondí; pero no tanto el morir, cuanto el herirte.—Dejémonos de cumplimientos, replicó: haz lo que

debes y no pretendas disminuir el buen concepto que siempre he tenido de tu bizarría.—Nunca me faltará, le repuse, cuando se tratare de defenderte; pero no puedo emplearla contra ti.—¿Conque eso es decirme, replicó D. Enrique, que me miras como un enemigo despreciable? Pues bien: cuenta que ya no soy tu amigo. Diciendo esto, me tiró cual deseperado una estocada, me hirió en un brazo, y bajando con el mismo golpe mi espada, se atravesó con ella el muslo. Salióle por la herida un torrente de sangre, cayó en tierra, y no pudo decir más que.... ¡Ay Dios!.... ¡perdona, querido amigo!.... ¡ruega por mi alma!... merecido tengo... y acabó de hablar para siempre. Corrí á levantarlo, y exhaló entre mis brazos el último suspiro. En el mismo instante reparé que aquel, cuyo segundo era yo, estaba tendido sobre su adversario, y volé á su socorro.

Ya oísteis del conde de Jerez las demás particularidades de aquel desgraciado suceso, continuó D. Rodrigo; y así os referiré solamente las que no han llegado á su noticia y he sabido de Don Lope.—Mi hermano, dijo éste, pudo ganar al oficial comandonte de la escolta que me conducia. Mil doblones sobre la mano allanaron el nègocio; y el oficial me soltó á la llegada de mi hermano con sus amigos, escapándose por caminos excusados. Supe despues que habian querido procesar al comandante, pero que habia satisfecho haciendo á la tropa agresora tres veces mayor que la suya.

Mi hermano tuvo la precaucion de disponer caballos de refresco. Dió gracias á los caballeros que le ayudaron á librarme; nos despedimos de ellos, y nos alejamos á carrera tendida. Díjome mi hermano que habia escrito á un buen amigo que tenia crédito en la corte, para que procurase su perdon y el mio; que sin embargo iríamos á Cádiz, á fin de que pudiésemos salir del reino prontamente en caso de no lograr nuestro perdon. Dia y

noche caminamos para llegar cuanto ántes. Allí conocimos á un señor inglés que venia á Madrid.—Le contamos nuestro suceso, y nos recomendó á un honrado comerciante de su nacion, quien nos alojó en su casa. El amigo de Madrid nos daba en sus cartas algunas vislumbres de esperanza; y por lo mismo continuamos en casa del comerciante, saliendo poquísimo y con grandes precauciones, hasta la llegada de Julieta, á quien mi hermano habia escrito muchas veces, por medio de un criado fiel.

A pocos dias de estar Julieta con nosotros, nos llegó un lacayo del conde de Jerez. Primeramente quiso hablar con el amo de la casa, á quien dijo que tenia que comunicar cosas importantísimas á mi hermano y á mí, nombrándonos por nuestros nombres supuestos. Le mandamos entrar en nuestro cuarto. Díjonos que estábamos descubiertos y que se sabia dónde parábamos, y entregó á mi hermano la carta que traia para el gobernador. Preguntó tambien por su señorita y nos aconsejó la fuga, suplicándonos que le llevásemos con nosotros.—El conde de Jerez os ha contado lo demás de la aventura. Dichos caballeros se hallan actualmente en Méjico con la dama, miéntras sus amigos y parientes trabajan en la corte para conseguir su perdon y el arreglo de sus negocios.

Don Diego ha instado más de una vez á la amable Julieta para que consintiera en casarse; pero ella ha respondido siempre que nada haria sin la voluntad de su padre, y que sus obligaciones son primero que sus complacencias. No dejando de confesar al mismo tiempo que lo quiere para esposo; que no tendrá otro que él; que está pronta á seguirlo á cualquier parte que fuere; que se le da poco de cuanto digan, y que, miéntras nada tuviere que afearse á sí misma, arrostrará con valor la malicia y la calumnia.

Tengo correspondencia con ellos y voy á enviarles un expreso para noticiarles cuanto acabo de saber, á fin de que, prevenidos, tomen sus precauciones y vivan sobre sí. Por lo que hace á Julieta, ya está al abrigo del resentimiento de su padre y de su último amante, pues se metió en un convento luego que llegó á Méjico.

Me daríais gusto, prosiguió D. Rodrigo, si prolongáseis el camino cuanto fuese posible, divirtiéndoos en la marcha; y como á vuestra llegada encontrareis preparada vuestra habitacion, podríais dar posada en ella á vuestros huéspedes, pues quizá, con esto, os será fácil precaver alguna desgracia, ó lo que será muchísimo mejor, contribuir á una total reconciliacion entre ellos. Miéntras tanto, no sea que se me olvide, voy á daros por escrito las señas de D. Diego. Al entregármelas, me rogó encarecidamente que no omitiese diligencia para servir á dichos caballeros, á quienes me aseguró que estimaba de manera que no podia ménos de tomar parte en sus cosas.

Al apuntar la aurora del siguiente dia partió el expreso. Decíales en su carta, entre otras cosas, que encontrarian en mí un hombre dispuesto á servirlos, de quien podrian hacer total confianza.

Cuando se despidió el conde de Jerez de D. Rodrigo, le instó mucho para que recibiera un bello diamante que se quitó del dedo; pero se negó á tomarlo con tanta firmeza, que no pudo el conde hacérselo aceptar.

CAPITULO III.

Relacion de una fiesta extraordinaria, que no se espera, en el camino de Méjico.

Habríamos caminado como unas cuatro leguas, cuando uno de nuestros mozos de mulas nos preguntó si queríamos tomar algo y descansar ántes de llegar á Rinconada, donde habíamos de pasar la noche. Le respondimos que gustaríamos de comer, y despues reposar un poco hasta que se templasen los ardores del sol, que nos incomodaba mucho. Al instante nos sacó del camino real y llevó hácia un bosquecillo de cocos para disfrutar del fresco á su sombra.

Entre los árboles de cocos hay algunos que llegan hasta ochenta piés de altura: no tienen ramas: el tronco del árbol es derecho como el de un pino, y sólo tienen hojas en su mayor altura, de quince á diez y seis piés de largo. El fruto, que se llama coco, es muy abultado y su corteza gruesa y sólida, la cual, quebrantada, descubre una carne blanca, dura é insípida, que contiene un licor blanco llamado leche: dicho jugo es nutritivo, gustoso y refrigerante. Los muchos árboles que habia sombreaban y refrescaban el sitio, porque sus grandes hojas formaban sobre nuestras cabezas un pabellon de hermosísimo verde: agitado el aire con el movimiento de las hojas aumentaban aquella deliciosa frescura: sólo interrumpia el silencio el

sordo ruido del aire y el murmullo de un arroyuelo cuyas clarísimas aguas serpenteaban al rededor nuestro. Todo concurria á proporcionarnos un cierto placer campestre que me representaba en la imaginacion uno de aquellos bosques encantados cuyas bellas descripciones habia yo leido.

Callando admirábamos las bellezas de aquel sitio embelesador, cuando nos sorprendió súbitamente un concierto de música, acompañado de bellísimas voces, que formaban una armonía tal que nos tenia como encantados. Aunque á nadie divisábamos, bien sabíamos que los autores de tan agradable fiesta no podian ser entes aéreos. Cesó finalmente la música y continuamos la marcha.

Nuestros muleteros tiraron hácia la izquierda, y entramos en un bosque espeso, que creimos pudiera ser el paraje del concierto que habiamos oido. Díjonos un mozo que en aquel bosque encontrariamos una venta, cuyo amo se complaceria en regalarnos magníficamente. Pero debo preveniros, añadió el mozo, que el ventero es diferentísimo de todos los venteros desolladores de este mundo. Este os dará cuanto necesitáreis para vosotros y vuestras mulas, os divertirá con excelentes músicas, os regalará deliciosos vinos y toda suerte de refrescos; mas tened entendido que si hablais de pagarle le hareis la mayor afrenta.

Pues ¿cómo hace para sostener el gasto de su casa? preguntó el conde.—El se lo sabrá, señor, respondió el muletero: lo que sé es que tengo un gran tragadero, y que como y bebo lo que me dan sin meterme en más averiguaciones.

Como el bosque era tan espeso no podia caminarse á caballo, por lo cual echamos pié á tierra. D. Alfonso, que no veia rastro de casa, preguntó donde estaba la venta. Pronto la vereis, respondió uno de los mozos. En efecto, al salir del bosque vimos tres grandes tiendas. Lleváronnos á la de en medio, y la

primera persona que salió á recibirnos fué D. Rodrigo. Parece inútil decir lo agradablemente sorprendidos que quedamos. Tomó tan bien sus medidas, que un instante despues de nuestra marcha salió tras de nosotros, y por camino de travesía se nos anticipó á llegar. Habíalo dispuesto todo el dia antecedente para recibirnos, y lo hizo con magnificencia más de príncipe que de comerciante.

Este es, dijo el muletero señalando hácia D. Rodrigo, el amo de la venta. Creo, dijo el generoso comerciante, que me perdonareis tres cuartos de legua de rodeo que habeis hecho por causa mia, en dándoos la disculpa; pero tambien vereis que he buscado mi satisfaccion propia prolongándome el gusto y el honor de estar en vuestra compañía.

Don Alfonso le respondió, que lo que hacia era aumentar una deuda que ya consideraba de difícil pago: que seria necesario que se contentase con su agradecimiento.

Con él, replicó D. Rodrigo, me pagais superabundantemente. Lo que llamais deuda está más que pagada, si os ha sido grata. Diciendo esto, nos entró en otra tienda colgada de carmesí. Apénas nos sentamos, se presentó un lacayo con un garrafon de agua, clara como un cristal y fria como la nieve, acompañada de una botella de exquisito vino. Bebimos con muy buenas ganas, y luego D. Rodrigo nos habló, á poco más ó ménos, en estos términos.

En todo el camino hasta Rinconada, señores, no hubierais encontrado paraje cómodo para descansar. Rinconada. donde habíais de haber dormido á la noche, abunda en provisiones y tiene bella agua, que es un gran artículo para la estacion de este país. Las posadas no son malas, pero acomete de noche tal cantidad de moscones y zancudos, que no es posible pegar los ojos. El zumbido basta solamente para inquietar al viajero que

busca el reposo; además de que sus picaduras son insoportables, y á muchos han causado calentura.

A deciros la verdad, he querido ahorraros este mal rato. Me compuse con los muleteros, y á instigacion mia os han dado este chasco de apartaros del camino real, y traeros aquí para que yo disfrute aún en esta noche de vuestra buena compañía. Haré cuanto pudiere para que no os parezcan largas las horas hasta la de cenar. Con este objeto he preparado una fiestecilla, que creo será muy nueva para el conde y D. Alfonso. Si partís mañana al apuntar el dia, habreis pasado á Rinconada ántes de lo fuerte del calor, y refrescando en Guataluca, llegareis con tiempo al lugar donde habeis de pasar la noche.

Dió el conde á D. Rodrigo las muchas gracias que merecia. Poco despues se sirvió una magnífica comida, profusa y delicada. Miéntras comimos estuvimos oyendo una música escogida. Acabamos de comer y nos llevó D. Rodrigo á otra tienda colgada de damasco amarillo bordado de plata.

Luego que nos sentamos sonó una trompeta. Os he prometido, dijo D. Rodrigo, una fiesta nueva para los que nunca han estado en América. Esta trompeta advierte que ya mis actores están preparados y que aguardan sólo vuestra presencia. Salimos, y á pocos pasos nos sentamos en un paraje fresco y sombrío, donde sus esclavos habian dispuesto un banco de céspedes y musgo cubierto con un rico tapiz persiano. Delante de nosotros habia una mesa llena de toda suerte de exquisitos vinos, varios frascos de cristal con agua fresca y muchos géneros de almíbares y dulces secos en tazones de plata. Así que nos colocamos, se nos presentó una tropa de danzantes indios, que nos divirtió bailando á la moda de su país. Tanto nos admiró la propiedad, gracia y exactitud de la cadencia, cuanto la agilidad con que ejecutaban las danzas más difíciles. Acabados los bai-

les acudió otra tropa de volatines indios que nos entretuvieron mucho con la variedad de saltos y fuerzas, tales cuales nunca se veian en Europa. A esta compañía reemplazó otra que representaba unos combatientes, tambien á la moda indiana. Se formaron en dos líneas y empezaron con una especie de danza á la *Pyrrbica*, golpeando con los dardos sobre sus escudos en cadencia y con arte admirable; pero aquello sólo fué un preludio, pues se volvieron á dividir, y empeñaron una batalla en toda forma, siempre acompañados de instrumentos y voces, de música varonil y guerrera, cuyas consonancias variaban segun las diversas acciones. Hubo prisioneros de ambas partes, y remedaron maravillosamente los muertos y los heridos. Por último, el partido victorioso, derrotado ya el contrario, quedó dueño del quimérico campo de batalla. Ataron á los prisioneros, y segun costumbre, fueron entregados á los sacerdotes y á las mujeres para ser sacrificados. Y acabó la fiesta con bailes al ruido de músicas alegres y de victoriosos gritos.

Nuestros dos extranjeros no se cansaban de admirar y de mostrar su complacencia. Hablaron mucho sobre aquel espectáculo que para ellos tuvo todos los atractivos de la novedad. Sirvióse chocolate, continuamos tomando el fresco hasta que empezó á caer el rocío, y luego nos pasamos á la tienda donde habíamos comido. Pusímonos á jugar á los naipes hasta hora de cenar. Avisó un lacayo que la cena estaba pronta: levantaron una compuerta que habia á espaldas de la tienda, y se descubrió un pasadizo cubierto que comunicaba á la otra tienda, para ir á ella sin tomar el sereno, que es dañoso en aquel país.

Correspondió la cena á la comida. Pasamos una noche divertidísima hasta la hora de acostarnos, y llegada ésta, fuimos á la tercera tienda, en la que encontramos unas *hamacas* ó camas suspendidas, aseadas y cómodas con cortinas de algodon finí-

simas, en las que descansamos muy bien hasta reir el alba, hora en que nos levantamos. Tomado el chocolate y alguna friolera más, nos despedimos de nuestro generosísimo huésped, quien, léjos de admitir las gracias que le dábamos, pretendia tenernos que agradecer. Continuamos nuestro camino, en el que nada acaeció digno de contarse. La segunda noche dormimos en Segura de la Frontera, que es un pueblo de unos mil vecinos entre españoles é indios.

Viendo yo que mis dos compañeros estaban algo fatigados y que no podian aguantar el calor excesivo del país, les propuse que descansáramos un dia; y se lo propuse con tanto más gusto, cuanto yo queria dar á los dos hermanos de Méjico tiempo para que tomasen sus medidas, con proporcion á las noticias recibidas por el expreso de D. Rodrigo. Con este mismo fin mandé á nuestros mozos de mulas que nos desviasen algo del camino real y que tomasen el de Tlascala, que está más al NO. que el que debíamos seguir.

La ciudad de Tlascala es grande, bien fabricada, las casas de piedra y pobladísima. De allí pasamos á la Puebla de los Angeles, ciudad que está á unas veinte leguas de Méjico. El conde llegó á fatigarse tanto, que nos fué preciso descansar allí ocho dias para que se repusiera.

Despues de Tlascala, el mejor pueblo que encontramos fué Guacocingo, donde dormimos la última noche de nuestro viaje. Llegamos á Méjico, y fuimos á apearnos en casa de mi correspondiente, quien nos recibió muy bien; y como era bastante tarde, nos precisó á pasar la noche en su casa. Al dia siguiente nos llevó á la casa tomada para mí, en la que mis dos compañeros me hicieron la honra de alojarse, segun me lo habian prometido.

Hay tantas relaciones publicadas por misioneros y viajadores

sobre todo lo perteneciente á la ciudad y reino de Méjico, que sería inutilísimo repetir aquí lo que habreis oido ó leido sobre esta materia. Además de que interrumpiria el hilo de mi historia, que no quiero cortar con digresiones cansadas.

Pasamos lo que quedaba de la mañana en examinar la casa, y luego convidé á comer á mi correspondiente, quien se retiró ababada la comida. Aproveché del tiempo que nuestros caballeros dormian la siesta en su cuarto para salir, y con las señas que me habia dado D. Rodrigo me fuí en derechura á casa de Don Diego y de D. Lope, á quienes, por fortuna mia, encontré en ella.

Recibiéronme con mucha cortesía, y se mostraron agradecidísimos al cuidado que tuvo D. Rodrigo de noticiarles el viaje de los dos caballeros que tenia yo en mi casa; pero me aseguraron que estaban determinados y dispuestos á cuanto sucediese. D. Lope, sobre todo, me dijo, entre otras cosas: no puedo ménos de compadecerme del conde de Jerez, que se ve privado para siempre de la vista de un hijo amado, y que, en lo sustancial, era un caballero de mérito; bien que no sea la mejor accion de su vida el encarnizamiento con que procuró mi muerte. Pero como éramos amigos íntimos, yo le disimulaba ciertos defectillos, y hasta la misma accion de forzarme á reñir con él la gradué de un punto de honor mal entendido, é hice cuanto estuvo de mi parte para conservarle su vida defendiendo la mia. Tan cierto es lo que digo, que él fué quien se mató con mi espada, y su muerte me causó suma pena. Penetró desde luego el motivo del largo y penoso viaje de esos señores. El anciano conde es valiente como un Cid, y no dudo que, á pesar de la desigualdad de nuestras edades, tendrá valor para llamarme á un desafío. Yo no he de rehusarlo; pero saldré resuelto á mirar por su vida, así como intenté mirar por la de su hijo; y en una

palabra, procuraré conservar su aliento como el mio propio. No hará ménos mi hermano con su competidor; pero no tiene las mismas razones para andarse en miramientos. A decir verdad, temo que ese jóven fanfarron se ha cansado en andar millares de leguas para buscar en Méjico una muerte que hubiera podido esperar pacíficamente en España.

Les ofrecí todos los servicios que dependiesen de mí, en caso de que me juzgasen á propósito para algo. Me lo agradecieron mucho, y me dijeron que podria darse el caso de que en lo sucesivo me necesitasen.

Luego que los dejé me fuí derecho á casa. Vi poco á mis huéspedes, porque se mantuvieron encerrados en su cuarto. Hablaron, miéntras la cena, contadas palabras, y se retiraron luego. Al dia siguiente salieron muy de madrugada, para ir, segun dijeron, á dar una vuelta por la ciudad, y áun previnieron que si no volvian á comer no los aguardasen, porque podria suceder que la curiosidad los detuviese más de lo que creian.

En efecto, ni volvieron á comer, ni oí hablar más de ellos en todo el dia. Empecé á recelar algo, con todo de no imaginar que desde el primer dia hubiesen ido á buscar á sus enemigos, ni ménos que hubiesen dado con ellos tan fácilmente. Pero ello es que los encontraron, no sé si diga por su fortuna ó por su desgracia. Sorprendióme, á la entrada de la noche, el ruido de un coche que paró á mi puerta. Era el conde que traia herido á su amigo, á quien tuve por muerto. Pidió al instante el conde un cirujano. Por fortuna vivia uno junto á mi casa. Vió al pobre Don Alfonso y le descubrió dos grandes heridas, pero dijo que no eran mortales. Le aplicó estípticos para estancar la sangre, y practicó todo lo demás conveniente. Pusiéron al herido en una buena cama, y fué poco á poco volviendo del desmayo

causado por la sangre perdida; pero no pudo recobrar tan pronto sus sentidos.

Envióse seguidamente á buscar un médico, pusiéronsele al enfermo dos asistentes, y se le cuidó cuanto fué posible. Ya deja conocerse la causa de este suceso. Lo dejé reposar, quedóse con él conde y me fuí derecho á la la casa de los dos hermanos. El lacayo que salió á abrirme me dijo, que ambos se habian refugiado al convento de dominicos. Dirigíme allá, y les dije que el cirujano habia declarado que nada habia que temer en cuanto á la vida de D. Alfonso, á quien juzgaban muerto. No les hizo mucho efecto la noticia, y ántes la recibieron con frialdad. Ese hombre es tan obstinado, dijo D. Diego, que áun cuando escape bien, temo que no le corija esta leccion primera. Luego que supe su llegada á Jalapa, dije que tenia gana de morir en América; y en efecto así se va verificando. Nos desafiaron á mi hemano y á mí y acudimos puntuales al lugar señalado. Luego que nos vieron me acometió D. Alfonso enfurecido. Lo mismo hizo el conde con mi hermano, pero tan repentinamente, que ni le dió tiempo para justificarse ni para decirle una palabra. Púsose mi hermano en defensa; y cualquiera hubiera dicho, visto su modo de reñir, que más temia herir á su contrario que ser herido de él.

Yo no gasté tantos cumplimientos con mi hombre, porque le respondí tan vigorosamente, que á la tercera estocadalo derribé en tierra. Seguidamente corrí á separar á mi hermano, quien más de una vez habia ya podido matar al Conde y terminar sus quejas con su vida.

Así que me vió el animoso anciano, dijo así: demasiados son dos contra uno solo; pero la justicia de mi causa me dará fuerzas contra ambos.—¡Ay Señor! le repliqué: en nosotros veis dos contrarios que siempre han admirado vuestras virtudes y

que os estiman y veneran; y, en una palabra, dos contrarios que en vez de atentar á vuestra vida están prontos á sacrificar mil veces las suyas para defender la vuestra. No creais que esperemos de vos sumision ni diligencia alguna que no sea decorosa á un hombre de vuestro nacimiento y espíritu. Sabemos que un hombre animoso como vos puede quedar muerto, pero no vencido. Permitid, señor, que me ponga á vuestros piés para suplicaros que perdoneis á mi hermano una desgracia que hubiera querido evitar á costa de su propia sangre, y que ha sentido tan amargamente como vos mismo.

Yo por mi parte, señor, siempre os he mirado con el respeto de hijo, y miéntras viviere pensaré del mismo modo. Cierto es que vuestra hija, por guardarme la fe jurada y por huir de un enlace que la era repugnantísimo, buscó en mí un asilo, en mí, á quien vos mismo la prometísteis por esposa; pero tambien es cierto que he sido guarda fiel de su virtud, y que ella ha sido tan celosa del respeto y sumision que os debe, que hasta ahora no he podido vencerla á que me dé la mano sin vuestra aprobacion.—Escuchóme el conde con toda la atencion imaginable, y luego dijo: generosos caballeros, por lo mismo que confesais que no puedo ser vencido, me doy yo mismo por tal: sí: reconozco que os debo la vida, por la misma razon de que no habeis querido que os la pidiese, ni exigido de mí procedimiento alguno que fuese indigno de un hombre de honra.

Diciendo esto arrojó su espada en tierra, y, dirigiéndose á mi hermano, le dijo: desde ahora mismo, D. Lope, quiero creeros inocente de la muerte de mi hijo, á cuya estrella fatal atribuyo su pérdida. Seguidamente nos abrazó á ambos y nos rogó que nos refugiásemos á alguna iglesia, asegurándonos que tendríamos pronto noticias suyas. Llamó despues á sus criados, que se habian quedado en el coche, metieron en él á

Don Alfonso, á quien dábamos por muerto, y nosotros buscamos inmediatamente asilo en este convento.

Al dia siguiente, habiendo reconocido el cirujano las heridas de D. Alfonso, aseguró que no eran mortales y que sanaria; pero tambien dijéron que no convenia hablarle ni hacerle hablar; de manera que el conde y yo pasamos algunos dias sin entrar en su cuarto, y nos contentamos con preguntar á menudo por él á los asistentes, quienes nos dijeron, que casi no abria la boca, ni para quejarse ni para pedir cosa alguna.

Miéntras D. Alfonso se mejoraba, iba el conde diariamente á visitar á los dos hermanos y á su hija, á quien ya habia perdonado la fuga que hizo de su casa. Se veía embarazadísimo entre D. Diego y D. Alfonso, pues realmente habia prometido á ambos su hija, y el último se habia expuesto á un peligroso viaje para merecerla ó vengar la afrenta hecha á su padre y á él, en caso de no haberse podido casar con honor, ó de haberla encontrado efectivamente casada.

Sabia yo que era delicadísimo sobre el punto de honra; y esto cabalmente aumentaba sus inquietudes. Hablábame de ello á menudo, y buscaba conmigo los medios de quedar á cubierto de toda nota. Mi dictámen fué que diese su hija á D. Diego, que era á quien primero la habia prometido; pues la palabra dada á D. Alfonso era, segun yo, condicional, suponiendo á los dos hermanos delincuentes en lo que sustancialmente no lo eran.

Pero el mismo D. Alfonso puso fin á esta perplejidad. Al sexto dia de sus heridas nos envió recado al conde y á mí para que pasásemos á su cuarto. Nos disculpamos con él de no haberle visitado frecuentemente, alegando la prohibicion de los facultativos. El médico, que presente estaba, declaró que el paciente habia salido de peligro, pero que era de opinion que ha-

blase cuanto ménos pudiese. Preguntóle el enfermo cuándo podria hablarnos largamente, y le respondió que de allí á cuatro ó cinco dias.

Sea en buena hora, dijo el enfermo; pero entre tanto continuó hablando con el conde, hacedme el gusto de decir de parte mia á Don Diego que le cedo todas mis pretensiones sobre vuestra hija: que ya no soy su enemigo: que le ruego venga á verme luego que el médico lo permita; y decidle tambien, que al mismo tiempo que procuré quitarle la vida, he visto claramente que la gracia del Todopoderoso puede, cuando es su voluntad divina, trocar en bienes los proyectos formados para los mayores males. Confio en que he encontrado el camino de la felicidad eterna, cuya esperanza me anima á cuidar de mi salud y acelerar mi restablecimiento; y temeroso de retardar este, si hablo demasiado, no os diré más por ahora.

Lleno de gozo el conde, fué al instante á buscar á D. Diego, á quien participó cuanto le habia dicho D. Alfonso, y le dió desde luego su consentimiento para casarse con Julieta. Sin perder más tiempo, fué á buscarla en su coche y la llevó á mi casa; pero tomó la precaucion de prohibir á todos que hablasen de ello á D. Alfonso, no fuese que semejante noticia le causase alguna conmocion nociva al restablecimiento de su salud.

CAPÍTULO IV.

De un mal nace un bien, ó el diablo hecho santo.

Acudieron puntualmente D. Diego y su hermano á visitar á Don Alfonso el mismo dia que este les señaló. Acompañados de mí y del conde, entraron á ver al enfermo, quien ya estaba en bata incorporado en la cama. Luego que vió al que tanto tiempo habia que era objeto de su odio y venganza, habló con él en los términos siguientes:

Perdonad, señor D. Diego, á un hombre arrepentido de haber obrado contra vos y procurado vengarse con tanto encono. Desde ahora os cedo cordialísimamente á la señora Julieta, que he querido tan injustamente quitaros. Ya no soy el mismo. He abierto los ojos y conocido que esas disparatadas ideas que los hombres se forman de lo que quieren llamar *caso de houra*, no son más que ilusiones del demonio: he palpado que no hay honra donde se olvidan aquellas santas obligaciones que la religion nos enseña ser totalmente opuestas á esos quiméricos estilos tan de moda, que causan la ruina de muchísimos; pues, por un humo, por una vana reputacion, se meten en un laberinto de males verdaderos, así en este mundo como en el otro. Nos gloriamos de ser cristianos y buscamos una gloria falsa en la venganza. ¡Qué contradiccion! ¡qué absurdo! ¡Esperamos de

la bondad y justicia divina recompensas eternas; pero vivimos como si no creyésemos en la una, ni temiésemos la otra.

Continuó diciendo á D. Diego, que sus heridas le habian abierto los ojos sobre el mundo y sobre sí mismo; y á esto añadió varios discursos morales y sublimes sobre la fragilidad de las cosas humanas, concluyendo con hacer su testamento.

Dejo á mis inmediatos herederos, prosiguió, los bienes que tengo en España: estoy resuelto á ser religioso; de manera que luego que me lo permita la salud, tomaré el hábito en un convento. A todos os deseo un fecilicísimo viaje, y muchas prosperidades en Europa, adonde nunca más volveré.

Gozad, D. Diego, en compañía de Julieta cuantas felicidades podeis apetecer. Deseo á todos en general, y en particular á esta dama, á su padre y á vuestros hermano, una vida sosegada y feliz... Siento que los esfuerzos hechos para hablar me han debilitado algun poco, y necesito de reposo: llevad, pues, á bien que os pida me dejeis solo para tranquilizarme.

De allí á tres semanas, quedó D. Alfonso completamente restablecido. El conde, que se vió sin obstáculos para el casamiento de su hija, señaló dia y se celebró con la mayor magnificencia.—Al dia siguiente de las bodas envió D. Alfonso á llamar al prior de los dominicos. Es á saber, que D. Alfonso habia recibido de mi mano aquella mañana misma doce mil duros sobre buenas letras de cambio para España; pues, como yo habia vendido todos mis géneros, me hallaba con dineros para comprar otros; y esto me determinó á tomar su letra cuando pidió la cantidad dicha.

Regaló ocho mil duros al convento de los dominicos. Me precisó á que aceptara mil, y distribuyó otros tantos en obras de caridad. Ordenó todos sus negocios en la mejor forma, y entró en el convento de los mencionados padres, donde hizo una vida

retiradísima, practicó ejemplarmente todas las virtudes cristianas, se mortificó con la mayor austeridad, y murió, al cabo de siete años, en opinion de santo.

Poco tiempo despues partió el conde para España con su hija, Don Diego y D. Lope. Tuvieron feliz viaje; y aquel generoso señor me envió, á la vuelta de la flota, un presente considerable de aceite y otro igual á D. Rodrigo.

No habia yo emprendido el viaje de Méjico sólo por tomar el aire y pasearme. Me informé con puntualidad de lo perteneciente al comercio de lo interior del país, para no estarme con los brazos cruzados miéntras me llegaban los géneros que aguardaba de Europa, y sacar de mi capital el mayor provecho posible y el ménos tiempo para regresar cuanto antes á mi patria.

Habia yo notado que muchos indios ricos hacian un buen comercio trayendo á la ciudad cera, algodon, seda, miel, azúcar y cochinilla. Conocia yo á uno de sus buhoneros á quien habia vendido, en varias veces, valor de más de seis mil piezas de á ocho. Procuré estrechar amistad con él y lo conseguí fácilmente.

Un dia que le hice algunas preguntas sobre el comercio interior del reino, me dijo que si queria hacer el gasto de comprar mulos para transportar mis efectos más adentro del país podria ganar un cincuenta por ciento más que en la ciudad, y que, trocándolos con cueros, pieles y otros efectos, ganaria mucho en Méjico, á no ser que quisiese más enviarlos á España. Este modo de negociar, continuó, parece tan poca cosa, que ningun comerciante español se bajaria á hacer semejante tráfico; y por lo mismo nunca creerian que un comerciante en grueso como vos se metiese en tales menudencias.

Reflexioné sobre ello. Vi que mi único objeto en aquel país

era ganar dinero, y que á este fin, dejando aparte vanidades debia dirigir todas mis especulaciones. Tomé por último mi partido, y le pregunté si queria hacer el viaje conmigo, ó á lo ménos proporcionarme algun indio honrado en quien pudiese yo tener confianza total. Respondióme que él mismo iba con los géneros que yo le habia vendido, y en compañía de algunos otros comerciantes, á Oajaca; y que así, si queria proveerme de mulos, tendria mucho gusto en acompañarme, tanto más no teniendo que hacer para ello sacrificio alguno, pues lo que me habia comprado áun no era de la décima parte de lo que se necesitaba en aquella ciudad y sus cercanías.

Fiéme de lo que me dijo, compré veinte mulos, y me puse con él en camino. La experiencia me acreditó su verdad. Salí de todos mis géneros por via de trueque, porque me tenia más cuenta. Adquirí una porcion de hermosos caballos, criados en el valle de Oajaca, que son los más famosos del país; y entre cueros y otros efectos, cargué como unos treinta mulos, pues habia comprado diez más, y vendí mis caballos con el ventajoso provecho de un treinta por ciento.

Como mi indio queria internarse más en el país, y yo volverme, me recomendó algunos muleteros, cuya fidelidad conocia, y que efectivamente fueron buenos criados. Ibame tan bien con aquella especie de tráfico, que no hacia otra cosa que cambiar las mercadurías que me llegaban de España en cada flota por otras que enviaba.

Verdad es, señores, que los comerciantes se burlaban algo de mí, y allá entre ellos me llamaban *buhonero ó arriero*, pero sus burlas no me perjudicaban, y mi tráfico me producia grandes ganancias. Aparte de esto, como mis negocios eran más breves, tambien se abreviaba el tiempo de mi permanencia en América. Y por último, yo no queria dejar imperfecta mi

obra, esto es, en buen castello, que queria juntar mucha plata.

Al cuarto viaje que hice á Oajaca llevaba ya ochenta mulos cargados con géneros de Europa. Tan bien me salió la cuenta siendo buhonero, como me llamaban los comerciantes señores, que no quise volver á vender más en la ciudad de Méjico.

Luego que el obispo de Oajaca supo mi llegada con tantas mercadurías de Europa, venidas en la flota de Vera-Cruz, me envió á llamar. Acudí inmediatamente. Díjome su Ilustrísima que necesitaba una partida de galones de oro y de plata. Cabalmente los tenia; y aquel buen prelado empleó ochocientos duros para los ornamentos de su iglesia.

Miéntras tratábamos de la venta noté que el Obispo me examinaba cuidadosamente, como queriendo acordarse de dónde me habia conocido. Escogidos los galones que quiso, mandó á su mayordomo que me pagara, que me convidara á comer, y que me entretuviera hasta que se retirasen las gentes que comian con su ilustrísima.

Luego que el mayordomo me intimó la órden de su Ilustrísima, empecé á caer en que su cara no me era totalmente desconocida, bien que no pudiese acordarme de dónde la habia visto.

Retirados los comensales de su Ilustrísima me llevaron á su cuarto, y aquel prelado me mandó sentar. Hizo señas al mayordomo para que nos dejara solos, y, estándolo ya me habló en estos términos: Me parece, señor Scipion, que sois ya más hombre de bien que lo érais cuando robásteis al Arzobispo y descerrajásteis el arcon de aquel pobre hombre Baltasar. Velazquez, mercader de paños en Córdoba. —Ilustrísimo señor, le dije, supuesto que V. S. Ilustrísima está tan bien informado de las locuras de mi juventud, no dudo que lo estará igualmen-

te del motivo que me incitó á ellas, ni tampoco dudo que me disimulará algo en favor de los pocos años que yo tenia entónces. No es esto pretender (Dios me libre) disminuir la enormidad de mis culpas: me he arrepentido de ellas firmísimamente y procurado la restitucion haciendo muchas limosnas, ya que de otra manera no he podido reparar el mal á quien se lo causé.

Sé, replicó el Obispo, que fuísteis impelido y como forzado á robar al buen Baltasar, por aquel desalmado de Gaspar su hijo; pero cuando cargásteis con las joyas del Arzobispo, fué tan sólo arrastrado por vuestra natural inclinacion á robar. Bien que si, como decís, os habeis arrepentido y hecho la debida restitucion, os habrá Dios perdonado; y en tal caso, ¿qué criatura humana se atreverá á hacer reflexiones sobre el pecador á quien Dios ha mirado con ojos de misericordia?

Pero decidme, continuó el Obispo mudando de conversacion, ¿sabeis qué se ha hecho aquel malvado parricida de Gaspar?—Corrieron voces, respondí, de que se habia convertido y tomado el hábito en los cartujos de Sevilla. Si todavía vive, espero que las penitencias y mortificaciones le habrán conseguido, de la bondad infinita del Todopoderoso, el perdon de unos delitos, no tanto procedentes de mal corazon ó de natural corrompido, cuanto de las malas compañías que por su desgracia tuvo. Pero, si acaso ha muerto, espero tambien que aquel Señor que abrió los brazos al Buen Ladron le habrá recibido en el número de los suyos.

Por el cristiano lenguaje que usais, repuso el prelado, conozco que estais sinceramente arrepentido de los desbarros de vuestra juventud. Por lo relativo á Gaspar os diré, que habiendo reconocido con horror la enormidad de sus extravíos se hizo efectivamente cartujo, como os lo han dicho, y no tuvo ya más objeto sobre la tierra que lavar sus pasadas iniquidades

con lágrimas de penitencia; porquè las lágrimas que un corazon contrito envia á los ojos que desprecian todos los objetos de èsta vida pasajera y terrestre, tienen eficacísima virtud para limpiar nuestras almas de toda mancha.

Al cabo de tres años de profeso le mandó el prior, satisfecho de su conducta, que estudiase Teología, y encargó á un doctor predicador del convento que le dirigiese en sus estudios. Diez años seguidos empleó en esta ciencia sublime, sin dejarla más tiempo que el destinado á los oficios y á las obligaciones piadosas de la comunidad. Acabados sus estudios, fué nombrado predicador para alivio de los antiguos.

Fray Gaspar tuvo la felicidad de predicar algunos sermones que, por la gracia de Dios, gustaron y tocaron los corazones de la mayor parte de sus oyentes.

A los siete años que ejercitaba este ministerio, fué enviado por el prior á Roma á trátar negocios del convento con el general de la órden, y se le dió por compañero á un hermano lego.

En las cartas que llevaba para el general lo recomendaba el prior como un buen religioso, cuyos sermones tenian la necesaria uncion para el provecho de las almas.

El general habló de esto al Papa, y su Santidad quiso oirle. Tuvo Fr. Gaspar la fortuna de gustar al Santo Padre, quien no solamente le dió su aprobacion, sino aplausos y elogios por el modo de predicar la palabra de Dios. No le fué dificultoso, despues de tan buen éxito, conciliarse la estimacion del general: logró despues fácil entrada en el Vaticano, y el Pontifice le dió muchas audiencias particulares, y expidió órdenes para el pronto despacho de los negocios á que el prior le habia enviado á Roma. Apénas quedaron evacuados á satisfaccion suya, cuando el Papa lo sacó de su órden y destinó á las misiones de Méjico, nombrándole obispo de Oajaca, donde ahora tiene la

complacencia de ver y de abrazar al señor Scipion, y de rogarle que olvide las malas acciones á que lo indujo, y de darle millones de gracias por haber sido único instrumento de la salvacion de su alma, como lo espera de la misericordia divina, mediante el Redentor del mundo. Si: cierto es, continuó: el obispo de Oajaca mira al señor Scipion como causa principal de sus felicidades, por la prudencia que tuvo de dar parte á su padre de la horrible intencion de atentar á su vida: intencion tan negra y abominable, que á pesar de su íntimo arrepentimiento, no puede pensar en ella sin horror y execracion.

Diciendo esto, me abrazó cariñosamente, y con sus lágrimas humedeció mis mejillas. Yo le apreté tan estrechamente, y me sentí tan conmovido, que apénas pude decir: ¿es esto verdad? ¿posible es que soy testigo de semejante mudanza?

Algo vuelto en mí de tan inesperado suceso, pedí á su Ilustrisíma noticias de su familia. Díjome que mi antiguo buen amo habia llegado hasta una edad muy avanzada: que su hermana habia casado con un comerciante rico: que disfrutaban de todo su patrimonio, cedido por él cuando tomó el habito; y que desde entónces se habia enteramente desasido de las cosas mundanas. Finalmente, que no tanto se miraba propietario, cuanto administrador de las rentas de su obispado, de las que no podia gastar más que lo simplemente necesario para su manutencion y las necesidades de su iglesia; y que no pensaba en juntar más tesoros que los que ni perecen, ni están sujetos á alteracion alguna.

Quiso el prelado que le contase mi vida desde nuestra separacion hasta entónces. Hícelo con aquella puntualidad que me permitieron el poco tiempo y mi memoria. Me convidó á cenar con él, y dispuso que estuviésemos sólos.

Al despedirnos me prometió servirme en cuanto pudíese. Así

lo cumplió en lo sucesivo. Estaba amado y venerado en su diócesis, porque en él veian piedad sólida y natural, hospitalidad generosa, caridad humilde y sobriedad sin afectacion. Todas estas virtudes, unidas á su atractiva afabilidad, le ganaron de tal suerte los corazones, que por medio de su proteccion me vi casi enteramente dueño de todo el comercio de la provincia de Oajaca.

Fácilmente comprendereis cuáles serian mis ganancias, si considerais que tiene aquella sola provincia trescientos y cincuenta lugares, proporcionado número de aldeas, y ciento y sesenta conventos de hombres y de mujeres. Todos se proveian, casi en mi casa sola, de los géneros de Europa. Me vi obligado á establecer varias escalas, almacenes y factores en diferentes pueblos, y á mantener cuatrocientos machos casi siempre en movimiento.

A mi vuelta del tercer viaje que hice á Méjico, tuve noticia de la llegada de la flota, que me traia abundante provision de aceite, género muy buscado entónces en el país, y que seria despachado ventajosísimamente; de manera que mi factor de Cádiz no podia haberme enviado cosa más oportuna; bien que por eso lo hizo, habiendo sabido que era género de que ménos habia cargado la flota.

Envié las bestias necesarias para arrastrar con todo. Yo tomé la posta, y llegué á tiempo de ajustar, á precio cómodo, cuanto aceite venia á bordo, ántes de que nadie supiese la falta que de él habia en lo interior de las provincias. Con aquello quedé exclusivamente dueño de la venta. La ganancia fué tanto mayor, cuanto que lo vendí á como quise. Hacia ya mis cuentas de que un par de años me bastaria para enriquecerme de aquel modo, áun más allá de mis deseos.

Pero hay arriba una soberana inteligencia, que cuenta de otro

modo que nosotros. Me sucedió la desgracia de perder valor de sesenta mil duros en el siguiente viaje de la misma flota; porque una borrasca la dispersó, y la embarcacion, cargada con mis géneros, fué apresada por un corsario holandés.

Conocí visiblemente el dedo de Dios en este descalabro, pues lo perdido era justamente lo excedente del precio ordinario á que, con mi monopolio, habia yo vendido los aceites, aprovechándome de la escasez. Por tanto hice firme resolucion de nunca más procurar mis provechos con perjuicio de los otros.

Vivia yo de manera, que mis negocios, aunque me ocupaban, me entretenian; y así no experimenté disgustos ni fatigas en mis viajes. Jamás perdí de vista mi principal, ó más bien, mi único objeto. Desde aquel tiempo fueron mis negocios viento en popa, y el cielo bendijo mis empresas. No puedo atribuir favor tan singular á otra causa que á la escrupulosa atencion con que cuidaba de no defraudar á los pobres, á quienes voté, al entrar en el comercio,la distribucion del diezmo de mis ganancias; y fuí tan puntual en cumplirlo, que nada cercenaba áun cuando perdia: verdad es que mis pérdidas no merecen nombrarse, exceptuando la que he referido.

Apénas llegué de Vera-Cruz, cuado fuí llamado por el virey, que deseaba hablarme. Díjome, que el obispo de Oajaca me habia recomendado á él poderosamente; y que me habia pintado como un hombre honrado y justo, á quien podia conceder su procteccion; por lo cual me aseguraba que se complaceria de mostrar cuánto caso hacia de la recomendacion de tan digno prelado. Dí humildes gracias al señor virey, y me despedí igualmente contento que agradecido.

Como sólo me ocupaban vastas ideas de ganancia y de provecho, dejo á vuestro discurso si seria lerdo en obsequiar al virey. Siempre me recibió de manera que yo mismo me admi-

raba. Con ménos habia sobrado para despertar la envidia de algunos que me miraban con imperioso desden; y áun hubo quien se cegase tanto, que buscó ocasiones de insultarme y ridiculizarme. Su Excelencia lo advirtió, y por lo mismo me recibió en adelante con mayores distinciones. Una mañana, entre otras, que estaba en su corte con muchísimos otros, me llamó y llevó privadamente á su gabinete.

CAPITULO V.

Insolencia de un bribon de fortuna. Ejemplo de un valor modesto en la historia de Casablanca.

Ya que estuvimos solos, me habló el virey en estos términos: Señor Scipion, quizá sospechareis que, en el puesto que ocupo, no tanto atiendo al quimérico honor del vireynato, cuanto á las sólidas ventajas que le son anejas. Habeis acertado si lo presumís; pues, en efecto, S. M. me ha conferido este mando para componer los negocios de mi casa, que mi padre me dejó en malísimo estado, por no haber tenido tiempo, ántes de morir, de reparar lo gastado para gloria de una corona en una embajada larga y dispendiosa. Os tengo por hombre muy inteligente en el cormercio, y sé que en él puede ganarse mucho; pero sería impropio de mi dignidad ponerme á comerciante. Hállome con una buena suma de dinero y quisiera hacerlo valer, sin comprometimiento de mi carácter ni darme á conocer. ¿Querríais hacer por mí este negocio? No dudo que trabajaríais en él con igual celo que si fuese para vos mismo. El digno obispo, que os ha recomendado con tanto amor, no lo hubiera hecho á no conocer sustancialmente vuestra probidad y talento.

Respondí á S. E. que mandase cuanto quisiese, y que, por las resultas, veria cuán justificada quedaba la honrosa opi-

nion que el buen obispo tenia de mi probidad. Así lo creo, repuso el virey; dejaos ver por la mañana algo temprano.

Despedido del virey, continuó S. E. hablándome hasta la puerta del gabinete: entró en la sala de audiencia, despidió á todos los cortesanos con un saludo y se volvió á entrar. Yendo yo hácia la escalera, oí que decia uno en voz alta: *paso*, *paso*, *que viene el Excmo. Sr. D. Scipion*. Volvíme al que hablaba, y le dije, que la envidia sólo atormentaba al envidioso, y continué andando, con desdeñosa sonrisa, á tomar el coche que me aguardaba á la puerta del palacio. Al tomar el estribo sentí que me agarraban por el brazo (era mi mismo hombre). *Señor buhonero*, me dijo con aire arrogante, quisiera que me explicáseis lo que acabais de decirme. ¿Pensais, acaso, que un hombre de mi nacimiento puede envidiar á un gusano como vos?

En buena fé que se me da poco, le respondí, de que me querais bien ó me envidieis: os aseguro que es cosa que no me pasa por el pensamiento. Diciendo así, arrancó el coche, y me retiré tan picado que, á no haberme socorrido la reflexion, le hubiera respondido en unos términos correspondientes á la ofensa.

Apénas entré en casa, preocupado el ánimo con la insolencia de aquel desconocido, cuando me dijeron que un sujeto queria hablarme. ¿Creeríais que fuese todavía aquel mismo descarado? A su vista toda mi cólera, áun no sosegada, se despertó y empezó á hervirme la sangre en las venas. Con todo, me esforcé á mostrarme sosegado, y le pregunté cortésmente qué habia en que servirle.

Me he incomodado en venir aquí, respondió, para deciros, señor mio, que el caballero Scipion es un gabacho impertinente. Por caridad le aconsejo que otra vez se guarde de perder el respeto á personas como yo, y aprenda lo que debe á las gentes

distinguidas; porque de no, tenemos criados que saben manejar el garrote, y áun esto es mucho para hombres como él, pues ningun sujeto de circunstancias se envileceria tanto que le pusiese las manos encima.

Y vuestra señoría, le pregunté con la irritacion que deja conocerse, ¿querria humillarse á decirme quién es el personaje á quien debo tan saludables avisos?—*D. Policarpio*, *Guillelmo*, *Julian*, *Henriquez*, *Pintero y Casablanca*, es quien os los da.—Pues bien, repliqué: decid de parte mia al *Sr. D. Policarpio*, *Guillelmo*, *Julian*, *Henriquez*, *Pintero y Casablanca*, que es un pícaro canalla. Proferir esto, darle un empujon, y con la puerta en los hocicos, todo fué uno.

Desde allí pasé á mi factoría, donde estaban mi tenedor de libros y cuatro ó cinco escribientes. El primero conoció que yo iba algo desabrido. Preguntóme luego el motivo por no estar acostumbrado á verme así. Díjele naturalmente lo que habia y le pregunté tambien si sabia quién era aquel atolondrado que se pregonaba hombre tan distinguido.—¡Bella pregunta por cierto! me dijo con una risa burlona. Vos sereis quizá el único que no lo conozcais, ó de vista ó por su fama. No se le puede disputar la antiguedad de su orígen. Por poco que profundizáseis en su genealogía, veríais que el que fué tronco de su casa y familia, no solamente fué el más grande hombre, sino el más virtuoso que hubo en el mundo: verdad es que su virtud quedó perjudicada con su ambicion.

Por Dios que me digais, repuse, quién fué ese grande hombre que trasmitió un nombre tan ilustre á la raza de Casablanca.—Imposible es, replicó mi tenedor de libros, que no hayais oido hablar de él bajo el nombre del Sr. D. Adan, á quien el Todo-poderoso dió la soberanía de la tierra y dotó de inmortalidad y de inocencia, y quien, por haber perdido esta última, deseoso

de saber más de lo que le fué permitido, se vió luego despojado de los otros dos dones.—Entiendo muy bien todo eso, repliqué; pero decidme los nombres de sus antepasados más inmediatos, sus empleos, sus bienes, etc.

Pues su abuelo, prosiguió el tenedor, fué maestro zapatero en Castilla; pero, como algo torpe en su oficio, tenia poco que trabajar. Determinó, cual hombre prudente, mudar de profesion, y sentó plaza de soldado. Todavía me acuerdo de haberlo conocido siendo yo muy muchacho, y os puedo asegurar que en mi vida he visto hombre de mejor persona. Era alto, bien proporcionado, airoso, halagüeño, tenia bellos modales, cara ovalada, fisonomía atractiva, aunque respetable, nariz mediana, frente espaciosa y abultada, boca pequeña, dientes blancos é iguales, tez harto delicada para hombre, ojos negros, grandes y vivos, pelo casi negro, largo, poblado y que le caia en rizos sobre la espalda, y voz varonil y sostenida. Sobre todas estas perfecciones del cuerpo, tenia además ingenio pronto, sólido juicio, natural, afable y agasajador, y era, finalmente, hombre reflexivo y buen soldado. En más de una ocasion dió pruebas de valor extraordinario en los ejércitos de S. M. contra los infieles de Europa, y particularmente en la famosa batalla de Lepanto, en la que se distinguió mucho, y sobre todo en el abordaje de una galera turca, pues sostuvo sólo el combate contra los infieles, hasta dar tiempo á los suyos para que acudieran á su socorro, con el que se hizo dueño de la galera.

Don Juan de Austria, que era el generalísimo, preguntó despues del combate, si aquel valeroso soldado habia escapado del furor de los infieles. Respondiéronle que sí, y que era del regimiento de S. A., quien volvió á preguntar si lo habian herido; y como le dijesen que lo habia sido tan ligeramente que no guardaba cama, no contestó el general con más que con decir:

yo me alegro. Notando D. Juan al dia siguiente que nadie le hablaba de aquel soldado, lo envió á llamar y lo elogió mucho en presencia de todos los generales. Seguidamente lo gratificó con una bolsa de zequines; y no se ciñó á esto sólo su generosidad, porque tambien le dió en propiedad todo lo que era del comandante de la galera turca apresada. Despues le concedió su licencia, y le entregó una carta para el rey, con órden de partir luego á Madrid y de ponerla en mano propia de S. M.

Marchó con la mayor diligencia, y llegado que fué á la corte, se presentó al gentilhombre de cámara de servicio, á quien dijo que tenia que entregar al rey una carta de D. Juan de Austria; y de resultas tuvo pronta audiencia.

Contentísimo se mostró el rey del contenido de la carta. Dió á besar su mano al soldado, y le mandó que volviese de allí á ocho dias, añadiéndole, que se presentase en derechura al gentilhombre de la cámara para que le avisase.

Llegado este tiempo, le mandó S. M. entrar, y seguidamente le ordenó que le hiciese una relacion circunstanciada del combate. En obedecimiento del mandato dijo: que cuanto podia referir era que las tropas del rey habian acometido á los infieles, que los habian vencido, y ganado sobre ellos una señaladísima victoria, con la asistencia divina, que esperaba acompañaria siempre á las empresas de S. M., y que él, como simple soldado, sólo atendió á recibir y ejecutar las órdenes de sus oficiales.

Muy bien, dijo el rey: tú haces ver que el verdadero valor nunca se aparta de la modestia. Tambien se dignó S. M. preguntarle, de dónde y qué era antes de sentar plaza. A todo respondió muy sencillamente al rey, quien añadió: la verdadera nobleza no tanto viene de la sangre cuanto de la virtud: vé desde aquí á la secretaría de Guerra, que ya tengo dadas mis

órdenes al ministro, y preséntate esta noche en la antecámara.

Fué inmediatamente á la secretaría, y no le embarazaron la entrada. El ministro dió algunos pasos para recibirlo, y lo abrazó. Encontrábanse allí muchos oficiales generales y coroneles. Hizo, en presencia de todos, el elogio de aquel soldado en término tales, que casi lo abochornó. Luego, volviéndose á él, le dijo que tenia órdenes particulares del rey concernientes á su persona. Es la gran máxima de S. M., continuó, alentar á los hombres de valor con beneficios. Presentaos aquí mañana á esta misma hora, y entraos en derechura á mi gabinete, que yo cuidaré de despacharos con brevedad.

En la segunda audiencia le entregó el ministro unos títulos de nobleza y comision para levantar una compañía franca de cien hombres, con destino á Méjico, cuyo comandante se le nombraba. Una compañía sobre aquel pié valia tanto como un regimiento en España; y era ciertamente un señaladísimo favor que el rey le hacia. A todo esto añadió el ministro una órden de la secretaría de Hacienda, para que un banquero aprontase las sumas necesarias, así para reclutar la gente, como para vestirla; y S. M. le dió mil doblones para su equipaje particular, terminándose todo con encomendarle que se presentase á menudo en la corte miéntras estuviese en Madrid.

Fué puntualísimo en cumplirlo, sin olvidar su principal asunto, que era el alistamiento de la gente. Esto no le fué difícil en un pueblo como Madrid; y más habiéndose encontrado con dos antiguos camaradas suyos, á quienes hizo sargentos, porque eran hombres de resolucion y nada lerdos en la farandula de reclutar. En pocos dias le suministró con qué completar su compañía la Puerta del Sol y la Plazuela de Santo Domingo.

Ya que la tuvo formada, se lo participó al ministro de la Guerra, quien, maravillado de su prontitud, dió parte al rey.

Al dia siguiente en palacio, al salir S. M. de misa, le mandó, que pusiese en marcha su compañía para Cádiz, á las órdenes de los subalternos que habia elegido, para que se embarcaran en la flota que iba á dar la vela, y que él los siguiera cuando quisiese.

Dió gracias á S. M. por lo mucho que le distinguia; pero le dijo, que siendo su único objeto el servicio de su amo, suplicaba á S. M. que le permitiera embarcase con su gente, porque le bastaban tres dias para el arreglo de sus cosas, y podria salir al cuarto, siendo de su real agrado, y que rogaba fervorosamente á Dios derramase sobre el rey y la real familia cuantas bendiciones podian desearse. Dióle el rey su mano á besar, y le deseó un buen viaje.

Por ventura direis entre vos mismo, que he sido sobradamente prolijo en el retrato de este hombre honrado; pero en lo sucesivo vereis que era absolutamente necesaria esta prolijidad.

Habia entre los soldados de su compañía un jóven hermosísimo, en quien hizo reparo durante el camino. Al cabo de algunos dias de navegacion, cayó enfermo. Dijo el cirujano que estaba de peligro; y Casablanca, que lo creyó hombre de calidad, lo mandó transportar á su camarote para que se le tratara con mayor cuidado.

Pareciόle al capitan que la enfermedad del jóven no era más que una melancolía arraigada, procedente quizá de haber dejado á su patria. Para abreviar, pues, su curacion, le dijo que se animase, que le daria su licencia y podria volverse con la flota. ¿Conque decís, preguntó el jóven, que quereis licenciarme?—Sí, hijo mio, respondió Casablanca: cuenta con mi palabra.—Pues siendo así, repuso el jóven, quereis enterrarme cuanto ántes. Si me separo de vos no podré vivir. Diciendo esto, exhaló un hondo suspiro.

El capitan, que no comprendia tal lenguaje, le dijo que se explicase más.—Lo haré, dijo el jóven incorporandóse sobre la cama. No soy, continuó, lo que parezco por mi vestido. Soy mujer, é hija de Manuel de Mendoza, aquel mismo banquero con quien tratásteis en Madrid para cobrar las cantidades que mandó entregaros el ministro. Vuestra primera vista hizo en mí tal impresion, que, léjos de disminuirse, se aumentaba cada vez que os veia. En vano acudí á mi razon. Tan prendada estaba, que si hubiérais dejado á España sin noticia mia, creo que hubiera muerto de pesar. Luego que supe vuestro destino me disfracé de hombre y senté plaza en vuestra compañía, para nunca separarme de vos; pero acabo de experimentar que tan perjudicial me es guardar secreto como apartarme de vuestra vista.

Sentidísimo quedo, dijo Casablanca, de que la aficion que me teneis os haya impelido á un atentado que puede tener tan malas consecüencias. Sois muchacha, amable, hija de un padre rico, y lo que es más, hija única. ¿Cómo nos libraremos de que nos critiquen? Unos dirán que abusé de vuestra juventud y os robé. Otros de mayor malicia, dirán más. Las reflexiones calumniosas acometerán á vuestra honra y virtud, y todo serán murmuraciones; pero en fin, yo me declaro desde ahora celoso defensor y guarda fiel de vuestra honra y virtud. Tened buen ánimo. En mí vereis un soldado verdadero esto es, un hombre de honra, incapaz de ofenderos ni perjudicaros en cosa alguna. Procurad cuanto antes restableceros, porque, de no, antes de mucho me vereis en el mismo estado en que os hallais; pues cuando vuestra belleza no hubiera hecho en mí la impresion que acaba de hacerme, bastaria el agradecimiento para no poderme consolar si os perdiese. Otras muchas cosas la dijo, todas igualmente afectuosas, persuadido á que, si la daba alguna es-

peranza de correspondencia, podria contribuir á su pronto recobro. Fueron justas sus conjeturas. El fingido soldado se restableció brevemente, de manera, que pocos dias despues, se halló en estado de tomar un poco el aire sobre el alcázar.

Entre tanto sobrevino una calma, y Casablanca fué convidado á comer á bordo del almirante de los seis navíos de guerra que servian de escolta á la flota, y habian de separarse de ella en las Islas de Cabo-Verde, para volverse á España. Despues de comer, llamó aparte al almirante, le contó todo el suceso, y le pidió su dictámen sobre si deberia, como honrado, enviar la hija á su padre.

Díjole el almirante, que le parecia delicado el asunto; que pedia reflexion, y que no podia responder en la hora misma sobre qué partido deberia tomar: que era posible que la jóven rehusase volverse: que si se la queria obligar, habia el peligro de que se empeorase, visto el riesgo á que se expuso, sólo por haber querido callar el secreto: que, de todos modos, padeceria la reputacion de la pobre dama: que era caso negado desimpresionar á todo el mundo de que la devolvia á sus padres por estímulo de su honor, y no por disgustado de ella: que...... Pero en fin, añadió el almirante, si la calma continuare, iré mañana á bordo de vuestro navío, y miéntras tanto pensaré en lo que conviene hacerse.

Levantóse, durante la noche, viento fresco que los llevó á las nominadas Islas, y por eso no pudieron verse hasta la llegada.

Luego que se verificó, dijo el almirante á Casablanca, que le parecia conveniente comunicar lo sucedido á los demás comandantes de los navíos que se volvian con él á España; y que al mismo tiempo, seria necesario que la dama diese una declaracion en toda forma, firmada de su mano, asegurando: que

Casablanca nada habia sabido de su evasion: que ella misma se le habia descubierto: que, léjos de haber atentado á su honor, se habia declarado protector suyo: que, en caso de que el padre diese su consentimiento, se casaria con ella: y que, si la reclamaba, la enviaria en los primeros navíos que saliesen de Vera-cruz. Tambien dijo el almirante, que, luego que llegase á Madrid, contaria al padre de la dama cuanto sabia del generoso procedimiento de Casablanca.

Abrazóse aquel dictámen, y la jóven, que deseaba que todo se hiciese debidamente, y que no quedase á su padre escrúpulo que retardase su aprobacion, confirmó con juramento sus declaraciones delante del gobernador.

El primer cuidado de Casablanca fué comprar al jóven soldado vestidos convenientes á su sexo. No me detendré en contaros las hablillas de sus camaradas cuando supieron la novedad. Ella, naturalmente generosa, viendo que su capitan habia gastado mucho en vestirla, le entregó algunos buenos diamantes que guardaba en una caja, diciéndole que eran suyos, como manda hecha por su abuela, y que no pertenecian á su padre, á quien no habia tomado el valor de un real de plata. Respondióla el capitan, que sólo los recibia para conservárselos.

Llegados á Vera-Cruz, y sabido por Casablanca que era país mal sano, se la llevó consigo á Méjico, donde ella tomó el partido de meterse en un convento miéntras, sabia la voluntad de su padre, determinada á tomar el hábito de religiosa si no era favorable.

El buen comerciante de Madrid quedó plenamente persuadido de la inocencia de Casablanca. No acababa de admirar tanto miramiento en un guerrero. Prendado del procedimiento del capitan, determinó como prudente. Envió su aprobacion para el matrimonio; y, por no ser menos generoso que su yerno fu-

turo, le proporcionó una remesa de géneros de Europa por valor de diez mil doblones, asegurándole otros dos tantos más para despues de su muerte.

Celebróse el matrimonio luego que Casablanca recibió tan buenas nuevas. Compró dos bellos ingenios de azúcar con el dinero que le produjo la venta de los géneros europeos. Vivió con su mujer íntimamente unido; y sólo tuvieron de su matrimonio un hijo, á quien establecieron muy bien, casándolo con la hija única de D. Diego Pintero, descendiente por línea recta de uno de aquellos valientes soldados de Hernan Cortés, que se establecieron en el país. Murió este hijo ántes que sus padres, y dejó dos niños, siendo cabalmente el menor de ellos vuestro comedido caballero.

Y es menester que sepais, que los descendientes, séanse como se fueren, de los famosos soldados de Cortés, se arrogan modestamente el título de conquistadores, y lo aprecian tanto, que lo miran como superior á la grandeza, de modo que no se cambiarian por un grande de la primera clase.

El anciano Casablanca dejó en su muerte todos sus bienes al mayor de sus nietos, y al segundo su legitima en dinero. Pero como este señor gusta del juego y de todas sus consecuencias, le duró poco la moneda, de manera que en el dia toda su subsistencia pende de los naipes.

Es de un genio totalmente opuesto al de su abuelo; porque es casqui-vano, presumido, querelloso, cobarde como una gallina, y desvergozado siempre que cree que las orejas de burro no descubrirán que es prestada la piel de leon con que se viste. Su hermano mayor, al contrario, se hace amar generalmente por sus bellos modales; pero él es objeto del desprecio universal, exceptuando aquellos que se le parecen, cuyo número, por desgracia, es crecido en esta ciudad. Personas hay aquí á

quienes nada cuesta un asesinato, y no son capaces de hacer cara á un hombre en campo raso. Quiéroos decir con esto, que no hareis bien en salir de noche sin armas y acompañamiento. Con vuestros dos lacayos y un par de criados más, ireis á cubierto de todo insulto.

Al dia siguiente, visité al virey, segun me lo habia prevenido. Me encargó que emplease por su cuenta valor de veinte mil duros en aquellos géneros que me parecieren de más ventajoso despacho en España. Dije á S. E. que estaba pronto á obedecer sus órdenes, y que le mostraria las últimas cartas de mi correspondiente.

Quedó contento el virey de mi sinceridad, y dijo que se alegraria de verlas. Por ellas se aseguró de lo que escribia mi correspondiente relativo á las mercadurías de América, que más falta hacian en Europa por aquel entónces; advirtiéndome no obstante, que yo me arreglara, en cuanto á la cantidad más ó ménos grande de géneros, por lo que viese cargar á la flota destinada á Europa.

Leidas las cartas, me dijo el virey que se le ocurria alguna dificultad sobre el asunto; porque, continuó, los otros comerciantes pueden haber recibido los mismos avisos, y de ello pudiera resultar que, á la llegada de la flota á España, hubiese de sobra lo que ahora escasea tanto. Conque ¿cómo podremos saber cuáles son los efectos de que ménos se envia actualmente?

Le satisfice diciendo, que mi correspondiente de Vera-Cruz me noticiaba puntualmente todas la semanas cuanto llegaba al Puerto, y juntamente la calidad y cantidad de lo que se embarcaba sobre la flota; que hasta allí parecia no haberse enviado mucha cochinilla, exceptuando la que habia ido por cuenta mia, cuya cantidad habia yo publicado ser mucho mayor de lo

que era, al mismo tiempo de haber rehusado públicamente comprar más, diciendo que no la necesitaba, miéntras bajo mano mis agentes secretos compraban cuanta encontraban á vil precio; y que por eso mismo contaba con que iria poquísima por cuenta de los otros comerciantes; de manera que yo era de dictámen que su Excelencia emplease su dinero en aquel género.

Pero, replicó el virey, si concurro con vos podré perjudicaros. Le repuse que veinte mil duros más ó ménos empleados en cochinilla no era objeto considerable, comparado con lo que de ello se despachaba en Europa.

Pues bien, dijo el virey: si es así, dad el encargo de ello á vuestros correspondientes, con órden de retornar aquellos efectos que os parezcan más oportunos y ventajosos. Y al mismo tiempo me puso en la mano un papel para que recibiera dicha suma de un comerciante de la ciudad.

Cumplí puntualmente con mi encargo. Llegó su cochinilla á Europa en tiempo que se carecia de ella, y saqué en Méjico sesenta mil duros de los efectos que me habian enviado en retorno. De todo dí cuenta á su Excelencia, entregándole el dinero; y quedó tan pagado de una ganancia de docientos por ciento, que me volvió el dinero, encargándome que volviera á hacerlo valer; pero le dije que no debia esperar igual provecho, y sí considerar aquel como un caso muy extraordinario.

CAPITULO VI.

Intentan asesinar al señor Scipion. La conjuracion se descubre, y los cómplices se castigan.

Pasó mucho tiempo sin que oyese yo hablar del valiente caballero Casablanca. Tan olvidado estaba del aviso de que me guardase, que ni me acordaba de que hubiese en el mundo tal hombre. Por más de un mes salí de noche bien acompañado; pero, viendo que nada me habia sucedido, me cansé de unas precauciones incómodas que yo creia inútiles. Por cierto que tuve que arrepentirme de mi descuido. Llegué á conocer que las habia con un hombre que, aunque no tan valeroso que se atreviese á pedir satisfaccion formal del modo como yo lo habia tratado, con todo tenia bastante pundonor para no poderlo digerir; bien que hubiera logrado encubrir su cobardía con la disparidad que se notaba entre un hombre de importancia como él, y un buhonero como yo.

Habria como unos veinte dias que salia sin escolta, cuando me envió á llamar el virey con una órden ejecutiva. Llegué á palacio, y apénas S. E. habia empezado á hablarme, cuando le entraron recado de que el alcalde mayor pedia audiencia para un asunto urgente. Me dejó en su cuarto, pidiéndome que esperara. La tal conversacion duró más de tres horas y media. Confieso que en mi vida me he inpacientado tanto. Cabalmen-

te estaba yo convidado aquella misma noche para una gran cena que daba un amigo mio con motivo de ser su dia. Es á saber, que entré en palacio dos horas despues de haber comido el virey. Por fin, volvió S. E. diciéndome que le pesaba de haberme hecho esperar tanto tiempo; pero que no dudaba que yo lo disculparia, reflexionando, que el servicio del Rey era antes que todo. Sin embargo, continuó, no quiero apurar más vuestra paciencia. El negocio de que tengo que hablaros es largo, y permite trasladarse á otro dia. Sé que os aguardan á cenar en casa de D. Melchor, y deseo que os divertais; pero cuidado de que vengais mañana temprano, porque tenemos mucho que hablar.

Despedido de S. E., me fuí en derechura á casa de mi amigo, donde fuí recibido con gusto y alegría, y cada cual me dió mil enhorabuenas de haberme librado tan dichosamente.

¡Librado! dije con admiracion: pues ¿de qué me felicitais, señores? No sé qué quereis decirme.—Nos habian asegurado, le respondieron, que Casablanca el jóven debia reñir hoy con vos, para tomar satisfaccion de cierta afrenta que dice le hicísteis.—Eso ya es viejísimo, repliqué: se ha tomado bastante tiempo para determinarse, y áun no lo está; bien que cuando llegare á decirme dos palabritas, no por eso me creeré en peligro. Con todo, dijo uno de los convidados, no siempre habeis pensado del mismo modo: las precauciones tomadas de no salir de noche, ó salir bien acompañado, no eran pruebas de gran seguridad.—Así es, interrumpí; pero tambien confesareis que no deben atribuirse al miedo las medidas tomadas contra un asesino. Con un hombre de honor no hubiera yo tomado tales precauciones; pero tenia yo muy otra opinion del Sr. D. Policarpio Pintado ó Pintero, ó qué sé yo qué me diga con su letanía de nombres, que acaban en Casablanca; más ¿qué digo? Sa-

bia yo de buena parte, que el tal caballerito era capaz de una mala accion cuando ménos se pensase.—Pues yo os aseguro, dijo otro, que es hombre de quien nada teneis que temer.

Eso es ciertísimo, añadió D. Melchor: perderé cuanto tengo, si en tiempo alguno recibís de él el menor insulto.—Pues señores, interrumpí, siento muchísimo, por lo que me asegurais, haber pensado de él tan malamente. Acabóse esta conversacion en el momento que sirvieron la cena, y no se pensó ya más que en divertirse.

A la mañana siguiente fuí á casa del virey. Al entrar en su gabinete, se adelantó hácia la puerta y me dijo: Señor Scipion, tenia que deciros, pero ciertos negocios urgentes del servicio de S. M. me lo estorban: tomaos el trabajo de ir de parte mia á casa del alcalde mayor, que él os dirá lo que hay. Partí inmediatamente y fuí recibido sin detencion. Dióme asiento, mandó que me trajesen chocolate, porque estaba desayunándose, y me dijo: Señor Scipion, tomaremos chocolate y despues hablaremos. Aquel *hablaremos*, en boca de un juez, me hubiera dado que pensar acusándome de algo la conciencia; pero, como la tenia limpia, ninguna impresion me hizo.

Ya solos, el señor alcalde tomó así la palabra: «Señor Scipion, »ha llegado á mi noticia que hay cierta enemistad oculta entre »vos y D. Policarpio de Casablanca. Debo, por mi cargo, impe»dir que no se haga cosa en desprecio de las leyes ó en perjui»cio de los vasallos del Rey. Para llenar las funciones de juez »íntegro y vigilante, estoy obligado á precaver oportunamente »los desafíos y los asesinatos, ántes que proceder, segun el ri»gor de las leyes, contra los duelistas y los asesinos.

»Hago, no obstante, una distincion, porque sé que el mundo »ciego considera grande diferencia entre ambas cosas; aunque, »en lo sustancial, no encuentro otra sino que los duelistas, em-

»briagados con ciertas nociones caballerescas de honor, des»echan todo principio de religion, y reniegan, por decirlo así, »del cristianismo, que predica amor al prójimo, suavidad y pa»ciencia; y abandonan las banderas de su Redentor Jesus para »alistarse bajo de las del príncipe de las tinieblas, sacrificando »cuerpo y alma por vengarse de su enemigo y arrastrarlo con»sigo al abismo de los eternos males. En vez de que los asesi»nos cuidan primeramente de sí propios, y toman sus medidas »para no correr riesgo alguno personal, al mismo tiempo que »procuran quitar á otro la vida del cuerpo y la del alma.

»Perdonadme este largo preámbulo de moral, que me ha pa»recido justo hacer, vistas las informaciones que he recibido.

»Ahora necesito haceros algunas preguntas. Espero que, co»mo hombre de bien que sois, me digais la verdad desnuda. »¿Qué quimera es, pues, la que habeis tenido con D. Policarpio »Casablanca, y por qué motivo?»

No desmentiré, respondí, la buena opinion que el señor virey tiene de mí. Os diré naturalmente cuanto sé, sin añadir ni quitar la menor cosa.—Contéselo efectivamente todo, y luego continué así: nada tengo contra D. Policarpio, y siento que esté quejoso de mí. Si niega que es la envidia quien lo movió á insultarme, no sé, en verdad, qué pueda producir otra causa. Desde que llegué á América me he ocupado únicamente en el comercio, y sólo he tratado con comerciantes; y á no haberme llamado el virey, os aseguro que mi figura no hubiera causado celos á ninguno en la córte.

«Creo, repuso el alcalde, que habeis hablado segun vuestro »corazon; pero permitidme que, por la formalidad, os haga al»gunas más preguntas, á las que me parece que podria respon»der yo mismo; mas, con todo, para proceder segun reglas, de»bo tener la respuesta de vuestra boca misma.—¿No habeis

»nunca desafiado á D. Policarpio, ó no os ha desafiado él?»—Ni uno ni otro, señor; y os aseguro que me sorprende semejante pregunta.—«¿Estais cierto de que nunca lo habeis desafiado?»—No tan sólo no lo he desafiado, pero ni áun me ha ocurrido tal pensamiento. El modo con que lo traté fué, á mi parecer, no más que una reparacion suficiente del insulto recibido.—«Y »vos (repasad bien vuestra memoria) ¿no habeis sido desafiado »por él?»—Os certifico que no, sobre mi palabra de honor.—«Basta, pues: esas mismas respuestas esperaba yo. Sólo me »queda una pregunta que haceros. ¿Sabeis algo sobre un pro»yecto formado para asesinar á D. Policarpio?»—No quiera Dios, señor, que sea yo nunca cómplice en semejantes atentados, ni áun con el pensamiento.—«Esa no es respuesta categórica.»—Pues señor, para responder más claramente, diré que ni directa ni indirectamente he tenido el menor conocimiento de un proyecto tan horrible, y que, cualquiera que tuviese tan negra el alma, haria malísima eleccion de mí para confidente suyo.

«Ahora, señor Scipion, escuchadme y os diré lo que no sabeis. »D. Policarpio fué ayer, despues de comer, á una fonda, con »media docena de camaradas suyos, gente de su mismo tem»ple, libertinos y jugadores. Pidieron vino, y luego que se vie»ron solos formaron la conjuracion de asesinaros cuando os »retiráseis de casa de D. Melchor, donde sabian que cenábais.

»Bebidas algunas botellas, se citaron para el paraje dicho. »Llamaron al huésped, y le mandaron que les guardase aquel »cuarto; despues de lo cual pagáron y se dividieron.

»Quiso la Providencia que un esclavo indio cometiese alguna »falata que enfadó á su dueño; y temiendo los azotes, procuró »ocultarse hasta que, pasados los primeros movimientos de la »cólera de su amo, le fuese más fácil justificarse. Cabalmente »eligió para refugio el mismo cuarto donde aquellos malvados

»formaron su conjuracion, escondiéndose bajo una gran mesa, »arrimada á una pared, que tenia encima un espejo y estaba »cubierta con un gran tapete que llegaba hasta el suelo.

»Luego que salieron, se fué el esclavo derecho á su señor. »Presentóse á él en la postura más humilde, y pidió perdon de »su falta, añadiendo que quizá habria sido una felicidad el »cometerla. Tengo, continuó, que revelaros un secreto impor»tantísimo: solamente os ruego que me escucheis con pacien»cia hasta el fin, que con esto sereis árbitro de salvar la vida »á un hombre honrado. Si despues juzgais á propósito cas»tigarme por las faltas cometidas, ya de no haber cumplido »con mi obligacion, ya de haberme ocultado, sé muy bien la »sumision que debo á vuestras voluntades.

»Contó el esclavo á su dueño cuanto habia oido; y seguida»mente me lo presentó su amo para que me hiciese igual narra»cion.

»Pasé yo mismo á la fonda: visité el cuarto: examiné la posi»bilidad de haberse ocultado el esclavo bajo la mesa; y le man»dé que volviera á ponerse en la misma actitud en que estaba »cuado oyó lo que D. Policarpio habia hablado con sus cama»radas. El amo y demás gentes de la casa me aseguráron »tambien que, durante aquel tiempo, habian buscado al esclavo »sin haber parecido.

»Conocia muy bien el amo de la fonda á los camaradas de »Don Policarpio y tambien sabia sus habitaciones por haberles »enviado vino algunas veces. Mandé al huésped y á todas »sus gentes, que callasen cuanto sabian á todos, sin excepcion »de personas, y me fuí derechamente á informar al virey, á »quien supliqué que expidieran susórdenes para que el capitan »de la guardia me franquease tropa, á fin de ir con seguridad »á prender á los cómplices, porque no dudaba, como efectiva-

»mente fué así, que hubiesen ido á sus casas á dormir la siesta.

»Prendiéronse todos sin ruido, y fueron llevados á una pri-»sion. Cuando de una parte daba el virey sus órdenes para »asegurarse de los culpados, de otra os envió á llamar, como »sabeis. Su intencion fué poneros así fuera de riesgo, porque »temia que, si aquellas gentes no estaban en sus casas, el calor »del vino los determinase á algun atentado, en caso de encon-»traros, áun antes de la hora y lugar convenidos.

»Luego que llegásteis á palacio, S. E. os dejó solo, no sa-»biendo qué pretexto tomar para deteneros tanto, sin hablaros »del asunto, que no queria que supiéseis hasta tomadas las »informaciones; y haberse sabido si la acusacion era fundada.

«Los delicuentes fueron presos con tal separacion. Cada uno »de por sí se defendió negándolo todo; pero, á la vista del ver-»dugo y del aparato del tormento, confesaron todos igualmen-»te. D. Porlicarpio dijo, para su defensa, que lo habíais insul-»tado de obra y desafiado: y que como tuvo á deshonra el bo-»jarse á reñir con vos, por eso habia procurado corregiros de »vuestra temeridad.»

«Ahora, señor Scipion, podeis ir por todas partes seguro y »contar con que esas gentes no atentarán más á vuestra vida, »ni á la de ninguno y áun podrá muy bien suceder que su »ejemplo sirva de leccion á los necios que se sintieren con pro-»pension á tan delicuentes acciones.»— Dicho esto, cortó el alcalde mayor el discurso, y como si hubiera querido estorbarme hablar en su favor, se levantó diciéndome adios, y se metió en un cuarto más adentro.

Entónces comprendí lo que me dijeron todos al entrar en casa de D. Melchor. Réstame decir, que el alcalde habia tomado la precaucion de que declarasen todas las gentes de mi casa miéntras yo estaba fuera de ella, sobre la causa del ódio que D. Poli-

carpio me tenia: y como la verdad es una misma en todas partes, así el tenedor de libros, como los cuatro empleados, dijeron separadamente al alcalde mayor lo mismo que yo le habia confesado.

Prohibió á todos que nada me dijeran, y lo cumplieron así; pero creo que tanta parte tuvo en su silencio la falta de ocasion para hablarme, como la obediencia al mandato del señor alcalde. Bien que, en desquite, lo confiaron con gran secreto á todos sus amigos, quienes lo dijeron á otros, de manera que no tardó en ser por toda la ciudad el secreto de la comedia.

En consecuencia de todo, mandé á mi cochero que, á toda prisa, me llevara al palacio del virey para solicitar el perdon de los culpados; pero S. E., que debió sospechar mis intenciones, no quiso recibirme, diciendo que estaba ocupado.

Quedé mortificadísimo; pues, por lo que me habia dicho el alcalde, temia que se procediera con aquellos infelices segun todo el rigor de las leyes. Fuíme en derechura á casa, y desde allí escribí al virey una carta humildísima en favor de ellos. Le representaba, entre otras cosas, que si los presos padecian la muerte por causa mia, no disfrutaria yo un instante más de tranquilidad miéntras viviese: que siempre me miraria como causa, aunque indirecta, de su muerte, y que sin duda alguna moriria del disgusto. Pedí á S. E. el perdon de los culpados, como la mayor gracia que jamás podia hacerme; y le rogué, por cuanto habia de más sagrado en el mundo, que no llevase las cosas al rigor, y que se moviese á lástima. Por último, acababa mi carta pidiéndole encarecidamente que no me negara un instante de audiencia.

Leida la carta, me avisó el virey que podria verle á las tres de la tarde. Aguardé en mi casa la hora entre impaciencias é inquietudes. No pude comer. Llegada la hora, y estando ya cer-

ca del palacio, ví la plaza llena de gente y los soldados sobre las armas.

Ya estaba preparado el cadalso para la ejecucion de aquellos delincuentes, á quienes se habia sustanciado el proceso por la mañana, y quienes, convencidos por su propia confesion, habian sido condenados á degüello.

El populacho, que vió pasar mi coche, creyó que iba yo á saciar mi venganza y á divertirme en el trágico espectáculo de la ejecucion. Hubo gentes que rodearon mi coche y empezaron á insultarme; pero la tropa la disipó al instante.

Luego que llegué al virey me eché á sus piés. No hubo ruegos ni súplicas con que no le procurase mover. Lo sumo de mi dolor me comunicó tal elocuencia, que maravilló á todos, y áun á mí mismo, que no me juzgaba capaz de ella. Dí libre curso á las lágrimas, que ya no podia contener; y en fin, tanto hice que conseguí del virey se les perdonasen las vidas, conmutando la pena de muerte en prision perpétua.

Pero, con todo, quiso que, para ejemplo, subiesen al cadalso y que nada supiesen de su perdon hasta que todo lo viesen preparado para su ejecucion.

Encargó á su secretario que llevara las órdenes á los oficiales y ministros de justicia. Fueron conducidos los delincuentes al cadalso, donde dieron señales de arrepentimiento sincero y mostraron tanta sumision y conformidad, que todos quedaron edificados. En el instante mismo que D. Policarpio, de rodillas y vendados los ojos, se puso en la actitud de recibir el golpe del cuchillo, publicó en voz alta el perdon del virey un oficial togado; pero con la circunstancia de publicar tambien, que se debia á la intercesion de la persona misma contra quien habian formado la abominable conjuracion, que los daba en espectáculo á todo el pueblo.

Apénas fué oida esta publicacion, prorumpió en altas aclamaciones todo el pueblo. Desde su palacio oia el virey las bendiciones que le daban. Los mismos que miraban con más horror el delito, aplaudian la clemencia del virey, y todo el mundo atribuia el suceso á la vigilancia y prevision de S. E., que halló modo de estorbar á los culpados la ejecucion de sus intentos.

Las personas presentes á las instancias hechas por mí al virey en favor de los reos, elogiaron públicamente mi procedimiento y lo pintaron á todos como un acto generosísimo. El populacho, que oyó confirmado lo dicho por el ministro de justicia, se puso tan de parte mia, que los que dos horas ántes habian intentado parar mi coche para maltratarme, lo pararon á mi salida para llenarme de bendiciones y tener la satisfaccion de verme. Aquel mismo hombre que un instante ántes era un indigno, un cruel, un implacable y un vil buhonero sediento de sangre, era un instante despues el benigno, el generoso, el virtuoso y el magnánimo Sr. D. Scipion.

CAPÍTULO VII.

Muerte del obispo de Oajaca. Su testamento.

Poco despues de este acontecimiento, hice un viaje á Oajaca. Desde allí podia saber el estado de mis negocios en las más de las ciudades de aquella provincia, donde tenia yo factores. Con aquello conseguí algun alivio, porque me ahorré de viajar, bastándome hacer mi visita una vez cada año.

Llegué todavía á tiempo de ver al santo prelado, que ya estaba desahuciado de los médicos. Cuando pudieron decirle que habia yo llegado, conocieron que la noticia le hizo tal impresion, cual sin con ella volviese de un profundo letargo. Mandó al instante que me diesen entrada, y luego que me vió junto á sí, me precisó á sentarme á la cabecera de su cama, y tomándome seguidamente una mano, me dijo: Ya me veis, estimado amigo, en los últimos instantes y en vísperas de comparecer ante el terrible tribunal, donde no hay más apelacion. La confianza de que, por los méritos de nuestro divino Redentor Jesus, alcanzaré perdon de mis pecados, me tiene esperando con alegría el momento que ha de despojarme de esta carne mortal. Os aseguro que el abatimiento, que miran mis amigos como triste y deplorable, me llena de un gozo indecible... Al llegar aquí se le fué debilitando la voz, y vino á dar en un acci-

dente parecido á una convulsion. Llamé para que lo socorrieran: diéronle algunos cordiales que le volvieron un poco en sí, hizo algunos esfuerzos para continuar hablándome, y no pudo proferir sino algunos mal articulados sonidos; apretóme la mano, y levantando súbitamente los ojos hácia el cielo, dió el último suspiro.

No me seria dable explicar la pena que sentí en aquel momento, ni áun ponderar los dolorosos gritos que se oyeron resonar por todo el palacio. En un instante se esparció en toda la ciudad la noticia de esta muerte: fué universal la desolacion, como si cada cual hubiese perdido á su padre. Tan generalmente amado estaba aquel dignísimo prelado, que todos sus diocesanos vistieron luto, excepto los que por pobres no pudieron.

Sabida la muerte del obispo, acudió el gobernador á palacio seguido de los principales de la ciudad, para tributar los últimos honores al difunto: todos lloraban como si les faltase su padre particular. Llenóse el palacio de pueblo, y no se oia otro que el gritar y sollozar de aquellos infelices, que habian perdido tan benigno protector. Las viudas y los huérfanos volvieron á quedarse segunda vez sin esposos y sin padres.

Al dia siguiente volvió el gobernador con los magistrados para arreglar los funerales; mas como estaban persuadidos á que habria hecho testamento, supusieron que los tendria ordenados. Para asegurarse, llamaron al mayordomo del difunto y le pidieron las llaves del gabinete de su amo.

Abrieron su papelera, y la primera cosa que encontraron fué una carta cerrada, que era precisamente lo que buscaban. Luego que la leyeron me enviaron á llamar y me entregaron el testamento, diciéndome que nada tenian que examinar en él, y tanto más habiéndome nombrado el difunto su legatario uni-

versal y único ejecutor de sus últimas disposiciones. Fuéronse, pues, á mandar decir misas por el alma del obispo, y á rogar á Dios que les enviara un sucesor parecido al que les habia llevado; aunque, así decian, no se consideraban merecedores de tan gran beneficio.

El mayordomo empezó á mirarme desde luego como amo suyo. Llegóse á mí con mucho respeto y me suplicó que me quedase á vivir en palacio, haciéndome ver que me acomodaria más y que seria más á propósito por lo concerniente á los criados del difunto. Parecióme que tenia razon y me resolví á dormir en el palacio, pero no quise que mis criados se movieran de mi casa.

Retirados el gobernador y los magistrados, me puse en posesion de la herencia; pero confieso ingenuamente, que más sentia la pérdida de tan buen amigo que me alegraba de lo que por su muerte adquiria. Sentéme, pues, delante de una mesa, y me puse á leer con atencion el testamento, cuya copia es esta:

«Obligado, en virtud de mi voto de obediencia, á volver á »entrar en el mundo, porque su Santidad me mandó tomar á »cargo mio el cuidado de las almas de los fieles en América, »confiriéndome el obispado de Oajaca, vacante por la muerte »de su obispo, me ví nuevamente expuesto á las borrascas »del tempestuoso mar de este mundo, de que creí haberme li»bertado en el puerto del retiro, donde me puse al abrigo de los »principales riesgos. Por pura sumision me expuse de nuevo á »perder una eterna felicidad, á no haberme visiblemente asis»tido la gracia del Espíritu Santo, que siempre imploré con fer»vor y todavía imploro con la más humilde confianza.

»El Rey, siempre celoso de la propagacion de la fé, confirmó »el nombramiento, de que yo me consideraba indigno, y fué tan

»bueno que pagó los gastos de mi viaje, de manera que, por »sus bondades reales, llegué aquí con seguridad, y por la gra- »cia de Dios tomé posesion de este obispado. Encontré el pa- »lacio episcopal totalmente moblado, y con proporcion á la »dignidad del prelado que me habia precedido. Habia, además, »una cantidad extraordinaria de vajilla de toda especie. Me en- »tregaron más de diez mil doblones, que su Majestad habia »mandado al recaudador de la provincia me pagase, para sub- »venir á mi subsistencia, hasta que percibiese el primer año de »las rentas del obispado.

»Recibí aquella suma con la sumision y agradecimiento que »era debido en un sujeto tan pequeño como yo; pero como sa- »bia que tan gran Príncipe obraba siempre con suma previ- »sion, miré la tal cantidad, no tanto como un donativo hecho á »mí por aquel piadoso Monarca, cuanto como un beneficio des- »tinado á la Silla episcopal de Oajaca.

»Porque así lo comprendo, declaro que miro, como siempre »miré, aquel dinero, cual un sagrado depósito, cuyo capital de »ningun modo podia apropiarme ni disponer de él, privando á »mis sucesores de la facultad del usufructo. Por tanto pido al »señor gobernador y á los magistrados de esta ciudad, que se »sirvan hacerse depositarios del dinero, y sus administradores, »para que gocen de él los que me sucedieren. Dejo la suma »entera como la recibí, por no haber necesitado tocarla, pues »cuando llegué me entregaron los caidos de lo devengado »miéntras estuvo vacante la Silla; y, léjos de encontrarse dis- »minuida, se encontrará aumentada por las rentas y los contra- »tos sobre bienes raices, adquiridos con lo que produjeron los »intereses: todo se hallará bajo llave, en el mismo cofre donde »está el capital. Tambien se encontrará allí un inventario pun- »tual de todos los muebles, vajilla y servicio de cocina. Nada

»de esto se ha tocado ni perdido; y me lisonjeo de que será así, »porque conozco á mis criados.

»Declaro además: que he mirado siempre las rentas del obis»pado de Oajaca como patrimonio de los pobres, exceptuando »lo necesario para el mantenimiento y servicio de la Iglesia, y »para una mesa decente, segun lo pide la hospitalidad que de»be ejercer un padre comun. En atencion á esto, sólo me he »apropiado la décima parte de dichas rentas, tomada como un »salario de administrador, y que he reservado para los gastos »de mi entierro, y para gratificar, cuando muera, á mis criados »fieles.

»Hecha esta declaracion, que delante de Dios protesto, y »desnudo de todo motivo de vanidad humana:

»Yo *Gaspar Velazquez*, obispo de Oajaca, invocando el san»to nombre de Dios, y considerando que no hay cosa más cier»ta que la muerte, ni más incierta que su hora, y queriendo »precaver los altercados que podrian suscitarse despues de mi »muerte, por las cosas que creerian haberme pertenecido du»rante mi vida; hago saber mis últimas intenciones del modo »siguiente, deseando que sean miradas como mi testamento y »última voluntad, y que no puedan ser anuladas por defecto »de alguna formalidad, ó por ignorancia de los términos lega»les. Y para darlas mayor fuerza y revestirlas, en cuanto es»tuviere de mi parte, con todas las formalidades requeridas, »las hice firmar por los testigos que abajo se nombran, á quie»nes leí la disposicion testamentaria; la cual declaro formalmen»te ser como deseo que sea ejecutada, sin tergiversaciones, y »segun el sentido de la letra. Escrito todo y firmado de mi ma»no, y sellado con el sello del obispado de *Oajaca*, dia... del »mes de... año de nuestro Salvador...

«Primeramente: encomiendo mi alma á Dios, y le pido hu-

»mildísimamente perdon de mis culpas, esperando que, por »su divina misericordia, y por los méritos de su Hijo nuestro »divino Redentor, segunda persona de la gloriosa, inefable y »santísima Trinidad, me mirará con ojos de misericordia.

»Dejo mi cuerpo á la tierra para que sirva de pasto á los gu»sanos, y para que sea sepultado segun gustare mi heredero, »abajo nombrado, á quien suplico disponga las ceremonias de »mi entierro, de manera que, por consideracion á la dignidad »episcopal, no olvide la humildad y pobreza convenientes á un »*cartujo*.

»Por lo perteneciente á los pocos bienes y efectos que puedo »tener de la gracia de Dios, y de los beneficios de mis amigos, »dispongo como sigue:

»Primeramente: se distribuirá entre mis criados el dinero »ahorrado de la décima parte de las rentas del obispado; pero de »manera que se dé la cuarta parte á mi mayordomo, á quien lo »lego en agradecimiento de su fidelidad; distribuyéndose por »igual lo restante entre mis otros criados.

»Item: quiero que mi ejecutor testamentario venda mis mu»los, coches y equipajes, y todo lo demás perteneciente para »ocurrir á los gastos de mi sepultura.

»Item: doy y lego á dicho mi ejecutor la taza de plata que me »regaló mi hermana, y que es la única pieza de vajilla de que »puedo disponer como propia. Tambien doy y lego al dicho mi »ejecutor para él y los suyos á perpetuidad, mi casa de la ciu»dad de Méjico, con todos sus muebles y dependencias, la cual »me fué legada por mi amigo D. *Jéronimo Vazquez*.

»Item: doy y lego á mi querida hermana la sortija de esme»raldas que me regaló el señor virey.

»Item: doy y lego á los presos por deudas en las cárceles de »Oajaca toda cuanta ropa blanca se hallare, despues de mi

»muerte, señalada con la letra V, la cual es mia, como regalada »por mis amigos, y quiero que se venda para que su producto se »reparta entre dichos presos, á proporcion de la necesidad de »cada uno. Pero la ropa blanca comprada del dinero procedente »de la suma que S. M. me consignó, está marcada con la letra O: »la miro como propia del obispado, y de consiguiente la dejo »para el uso de mis sucesores.

»Cuanto se encontrare de más, y se creyere poderme perte»necer, así como vestidos y otras cosas semejantes, quiero que »se venda para que se reparta el dinero entre los que llevaren »mi cádaver á la tierra.

»Dejo á la piedad de mi ejecutor el número de misas que hu»bieren de celebrarse por mi alma para alcanzar de Dios el eter»no reposo.

»Nombro, señalo, é instituyo por mi heredero, legatario uni»versal, ejecutor de esta mi última voluntad y testamento, á »mi amigo *D. Scipion*, comerciante de la ciudad de Méjico.»

Leido el testamento, busqué al gobernador y á los magistrados y les pedí que inventariasen lo que habia quedado á su disposicion, y que tomasen posesion de ello.

Quise que los funerales correspondieran á la dignidad del difunto, y gasté mil y doscientos pesos más de lo que habia mandado en su testamento. Acompañaron al cadáver cuantos habitadores de la ciudad pudieron dejar sus casas, y cada uno llevaba una hacha encendida. Al acompañamiento fúnebre precedia todo el clero, así regular como secular.

Seguidamente procedí á la ejecucion de todos los artículos del testamento. La ropa blanca señalada con la letra V se vendió en tres mil duros, y esto prueba cuán amado estaba en su diócesis aquel digno prelado. Pero sus vestidos, su ropa blanca y algunos otros efectos que me parecieron de su uso, no llega-

ron á trescientos duros, prueba tambien evidente de su moderacion.

Cuando fuí á las cárceles de la ciudad, para distribuir entre los presos lo mandado por el obispo, quedé admirado de encontrar entre ellos al pobre indio á quien debia mi entablado comercio.

Hecha una distribucion, que sacó á muchos de la cárcel, llamé á mi indio y le pregunté por qué se encontraba allí, y por qué no habia acudido á mi amparo.—Respondió, que una gran parte de su comercio giraba sobre fondos que le habian confiado otros indios, con quienes repartia las ganancias; pero que noticiosas aquellas gentes de que un español, por consejo suyo, habia emprendido el comercio de lo interior del país, temieron que otros no imitasen aquel ejemplo; y para vengarse de él, le pidieron todos de una vez sus capitales, cabalmente en el tiempo en que áun no habia vuelto á su poder: que llegó su rabia á tanto, que no le dieron lugar de recoger lo que le debian, y con lo que hubiera podido pagarles; y por último, que se echaron sobre sus libros y lo pusieron en la cárcel.—Preguntéle á cuánto montaba su deuda. Respondióme que á unos setecientos pesos. Nada le contesté; pero fuí derecho á mi casa, y le llevé mil, encargándole que llamase á sus acreedores, que les pagase, y que despues se presentase en mi casa; lo que hizo al cabo de tres dias.

Mucho me alegré de verlo. Agustin, le dije (porque así se llamaba), como habeis padecido por mí, justo es que de mí tengais alguna indemnizacion. Deseo que vengais conmigo á Méjico, y vereis en mis almancenes cuáles son los géneros que más os cuadran; y visto, sobre poco más ó ménos, la cantidad que podreis despachar, os las daré á crédito, y además las bestias que necesitáreis.

Llegamos á Méjico, y Agustin, segun mi oferta, eligió géneros hasta el valor de quinientos duros, que no era la décima parte de lo que acostumbraba manejar cuando estaban corrientes sus negocios.

Tan prendado quedé de la moderacion de aquel buen indio, que yo mismo le dispuse otras cargas, valor de quinientos duros más, y le adelanté veinte mulos á coste y costas. Tuve en lo sucesivo la complacencia de ver á aquel hombre horado prosperar en su comercio; y al cabo de tres años pagar todas sus deudas y verse desahogado.

Tomé posesion de la casa que me habia legado el obispo. Era magnífica, bien alhajada, y tal cual la dejaron á quien me la habia legado.

Luego que el virey supo mi llegada, me envió á llamar. Fuí inmediatamente á recibir sus órdenes. Mandóme sentar, y me preguntó al instante: señor Scipion, ¿cuánto dinero mio teneis en poder vuestro? Le respondí que no podia decírselo puntualmente en la hora misma, porque necesitaba hacer el balance de la cuenta de *Guillelmo Aldea.*

¿Guillelmo Aldea? preguntó el virey: pues ¿qué tengo yo que ver con ese hombre?—Es, le respondí, el nombre supuesto con que paso en mi libro todos los negocios de V. E.; más, para en caso de muerte (pues nunca están de sobra las precauciones) tengo en mi casa una declaracion firmada de mi mano, sellada, y con sobreescrito á V. E.—Alabo vuestra prudencia, repuso el virey, y vuestra mucha prevision; pero decidme: ¿tendreis de dinero mio unos cien mil pesos?—Creo, le respondí, que tendré mucho más; y en caso de que V. E. necesite alguna cantidad mayor que su propio fondo, estoy pronto á corresponder á cuanto V. E. girare sobre mí.—Os lo agradezco, señor Scipion, interrumpió el virey; pero sabed que D. Juan de Córdoba me

ha propuesto entrar en un cierto negocio que debe ser de bastante considaracion, y quiere darme parte en él, negociando por mi cuenta.

El maíz y el trigo de Europa nunca han estado tan baratos como ahora, por haber sido abundantísima la cosecha del año pasado. Si se aumenta un real á cada fanega de trigo, los españoles venderán cuanto tuvieren, viendo las apariencias que hay de buena cosecha para el año que viene. Propóneme, pues, Don Juan comprar por sí sólo cuanto trigo hay repartido en varios almacenes; y despues, cuando la avaricia de los españoles hubiere puesto en nuestro poder todos sus granos, podremos fijar el precio que quisiéremos. ¿Qué os parece este proyecto? Por mí confieso que me parece acertadísimo y que me agrada mucho.

Por más que rogué á S. E. que me dispensase de dar mi dictámen sobre un asunto en que para nada entraba yo, me instó mucho para que dijese naturalmente lo que pensaba. Me defendí miéntras pude hacerlo sin descortesía; pero viéndome, al fin, como forzado, bien que temiese las consecuencias que antevia, dije á S. E. que semejante proyecto no podia dejar de producir crecidas sumas, y que yo seria el primero á aprobarlo si no temiese que la ejecucion tuviera fatales resultas.

Y ¿cuáles serian? preguntó algo alterado el virey.—Las de que D. Juan, ó el no querer V. E. que se bajase el precio de los granos, en caso de carestía, teniéndolos todos acopiados, llegar á dar motivo á reflexiones que perjudicasen á la alta reputacion que V. E. se ha adquirido por su desinterés y equidad. Y tambien las de que un monopolio sobre los granos podria inducir al pueblo á murmuraciones, á alborotos, ó bien á otros extremos igualmente peligrosos.

Me parece, señor Scipion, dijo el virey con una sonrisa for-

zada, que sois tan hábil consejero en el Gabinete, como diestro aritmético en las empresas de comercio. He de trabajar para conseguiros una plaza en el Consejo de Méjico.

No se me pasó el tonillo burlon con que acompañó estas últimas palabras.—Id con Dios, continuó, á poner en limpio y liquidar las cuentas de *Aldea*, y noticiadme luego si teneis fondos para pagar.

No pude menos de decir á S. E. que, despues de haberme visto como forzado á dar mi dictámen, temia que le hubiese desagradado mi sobrada sinceridad y obediencia.—De ningun modo, señor Scipion, replicó el virey; ántes, muy al contrario, estimo á los hombres francos y que preven de léjos las consecuencias; bien que, á la verdad, debo confesarme admirado de que no anteviéseis funestas consecuencias para vos mismo en el monopolio de los aceites, cuando cargásteis con cuanto traia la flota. Andad, señor Scipion, y haced de manera que pasado mañana quede en mi poder lo que os pido.

Respondí á S. E. que así lo haria; y le añadí, que si miéntras tanto necesitaba algun dinero, podia contar con quinientos mil duros que yo tenia á su disposicion.—Muy bien, señor, me contestó S. E.: ya veremos si necesitamos de vuestra amistad.

No necesitaba yo tanto para conocer el aire de palacio. Despedíme de S. E., y me fuí á toda prisa, conociendo que el virey estaba de mal humor, y que, segun las apariencias, iba á tenerle por enemigo. Luego que llegué á mi casa liquidé las cuentas de Aldea, y hallé que se le debian ciento cuarenta y siete mil pesos y tres reales. Al dia siguiente presenté la cuenta al virey; y al otro dia vino D. Juan de Córdoba á mi casa á recibir el dinero por órden de S. E.

Ya no fuí más llamado á la corte, y como nada tenia yo que

hacer en ella, no puse más los piés en palacio. Díme todo entero á mis negocios, determinado á ordenarlos brevemente para volverme á Europa cuanto ántes, porque conocí que no podia convenirme la permanencia en un país donde el que representaba al soberano y gobernaba con un poder casi absoluto, ya no era mi amigo, si es que no era mi contrario. Pero como tenia muchos géneros en lo interior del país y debian venirme muchos más con la flota del año siguiente (los que queria vender á buen precio), se pasaron cerca de tres años ántes de que pudiese arreglar todas mis cosas de modo que no necesitase volver otra vez á América. Sucedió entretanto, que el virey siguió puntualmente los perniciosos consejos de D. Juan de Córdoba; y por su desgracia se degradó tanto, que envileció su dignidad, y por ello fué llamado del soberano.

Compró D. Juan todo el grano á catorce reales la fanega, que era un real más del precio corriente. Lo abarcó todo; de manera que sólo se llevaba al mercado lo que se sacaba de sus graneros. Vendió el trigo de Europa á veinte y un reales, y el maíz á proporcion.

Esta subida repentina originó desde luego murmuraciones en el pueblo, porque los pobres no podian comprar el trigo á este precio; y los panaderos tuvieron que encarecer el pan, siguiéndose á esto una escasez como en tiempo de hambre. Quejáronse al arzobispo, y el prelado defendió la causa de los pobres contra el virey, representándole que era necesario poner un precio equitativo á los granos de D. Juan, y mandarle que provéyera los mercados al precio que S. E. fijase. Díjole el virey que no tenia facultades para tasar los géneros de los particulares, exceptuando los tiempos de hambre; y que no podia quitarles á fuerza sus bienes, sin pagarles á lo ménos el precio que los habian puesto.

Disputó mucho el arzobispo, pero inútilmente, hasta que, viendo que nada adelantaba, se retiró. A la mañana siguiente se amontonaron los pobres en mayor número á las puertas de su palacio, á quienes repitió lo representado al virey y la respuesta de éste; y además les dió á entender que sospechaba al virey interesado en aquel monopolio, por cuyo motivo dudaba que lo remediase por su parte.

Uno del pueblo dijo en alta voz: «que el hambre penetraba duras rocas y podia derribar murallas de piedra.»—El prelado respondió sosegadamente, que las paredes de los graneros de Don Juan eran sólo de ladrillos y tablas; y diciendo esto tomó su coche.

No hubo menester más un populacho hambriento. Con el dicho del prelado se creyeron con autoridad para saquear los almacenes de D. Juan, y así lo ejecutaron al instante.

Acalorados como estaban, se dirigieron á su casa resueltos á sacrificarlo á sus furores y á vengar en su persona los males padecidos. D. Juan, que tuvo soplo de sus intenciones, ya no estaba en casa; pero pegaron enfurecidos con todos sus muebles, y le llevaron hasta doce mil onzas de vajilla de plata.

Luego que supieron que Córdoba se habia refugiado al palacio del virey, fueron á embestir el palacio y pidieron tumultuosamente la persona de aquel hombre para hacer con él justicia, tratándolo de ladron y de sanguijuela de los pobres. Ya habian desarmado la guardia de la puerta y apoderádose de ella; y se hubieran infaliblemente hecho dueños del palacio, si el virey, auxiliado de todos sus domésticos armados, no hubiera conseguido desalojar á los que ya estaban en el patio, y cerrado y atrancado las puertas.

Pero crecia el número de los sediciosos. Habia ya más de cinco mil en la plaza grande, y algunos hacian fuego á las ven-

tanas del palacio. Las gentes del virey tiraban tambien sobre los amotinados y mataban algunos.

Halléme entónces con unos cuarenta hombres entre muleteros y otros criados. Juntélos lo más pronto y mejor que pude. Tenia bastante provision de fusiles, pistolas y espadas. No me faltaba pólvora y municiones. Los armé, pues, á todos completamente. Púseme á su cabeza y recogí en el camino muchas criaturas del virey y algunos amigos de D. Juan. A éstos se acogieron algunos bien intencionados ó que temian ser robados, y los hubo tambien que trajeron sus criados. Con toda esta gente me fuí derecho á la plaza, y caimos, espada en mano, sobre aquella turba sediciosa.

Los que yo capitaneaba serian como unos doscientos hombres bien amados; y bien que hubiese algunos millares de sediciosos, apénas tenian armas de fuego ochenta de ellos, y los más sólo llevaban para ofender un garrote. Por tanto no nos fué dificultoso abrirnos paso hasta el palacio, adonde llegamos cabalmente cuando los amotinados se preparaban á pegar fuego á las puertas.

Allí fué donde encontramos mayor resistencia, y donde hubo algunos mosquetazos de ambas partes. Pero, finalmente, conseguimos desalojarlos porque les faltó la pólvora.

Acudieron oportunamente las gentes del virey, y con su socorro limpiamos brevemente la plaza. Tomamos algunos prisioneros. Fueron acusados los jefes de la sedicion, descubiertos y presos, y al dia siguiente se les formó la sumaria con tanta brevedad, que por la tarde se ahorcaron catorce.

Yo recibí dos fusilazos, uno en el hombro derecho y otro en el brazo izquierdo, además de una cuchillada en la cabeza. Esta fué la herida más peligrosa y que me tuvo más tiempo en cama.

Pronto supo el virey lo que yo habia hecho y lo que me habia sucedido. Conoció que me debia su salud, y por ventura la de todo el reino. Envióme dos hábiles cirujanos y su médico, con órden de no perdonar diligencia alguna para mi curacion, y de avisarle inmediatamente el estado de mis heridas; pero ya me encontraron entre las manos de un facultativo hábil, quien les dijo que mis heridas no eran mortales.

Al dia siguiente me visitó S. E.; pero como el cirujano le dijese que me seria provechoso no hablar y sosegarme, se contentó con saber cómo lo pasaba; y los dias siguientes envió á preguntar por mi salud dos veces cada dia.

Restablecida la pública tranquilidad, mandó el virey que con toda la diligencia posible saliese de Vera-Cruz una embarcacion para llevar pliegos á la corte. Daba cuenta de la sublevacion, y atribuia toda la culpa al arzobispo. El prelado, que no se descuidaba, habia ya encontrado medio de despachar otra embarcacion y en ella uno de sus más fieles criados, con órden de llegar á la corte ántes que las noticias del virey, á quien culpaba de sórdida avaricia y de insaciable ambicion; añadiendo, en términos fortísimos, que la opresion en que gemia el pueblo bajo su mando habia sido la única causa del amotinamiento.

En la relacion que hizo S. E. no dejó de hablar de mí con elogio, atribuyendo el pronto restablecimiento de la tranquilidad á mi valor y al oportuno socorro que le llevé; por lo cual me recomendaba mucho á S. M., quien se dignó acordarse de mí en su respuesta y me expidió título de noble.

Entretanto me iba yo recobrando por instantes. Así que el virey supo que me levantaba, me honró con segunda visita. Díjome cosas muy lisonjeras. ¡Cuán poco cuesta esto á los poderosos! Entre otras me dijo, que ojalá hubiera pensado tan sanamente como yo, cuando le dí con tanta franqueza mi dictá-

men. Concluyó rogándome encarecidamente, que viera yo en qué podia complacerme, para darme convincentes pruebas de lo agradecido que estaba al señalado servicio que le habia yo hecho.

Señor, le dije, ya que V. E. quiere agradecerme el haber cumplido con mi obligacion, y hecho lo que cualquiera fiel vasallo, me atreveré á suplicaros una gracia.— Yo os la concedo, repuso al instante el virey: no teneis más que hablar.— Es, señor, continué, el perdon y libertad de aquellos pobres desgraciados, condenados á prision perpétua por haber intentado quitarme la vida.

¡Generosa accion por cierto! exclamó el virey; pero ¿no podria suceder que fuese en daño vuestro, ó de algun otro, ó quizá perjudicial para los mismos por quienes os interesais tan noblemente? No sé qué diga de poner en libertad á unas gentes capaces de proyectar un asesinato. Cuidado, señor Scipion, que vuestra generosidad no llegue á costar la vida á algun hombre de bien con quien ellos se enemisten.

Espero, Sr. Excmo., repliqué, que su dilatada prision los habrá corregido. Y si V. E. juzga que he podido merecer alguna recompensa, no puede V. E. darme otra que más satisfaga mi corazon.

Está bien, dijo el virey: no debo volver atrás mi palabra: ya que así lo quereis, os enviaré su perdon para que los pongais en libertad cuando quisiéreis, á ménos que no mudeis de parecer: pensad bien en ello.

Cumplióme el virey efectivamente su palabra, de manera, que á los tres dias recibí su perdon total. Al instante envié á llamar al hermano mayor de Casablanca, advirtiéndole que tenia que hablarle de un asunto importantísimo para su familia. No poco le sorprendió un recado de mi parte; pero,

sin embargo, vino inmediatamente con el criado que le envié. Luego que estuvo en mi cuarto me habló en estos terminos: Lleno de rubor, señor Scipion, me pongo en vuestra presencia, despues de la abominable accion de mi hermano y de la grandeza de alma con que pedísteis su perdon, salvando á toda mi familia de la mayor infamia. Por más inocente que yo estuviera de su delito, no por eso el castigo hubiera manchado ménos á mí y á mis descendientes. Pero, señor, á pesar de la repugnancia que sentia á ponerme delante de vos, luego que recibí vuestro recado me puse en camino para tomar vuestras órdenes.

Nada tengo que ordenaros, le repuse; ya veis que mi estado no me permitia ir á buscaros, aunque esta era mi obligacion. Me disimulareis la libertad de haberos llamado para hablaros de un asunto que convencerá á vuestro infeliz hermano de que yo no merecia su odio ni su desprecio.

Naturalmente habreis sabido algo del alboroto que hubo dias pasados en esta ciudad.—Ciertamente que sí, interrumpió: todo el mundo alaba la parte que tuvísteis en el restablecimiento del sosiego público, y lo que hicísteis para desarmar á los sediciosos.—Entónces le conté cuanto acabo de referiros, y seguidamente le puse en la mano el perdon de su hermano.

El pobre hombre no se atrevia á dar crédito á sus ojos. Mantúvose algun tiempo como arrobado, y despues me dijo: Señor, fáltanme las palabras para agradeceros tan inaudita generosidad. ¿A qué es cansarme? cuanto yo dijere será sumamente inferior á vuestro merecimiento.

Pasados algunos más cumplimientos de esta naturaleza, salió, penetrado de gratitud el corazon, para ir á llevar tan buenas nuevas á su hermano y á sus camaradas, que en nada ménos pensarian que en su libertad.

Al dia siguiente volvió á mi casa el hermano mayor para

cumplimentarme y darme gracias de parte de aquellos jóvenes, quienes me aseguró que estaban arrepentidísimos y que me pedian licencia para visitarme.

Le pregunté si habian ido ya á rendir sus respetos al virey y á darle gracias. Me respondió que habian ido á palacio con ese fin; pero que su Excelencia no habia querido verlos sin que hubiesen ántes mostrado su agradecimiento al señor Scipion, á quien únicamente eran deudores de su libertad.

Díjele, pues, que tendria mucho gusto en abrazarlos y en acompañarlos á palacio; pero con las condiciones de que se olvidarian de todo rencor, de que mirarian por sí propios, no dando jamás al virey motivo para arrepentirse de su clemencia, y de que, en lo venidero, vivirian más arregladamente.

Visitáronme efectivamente por la tarde. Iban á deshacerse en agradecimientos, cuando yo los atajé diciéndoles: que si ciertamente creian deberme algo, y querian complacerme, lo conseguirian dando de mano á unas expresiones que me desagradaban. Fuí con ellos á presentarme al virey, y este señor los reprendió severísimamente y dió consejos saludables.

Sucedido esto, me dí prisa á ordenar mis negocios. Reduje todos mis fondos, en cuanto me fué posible, á dinero. Tomé géneros del país y los envié á España, con órden á mi correspondiente de no enviarme cosa alguna más á América. Fuíme deshaciendo poco á poco de mis mulos; Agustin compró hasta cincuenta, á nueve meses de crédito, y me los pagó á plazos puntualmente.

Miéntras me disponia para volver á Europa, tuve el disgusto de ver morir á uno de mis buenos amigos. Llamábase D. Ricardo Riza. Era un hombre honradísimo, que me habia acreditado mucha amistad desde mi establecimiento en Méjico.

Tenia una bella hacienda á tres leguas de la ciudad; y como

era de natural sobradamente generoso, no era la economía su pasion dominante. Jamás pensó en arreglar sus cosas y siempre en gastar. Por último, se vió reducido á empeñar su hacienda, por veinte mil pesos, á un comerciante de Méjico, quien, andando el tiempo, dejó acumular los intereses para procurar apropiársela al precio que él quisiera; cosa que causó mucho sentimiento á D. Ricardo.

Noté que estaba inquieto, y como le trataba familiarmente, le pregunté el motivo, y le ofrecí cuanto de mí dependiera, en caso de poder contribuir al sosiego de su ánimo. Abrióme su corazon, hizóme ver el desórden de sus negocios, y que aquello le quitaba la tranquilidad y la salud. Entónces le suministré todo el dinero necesario para satisfacer á su acreedor, y me precisó á tomar, para seguridad mia, la prenda que tenia el otro, conociendo bien que yo no abusaria de ella.

Esto pasó cerca de cuatro años ántes de su muerte, y en todo este tiempo no me habia pagado un maravedí de los intereses. Dejó al morir cuatro hijas, entre las cuales quiso que se repartieran igualmente sus bienes, pagadas primeramente sus deudas.

Cuando murió me enviaron á llamar sus hijas; y como habia yo sido tan íntimo amigo de su padre, no quise negarlas mi asistencia para componer sus negocios.

Envié á llamar á los acreedores y les pagué á todos, recogiendo sus recibos. Deberia, en diferentes partidas, como unos cuatro mil pesos. Hecho esto, persuadí á las hijas de mi amigo que les convenia vender la hacienda, á lo que se conformaron gustosas, por verse libres de todo embarazo.

Presentáronse muchos compradores, pero ninguno ofreció arriba de sesenta mil duros; y no era factible que las hijas del difunto prestasen la mano á vender la hacienda con pérdida tan

considerable. Sabia yo muy bien que valia veinte mil más; y así me determiné á comprársela por ochenta mil duros, de que deduje lo que se me debia. Dicha hacienda se hallaba entónces en buen estado y bien situada; y es la que destino para mi buen amigo el señor D. Alfonso Blas, juntamente con mi casa de Méjico, que heredé del obispo.

Todos mis negocios estaban zanjados á la llegada de la flota, á cuyo bordo vino un nuevo virey, con comisarios enviados por la corte para tomar informaciones sobre el pasado amotinamiento. Yo habia conseguido plenamente mi gran fin, que fué enriquecerme mucho. Despedíme de todos mis amigos y partí para Vera-Cruz, donde me embarqué en el primer navío que encontré á punto de hacerse á la vela para Europa. Tuvimos, por la gracia de Dios, tan favorable viento, que el trayecto fué felicísimo, y en tres semanas llegamos á Cádiz con la mejor salud.

Ved aquí, señores, una relacion fiel de mi viaje á América. Temo que haya sido harto larga y que más bien os haya cansado que entretenido; pero os suplico que os acordeis de que lo hice por pura obediencia.

Todos le dieron repetidas gracias y le aseguraron que habian oido con grande complacencia la narracion de sus aventuras.



LIBRO TERCERO

CAPITULO I.

Cae enfermo D. Sancho. Causa y consecuencias de su enfermedad.



La condesa y su hija, con el modo más agasajador y cariñoso que cabe, convidaron á todos los concurrentes á que fueran á pasar una parte del verano en sus haciendas. Luego que partieron, quedó mi hermano pensativo, y poco á poco fué cayendo en una melancolía profunda. Procuraba estar solo: no se acordaba de la caza, ni de la pesca, y se le volvieron insípidos todos los demás placeres. Hablaba poco, huia de todo trato, y por último perdió el apetito. Nin-

guno de nosotros dejó de conocer aquella alteracion; pero como no quiso confesar á nadie el motivo de su melancolía ni tampoco pudo conocérselo un médico que llamó mi madre, se le apoderó insensiblemente el mal, de tal manera, que en ménos de quince dias se vió precisado á guardar cama. Por más que se le representó el amor que nuestros padres le tenian y la pena que su enfermedad les causaba, y por más que D. Alfonso se valió de la amistad que le profesaba, todo fué inútil; no pudo conseguirse que descubriera la causa de su enfermedad. Mas al fin, la sagacidad de mi generoso patron lo alcanzó. Un dia que estaba junto á su cama con mi madre, dijo, entre otras cosas, que si la enfermedad de su amigo Sancho continuaba, le privaria del gusto de llevarnos á las haciendas de Jimenez para pasar allí algunos dias con la condesa.

Reparó que al oir esto mi hermano mudó de color, se le avivaron los ojos, ántes lánguidos y abatidos, se incorporó sobre la cama, y dijo, que si su indisposicion hubiese de privar al señor Don Alfonso de cualquiera complacencia, el pesar mismo le seria todavía más dañoso que la enfermedad, pero que esperaba poder dejar la cama y hacer como los otros.

Así lo deseo, repuso D. Alfonso, y confio en que así será: animaos ahora, recobrad vuestra primera alegría, y estad seguro de que luego que podais viajar, la mudanza de aires acabará de curaros.—Avisaron entónces que la comida estaba pronta, y le dejamos con un criado viejo que le asistia.

Luego que salimos, dijo D. Alfonso á mi madre que no tuviese cuidado de la enfermedad de su hijo, pues, conocida una vez la causa, seria fácil hallar el remedio.

Esa es la dificultad, replicó mi madre: ahí es donde los médicos pierden el tino.

Pues, señora, repuso D. Alfonso, apuesto á que yo he dado

en ella: vuestro hijo está enamorado; pero réstanos saber si es de la condesa ó de su hija, cosa que no será dificultoso averiguar.

Entónces declaró en qué fundaba su conjetura, y todos la tuvieron por muy fundada.

Tú, Alfonso, continuó, procura acabar el descubrimiento y ver si mi conjetura es justa; pero me temo que lo sea, y es cosa que siento mucho. La condesita es un partido de treinta mil ducados de renta, y su madre delicadísima en la eleccion de yerno, porque en su familia jamás se ha tolerado lo más mínimo en esto de alianzas. Pero si precisamente es el amor quien causa los males de nuestro amigo, será necesario lisonjear en algun modo su pasion con alguna ligera esperanza; pues si en lo sucesivo se viere que no hay que tener ninguna, ya entónces la razon y el tiempo podrán curarlo de su pasion.

Continuó haciéndonos relacion de la familia de la señorita, tal cual yo lo he referido. Y acabada la comida pasamos á otro cuarto á tomar café; pero mi padre se fué con D. Scipion á dar un paseo por el jardin, y no volvieron hasta que ya iban á ponerse á jugar al *hombre*.

Sentados ya á jugar, aparté á mi padre hácia el hueco de una ventana y le conté lo que D. Alfonso habia opinado sobre la enfermedad de mi hermano y las razones en que apoyaba sus conjeturas.

Está bien, dijo mi padre: ven conmigo, le haremos una visita, y procuraremos tratar más de intento este negocio.

Animo, hijo mio Sancho, dijo mi padre acercándose á la cama del enfermo. Nunca hubiera creido que te abatiera tanto un malecillo de monada. A tu edad habias de tener más resistencia.

Yo recelo, padre mio, añadí, que el médico que le cura no es

del sexo conveniente para restablecerlo á su primera salud. O me engaño mucho, ó hay en la vecindad de Játiva alguna buena cara que lo curaria mejor que cuantos remedios encierra la la Medicina.

¿Seria esto verdad, Sancho? le preguntó mi padre sonriéndose.—Me han educado, respondió, con tan escrupuloso respeto á la verdad, que no puedo ménos de confesaros, padre mio, que mi hermano no se engaña. Los bellos ojos de la condesita Jimenez me han herido tanto más cruelmente, cuanto mayor es la dificultad de remover los obstáculos que se oponen á mis deseos. La disparidad es tan grande (y sea dicho sin ofenderos) entre su casa y la nuestra, que no veo la menor apariencia de poder nunca poseer tan precioso tesoro, y la pasion que me ha despertado es tan fuerte, que no ha de poder superarla esfuerzo alguno de mi razon.

Pues yo, imterrumpió mi padre, tengo mejores esperanzas que tú, y no creo tan dificultosa como te lo imaginas la remocion de todos esos obstáculos. Por poco que se ahonde en el origen de las familias, áun de las más ilustres, se encuentra sobrado con que humillar su necio orgullo; y lo seguro es que la virtud constituye la verdadera nobleza.

Eso está bien, señor, repuso mi hermano; ¿pero acaso se guia siempre el mundo por la razon? La posteridad de los grandes hombres, no tanto funda su orgullo sobre sus virtudes, cuanto sobre los pomposos títulos heredados. Poquísimos se ven que amen con preferencia la virtud; y se ven muchos ensoberbecidos por el humo de un título vano. Un hombre de mérito, de nacimiento bajo, está siempre expuesto, entre los nobles, á ceder á un fatuo, ó á un pícaro que cuente una larga série de antepasados revestido de dignidades y títulos. Y fuera de esto, señor, yo me veo distantísimo de poderme aplicar el paralelo:

porque en fin, ¿de qué especie de mérito me puedo glorificar?

¡Confiia, vuelvo á decirte, prosiguió mi padre: procura animarte, y cuenta sobre mi palabra, que los impedimentos se desvanecerán; y si no hubiere mayores dificultades que superar, bien puedes ya mirarte como yerno de la condesa. No quiero decirte más; y piensa únicamente en tu salud, que una vez restablecido verás que lo que te digo no es una quimera. A veces lo que parece imposible á unos es facilísimo para otros.

Ya sabes, añadí, hermano mio, cuánta es la probidad de nuestro padre; conque así, no dudes un instante del cumplimiento de su palabra. Persuadido estoy á que no te haria una promesa en términos tan positivos si no tuviese seguridad de cumplirla.

Con tal que su demasiada ternura no le engañe, replicó Sancho, y que le presente posible lo que... No, no, interrumpió mi padre: te hablo con muchísimo fudamento. Sosiégate y descansa sobre mis conocimientos, sobre mis experiencias, y en especial sobre mi veracidad. Luego que te halles en estado de caminar, iremos á hacer una visita á la condesa, y me atrevo á asegurarte que vendrá gustosa en darte su hija. Mañana iré á dar una vuelta á Liria, y volveré dentro de dos ó tres dias; y si á mi regreso te hallares capaz de bajar la escalera, podré entónces sorprenderte, convencerte y llenarte de júbilo. Verdad es que nada ménos era menester que el estado en que te miro, para revelar un secreto, á nadie descubierto hasta ahora, ni áun á vuestra madre... Pero, hijo mio, recelo que te haga mal el hablar mucho. Alfonso y yo jugaremos una partida á los cientos, y con eso te divertirás algo.

Pusímonos en efecto á jugar; pero jugué distraidísimo, y tan preocupado con las esperanzas que mi padre habia dado á mi hermano, que solia tomar una carta por otra. Mis equivocacio-

nes divirtieron mucho á Sancho, quien desde entónces nos pareció ya muy otro. Tanto le habia alentado el discurso de mi padre.

Jugamos hasta que encendieron luces. Mi padre exhortó á Sancho á tener buen ánimo, y nos despedimos. Dijo mi padre al señor D. Alfonso, que mi hermano le habia confesado estar enamorado de la condesita, y que habia adivinado bien la causa del mal que molestaba á mi hermano. Añadió, que le habia prometido contentarlo, y que para facilitar el cumplimiento de la promesa, partiria para Liria al dia siguiente. Suplicó á todos los concurrentes que le oian admirados, que suspendiesen su curiosidad hasta su vuelta; que no estaria fuera más que dos ó tres dias, y que entónces enteraria á todos del motivo de su viaje.

No tardaron en servir la cena. Pasóse lo restante de la noche hablando de asuntos varios, y luego cada cual se retiró á su cuarto.

Al dia siguiente partió mi padre, y no estuvo fuera más que tres dias, como lo habia dicho. Llegó cuando íbamos á sentarnos para cenar.

Le felicitaron sobre su pronto y feliz regreso, hablaron de cosas indiferentes miéntras la cena; y ya quitados los manteles y retirada la familia, dijo mi padre, que ántes de entrar en la sala de comer habia subido á visitar al conde de Jimenez, á quien habia encontrado tan restablecido, que contaba con que podria salir de su cuarto al otro dia.

Sonrióse D. Alfonso de oir que mi padre daba á mi hermano el título de conde de Jimenez.—Yo quisiera, dijo, que mi amigo Sancho estuviera tan seguro de ese título como yo lo estoy de que lo merece.

No estamos tan fuera, replicó mi padre, del tiempo de los

milagros, como pensais.—Pues no seria un gran prodigio, repuso doña Serafina, porque la condesita debe heredar el título juntamente con los bienes. Sancho es jóven, buen mozo, bien educado, de buen genio, y no le falta ingenio ni bellos modales. ¿Qué milagro, pues, que una dama de discernimiento hiciese justicia al mérito de un hombre así?

Pero, señora, interrumpió mi padre, hay además habérseme asegurado que la rama masculina de Jimenez no está totalmente extinguida, y en tal caso, aunque la condesita tenga derecho á los bienes, no lo tendra al título.

Pues noticia es esa, replicó mi patron, que me ha parado un poco; porque oí decir á D. Lorenzo Velasco, que es uno de los fidei-comisarios, como heredero de su abuelo, que miéntras la rama masculina de los Jimenez no se extinga no pueden las mujeres heredar la hacienda, la cual está pensionada en una suma de 200.000 ducados, para repartir entre las hijas, segun el número que hubiere... Pero decidme, por Dios, ¿de dónde teneis esa noticia?

Mañana, respondió mi padre, vereis aquí al conde de Jimenez, porque habeis de saber que he traido conmigo las pruebas auténticas de su genealogía. Y es tan íntimo amigo de mi hijo, que por contribuir al restablecimiento de su salud renunciará gustoso, en su favor y en el de la condesita, á todos los derechos que pudieren tener, así al título como á los bienes, en caso de que la madre quiera recibir á Sancho por yerno. Por cierto que es un rasgo de amistad rarísimo, y que será poco imitado, dijo Don Juan de Juntella. Pues una razon hay que disminuirá vuestra admiracion cuando la supiéreis, replicó mi padre; pero todavía hay otra condicion en el caso, y esta os toca, la cual es que el amigo quiere que para el ventajoso establecimiento de Sancho transfirais al segundo los bienes que destinais al primero.

Si no hay, repuso D. Juan, más estorbo que ese para retardar la felicidad de D. Sancho, pronto logrará cuanto apetece.

Ya estais, pues, enterado del motivo de mi viaje, continuó mi padre: mañana se hallará aquí el conde con dos abogados para confirmar cuanto ha prometido.

Yo estaba verdaderamente complacido de las satisfacciones de mi hermano; y tanto que apénas me movia los provechos que me resultaban con la herencia de mi tio, en caso de que muriese sin sucesion.

Las damas particularmente estaban impacientísimas de ver al conde; y preguntaban á cual más podia.—¿Dónde se ha mantenido oculto tanto tiempo? decia una. ¿Por qué no ha hecho valer sus derechos sobre el título y los bienes? saltaba otra. ¿Dónde lo habeis visto? preguntaban á mi padre todas juntas. ¿Cómo lo habeis hallado? ¿cuánto há que lo conoceis? ¿dónde vive? ¿qué especie de hombre es? ¿tiene buena persona? ¿está bien educado? y qué sé yo cuantas más preguntas, de que no me acuerdo.—Mi padre estuvo escuchando hasta que acabaron de preguntarle, y despues respondió: que satisfaria menudamente á todas las preguntas; pero que rogaba á todos aguardasen hasta el dia siguiente, con lo cual se mudó de conversacion

Luego que los ví metidos en otras materias, me escurrí para ir á ver á mi hermano, porque tenia vivos deseos de noticiarle cuanto acababa de oir. Fuí derechamente á su cuarto, y se lo conté todo, todo, hasta la circunstancia menor.

Abrazóme estrechamente diciéndome, que le habia dado la vida; pero, continuó, no puedo dar en quién sea este conde, ni de dónde venga. ¿Cómo lo ha conocido nuestro padre? porque ello es que nunca le he oido hablar de tal conde de Jimenez; y crece la admiracion cuando se reflexiona que es preciso que su trato sea frecuente y su amistad íntima, segun se deduce

de tan generosas ofertas; pero tengamos paciencia hasta que el dia de mañana nos revele el misterio.—Conociendo yo que tenia gana de descansar me retiré.

A la mañana siguiente, el primero que entró en la sala de comer fué mi hermano, quien, aunque débil, manifestaba mucha alegría en el semblante. Así que nos saludamos, me dijo que nuestro padre habia sido el mejor médico.—No tanto como te parece, le repliqué, pues D. Alfonso fué el descubridor de la causa de tu mal; bien que nuestro padre haya sido el curandero.

En verdad, hermano mio, dijo Sancho, que no pasa dia que no debamos algun nuevo beneficio á este señor. Nada deseo tanto como que cualquiera de nosotros dos tenga ocasion de hacerle algun señalado servicio, y de probarle que nó siempre es la sangre la que dicta el agradecimiento, y que la virtud suele tener tantos atractivos para los de mediana clase como para los de más elevada cuna.

Ya veremos que no tardaron en cumplirse estos deseos, porque sobrevino un negocio en que mi hermano mostró no ménos presencia de espíritu que afecto al señor D. Alfonso, nuestro generoso patron.

Hablando como estabámos, oimos un confuso ruido en la antecámara. Al salir para saber lo que era, vimos una mujer, al parecer muerta, y cubierta de sangre, que traian los criados de Don Alfonso.

Preguntamos al instante quién era y quién la habia puesto de aquel modo.—Díjonos un palafrenero, que aquella mujer, perseguida por un hombre con la espada desnuda, se habia refugiado en la caballeriza, clamando por socorro; que allí cayó desmayada; que detuvieron al asesino, que dijo ser su marido; que este les habia contado, que halló á su mujer entre los brazos de un jóven á quien amorosamente abrazaba; que á tal

vista, le cegó la cólera de manera que mató de una estocada al infame adúltero; y que hubiera hecho otro tanto con su mala mujer, si no la hubiera prestado alas el miedo y buscado asilo en la casa del conde.

Mandé que metieran en un cuarto á la mujer y que la desnudasen las criadas, para ver dónde estaba herida. Despaché á toda prisa un lacayo para que trajese un cirujano de Valencia; y envié al mismo tiempo á la casa de aquel hombre á saber si el jóven que se daba por muerto tenia alguna esperanza de vida, para suministrarle algun socorro. Dijéronme que el matador subsistia en el lugar, y que su casa no distaba cien pasos de las tapias del jardin de Leyva.

Todo cuanto mandé se puso por obra. La mujer volvió en sí, y aunque tan ensangretada no tenia herida alguna. Encontraron al jóven todavía vivo, tendido en tierra y anegado en su sangre. Llamados algunos vecinos por las gentes de D. Alfonso registraron al herido y le hallaron una estocada que lo pasaba de parte á parte. Procuraron lo mejor que pudieron estancar la sangre, vendaron las heridas y lo pusieron en la cama.

Luego que D. Alfonso y las damas supieron que la mujer habia vuelto en sí, bajaron á verla, por haberles asegurado que no estaba herida. Mandaron que la pusiera en una cama: sangróla un criado de la casa, que sabia sangrar, y la dejaron sola con una criada para que descansara.

Como estaba cerca de la sala que habitábamos, la oíamos gritar cual desesperada: *¡ Ay hijo mio! ¡Ay mi pobre hijo! ¡Ah padre bárbaro! ¡Ah hombre violento! ¡Ah inhumano padre! ¡Ay desgraciada de mí! ¡Que no muriera yo al instante! ¡Ay hijo de mis entrañas!* Habia mandado D. Alfonso que le trajeran al matador. Luego que alcanzó á verlo, le preguntó el motivo de una accion tan bárbara.

El motivo, respondió, es una afrenta: una afrenta tan sensible, que sólo un vil la sufre sin lavar su mancha en la sangre del ofensor.

Hecho este escandaloso preámbulo, dijo que era soldado de la guarnicion de Valencia, y que, habiendo ido á visitar á su mujer al lugar del conde, la habia encontrado entre los brazos de un mozo á quien acariciaba.

Mandó D. Alfonso que lo aseguraran hasta que la justicia se entregase de él. El corregidor de Valencia envió unos alguaciles á buscarlo y lo metieron en la cárcel.

A poco despues llegó el cirujano, pero ya habia espirado el jóven.

Algo recobrada ya la mujer de su primer espanto, fueron las damas á verla. Ella les dijo, que habia treinta años que estaba casada, y sólo tenido un hijo de su marido infeliz: que á la edad de quince años fué su hijo con los galeones á Vera-Cruz; y que viendo que no le iba mal en América, se habia quedado allí; que, despues de catorce años de permanencia, habia regresado con la flota para visitar á sus padres y socorrerlos; y que en recompensa de su amor filial habia encontrado la muerte entre los brazos de su madre, siendo su mismo padre el matador.

Todos se condolieron de aquella pobre mujer: todos se lastimaron de su dolor; pero nada bastó á consolarla. Tan grande era su pena, que no podia tomar alimento alguno; y fué por grados cayendo en una melancolía que acabó en delirio. Estuvo dos dias y una noche llamando continuamente á su marido y á su hijo, hasta que murió despechada al principio de la segunda noche. El desventurado padre supo en la prision lo restante de su desgracias. Degeneró su dolor en una especie de frenesí, de tal suerte que se machucó la cabeza contra una pared del calabozo, terminando sus desdichas con su muerte.

Encontraron al jóven una cajita en que habia perlas y esmeraldas, que se valuaron en diez mil pesos; y además en la faltriquera siete doblones en oro, y alguna plata en duros y pesetas.

D. Alfonso lo recogió todo, y lo entregó escrupulosamente á los parientes más cercanos de aquellos pobres infelices.

CAPITULO II.

Que podrá leerse, ó pasarse en claro.

Por este accidente no pudo mi padre satisfacer á las preguntas que le hicieron las damas la noche ántes; pero apénas acabaron de comer cuando la condesa le reconvino con el cumplimiento de su palabra para satisfacer su curiosidad. Por consiguiente le preguntó si pensaba ver en aquel mismo dia en Leiva al conde de Jimenez.

Respondióla mi padre que siempre lo encontraria dispuesto á obedecer sus órdenes, y que en cuanto al conde, tenia seguridad de que lograria el honor de cenar en su compañía aquella misma noche, á ménos de que no se lo impidiera algun grave inopinado accidente.

Tengo suma curiosidad de conocerle, recargó la condesa, porque la oferta generosa de dar una hacienda tan considerable me parece un acto de amistad, no sólo raro, sino áun maravilloso; además de que el no haber tomado hasta ahora ese señor el título, denota mucho desasimiento del mundo.

Por ventura, añadió mi tia, habrá profesado el conde en algun órden religioso, y en tal caso nada hay de raro en su desinterés.

El conde de Jimenez, continuó mi padre, conoce muy bien el mundo: ha experimentado que no hay más que vaciedad y humo en lo que llaman placeres de la vida: sabe cuán poca cosa es la confianza puesta en los hombres, y que el sabio ni áun fia en los príncipes y grandes de la tierra: aprecia como meras gesticulaciones los respetos y cumplimientos que se lé tributan, y se rie de los vanos títulos que no aumentan un grano de mérito verdadero al que los ostenta: el mismo conde os dirá que la vida del mundo pasa como un soplo y que se goza como cosa prestada: que es necesario ser muy loco é imprudente para hacerla el más importante objeto del cuidado; y que es tanta la vicisitud de las cosas mundanas, que el hombre que, á los inseparables embarazos de la vida humana añade los cuidados de una familia y los de adquirir fama y eternizar su nombre, como dicen, deberia ser metido en una jaula; pues sabemos por la historia, que los más poderosos imperios y las más grandes monarquías, sólo tuvieron un tiempo, y á nosotros no ha llegado más que un nombre vano, para mostrarnos únicamente cuánta locura y necedad se encierra en fundarse sobre una fantasma de política ó de poder humano. ¿Dónde están, podrá preguntaros el conde, aquellos dominadores del universo, aquellos romanos altivos, cuya ambicion no conoció ótros límites que los del mundo? Pero, sin salir de nuestra patria, ¿no vemos que una batalla sola puso en poder de los moros la monarquía que fué de los godos por más de doscientos y noventa y siete años? Más: una sola batalla dada en el año de 711 extinguió hasta el nombre de los godos, pues desde entónces no quedó una provincia bajo su nombre: de manera, que aquella nacion, ántes tan famosa en Oriente y Occidente, aquella que venció al gran Cyro y subyugó toda el Asia, que sometió tantos reinos poderosos, hizo frente á Alejandro el Grande, desoló el

país que habia conquistado y aprisionó al rey su sucesor (1); aquella nacion, digo, que pisó la majestad del imperio romano, venció emperadores, generales famosos y ejércitos enteros, que subyugó tantas ciudades en Italia, saqueó á Roma, capital del imperio, y se apoderó de tantas bellas provincias de Occidente, donde reinó por tanto tiempo con equidad y valor: aquella nacion valiente, vuelvo á decir, quedó en un solo dia exterminada, sin libertar de la derrota más que la memoria de un gran nombre.

Por lo tocante al nacimiento os dirá tambien, que como es un efecto de la casualidad y no del mérito, ni puede honrar al hombre malo, bien nacido, ni envilecer al hombre de mérito de estado humilde.

En cuanto á los títulos, no conoce el conde otro más bello que el de buen cristiano, porque éste hace dichoso al que verdaderamente lo merece, cosa que no pueden verificar las dignidades más relevantes que conocemos.

Y, en una palabra, tiene el conde de Jimenez por más grande conquistador al que vence sus pasiones que al que asola imperios. Toda su ambicion se ciñe ahora á vivir como criatura racional, esto es, á despreciar todo lo que es pasajero y prestado y á no pensar más que en asegurarse lo permanente y sólido.

Nos habeis hecho, le dijo D. Alfonso, el retrato de un verdadero filósofo cristiano: con dificultad se encontraria su semejante.

Pues, con todo, prosiguió mi padre, el conde confiesa que debe á vuestro ejemplo la vergüenza de sus vanidades, y que, con él, ha podido vencer sus pasiones y dominar sus flaquezas. Admira mucho al Sr. D. Alfonso, lo ama, y procura

(1) Era Lisímaco.

imitarlo. Creo, señoras, continuó, que lo dicho puede satisfacer á las más de las preguntas que me habeis hecho, y me persuado tambien á que, diciéndoos que há cerca de doce años que descubrí en Madrid al conde de Jimenez, habré contentado totalmente vuestra curiosidad.

Casi me haríais creer que lo conozco, dijo D. Alfonso, oidas las buenas ausencias que tengo de parte suya.

Aun os diré más, añadió mi padre, y es que lo honrais con vuestra amistad, distincion que aprecia él sobre todas las distinciones del mundo. Pero, por acabar de satisfaceros, voy á mostraros su genealogía. Entónces desarrolló un lio de pergamino viejo, donde estaba. Daba principio quinientos diez y seis años ántes del nacimiento del Salvador del mundo, cuando los cartagineses fueron llamados al socorro de los genízaros, estrechados por los pueblos de la Andalucía, conocida entónces bajo el nombre de Bética, los cuales desembarcaron en España bajo las órdenenes de Maherbal. Dicho árbol genealógico empezaba en un cierto Baucio Capeto, cuyo hijo mayor fué llamado el Siciliano. El hijo de éste se llamó Ramiro, que fué otro Maherbal á la cabeza de los españoles.—Pasamos ligeramente la vista sobre estos antiguos nombres, cuya serie nos llevó, en línea recta, hasta D. García, señor de Jimenez, muerto en la batalla contra los moros, año 1340. En dicha batalla, los españoles y los portugueses, con sólo ciento cuarenta mil caballos y veinticinco mil infantes, acometieron á los moros (en número de sesenta mil caballos y trescientos mil infantes), les ganaron una victoria completa, dejaron trescientos mil sobre el campo de batalla, apresaron cuatro mujeres y tres hijos del rey moro, y tomaron tesoros inmensos, así en oro como en plata y otros efectos.

Este D. Garcia dejó un hijo que fué llamado Manuel, conde

de Jimenez, cuya descendencia vemos puntualmente seguida hasta D. Enrique, nieto de otro D. Enrique que nació en el año de 1574.

Ahora podemos pasar, dijo mi padre, á la rama colateral; pues, aunque la línea directa no pase más allá, sabeis, no obstante, que se ha continuado aquella hasta la muerte del último conde, que murió sin hijos, habrá poco más de cinco años. Para ello hemos de retroceder hasta D. Enrique.—Entónces nos pusimos á examinar más escrupulosamente el árbol genealógico, atendiendo con el mayor cuidado á la explicacion de mi padre. Pero ¿cuánto fué el pasmo de toda la concurrencia, cuando vieron y tocaron que el conde de Jimenez (continuacion de una casa tan antigua é ilustre) era Gil Blas, aquel que entónces habia sido mirado con cierta especie de menosprecio, por la aparente bajeza de su orígen? D. Alfonso se alegró sincerísimamente. Mi madre y mi tio no sabian dónde estaban de gozo. Y mi hermano y yo estábamos trasportados de un modo que no cabe en la explicaciou.

Aun no es esto todo, dijo mi padre, despues de apurados de una y otra parte los cumplimientos y enhorabuenas. Quiero ahora instruiros de cómo vino á mis manos esta genealogía, para que no la creais hecha á placer. Digo, pues, que está debidamente verificada por los registros de las parroquias y por los iítulos más aunténticos de la cámara de los heraldos de Vizcaya y de Madrid.

Tambien hay aquí, en la misma cajita, ciertos títulos viejos que nunca me puse á examinar, miéntras hubo un heredero descendiente por línea recta. Y áun pienso dejarlos hasta la llegada de dos abogados, que confio me permitireis detener aquí, hasta tanto que visto lo que esto es, nos enteren de todo.

Díjole D. Alfonso, que así podia mandar en Leiva como en

Liria. Agradecióselo mi padre con una profunda reverencia, y luego continuó así: bien podeis acordaros, amado patron mio, que habrá una docena de años que fuí á Madrid para solicitar el canje de D. Lope de Córdoba, quien, hecho prisionero de guerra en la jornada de San-Venant, fué llevado á Francia. Como este caballero era pariente vuestro, procedí tan celoso, que al cabo conseguí que un coronel francés, hecho tambien prisionero en San Guilain, cuando esta plaza fué tomada por D. Juan de Austria, quedase libre sobre su palabra, á condicion que D. Lope seria canjeado por él, luego que llegase á Francia, ó que si nó volveria á España á constituirse prisionero.

Cierto dia que iba yo á la secretaría de Guerra, una persona hizo señas á mi cochero para que parase, y se vino derecha á mí.

Si no me engaño, señor, me dijo aquel extranjero, sois Don Gil Blas. No os engañais, le respondí, porque soy el mismo: pues, señor, continuó, dadme hora en que pueda veros con libertad, sin que nadie nos interrumpa. Tengo que comunicaros cosas que celebrareis mucho saber; y además, tengo algualgunos papeles, que tambien podré entregaros; pues la reputacion que ahora gozais me hace creible que no sois aquel vano impertinente hombre de fortuna que érais la última vez que os ví en esta villa, cuando os favorecia tanto el duque de Lerma. ¿Dónde vivís?

No dejó de darme que hacer la desvergüenza del aquel hombre, que en lo sustancial no retrataba malamente lo que yo habia sido. Trabajé mucho con la imaginacion para reconocerle; mas no pude.

Miéntras lo examinaba atentísimamente, volvió á preguntarme, con harta sequedad, dónde vivia. Díjeselo, y tambien que fuese á verme á la mañana siguiente, pues para mayor precaucion daria órden en mi casa que dijesen á cuantos me busca-

sen, que yo no estaba en ella: pero le pedí al mismo tiempo que me dijese su nombre, para que mis criados supiesen que él era el único para quien estaba yo visible.

Me llamo, respondió, Bernardo Moscada: soy el hijo del tendero de Oviedo, no faltaré mañana á ir á veros; y dicho esto, echó á andar sin aguardar más respuesta.

Entónces me acordé de que le habia dado sobradas razones para pintar tan naturalmente al señor favorecido del duque de Lerma; pues en aquellos tiempos tuvo valor para decirme cara á cara algunas verdades, y yo la bondad de agarrarle por el brazo, y eharlo fuera de mi casa, con prohibicion de volver á ella.

Al dia siguiente, muy temprano, me anunciaron al señor Moscada. Mandé que le diesen entrada, y para reparar en algun modo mi antigua descortesía, le salí á recibir hasta la mitad de la escalera, le hice pasar adelante, le presenté una silla comodísima, mandé que nos trajesen chocolate, y encargué seriamente que no nos interrumpiera persona alguna.

Luego que estuvimos sólos, dió principio el señor Moscada á su discurso en estos términos: he venido, señor D. Gil Blas (os hablo así porque sé que el rey, dueño absoluto de las gracias y de los títulos, os ha condecorado con el Don que ciertamente no os hubiera concedido á haberos conocido bien), he venido, vuelvo á decir, para noticiaros á vos mismo quién sois.

Confieso que semejante principio me desagradó. Procuré pasar revista á mi vida de algunos años á aquella parte para ver si se me habrian escapado algunas señales de la vanidad, que tanto me embriagó en los años primeros de mi privanza.

Aunque nada tuve que reprenderme sobre este punto, al fin me resolví á dar campo libre á aquel *cínico*, pues como tal lo miraba, y á oirle pacientemente, para mortificar así su malicia, ó su mala intencion, en caso de que hubiese venido, segun yo

lo creia, á insultarme. Respondíle, pues, con gran sosiego: que si la instruccion que iba á darme procedia de buena voluntad, no podria negarle mi amistad y agradecimiento: que si era algun resto de encono por el modo descortés y grosero con que en otro tiempo le traté, le escucharia con mayor conformidad y paciencia, pues dí verdaderamente motivo para todo: y que, finalmente, si era por desprecio, por envidia, ó por efecto de su vanidad, estaba preparado á disculparlo y á reirme; y que así, aunque no tenia gran necesidad de sus instrucciones, podia continuar en el mismo tono que habia empezado, sin temor de que yo le interrumpiese.

Vos mismo, prosiguió, juzgareis por mi discurso del motivo que me ha traido á vuestra casa.—Cuando vuestro padre fué llevado á Oviedo, tendria á lo más unos doce años. Habíanlo sacado de la casa de huérfanos de San Sebastian, adonde fué enviado desde la de Estella; y el que le sacó de ésta era un chalan de caballos.

Mi abuelo supo esto por el mismo chalan, que era de nuestro pueblo y amigo de nuestra familia. Vuestro padre sirvió de domador y palafrenero, y estuvo con su amo el chalan hasta la edad de veinte años. Es menester que sepais, aunque quizá lo sabreis tambien como yo, que cuando se recibe un huérfano en cualquiera de estas casas se le da desde luego un apellido. Los directores de la de Estella dieron á vuestro padre el de Blas, que es el que ha dejado. Pero por no separarme de mi asunto, vuestro padre sentó plaza y fué enviado á Flándes, donde estuvo siete años en el regimiento del príncipe de Parma Alejandro Farnesio, que mandaba en aquel país.

Quiso el Rey, en dicho tiempo, castigar á los aragoneses, por la evasion de Antonio Perez, quien (habiendo sido favorecido, secretario de Estado y primer ministro) cayó en desgracia del

rey, y fué puesto en una prision, de la que se escapó, y se retiró á Aragon, donde volvieron á prenderle. Envióse, pues, para castigar á los aragoneses, un cuerpo de tropas mandado por Don Alfonso de Vargas. Vuestro padre fué de aquel número; y como verosímilmente cumplió bien con sus obligaciones, luego que quedó aquel reino reducido al más deplorable estado, consiguió su licencia obsoluta, y le ofrecieron una alabarda en caso que quisiera volver á servir.

Fué á dar una vuelta á Oviedo, y encontró, al llegar, moribundo á su antiguo amo, y á mi abuelo junto á la cama del moribundo.

El chalan, que siempre quiso mucho á Blas, se alegró sobremanera de verlo con salud, despues de tan larga ausencia, sin haber tenido la menor noticia suya. Lo abrazó cariñosamente y le dijo. ¡Cuánto me alegró de verte, amigo mio Blas! Nunca te he olvidado, y en prueba de ello hice mencion de ti en mi testamento, señalándote una manda de doscientos doblones en caso que volvieses á Oviedo, ó que hubiese noticias tuyas, en el término de diez años contados desde mi muerte. Tambien dejo una declaracion formal del lugar, y del cómo viniste á servirme. La hice bajo juramento y quedó registrada. Pero pues estás aquí, y el tiempo no es de perder, llamaré un escribano, para declarar entre sus manos que eres la misma persona que saqué de la casa de huérfanos de San Sebastian; y ruego á mi amigo Moscada que sea testigo y que firme el registro de esta declaracion. Tú cuida por tu parte de darte á reconocer á las gentes del pueblo que tratabas, de exigirles una formal declaracion, y de hacer registrar la licencia, que supongo has obtenido.

Además te aconsejo que con esos certificados vayas á San Sebastian, y pidas uno al director de los huérfanos, en el que de-

claren que eres el mismo que les fué enviado desde Estella, y que, desde su misma casa, pasaste á mi servicio y viniste conmigo á Oviedo.

Tanto agradeció vuestro padre las finezas de su antiguo amo, que, más que con palabras, expresó con llanto su gratitud.

Pocos dias despues murió el chalan. Mi abuelo pagó á Blas la suma legada, y le repitió lo que le habia recomendado el difunto: esto es, que así por su provecho propio, como por el de sus descendientes, no descuidase ir á San Sebastian á pedir las certificaciones.—Como se hallaba en el lugar mismo, pidió á sus conocidos las declaraciones; pero no fué á San Sebastian hasta el año siguiente.

Dedicóse al ejercicio de chalan; y como habia aprendido con un maestro hábil, salió diestro en el oficio, de manera que no le iba mal.

Al año siguiente partió de Oviedo, y tendria entónces veintiocho años. Siguiendó las ferias, le llevaron sus intereses á San Sebastian. Allí se acordó de lo que tanto le habia recomendado su amo. Consiguió sin dificultad de los administradores de la casa de huérfanos un certificado, tal cual él lo deseaba. Desde allí pasó á Estella, donde los directores le dieron una declaracion de que lo habian recibido á la edad de ocho años; que despues lo enviaron á San Sebastian, y que le habian apellidado *Blas*; pero su verdadero apellido era *Jimenez*, hijo de Bernardo Jimenez, vecino de Estella.

Desde esta última ciudad pasó á Logroño. Allí se enamoró de la criada de la casa en que vivia, y en vez de pasar adelante se detuvo algunos dias. Miéntras tanto envió sus caballos hácia la feria de Zaragoza, al cuidado de un hombre con dos mozos.

Tanto creció su amor á la criada, que se determinó á casarse con ella. Así se lo propuso á sus amos, y ellos le elogiaron

mucho la virtud, fidelidad y buen genio de la muchacha; y como les pareció que Blas era un partido ventajoso para una moza de servicio, la llamaron y la dijeron cuáles eran las intenciones de vuestro padre.

Respondió con modestia, que no sentia repugnancia alguna á su persona, y que no la pesaria un establecimiento que la proporcionase mayor descanso que tenia sirviendo; pero que no podia resolverse á cosa alguna sin el consentimiento de su hermano, que era canónigo en Segura.

Pero como vuestro padre no podia abandonar enteramente sus caballos al cuidado ajeno, quedó convenido que se escribiese al hermano. El amo de casa se encargó de hacerlo, y Blas prometio volver despues de la feria de Zaragoza.

Vendió con fortuna sus caballos, quedóse unicamente con el que montaba, despidió á sus criados por no necesitarlos ya, y regresó á Logroño, adonde tambien llegó el hermano de la criada, que era el canónigo *Perez*, vuestro tio.

Este, despues de muchas preguntas, dijo que no desaprobaba que su hermana casase con Blas; pero protestó al mismo tiempo que habia de ser con la condicion de que el pretendiente fuese cristiano viejo. Díjole sencillamente Blas: no os contaré de mi familia más de lo que sé; pues aunque amo mucho á vuestra hermana, amo todavía más la verdad, y no consentiria yo en alcanzar lo que amo por medio de una mentira.

Alabo vuestra sinceridad, replicó el señor canónigo, que era un hombrecito de cortísima estatura; pero ello es que yo no cederé de mi condicion propuesta, y mi hermanita se guardará bien de tirar adelante sin participármelo. Cierto es que ella no pasa de una pobre criada, y que yo no soy rico, ni hay apariencias de que jamás lo sea; pero, con todo eso, no creais, señor Blas, que hayamos nacido de las malvas.

Acaecen tales variaciones en las cosas mundanas, y tales trastornos en las familias, que como Séneca lo notó muy bien: *acaso no hay príncipe que no descienda de algun esclavo*; *ó esclavo que no descienda de algun príncipe.* Y basta lo dicho, porque seria vanidad deciros más.

Algo inquieto vuestro padre, continuó así: puede suceder, señor canónigo, que conozcais mi familia mejor que yo mismo. He nacido en las inmediaciones de Estella, que no está lejos de vuestro lugar, y mi padre se llamaba Bernardo Jimenez: poquísimo tiempo há que lo sé, y es todo lo que puedo deciros.

Si así es, repuso el canónigo Gil Perez, no podeis casaros con mi hermana sin dispensacion, porque sois hijo de nuestro tio.

Tomad, interrumpió Blas, entregándole sus certificaciones: ved ahí las pruebas de lo que acabo de deciros.

El canónigo, despues de examinados bien los papeles, y el depositario de ellos, le dijo: la edad que representais no dice mal con estas declaraciones, y estoy más que persuadido á que sois el hijo de mi tio.—Entónces me abrazó, y llamando á su hermana, la notició que, en lugar de marido, veia en la persona de Blas el más cercano pariente que tenian en el mundo.

Dijo Blas al canónigo: que no obstante de que tal descubrimiento le honraba mucho, quedaba mortificadísimo de ser tan inmediato pariente suyo, por los impedimentos que esto ponia al casamiento con su hermana.

Eso no os inquiete, repuso el canónigo: haya dinero, que yo conseguiré la dispensacion.—Replicó Blas, que daria gustosísimo cuanto tenia por vivir legítimamente con la mujer única que en toda su vida habia amado.

Cenaron todos aquella noche con los amos de casa, y quedó convenido que el canónigo Perez se llevaria su hermana á Segura, y que allí trabajarian para obtener la dispensa de cada uno,

bajo su propio nombre, en vez de los prestados; y que para no perjudicar á los hijos que pudiesen tener de su matrimonio, cuidaria Gil Perez de que se registrasen por los reyes de armas las nominadas certificaciones. Que Blas, por su parte iria á Oviedo á componer sus asuntos; y que, luego que Perez hubiese conseguido las dispensas, iria á buscarlo con su hermano para concluir el matrimonio. Y á fin de dar al canónigo mayor facilidad, así para las dispensas como para los vestidos de la novia, le dió vuestro padre cincuenta doblones.

Al dia siguiente se separaron, reiterándose mutuamente las protestas de amistad, y cada cual tomó el camino hácia donde lo llamaban sus negocios.

Pasáronse cerca de dos meses que el canónigo hubiese obtenido las dispensas y arreglado las demás cosas. Dispuesto ya todo, volvió á Oviedo con su hermana; pero no encontraron allí á vuestro padre, que habia ido á Leon. Allá se encaminaron á buscarlo, y allá se casaron los dos amantes, para tener más secreta la dispensacion. Llegados á Oviedo, publicaron al instante su casamiento.

Casi me olvidaba de deciros, continuó Moscada, una circunstancia esencial, como es la de que Gil Perez, cuando consintió en el matrimonio, puso la condicion de que vuestro padre continuaria con su apellido de *Blas*, y que mantendria oculto el de su familia; porque de divulgarlo, en las circunstancias en que unos y otros se encontraban, no les vendria provecho alguno; ántes, al contrario, picando á los parientes, que se juzgarian deshonrados, acaso no querrian confesarlo tal, y áun acaso tendrian bastante crédito para darlos por impostores; añadiendo, por último, que siempre estaban á tiempo para divulgarlo y para mostrar sus pruebas, dado caso que debiesen hacerlo con ventaja.

Como Moscada hiciese aquí una pausa, me aproveché de ella para decirle que yo hasta entónces habia vivido engañado sobre el orígen de mi padre, á quien yo siempre habia creido natural de Oviedo. Tengo escrita, continué, la historia de mi vida, y mando en mi testamento que se imprima, muerto yo. Cuando hablo de su nacimiento, lo fijo, como así lo creia, en este pueblo; pero en teniendo un poco de lugar para repasar la obra cuidaré de corregir esta falta; y si vivís, como os lo deseo, el tiempo necesario para leerla, espero que me hareis la justicia de confesar que, léjos de dejarme llevar de la vanidad necia, tan comun entre los autores, me vanaglorío, al contrario, de una gran sinceridad (1).

Volviendo á tomar el hilo de mi historia, prosiguió Moscada, vuestro tio se mantuvo algun tiempo en Oviedo con su hermana y su cuñado. A su vuelta le encargaron las religiosas del Santo Sepulcro una cierta comision para el obispo. La desempeñó muy á su satisfaccion, y volvió á darlas cuenta por sí mismo del éxito de su negociacion. Agradecidas aquellas buenas religiosas, le proporcionaron un beneficio que valia doble que el de Segura, el cual dejó para tomar posesion del otro, y lo disfrutó hasta su muerte.

Pues mira, Sr. Moscada, le interrumpí, qué cosa es el mundo; siempre se me dijo que habian ordenado al buen hombre por empeño de dichas religiosas, sin pasar por el rigor de un exámen, que no hubiera podido sufrir á causa de su ignorancia.

Señor D. Gil, siguió Moscada, mostradme un hombre que no tenga sus enemigos. No era vuestro tio, ya se ve, esto que llamamos un sabio, pero tampoco un ignorante cual os lo han

(1) Muy de presumir es que mi padre nunca más volvió á leer su obra; ó, si la leyó, se olvidó de corregir esta falta, que se encuentra en todas las ediciones de su libro.

pintado; fuera de que ya era sacerdote cuando fué la primera vez á Oviedo. Lo que os digo os lo puedo probar con buenos papeles de mi abuelo, que era amigo íntimo del canónigo Perez.

Ved ahí, interrumpí yo, otro error que corregir en mi manuscrito (1).

Este beneficio, continuó Moscada, sirvió de mucho á vuestra madre. Gil Perez tenia bellísimas prendas: era piadoso, cristiano, caritativo, buen amigo, agasajador, deseoso del bien de sus vecinos, buen pagador cuando debia, nada querelloso, de genio suave, y hombre que jamás habló ni hizo cosa que perjudicase á nadie. Aunque para sí propio era austero y duro, para con los otros era generoso y compasivo: siempre estuvo pronto á participar de las aflicciones de su prójimo, á consolar los tristes, á dar de comer al hambriento, á presentar al sediento agua, y á vestir al desnudo; sin olvidarse de visitar á menudo á los enfermos y presos, para partir con ellos su pan cuando lo necesitaban.

Podeis contar con que la vida de aquel bueno y digno sacerdote era una leccion continuada para los eclesiásticos de su tiempo, porque entónces habia muchos de ellos viciosos, soberbios, pleitistas, incapaces de perdonar, llenos de amor propio, avaros, libertinos, envidiosos, despreciadores, arrogantes, vanagloriosos, enredadores, y hasta comerciantes. En aquellos desgraciados dias pocos eclesiásticos cuidaban del bien espiritual de las almas confiadas á su direccion; y muchos se aplicaban únicamente á su provecho personal y á todo lo que podia contentar las desordenadas pasiones, cuyos viles esclavos eran. Vuélvoos á decir, que aquel venerado sacerdote los cu-

(1) Tambien se le escapó á mi padre esta noticia, dado caso que hubiese revisto su obra.

bria de vergüenza y confusion con su ejemplarísima vida. Sobre todas estas prendas amables era Gil Perez muy buen hermano, porque hizo cuanto pudo para asistir á su hermana y para manteneros á vos, miéntras las desgracias de vuestro padre y su cortedad de medios, hasta que, en fin, vuestra madre, temiendo serle sobrado onerosa, buscó modo de alimentarse.

A fe mia, exclamé, que si ese es el retrato de mi tio Perez, me han engañado á más no poder; y de consiguiente le he hecho un mal irreparable en mis escritos, pintándole como un verdadero *Epicúreo* en las aventuras de *Gil Blas*, que quiero que se impriman; pero os aseguro que no dejaré de rectificar este artículo (1).

Os ruego que no dejeis de hacerlo, replicó Moscada, porque es crueldad imperdonable en un autor aventurarse á difamar á los muertos, sólo por oidas. Si los que imprimen sus obras considerasen lo que el público les afea esta casta de descuidos; ó si fuesen incapaces de hacer venales sus plumas, y estuviesen exentos de preocupaciones, conocerian los hombres al natural el carácter propio de los que les precedieron. Y si los antiguos escritores hubiesen sido fieles, sinceros y exactos, quizá reverenciaríamos la memoria de un buen compatriota, en tal personaje que vemos en la historia tachado con la nota de traidor, ó de asolador de su país; al mismo tiempo que tal otro, que se nos retrata como restaurador de su patria, por medio de una consumada política, quedaria convertido en un limitadísimo talento, cuya política toda consistia en saber prestarse al dinero ó al favor; en recurrir en lances apretados al expediente de disipar los tesoros de la nacion, ó al de sacrificar

(1) Como tal correccion no se ha hecho, creo, tambien lo creerá el caritativo lector, que mi padre se olvidó de repasar su obra, ó bien que no tuvo tiempo para ello.

los bienes y el comercio de los particulares; se presentaria como un hombre nada cuidadoso de la gloria de su patria, amante sólo de su bien personal, indiferente á que su nacion fuese ó no fuese despreciada; y por último, quedaria reducido á un hombre, cuyo objeto principal era levantar su indigna familia sobre las ruinas de millares de personas honradas, reducidas á la última miseria.

Nada hay que replicar á eso, dije; porque, en efecto, pocos escritores hay tan cándidos que escriban sin parcialidad; y muy pocos tambien que se hallen en el caso de podernos hacer relaciones exactas sobre los hechos, y sobre los resortes ocultos de lo encerrado, bajo el sello de un silencio profundo, en los gabinetes de los príncipes.

Los que manejan los negocios, y pueden aflojar ó apretar los resortes que mueven la gran máquina de un Estado, serian inhábiles para tan eminentes puestos si no fuesen personas calladísimas. Sujetos tales no suelen tener tiempo, y acaso ni inclinacion para instruir fielmente á la posteridad; y cuando lo hiciesen, ¿qué otra cosa podria esperarse que una grandísima parcialidad?

Los escritores históricos pueden, á lo más, adivinar las causas por los efectos que ven, y dar su dictámen, ó el de otros escritores más antiguos, ó bien extendernos las opiniones de los escritores extranjeros.

Esta falta de conocimiento, necesario á los escritores públicos, es causa de que nunca aciertan en lo relativo al carácter de un soberano ó de un primer ministro.

Si algun gran suceso se verifica, aunque sea un puro efecto casual, no faltan gentes que lo atribuyan á consumada prudencia y á finísima prevision. Pero, si sobreviene cualquiera desgracia, cuyas menores circunstancias se hayan previsto, y para

cuya precaucion se hayan tomado cuantas medidas pueden humanamente tomarse, toda la culpa se atribuye, sin remedio alguno, á la incapacidad y á la indolencia.

La prueba de lo que digo se ha visto en el ministerio del Conde-Duque. Habia antevisto la pérdida de Portugal, y tomado las mejores medidas para precaverla. Propuso la separacion de Vasconcelos, cuya mala conducta no podia ménos de causar la pérdida de aquel reino; pero, disminuida la confianza que tenia el rey en el ministro, por causa de los descontentos catalanes, fué más facil á Vasconcelos mantenerse, por el crédito de la duquesa de Mantua, vireina de Portugal, y por la influencia de la reina, que, alla para sí, no queria bien al Conde-Duque.

Luego que el conde de Olivares vió que se desatendia su dictámen, declaró, en consejo pleno, que previa la pérdida del reino de Portugal, á la que infaliblemente seguiria la suya propia. Tomó, no obstante, cuantas medidas caben en la humana prudencia para precaver ambas desgracias. Envió al duque de Braganza una comision, que parecia honrosísima, pero que, en lo sustancial, era un lazo que se le armaba para asegurarse de su persona. En virtud de la comision, no podia dejar de visitar el duque todas las plazas fuertes de Portugal, y de dar órdenes para poner en estado de defensa las maltratadas.

Al mismo tiempo se enviaron órdenes secretas á todos los gobernadores para que se apoderasen de su persona, con el ménos escándalo posible, y lo enviasen á España bajo una buena escolta. Tambien se tomó la precaucion de tener dispuestos sobre las fronteras coches y tropa para conducirlo en diligencia á Madrid.

El duque, por su parte, tan prudente como vigilante, cumplió con las órdenes de la corte; pero tuvo cuidado de llevar

tan buen acompañamiento, que frustró las esperanzas del ministro, cuyas intenciones habia penetrado.

Viendo el Conde-Duque que el duque de Braganza estaba sobre sí, se inquietó mucho más. Entónces procuró atraerlo á la corte con la mayor parte de la primera nobleza de Portugal, asegurándole del buen efecto de S. M., de lo mucho que él mismo le apreciaba, y de su estimacion á toda la nacion portuguesa en general.—Respondió el duque con igual disimulo: que daba humildísimas gracias á S. M.: que estaba agradecidísimo al Conde-Duque, á quien no dudaba deber las honras que el rey le hacia; y que iba á partir inmediatamente para ponerse á los piés de S. M.

De hecho mandó el duque hacer libreas y equipajes de extraordinaria magnificencia, y todos los preparativos necesarios para trasladarse á Madrid. Imitóle en esto lo más de la nobleza de Portugal y representó tan bien su papel, que el Conde-Duque se daba ya la enhorabuena de haber cogido á Braganza en el anzuelo. Pero los varios pretextos que éste alegó para diferir su viaje, abrieron, en fin, los ojos al ministro; y la total rebelion de Portugal verificó sobradamente lo que habia previsto y anunciado tan de antemano. Aunque disminuyó su favor, no quedó por entónces totalmente en desgracia.

Tiempo es ya, continuó Moscada, de anudar el roto hilo de mi historia.— Tendria vuestro padre como unos treinta años cuando nacísteis, en el de 1594. Fué notable aquel año por la mucha mortandad de ganado, y por una enfermedad desconocida hasta entónces, que acometió particularmente á los caballos. Vuestro padre por su desgracia tenia entónces muchos de ellos, y se le murieron todos, dejándole arruinado.

Luego que se vió sin recurso alguno, se acordó de la alabarda que le habian ofrecido, y se resolvió á volver al servicio de

las armas. Comunicó su determinacion al canónigo Perez, quien le prometió cuidar de vuestra madre y de vos hasta que se viese en estado de volver y de componer sus negocios.

Arreglado esto así, partió vuestro padre para el ejército y fué á buscar á su antiguo oficial; pero sabiendo que habia muerto, y viéndose sin arrimo alguno, sentó plaza de simple soldado, y fué enviado á Flándes con otros reclutas. Hecha la paz con Francia en el año de 1598, emplearon al regimiento en que servia vuestro padre para las guerras de Holanda. En ellas fué Blas herido, lo licenciaron como á muchos otros, y por recompensa de sus servicios los gratificaron con el permiso de que se volvieran á sus casas como pudiesen.

Volvió á Oviedo despues de siete años de ausenia. Todavía os encontró en la casa de su cuñado, y á vuestra madre sirviendo; conque él tuvo que ponerse á mozo de caballos en una casa del mismo pueblo.

Contada ya la historia de vuestra familia hasta un punto en que ya no necesitais de más instrucciones, pasaré por alto lo que sabeis, para noticiaros lo que habeis ignorado hasta ahora.

Creo haberos dicho que vuestro tio y mi padre eran íntimos amigos. Llegado éste al extremo de su vida, el buen canónigo, que estimaba mucho á mi padre, le acreditó igual amistad que habia acreditado á mi abuelo, y se la continuó hasta su muerte. Luego que la vió cercana, envió á llamar á mi padre y le habló, á poco más ó ménos, en estos términos:

«Ya me veis, Beltran querido, en vísperas de pagar el último »tributo. He llegado al término á que todos los hombres caminan desde el instante primero de su nacimiento. No me pesa »de haber nacido, pues así lo quiso mi Criador. He tolerado »siempre con paciencia los trabajos de mi vida, y no he sentido haber representado tan pobre papel; porque Dios, que es

»infinitamente sabio y misericordioso, juzgó que mi situacion »humilde contribuiria á mi salvacion. Léjos de melancolizarme »la proximidad de mi muerte, me sirve al contrario de verdade»rísimo consuelo. Dejo un domicilio turbulento y ruidoso, para »ir á una morada de paz eterna, nunca interrumpida con cui»dados.

»He sido un gran pecador, sujeto á pasiones y flaquezas, in»separables de la humanidad; pero por la gracia de Dios, nunca, »que yo sepa, perjudiqué á ninguno en su honra ni en sus bie»nes. Pongo toda mi confianza en la misericordia inagotable »de mi Dios y en los merecimientos de mi Redentor divino, para »la remision de mis culpas, pues yo, por mi parte, perdono muy »de corazon á los que me hubieren ofendido, de cualquier modo »que fuere.

»Os he rogado que viniéseis á verme para un negocio su»mamente delicado é importante, cuyo secreto y ejecucion »quiero confiar á vuestra prudente conducta.»

Aquí llegaba mi padre de su narracion, cuando entró un lacayo á decirle que estaban en la puerta dos caballeros dentro de un coche tirado por cuatro mulas, y que deseaban hablarle. Mandó inmediatamente que los introdujeran. Eran los dos abogados.

CAPITULO III.

Continuacion de la historia de Blas por Moscada. Derecho de Gil Blas á las tierras de Jimenez.

Recibió D. Alfonso muy bien á los abogados, y tanto mejor cuanto los conocia y sabia que eran sujetos de mérito.

Luego que descansaron un poco, preguntó uno de ellos á Don Gil Blas en qué podian servirle; porque la carta en que les pedia su venida á Leiva estaba concebida en términos generales, sin especificar asunto alguno particular que pidiese su ministerio.

Mi padre le respondió, que ya era tarde, y de consiguiente mala hora de emprender ningun negocio; pero que á la mañana siguiente les mostraria ciertos papeles, á fin de que le diesen sobre elllos su dictámen. Dicho esto, se hizo general la conversacion.

Al dia siguiente, despues de haber tomado chocolate, se retiró mi padre con sus dos consejeros, les entregó los mencionados papeles, los dejó solos, y volvió á buscarnos á la sala. Al instante le pidió la condesa que continuara la relacion empezada el dia antes. Mi padre lo hizo en estos términos.—El honrado canónigo prosiguió así:

«Aunque todo el mundo sabe muy bien que no somos árbi-
» tros de nuestro nacimiento, á ninguno le desagrada que lo

»crean descendiente de ilustres padres, por más pobres que »hayan sido. Con todo, puedo aseguraros que no me ha tocado »epidemia ridícula; antes bien he creido siempre, que es un »error imaginarse que por más noble se logrará más respeto. »Muy léjos de eso, opino, que cuando algun fatuo celebra el lus»tre y antigüedad de su casa, aunque produzca las más con»vincentes pruebas, en lugar de conciliarse el respeto consigue »que se burlen todos de su vanidad. A pesar de esto, no hay »modo de desengañar á muchos ánimos mezquinos, infatuados »con el papel que sus antepasados representaron en el mundo. »No los enmienda el ejemplo de los otros; y por más que »entrevean que son objeto de la risa de cuantos los conocen, »no por eso se corrigen.

»Cuando hay bienes para mantener el lustre de un gran naci»miento, entónces se obtiene la veneracion; pero un caballero »pobre es preciso que sea despreciado de los que le envidian, ó »están picados por tenerle que ceder en ciertas ocasiones: esta »es una especie de indemnizacion que el plebeyo rico no des»cuida.

»El grande sin riquezas es blanco de las bufonadas del peque»ño que las tiene. Tantas y tan serias reflexiones tengo hechas »sobre este punto, Beltran mio, que al fin he conseguido ven-cer y domar, no solamente mi vanidad propia, sino tambien la »de mi hermana y mi cuñado Blas.

»Hemos cuidado atentísimamente de ocultar el orígen de »nuestra familia; y como, por la desgracia de los tiempos, nos »veíamos confundidos entre los plebeyos, no nos ha pesado »que nos creyesen descendientes de padres tan humildes como »convenian á nuestra situacion; y os aseguro, que el secreto »hubiera acabado conmigo, sin hablar palabra de mi familia, á »no creerme obligado en conciencia (por mi sobrino Gil) á con-

»fiarlo á alguna persona discreta. Por esto os he elegido con pre-»ferencia á todos mis amigos. En esta cajita encontrareis ciertos »títulos viejos en pergaminos, concernientes á nuestros bienes, »que darán pruebas incontestables de nuestra familia. Os supli-»co que los recibais, y que no los entregueis á mi sobrino hasta »estar bien asegurado de su modo de vivir, y de que tendrá »toda la firmeza y juicio necesario para mirar con indiferencia »y desprecio, así las lisonjas como los desvíos de las gentes, »y de que sólo hará caso de la virtud, que es la verdadera »nobleza; ó bien en caso que supiéreis que la línea masculina »de Jimenez va á extinguirse. Hasta que se verifique una de »estas dos condiciones, os pido y suplico, por la buena amistad »que tanto tiempo duró entre vuestro padre y yo, y por la que »subsiste entre nosotros, que guardeis cuidadosamente la cajita »y el secreto que os confio.»

No pudo mi padre negar este consuelo á su amigo moribundo. Se llevó la cajita, despues de haberle solemnemente prometido que ejecutaria con puntualidad cuanto deseaba.

Cuando le llegó á mi padre la hora de su muerte me llamó aparte y me confió todo el secreto, poniéndome las mismas condiciones que prometió guardar á vuestro tio.

Ahora pues: el conde de Jimenez es el único que queda de la familia, sin traza alguna de dejar heredero varon. Vos por vuestra parte mostrais en todo, segun oigo decir, aquella prudencia que vuestro tio exigió para noticiaros el orígen de vuestra familia y daros á saber quién sois.

Veo que se verifican las dos condiciones, y que una sola hubiera bastado para descubriros tan importante secreto. Hállome por consiguiente autorizado para saludaros y llamaros *D. Gil Jimenez*, único heredero presuntivo de este título. Ved aquí por qué dije, señor, que si el rey os hubiera conocido bien, se hu-

biera ahorrado el trabajo de daros títulos de nobleza, porque os son inútiles; bien que no los hubiérais aceptado á haber sabido quién erais. Yo de mi parte, no me he cansado de aplaudir la poca vanidad que hicísteis de ellos, pues, léjos de lucirlos, no los habeis divulgado hasta que os ha sido forzoso para vuestro segundo casamiento.

Voy inmediatamente á traeros la caja, y os la entregaré con cuanto contiene en el mismo estado que se me confió.

Y yo no os cansaré ahora, dijo mi padre, con referiros lo que seguidamente hablamos Moscada y yo. Ya conocereis que varié el concepto formado al principio de su discurso. Lo convidé á comer, y como tenia en mi casa habitacion cómoda, que no me servia, le insté á que la ocupara miéntras estuviese en Madrid, y juntamente á que comiera conmigo; pero no aceptó mis ofertas hasta que le hube rogado mucho.

Por fin, me entregó Moscada la cajita con todos los papeles; pero despues de bien examinados, creí que me convenia imitar á mi tio en ocultarlos. Rogué á Moscada que me guardase el mismo secreto que él y su padre habian precedentemente guardado. Así me lo prometió; y os juro que no lo hubiera revelado hasta la hora de mi muerte, si la pasion de Sancho á la condesa no me hubiera como forzado á descubrir lo que acabo de deciros.

Tambien hay en la cajita unos cartelones de pergamino, concernientes á la hacienda de Jimenez; pero nunca los he leido, porque están escritos en letra de proceso, que no entiendo, y no he querido hasta ahora darlos á leer á nadie por recelo de descubrir mi secreto. Para su lectura he traido de Valencia los dos abogados que actualmente los tienen entre manos, á fin de que una vez leidos y examinados me digan su sentir.

Muchos dias necesitaron los abogados para leer tantos títulos y papeles, y como eran hombres de mundo y de talento, no de-

jaban de amenizar la conversacion en la mesa. Por cierto que un dia, cosa que nos admiró mucho, declamaron fuertemente contra las dilaciones y rodeos que el enredoso manejo de pleitear habia introducido en los tribunales, y confesaron que era una carga insoportable para todos, y especialmente para los pobres. Seria de desear, decia el uno, que el rey y las Córtes hiciesen una buena reforma en todos los tribunales inferiores de justicia y suprimiesen todos los abusos que arruinan al Estado, inutilizan á muchos ciudadanos, pueblan los lugares y campos de ladrones y vagamundos, y llenan las cárceles de pobres deudores cuyas deudas no suelen merecer tanto apremio.

La ley, decia el otro, será un peso insufrible miéntras no se extermine esa turba de escribas, esa raza de ensuciadores de papel, esos avestruces con pluma de paloma, esas sanguijuelas que chupan la sangre de los pueblos y que fabrican sus fortunas sobre las necedades y ruinas de los mentecatos litigantes. El oficio de esas esponjas es mutiplicar los pleitos, manchar las reputaciones de los hombres de bien, difamar un comerciante honrado publicando que está próximo á quebrar, descubrir sus acreedores y persuadirles á que pidan sus pagos, haciéndoles maliciar que dentro de poco quedará insolvente. Con esto acumulan los pleitos, y ya que han encarcelado á un pobre hombre, saqueado su casa y reducido á su mujer é hijos á la triste necesidad de mendigar; entónces (imitando á los cartagineses cuando invadieron á España) se echan sobre sus protegidos, les presentan enormes listas de gastos hechos, pegan con sus propios clientes, y por poco que estos disputen sobre sus pretensiones exorbitantes, les mueven un nuevo pleito; hasta que, por último, envian á los acreedores á que hagan compañía á su deudor.

Si entre los sujetos que componen los tribunales sólo se ad-

mitiesen personas ilustradas y próvidas, no se oirian, ni con mucho, tantas quejas de todas partes contra la justicia y las leyes; y los procuradores no serian, como por la mayor parte lo son ahora, objeto del odio, del desprecio y de la execracion de todo el mundo.

Tenia razon en cierto modo, compañero mio, dijo el otro; pero confesemos de buena fe, que no solamente á los escribas de clase inferior debe atribuirse todo el mal. Hay ciertamente grandísimos abusos en la nuestra. Los más de entre nosotros nos damos más á la lógica y á los sofismas que al exacto estudio de la justicia y equidad. Puede decirse que trabajamos en dar tormento al Derecho y en presentarlo con falsos colores. Ahogamos el texto entre un monton de glosas, cuya falsedad conocemos. Abrazamos cualquiera causa para defenderla, aunque estemos persuadidos á que es mala y á que no tiene razon nuestro cliente. Ponemos todo nuestro estudio en oscurecer con sofismas el verdadero sentido de la ley, para aplicarla á nuestro intento y ganar nuestra causa, echando tierra á los ojos de los jueces. ¿Cuántos de nosotros habrá que examinen con pulso la justicia de una causa ántes de encargarse de ella? Por mala que sea, ¿no la abrazamos, si median grandes intereses? Hablemos con franqueza: miéntras más enredosa es una causa, con más gusto la admitimos. Fácil es de adivinar el por qué.—Así razonaban de tanto en tanto aquellos sabios consejeros, afeando los abusos de su profesion.

Examinados ya todos los papeles, dieron á mi padre un resúmen de todo su contenido, y le dijeron que no cabia la duda menor en que fuese heredero, por legítimo derecho, así de la hacienda como del título de Jimenez.—Ved aquí cómo se lo demostraron.—*D. Enrique*, su bisabuelo, nacido en el año de 1474, tuvo tres hijos. 1.° *D. Francisco*. 2.° *D. Lorenzo*. 3.° *Don*

García. El mayor tuvo un hijo, llamado, como su abuelo, *Don Enrique.* Sus descendientes no estaban, á la verdad, en el árbol genealógico que mi padre entregó á los abogados; pero ellos aseguraron que podian suplir por sí mismos aquel defecto con el conocimiento puntual que tenian de aquella familia, por la cual habian sido muchas veces empleados: que encontraríamos en una genealogía, que paraba en poder de la condesa viuda de Jimenez, y en los archivos de los reyes de armas que el hijo de este *D. Enrique* segundo era *D. Pedro,* abuelo del último conde; y que, muerto éste sin posteridad masculina, debian pasar los bienes de derecho, como podrian probarlo, á la rama colateral y á los descendientes de *D. Lorenzo*, de quien *Blas* procedia en línea recta, como él mismo podia justificarlo con títulos auténticos; y que él último descendiente de *D. García*, hermano tercero de *Doña Leonor* de *Juntella*, era *D. Sancho*, quien de *Doña María Tordesillas* tuvo á *Gil*, apellidado *Perez*, y á *Catalina. D. Juan*, apellidado *Blas*, casó con la dicha *Catalina,* y de ella tuvo á *Gil*, en quien se reunen por la sangre los derechos de ambas ramas colaterales.

Añadieron, que el primer *D. Enrique* habia elegido é instituido curadores de herencia, por modo de fidei-comisos de todos sus bienes á *D. Tomás Velasco* y á *D. Guillelmo de Fuente-Seca*, arreglando el órden de sucesion como se sigue.—La herencia á su hijo mayor, y á los descendientes suyos de varon en varon; y, á falta de éstos, dado caso que hubiese hijas, se habia de tomar sobre la herencia una suma de doscientos mil ducados para ellas, ya fuesen una ó muchas. Faltando, como se ha dicho, los descendientes varones del hijo mayor, pasaria la herencia al segundo y á sus descendientes varones, bajo las mismas condiciones estipuladas, esto es, que, en el caso de haber hijas, una ó muchas, se les daria, por sólo una vez, la can-

tidad de doscientos mil ducados; y los bienes y títulos pasarian al hijo tercero y á sus descendientes varones. Que si éste tampoco los tuviese, ó se extinguiese en sus descendientes la línea masculina, se sacaria entónces una suma de doscientos mil escudos, y se haria entrega de ella á los religiosos de la Santísima Trinidad de la Redencion, para rescatar españoles cautivos; y que, en caso tal, pasarian los bienes y el título á las hijas; pero que, habiendo más de una, seria para la mayor la mitad de los bienes, el título, el castillo y la hacienda de Jimenez; y que la otra porcion se repartiria entre las menores, en caso de haber más de una.

A continuacion del testamento estaba escrito lo que se sigue: »*para perpetua memoria.* En este mismo año y dia arriba especificados, he firmado seis testamentos, todos de la misma forma »y tenor que el presente, cada uno de siete hojas de pergamino, »y cada hoja firmada de mi mano, y sellada con el sello de mis »armas, y certificada por los testigos firmados abajo. He puesto »dos originales entre las manos de mis dos amigos, D. Tomás »de Velasco y D. Guillelmo de Fuente-Seca; otro en las de mi »hijo mayor Francisco; otro en las de mi segundo hijo Don »Lorenzo; otro en las de mi hijo tercero D. García; y finalmen»te, otro en las del prior del convento de reverendos padres de »la Santísima Trinidad de la Redencion de cautivos.—Firmado— »Don Enrique, conde de Jimenez.»

Esto parece escrito todo de la propia mano de D. Enrique, y firmado por los mismos testigos qne firmaron el testamento.

Tambien hemos examinado, continuaron los abogados, la genealogía de los *O'Neals*, de quienes vuestro abuelo descendia; y hemos hallado qne llega hasta tiempos remotos. Hay en ella muchos de sus antepasados distinguidos por sus empleos, méritos y valor, la mayor parte emparentados con los reyes y

con la principal nobleza del reino de Irlanda. Dicha genealogía está en latin y abraza todas las pruebas de la mayor autenticidad, firmada y testimoniada, no solamente por los reyes de armas, sino tambien por veinte magnates irlandeses.

Despues circunstanciaron menudamente algunos otros títulos, con cuya relacion no quiero fatigar á mis lectores.

Luego entregaron á mi padre un escrito de la propia mano de su tio Gil Perez; y ya que mi padre lo hubo examinado un poco, dijo que en otra ocasion nos lo leeria.

Despues se discurrió variamente sobre cómo deberia manejarse D. Blas en aquel asunto. Los abogados diéron sobre ello su dictámen, el cual se halló en lo sucesivo totalmente conforme al de los señores del Consejo, y del cual tendré ocasion de hablar más adelante.

Por lo relativo á la hacienda de Jimenez, su parecer fué que era menester dar parte de sus derechos y pretensiones á los herederos de los primeros fidei-comisarios, á quienes el derecho del fidei-comiso habia pasado; y que no habia que perder tiempo, pues, además de todo esto, los padres de la Trinidad habian ya puesto demanda sobre los doscientos mil ducados, creyendo que no hubiese más heredero varon.

A todo lo dicho añadieron que nada mejor podia hacer la condesa que dar su hija á uno de los hijos de D. Gil Blas, así por evitarle embarazos, como porque el matrimonio era provecho comun de ambas familias.—Ya se deja conocer que este último dictámen no pareció mal á mi hermano.

Seguidamente les notició mi padre la inclinacion de Sancho á la condesita, y les declaró que por este único motivo se habia determinado á validar sus derechos; y que sin él, acaso nunca hubiera pensado en tal cosa, tanto más viviendo persuadido á que sus pretensiones sólo se extendian al título únicamente.

Al otro dia marcharon los abogados satisfechísimos del buen recibimiento y acogida, y contentísimos de las gratificaciones con que mi padre habia recompesado sus fatigas y dictámenes.

Viendo mi padre que ya era tiempo de volver á Liria, dijo á Don Alfonso que deseaba marchar allá á fin de preparar lo necesario para el viaje de Madrid. A eso respondió mi patron, con su natural cortesanía, que era un rigor dejar sola á la condesa: que él pensaba acompañar á mi padre, para ver si por sí mismo, ó por medio de sus amigos, podria serle de alguna utilidad en la corte; y que para el efecto esperaba que las damas se quedarian en Leiva con mi tio y D. Scipion, á fin de acompañar á la condesa.

Conviniéronse todos, y se determinó que mi hermano fuese tambien del viaje; y como yo nunca habia estado en Madrid, manifesté á mi patron deseos de acompañarle, lo que me prometió gustosísimo.

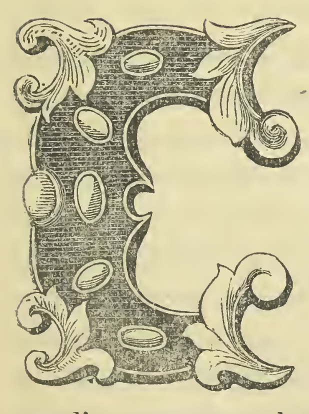
A la mañana siguiente dió D. Alfonso las órdenes para los preparativos del viaje. Entretanto la condesa recordó á mi padre el ofrecimiento de leer á la concurrencia el manuscrito ántes mencionado, y le suplicó que cumpliese la palabra. Mi padre la dijo urbanamente que sus súplicas eran mandatos. Trajo en efecto el manuscrito, cuyo contenido era el siguiente.



LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

La vida de D. Bernardo Jimenez.



OMO puede suceder que el conocimien»to de su familia sea en algun tiempo »provechoso á mi sobrino Gil, conoci»do hasta ahora por el apellido *Blas*; »y como él ha ingnorado siempre el »verdadero apellido y calidad de sus »padres, me he creido obligado, en jus»ticia y en conciencia, á dejarle instruc»ciones para que algun dia él ó sus des»cendientes reclamen los derechos que »pudieren pertenecerles, así por las leyes de la naturaleza como »por las del reino.

»Y no siendo mi intencion que este escrito pare en manos

»de nadie miéntras yo viviere, ó á lo ménos hasta el tiempo »de mi muerte, espero que no se atribuya á ambicion mia lo »que no puedo dejar de decir por amor á la verdad. Confieso »delante de mi Criador, á quien pido perdon humildísimamen»te, que he sido un gran pecador; pero doy gracias á su bondad »divina de haberme preservado siempre de tentaciones de va»nagloria y de amor propio. Seria, pues, una injusticia tildar»me sobre lo que voy á escribir del orígen de nuestra familia.»

El principio del manuscrito no contiene más que una repeticion de lo mismo que dijeron los abogados sobre nuestra genealogía; y así pasaré por alto este artículo para no cansaros.

«Todo lo menudamente referido está ampliamente verifica»do por las genealogías auténticas que paran en mi poder, »y están debidamente autorizadas por los reyes de armas, »y cotejadas con los títulos originales, donde la descen»dencia es exacta y no enterrumpida hasta el nacimiento de »mi cuñado, de mi hermana Catalina y el mio; no habiendo »faltado nuestros parientes respectivos á registrarlas formal»mente.

»Don Enrique, tronco de que derivan nuestras dos familias, »dió desde la edad de veinticinco años pruebas de extraor»dinario valor, y se señaló en la batalla contra los moros de las »Alpujarras del reino de Granada, que se habian sublevado. Ya »los rebeldes se llevaban por delante al conde de Tendilla, go»bernador de aquel reino, quien aunque se defendió valerosa»mente y derribó muchos contrarios á los piés de su caballo, hu»biera sido infaliblemente muerto, ó cuando ménos prisionero, »si D. Enrique, viendo á su tio (era hermano de su madre) en »aquella extremidad, no se hubiera abierto paso hasta su per»sona, matando y ahuyentando á cuantos se oponian á su furor, »y llegado á tiempo de salvarlo, cabalmente en el momento en

»que, desesperanzado de remedio, sólo pensaba en vender su »vida lo más caro que pudiese.

»Despues de esta derrota de los moros, Muley-Ben-Hamet- »Ben-Abdallah, hombre animoso y de prodigiosas fuerzas, de- »safió al más valiente de los españoles en el ejército del conde »de Tendilla.

»Don Enrique, que se halló presente á la propuesta del desa- »fio, hecha por un mensajero del rey moro, fué quien primero »se ofreció á aceptarlo.

»Pidió el permiso á su tio, quien se lo concedió con suma re- »pugnancia. Obtenido ya, encargó al mensajero moro que dijese »á su rey, que aunque no era tan temerario que se creyese el más »valiente español, esperaba no obstante que el rey moro no se »negaria á presentarse en el lugar que babia propuesto y á la »hora que habia señalado, y que le pesaba de haber de mirar como »enemigo á un príncipe tan bizarro, á quien mejor quisiera »abrazar como amigo; y añadió, que cualquiera que fuese el »éxito de la pelea, siempre le seria gloriosa, por haber medido »su espada con el valiente Muley-Abdallah.

»Ambos campeones se encontraron á la hora señalada en el »campo de batalla. Sus ejércitos á la vista, esperaban de aque- »lla singular pelea la decision de su suerte. Así el uno como el »otro riñeron con igual valor que destreza, se dieron muchos »golpes, y fué larga la pelea; pero en fin, debilitado el moro »por la mucha sangre perdida, cayó de su caballo y lo tuvieron »por muerto.

»Desmontóse D. Enrique para socorrerlo, si llegababa á tiem- »po; efectivamente, no estaba más que desmayado: lleváronlo »á la tienda de D. Enrique, y allí le vendaron cuidadosamente »las heridas.

»Los moros, que vieron caer á su rey, se avanzaron para re-

»tirarlo y vengarlo de D. Enrique; mas los cristianos supieron »quedarse con el uno y defender al otro.

»Vinieron á las manos ambos ejércitos. La batalla fué san»grienta y porfiada, y duró hasta la noche, que fueron derrota»dos los moros y perseguidos con tanto ardor, que quedó su »campo hecho una carnicería.

»Tuvo tan buen éxito el cuidado que se empleó en Muley-Ben»Hamet, que al cabo de seis semanas estuvo enteramente cu»rado de sus heridas, que no fueron peligrosas.

»El conde de Tendilla, que á menudo lo visitaba, pudo tanto »con él, por medio de sus bellos modales y discursos, que le »ganó una promesa de escuchar, sin precaucion, los principios »fundamentales de la religion cristiana. No dudaba el conde »del convencimiento de su prisionero luego que se le hiciese »ver que todo lo profetizado sobre el Mesías se halla puntual»mente cumplido en la vida de Jesus, hijo de la Santísima Vír»gen María.

»Visitaron á Muley frecuentemente algunos sabios y piado»sos esclesiásticos. Los escuchó con atencion y paciencia, y les »respondió con tanta dulzura, que al fin, convencido de la ver»dad de la religion cristiana, recibió el bautismo. Entónces hizo »con el conde de Tendilla un tratado por el cual se permitia á »todos los moros que no quisiesen renunciar los errores del »mahometismo, retirarse á Africa; y á los que abrazasen el cris»tianismo se les ofrecia un tratamiento igual al de los otros va»sallos del rey.

»En virtud de este tratado, muchísimas familias moriscas »dejaron el reino; pero tambien muchos moros abrazaron el »cristianismo.

»Los reyes Fernando é Isabel quisieron recompensar el »valor de D. Enrique, y agradecerle el servicio hecho á la reli-

»gion y al Estado. Para ello lo honraron con la cruz del órden »de Alcántara.

»No he podido ménos de extenderme sobre este suceso nota»ble de la vida de D. Enrique; porque, ya sea por envidia ó por »ignorancia, se ha omitido en nuestras historias, aunque está »circunstanciado en la patente, cuyo original he visto y leido »en los archivos del órden de Alcántara, con fecha del »año 1499.

»Como sólo escribo esto para provecho é instruccion de mi »sobrino, en quien se reunen las dos ramas segundas de los »descendientes de aquel D. Enrique, no hablaré de la línea de »Don Francisco, su hermano mayor.»

»Aquí da cuenta el manuscrito de nuestra genalogía en los »mismos términos que os dije, y continúa así:

»Don Bernardo, mi tio, sirvió de voluntario desde la edad »de diez y nueve años, bajo las órdenes del duque de Medina»Sidonia, virey de Sicilia, y se halló con él en la toma de la isla »Gelves; pero la armada de los infieles, que cayó sobre el virey »cuando ménos lo esperaba, derrotó una parte de su gente, y »redujo la otra á esclavitud; faltando muy poco para que él »mismo quedase prisionero. Uno de sus hijos, que se encontró »en el mismo navío donde estaba D. Bernardo, hizo vigorosí»sima resistencia, pero inútil, porque los otomanos llegaron al »abordaje y se apoderaron del navío, llevándoselo con los »prisioneros á Trípoli.

»Verificóse este suceso en el año de 1559. Pusieron el rescate »de D. Bernardo á tan alto precio, que se vió precisado á ven»der casi todos sus bienes para salir de una esclavitud que le »duró tres años, y que su dueño hacia más dura é intolerable »cada dia; pues como supo su amo que era de una de las mejo»res familias de España, y áun pariente del virey, se propuso

»forzarlo á que se rescatara al precio que le dictara su antojo.

»De vuelta á España, fué presentado á Felipe II, que reinaba »entónces. Lo recibió benignamente, y tuvo la dignacion de es»peranzarlo en alguna indemnizacion de lo padecido. Por de »contado le confirió una compañía.

»El grande *O'Neal*, irlandés, estaba á la sazon incógnito en »Madrid para negocios muy importantes; y habia llevado con»sigo á su hija, á efecto de dejarla monja en algun conven»to de España. Esta señora vivia en casa de la condesa de Al»caudete, cuyo marido era gobernador de Orán y coronel del »regimiento en que estaba la compañía que acababan de dar á »Don Bernardo. Como éste se preparaba para marchar á su regi»miento, que se hallaba en Orán, necesitó frecuentar la casa de »la condesa, esposa de su coronel. En todas sus visitas logró »ver á la madamisela irlandesa, de la que se enamoró ciega»mente, y fué tan dichoso, que la hermosa señorita le corres»pondió con inclinacion recíproca.

»Confió su pasion á la condesa, y la suplicó que se intere»sara por él con el padre de la dama; lo cual verificó ella al dia »siguiente. O'Neal fué á visitar á la condesa, y ella dejó caer »la conversacion sobre D. Bernardo, y habló de su familia, de »su carácter, de sus bienes y de sus desgracias.

»Como hablaba sólo con la mira de servir á D. Bernardo, dijo »tanto, que ladeó el ánimo de O'Neal á favor suyo; y aprove»chándose de tan favorables disposiciones, obtuvo su consen»timiento para casar á su hija con un caballero de aquel méri»to, cuya alianza le honraba. Vió á D. Bernardo, le gustó su »persona y ratificó lo prometido. Formalizáronse los contratos, »y se celebró el matrimonio el dia 1.° de Enero de 1562. En Fe»brero siguiente partió D. Bernardo á servir su compañía, y de»jó á su esposa con la condesa.

»Fué tan bien recibido del gobernador como habia sido reco»mendado. Pasóse lo restante del año quietamente; pero en el »de 1563, Salarraz, rey de Argel, perturbó el reposo con el si»tio de Orán y de Mazalquivir.

»Sitiaron los infieles á Orán con diez mil hombres y muchos »navíos y galeras, para privar á la plaza de cuantos socorros »pudiese recibir de España ó de Italia. Sobre todo esto llevaban »veinte piezas de artillería de grueso calibre, que para aquel »tiempo era una artillería formidable.

»Defendiéronse los sitiados con obstinado valor; y, luego que »vieron formada brecha suficiente para un asalto, determina»ron, á pluralidad de votos, morir ántes que aceptar capitula»cion alguna.

»Por fortuna suya, y cuando ménos lo esperaban, porque ya »los bárbaros se disponian á un asalto general, se presentó Don »Juan de Córdoba, general de las galeras de España, con un »socorro que traia de Cartagena. Al verle huyeron los mahome»tanos con priesa y confusion, abandonaron sus cañones á los »sitiados, y se embarcaron lo mejor que pudieron para salvarse »en Argel. D. Juan los persiguió porfiadamente, les dió caza, y »les tomó veintidos galeotas y tres navíos.

»Despues de este descalabro, se contentaron los moros con »amenazar otro sitio para el año siguiente. Pero como el rey »aprontase una poderosa escuadra, bajo las órdenes de D. Gar»cía de Toledo, tuvieron los moros por conveniente dejar para »otro tiempo el efecto de sus amenazas.

»Hirieron peligrosamente á D. Bernardo en este sitio, y el »conde de Alcaudete lo envió á Madrid, en donde, habiendo »encontrado cirujanos más habiles que los de Orán, quedó com»pletamente curado de sus heridas.

»En el año de 1564 parió su mujer un hijo, á quien llama-

»ron Juan, en el castillo de Estella, donde dejó á la madre y al »hijo para embarcarse en la escuadra destinada á la toma del »Peñon. Esta fortaleza fué antiguamente edificada por el conde »Don Pedro Navarro, sobre las costas de Africa, y se hallaba »entónces en poder de los moros.

»Dos años despues de esta expedicion enarbolaron el estan»darte de la rebelion los moros del reino de Granada. D. Ber»nardo, á quien el rey acababa de dar un regimiento, fué en»viado para castigarlos, bajo las órdenes del marqués de Mon»déjar. Quedaron los rebeldes derrotados en siete diferentes »acciones.

»El año de 1566 fué notable por la muerte del infante Don »Cárlos. La duquesa de Parma, hermana natural del rey, era »entónces gobernadora de los Países-Bajos. Fué hija del empe»rador Cárlos V. Los pueblos de las diez y siete provincias no »se acomodaban á ser gobernados por una mujer. Empezaron »murmurando, y acabaron amotinándose. El populacho, uni»do con los de la religion reformada, se abandonó á toda suer»te de violencias.

»Envió el rey al duque de Alba para apaciguar la subleva»cion en sus principios. Este, léjos de suavizar los ánimos, los »irritó más con la prision de los condes de Egmon y de Horn y »tuvo fortuna el príncipe de Orange en haberse escapado á »tiempo, que si nó, hubiera tenido infaliblemente la misma »suerte que los otros dos, á quienes el nuevo gobernador man»dó cortar las cabezas en el mes de Junio. Dícese, que cuando »vieron los condes que el príncipe se escapaba, le dijeron: »*Adios, príncipe sin tierras*; y que él les replicó: *Adios, condes »sin cabezas.*

»En 1567 O'Neal, suegro de D. Bernardo, excitó una especie »de sublevacion en el Norte de la Irlanda, con designio de res-

»tablecer aquel reino en su libertad antigua, sacudiendo el yu»go de la Inglaterra, de volver á la nobleza todos sus derechos »y prerogativas, y de restablecer la religion católica romana, »que la reina Isabel de Inglaterra queria abolir en los tres »reinos.

»Fué desgraciadamente asesinado por uno de los suyos. Cau»só esta noticia tanta afliccion en la esposa de D. Bernardo, que »á la sazon estaba en cinta, que murió de resultas de haber mal»parido.

»Inconsolable quedó D. Bernardo de haber perdido tan buena »esposa, y sentidísimo tambien del trágico fin de su suegro. »Tenia este señor mucho crédito en la corte de España; y él fué »quien más contribuyó á que confiriesen á su yerno el regi»miento que él mandaba. Y aparte de esto, como sacaba ocul»tamente, de tiempo en tiempo, remesas considerables para »contribuir al éxito de la ya mencionado empresa, ayudaba á »la manutencion de D. Bernardo; de manera que éste no se da»ba priesa á solicitar las sumas devengadas que la corte le debia, »así por sus propias pagas, como por el vestuario de su regi»miento, hecho á costa suya, desde el tiempo que fué nombra»do coronel.

»Los rigores del duque de Alba en los Paises-Bajos, en vez de »apagar el fuego de la sublevacion lo encendian más. A pro»porcion de su severidad se iban irritando más los flamencos. »Esto obligaba al rey á enviar sus mejores tropas á aquel país »para reducir á sus habitadores.

»Nombraron al regimiento de D. Bernardo para aquella expe»dicion; y él fué á Madrid á solicitar, no solamente sus sueldos »caidos, sino tambien el vestuario antiguo de su regimiento, »con más las cantidades necesarias para vestirlo de nuevo án»tes de que se pusiera en marcha.

»Recibióle el ministro con la mayor urbanidad, le dió bellísi»mas palabras, lo fué entreteniendo, y ved aquí todo lo que pu»do sacar. D. Bernardo, que era de natural altivo, tomó el asun»to por caso de honra: pidió dinero prestado sobre sus bienes, »volvió á vestir á su regimiento, lo puso en marcha para Cádiz »y lo embarcó en un navío de transportes, al mando de su te»niente coronel; y él fletó otro bastimento más ligero, é hizo »vela hácia los Países-Bajos con alguna anticipacion.

»A pocos dias de viaje lo sorprendió en alta mar un huracan »violento, que obligó á echar abajo todos los mástiles de la em»barcacion y á entregarse á merced de las olas.

»Fueron juguete de las aguas veinticinco dias, siempre con»trastados por el furor de los vientos, hasta que, en fin, se vie»ron arrojados á las costas del Plimouth, en Inglaterra, donde »naufragaron. Perdieron cuanto tenian; pero por gran felicidad »escaparon todos con las vidas.

»En tan triste estado escribió D. Bernardo á D. Gerardo de »Spesio, embajador entónces por el rey de España en la corte »de Isabel. Envióle este señor al instante dinero para que se »equipara y para trasladarse á Lóndres, adonde le mandaba ir »porque su persona podria ser útil al servicio del rey.

»En aquel tiempo, hácia fines del año 1568, habia ya algunas »desavenencias entre la corte de España y la de Inglaterra, por »cierto dinero que unos comerciantes genoveses habian presta»do al rey, enviado al duque de Alba para pagar y vestir las »guarniciones de los Países-Bajos.

»Los navíos que trasportaban este dinero para los genoveses, »perseguidos por algunos armadores franceses, buscaron asilo »en los puertos de Inglaterra, y se refugiaron á Plymouth, á Fal»mouth y á Southampton.

»Noticiosa la reina de que aquel dinero era enviado contar

»los flamencos (que ella bajo mano sostenia), se apoderó de to-»do dando seguridades á los comerciantes genoveses.

»Sabido por el duque de Alba, se echó sobre todos los efectos »pertenecientes á los comerciantes ingleses en los Países-Bajos, »y la reina, por contrarepresalla, hizo aún más con los flamen-»cos en Inglaterra.

»En el mes de Enero del año de 1569 publicó la reina, para »justificar su procedimiento, que el duque de Alba habia sido el »agresor; y echó la culpa de todo al embajador de España. Este »se defendió, y dió á entender, que no tanto la reina, cuanto »los enemigos de España, esparcian aquellos rumores; y para »justificarse más plenamente, dijo por último que la reina era »la causa principal de las disensiones; y áun habló á S. M. en »términos tan poco medidos, que enojada mandó arrestar al »embajador, cuyo arresto duró dos dias, y además se quejó »amargamente al rey de su ministro.

»Apocos dias de haber sufrido el embajador esta afrenta, lle-»gó D. Bernardo á Lóndres. El ministro miró aquel procedimien-»to de la reina como un insulto hecho á la persona de su amo, »que él representaba. Envió, pues, un correo á la corte de Ma-»drid, quejándose amargamente de la corte de Inglaterra.

»Apenas supo el rey el embargo del dinero de los genoveses »en Inglaterra, cuando se apoderó de todos los efectos de los »ingleses que se hallaban en sus reinos y dominios, y trabajó »cuanto pudo para excitar una sublevacion en Inglaterra y en »Irlanda.

»Aunque no habia guerra formalmente declarada entre Es-»paña é Inglaterra, no dejaban los ingleses de hacer presas con-»tinuas de embarcaciones españolas. Estos excesos llegaron á »tanto, y perjudicaron de tal manera á los vasallos de España, »que llegó á temer la reina una guerra abierta entre las dos co-

»ronas, y para precaverla tomó el sabio partido de prohibir to»talmente á sus vasallos que inquietaran á las naves Espa»ñolas.

»Mientras estaba D. Bernardo en Lóndres, envió órdenes á su »administrador en España para que tomase dinero sobre sus »bienes, bajo el mismo pié que lo habia él tomado ántes de su »partida, y que lo dirigiese á Flándes; y el tomó en Inglaterra »de un comerciante letras de cambio para equiparse; despues »de lo cual se dispuso á marchar á su regimiento, que habia »arribado más felizmente.

»Dió parte al embajador de su intencion de embarcarse para »les Países-Bajos. Este le dijo, que no pensaba del mismo modo, »pues ántes bien queria emplearlo allí más útilmente en servi»cio del rey para un negocio que no seria largo. Con todo, le »añadió, será del caso que continueis los preparativos como si »efectivamente hubiéseis de partir, y que salgais ántes que »vuestros criados: despues os alojareis en una casa particular »(y le indicó cuál): saldreis lo ménos que pudiéreis: por ningun »caso ireis á mi casa; y yo iré á la vuestra muy á menudo.

»Y como mis visitas no pueden ménos de causaros algun gas»to, y son relativas al servicio del rey, no seria justo que lo pa»gáseis. Diciendo esto, le puso en la mano una bolsa con qui»nientas guineas, previniéndole que le avisase luego que estu»viese en su nueva casa; pero sobre todo, continuó el embajador, »tened mucho cuidado de que vuestros sirvientes no sospechen »que os quedais aquí.

»En virtud de estas instrucciones embarcó D. Bernardo su »familia, y juntamente su equipaje, sobre el Támesis, con ór»den de que fuesen á Douvres, en donde él los alcanzaria por »tierra; pero que en todo caso, si él no estaba ya allí á su lle»gada, partiesen luego y se embarcasen sin esperarlo; y que

»llegados á tierra firme, prosiguiesen su camino á Bruselas, le »alquilasen una casa en la vecindad de la corte, ó, si era posi- »ble, sobre el Sablon.

»Embarcados sus criados, entró D. Bernardo en su nueva ca- »sa, que era aseada y cómoda. Dadas sus primeras disposicio- »nes, fué á casa del señor D. Gerardo á despedirse de él; y lo hi- »zo á presencia de los criados, quienes creyeron que marchaba »efectivamente. Pero en particular, dió cuenta de todo á su ex- »celencia y se retiró á su casa.

»No habia cuatro horas que estaba en ella, tenido por un comer- »ciante genovés, que se llamaba *Brocardo*, cuando llegó un la- »cayo preguntando por el Sr. Brocardo. Entrególe una carta del »embajador, en que S. E. le decia que como no podria pasar sin »algun criado, le enviaba un italiano que hablaba muy bien el »inglés, y que era de toda su confianza por tenerle muy cono- cido; y además le prevenia en la carta, que aquel mozo seria prò- »pio para su correspondencia recíproca; pero que nunca lo en- »viase de dia á su casa. Y concluia la carta con que aquella »misma noche iria á cenar el embajador con el fingido genovés; »que diese las órdenes á su nuevo lacayo para que preparase »una buena cena, porque S. E. llevaria tambien algunos ami- »gos; que el lacayo estaba en todo, y que el señor Brocardo po- »dia mirarlo desde aquel dia mismo como criado suyo.

»A eso de las seis de la tarde quedó admirado el comerciante »fingido de ver llegar á su casa el marqués de Viteli, acompaña- »do de un hombre que llevaba una caja.

»Retirado el portador, abrió el marqués la caja y dijo al se- »ñor Brocardo que allí le entregaba seis mil guineas, con co- »mision de que las distribuyese, así como tambien otras su- »mas que se le irian entregando á ciertas personas que se le pre- »sentarian con billetes; especificando la cantidad que cada uno

»habia de recibir, y trayendo una señal, que le dió tambien.

»Seguidamente le confió el marqués que el habia sido enviado á Inglaterra con el pretexto aparente de terminar y componer las desavenencias sobrevenidas entre ambas cortes; pero »que el verdadero motivo de su viaje era ponerse á la cabeza »de las tropas que el duque de Alba debia enviar para auxiliar »y sostener á los condes de Northumberland y de Westmorland »dos señores que podian mucho en el Norte de la Inglaterra y »que tramaban una sublevacion en aquel reino; y que á este »fin se habian omitido en sus instrucciones ciertas formalidades »que las hacian defectuosas, á fin de aprovechar el tiempo necesario para enmendarlas en atender cuidadosamente á cuanto »se hacia.

»Que el duque de Alba se habia empeñado en sostener aquellos dos señores con tropas escogidas que habia de enviarles »de los Paises-Bajos; que habia ya enviado al gobernador de »Dunkerque, disfrazado de marinero, con gentes expertas en el »pilotaje, para examinar y sondear los puertos de Inglaterra, »y ver cuáles eran más á propósito para un desembarco; pero »que sin embargo no queria aventurar las mejores tropas del »rey sin asegurarse primero del número de hombres que dichos »señores podrian juntar. Que además de esto, queria ver cómo »tomaba el pueblo el motivo que alegasen para justificar la »agresion; notar á qué se determinaban los catolicos romanos »de Inglaterra, que andaban como asombrados desde la prision »del duque de Norfolck; y en fin, averiguar qué partido tomaria »la nobleza anglicana en general, y cuántas tropas podria alistar la reina Isabel. Aguarda el duque, continuó Viteli á que yo »le envie una noticia fiel sobre todos estos artículos, sin la cual »le será muy dificultoso determinarse. Los dos condes cenarán »con nosotros esta noche. Y en cuanto á vos, así el señor emba-

»jador como yo, hemos juzgado oportuno deteneros en Inglater»ra, á fin de disciplinar los paisanos que hande armar los men»cionados condes. Para ello pronto tendreis precision de mar»char hácia el Norte de Inglaterra: allí encontrareis muchos su»jetos vuestros conocidos, y varios oficiales de crédito, con »quienes ya habeis servido, y que han estado dispersos y ocul»tos en las casas de los caballeros y de los principales malcontentos.

»Cerca de dos horas habia que el marqués de Viteli estaba »con Brocardo cuando entraron á decirle á éste al oido que el »conde de Northumberland queria verle.. Mandó que lo intro»dujeran, y se lo dijo al marqués. En este intervalo le enteró »Viteli en pocas palabras de quién era este conde, que habia »venido á pié, embozado en su capa y sin criado alguno.

»Aun estaban en los primeros cumplimientos, cuando entró »el conde de Westmorland. El otro conde saludó á este por su »nombre, y en alto, sin duda por equivocacion.

»Don Bernardo, que representaba ya con mucha propiedad »el papel del señor Brocardo, les insinuó que seria á propósito »el estár más sobre sí, no fuese que oyéndolos nombrar alguno »de la casa excitase cierta curiosidad, y áun originase algunas »sospechas, cosa nada extraña, notando que unas personas de »su clase iban á visitar, como de oculto, á un simple comer»ciante; y que de la curiosidad podrian pasar á las informacio»nes, y de éstas seguirse consecuencias peligrosas, y acaso fa»tales.

»Aprobaron unánimes las reflexiones de Brocardo, y confe»saron que nunca sobrarian las precauciones. El conde de »Westmorland puso la mano sobre el hombro al fingido comer»ciante, y le dijo: vaya, amigo, espero que tendremos en vos »un correspondiente celoso y fiel: tengo dos mil piezas de reti-

»na ordinaria que entregaros, y no dudo que nos dareis buena »cuenta de ellas, porque llegarán oportunamente para poder »sacar buen partido.—Y yo tengo tres mil, añadió el conde de »Northumberland. (Por piezas de retina entendian ambos los »hombres alistados). Brocardo, que los comprendió, les dijo que »aunque tuviese cada uno diez mil no eran sobradas: que él »sabia dónde emplearlas con provecho y que cabalmente era el »género de que más necesidad habia en la feria.

»El embajador, que ya habia enterado á los condes de lo que »era D. Bernardo, llegó tambien embozado y solo.—Señor Bro»cardo, dijo despues de saludar, os traigo el importe de las le»tras de cambio que girásteis sobre mí; y traigo el dinero enci»ma porque está en oro: desembarazadme de él: tomad ese saco; »y no os canseis en contarlo, porque viene cabal en mil y qui»nientas guineas. Cuento con entregaros algo más mañana.— »Despues entráron en la materia, que era motivo principal de »aquella secreta concurrencia.

»Ambos condes ingleses sostenian que, si se procuraba des»embarcar un buen cuerpo de tropas regulares, al mismo tiem»po que publicasen su manifiesto, se animarian con aquello »ciertas gentes de importancia, que de otro modo no se atreve»rian á declarar; y que, si se veian apoyados, se pondrian de »su parte y obrarian con ellos.—Los españoles fueron de dictá»men contrario, dando por razon: que el Cuerpo de la nacion »inglesa, y particularmente el pueblo, miraba con antipatía na»tural todo lo que era extranjero: que era un pueblo celosísimo »de su libertad: que por poco que los enemigos les diesen á en»tender que aquellos extranjeros venian á conquistar su país, »aumentando las cosas, como infaliblemente las aumentarian, »sucederia que áun los mismos que, sin esto, hubieran abraza»do su partido, llevados por la buena causa, léjos de unírseles,

»ó de mantenerse á lo ménos neutrales, se unirian á sus ene-
»migos y formarian causa comun contra las tropas españolas,
»miradas como un enemigo público.

»Otras muchas más objeciones y alegates se hicieron; como
»por ejemplo, ¿qué fuerzas suficientes se tendrian en el país?
»¿qué fortalezas? ¿qué puertos sobre las costas, ya para desem-
»barco, ó ya para asilo, en casos apretados? Y tambien: que era
»absolutamente necesario tener algun puerto á su disposicion,
»por si el suceso no correspondia á la justicia de la causa que
»abrazaban: causa tanto más justa, cuanto era la de su sobe-
»rana, la de su reina, la de una soberana engañada y estrecha-
»mente presa por la traicion y mala fe de la usurpadora de sus
»derechos; pues no habria casuista tan atrevido que osase de-
»fender los infundados derechos de Isabel contra los de María,
»cuya legitimidad estaba tan auténticamente reconocida; sin
»que tampoco, por parte del nacimiento, pudiese Isabel formar
»pretension alguna respecto de no ser de matrimonio legítimo;
»ni ménos alegar derecho al testamento del rey Enrique, por-
»que éste no tenia facultades para disponer de la corona con
»perjuicio de la heredera legítima, que es la reina de Escocia; y
»además, que si se hiciese al rey una proposicion como la indi-
»cada por los condes, daria motivo á su majestad para que sos-
»pechase que estos señores no tenian un partido tan fuerte
»como se lo habian pintado; y que al contrario, la reina Isabel
»tenia muchos ménos enemigos que los que se habian públi-
»cado en la corte de Madrid. Que no siendo factible juntar cier-
»to número de tropas, áun sobre las costas de los mismos do-
»minios del rey, sin causar recelos á la corte de Inglaterra, lo
»seria todavia ménos desembarcarlas en la isla. Que las medi-
»das que tomaria la reina para estorbar un desembarco, harian
»abortar sus disignios, arruinarian las esperanzas de la desven-

»turada reina prisionera, ocasionarian una declaracion de guerra »entre Inglaterra y España, y proporcionarian á los rebeldes de »los Países-Bajos la proteccion abierta y declarada de la reina »Isabel. Pero que si, por el contrario, pudiesen por sí mismos, »no sólo hacer frente á las tropas que alistase Isabel, sino tam»bien sacar de su prision á la reina de Escocia y fortificar su »partido con un jefe de tanta nota, entónces podria el rey qui»tarse la máscára y no necesitar de miramientos ni contempo»rizaciones con Isabel, y enviar cuantas tropas juzgasen ellos »necesarias; bien que, segun la natural aversion de los ingleses »á los extranjeros, seria acertado no enviar más que una cuar»ta parte de las que levantasen los naturales del país, con las »que se uniesen las tropas españolas.—Que, en cuanto al di»nero, su majestad católica estaba pronto á suministrar las »necesarias sumas para la empresa; y que ya habia remitido »500.000 duros para que se entregasen á los condes allí pre»sentes. Que aquel dinero se iria trasportando secretamen»te á la casa del señor Brocardo; y que los condes lo irian pi»diendo como lo juzgasen á propósito, y con todas las precau»ciones que ellos mismos prescribiesen.

»Por más plausibles que fuesen dichas razones, de ningun »modo gustaron á los condes. Representaron todavía, que unas »tropas tan nuevamente levantadas, sin disciplina ni práctica, »no podrian servir de mucho, y que les parecia preciso mez»clarlas con hombres aguerridos.—A esto se les respondió, que »tenian en el Norte de la Inglaterra muchos buenos oficiales de »experiencia y servicios que podrian disciplinar á sus reclutas, »y que á ellos se juntaria D. Bernardo, que allí estaba presente: »fuera de que no se podia, sin injusticia, dudar de la capacidad »del marqués de Viteli. Que el rey lo habia enviado con antici»pacion para tomar el mando en jefe de las tropas dispuestas á

»marchar á su socorro á la primera noticia de que los ingleses »empezaban á alborotarse.

»Los mencionados condes tuvieron despues muchas conferen»cias en casa del señor Brocardo; pero, por más que hablaron »é hicieron, no pudieron convencer á los españoles á que aven»turasen un desembarco de tropas.

»Mas, por último, el conde de Westmorland, particular y »personalmente descontento de la reina Isabel, por haberle qui»tado y adjudicado á otro unas ricas minas de cobre que, por »derecho y leyes del país eran suyas, como descubiertas en ter»reno propio; el conde, digo, descontento, se dejó arrebatar de »su queja y atrajo á su partido al conde de Northumberland.

»Partieron al Norte de la Inglaterra y se llevaron consigo á »Don Bernardo, trasportando al mismo tiempo el dinero recibi»do de España. Determinarlo y enarbolar el estandarte de la re»belion, todo fué uno, áun sin haber tomado las medidas con»venientes para semejante atentado. Verdad es que se vieron »como forzados á la alternativa de abandonar para siempre su »intento, ó de declararse como lo hicieron; porque Isabel, des»cubiertas ya sus tramas, los llamó á la corte, y viendo que se »excusaban reiteró sus órdenes en términos tan fuertes y preci»sos, que conocieron positivamente que la reina lo sabia todo »por la traicion de alguno.

»Las cartas y demás papeles de D. Bernardo que paran en »mi poder, y de donde he sacado la mayor parte de lo concer»niente á su vida, contienen una relacion circunstanciada de »las consecuencias de la rebelion, que fué tan funesta á los je»fes ya nombrados. Pero como este asunto nada tiene de co»mun con mi principal objeto, lo pasaré en silencio, y sólo di»ré, que Isabel mandó trasladar á la reina de Escocia, su com»petidora, á una plaza fuerte que los rebeldes no podian sitiar,

»así por no tener más que 4.000 infantes y 600 caballos, como »por la indisciplina de esta gente, á la que Isabel podia oponer »más de 20.000 hombres de tropas arregladas. De manera que »los rebeldes, no atreviéndose á presentarse, se retiraron más »hácia el Norte donde esperaban aumentar considerablemente »su número; pero ya era tarde. No tan sólo no se les unió gente »alguna, mas ni sus mismas tropas les quedaron, porque se fue»ron disminuyendo poco á poco, así por la desercion, como por »la propia seguridad que cada cual fué buscando.

»El conde de Northumberlan y D. Bernardo se refugiaron á »Escocia, y el conde de Westmorland se retiró á Flándes, donde el rey le concedió una ligera pension para vivir.

»Llegado D. Bernardo á Edimbourg encontró una embarca»cion escocesa cargada cabalmente para Cádiz, en la cual tomó »lugar en calidad de pasajero. Hizo cuanto pudo para persua»dir al conde de Northumberlan que se pasase con él á España; »mas no lo pudo conseguir, porque todavía animaban al conde »algunas remotas esperanzas sobre verificar su primer designio, »fundadas en unas cartas de un tal Dacres, que le lisonjeaban »de un socorro pronto y poderoso reducido á algunos hombres »mal disciplinados, que efectivamente presentó Dacres, pero »fueron al instante dispersados. Viendo D. Bernardo el enca»prichamiento del conde, se despidió de él y se embarcó para »España. Tuvo un viaje felíz y apénas llegó á Cádiz, cuando »marchó en posta á la corte. Presentóse al ministro, y éste dió »parte de su llegada al rey. S. M. le concedió una larga audien»cia, y oyó, con atencion y bondad, la relacion que le hizo de »todo lo perteneciente á la intentada sublevacion.

»No manifestó el monarca admiracion ni enojo. Como tan »constante y firme, dijo solamente despues de haberlo oido todo »con gran paciencia: No tuve las mejores esperanzas del éxito

»de la empresa, luego que supe la prision del duque de Nor-»folck.

»Tú, Bernardo, añadió el rey, puedes servirme más útilmen-»te quedándote aquí que yendo á Flándes á buscar tu regi-»miento. Yo te nombro mayor general.

»Dió D. Bernardo las gracias á S. M., y le pidió al mismo »tiempo licencia por un mes para ir á poner en órden algunos »negocios domésticos. Concediósela el rey como la pedia, sólo »por un mes.

»Desde palacio fué á verse con el ministro, quien le entregó »su patente de mayor general; y luego, aprovechándose de la »licencia obtenida partió en diligencia á Estella. Allí encontró »los negocios de mi padre tan perdidos que, para aliviarle, nos »llevó á su casa á mi hermana y á mí y nos confió al cuidado »de una buena dueña, encargada ya de la educacion de su »hijo.

CAPÍTULO II.

Continuacion del precedente.

»Puso D. Bernardo en órden sus cosas lo mejor que pudo y »se volvió á la corte. En su primera audiencia le dijo el rey »que lo habia destinado para acompañar á Irlanda á D. Juan de »Mendoza, y que de allí á unos diez dias les daria sus instruc»ciones: que entre tanto viese al ministro, quien le hablaria »más ampliamente sobre el punto.

»Recibió efectivamente sus órdenes é instrucciones al tiem»po prefijado; y dispuesto ya todo para la partida, marcharon »él y D. Juan á Cádiz, donde se embarcaron á bordo de una »fragata ligera. Con viento favorable y la travesía corta, tuvie»ron un agradable viaje y llegaron felizmente en pocos dias á »las costas de Irlanda.

»Cubrió D. Bernardo los motivos de su viaje á Irlanda con »el pretexto de ver á los parientes de su mujer difunta, con el »de enterarse de los asuntos de su familia, y con el de entablar »sus pretensiones sobre la parte que debia venir á su hijo de los »derechos de su madre.

»Don Juan se dió por un amigo de D. Bernardo, que habia »querido acompañarle, sin más motivo que el de ver un reino

»cuyos habitadores antiguos se dice que eran una colonia de »pueblos originarios de España.

»Pero el verdadero objeto de su viaje era una órden secreta »de la corte para examinar bien la situacion de aquel reino y »la disposicion de los ánimos entre la nobleza irlandesa, como »tambien qué número de hombres podrian aprontar los católi- »cos romanos, qué puertos de mar podrian más fácilmente ser »tomados y dónde se desembarcarian con más comodidad las »armas y municiones de que venia cargada su fragata, para dis- »tribuirlas despues entre las familias antiguas del país.

»Viendo el rey la tenacidad de los flamencos, sobre quienes »producian un efecto contrario al que se aguardaba los rigores »y severidad del duque de Alba, sospechó que estuviesen asis- »tidos y animados, bajo mano, por la reina Isabel. Entónces se »dispuso á todo S. M., para en caso de que aquella princesa »abrazase abiertamente los intereses de los flamencos, y pre- »paró lo necesario para darla que hacer en su propio reino.

»Fueron sumamente bien recibidos D. Bernardo y D. Juan, y »en especial D. Bernardo logró cariñosa acogida de los parien- »tes de su mujer.

»Encontraron cuanta felicidad quisieron para desembarcar sus »armas y municiones; las distribuyeron en diferentes casas, so- »bre todo entre los parientes de D. Bernardo, y permanecieron »en aquel país hasta el mes de Enero del año de 1570.

»Aguardaron para embarcarse la estacion del invierno, á fin »de evitar la escuadra del conde de la Marck, compuesta de »24 navíos de línea, que habia ya causado bastantes males á los »españoles; y cumplida su comision, se embarcaron para Es- »paña. No fué su viaje de vuelta tan gustoso como el de la ida; »pero, por lo menos, no tuvieron contratiempo alguno. En Cá- »diz no se detuvieron, tomaron la posta y marcharon en dili-

»gencia á la corte. Dieron al rey cuenta puntual de todo lo he»cho, descubierto y notado, y S. M. se mostró satisfechísimo »de lo bien que habian desempeñado una comision tan de»licada.

»Dignóse el rey de decir á D. Bernardo que no olvidaba sus »pasados servicios, y que su intencion era recompensarlo con »proporcion á su mérito; pero que, miéntras tanto, podia irse á »descansar de sus fatigas por algunos meses, asegurado de que »no lo olvidaria.

»Aquel año fué notable por la liga entre el Papa, el rey de Es»paña y los venecianos contra los turcos, que habian tomado á »estos últimos la isla de Chipre; lo fué tambien por la famosa »victoria de Lepanto, que ganaron los cristianos contra los in»fieles; y asimismo por el valor y sabia conducta de D. Juan de »Austria, hermano natural del rey, que mandaba los ejércitos »de la liga.

»No habia un mes que estaba D. Bernardo en su casa, cuan»do fué llamado á la corte á instancia de este príncipe que lo »apreciaba mucho, y que se lo pidió al rey para aquella expe»dicion en términos que lo honraban excesivamente.

»Púsose D. Bernardo en camino por Abril. Así que llegó á la »corte fué á rendir sus respetos al príncipe, quien lo presentó »al rey. S. M. lo distinguió mucho, lo ascendió al grado de te»niente general, le regaló 2.000 doblones para su equipaje, y »le prometió además, que á la vuelta de la expedicion se le pa»garian todos sus caidos, así de sueldos, como de adelantamien»tos pecuniarios á fin de vestir su regimiento.

»Dispuesto todo para la salida de la armada, se señaló por »punto general de reunion el faro de Mesina, desde donde se »hicieron á la vela el 10 de Setiembre para ir á encontrarse con »la armada turca.

»Tanto se ha hablado de esta batalla famosa, que desde luego »podré pasar en silencio lo que de ella dice D. Bernaido en sus »memorias; y me ceñiré únicamente á referir las circunstancias »que tengan alguna relacion particular con su persona.

»Mandaba seis galeazas grandes, armadas con 60 cañones, »y tripuladas cada una con 400 hombres escogidos, que forma»ban la vanguardia de la armada. Al principio del combate tu»vieron los infieles la ventaja del viento, que llevaba todo »el humo de sus buques á los cristianos. Pero poco les du»ró; porque cesó el viento, se aprovechó de la calma Don Ber»nardo, mandó remolcar sus buques por algunas galeras, y »á favor de esta maniobra se avanzó al enemigo, y empe»zó á ponerlo en desórden. Con su ejemplo se abrió paso á la »victoria lo restante de la armada; y fué una de las más seña»ladas que se hubiesen conseguido desde la famosísima de *Ac»tium*. Una accion tan lucida como aquella le valió, despues del »combate, elogios y gracias de todos los generales; y aparte de »esto, D. Juan de Austria, príncipe magnánimo, informó parti»cularmente á la corte de que al valor y prudencia de D. Ber»nardo habia debido el mundo cristiano aquella victoria, que »habia costado á los turcos 200 galeras, 30.000 hombres, 5.000 »prisioneros, y dado libertad á 20.000 cristianos míseros es«clavos.

»Dia 7 de Obtubre se verificó aquella accion gloriosa, que em»pezó á las cinco de la mañana y acabó con el dia.

»Don Bernardo fué peligrosamente herido en la barriga de »un astillazo, en términos que no se contaba con su vida.

»Estimábalo mucho ántes D. Iuan de Austria, pero creció el »aprecio con el servicio hecho á la cristiandad. Fué este prínci»pe á visitarlo, y envió á sus propios cirujanos para que lo cu»rasen. Así que lo vieron pronosticaron muy mal; pero agota-

»ron en él toda su habilidad y ciencia, y tanto hicieron que, »á fuerza de cuidados, lo sacaron de peligro; bien que pasaron »más de seis semanas antes de que lo estuviese, y cerca de »nueve meses antes da poder salir.

»De vuelta á la corte lo recibió el rey con mucha benignidad »y agrado; y le dijo, que el generalísimo le habia hecho justicia »en la relacion del combate.

»Con tales alabanzas de la parte de un monarca, que no era »pródigo de ellas ni las daba en balde, le tributaron los corte»sanos mucho incienso, moneda comun de las cortes. Recibió »sus cumplimientos con suma modestia, pensó despues en sus »negocios, y solicitó el pago de sus sueldos caidos y de los cau»dales que habia adelantado.

»Prometiéronle el pago de todo; y con tales promesas iba tres »ó cuatro veces cada semana á la secretaría de la Guerra; de la »que regularmente sacaba elogios y promesas; pero nada más.

»Por ultimo, cansado de diligencias y esperanzas, presentó »un memorial al rey, cabalmente delante del ministro de la »Guerra, á quien S. M. reconvino seriamente. El ministro se »disculpó con las muchas ocupaciones esenciales al servicio »de S. M. que no sufrian dilacion; y añadió: que un oficial como »Don Bernardo no podia ignorar el estado de los negocios mili»tares, á que debiera haber tenido alguna consideracion, y dis»pensádose de importunar á S. M. con tales bagatelas.

»Don Bernardo respondió, con alguna entereza, que el ver »sus bienes entre manos de acreedores, y á su hijo reducido á »la miseria por haber él servido á su rey con tanto celo, no era »en verdad cosa de bagatela.

»Su vivacidad le llevó más allá de lo que convenia á un vasa»llo en presencia de su rey. Este dijo al ministro con pausa, »pero con sequedad: páguesele desde luego sin examinar sus

»cuentas; y no vuelva yo á oir más semejantes reconvenciones.
»Dicho esto, volvió la espalda y se entró en su gabinete con el »ministro.

»Al otro dia envió á llamar á D. Bernardo D. Juan de Aus»tria, y le dijo, que S. M. se habia resentido de que hubiese ha»blado con tanta libertad en su presencia, y que le habia cos»tado mucho suavizar al rey y estorbar que no le hubiese des»pedido del servicio.

»Don Bernardo dió cuenta á su alteza de lo sucedido, de las »repulsas sufridas en la secretaría de Guerra, y de la pobre »desecha de que se habia valido el ministro en presencia del »rey. Seguidamente hizo al príncipe una relacion de sus servi»cios, de su esclavitud, del rescate que le costó más de la mitad »de sus bienes, y de los considerables adelantamientos hechos, »para los que habia tenido que empeñar lo restante de su ha»cienda. Despues le notició, que todo lo recibido consistia en »un regalo de 2.000 doblones, en un regimiento que habia »acabado de arruinarlo, y en un vano título de teniente gene»ral; y que, por último, áun no habia tocado un real de todos »sus sueldos devengados. Continuó suplicando al príncipe, que »se dignase representar á S. M. la deplorable situacion á que »se veia reducido; pues un príncipe tan prudente é ilustrado »facilmente hallaria modo de disminuir su falta, de desenojar »á su majestad, y de conseguir el perdon que pedia con toda »la humildad posible.

»Don Juan de Austria se encogió de hombros: le dijo, que »su situacion era lastimosa y su asunto espinoso; pero, no »obstante, le ofreció hablar á S. M. y hacer cuanto pudiese para »sus alivios.

»Picado D. Bernardo (y tenia razon para ello) contra el mi»nistro de la Guerra, no quiso visitarlo más y se contentó con

»esperar las resultas de las representaciones que el príncipe Don »Juan le habia prometido hacer al rey en favor suyo.

»Como unos ocho dias despues, le envió á llamar D. Juan y »le dijo: que habiendo representado al rey sobre sus negocios, »se habia manifestado S. M. muy compadecido de sus con»tratiempos, y de que el ministro no le hubiese hecho justicia, »segun las inviolables máximas de S. M. de distinguir á to»das las personas de mérito; y que habia dado de nuevo sus »órdenes para que se le pagara inmediatamente cuanto se le »debia. Diciendo esto, le entregó la órden, previniéndole que »la llevase él mismo al ministro, quien no hallaria pretexto pa»ra eludirla, pues estaba firmada del rey; pero como sé, aña»dió el generoso príncipe, el estado actual de la caja, y que la »situacion de vuestros negocios no os permite aguardar, tened »á bien que yo os preste esta letra de cambio sobre el banque»ro Perez.—D. Bernardo, que era naturalmente magnánimo, »procuró excusarse de aceptarla, pero el príncipe lo obligó de »tal manera, que no pudo negarse á recibirla.

»Tenedme, le dijo aquel príncipe, por vuestro amigo: con»tad con que me obligareis siempre que me creyéreis bueno »para serviros de algo; y hablando así, le entregó la letra de »cambio, que era de 1.000 doblones.

»A pesar de su repugnancia, se presentó D. Bernardo al mi»nistro con la órden del rey. La respuesta fué: que le era más »fácil á S. M. órdenar pagos que hallar dinero para hacer»los: que por entónces, no habia caudal alguno en la caja; y »que lo que más urgiria, cuando lo hubiese, seria la paga y »vestuario de las tropas, que carecian de todo en los Países-Ba»jos: por último, que tuviese paciencia hasta que hubiese dine»ro sobrante.

»En una palabra, experimentó D. Bernardo, por su desgra-

»cia, que el mismo soberano no tenia crédito con su ministro, »y que no se hacia mucho caso de sus órdenes.

»Entónces, no sabiendo qué partido tomar, fué á contárselo »todo á D. Juan de Austria.

»Su alteza le aconsejó que no importunase más al rey; pero »le añadió: que el duque de Alba habia exigido en los Países- »Bajos una contribucion del décimo de toda suerte de merca- »durías: que un impuesto semejante produciria considerables »sumas: que á buenas, ó á malas, los flamencos tendrian que »pagar; y que él escribiria al duque para que le pagase sobre »aquellos impuestos: que le aconsejaba, como amigo, que se »trasladase luego á Flándes, donde áun estaba su regimiento; »y que aprovechase la ocasion que se le presentaria de acom- »pañar al duque de Medinaceli, que habia tenido órden para »marchar allá, por las noticias recibidas de que el conde de la »Marck se habia apoderado de la Brilla, en los Países-Bajos.

»Estaba el duque de Medinaceli pronto á embarcarse, y Don »Bernardo, por recomendacion del príncipe de Austria, fué ad- »mitido á una audiencia del rey, para despedirse de su majes- »tad, quien lo recibió benignamente, y le hizo bellísimas pro- »mesas.

»Llegó á tiempo de embarcarse para los Países-Bajos, en com- »pañía del duque de Medinaceli, quien se alegró de llevar con- »sigo un oficial de tanto mérito y tan generalmente reconoci- »do como D. Bernardo. Esto sucedió en el año de 1572.

»Hasta aquí he seguido lo que he encontrado de la vida de »Don Bernardo, en sus propios papeles, en los que habla siem- »pre de sí mismo con una modestia suma. Cuantos papeles »tengo suyos, así escritos de su mano, como de mano ajena, »me han sido entregados por su capellan, de quien he sabido »que en el viaje se encontraron con la armada de los aliados y

»la embistieron; que fueron totalmente derrotados; que los ene-
»migos nos tomaron muchos navíos; que uno de ellos fué el en
»que iba D. Bernardo; que lo hirieron peligrosamente, y que
»murió de sus heridas dos dias despues del combate.

»Supo además de su capellan (que fué canjeado al cabo de
»algunos meses), que á su vuelta á Estella encontró la nove-
»dad de que los acreedores se habian posesionado de los bie-
»nes de D. Bernardo; que nos habia echado de casa al hijo de
»Don Bernardo, á mi hermana y á mí, y que algunas personas
»caritativas habian hallado modo de que nos recibieran en di-
»ferentes casas de huérfanos.

»De manera que mi hermana y yo fuimos enviados al hospi-
»tal de Segura, de donde eran naturales, y el hijo de D. Ber-
»nardo fué recibido en el de Estella, sin que ninguno de sus pa-
»rientes pensase en socorrerlo.

»Recorrida ya la vida de mi tio D. Bernardo, descendiente
»del hijo segundo del conde de Jimenez, voy ahora á deciros
»algo de la de mi padre.

»El mérito de D. Sancho era de distinta especie. Fué un hom-
»bre dado enteramente al estudio; pero ¿qué estudio? Por su
»desgracia, y por la nuestra, era cabalmente el que se llama
»*Filosofía*, *Medicina universal*, *Pólvora de proyeccion*, *Piedra*
»*filosofal*, etc.; y si reducir el oro á nada es señal cierta de que
»el filósofo va por el buen camino, sin duda ninguna que mi
»padre iba tambien por el recto, pues los crisoles, los hornos y
»los experimentos químicos redujeron á nada su plata y oro;
»y transmutando poco á poco en humo, hoy una heredad y
»mañana otra, convirtió en ménos que nada todo aquello de
»que podia disponer en este mundo.

»Dia y noche lo ocupaban el *Trevisano*, *Zacarías*, *Gbeber*, *Ze-*
»*non*, el *Cosmopolita*, *Raimundo Lulio* y qué sé yo cuántos otros

»sabios de esta especie. No le bastó arruinar sus bienes y quiso »tambien arruinar su salud. Como no fuera mi padre diria que, »á fuerza de soplar, se le desvaneció el cerebro; porque se ima»ginaba el hombre más dichoso de este mundo, en vísperas de »hallar la piedra filosofal, aquella preciosa piedra que debia pro»ducirle más tesoros que encierran las minas del Perú; aquella »medicina universal que habia de prolongar el curso de su vida »áun más allá de lo que nos cuentan del ciervo y del cuervo, »y la que, para colmo de felicidad, segun sus locas esperanzas, »habia de mantenerle durante tan larga vida en perfecta salud, »exento de todas las enfermedades que atormentan á lo res»tante del género humano.

»Bien es verdad que un cierto caballero aleman, que traba»jaba y soplaba con mi padre, dió con el secreto de hacer oro »en tan poco tiempo como mi padre humo, pues luego que ad»virtió al buen hombre sin nada se retiró con todo lo que habia »asegurado, y ninguno de los amigos de mi padre pudo darle á »entender que aquel charlatan le engañaba. No podia sufrir que »se le hablase una palabra relativa á desengañarle del concepto »que habia formado de su filósofo, quien, segun mi padre, no »solamente era el más hábil, sino tambien el más honrado del »mundo. Mi madre y la demás parentela que lo veian casi ar»ruinado, se esforzaron, pero sin fruto, á precaver tan dura ex»tremidad. La pobre señora adivinó lo que sucederia; mas, por »su fortuna, murió ántes que D. Sancho nos hubiese hecho en»teramente miserables. Los disolventes, las revivificaciones, »las coaliciones, las putrefacciones, las mudanzas de cuer»pos en espíritus y de espíritus en cuerpos, las sutilizacio»nes, las sublimaciones, las espiritualizaciones, las oleagini»dades, las incombustibilidades y un millon más de térmi»nos del arte que le costaron tanto tiempo y dinero y que eran

»el único idioma ó jerigonza que se hablaba en la casa, jun»tamente con los excesivos gastos de diferentes pleitos, con»dujeron al pobre filósofo á una horrible prision por solicitud »de sus desapiadados acreedores, que acaso habian abusado so»bradamente de su debilidad é indolencia. Y como sus bienes »remanentes no bastaron para pagar la mitad de sus deudas, »murió insolvente, y nos dejó á mi hermana y á mí entre los »brazos caritativos de D. Bernardo; y muerto éste, fuimos lle»vados al hospital de huérfanos de Segura, donde nos recibie»ron con el apellido Perez.

»El capellan de D. Bernardo, que vino á dar una vuelta á Se»gura un par de años despues de estas desgracias, entregó al »cura de dicho pueblo todos los papeles de que he sacado las »ilustraciones y pruebas de cuanto acabo de decir.

»Vióme el cura cierto dia en casa de uno de los administra»dores del hospital, y quiso acordarse de haber visto mi cara. »Pidióme al director, y éste se alegró mucho de desembarazarse »del cuidado y gasto de mi manutencion. Llevóme á su casa, y »desde entónces cuidó particularmente de mi educacion y es»tudios.

»Luego que tuve edad competente me ordené, recibí el sub»diaconato y el diaconato, y despues me ordenaron de sacerdo»te; y así que mi hermana fué capaz de ganarse la vida, la pu»sieron á servir.

»Hecha toda la antecedente narracion por el canónigo Perez, »acabó diciendo, que además de lo que él habia sacado de los »mencionados papeles y títulos entregados por el cura, habia »sabido muchas cosas más de varias personas ancianas en Se»gura y en Estella.

CAPITULO III.

Libra Don Sancho al conde de Leiva de un gran peligro.

Apénas acabó mi padre su narracion, cuando llegó D. Pedro Patillos con su esposa. Al volverse á Valencia ambos abogados fueron á visitarlo; y como no se les habia encargado el secreto sobre el descubrimiento relativo á nuestra familia, se lo noticiaron, y quiso venir á darnos la enhorabuena. Me atrevo á asegurar que se alegró sincerísimamente, porque era muy amigo nuestro, y mi madre estaba emparentada con su familia.

Miéntras cenábamos, propuso D. Pedro la diversion de una cacería de javalíes para el dia siguiente en los montes de mi patron. Pero mi padre repuso que sería mejor que las damas fuesen á ella, y que, para resguardarlas de todo peligro, se preparase un puesto desde el cual pudiesen ver la caza, y que esto podria verificarse difiriendo la diversion á otro dia.—Todos fueron de su dictámen, y en especial la condesa de Albano le dió muchas gracias.

Al siguiente dia montaron todos á caballo, inclusas las damas, que iban vestidas de amazonas. Los hombres pasamos á reconocer el monte y buscamos el lugar más acomodado para las damas, el que se dispuso de manera que pudiesen ver la caza sin riesgo alguno. En esto ocupamos toda la mañana; y como

el dia era hermosísimo, salimos D. Pedro, mi hermano y yo, despues de tomar café, á pescar, y dejamos á todos los demás entretenidos á su gusto.

Apénas apuntó el alba del siguiente dia, cuando me despertó el ruido de las trompas que nos llamaban al monte. Todos se prepararon, y dejamos á las damas colocadas en el lugar que se les habia destinado. A poco tiempo de estar en él, se las hizo pasar por delante un javalí de enorme tamaño; y los cazadores supieron descaminarlo tan bien, que pasó muchas veces por delante de las señoras.

Era la vez primera que yo me encontraba en aquella especie de caza; y de tal manera me animaron las voces de los cazadores, los ladridos de los perros y el estruendo de las trompas de caza, repetido por el eco, que no creia yo hubiese en el mundo mayor diversion que aquella.

Llevaba yo á mi lado un cazador viejo para que me sirviera de guia y de resguardo. El tal me impacientaba mucho deteniéndome y estorbándome correr adonde yo queria, porque, como ignorante de aquella caza, no veia en ella peligro alguno.

Era mayor mi impaciencia al ver que mi hermano iba adonde me impedia ir, de modo que no pude ménos de preguntarle la causa. Respondióme, que para mi hermano habia poquísimo riesgo en el mismo lugar que habria mucho para mí; pues, aunque todavía era jóven, se le podia mirar como un cazador viejo, astuto y de los más experimentados.

Gozamos dos horas largas el placer de una caza que por poco acabó trágicamente.

Dícese, que es natural en el jabalí huir de los que le persiguen, miéntras puede y no se lo estorban; pero que viéndose acosado se pone en defensa, respaldándose en el tronco de algun árbol para que no le acometan por detrás; y que entónces,

enfurecido, mata cuantos perros se le llegan; y que miéntras corre, como no vaya herido, nunca se vuelve contra los cazadores ni los perros; pero que, si lo está, se arroja furioso sobre quien le ha tirado.

Don Alfonso, inteligentísimo en aquella caza, conoció, en la carrera de la bestia, que no podia alejarse mucho, y temió el mal tratamiento de sus perros. Corrió, pues, al galope detrás del jabalí, y le metió la lanza por una espaldilla al pasar delante de las damas; pero con el sobrado impulso que dió á la lanzada, echándose con fuerza sobre el cuello de su caballo, perdió el quilibrio y cayó en tierra. Iba ya el furibundo animal á arrojarse á D. Alfonso, á quien hubiera infaliblemente despedazado, si mi hermano, que seguia al conde, no hubiese atravesado á la bestia de parte á parte con un dardo, dejándola como clavada en tierra á unos dos piés del cuerpo de D. Alfonso. Horrorizáronse las damas, gritaron y se desmayó la condesa de Leiva. Corrió mi hermano á un inmediato arroyuelo, trajo agua en la copa del sombrero, y roció con ella la cara de la desmayada señora. El conde, que no estaba herido, acudió al socorro de su mujer, la tomó entre sus brazos y la habló. La voz del conde y el gozo de verlo bueno y sano contribuyeron á volverla en su acuerdo; pero pasaron dos ó tres dias ántes de restablecerse del todo.

Vuelta la condesa de su desmayo, cortó mi hermano la cabeza del jabalí, tocó á muerte, y al sonido acudieron los demás cazadores, que estábamos distantes. Llegamos al campo de batalla cuando cabalmente mi hermano subia hácia las damas con la cabeza del jabalí clavada en la punta de una lanza. Así que llegó, puso su trofeo á los piés de la condesa de Leiva; y ésta lo abrazó diciendole: cuanto poseo, y hasta mi propia vida, es poco para pagaros lo que os debo.—Y yo, señora, replicó mi

hermano, ¿qué gracias no debo dar á la Providencia por haber podido servir de algo á mi generoso patron?—Entónces lo abrazó estrechamente D. Alfonso, llamándolo su libertador.

Noticiosos nosotros de lo sucedido, felicitamos unánimemente al conde de Leiva y á mi hermano, al uno por haberse librado del peligro, y al otro por lo que puso de su parte para ello.

Volvimos á casa porque la condesa de Leiva se sentia indispuesta. Recibió mi hermano modestamente las muchas enhorabuenas que le dieron por su accion; y me dijo en particular, que en toda su vida no habia tenido mayor gozo que el que tuvo cuando libró del peligro á nuestro amado patron.

Aconsejaron á la condesa de Leiva que se metiese en la cama. Las otras damas dijeron tambien que necesitaban descanso, así por la fatiga y el susto, como por haber madrugado tanto; y en efecto se retiraron á descansar.

Don Pedro estuvo cuatro dias en Leiva con nosotros. Antes de irse, convidó á todos á pasar una parte del verano en sus haciendas; pero como le dijesen que debíamos marchar á Madrid á negocios de importancia, y que ya estaba señalado el dia de nuestra partida, exigió á lo ménos que las damas fuesen allá con mi tio y con D. Scipion despues de nuestra salida, y que allí esperasen nuestro regreso. Instó tanto, que no se pudieron negar; y pocos dias despues, dispuesto y arreglado ya todo para el viaje, nos pusimos en camino para Madrid,

---

CAPÍTULO IV.

Llegada de Don Alfonso á Madrid.

Tuvimos un viaje felicísimo, y fuimos á parar á un alojamiento muy acomodado, dispuesto de antemano por un criado de D. Alfonso. Tres dias nos mantuvimos sin salir, y este tiempo envió mi padre á llamar á los más hábiles abogados para que le informaran de cómo deberia portarse á fin de hacerse conocer debidamente por el conde de Jimenez.

Todos fueron de opinion que presentase un memorial al rey en que expusiese sus títulos y le suplicase la admision á la clase de *titulado* á que podia aspirar por el derecho de su cuna; que presentado este memorial, mandaria S. M. pasarlo al abogado general: que este consultaria sobre ello á los consejeros del rey, y á los genealogistas: que examinarian juntos todas las pruebas presentadas: que despues darian al rey su dictamen; y que si S. M. lo hallaba favorable, lo enviaria todo á las cortes para que le reconociesen como titulado; y le concediesen las mismas prerogativas que sus antepasados gozaron.

Por último y para no cansar más al lector con la materia de este asunto, diré en pocas palabras, que mi padre suplicó al rey que fué introducido por el duque de Osuna, á peticion de Don Alfonso; y que presentó su memorial á su majestad.

Los demás trámites de la pretension fueron como los abogados lo indicaron. Pasáronse dos meses ántes de que se pusiesen en limpio todas las pruebas y de que se examinasen los diferentes títulos que estaban en los archivos. Despues se formó la relacion circunstanciada; y como todo favorecia la pretension de mi padre, fué admitido á la clase y título de *conde de Jimenez.*

Cuando mi padre fué á besar la mano al rey, logramos tambien mi hermano y yo la honra de ser presentados á S. M. Dignóse el monarca de felicitar á mi padre, y nos admitió benignamente. Cumplida esta obligacion, recibimos enhorabuenas de toda la principal nobleza de Madrid.

El rey, que se acordaba muy bien de mi padre, le dijo un dia que queria gratificar al conde de Jimenez con alguna muestra de su favor real, y que así le daria la cruz de Calatrava. Dió mi padre humildes gracias á S. M. por la honra que le hacia; pero añadió, con mucho respeto, que para que la gracia de su majestad fuese completa, se dignase conceder el hábito á su hijo; porque él ya estaba en el último tercio de su vida, y segun el órden de la naturaleza, tendria su hijo vida más larga, y podria consagrarla al servicio de S. M. Pareció muy bien al rey aquel testimonio de ternura paternal, y pocos dias despues concedió á mi hermano la cruz de Calatrava.

Miéntras mi padre estaba ocupado en sus negocios, tuvimos tiempo mi hermano y yo para hacer conocimientos. Ibamos á todas las tertulias, y apénas habia noche que no estuviésemos convidados para alguna diversion. Una entre otras, que habíamos estado en casa del conde de Torre-Leona, nos retiramos á casa á la una de la noche. A veinte pasos ántes de llegar, divisamos, al resplandor de una linterna, que un criado nuestro llevaba detrás del coche á unos hombres que reñian, y vimos

que eran tres contra uno que se defendia valerosamente. Mandamos parar el coche, y corrimos al socorro del que iba á ser arroyado par el número. Viendo aquello los agresores, se fueron poco á poco retirando: dos de ellos fueron los primeros á ceder; y mi hermano embistió con el tercero, que hizo más resistencia.

Como estabámos tan cerca de nuestra casa, avisó un lacayo lo que pasaba y pidió auxilio. Acudieron al instante D. Alfonso y mi padre con otros criados; y como traian luces, dos de los agresores echaron á huir. El otro, herido ya por mi hermano en el pecho, fué fácilmente cogido. Lleváronlo á nuestra casa, y juntamente al extranjero que habíamos socorrido, herido ligeramente en un lado.

Luego que llegó á casa se desmayó el caballero. Envióse á llamar al cirujano: no tardó en venir: visitó á los dos heridos, y mandó que los metiesen en cama. Luego, encarándose con el más peligrosamente herido, le dijo: os aconsejo que os dispongais á dejar el mundo, porque seria yo responsable de la perdicion de vuestra alma, si no os advirtiese que envieis á llamar un confesor, pues por ahora, á ménos de algun milagro, no comprendo que podais èscapar con vida. Seguidamente dijo al caballero jóven, que su herida no era peligrosa, pero que convenia se mantuviese en cama bien abrigado.

El caballero, que era muy mozo, y tenia trazas de hombre distinguido, nos pidió el favor de que enviásemos alguno á casa de D. Gerónimo Hisopillo, calle Mayor, á noticiarle que lo habíamos detenido, y que no lo esperase hasta la mañana siguiente, sin decirle cosa alguna de lo sucedido; porque temo, añadió, que mi madre se asuste y quiera venir á incomodaros á esta misma hora.

El otro herido pidió con instancias un confesor; bien que,

ccontinuó diciendo, desconfio mucho de que me sea meritorio un arrepentimiento en la hora última, habiendo vivido tan pecaminosamente; pero Dios es tan infinito en su misericordia como en sus demás atributos. Me llamo Angel de la Gamba. El hijo del duque de Osuna es un vil: lo que siento es acabar á manos de un muchacho.

Confesólo un padre de Santo Domingo, y recibió los últimos sacramentos. A eso de las siete de la mañana se sintió muy débil, y pidió al lacayo que lo asistia que suplicase al amo de casa fuese á verlo, porque tenia qué decirle.

Acudieron al instante D. Alfonso y mi padre.—Muchas gracias os doy, señores, dijo el herido al verlos, de la caridad que habeis ejercido con el hombre más malvado que han parido las madres. Véome ya en la hora de la muerte; y os aseguro que moriria con la conciencia más sosegada si ese indigno D. Cárlos... no me hubiera precisado á seguirlo.—Nací en Roma, y ejercité largo tiempo el oficio de valenton, esto es, de asesino. Por muchos años me liberté de las manos de la justicia; pero empeñado una vez en asesinar á un cierto D. Pedro Patillos, sobrino del embajador de España en Roma, fuí descubierto, no sé como, preso y condenado.

Pero, por la intercesion de este mismo señor, conseguí el perdon que no esperaba ni merecia. Entré en mí mismo, miré con horror mi vida pasada, resolví firmemente abandonar un oficio tan detestable, y emplear lo restante de mis dias en arrepentirme de mis delitos. Más ¡ay!... Cumplí bien con mi resolucion hasta que, por mi desdicha, me conoció ese D. Cárlos cuando pasó á Roma. Admitióme á su servicio, le seguí, y vine á esta villa como la mariposa á la llama... El jóven que quisimos asesinar ayer noche, aspiraba á casarse con Doña Isabel Marquina... D. Cárlos estaba enamorado de ella, y

era su intencion lograrla por fuerza, si no podia por halago... ¡Ay de mí!... ¡no puedo más!... ¡me muero!... Si Dios se apiada de mí... pido...—Y no pudo decir más, porque murió al instante.

Cuando volvió el cirujano á visitar al jóven, lo encontró sin calentura, y lo esperanzó en que podria salir á los ocho dias; pues aunque la herida era grande, profundizaba poquísimo.

De resultas de un recado de D. Jerónimo para saber de su hijo, tomó mi padre el coche y fué á su casa.—Pasados los primeros cumplimientos, trajo insensiblemente la conversacion hácia el suceso de la noche pasada, y sacó diestramente del cuidado al padre, asegurandole que la herida de su hijo era una friolera, y que el cirujano lo daba por bueno en breves dias.

Don Jerónimo dió cordialísimas y repetidas gracias á mi padre, y la conversacion no fué larga, porque estaba ansioso de ver á su hijo. Para ello suplicó á mi padre que lo llevara en su compañía; lo que mi padre le otorgó gustosísimo. Miéntras hablaban, le pareció á mi padre haber conocido á aquel caballero en otra parte.—Al bajar la escalera, mandó éste á un criado suyo que hiciese poner su coche y lo fuesen á buscar á casa del conde de Jimenez, porque mi padre era ya conocido de todos con este título.

Pasó algun tiempo en compañía de su hijo D. Enrique, habló mucho con el cirujano, dió nuevas gracias á mi padre, y le rogó que permitiera á su mujer visitar á su hijo. Mi padre le dijo que era dueño de mandar en su casa cuanto quisiese.—Con esto pasó sin detencion á su casa D. Jerónimo, previno á su mujer prudentemente sobre lo acaecido al hijo, la aseguró de que no estaba de peligro alguno, y la ponderó lo bien que lo habíamos asistido.—Todas estas buenas razones hicieron po-

quísima impresion en el ánimo de la madre. Tanto se sobrecogió como si se le hubiera muerto el hijo.

Al instante vino á nuestra casa; se arrojó á abrazar á su hijo; lo bañó de lágrimas; se mantuvo todo el dia á la cabecera de su cama, y aunque lo veia sin peligro no admitia consuelo. Ofrecímosla caldo ó chocolate, pero no hubo forma de que tomase cosa alguna.

Quiso pasar la noche con su hijo Enrique; pero el cirujano la dijo, que su presencia y su pesadnmbre retardarian la curacion de su hijo. Rindiose en fin á las razones de los cirujanos y á nuestros consejos, y se retiró dándonos palabra de que no volveria en cuatro dias.

Miéntras estuvo en casa, mandó mi padre un criado que se informara de los de la señora, si D. Jerónimo era catalan. Con haberle dicho que era natural de Barcelona, y un caballero de los más ricos del principado, así por sus bienes como por los beneficios del rey, se acordó mi padre de haberlo visto muchas veces en la corte, cuando estaba empleado en ella; é hizo memoria de sus sucesos.

Don Alfonso, juntamente con mi padre, dieron parte á la justicia de lo acaecido. Transportaron el cádaver del asesino á la cárcel; y despues de las formalidades debidas, le condenaron los jueces á ser colgado en un palo, á la orilla de un camino real, declarándolo al mismo tiempo indigno de la sepultura.

La viuda del desventurado Angel de la Gamba se echó á los piés de D. Alfonso y le rogó encarecidamente que empleara su crédito para que se revocase la sentencia dada contra el cuerpo de su difunto marido.

Don Alfonso la respondió, que no era cosa para conseguida; pero que la ofrecia cuidar de ella miéntras estuviesemos en Madrid, y que además no dudaba de la caridad de D. Pedro Pati-

llos, que la asegurase pan para miéntras viviese; y que él mismo se la presentaria con este objeto.

La pobre desdichada (que por otra parte no estaba muy afligida de la muerte de un marido, que no podia acabar bien viviendo tan mal) aceptó gozosa los ofrecimientos de D. Alfonso. Lleváronla pues, á casa de D. Pedro Patillos, quien la señaló una renta vitalicia en agradecimiento del servicio que le hizo estando en Roma.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

OBRAS LITERARIAS

DEL P. ISLA.

REBUSCO

DE LAS

OBRAS LITERARIAS

ASÍ EN PROSA COMO EN VERSO,

DEL

P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA,

PUBLICADAS EN MADRID EN 1790.



MADRID,
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. LABAJOS, EDITOR,
calle de la Cabeza, núm. 27.

1877.

EL TAPA-BOCA.

PAPEL DEL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA,

respondiendo á otro con que el doctor Araujo criticó los discursos del reverendísimo P. Feijoó sobre la Medicina.

TAPA-BOCA PRIMERO.

Un médico, revestido de trufaldin, aunque le sienta tan mal lo trufaldin como lo médico, gracioso desgraciado, y áun más desgraciado curandero, salió á coronar la fiesta del Teatro Crítico. Éste es el incomparable Araujo, ingenio obtuso, con la circunstancia de tardo; pues seis meses estuvo sudando la letra tan gorda para sacar á luz quince pliegos de impresion abultada. Pertenece, cuando más, para esbirro, y se mete á juez de residencia, que él llama *médico-cristiana*, y los hombres de razon *barbárico-china*. Salió acompañado de un padre de los agonizantes y de otro que se califica predicador apostólico, que un médico como este no puede andar sin estos colaterales para que ayuden á bien morir á los desdichados que caen en sus manos. Siendo un breve cuadernillo lo que escribió, le puso nombre de libro en la *Gaceta*. Es verdad que muchos lo creyeron yerro de imprenta; y unos decían que se debía leer *libre* por lo descortés; otros *libra* por lo pesado, y otros *libelo* por lo infamatorio. Yo salgo, pues, sin otro carácter que el de un quidam, á

rempujar á este Araujo ó Espantajo. Nadie me lleve á mal el no descubrirme, porque hay experiencia de que el hombre, en viéndose concluido, reduce la cuestion á puñadas; y yo tengo pocas fuerzas por habérmelas gastado los médicos en aquel tiempo en que los creía. Tapo ya las narices para correr por esta basura apologética los ojos.

TAPA-BOCA II.

El primer capítulo no contiene sino un cuento insulso, sobre que despues se recalca mucho, repitiendo á cada paso: *Un fantasma hay en la ermita; un fantasma hay en la ermita.* Pues sepa, señor esbirro, que no sólo hay un fantasma en la ermita, sino infinitos fantasmas en el templo de Esculapio; y sepa tambien que sus escritos ya van conociendo hasta los párvulos, son un insanable cacohetes que se le ha pegado de la epidemia de escritores que corre.

TAPA-BOCA III.

En el segundo capítulo se pone á probar la necesidad de la Medicina. ¿Quién se la ha negado? Él supone que el autor del Teatro Crítico la niega con el corazon, aunque la confiesa con la boca, para tener ocasion de meter el fárrago de lugares comunes, de que abulta este capítulo, y que los más no vienen al caso. Dice *que fueron los brutos los que enriquecieron la Medicina de remedios.* Sí, señor, así fué un tiempo; pero hoy hay otros brutos de peor casta que con los remedios se enriquecen á sí mismos, y empobrecen á los enfermos. Luego entra una baraunda de textos que persuaden á que huyamos de los peligros. Es muy puesto en razon; y así, cuidado con apartarse

de los malos médicos, v. gr., los Araujos. Viene despues Valles á decirnos que cuando estemos enfermos busquemos médico sabio y virtuoso: *Requirendus igitur est, ut res bené cedat medicus doctus pariter ac probus.* Divinamente, pero esto le degüella al pobre hombre y á otros papelistas como él; pues (dejando ahora aparte lo docto) ¿qué rastro de virtud se descubre en unos hombres que á un religioso porque juzgan que con sus desengaños les ha rebajado los intereses no cesan de llenarle de injurias, y escriben con más ponzoña que tinta, mostrando en cada línea estar poseidos de codicia, furor, venganza y malevolencia?

TAPA-BOCA IV.

En el tercer capítulo es menester hacernos cargo de la suma rudeza del esbirro para no acusarle mucho más que de rudo, porque torpemente pretende inferir un error físico de un dogma teológico. El dogma teológico es que Dios á nadie da la salud espiritual sin obras. El error físico que de aquí quiere inferir es que Dios á nadie cura las enfermedades corporales sin los médicos. Para esto alega tres ó cuatro necedades de un médico llamado *Botoni* ó Botones. Que este gracioso ridículo necesitaba de botones tan gordos para su sayo. He notado siempre que estos zoquetes, no pudiendo defender de otro modo sus desatinos, se llaman la Iglesia y levantan el grito de que se roza con herejía, ó es peligrosa en la fe la sentencia contraria para espantar de este modo á la gente plebeya. Esto sí que es el fantasma dentro de la ermita; estas mañas ya son viejas en el doctor Badajo. Traslado á aquel Torreznazo sin sal, que se llamó por mal nombre *Centinela médico-aristotélica*, donde dió en el delirio de que toda la filosofía aristotélica estaba ca-

nonizada por la Sede apostólica para tratar de hereje, ó ras con ras, á cualquiera que se apartase de ella en un átomo; á lo que le aplicó el doctor Martinez el chiste del estudiante salvaje, que no entendiendo la cuestion ni teniendo qué argüir al jesuita que presidía las conclusiones, le puso este entimema: *Nunquám Pater vester Ignatius fecit talem alborotationem in populo: ergo hæreticus*. Y repitiéndolo con grandes gritos, como toda la gente que asistía era lega, fué celebrado de todo el concurso como que había concluido al padre.

TAPA-BOCA V.

Seor doctor, es de fe que Dios á ningun adulto salva sin sus propias obras. Y es evidencia experimental que á muchos adultos cura de muchísimas enfermedades sin asistencia de médicos. Pues váyase con sus botones gordos adonde nadie le oiga profanar nuestros misterios con paridades disparatadas.

TAPA-BOCA VI.

El cuarto capítulo toca el punto crudo de la cuestion, empeñándose en mostrar, como no obstante la oposicion de opiniones que hay entre los autores médicos, puede el médico proceder con acierto, pero le deja mucho más crudo que estaba antes. Lo que dice en suma es que en la práctica el médico no se gobierna ni por estos autores ni por los otros, sino por lo que le dicta la razon en aquellas circunstancias.

Mil cosas me ocurren que decirle al Cachivache sobre este punto. Lo primero: En un mismo enfermo y en unas mismas circunstancias, á un médico le dicta la razon una cosa y á otro otra opuesta. Luego queda empatado el juego del mismo modo

que estaba antes, con sola la diferencia de que antes lo empataban los autores y ahora los prácticos que asisten.

TAPA-BOCA VII.

Lo segundo: La dificultad con esta solucion, tan lejos está de minorarse que se aumenta. Es cierto que los médicos comunmente se gobiernan en las curaciones por los autores, siguiendo cada uno aquel que mejor le parece, como se ve cada dia en las consultas, donde la guerra mayor se hace con citas. La oposicion de los autores engendra necesariamente la oposicion de los prácticos que siguen autores opuestos. Pues ve aquí que cuando teníamos en campaña estos dos partidos, viene otro escuadron desordenado, que no sigue autor ninguno sino cada individuo su propio capricho, que él llama dictámen de la razon, y se forma un campo de Agramante, que deja en mucho mayor perplejidad al pobre enfermo. Oye decir á un médico: Lo que Sydenham ordena en casos semejantes, es esto. Replica otro: Sydenham es un trastuelo y sabandija. Heredia manda lo contrario. Salta el tercero: Yo no sigo ni á Heredia ni á Sydenham, sino lo que dicta la razon; y así, lo que conviene en estas circunstancias, es tal cosa. Opone el cuarto: Yo tampoco sigo autor ninguno, sino lo que manda el recto juicio; pero lo que éste prescribe no es eso, sino estotro. ¿Habrá greguería como esta?

TAPA-BOCA VIII.

Lo tercero: El pelmazo del hombre crasamente se equivoca cuando dice que los prácticos en la curacion no se gobiernan por los autores. Sólo él obrará de este modo. Lo que debiera de-

cir es que usan de sus reglas con las excepciones que hallan en los mismos autores. Pongo ejemplo: Los autores que sigue este práctico le mandan que en tal enfermedad sangre. Es llamado para uno que padece esta enfermedad; pero le halla ó muy exangüe ó extremamente débil, ó con cualquier otro poderoso contraindicante de la sangría, y por esto no le sangra. ¿Desvíase de aquellos autores? No, por cierto, antes los sigue, porque en ellos mismos halla esas excepciones, aunque no las expresen, cuando tratan de aquella enfermedad particular, sino cuando tratan de indicantes y contraindicantes en comun; y si no las dan es porque las suponen.

TAPA-BOÇA IX.

El ejemplo de la náutica, de que usa el buen residenciador, se vuelve contra él concluyentemente. *Acomoda el marinero* (son voces suyas) *las velas segun sopla el viento.* ¿Esto es apartarse de las reglas de la Náutica? Antes es seguirlas, pues la Náutica le manda hacerlo así. Ni esto está en opiniones, pues todos los inteligentes convienen en ello. Dice que la Náutica no tiene reglas fijas. Así las tuviera la Medicina tan fijas como demostrativas. Tiénelas para mucho, no las tiene para todo. Por eso no siempre el bajel llega al puerto.

TAPA-BOCA X.

En el mismo capítulo hace cargo al autor del Teatro de que otros muchos autores, más de los que él alega, confiesan que la Medicina es incierta. Tanto mejor. Añade que es una cosa tan trivial, que ningun médico la niega. Perdone su merced; pues se han visto volar por ahí papelones de algunos médicos que es-

tán furiosos con el autor del Teatro porque le niega á la Medicina la certeza. Yo no sé cómo el crítico se ha de avenir con esta gente. Sale diciendo que la Medicina es incierta. Y unos médicos ocurren por un lado, echando verbos contra el que pronunció tal blasfemia, y condenando por trastuelos y sabandijas á los autores que la patrocinan. Y al mismo tiempo vienen otros por otro lado diciendo: que con buena vejez se viene el padre, que la incertidumbre de la Medicina es una cosa sabida de todos, y que no hay autor que no la confiese. Compónganse, señores doctores, y en ajustando entre sí esa pendencia, vayan á reñir con el crítico.

TAPA-BOCA XI.

En el quinto capítulo es el intento probar implicancias en el Teatro Crítico. ¿Cuáles son? Que habiendo dicho el autor que no hay cosa segura en la Medicina, despues asegura como cosa cierta que el excremento purgado en el epythimo siempre sale negro. Item, da por cosa cierta que los purgantes indiscretamente segregan lo útil y lo inútil. Item más: en la respuesta al doctor Martinez dice que algo juzga cierto en la Medicina.

Muy material es el hombre. Si hiciera la reflexion debida ó fuera capaz de hacerla sobre el intento de aquel discurso médico y sobre la cláusula que se sigue inmediatamente á aquella: *No hay cosa segura en la Medicina*, que es esta: *este médico detesta el remedio que el otro adora*, conociera que el sentido de aquella proposicion es que no hay remedio seguro y aprobado universalmente en la Medicina. ¿Esta proposicion, por ventura se falsifica porque el epythimo purgue negro, ni porque los purgantes segreguen lo útil con lo inútil? ¿Dónde está la implicancia? ¡Oh! que yo me estoy batiendo con una piedra.

TAPA-BOCA XII.

Doy que se hubiera dicho: *No hay cosa cierta en la Medicina.* Poniendo la voz *cierta* en vez de la voz *segura*, siempre se debía entender, segun el intento del autor, que es el que no hay ningun remedio cierto. Pues ahora, señor mio, aunque sea cierto que el epythimo sea negro, ¿será por eso remedio cierto para esta ó aquella enfermedad? Porque los purgantes segreguen lo útil con lo inútil, ¿serán remedios ciertos?

TAPA-BOCA XIII.

Quiero darle á Vd. más, porque con médicos de esa habilidad se puede hacer cualquiera galantería sobre seguro. Doy que el autor del Teatro haya confesado que hay uno ú otro remedio cierto en la Medicina. ¿Juzga Vd. que por eso se falsifica aquella proposicion: *No hay cosa cierta en la Medicina*? Juzga mal. ¿No sabe que *parum pro nihilo reputatur*? ¿No sabe que las proposiciones universales, aunque en rigor metafísico, se falsifican por cualquiera excepcion particular, pero en el modo comun de hablar una ú otra excepcion no les quita ser verdaderas? ¿Cómo entiende Vd. aquella universal del Profeta Rey: *Omnis homo mendax*? ¿De modo que no haya habido hombre alguno que fuese veraz? ¿Cómo entiende aquella del Historiador sagrado: *Omnis quippé caro corruperat viam suam*? ¿De modo que comprenda á Noé? Así las entenderá la materialidad del mostrenco; pero tendrá la gloria de ser el único que las entiende así.

TAPA-BOCA XIV.

El capítulo sexto es un rimero de confusa broza, en que no es fácil discurrir á dónde va ni de dónde viene. Pero medio adivinando y medio discurriendo lo que se puede sacar en limpio de aquella sociedad, es casi lo mismo que había dicho en el capítulo cuarto: Conviene á saber, que no obstante la contradiccion de los autores, y sin embargo de los riesgos que el Teatro representa, en la purga y sangría se puede y debe tener confianza del médico, porque éste usa de estos remedios segun las circunstancias del enfermo y causas de la enfermedad. Que no importa que treinta autores estén gritando: *tente*, *no le sangres*, *que le destruyes*. Si el médico encuentra con un virolento robusto, pletórico, el pulso lleno, el rostro encendido, los ojos sangrientos, cruento el esputo, etc.

Es menester saber si en esta coleccion de circunstancias claman los treinta autores: *tente*, *no le sangres*, porque si no, el caso no es del caso. Y si áun en estas circunstancias claman, queda en pié la dificultad para la resolucion del médico y para la confianza del enfermo.

TAPA-BOCA XV.

El pobrete no halla otro modo de trampear la cuestion sino prescindir en la práctica de todo lo que dicen los autores. ¿Pues para qué leen y estudian por ellos? ¿Para hacer curas ideales en los espacios imaginarios? No hay duda que ocurren en la práctica casos en que por razon de los especiales síntomas ú otros poderosos contraindicantes del remedio que tal enfermedad pide por su naturaleza, se apartará el médico de las reglas comunes que

para tal enfermedad dan los autores. ¿Pero no son mucho más frecuentes los casos en que se sigue el indicante de la enfermedad? Pues en todos estos entra el decirle unos autores, v. gr.: *sángrale;* y otros: *tente*, *no le sangres.*

TAPA-BOCA XVI.

Pero no nos acordemos de los autores y dejemos todo el negocio en mano de los prácticos. ¿Qué se ve cada dia sino que siendo llamados diferentes médicos para el mismo enfermo y para la misma enfermedad, dicen unos, v. gr., que la sangría le aprovecha y otros que le mata? Todos razonan en consideracion de las circunstancias especiales que entonces ocurren, y con todo se oponen en la curacion. El éxito de estas controversias es que prevalece aquel médico que tiene superiores créditos, ó con quien tiene más fe el enfermo, ó á quien, por ser de un natural feroz y destemplado, se rinden los demás, porque no los llene de desvergüenzas. ¿Qué se experimenta á cada paso, sino que muriéndose el enfermo despues de estas contiendas, al médico, cuyo dictámen se siguió, echan los demás la culpa de su muerte? Traslado al suceso del doctor Lloret con los otros dos que le sucedieron en la asistencia del padre prior de Atocha, que por haberlo dado él mismo al público no hay inconveniente en citarse. ¿Qué importará, pues, que estemos sordos á los gritos de los autores si nos taladran los oidos los clamores de los prácticos? ¿Qué importará que el *doctor* ó *curador ad litem* le diga al enfermo: *Yo me arreglo para la curacion á las circunstancias especiales del enfermo y de la enfermedad*, *y así Vd. debe confiar en mí*, *no obstante todo lo que le han dicho de la oposicion de los autores y del riesgo de los remedios*? ¿Qué haremos con todo este armatoste si el enfermo le replica: *Señor doctor Escaramujo*,

acaba de salir de aquí el doctor Fulano, que me propuso la misma razon para que hiciese confianza de él y me receta todo lo contrario que Vd.? Yo estoy pronto á renunciar todo pacto implícito y explícito con el reverendísimo Feijoó y áun á quemar el Teatro Crítico. Con todo, en el caso presente no hallo camino para confiar en Vd. más que en el otro, y confiar en entrambos no puedo, porque uno dice que me aprovecha lo que el otro dice que me mata. Puje ahora el doctor con ese su ingenio gallego y esa su elocuencia vizcaina, á ver cómo persuade á este enfermo. No hallará otro medio sino hablar del otro médico en el tono mismo que escribió del reverendísimo Feijoó.

TAPA-BOCA XVII.

El símil de los diferentes remedios que el médico espiritual aplica á diferentes enfermedades de la alma ó á una misma enfermedad en distintos penitentes no vale un comino. En la Medicina espiritual del sacramento de la Penitencia la enfermedad es notoria, la causa manifiesta la virtud del remedio evidente: todo lo cual falta en la Medicina corporal. Allí todo es cierto; aquí todo dudoso. Allí todos los doctos concuerdan; aquí los mismos doctos están divididos. Conque aquella paridad tan prolija y tan zafiamente extendida no es más que un fantasma en la ermita.

TAPA-BOCA XVIII.

En este capítulo se levanta al autor del Teatro el testimonio de que quiere arreglar por su experiencia particular toda la Medicina. Debiera advertir el inadvertido que no es lo mismo traer un caso para ejemplo que traerle para prueba. Tambien debiera

advertir que obró con dictámen de los médicos (pues así lo expresa en el Teatro) en el uso de los purgantes que experimentó tan inútiles; y es de creer que aquellos médicos serían (por lo menos) más capaces de enterarse de las circunstancias individuales que el doctor de la residencia barbárico-china.

TAPA-BOCA XIX.

Con la ocasion de este ejemplo suelta los diques á su pestilencial inmundicia este doctor, metiéndose á adivinar la enfermedad que padece el autor del Teatro. Oigámosle, que está precioso: *Retozando* (dice) *está mi pluma como un caballo lozano por glosar sobre la relacion de los achaques de vuestra reverendísima; pero átola al pesebre del tintero, etc.* ¡Oh galante! ¡decorosa metáfora, digna por cierto de tal autor! Más razon fuera que éste se atara al pesebre que la pluma. *¿Pesebre del tintero?* ¡Raro modo de decir! Por lo menos está bien proveido de paja cuando el doctor escribía. Pero yo creo que con más propiedad se llamaría muladar que pesebre, pues la pluma sacaba de él tanta hediondez y basura.

TAPA-BOCA XX.

Pero despues de atar la pluma al pesebre la desató, que para esto tiene habilidad, aunque en todo lo demás ni ata ni desata. Enfáticamente y con mucho retintin dice: que calla la enfermedad que padece el autor del Teatro, aunque no la ignora. Esto, junto con la atadura de la pluma y algunos sucios rasgos que había tenido antes de atarla, manifiestan al más rudo la idea que el autor formó de la enfermedad del autor del Teatro. ¡Oh desdichada Medicina, que en tu respetable Cuerpo tengas algu-

nos miembros de estos, no sólo por su idiotismo enemigos de las vidas, mas tambien por su depravada intencion asesinos de las honras! ¡Qué bien se verifica en el doctor las dos calidades esenciales que pide Vallés en el médico: *Requirendus igitur est ut res bené cedant, medicus doctus pariter ac probus*! ¿Cómo puede ser docto el indócil ni probo el pravo?

TAPA-BOCA XXI.

Pero ¿qué hay que admirar de que atropelle la honra ajena quien á su propio gremio desacredita? Así dice, pág. 42: *La cortesía siempre parece bien, y más con un religioso que en realidad puede estimarla, porque de esta mercancía se gasta muy poco entre los médicos.* Pues señor mio, si condena á los médicos por descorteses, los declara ignorantes y ruines. Hasta hora no se vió hombre docto y honrado que fuese descortés.

TAPA-BOCA XXII.

Levántale tambien al autor del Teatro el testimonio de que propone el arrojo de Velisnieri en sangrar como pauta para los demás médicos, y de lo que está el autor tan lejos, que antes le representa como un monstruo de que deben huir. Aunque en los dos casos que refiere Velisnieri le concedamos al esbirro que pudo ser que necesitasen de tanta efusion de sangre aquellos enfermos, ¿qué sacaremos de este *pudo ser*? Esto no quita el otro *pudo ser* mucho más verosímil de que procediese bárbaramente el médico; y así no hay implicancia en lo que dice en cuanto á estos sucesos el autor del Teatro cotejados con el régimen de Cornaro. ¿Pero para qué me detengo en las puerilidades del *otro juguete y el otro juguetico, y va de veras ó de burlas,* y toda al demás impertinente fagina de que está lleno este capítulo?

TAPA-BOCA XXIII.

El séptimo y el octavo son de particular contienda con un padre Canillejas que se dice cirujano. Médico y cirujano son; allá se las hayan. Buenas vaciedades se dirán uno á otro. Como el residenciador no puede contenerse en materia de falsos testimonios, le levanta un horrendo á Canillejas, que es el que haya tocado el punto de nacimiento y abuelos de nadie. De nacion sí; de nacimiento es falso. Si acaso esto lleva la duplicada malicia de querer significar que se pudo decir lo que no se dijo, no puedo determinarlo. Un genio maligno habilidad tiene para todo.

TAPA-BOCA XXIV.

Notaré sólo que para probar la necesidad del conocimiento fisonómico para la Medicina, cuenta cómo á un mozo le conoció en los ojos que le había mordido un perro rabioso. De esto hace mucha vanidad. Acaso le levantó que rabiaba (que lo sabe hacer), y con esto le hizo al pobre rabiar de veras. Pero caso que le conociese en los ojos ¡gran cosa por cierto! Há más de ocho meses que yo no veo ni los ojos ni las narices del autor del Teatro, y con todo conozco que en todo este tiempo le han estado mordiendo muchos perros rabiosos. Más: al doctor Araujo no le he visto sino pintado en sus escritos, y sólo por esta imágen suya conozco que rabia. Pero déjame, buen doctor. ¿Qué tiene que ver un afecto preternatural de los ojos con los lineamentos naturales fisonómicos? Sin duda el perro debió de morderle á aquel mozo cuando estaba en el vientre de su madre, pues desde que nació hasta que murió tuvo la misma fisonomía.

TAPA-BOCA XXV.

En la última parte del capítulo octavo vuelve sobre el Teatro Crítico; pero siempre vuelve sobre la izquierda, porque todo lo entiende siniestramente. Repite lo que ya dijeron otros; pero echándola á perder. Y nos da á conocer que no sabe lo que es sistema: voz que ya entienden hasta los barberos.

TAPA-BOCA XXVI.

En el capítulo nono no hace más que confirmar lo que el autor del Teatro dijo en el discurso del régimen de sanos, aunque llenándolo de broza: lo que tiene de particular es una noticia histórica que fabricó en su cabeza, de que Vespasiano vendia las orinas de los que meaban en su palacio. Y una argumentacion como suya, que es la siguiente hablando con el autor del Teatro: *Per te*, *es imposible que acierte con la curacion el que yerra el pronóstico; luego el que acierta el pronóstico acertará con la curacion.* Este argumento es parecido á estotro: *Es imposible que sea discursivo el que no es animal; luego el que es animal es discursivo.* Yo me holgara que esta consecuencia fuese buena para introducir luego esta subsumpta: *Sed sic est*, *que Araujo y una burra* (*macho y hembra*) *son animales*, *luego son discursivos.* Pero como esta consecuencia es falsa, muestra que la otra no es legítima.

TAPA-BOCA XXVII.

El capítulo décimo y undécimo son sobre la respuesta del maestro Feijoó al doctor Martinez. ¿Pues quién le mete entre es-

tos dos al saca-trapos de Araujo? Esto es lo de *graculus inter musas.* Esto es puntualmente cuando están alternando el canto dos sirenas, meterse de gorra un sátiro con una corneta en la boca á acompañar la música. El título que pone es: *Capítulo décimo: en que se responde de la respuesta.* Eso me parece. Eche bien albarda sobre albarda, que todas le caen á cuestas, y áun son pocas. ¡Qué modo de hablar tan bárbaro! A la respuesta no se responde, se replica. Al acabar el antecedente capítulo dice que quiere pasar á cuchillo aquella respuesta. Fácil negocio es. Por robusta que sea, con cualquiera de sus recetas dará con ella en la sepultura. Cuanto en estos dos capítulos dice son alucinaciones, equivocaciones y todos los demás acabados en *ones*, como asnaciones, gazapatones, disparatones, etc.

TAPA-BOCA XXVIII.

El capítulo doce es todo á probar, que la práctica de la Medicina está prohihida á los religiosos por el Derecho canónico. Esto, ¿á qué vendrá? ¿Por ventura el autor del Teatro anda pasando inocentes á filo de receta como Araujo? ¿Qué tiene que ver con esto el adquirir especies médicas en los libros? Esto por ningun derecho está prohibido á los religiosos, especialmente si esta aplicacion no les estorba los estudios á que están destinados. El hecho es, que lo que el reverendísimo Feijoó estudió de Medicina no le quitó ser un gran teólogo y un insigne predicador, en cuyas dos profesiones ha logrado y logra ventajosísimos créditos. Fuera muy puesto en razon que todos los religiosos que tienen iguales talentos estudiasen algo de Medicina, no para practicarla, sino para conocer y dar á conocer al mundo cuáles son los legítimos y cuáles los espurios profesores de ella, pues es cierto que hay en la Medicina una cáfila de Araujos que es una lástima.

TAPA-BOCA XXIX

El venerable Araujo dice: Que el reverendísimo Feijoó citó falsamente en dos partes á Jacobo Primerosio, y si (segun él) es malo levantar un religioso testimonio á los autores, peor será que un mal sacristan levante testimonios á un religioso. Jacobo Primerosio en su tomo *de Vulgi erroribus* impreso en Leon de Francia, *apud Jacob Faeton*, *anno* 1664 (dándosele las señas para que le busque mejor) lib. 1, cap. 18, citado por el reverendísimo Feijoó, pág. 46, trae esta conclusion: *Medicinam esse artem mecanicam*. Dice Araujo que el libro primero sólo se compone de diez y seis capítulos y cita de cabeza á cola hasta el diez y seis; pero no ha visto el diez y siete, cuyo título es: *Error illorum, qui Medicinam hominum diversam faciunt a Medicina brutorum*. (Bravo capítulo para el otro albeitar) Empieza: *Encomia Medicinæ*, y acaba: *Equi quam homines*. El capítulo diez y ocho empieza: *Ex prædictis*, *quæ vera esse non dubito*, y acaba despues de cerca de seis hojas: *Contentum esse par est*. Y porque se vea el testimonio de falsedad con que falta á la fe pública, no solamente tiene Primerosio capítulo diez y ocho sino diez y nueve y veinte, conque el Primerosio de Araujo está cojo y manco de cuatro capítulos como de cuatro piés. Otra vez cuide de no engañarse en las librerías y cotejar sus libros zambos con otros más cabales, por no caer en tales torpezas, porque el reverendísimo Feijoó no cita falsamente, pues sin lisonjearle la prenda veraz sincero tiene tanto como el que más, y entre las que posee es la que más sobresale, y que no ha visto los Autores sólo por el cerro: él sí que sale reo metido á juez y parece los ha visto salpicando.

Tambien Primerosio en el lib. 4, cap. 56, empieza con la au-

toridad que cita el reverendísimo Feijoó, núm. 35 de su respuesta á Martinez: *Hic notum veteribus, et nostro tempore (in Anglia præsertim) nimium familiare, et abominandum prorsusque inutile remedium sunt ulcera illa, quæ fontanella vocantur.* La otra nota que hace el molondro que cita á *Miguel Luis Sinapio*, no llamándose así sino *Miguel Aloisio Sinapio,* muestra que el esbirro no sabe que *Aloisius* en latin significa *Luis* en castellano; y así muchos autores usan de aquella voz en lugar de la de *Ludovicus*; y cuando se escribe en latin de mujer llamada *Luisa*, se usa comunísimamente de la voz *Aloisia.* Pero ¡qué ignorancias no caben en este moscardon!

TAPA-BOCA XXX.

Las reglas de Mabillon, Purchot y otros se entienden con los ingenios limitados que no son capaces de estudiar la Medicina ó Jurisprudencia, sin desatender otros estudios obligatorios. Pero así como á hombres rudísimos como Araujo no se les debía permitir la profesion de alguna facultad científica, sino enviarlos á arar el campo, así á los ingenios de mucha extension se les debe persuadir que cultiven todas las facultades que pudieren. Si Fr. Pedro Pablo de Sangi, religioso servita y teólogo de profesion no se hubiera dedicado á la Medicina y anatomía, áun hoy ignorara el mundo la circulacion de la sangre, pues de éste pasó la noticia á Harbe, segun buenos autores.

TAPA-BOCA XXXI.

El capítulo último es sobre el escepticismo. Como esta es materia en que estuvo descejando años enteros, puede ser que nos

diga algo de provecho. Lo primero que hallamos es, que fuera de propósito vuelve á manchar con la imaginada implicacion de las dos proposiciones: *No hay cosa segura en la Medicina: algo juzgo cierto en la Medicina.* Fiero moscon es. Si le quitaran las repeticiones inútiles de sus quince pliegos, quedarían en seis; si de los seis quitasen lo que ha hurtado de otros papeles, quedarían en tres; y si de los tres quitasen el fárrago de las claúsulas bárbaras y superfluas, quedarían en uno; y si este uno se redujese de la letra gótica en que ha impreso á otra de mediana estatura, todo se quedaría en dos hojas. Y en esto gastó seis meses.

TAPA-BOCA XXXII.

Propone luego un argumento á los escépticos, haciendo juez en él al reverendísimo Feijoó para probar que el escepticismo es enfermedad. El argumento es, que en el sistema escéptico nunca se podrá consagrar; porque para consagrar es menester asentir á que es verdadero pan aquel que se toma para materia de la consagracion, y el escéptico no presta este ascenso, porque en todo le suspende. Y concluye muy satisfecho: *¡Por dónde va respirando el quid petis ab Ecclesia de mi centinela!* ¡Por dónde (digo yo) saca el hocico el demonio del borrico! Han visto lo que el diablo del hombre ha discurrido en dos años enteros: ¿Qué, tanto há que salió á luz el segundo tomo de Medicina escéptica, que la mitad del tomo se haya empleado en zurrarle la badana al centinela, echándole en cada hoja seis ú ocho argumentos á cuestas, y que éste en tanto tiempo no pudiese hacer otra cosa que tirar un mordiscon á una pequeña cláusula de aquel libro de Martinez?

TAPA-BOCA XXXIII.

¿De qué escéptico habla el Centinela? ¿De un escéptico sin límites que suspende totalmente el asenso en todo género de materias? Eso no es del caso. Tal escéptico, ¿cómo ha de pensar en consagrar si abiertamente es infiel y no cree ninguna de las verdades de nuestra fe? ¿De un escéptico estrechado en los términos en que se han puesto el P. Feijoó y el autor de la Medicina escéptica? No hay argumento; pues estos jamás se sientan á la mesa que no den asenso á que aquel bulto blanco que se compró á la panadera es verdadero pan.

TAPA-BOCA XXXIV.

¿Que sea este hombre tan cerrado de mollera, que habiendo el doctor Martinez explicado su escepticismo en dos tomos enteros, y de más á más en la *Carta defensiva*, hasta ahora no la haya entendido? ¿Y que se esté erre que erre en hacerle escéptico rígido en todas las cosas naturales? El doctor Martinez escribió de Medicina escéptica, proponiendo su suspension de asenso, sólo en órden á aquellas opiniones filosóficas ó fisiológicas que se ventilan en las escuelas entre los mismos autores católicos. Creerá á sus sentidos siempre que no hay razon evidente para la duda, ó la fe le enseña lo contrario, y así prestará firme asenso á que este que parece pan es pan, y que este que parece hombre es hombre, exceptuando al que, aunque tiene figura de hombre es otra cosa. En la práctica media creerá á los bien reglados experimentos, y no sólo tendrá muchísimas cosas por probables y por más probables; pero tambien muchas por

ciertas, como ha explicado con harta claridad en la *Carta Defensiva* y en los puntos prácticos de Cirugía, Medicina y Anatomía que tocó en sus tres tomos. Pues ¿á qué propósito el Centinela que desertó de la milicia para meterse á juez de residencia, anda dando encontrones á una sombra? ¿Qué consecuencia se sacará contra los dogmas católicos de que los elementos sean cuatro ó cuatrocientos; de que la esencia de la fiebre consista en esto ó aquello; de que la práctica médica sea cierta ó incierta, y de que confie ó no confie el vulgo demasiadamente en los médicos?

TAPA-BOCA XXXV.

Alega despues una autoridad del Ilmo. Palanco, que es tanto contra los escépticos como contra los mosquitos: *Non advertentes bellum acrius contra catholica dogmata, plerumque a philosophis de philosophia tumentibus ortum duxisse.* Construya, señor Centinela, si sabe: ¿Quiénes son los filósofos hinchados y soberbios, los escépticos que tímidos dudan, ó los dogmáticos que resueltos afirman? Así se vuelven contra este alucinado las mismas flechas que dispara á los escépticos.

TAPA-BOCA XXXVI.

Prosigue probando que el médico no puede en conciencia administrar algun remedio sin asenso probable á su utilidad. ¿Contra quién es esto? El escéptico á quien parece impugna, no sólo concede probabilidades en la Medicina; pero en la *Carta Defensiva* abiertamente confiesa que está el médico obligado á seguir la sentencia más probable. No sólo concede opiniones más probables; pero asienta que hay en la Medicina muchas

cosas absolutamente ciertas. Pues ¿qué andará azotando el aire el Centinela de pretérito y Espía de presente, acotanto con los molinistas que vienen aquí tan al caso como los samaritanos?

TAPA-BOCA XXXVII.

Viene en pos de esto el probar que no es lo mismo ser dudosa la Medicina que ser escéptica. *Distingo*: Que ser escéptica con escepticismo riguroso, *concedo*; con escepticismo moderado, *nego*. Y con esta distincion se viene al suelo hoja y media de fagina.

TAPA-BOCA XXXVIII.

Entienda el Centinela residenciador (si es capaz de entenderlo) que el escepticismo puede ser moderado *intensivé* y *extensivé*. Extensive, se modera estrechándole á determinadas materias; intensive, restringiendo á cierto grado la suspension del asenso. Y en una y otra moderacion cabe mucho más y ménos. Es escéptico moderado *extensivé* aquel que, á distincion de los pirrhonianos, suspende el asenso, sólo en órden á las cosas que no pertenecen á la religion ni tienen conexion con ella. Es áun más moderado el que restringe la suspension á materias filosóficas y médicas. Aun más el que las restringe á aquellas cosas, que sólo se prueban con raciocinios ideales; pero dando crédito á las experiencias sensibles. Este último parece que es el escepticismo del doctor Martinez, como se colige claramente de todas sus obras, y el que auxilia al Padre Feijoó. Pues ¿qué hay en esto contra nuestra santa fe? Es escéptico moderado *intensivé* el que no niega el asenso probable, sino el cierto; y áun más

moderado, el que no niega certeza moral, sino evidente. Supuestas estas distinciones, vea si sobra muchísimo paño para que podamos favorecer la doctrina escéptica con buena conciencia.

Si quiere contender, que esto no es ser propiamente escéptico, se le dirá que esa es cuestion aparte, y de nombre, en que con buena conciencia no se puede gastar el tiempo. Lo que es cierto es que escéptico, en el uso comun, significa lo mismo que dubitante, y el asenso probable no excluye, antes incluye esencialmente la duda.

Este escepticismo moderado del reverendísimo Feijoó está explicado de esta conformidad en su respuesta al doctor Martinez. Conque del todo va al aire la pólvora fatua del residenciador.

TAPA-BOCA XXXIX.

Da luego un salto sobre un silogismo del reverendísimo Feijoó en su respuesta al doctor Martinez para negarle la mayor, que es ésta: *Aquello que se disputa se ignora.* Y qué bien negada está ella. Pues allá va en otro silogismo la prueba: *De aquello que se disputa no hay ciencia*; «sed sic est,» *que aquello de que no hay ciencia se ignora: Luego aquello que se disputa se ignora.* «Patet major:» Porque lo que se disputa está en opinion y ciencia; y opinion, *in eodem subjecto circa idem*, son incompatibles. *Minor etiam constat:* Porque la ignorancia no es otra cosa que carencia de ciencia.

TAPA-BOCA XL.

Dos instancias hace el Centinela contra aquella mayor negada, entrambas peores. La primera es esta: *Nadie ignora que dos*

proposiciones contradictorias nò pueden ser simul verdaderas ni falsas, y con todo eso se disputa: luego no todo lo que se disputa se ignora. ¡Oh insigne silogizante! ¡Oh gloria y honra de la dialéctica! Explíquenos aquella menor: y con todo eso se disputa. ¿Qué se disputa? ¿Si dos proposiciones contradictorias pueden ser simul verdaderas ó simul falsas? No hay tal disputa. ¿Cuál de las dos es verdadera y cuál falsa? Eso sí que muchas veces se disputa, pero se disputa porque se ignora. Y así, el silogismo está contrahecho y la consecuencia no sale, porque la menor, en el sentido en que es verdadera, no hace relacion á lo que en la mayor se supone sabido de todos, sino á otro objeto muy distinto sobre el cual se opina.

TAPA-BOCA XLI.

La segunda instancia es: *Aquello que se disputa* «per te» *se ignora;* «sed sic est,» *que en la Teología casi todo se disputa*; *luego casi todo se ignora.* «Nego minorem.» No es nada lo que está fuera de disputa en la Teología. Todas las verdades de la Escritura, cuanto se contiene en los Concilios, cuanto está difinido por los Papas, y otras infinitas verdades que con evidencia se infieren de las difinidas, todo esto saben los teólogos y catedráticos; y así muy mal hecha está la paridad en cuanto á saber poco entre estos y los médicos. Lo que entre los teólogos y catedráticos se disputa, se le concede al Centinela redondamente que no se sabe, porque el opinar no es saber. Y para que el Centinela se entere de esta verdad, oiga á Valles: *Eorum vero quæ in opinione versantur, cujus modi sunt omnia phisica problemata, constat nullum prorsus sciri posse, quia si quod piam illorum sciretur, accedente scientia tolleretur omnis opinio* (Philos.

Sacr., cap. 64). ¿Quiérelo más claro? Pues busque quien se lo ponga en romance centinélico ó barbárico.

TAPA-BOCA XLII.

Todo lo demás que se sigue en este capítulo es fuera del asunto del escepticismo, que el hombre en nada guarda método, y apenas hay capítulo donde no dé unos brincos descomunales, porque su pluma *siempre está retozando como un caballo lozano.*

El libro, que folio 13 cita del venerable Veda, no es suyo ni le reconocen por tal D. Juan de Mabillon, Natal Alejandro y otros críticos. Lo que folio 115 dice de que el mercurio tiene contra sí tantos y cuantos enemigos, es falso. Los tuvo antes que se conociese su inexcusable utilidad para el mal venéreo ó antes que esta enfermedad se conociese. Hoy no tiene ninguno. Desde el folio 116 se pone á probar que el Espíritu Santo aprobó tanto la Medicina galénica como la helmonciana, aunque sean opuestas, porque una y otra tienen por fin la sanidad. Confunde el doctor alucinado el fin de la obra con el fin del operante. No hay duda que así el médico galénico como el helmonciano tienen por fin la sanidad (si no miran sólo al interés); pero el remedio que aplican, si no es apropiado, ó si en vez de ser útil es nocivo, no tiene ese fin, y así podrá aprobar el Espíritu Santo la buena intencion del médico, pero no la medicina de que usa. Despues se mete en la badajada de que el texto de Isaías: *Non sum medicus,* se entiende del médico corporal, cosa de que se reirán los muertos. Tambien es graciosísima la prueba de que antiguamente los reyes eran médicos de oficio, tomando en sentido propio lo que Alapide evidentemente dijo en el metafórico.

TAPA-BOCA XLIII.

Quiero ya dejar en paz al alucinado esbirro de residencias, exhortándole por último á que *ate el caballo lozano de su pluma al pesebre del tintero*, y que no la dé tanta paja ni cebada; con eso no escribirá tan gordo. Este es un caballo, no sólo lozano, sino desbocado, y necesita de mucho freno. Por eso se le pone este bocado fuerte ó tapa-boca.

CARTA APOLOGÉTICA

QUE ESCRIBIÓ

EL P. JOSE FRANCISCO DE ISLA

á los autores del *Diario de los Literatos de España*, con el nombre de don Hugo Herrera de Jaspedós, sobre la vida de San Antonio Abad, que publicó en octavas D. Pedro Nolasco de Ocejo.

Muy señores mios: Yo soy un hombre como Dios me hizo, pero que debo á su santísima misericordia el haberme hecho enemigo de sinrazones y supercherías. Dígolo porque lo digo, y no lo digo por mal. Ustedes con su Diario ó su alforja tienen alborotada, no sólo la corte, sino toda la Península, y áun creo que allende, de forma que no hay rincon que deje por escondido ó perdone por pobre, y con tener el mio mucho de uno y otro, no se ha podido ver libre de este maldito Diario, que sin duda tiene cosas de mala ventura.

En medio de que soy naturalmente pacífico y de buena pasta, con todo eso me tiene asaz mohino el que Vds. nos metan tanta bulla con solos cuatro tomejos, como cuatro bollos de Villanueva, que han producido en el discurso de más de año y medio, cuando saben muy bien, y sabemos todos, que andan por ese lugar sujetos así, así, que pudieran en este tiempo haber escrito muy descaradamente el Bulario magno, *sin los prin-*

cipios y fines, y no por eso se levantaría tan formidable polvareda. Esto, señores mios, consiste en que Vds. *con gran desgarro sacan grandes extractos*, medianos y chicos, de todos los escritos, y otros muchos más, á los que inhumanamente aporrean muy satisfechos y caridelanteros, sin temer la ira del Señor ni hacerse cargo que hay entre ellos no pocos libros muy honrados y que nacieron con muchas obligaciones.

Yo he callado hasta aquí porque no soy amigo de salir de mi paso natural cuando las cosas no me tocan muy de cerca, y aunque la avilantez de Vds. me servía de no pequeña mortificacion, he procurado tragármela y decir con el Hechizado por fuerza: *Señor, en descuento vaya de tantos pecados mios.* Pero habiendo visto con cuánta sinrazon, animosidad y acaso envidia ustedes en su cuarto tomo despedazan y acribillan la grande obra de la vida de San Antonio Abad, puesta en octavas por don Pedro Nolasco de Ocejo, cuyo númen y erudicion, en mi sentir, no admite igual: aquí fué donde dió al traste toda mi paciencia, y obligado de una injusticia tan enorme, deliberé tomar la pluma para vindicar la ofendida fama de este incomparable varon, en cuya defensa es justo se interesen cimbrios, lombardos y godos, porque es causa muy comun la injuria hecha á un literato de este calibre; y esto sin perjuicio de que él por sí mismo vuelva (que sí hará) por su agraviada opinion con el valor, acrimonia y ardimiento que corresponde, y ponga de vuelta y media al *horrendo per sequente* que tan sin piedad le maltrata.

Finalmente, espero hacer patente con brevedad en esta Carta la poca razon y menos conocimiento con que se hizo la indecente crítica de este escrito, y que son Vds. cortísimas palas para censurar tan agriamente autores de todas estas campanillas. Y pues en el nuestro se confiesa *lo acertado de su eleccion*, y sólo

la malicia y el veneno se escupe contra los *versos de la obra*, á ellos únicamente ceñiré mi apología, haciéndome cargo de que cuando las materias son tan sagradas, ni las críticas como las de Vds., ni las apologías como la mia, pueden ni deben tener otro blanco que el modo exterior con que ellas se tratan, por no exponerse á profanar con una ridiculez sacrílega asuntos que se merecen toda nuestra piedad y veneracion.

En el principio de su extracto entran Vds. haciendo extrañas alharacas sobre no sé qué *monstruos y sabandijas* que han descubierto y notado por mayor en el poema de San Anton. Esta entrada se parece con grande propiedad á la que en el cuarto de Luciqüela hicieron D. Claudio y Picatoste, en donde tuvieron un coloquio muy semejante al de Vds. y de que pondré aqui una parte para que se vea la conformidad.

PICATOSTE. No hables de eso, pero ya
¿no ves la lámpara allí?
CLAUDIO.. . ¿Y no miras (¡ay de mí)
á la escasa luz qne da,
pintadas dos mil visiones
de diablos y matachines?
PICATOSTE. Trastos son espadachines
para tentar San Antones:
su espíritu nos gobierna.
CLAUDIO.. . De distinguirlos no acabo.
PICATOSTE. Para eso tengo aquí un cabo
que sobró de la linterna.

No es menester que Vds. enciendan el cabo, y creo que bastará la luz de un ejemplar tan autorizado para que conozcan ser preciso que la vida de San Anton abunde de monstruos, sabandijas, diablos y matachines. Todo lo que no sea encajar dos mil visiones en cada verso es faltar al carácter y decencia del asunto que se trata, y si D. Pedro desempeñó con eminencia es-

ta considerable parte de su intento, no es razon que por falta de una reflexion tan natural y oportuna se le haga cargo de lo que es un acierto y prueba evidente de que sabe manejar las cosas con su peculiar conocimiento y maestría.

Con igual injusticia capitulan Vds. á D. Pedro sobre que para la formacion de su libro se cobijó á la sombra del Sr. Blas Antonio Cevallos, maestro de primeras letras, siguiendo la Vida de San Anton que éste escribió en prosa; y con una crítica artificiosa y satírica se llevan Vds. de calles al Sr. Blas y á D. Pedro, y daca Cevallos y torna Cevallos, como si Cevallos fuese algun petate descamisado. Señores mios, poco á poco; el seo Cevallos fué un sujeto muy blanco y de toda categoría; de forma que nuestro D. Pedro hará grande vanidad de hombrearse con él y haber seguido sus pisadas. A poca noticia que Vds. tuviesen de la más segura genealogía, sabrían que la familia de los Cevallos es de grande lustre y acreditada nobleza, y tan antigua, primero, dicen, hubo en la montaña Cevallos que iglesias. El señor de esta casa tuvo en algun tiempo cincuenta y cinco lugares suyos, suyos, que á no ser tantos, yo se los contaria á ustedes uno sobre otro; y tiene su solar en las Astúrias de Santillana en el Valle de Cayon, en donde está un torrejon muy fuerte, que por el ancho de la pared de piedra pasará un carro. Ni parece saben Vds. palabra de aquel célebre caballero Cevallos que fué á Jerusalem con el Infante D. Pelayo, de quien dijo el romance antiguo:

De Jerusalen vinieron
El Infante D. Pelayo,
Y con él un caballero
Cevallos infanzonado.

Y queriendo dar el Infante por sus grandes hazañas nuevas

armas, á saber: *Peral verde* y *Peras de oro*, *con un lobo atravesado*, le respondió con resolucion heróica:

Caballero soy, señor,
De linaje señalado,
Armas tengo muy notables
Que me dejó mi pasado:
Las que me dió vuestra Alteza
Tomo para este criado.

De que el Infante se dió por muy satisfecho, y le concedió que pusiese en su escudo la celebrada letra de *Ardid es de caballeros, Cevallos para vencellos*, con alusion á su extraño valor y astucia militar.

Pero todo cese con lo que cierto autor (1) de gran peso en materia de Cevallos nos refiere de Pedro Ordoñez de Cevallos, natural de Jaen, el cual se halló en una tierra que se llama Cochinchina, y convirtió una Infanta, bautizando más de doscientas mil personas. *Y hizo muy bien* (añade el mismo autor), *y Dios se lo pague si fué verdad*, *y si no*, *no*. Conque en estos términos vean Vds. si los Cevallos son gente para seguida por mar y tierra, y si puede mirarse nunca como delincuente la admirable eleccion de D. Pedro, en que, ya que habia de echar mano de alguien para guia y dechado de su obra, lo hiciese de una persona tan calificada como el seo Blas Antonio Cevallos, que sin duda suena mejor que *Scheuczero*, *Garuffi*, *el abate Bignon* y otra gran cáfila de mamarrachos que Vds. citan, y se propusieron seguir en el prólogo de su endiablado Diario; por lo que muy bien pudieran Vds. haber callado su pico en esta parte, pues tenian tanto por qué. A esto se llega el que á mi parecer deben Vds. formar gravísimo escrúpulo de poner de mala fé á

(1) Lope de Vega en la novela *La Desdicha por la honra.*

los Cevallos con nuestro D. Pedro, porque, ¿qué sabemos si acaso llevando adelante la gloriosa empresa de seguir en todo y por todo á los héroes de esta distinguida familia, se le pusiese en el pensamiento el irse piano piano á la Cochinchina, y allí convertir otra Infanta y bautizar otras doscientas mil personas? Por cierto, buena hacienda habríamos hecho si por las jerigonzas del maldito Diario dejase de tener consumado efecto un intento de tanta importancia y piedad: á fé que no sé yo que ni toda la autoridad del Preste Juan absolviese á Vd. de semejante pecado.

Prosiguen Vds. dando unos alaridos, que ni en el real de Don Sancho se oyeron mayores, sobre averiguar el estilo en que nuestro D. Pedro escribió sus benditas octavas. El *épico* el mismo autor le descarta; el *bucólico con todo el rigor que pide lo lírico*, y que más adelante escogió D. Pedro, tampoco es de la aceptacion de Vds., y antes bien hay su poco de relajacion al juicio seglar. Hé: *Los hombres van á galeras*, *que no tienen de ir las monjas.* Pues señores, aquí de Dios y del Rey. ¿Qué estilo ha de ser este, que ni es épico, lírico ni bucólico? ¿Será acaso *estilo de comercio*? No; porque D. Pedro parece se inclina á un estilo esdrújulo. Y siendo así, no hallo otro más á propósito que un estilo *energúmeno*; y áun parece que Vds. le tuvieron por tal, pues emplean todas las armas de la Iglesia para sacarle el diablo del cuerpo. Pero ya he caido (vista la relajacion) en que ustedes se persuadieron á que nuestro D. Pedro vió el mismo estilo que el divino autor del *Orlando Español*, cuando hablando de la admirable historia que intentaba escribir, dijo:

Que en las ochas que veis desarrebujo,
En verso suelto y en estilo brujo.

Brujo sin duda es tambien este pobre estilo, cruelmente re-

lajado al brazo seglar; pero esperamos que le miren con igual piedad y benevolencia que al que le precedió, y si no quisieren con su pan se lo coman, que D. Pedro ha hecho lo posible por explicarse *terso*, *lírico y bucólico*, y no tiene la culpa de encontrar con diaristas *rispidos*, *orridos y cacochímicos.*

Lo de la oscuridad en las locuciones depende de igual falta de consideracion que la que arriba queda notada. Si así no fuese se tendría presente que San Anton fué un Santo que gustó siempre de andar muy oculto y embozado, y áun por eso se dijo:

San Anton estaba á la puerta,
con su capillita cubierta.

Conque no es de extrañar que quien escribe su vida procure acomodarse á este mismo embozo y recato, como más propio carácter de su asunto, y el que injustamente bautizan Vds. con el nombre de oscuridad, no siendo otra cosa que escribir la vida de San Anton *con su capillita cubierta.*

Confieso ingenuamente que á primera vista me hizo notable fuerza lo que Vds. oponen á D. Pedro, en cuanto á haber hecho pintor á Euripides, cuando éste es y ha sido siempre habido y reputado por poeta mondo y raso sin cosa en contrario. Vuelvo á decir que me hallé aquí en grande aprieto, y que para sacar á D. Pedro de este mal paso me ocurrió únicamente el que sin duda para hablar así tendría presente la comun y sabida regla de *pictoribus atque poetis*; pero despues acá estoy bien informado que el motivo que D. Pedro tuvo para añadir esta gracia al buen Euripides, fué el hallarse en su poder unos instrumentos (originales) muy antiguos, por donde consta que el rey de Navarra D. García hizo merced á Euripides Gutierrez de la Espriella de ciertas tierras de pan llevar en término de la Bureba,

y una viña al pago de los turruñuelos, por haber pintado con gran primor y valentía el retablo de un iglesia, dedicada á no sé qué santo. Vean, pues, Vds. si puede ya quedar la menor duda en su mala fe y peor intencion de mortificar injustamente á D. Pedro, cuando, aunque en su libro no hubiese otra cosa buena que un descubrimiento tan feliz y peregrino, éste sólo bastaba para darle por él muchísimas gracias y colocarle en la clase de los escritores de mayor erudicion y utilidad. Bien que me hago cargo de que alegarán Vds. en su abono que siendo aquellos instrumentos tan singulares y raros, no es mucho no tuviesen noticia de ellos; pero esta no es bastante disculpa para haber decidido tan soberana y magistralmente; antes bien debieran Vds. advertir que cuando D. Pedro lo dijo, lo tendría muy bien visto, por no ir inconsiguiente á lo selecto y puntual de las noticias que se hallan esparcidas por todo su libro y logran la comun admiracion.

Que en la Academia Real de Francia se censuren todos los libros ó no, y que en la Junta de Flándes se haga ó no *crisî* de todas las obras, no es de cuenta de D. Pedro, ni por ello debe hacérsele cargo alguno, una vez que puso el defensivo y aditamento de: *Díganlo los Bolandos*, *afírmenlo los Papebrochios*. Si éstos lo afirmasen y lo dijesen, acabóse la disputa, y si no les diese gana de afirmarlo ni decirlo, no ha de ser D. Pedro responsable de su silencio y de que no tengan palabras hechas para responder á quien les pregunta con tanta cortesía; y así, mientras estos caballeros no hablan para sacarnos de la duda, quédese este reparo suspenso por ahora, que á su tiempo se dará providencia.

No pude menos de reirme muy á mi sabor al ver la insípida *lástima* con que Vds. trasladaron una cláusula de D. Pedro, en que éste dice imitó en su obra el estilo de D. Luis de Góngoar

(porque la regla de los estilos esdrújulos deberá llamarse *gongorico*), y en cuanto al exceso que podrá hacer el mismo autor, se remite *á lo que dirán personas de juicio*, *desinteresadas*, *que harán justicia.* Digo, y diré toda mi vida, que esta lástima ó alcuza es ridícula de rabo á oreja, y parecida en esto á la lástima de Bras, de quien dijo la copla:

Lástima da ver á Bras
Cómo gime y cómo llora,
Y le dice la su pastora,
Bras, no me has de ver más.

Pero ya se trasladó la cláusula y tenemos lástima en campaña. Y bien ¿qué dinero? ¿Diremos por eso que hay pretexto justo para estos arrumacos y lagoterías? No seré yo quien tal afirme; porque en mi sentir hizo D. Pedro todo su deber en dejar la decision de sus ventajas respecto de Góngora á personas de juicio, desinterés y que harán justicia seca, que es lo mismo que haber dicho *díganlo los Bolandos*, *afírmenlo los Papebrochios.* En llegando el caso de pronunciarse la sentencia, sabremos quién es Calleja, y mientras tanto (señores mios) á cada uno le haga Dios bien con lo suyo, y Vds. no se metan en si es mejor el conde que los gitanos, que como dice el refran, entre primos y hermanos no metas tus manos, y allá se lo hayan los poetas con sus mejorías, que harto haremos en dar cuenta de nuestras cosas sin meternos en las de otros, y exponernos á que nos digan aquello de cuidados ajenos matan, etc.

En cuanto á que D. Pedro dijese *tireo* en vez de *tirio*, me parece, salvo el guante, que tuvo razon y autoridad para ello, y que Vds. pudieron muy bien haber ahorrado aquí su crítica y su grande gana de echarlo todo á doce. Antes bien, creo haber en esto un cierto primor y oculto artificio que hace á nuestro autor acreedor á los elogios de todos los que no sean diaristas

apasionados, y es el caso que habiendo escrito su grande obra ajustada al meridiano de Madrid, le pareció conveniente el dar á entender la natural facilidad con que muchas buenas gentes de la corte trastruecan y trasiegan el uso de las dos letras *e*, *i*, por cuya regla dicen *vesita*, *menistro*; y hasta los muchachos cantan por la calle (al son de la aceitera y los dos cuartos) una coplilla que prueba concluyentemente este intento, y dice así·

Válgame la de Atocha,
La de *Lorito*,
La de Copacavana
Y el Santo Cristo.

Esta fué sin duda la mente de D. Pedro, y la de Vds. el convertir la triaca en veneno y encontrar defectos donde otros más bien intencionados hallarian mucho que admirar.

Lo propio sucede en órden á si las voces *Cleonías* y *Sisifa* se pueden usar en buena licencia poética. Este reparo dimana de que Vds. deben de regular la licencia poética por la que les dan en la Vicaría para decir misa y confesar, que es sólo hasta cierto tiempo y con mil cortapisas y limitaciones. No, señores mios; Vds. están muy lejos de lo cierto, porque las licencias que se despachan por la Covachuela de Apolo son muy amplias y cumplidas, y en virtud de ellas puede el que la tiene guisar las voces á su modo y hablar como mejor le pareciere. Bien que por lo que pueda suceder á espaldas de la tal licencia se da otra á todo género humano para que pueda reirse á carcajada tendida siempre y cuando le parezca y la ocasion lo pida; pero esto dice D. Pedro que no le empece, y que así como él no tiene en su mano la risa de nadie, así tampoco debe ninguno reprocharle el que hable como le diese la gana. A que añade, que si hubiese sabido que los señores diareros eran tan cortos de vista, hubiera puesto en lugar de estrella *el lucero ó estrellon de pólvora*

que sus maestros echan menos, y que precisamente habia de ser *más majo que el farolito de la****

Y sobre todo, señores mios, ¿para qué nos andamos con intercolunios y jerigonzas? ¿Ustedes quieren que D. Pedro comente su libro con tanta claridad, que no sólo los alumbre, sino que los ciegue? ¿Quieren Vds. que en cincuenta pliegos (ó en cincuenta resmas si menester fuese) escriba él mismo más que lo que escribieron los Coroneles, los Pelliceres y los Rosales, gente noble y principal? Está muy bien. D. Pedro está pronto á dar á Vds. todo gusto; pero dénsele Vds. en aprontar los cincuenta doblones que pide para la impresion, y den gracias á Dios por el baratillo; que á no ser porque D. Pedro quiere hacer equidad á los principios de la manifestacion de su literatura, y anda tras adquirir parroquianos, no serviría á Vds. á tan buen precio, cuando más le tendría á él de costa. Lo demás es andarse por las ramas; y el pretender que D. Pedro gaste en iluminaciones y escriba media docena de tomos en folio *gratis et amore*, y sólo por complacer el genio delicado y cegajoso de ustedes, esto ni la razon lo permite, ni la autoridad, pues para semejantes lances se encuentra dicho:

En Sevilla lo canta
un alpargatero,
quien quisiere alpargatas
traiga el dinero.

Y ya que Vds. no están en ánimo, segun parece, de ministrar los cincuenta del pico, me parecía justo que no pusiesen mal corazon á nadie ni se metiesen á agorar si habrá ó no *quien aborrezca tanto su caudal* que quiera aplicarlo á un destino, que aunque no es tan bueno como el de casar huérfanas, pudiera no obstante tener utilidades muy importantes, á lo menos en tiempo de hojaldres. Esto es ser con toda propiedad el perro

del hortelano; no empero creo que áun en dictámen de ustedes merezca menos el poema de San Antonio que el *A. T. C.* á quien con toda su dilatada parentela hemos visto andar por ese lugar harto, gordo y rollizo y rebosando salud por todas sus coyunturas; señal evidente de que no faltaron buenas almas y buenos cincuenta doblones para que lograse constitucion tan robusta y fornida. Y si hubo *quien aborreciese tanto su caudal*, que le desembolsase para la impresion de este libro (al que siempre he tenido por el más maldito del mundo), no sé yo por qué regla dudan Vds. el que D. Pedro encuentre igual acogida, pues libro por libro, aténgome al del bendito San Anton, que nos librará del fuego y de las tentaciones del enemigo. Y si ustedes no me creen, *díganlo los Bolandos*, *afírmenlo los Papebrochios*.

Hasta aquí, gloriosísimo Santo mio, llegan los reparos á que de *antemano* procuró satisfacer nuestro D. Pedro y sobre que tan agriamente le han capitulado los autores del Diario, bien que para su mayor confusion y sentimiento á vista de las ingenuas y sólidas rozones con que yo de *postpié* he procurado desvanecer su aviesa malevolencia; no obstante, desconfio que mi eficacia haya logrado aquietarlos y convencerlos, y me temo que áun se mantengan en sus errados dictámenes, porque tengo á todos los diaristas del mundo en el mismo concepto que uno de nuestros mejores cómicos tenía á las mujeres, de quienes dijo eran diablos de poco arrepentimiento: Dios tal no permita; pero si así fuese, buena pro les haga que de gloria se lo ahorran.

Y viniendo ahora á un segundo choque en que de nuevo se encarnizan Vds. contra D. Pedro culpándole con igual impiedad de otros defectos que dicen han observado en su obra y de que esperamos sacarle tambien á paz y á salvo con la misma felicidad que hasta aquí para que sea completo su triunfo y el sonro-

jo de sus injustos émulos, no puedo menos de admirar la prolijidad y menudencia con que Vds. ensartaron una larga lista de voces magníficas, y de éstas de tres en libra, á las que nombran *ridículas y extrañas* con poquísimo conocimiento de lo cierto. Es lo sin duda que D. Pedro echó mano para su poema de los términos más correspondientes á él, porque habiendo jurado de poeta culto y tenebroso (por cuanto sigue la verdadera opinion de que en esto consiste lo primoroso y perfecto de la poesía) era consiguiente que usase las voces facultativas del metro culterano, cuales son las que Vds. desacreditan, al mismo modo que los arquitectos dicen *pilastras*, *arquitrabes*, *zócalos y arbotantes*, por ser términos propios y peculiares de su profesion, y que se hicieron para pocos. Amen de esto, bien pudieron Vds. haber visto y notado por esas esquinas cierto papel impreso, en que los boticarios (cuya facultad requiere estilo grecizante y latinoso) avisaban al público cómo tenían dispuestos los simples para *confingir y elaborar la theriaca magna de Andromacho*. Esta expresion (mirando las cosas en conciencia) es de tan superior retumbancia, que no merece descalzarla ninguna de las que se censuran en D. Pedro, y por impresa merecía bien un rasgo de la crítica de Vds.; pero es el caso que para aquello se tuvo presente la razon que la disculpa, y para las otras se olvidó esta misma razon ó se despreció maliciosamente. Así anda el mundo, y luego querremos que llueva.

Y ya que andan Vds. tan indulgentes con los boticarios, bien pudieran haber procurado entre todos ellos alguno de los simples preparados para el referido *confingimiento y elaboracion*, con que sanar los *sabañones* y demás dolencias que advirtieron en los piés de los versos del poema; pero conocer el achaque y no aplicar la medicina siendo tan fácil á Vds. y pudiendo pedir á uno de los amigos siquiera un manojo de *umbili-*

cus veneris, que es remedio probado; esto, ni lo consiente la caridad cristiana, ni se compadece con aquella *lástima* de que parece hacer Vds. especial profesion. Yo espero en medio de eso que los pobres piés, como hechos á trabajos, lleven esta crueldad con paciencia, aunque no el que Vds. se metan tambien á contarles los puntos y á levantar el grito sobre si les sobra ó les falta. Esto, señores de mi alma, no es de la incumbencia de Vds. y sólo lo sería en caso de que corriese de su cuenta el proveerlos de zapatos: entonces alguna razon habría de mormurar de las obras; pero si Vds. no están de ese parecer, bueno será dejarlo, que cada pié es como Dios le hizo, y á nadie le toca averiguar si tiene media vara más ó menos de lo que debiera tener, fuera de que bien pudo D. Pedro haberse ahorrado de esas jerigonzas con hacer lo que otro poeta conocido mio, que habiendo oido que los versos se medían, tomaba una pajita siempre que versificaba (porque tambien tenía presente el refran de paja triga hace medida), y con ella ajustaba y medía sus metros con tal prolijidad, que no discrepaban un ápice uno de otro, y con esto salían sus producciones con toda aquella perfeccion que es consiguiente á un cuidado tan conducente y oportuno.

Síguense varios ejemplos que Vds. entresacaron del poema, y con que pretenden probar que D. Pedro anduvo frio de pensamientos en su composicion. Yo quisiera me dijesen ustedes quién podrá gastar pensamientos calientes, ni áun tibios, escribiendo la vida de San Anton, santo de quien reza la Iglesia en el rigor del invierno, y cuya canícula es el v. gr. de las estaciones más frias y yertas. Repito tercera vez que Vds. parece han hecho gala en su extracto de olvidar maliciosamente ó desentenderse de aquellas congruencias y circunstancias que don Pedro tuvo muy presentes para el mayor acierto en su empre-

sa. Esta fué una de ellas sin duda, y por eso puso todo su cuidado en formar un poema tan de garapiña, y rebosando carambanos, que los lectores diesen diente con diente y conociesen por un efecto tan sensible que estaban leyendo la vida de San Anton. Este primoroso artificio es plausible entre los que gastan buena intencion; pero Vds. todo lo convierten en ponzoña, tienen la suya tan dañada y doliente. Creo, empero, que algun poco de razon tienen Vds. en la censura de uno de los referidos ejemplos, que es el en que D. Pedro dijo:

Indicaban lúgubres latrocinio,
Término criminal, perdone Vinio.

Aunque el descuido que aquí hubo tiene distinto motivo que el de la ponderada frialdad. Esto es, que habiendo justamente resuelto D. Pedro el valerse de las voces más cultas y encrespadas, pudo haber omitido el citar á Vinio con este nombre comun y sabido de todos, y expresarse con el de Arnoldo que tambien tiene, y era más regular y propio de su intento. Pero ya que él no lo hizo, lo ejecutaré yo y trobaré aquellos dos versos sin salir del tema propuesto, que es defender á D. Pedro diciendo en su nombre:

Y en impugnarme á mí gastó Leopoldo,
Término criminal, perdone Arnoldo.

De este modo queda todo compuesto, y Vds. sin aquel viso de razon que en esta parte pudieran tener, como ni parece la tienen en mormurar tan voluntariamente de que D. Pedro use con frecuencia de la trasposicion, siendo esta figura tan noble y admirable, que mereció al grande autor de la Gatomachia, el que la practicase con especial recomendacion, para dar á entender su valor y mérito cuando dijo:

En una de fregar cayó caldera
(Transposición se llama esta figura.)

Finalmente, concluyen Vds. quejándose altamente de la poca urbanidad y menos decentes expresiones de D. Pedro, como si esto de la cortesía estuviese en manos de un cristiano y no fuese cosa que Dios la da y Dios la quita. Esto, señores mios, va en genios, y si D. Pedro no le tiene de ser cortés, nadie puede formar queja de lo que el otro no puede remediar, y mucho menos Vds., pues no les llamó garrochones, que segun tengo noticia es el dicterio más de moda en esta corte. Fuera de esto es constante, que no han dado Vds. poco motivo á don Pedro de levantar el grito y lamentarse igualmente del poco miramiento con que se le trata, llamándole «poeta silvestre,» equivocándole con los «latino-bárbaros que aspiran al laurel por este medio,» pintándole un hombre de «expresiones indecentes y libertadas» con otro monton de cosas de este jaez, y esto con tanto empeño y acrimonia, que no dudó le aplicarían (si de él tuviesen noticia) un soneto que hizo cierto amigo á otro poeta de la misma estofa de que Vds. injustamente nos quieren hacer á D. Pedro, y que pues pára entre mis manuscritos le he de trasladar aquí:

Oh tú, cuervo infeliz, cuyo graznido,
Con bronca voz, con destemplado aliento,
Al compás del más rústico instrumento
Intímas desazones al oido:
Dí, ¿qué Apolo infernal te ha influido,
Tan discorde, tan bárbaro concento?
¡Oh, quién nunca tuviera entendimiento,
Para que nunca fueses entendido!
Deja la inculta lira, no presumas
Profanar, atrevido é insolente,
La noble ocupacion de nobles plumas:
Pues no conseguirás, aunque lo intente,
Tu necia rustiquez con ansias sumas,
Que el sagrado laurel orle tu frente.

Y no sólo creo esto, sino que estoy tambien persuadido á que siguiendo Vds. su genio malignante y endiablado, le aplicarían otro epígrama latino que le viene de molde á D. Pedro, segun el concepto que Vds. pretenden se haga de él (de que Dios me libre) y dice así:

Est quidam in triviis, quem dicunt esse poetam
Non quod Odysseas, aut magna poemata condat,
Sed quoniam pueros genitricis ab ubere raptos
Ille docet pe o po, e, poe, te a ta, poeta.

¿Y esto se puede hacer en ley de Dios? ¿No me dirán ustedes con qué conciencia se atreven á poner á un poeta de bien en tal punto de vista que le vengan de perlas todos estos dicharachos y remoquetes? ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

No obstante, aunque todo esto creo, estoy tambien bastantemente inclinado á creer que á la hora de esta están Vds. harto convencidos (en vista de mi apología) de que más le valiera estar duermes que haberse metido con D. Pedro, en cuyo nombre juzgo haber dicho lo que basta (y áun lo que sobra) para dar á entender á Vds. y al mundo entero la mala fe y poca razon con que le insultaron tan ásperamente en el extracto de su poema. Yo no le conozco sino por sus divinas obras; pero cualquiera se hará cargo en atencion á lo justificado y piadoso de la causa, que bien pude arrogarme la accion de volver por el honor y lustre de un sujeto tan benemérito y tan injustamente agraviado. Y con efecto, estoy muy desvanecido de haberlo así ejecutado y que haya sido con tanta felicidad, lo que se debe atribuir más á sobra de razon y á que Dios ayuda las buenas intenciones, que á que yo crea se halla en mí la menor proporporcion para salir bien de semejantes empeños. Espero asimismo que este tan costoso aviso les servirá á Vds. de grande estímulo para mejorar de conducta en la prosecucion de su pro-

yecto: si así fuese me tendrán Vds. por su amigo hasta el gollete, y mandar lo que se ofrezca; pero si no será preciso volver las nueces al cántaro, y caiga el que cayere, que en llegando á estos lances no sé ahorrarme ni áun con el padre que me engendró, y Cristo con todos. Cacabelos y Agosto 31 de 1738.—Besa la mano de Vds. su servidor que su bien desea.—D. Hugo Herrera Jaspedós.—Sres. D. Juan Martinez Salafranca y don Leopoldo Gerónimo Puig.

CARTA

QUE

CON EL NOMBRE DE JORGE PITILLAS

escribió el P. Isla á los mismos autores del *Diario de los Litteratos de España*, acompañando una sátira contra los malos escritores de este siglo.

Muy señores mios: Una larga mansion en esa corte á dependencia de muchos ratos ociosos, me dió la oportunidad de emplear los más en la lectura de todo lo que salía nuevamente á la luz pública; y esta aficion, hecha ya costumbre, la continúo con ahinco áun en el retiro de mi casa, adonde há algunos meses que me he restituido. Los repetidos chascos que en el gusto y en la bolsa me ha acarreado esta imprudente curiosidad, me han puesto de malísimo humor contra casi todos los escritores de nuestro siglo, y en el ánimo de procurarme una honesta venganza que sea compatible con el cristianismo y la racionalidad. De esta resolucion remito á Vds. una prueba en esa sátira para que vean un efecto práctico de mis adversas disposiciones hácia los libros nuevos y sus autores, coadyuvadas de mi avanzada y achacosa edad, que me constituye naturalmente regañon. Espero deber á Vds. el favor de que la hagan lugar (el más humilde) en uno de sus Diarios, avisándome á su tiempo de lo que resulte de su publicacion, para que junto su aviso de ustedes con las observaciones, que yo tambien haré por acá, me de-

terminen sobre él hacer igualmente públicas otras no pocas sátiras, en todo parecidas á la adjunta, y para que ya quedan muchos materiales aparejados. Interin sepan Vds. que deseo servirles y que les soy su más apasionado, porque aunque ustedes no son tan buenos como yo quisiera, son empero los menos malos y los que menos han ejercitado mi paciencia.—Nuestro Señor guarde á Vds. muchos años. Barcelona y Abril 29 de 1741.—B. L. M. de Vds. su afecto y seguro servidor.—Jorge Pitillas.—Sres. D. Juan Martinez Salafranca y D. Leopoldo Gerónimo Puig.

SÁTIRA

CONTRA LOS MALOS ESCRITORES DE ESTE SIGLO

POR UN ANÓNIMO,

JORGE PITILLAS.

---

(1) *Irasci nostro, non debes, cerdo libello,*
Ars tua, non vita, est carmine læsa meo
Innocuos permittes sales, cur ludere nobis
Non liceat, licuit si jugulari tibi?

(2) *Admonere voluimus, non mordere; prodesse, non ledere; consulere moribus hominum, non officire.*

A QUIEN LEYERE.

Tengo muy creido que la calidad y áun la claridad de este escrito causará extrañeza á todos, escándalo á muchos y mortificacion á algunos. Causará precisamente extrañeza á todos, porque siendo éste el único papel en su género que en nuestros tiempos se ha dejado ver en España, es consiguiente que una cosa tan absolutamente nueva sea recibida con maravilla uni-

(1) Martial, lib. 3. Epigram. XCIX.
(2) Erasm.

versal. El escándalo tendrá lugar en aquellos espíritus flacos, que se horrorizan de todo; y al solo título de sátira, con gesto ponderado y continente de Catones declamarán altamente contra la corrupcion del siglo y malicia de los hombres. Ultimamente, será de no pequeña mortificacion para los sujetos interesados y contra quienes se dirige, porque á la verdad no hay cosa que más aflija á los hombres que el verse asaltados por la parte que tienen más sensible; esto es, por sus obras y producciones de su entendimiento.

Pero contra estos siete vicios hay siete virtudes; quiero decir, que contra estas tres dolencias hay tres antídotos, conque supuesta la buena disposicion del paciente, se puede justamente esperar su restablecimiento.

La enfermedad de los primeros no es de cuidado como no se complique con otra más peligrosa ó la acompañen algunos síntomas perjudiciales, porque en realidad la extrañeza en este caso debe mirarse, más como efecto de la novedad, que como achaque; y así á estos bastará recetarles la consideracion de que no sólo en lo físico se debe admitir la renovacion de especies, que ésta tiene tambien lugar en otras materias, y que por eso el tiempo con su vicisitud repite en el teatro del mundo la representacion de algunas cosas que estaban sepultadas en la ignorancia ó en el olvido.

Los segundos son de más difícil curativa ó acaso del todo incurables; y esto no tanto por lo pernicioso de su dolencia cuanto por sus malas disposiciones y lo poco que se ayudan para librarse de ella. Ciertamente no encuentro en toda mi botica cosa que bien les cuadre. Pero valga por lo que valiere, hágoles presente que harto tiempo tienen para aspavientos y hazañerías; que procuren ante todas cosas examinar seriamente este opúsculo, y le verán rebosando buena fe é igual intencion, y

sin que en todo él se descubra la menor seña de un ánimo depravado y que gusta de ofender:

> .....*Quod vitium procul abfore chartis.*
> *Atque animo prius; ut si quid promittere de me*
> *Possum aliud, verè promittor.*

Y últimamente, que no perjudica á la conciencia ni al estado el que halla un libro no escrito á su gusto y le es lícito enfadarse muy de veras de su mala lectura.

Los terceros en su disposicion tienen razon que les sobra, y así yo les tengo mucha lástima, no sólo por la mortificacion que los desazona, sino tambien por el motivo que la produjo. Pero es preciso considerar (y sea más consuelo que receta) que desde que hicieron públicos sus trabajos me dieron á mí y á todos un absoluto derecho de formar el juicio que á cada uno le pareciese; y de aquí nace que, en caso de declararse, conviene hablar con ingenuidad, porque no por complacerles es cosa de abandonar el sentido comun. Fuera de que lo que yo digo no es ninguna decision rotal ni el Evangelio de San Márcos, y así pueden muy bien mantenerse en su amor propio y hacerse toda la merced que quisieren. Bien que me temo que sean únicos en su dictámen ó le siga quien no le autorice, sin que por esto presuma yo de voto de calidad, sino porque es consecuencia precisa de una notoria ineptitud.

Estas reflexiones, como naturalísimas, son convincentes y debieran aquietar enteramente á los que son principal objeto de ellas; dudo empero del buen efecto por lo arraigado que está en el mundo el tiránico dominio de la preocupacion y el capricho. No obstante, me ha parecido inexcusable el proponerlas (omitiendo otras que la recta razon influye), así para mi satisfaccion y de los indiferentes, como para mayor confusion de los

tercos y darles á conocer que en ellos se verifica con lastimosa propiedad lo de *video meliora, proboque, deteriora sequor.*

Pero advierto que no aprecio tanto la complacencia de divertirme y divertir á otros, que dejé de observar cuidadosamente las resultas serias que pueda tener mi proyecto. Por eso va esta sátira en figura de peregrino á sondear los ánimos. Si de su publicacion acaece que, descubriéndose algunos inconvenientes (que por no alcanzarlos se hayan escapado á mi buena intencion) se me proponga un solo remedio racional ó algun calificado resentimiento, desde luego cesaré muy gustoso en su prosecucion. Pero si sólo se me reconviniese con futilidades y necias quejas de hazañeros ó de interesados que respiran por la herida; corre muy de de mi cuenta el no hacerla de ellos, y continuaré en mi labor, produciendo á corta distancia de tiempo otras diferentes sátiras del mismo calibre y circunstancias que la presente, en que me ría, y nos riamos á costa de escritores chapuceros. *Vale.*

.....*Liberius si dixero quid, si forte jocossius, hoc mihi juris cun venia dabis.*

SÁTIRA.

No más, no más callar, ya no es posible,
Allá voy, no me tengan, fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.

No censures mi intento, oh Lelio amigo,
Pues sabes cuánto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto
Y la atacada mina se ha volado.

Protesto, que pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de hogaño
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras que mil dias há que apaño
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.

Baste ya de un indigno sufrimiento
Que reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.

He de seguir la senda de los raros,
Que mendigar sufragios de la plebe (1)
Acarrea perjuicios harto caros.

(1) *Non ego ventosæ plebis suffragia venor.*
(Horac., lib. 1.º, epíst. 19, v. 37.)

Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero ser yo satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.

Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los piés hasta el cogote.

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos (1)
Que yo he advertido que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.

En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebata,
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.

¿Quieres que aguante más la turba ingrata
De tanto necio, idiota, presumido,
Que vende plomo por preciosa plata?

¿Siempre he de oir no más? ¿No permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato
Por los muchos peores que he sufrido? (2)

Tambien yo soy al uso literato (3),
Y sé decir *romboides*, *turbillones*
Y blasfemar del viejo *Peripato*.

Bien sabes que imprimí unas conclusiones

---

(1) *.....Aufer*
Me vultu terrere.....
Dum quæ Crispini docuit me Janitor, edo.
(Horác., lib. 2, sátir. 7, v. 43.)

(2) *¿Semper ego auditor tantum? Numquam ne reponam*
Vexatus toties?
(Juven., sát. 1, v. 1.)

(3) *Et nos ergo manum ferulæ subduximus*, etc.
(Idem, ibid. v. 15.)

Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.

Sabes con cuánto afan busco y aprecio
Un libro de impresion *elzebiriana*,
Y le compro (aunque ayune) á todo precio.

Tambien el árbol quise hacer de Diana;
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenía vaso, nitro y gana.

Voy á la Biblioteca, allí procuro
Pedir libros que tengan mucho tomo
Con otros chicos de lenguaje oscuro.

Apunto en un papel que pesa el plomo
Que Dioscórides fué grande herbolario,
Segun refiere *Ubandenlarchk* el romo.

Y allego de noticias un almario,
Que pudieran muy bien, segun su casta,
Aumentar el *Mercurio literario*.

Hablo francés aquello que me basta,
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta.

Y áun por eso me *choca* la leyenda,
En que no *arriba* hallarse un *apanaje*
Bien entendido, que al discreto ofenda.

Batir en ruina, es célebre *pasaje*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galban no entienda tal potaje.

¿Qué es esto, Lelio, mueves la cabeza?
¿Que no me crees dices? Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza.

Tienes, Lelio, razon; de este idiotismo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo (1).

La práctica de tanto horror y vicio,
Es empero (segun te la he pintado)
De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia más osado,
Y basta que no sepa alguna cosa
Para escribir sobre ella un gran tratado.

Y si acaso otra pluma más dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bílis envidiosa.

Y en fornido volúmen que construye
(Empuñando por pluma un varapalo),
Le acribilla, le abrasa, le destruye.

Ultrajes y dicterios son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demás camina á oscuras,
Y el asunto le olvida, ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.

Su ciencia sólo estriba en lo que ofende,
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon ni la busca ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.

---

(1) *Neque enim hoc studeo, bullatis ut mihi nugis*
Pagina turgescat, dare pondus idonea fumo.
(Pers., sát. 5, v. 19.)

No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.

Fíjanse en las esquinas cartelones,
Que al poste más macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.

Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel azafranado,
Da del libro magnífico diseño.

Atiza la *Gaceta* por su lado,
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejo amarrillo y jaspeado.

Caen en la tentacion los animales,
Y áun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.

Pero ¡oh dolor! mis ojos no lo vean;
Al leer del frontis el renglon postrero,
La esperanza y el gusto ya flaquean.

Marin, *Sanz* ó *Muñoz* son mal agüero,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro civil y chapucero.

Crecen á cada paso las mohinas,
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.

Toda dedicatoria es clausulones,
Y voces de pié y medio (1), que al Mecenas
Le dan en vez de inciensos coscorrones.

---

(1) *Projicit ampullas, et sesquipedatia verba.*
(Horat., in Art., v. 97.)

Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Aténas.

No menos arrogante é inmodesto
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.

Yo lo fio copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurcidos,
Formas un libro engerto en porra ó sable.

Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Polianthea,
Nos apestas el alma y los sentidos.

El estilo, y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras, sin saber que lea.

No halla la inteligencia, siempre vana,
Sentido en qué emplearse, y en las voces
Derelinques la frasi castellana.

¿Por qué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribon, con menos retornelos,
A pasto llano y sin vocales coces.

Habla como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesion de boquilobo
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

Perdona, Lelio, el descortés arrobo,
Que en llegando á este punto no soy mio,
Y estoy con tales cosas hecho un bobo.

Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.

Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan, cual pudiera
Velloso Geta ó rústico Numida.

¡Y á estos respeta el Tajo! ¡A estos venera
Manzanares, y humilde los adora! (1)
¡Oh ley del barbarismo, agria y severa!

Preguntarásme acaso, Lelio, ahora,
Cuáles son los simplícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.

Yo te daré noticias positivas,
Cuando hable *nominatim* de estos payos
Y les ponga el pellejo como cribas.

Más claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.

¿La frente arrugas? (2) ¿tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras te suplico.

Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos ni berracos.

Sólo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.

Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente;

---

(1) *¡Hos tu, Nile, colis! ¡Et hos tu Tybris adoras!*
(2) *¿Quid contraxistis frontem?*—(Plaut. in Prol. Amphytr.)

A que Dominga, rústica y mohina,
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especie fina (1).

De este modo han escrito otros más duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.

En sus versos *Lucilio* no perdona
Al cónsul, al plebeyo y caballero (2),
Y hace patente el vicio y la persona.

Ni Lelio adusto, ni Scipion severo
Del poeta se ofenden, aunque maje
A *Metello* y á *Lupo* en su mortero (3).

Cualquiera sabe, más que sea paje,
Que *Horacio* con su pelo y con su lana
Satiriza el pazcuato y el bardaje.

Y entre otros á quien zurra la badana
(Por defectos y causas diferentes)
Con *Cassio* el escritor (4) no anduvo rana.

---

(1) *Ne nigram cito raptus in culinam*
Cordyllas madido tegas Papyro
Vel thuris, piperisque sis cucullus.
(Mart., l. 3., ep. 2.)

(2) *Primores populi arripuit populumque tributim.*
(Horat., sát. I, l. 2, v. 69.)

(3) . . . . *Num Lælius, aut qui*
Duxit ab oppresa meritum cartagine nomen
Ingenio offensi? Aut. læso doluere Metello,
Famosisque Lupo cooperto versibus?
(Horat. ibid., v. 65.)

(4) . . . . , ... *Amet scripsisse ducentos*
Ante cibum versus, totidem cœnatus. Hetrusci
Cuale fuit Cassi rapido ferventius amni
Ingenium.
(Horat., lib. 1, sát. 10, v. 69.)

Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto *Alpino*, aquel que en sus cantares
Degollaba Memnones inocentes;

El que pintaba al Rhin los aladares (1)
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Persio á todo un *Neron* tiró bocados
Y sus conceptos saca á la vergüenza
A ser escarnecidos y afrentados (2).

Juvenal su labor así comienza
Y á *Codro* el escritor nombra y censura (3)
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.

No sólo la *Theseida* le es muy dura,
A *Telepho* y á *Orestes* spiritado
Tambien á puros golpes los madura (4).

Con esto á sus autores hunde un lado
Si á *Cluvieno* (5) le quiebra una costilla
Y una pierna á *Mathon* el abogado (6).

---

(1) *Turgidus Alpinus, jugulat dum Memnona dumque*
Defingit Rheni luteum caput. Hæc ego ludo.
(Id., ibid., v. 36.)

(2) *Torba Mimalloneis*, etc.—(Pers., sat. 1, v. 99.)

(3) *Vexatus toties rauci Theseide Codri.*—(Juven., sát. 1, v. 2.)

(4) *.....Impune diem consumpserit ingens*
Telephus? Aut summi jam margine libri
Scriptus, et in ergo nondum finitus Orestes.
(Ibid, v. 4.)

(5) *Si natura negat, facit indignatio versum.*
Cualemcumque potest: Cuales ego vel Cluvienus.
(Ibid, v, 79.)

(6) *..... Te Consule dic tibi quis sis*
Orator vehemens, an Curtius, an Mantho.
(Id., sát. 11, 33.)

Con libertad, en fin, pura y sencilla
Observa en toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la Cartilla.

Y por si temes que me falte asilo,
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.

Cervantes, el divino viajero (1),
El que se fué al Paranso piano, piano,
A cernir escritores con su arnero.

Si el gran Mercurio no le va á la mano
Echa á *Lofraso* de la nave al Ponto
Por escritor soez y chabacano.

De *Arbolanches* descubre el genio tonto,
Nombra á *Pedrosa* novelero infando,
Y en *criticar* á entrambos está pronto.

Sigue el *Pastor de Iberia*, autor nefando,
Y el que escribió la *Pícara Justina*,
Capellan lego del contrario bando.

Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué habría si al *Alfonso* áspero y duro
Le pillase esta musa censorina?

Otros más, con intento casto y puro
Ata de su censura á la fiel rueda
Y les hace el satírico conjuro;

Aunque implícitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza,
Cuál es Garcilasista ó Timoneda.

---

(1) Miguel de Cervantes *en su viaje del Parnaso.*

Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque (como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza):

Cernícalos que son lagartijeros,
No esperan de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.

Cesen ya, Lelio, pues, tus displícencias,
Y á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias.

Y excusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.

Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.

No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan sólo en la censura
Del escrito que cree cojo ó manco.

Con igual gusto, con igual lisura
Dará elogios, humilde y respetoso,
Al que goza en el mundo digna altura.

Que no soy tan mohino y escabroso
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.

Pero ¡oh cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama (1)
Y en quien mi saña crítica se frustre!

---

(1) ..... *Pauci quos æquos amavit Jupiter.*
(Virg., lib. 6. Æneid., v. 129.)

Ya ves cuán impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos,
Que escriben á la hambre y no á la fama.

Y así no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre más sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está, que en este caso
Me deje dominar de la irascible.

Dias há que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso.

Si tú en tus cobardías siempre fijo
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.

De aquí adelante pienso desquitarme,
Tengo de hablar, y caiga el que cayere,
En vano es detenerme y predicarme.

Y si acaso tú ú otro me dijere
Que soy semipagano (1) y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere:

Sabe, Lelio, que en esta cata y cala
La furia que me impele y que me ciega
Es la que el desempeño más señala:

Que aunque es mi musa principianta y lega

---

(1) ..... *Ipse semipaganus*
Ad sacra vatum carmen affero nostrum.
(Pers. in Prolog., v. 6.)

Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos (1).

---

(1) *Si natura negat, facit indignatio versum.*
(Juven., sát. 1, v. 79.)

CARTA APOLOGÉTICA

QUE ESCRIBIO EL P. ISLA

á los autores del *Diario de los Literatos de España* sobre el rasgo épico, verídica epiphomena, etc., del doctor D. Joaquin Cassés y Jaló.

Muy señores mios: Escribo á Vds. segunda vez muy satisfecho y reconocido de la aceptacion y buena acogida que mereció á Vds. mi primera carta de 31 de 1738, en que emprendí una jovial apología de la vida de San Antonio Abad, escrita por el incomparable D. Pedro Nolasco de Ocejo, de que Vds. en su cuarto tomo hicieron un extracto, más ventajoso sin duda al crédito y gloria de Vds. que al autor de aquel singular libro. No tuve entonces otro fin que entablar con aquel inocente gracejo mi particular diversion (y acaso la de Vds.), por si así podia sacudir el mal humor que me habian pegado unas largas tercianas y una muy corta cosecha. Pero Vds., no sé si para mi vanidad ó mi confusion, no sólo hicieron público aquel endeble y tumultuario capricho de mi ociosidad, dándole un honroso lugar en el inmediato tomo de su Diario, sino que tomaron á su cargo su defensa contra ciertos malandrines que, mal informados de mi intencion y ánimo, querian aplicarle una siniestra y erradísima inteligencia; propia conducta de ingenios aviesos y superficiales, á quienes Vds. lograron confundir con aquella energía y fuego que está destinado para las plumas más delicadas y eruditas.

Este desmesurado favor supo producir en mí todos aquellos efectos de gratitud y reconocimiento hácia Vds. de que soy capaz, y animado tambien de una experiencia tan apreciable, me resuelvo á meterme en otro empeño, cuyos antecedentes referiré con exacta puntualidad para que todos nos entendamos, y yo especialmente logre alguna disculpa en la osadía de dar á ustedes un segundo chasco con una segunda carta.

Desde que me retiré de esa corte á esta de Vds., dejé al cuidado de un buen amigo el remitirme todos los correos la *Gaceta*, por cuyo medio tuve la noticia de un libro al que su autor, el doctor D. Joaquin Cassés y Jaló, dió por título: «Rasgo épico, verídica epiphomena, etc.» La extrañeza de esta inscripcion movió mi curiosidad á ver el libro, y dando aviso á mi amigo, me le envió prontamente con un maragato de los muchos que frecuentan este país, y son los únicos que sirven de acarrear todo lo que no se encuentra en él. Como estos son gente tan zafia y rústica, tuvo el maragato la inadvertencia de hacer que mi libro sirviese de cuña á unos tercios de jabon y espliego que conducia á Galicia, con lo que contrajo un olor pestífero, y al tiempo de recibirle me encalabrinó desde muy lejos con el tufo que expedia á licor de espuma, que tambien conocemos y gastamos por acá. Otro más supersticioso que yo se hubiera desanimado mucho, formando un mal agüero contra el libro de esta natural casualidad; pero despreciándole yo generosamente procuré remediar el daño, sahumándole con unos granos de incienso macho y unas rajas de enebro, para que oliendo mejor se pudiese aplicar más gratamente á la vista y al olfato.

Con esta prevencion comencé ansiosamente la lectura, que desde luego me presentó mucho más de lo que mi imaginacion me había figurado, y pareciéndome no era yo digno de gozar sólo de tantas bellezas y preciosidades, determiné convocar á

ciertos amigos aficionados á libros, con quienes en otras ocasiones había partido estos buenos ratos y me habían ayudado á celebrar justamente los escritos que, como éste, lo merecen tanto.

El vivir en un lugar sumamente reducido me facilitó muy luego este intento, y á poca diligencia y tiempo me hallé en mi casa con mi compadre el licenciado Quiroga, beneficiado en esta villa, con el doctor Sagade, antiguo médico en ella, y con el barbero Mendez, todos tres buenos amigos, y los únicos de quien se puede echar mano para estos casos en un país en donde anda tan tirada la racionalidad. Juntos los vocales, y por mí informados del motivo de la convocacion, se dispusieron muy gozosos á que el libro se leyese en comunidad, y áun añadió el médico, que para que la diversion fuese más útil y completa, era de sentir que cada uno dijese lo que naturalmente le ocurriese al mismo tiempo de la lectura. Convinimos todos, formando yo desde este punto el ánimo de recoger estas reflexiones, como lo ejecuté, retirándome cada una de las tres noches que duró la conferencia, y despues de acabarse, á escribir lo que en ellas se había discurrido, con el fin de unirlas todas, y disponiendo una nueva carta para Vds. repetirme el gran gusto de asegurarles mi gratitud, estimacion y buen afecto.

Vean Vds. aquí la historia de mi segunda carta; pero antes de entrar en materia he tenido por conveniente, y áun por necesario, el dar á Vds. una ligera idea del carácter de los interlocutores. El Quiroga es un bellísimo eclesiástico, hijo de vecino de esta villa, y con grandes disposiciones para ser hábil si hubiese tenido en sus estudios mejor direccion y método del que por acá se usa; por cuya falta adquirió muchos resabios de pedante, que contraresta con bastante solidez de juicio y un no vulgar conocimiento de la poesía de ambas lenguas; pero sobre

todo es hombre naturalmente serio y muy amante de la formalidad.

El doctor Sagade es natural de Santiago, en donde estudió gramática, filosofía y medicina á estilo del país, y habiendo estado en esa corte no más tiempo que el necesario para revalidarse, logró inmediatamente diferentes partidos de pequeña consideracion, que le fueron proporcionando para éste, en donde se conserva casi veinte años há. Tiene todos los vicios comunes á los de su facultad, con el de reducir á ella áun las conversaciones más extrañas y distantes, y perece furiosamente por el estilo hinchado y voces peregrinas y campanudas. En medio de eso no le falta ingenio y conocimiento, y el que tiene de los buenos libros médicos, junto con su natural felicidad, es muy á propósito para la natural conservacion de los vecinos de este pueblo.

El barbero Mendez es de las más extremadas sabandijas que ha producido nuestra España, y honra de su patria *Murullon*, lugar que dista de este dos leguas con corta diferencia. Apenas se hallará otro que más hable, y es gusto verle picar en todo sin haber estudiado nada, y sembrar sus largas arengas con una gran porcion de latinajos que ha cogido al vuelo en el comercio con los curas, á que es muy aficionado; con lo que, y un gran fondo de refranes, cuentos y coplillas que aplica á veces con bastante dicha, nos es sumamente útil en nuestras melancolías y malos ratos.

Resta el darles á Vds. razon de mi carácter, pero creo que soy yo el que menos puede darla. Diré, no obstante, que mi inclinacion y disposiciones no parecen de las más infelices, aunque mi estudio es muy corto, por haberme obligado á abandonarle, poco despues de la gramática, la acelerada muerte de mis padres (que me dieron este lugar por patria) y haberme menes-

ter todo entero para cuidar de la poca hacienda que me dejaron. Con motivo de diferentes pleitos que sobre ella me han movido algunos mal intencionados, me he visto precisado á hacer tres viajes á esa corte, en donde aumenté y pulí mi extraña aficion á los libros, que es á quien debo la mejor de mis noticias; pero con aquella confusion y desaliño que engendra el estudiar sin método y por puro capricho.

Estoy persuadido á que ya tienen Vds. la instruccion suficiente para que yo pueda introducirme en el asunto principal, y dar á Vds. cuenta de la resulta de nuestra lectura y conferencias. Poniéndolo, pues, por obra, habrán Vds. de saber que formada ya la intencion, y dispuestos todos cuatro á leer y examinar sobre la marcha el libro del Sr. Cassés, se agarró de él inmediatamente el amigo Mendez, que está en anticuada posesion de ser el lector de la comunidad con tanto gusto suyo, que no trocará el empleo por un estuche de doce navajas de Barcelona. Apenas le tomó en la mano, le saludó con la friolera que tiene destinada para todo libro nuevo, que se reduce á cantarle con voz harto cascada aquello de

Bien venido seais, amigo, carita de higo,
Pareceis á los de mi tierra, carita de breva.

Y acabada esta salva, leyó el título ó portada alargando el libro al cura para que leyese unos versos latinos que se hallan al volver de la hoja, porque dijo era mucho latin para él. Leyó el cura los versos y restituyó el libro á Mendez, quien se disponía á leer la dedicatoria que sigue inmediatamente, pero le atajó el cura diciendo: Alto ahí, maestro, que no es razon que un título de esas circunstancias se pase sin merecer á estos señores alguna ligera reflexion.

El médico, que hasta entonces había callado, y en quien yo

observé el repetido estiramiento de cejas que acostumbra cuando lo que oye le satisface ó le admira, sospechando, al parecer, que no era muy sana la intencion de Quiroga, replicó con algun enfado: Si la reflexion ha de ser encomiástica y laudatoria cual la exige lo magnífico y exótico de este título, me constituyo aperto individuo de un aplauso tan mérito. Amohinóse el cura, que suele hacerlo siempre que el médico jerigoncea, y encarándose á él le dijo: Dejémonos de algarabías, señor doctor, y guarde Vd. esos elogios que previene para ocasion más oportuna, pues tan lejos de concurrir yo en esta con los mios, soy de sentir que debo vestirme del carácter del cura que asistió al escrutinio de la librería de D. Quijote y aplicar á la obra del señor Cassés el mismo, que aquel sabio escudriñador destinó para el libro de Antonio Lofrasso, poeta sardo. Porque para mí no tiene género de duda que si nuestro libro corresponde á su título, puedo decir como entonces se dijo: «Que desde que Apolo fué Apolo, las Musas Musas y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto,» apreciando su hallazgo, no sólo más que «una sotana de raxa de Florencia,» sino áun más que unos hábitos enteros de tercianela de la más bien tejida.

Mendez, que estaba rabiando por meter su cucharada, apenas vió que el cura hizo punto redondo, valiéndose de la ocasion, añadió: Arrímome al dictámen del señor licenciado, porque tambien á mí me ha dado mala espina que siendo este librejo tan desmedrado y chico que parece ha mamado leche preñada, esto no obstante haya de tratar de «épicos, epiphomenas, aclamaciones, sistemas políticos, descripciones históricas, geografía, pronósticos, panegíricos, críticas» y otras mil zarandajas *toto cœlo* distantes unas de otras, á que fué lástima no añadiese un poco de Aróstegui.» Y si tengo de decir verdad, á mí me va

oliendo esta mescolanza al bálsamo que los charlatanes venden por esas ferias compuesto de 102 yerbas diferentes y con innumerables virtudes para todos los males, bien que cuando llega el caso de usarle se conoce que ni áun para curar un sabañon sirve, y es preciso dar con ello en el muladar.

Ya me pareció era tiempo de que yo hablase, y así hice presente á la asamblea, especialmente al cura y barbero, que su desabrimiento pudiera recaer con alguna razon sobre lo que fuese propio del Sr. Cassés, pero no sobre lo que era ajeno y dicho primeramente por otros. Causóles extrañeza mi expresion, y áun tengo la duda de que dijo Quiroga que tales disparates no pudo haber otro que los dijese; por lo que fué preciso hacerles presente lo cierto de mi proposicion, alcanzando para ello de mi tal cual librería un miserable librejo, cual es el tomo cuarto del *Mercurio literario*, en donde les hice ver á la pág. 31 un opúsculo igualmente intitulado *Verídica epiphomena y aclamacion*. Añadí que sin duda hubo de hacer choz este título al señor Cassés, y por esto se le aplicó para parte del de su libro, aunque le copió con tanta aceleracion, que en lugar de «epiphonema,» voz bastantemente conocida y de significacion declarada, puso «epiphomena,» término bárbaro y nunca oido. Híceles ver tambien que los tres versos de Manilio, que hacen espaldas al título del libro del Sr. Cassés, los tomó de la misma parte tan con su pelo y su lana, que trasladó los mismos vicios con que se pusieron en el «Mercurio;» y así en uno y otro libro se lee «libera» por «litera» en el primer verso, con lo que queda sin sentido alguno, y en el tercero falta la palabra «nova,» que aunque no destruye enteramente el sentido, le deja á lo menos imperfecto, y sobre todo destruye la cadencia y medida del verso. Todos convinieron en que la demostracion era palmaria, y mientras el cura y médico admiraban mentalmente la habilidad

de robar hasta los títulos de los libros, Mendez, que no entiende de arrobos, exclamó diciendo con un poco de socarronería: Tó, tó, buena la hemos hecho; si el Sr. Cassés prosigue bebiendo en tan buenas fuentes, no puede menos de estar divertido; pero por si así sucede, desde ahora para entonces le digo aquello de: «acúsome padre que soy carpintero; adelante hijo, zoquete tenemos.»

Decir esto, volver á agarrar el libro y ponerse á leer la dedicatoria, fué todo uno. Tardó en ella una buena media hora, en que se conoció había padecido el pobre Mendez muchas agonías y desasosiegos, y yo lo acabé de confirmar viendo que apenas dió fin cuando tiró el libro con manifiesto enfado sobre la mesa que teníamos en medio, y volviéndose hácia mí, me dijo: Venga vino, que no puedo gañir. Levantéme á dar providencia de que se socorriese la alteracion del barbero, y al volver á ocupar mi puesto encontré al cura mirando á las vigas, haciendo sonsonetes con los dedos sobre el brazo de la silla, y cantando en falsete aquellas palabras de Juvenal: *Verbosa et grandis Epistola venit á Capreis*. A este tiempo expresó el médico había advertido que mientras leyó la dedicatoria Mendez habia espectorado diez y siete veces, y que el esputo era de las once en adelante craso y glutinoso; lo que denotaba que consumida ya la parte más tenue y linfática del excremento que se espele por medio de los conductos salivales, la nimia agitacion de las mandíbulas atraía violentamente otra porcion menos decocta y defecada; que sin duda la dedicatoria era larga, pero el estilo estaba de buen gusto.

Per mare, per terras, per tertia numina juro (dijo en tono de enfadado Quiroga, encarándose con el médico), que yo no acabo de entender cómo un hombre de razon y talentos tiene por de buen gusto un estilo que tan desde luego se deja repu-

tar por el más bárbaro, insufrible y disparatado que hemos visto en estos tiempos, aunque en ellos tan desconocido se halla el buen lenguaje. A Vd. sin duda le induce á esta irregularidad de juicio el estar altamente poseido del comun vicio de sus comprofesores, entre quienes se ha hecho ya naturaleza la extravagancia en el hablar. Desnúdese Vd. por un rato, si puede, del carácter de médico, y podrá conocer que en esta parte ha logrado hacerse inimitable el Sr. Cassés, aunque hubiese alguno que por empatárselas se pusiese á disparatar muy de propósito; y que ha conseguido unir en sí todos los defectos de extrañeza, afectacion, ridiculez, mala colocacion, oscuridad, dureza, falta de sentido y los demás con que saben pervertir el estilo aquellos en quienes el estudio es poco, y el buen gusto ninguno.

Pero porque no piense Vd. (añadió mi cura) que me niego á repetir el exámen para asegurar el acierto del juicio, tengo yo mismo de volver á leer una ú otra cláusula de esta dedicatoria por si este nuevo oficio logra desvanecer en Vd. los vicios de una primera impresion mal reflexionada. Y tomando el libro le abrió en la dedicatoria por donde primero le ocurrió, y nos leyó la siguiente cláusula: «Siendo á pesar de la envidia idéntico el renombre de elocuentes, sabios, peritos y doctos á los excelentísimos señores de Villena, resplandeciendo sus ascendientes trasversales y descendientes no solamente como sol, astros, luz y estrellas en la enseñanza de los que en la pineal del emporio tienen de su inmortalidad y viveza el centro, custodia, alcázar y concha peregrina; pero y de los que en superior jerarquía desde su creacion primera, dominando celeste mansion á estímulos de la rebeldía, son del Averno custodia, pavor, espanto, caos, tinieblas, terror, tormento y centinela.» Leida esta cláusula, volvió el propio cura algunas hojas y pidió atencion para otra, en que hablando el Sr. Cassés de uno de los glorio-

sos ascendientes de su Excmo. Mecenas, dice así: «Semejándose en todo y por todo á Cayo Mario, siete veces cónsul que fué y uno de los mayores héroes romanos, del que refiere tanto al intento lo máximo de su historia, que no pudiendo equilibrar de mi voluntad el afecto en el vilance de la expresion de esta equiponderante estatura, remito para la prueba á la realidad de la historia.

»Culto va, señora hermosa,» dijo á esta sazon Mendez limpiándose con la capa los bigotes de los relieves, que en ellos dejaron dos cortadillos de buen licor que se habia soplado, mas deseando yo indultar al médico de la confusion que conocí le habian ocasionado las vivas reflexiones del cura, propuse que cesando ya de discurrir sobre el estilo, con reserva de continuar, si fuese necesario, cuando estuviese más adelantada la lectura, se dijese algo acerca de los pensamientos, disposicion y método de esta dedicatoria. Eso de pensamientos, método y disposicion (añadió inmediatamente Quiroga) son países enteramente desconocidos de nuestro autor, cuyos antípodas, la Barbaria y Noruega, da á entender son los que más ha trillado y en donde ha hecho su más comun residencia. Procuren Vds. refrescar la idea de lo que acaban de oir y reducirla á un solo punto de vista y notarán que muy naturalmente se les ofrece la de que esta dedicatoria no es otra cosa que un fastidiosísimo tejido de especies extrañas, absurdas y perversamente corrompidas. Advertirán tambien que no se propuso otro fin el Sr. Cassés que el de tiznar dos largos pliegos de papel, embutiendo cuanto tuerto ó travieso se presentó á su mal gobernada imaginacion, sin tener más regla ó norte que su indiscreto arbitrio, enteramente subordinado al pedantismo y gusto depravado; y si á esto se agregase la natural y continuada rusticidad de la expresion, podrá aplicarse con suma propiedad este autor las facultades que á

Melibeo dijo Titiro le había concedido su héroe ó deidad: *Ludere quæ vellem calamo permissit agresti.*

Interrumpió aquí el médico al cura para prevenirle que su dictámen era muy acre y corrosivo, y que convendría, para hacerle más grato, el corregirle y atemperarle con la exposicion de algunas particularidades. Yo creía (replicó Quiroga) que las dos cláusulas que poco há volví á leer pudieran servir para poderse formar concepto cabal del ingenio y gusto con que está escrita la dedicatoria y excusar mayor individualidad; pero pues usted, segun parece, no ha quedado enteramente convencido, suplico me diga, ¿á quién se le habrá antojado sino al Sr. Cassés el traer á Edipo por símbolo de los grandes héroes, cuando á este personaje sólo se le conoce por las bellas hazañas de haber muerto á su padre y casádose con su madre? ¿Habrá quién venga bien en que se le compare á sujeto tan desengañado? ¿Y cree usted que la excelentísima Casa de Villena quedará debidamente elogiada con tan bien pensado paralelo? Atravesóse aquí Mendez diciendo que tambien él tenía sus noticias de Edipillo, y que aunque mirado por el lado que le representaba el señor cura no parecía muy á propósito para dechado de los hombres grandes, pudiera serlo acaso considerándole por otro distinto; porque no tenía duda que fué grande adivinador de acertijos y áun se creía que había sido el inventor del juego de *Codin de Codan*, que ha llegado hasta nuestros dias.

Reímonos todos de la maliciosa sandez del barbero, y prosiguiendo Quiroga en hacer ver al médico los defectos que, segun él, tenía la dedicatoria, notó que uno de los mayores y que suponía otros muchos, era la especial maña del Sr. Cassés en estropear y desfigurar los nombres propios más conocidos, diciendo varias veces «Archimiades, Herodina, Finistrato, ideptico,» y otros de este jaez, tan bárbaros y desconocidos como todos aque-

llos que forja por su mero capricho, cuales son «meleidad, sferida, precautar» y los que todavía se encontrarían. Expresó asimismo el indiscreto uso de las más ridículas y despreciables noticias genealógicas, adoptando la insoportable vulgaridad de señalar por orígen de la familia de los Osorios á Nabucodonosor y de la de los Pachecos á los romanos, y equivocando con una indisculpable materialidad la de Ferrara con la de Ferrari que hace originaria de éste, cuando el apellidó es éste y Ferrara el lugar del orígen ó establecimiento.

«Haya risa y él perdone (añadió el barbero)» como cuando se equivocó Maricorvino, y por decir á Montilla «mi querido», le dijo «miz querido;» y prevengan Vds. una segunda carcajada para esta expresion del Sr. Cassés, que tengo aquí presente, en hablando de la formacion de su héroe por la naturaleza dice que «se experimentó de ensamblador el ejercicio, porque para darle á la luz del mundo gastó los materiales de mayorazgo y de segundo, y tuvo mucho que arrojar para juntar en un hombre perfectísimo, y sólo las excelencias de mayorazgo y los talentos de escudero.» Juro *coram Christo Jesu*, que con ser yo un pobre barbero y un no rico Mendez, agradecería al Sr. Cassés con una tranca ó un buen cantazo el pensamiento de decir que para formarme la naturaleza empuñó mazo y escoplo y arrojó muchas virutas para calentar el cazo de la cola. *Dii vestram fidem* ¡y qué monton de desatinos! Aun á mí se me hace irregular (dijo Sagade) ese modo de escogitar la generacion del ente racional; y aunque esta materia, como no íntegramente consabida, es muy dimicada entre los médicos y físicos modernos, en ninguno he inspeccionado tan exótica formacion del feto.

Como yo soy fácil de reir, no pude excusarlo al oir esta intempestiva algarabía del médico, aunque por no malquistarme con él, dí con pretexto de mi carcajada el haber notado que el

señor Cassés en su dedicatoria expone el peregrino descubrimiento de que tenemos en España nada menos que el Parnaso con la celebrada fuente Cabalina, y que se halla en la ciudad de Cuenca ó en alguno de aquellos montes de la Alcarria, con lo que quedarán sumamente confundidos los que hasta ahora ponían uno y otro muchas leguas de aquí. Añadí que esto no podía dejar de ser si fuese cierto lo que de uno de los ascendientes de su Mecenas expresó el Sr. Cassés cuando dijo que «bebió en Cuenca los fluidos de la gran Castalia.» Bien que me hacía cargo de que esto pudo haber sido trayendo el agua en cántaros desde el Parnaso á Cuenca, como se hace á veces con otras aguas saludables para aquellos que no pueden ir á beberlas al mismo manantial.

Concluyamos de una vez, replicó el cura, y quedemos de acuerdo en que el Sr. Cassés erró el modo de elogiar la excelentísima casa de Villena, valiéndose para ello de expresiones é hipérboles extrañas é inverosímiles. En los puramente históricos ó fabulosos, sólo se verifica la ignorancia y el mal gusto; pero en el uso frecuente de unir lo sagrado á lo profano, es más intolerable el desacierto por lo que puede peligrar la piedad. No hay paciencia para oir que el Sr. Cassés diga que «David nació para mucho, siendo en realidad poco, y para muchísimo el progenitor de su Mecenas siendo en realidad máximo en todo.» ¿A quién no causará algun escándalo y mucho fastidio una cláusula tan despropositada y un lugar tan comun de un miserable predicador de cofradía? Los elogios exorbitantes y extrañamente afectados, más desazonan que satisfacen, más son agravios que inciensos; y sin salir de los límites de una verdad apurada é incontestable, pudo muy bien el Sr. Cassés haber tributado á su grande Mecenas y su excelentísima casa una infinidad de elogios ciertos y bien merecidos, en que todo

el mundo conviene, porque para su gloria los ha esparcido la fama áun en los países más distantes, y como si dijesemos hasta la última Thule. Menos mal hubiera hecho si dejando el ponerse á autor original de desatinos, se hubiese contentado con lo que se contentan otros muchos tan honrados como el señor Cassés, que es el ser meros copiantes. De este modo, con acudir á cualquiera de los buenos libros de historia que tenemos, abriéndole por donde mejor le pareciese, habría encontrado materia muy sobrada para un justo panegírico, porque advertiría que su principal asunto anda siempre estrechamente unido (de no pocos siglos à esta parte) con las glorias de la casa de Villena, por la mucha parte que sus distinguidos individuos han tenido perpetuamente en los grandes sucesos y más célebres acontecimientos de nuestra monarquía. Observado este método por el Sr. Cassés, si no le libraba del concepto de inútil repetidor de lo muy sabido, le indultaría á lo menos del ceño con que todo lector sensato habrá abominado las extravagancias de su pueril dedicatoria, y acaso tambien del desden con que la habrá escuchado el mismo á quien se dirige; porque estoy bien informado que la erudicion universal y el buen gusto y conocimiento de la mejor literatura, es esencial carácter de la excelentísima casa de Villena, y en estos términos es muy natural que su grande Mecenas haya admitido este cortejo del Sr. Cassés, más como una de aquellas pensiones á que está sujeto el heroicismo, que como obsequio proporcionado á sus excelsos y universalmente aplaudidos méritos. Pero pues ha llegado la hora regular de recogernos, soy de sentir que hagamos aquí alto con protesta de proseguir mañana, y que nos vamos cada uno á nuestra casa, en donde ya nos echarán menos.

Me conformo, dijo Mendez, porque ya á mí me va haciendo fuerza la gana de cenar; pero antes quisiera que el señor licen-

ciado me sacase de un cuidadillo que me hurga rato há, y me dijese quién es aquella mala gente llamada «épocas» enemigos de la fe católica, contra quienes David había de pelear para destruirlos, segun refiere el Sr. Cassés. Maestro, interrumpió el cura rebosando seriedad y ceño, esas materias no son propias para chanzonetas y jovialidades: mirad lo que decís, ó me dareis lugar á que piense que esa union de épocas enemigos con la fé católica, y David es efecto del buen vino que encierra el señor D. Hugo, y de que poco há encerrásteis vos dos vasos en vuestro estómago. Todo puede ser, prosiguió el médico, porque está experimentalmente observado que los hálitos del mero conturban y pervierten con suma facilidad las imágenes que residen en los senos interiores del celebro.

Ustedes me honran, caballeros, dijo algo mohino el barbero; pero tengo de omitir el volver por mi crédito, esperando que lo haga caritativamente el Sr. Cassés, y para ello oigan Vds. esta cláusula de su dedicatoria, en que despues de expresar que David colgó en el templo la espada, añade: «No ya por ociosa despues de haber cortado la cabeza al gigante, sí útil peleando contra las épocas de la Religion Católica y los enemigos de la Iglesia.» Por las órdenes que recibí, saltó el cura todo conmovido, que desde que el mundo es mundo es imposible haya habido algun escritor tan furioso que en tan pocas voces haya embutido tal monton de desbarros y disparates. Ya digo que no es Mendez el caliente, y que es preciso pedirle mil serios perdones. *¡Proh Dii inmortales!* ¡David peleando contra las épocas de la Religion Católica! ¡David contra los enemigos de la Iglesia!

No fuera malo, dijo el barbero á Quiroga, que Vd. hubiese añadido aquello de caiga el cielo sobre mí, ó «¡no hay en el mundo corazas!» Pero pues ya estoy satisfecho de mi agravio con tan formal retractacion, quisiera quedarlo tambien en cuan-

to á apurar y saber quiénes son estos malditos épocas que ya me cuestan tan caro. Déjese de eso, maestro, respondió Quiroga, y advierta que ahí se halla una solemne prueba de la ignorancia y cortos alcances del autor del rasgo épico. Las épocas no han sido, no son, ni nunca podrán ser gente ó personas. Los cronologistas llaman épocas á aquellos sucesos memorables desde donde empiezan á contar el tiempo, como la creacion del mundo, el nacimiento de Cristo nuestro bien, etc. Divídenlas en sagradas y profanas, públicas y particulares; y esto es todo ó lo más que hay que saber en la materla. Me alegro, por cierto, replicó Mendez, porque yo estaba firmemente impresionado de que los dichos épocas eran algunos jueces de baldíos, ú otra gente perjudicial, y no me pesaba de que llevasen tunda. Mas, pues salimos ya de este cuidado, vamos á salir del de la cena, y *pax Christi.*

Con esto nos levantamos todos, y tomando yo el libro que acababa de soltar Mendez, dije que aunque fuese de pié habían de oir una breve cláusula de la dedicatoria, en que no se había hecho alto, en medio de que lo merecía acaso mejor que otra alguna. Cuando yo tengo hambre, replicó el barbero, ni oigo, ni veo, ni tengo uso de los demás sentidos, porque sólo me acuerdo vivamente de la coplilla que dice:

¿Estando muerta de hambre
Me pides celos?
Tráeme pan y comamos,
Luego hablaremos.

y así, déjese para mañana, pues estamos convenidos en proseguir la obra pia; y á este tiempo dió dos pasos hácia la puerta. Detúvole por la capa el médico, diciéndole: ¿Posible es, maestro, que el ácido disolvente es en Vd. tan ejecutivo que no puede dilatar por un exiguo rato la exigencia del pábulo? Ea, des-

pachemos con ello, replicó Mendez, porque me temo que si nó la he de perder doble.

Viendo yo, en fin, la gente atenta, les leí la siguiente cláusula: «El docto Eurípides, de artificiosa mano, con dificultad pudo, fiada del pincel, estrechar compendioso en breve mapa la capacidad extensa. Quedaron todos en accion de imaginativos, y el primero que rompió el silencio fué el médico, diciendo: Tiempo há que yo oí eso mismo ó cosa que mucho se le aproxima. Los demás vinieron á decir lo propio, y me pidieron pues que maliciosamente, al parecer, les había metido en esta ligera confusion, les sacase cuanto antes de ella. Hícelo yo así, demostrándoles que esta cláusula es la misma con que empieza el Sr. Ocejo su dedicatoria del libro de la *Vida de San Antonio Abad*, que tanto nos había divertido el año de 38, y que sin duda mereció todo el agrado del Sr. Cassés cuando la tomó tan cabalmente para su uso.

Como les refresqué la especie, cayeron todos en que era lo que yo decía, á que Mendez, torciendo una y otra vez la cabeza, añadió: ¿Copiante del Mercurio literario? ¿Copiante de Ocejo? *Optime;* pero yo tambien quiero copiarme á mí mismo y repetir lo de: acúsome padre que soy carpintero; adelante, hijo, zoquete tenemos. Bien dije yo que si este santo caballero bebía en tan buenas fuentes no podía menos de estar sazonado y de buen gusto. Presumo que sin duda (prosiguió encarándose hacia mí) le hubo el Sr. Ocejo de comunicar los instrumentos originales que tiene, y con que se prueba que el amigo Eurípides Gutierrez de la Espriella fué pintor, y de iglesias, en tiempo del Rey García de Navarra, y á mí me parece de perlas, pues como dice el refran, ¿de qué sirve el compadre si en la ocasion no vale? Digo esto, porque yo desde luego me persuado á que son muy grandes amigos (y acaso compadres) estos dos escrito-

res, y con razon, porque para en uno son los dos, y áun se les puede aplicar *proportione servata*, lo que se dice de las palomas:

Se comunican las almas
Por el cauce de los picos.

Lo cierto es, añadió Quiroga, que yo encuentro en ambos una singular conformidad de pensamientos, expresiones, erudicion, estilo y demás adminículos de la profesion de autor público, en tanto grado, que fácilmente creería á quien me asegurase que era uno mismo con dos nombres. Pero *claudite jam pueri rivos, sat prata biberunt;* y pues Mendez está hambriento y los demás haciendo falta á nuestras familias, adios, Sr. D. Hugo, hasta mañana á la hora sólita; y dándose mutuamente las buenas noches concluimos nuestra primera conferencia.

Y por haberme puesto á escribir tarde (efecto de mi natural pereza), me falta tiempo para comunicar á Vds. las reflexiones que tengo recogidas de la segunda y tercera. No me ha parecido justo, teniendo la cosa en tan buen estado y admitiendo una cómoda division, perder la oportunidad de este correo, á fin de que cuanto antes observen Vds. cómo se discurre en el Vierzo. Para el que viene serán Vds. puntualmente servidos con el resto de nuestras conversaciones y discursos sobre el rasgo épico, quedando yo siempre muy para servir á Vds. y deseando logren estas próximas pascuas y otras muchas muy felices y gustosas en vida del Diario y de todo lo que Vds. bien quieren. Así se lo pido á la Divina Majestad, como el que guarde á ustedes dilatados años.—Cacabelos y Diciembre 10 de 1741.—Besa la mano de Vds. su más seguro y reconocido servidor, don Hugo Herrera de Jaspedós.—Sres. D. Juan Martinez Salafranca y D. Leopoldo Gerónimo Puig.

SATIRA

A LAS DAMAS QUE USAN DE AFEITES

y desmienten su estatura con lo desmesurado de los tacones
y otras invenciones extravagantes.

Si coges de repente
En traje descuidado y negligente
A una dama en su cuarto, ó una mozuela,
Tendrásla por sardina ó por truchuela,
Tan seca, tan enjuta y estrujada,
Que menos es mujer que rebanada.
Pero espera un poco,
Que presto verás ninfa á la que es coco;
Deja que salga á vista por las calles,
Que, aunque cien veces la halles,
Has de decir, mirando á la doncella:
«¡Vive Dios Santo, que ya es otra aquella!
»¡Cómo creció una cuarta en un instante!
»¡Hoy plenilunio la que ayer menguante!
»Cabía ayer metida en cualquier cesto,
»¡Y hoy no cabe en la plaza! ¿Cómo es esto?»
No te canses, Lucillo, en reflexiones,
¿Pues no ves que se empina en dos tacones
Tan altos, tan iguales,
Que salen con tacon los carcañales?

¿Y piensas se contenta
Con crecer por los piés? Tambien intenta
Poner en la cabeza su cuarto alto.
Da con la vista un salto
Y verás el tupé, el jardin, el rizo,
La mitad natural, la otra postizo,
Con el petiboné medio al desgaire,
Pues todo es ganar tierra por el aire.
Pero lo que más te pasma
(Aun más que todo admirarás una fantasma)
Es verla tan anchota,
Que casi llena un juego de pelota;
Y dudas, al mirar el envoltorio,
Si acaso aquello que anda es un cimborio.
Eres un monaguillo,
¿Pues no ves que es milagro del tontillo?
Aquel que á las casadas
Sirve entre otras mil cosas excusadas;
Pero en tal cual soltera no muy lisa,
Es sin duda una alhaja muy precisa.
¿Para qué, me dirás, eres sincero?
Ibatelo á decir, pero no quiero.
El tontillo á la flaca la hace gorda,
Y tal cual vez finge tórtola á la torda,
Porque son los tontillos nobles piezas
Para encubrir gorduras y flaquezas.
Una mujer, en fin, con guarda-infante,
Cátala convertida en elefante:
¿Haces gestos al símil, no te llena?
Pues por mí mas que sea una ballena.

OTRA

A LAS QUE, DEGENERANDO DEL CARACTER ESPAÑOL,

afectan ser extranjeras y aman todas las invenciones y embelecos que vienen de la otra parte de los Pirineos.

Otros defectos tienen nó crecidos;
Mas serán unas bestias sus maridos
Si los sufren y callan,
Pues cuando piensan se hallan
Con mujer andaluza ó castellana,
Sin sentir, de la noche á la mañana,
Se les volvió francesa,
Por cuanto dicen que la moda es esa.
Amaneció contenta con su doña,
Y acostóse madama de Borgoña;
Pues aunque su apellido es de *Velasco*,
Comenzó á causarle asco
Cuando supo que en Francia las casadas
Están acostumbradas
A dejar para siempre su apellido
Por casarse áun así con el marido;
Y suelen ser más fieles con el nombre
Las que menos lo son con el buen hombre.
La que nació en Castilla,
Aunque sea la nona maravilla,
No se tiene por bella

Mientras no hable como hablan en Marsella.
La extremeña, manchega y campesina
Afecta ser de Orleans. La vizcaina,
Entre su *Yaincoa y Etecho Andrea*,
Nos encaja un *monsieur de Goicoechea*;
Muy preciadas de hablar á lo extranjero,
Y no saben su idioma verdadero.
Yo conocí en Madrid una condesa
Que aprendió á estornudar á la francesa;
Y porque otra llamó á un criado *chulo*,
Dijo que aquel epíteto era nulo
Por no usarse en París aquel vocablo;
Que otra vez le llamase *pobre diablo*;
Y en haciendo un delito cualquier paje
Le reprendiese su *libertinaje*.
Una mujer de manto
No ha de llamar al Papa el Padre Santo,
Porque, cuadre ó no cuadre,
Es más francés llamarle el *Santo Padre*.
Para decir que un libro es muy devoto,
Diga que tiene *uncion*, y tendrá voto.
De todas cuantas gastan expresiones
Necesitadas de tomar unciones.
Al nuevo Testamento
(Este es aviso del mayor momento)
Llamarle así es ya muy vieja usanza,
Llámase á la *derniere* nueva alianza.
Al Concilio de Trento, ó de Nicea,
Désele siempre el nombre de *Asamblea*;
Y si se quejan de esto los malteses,
Que vayan con la queja á los franceses.
Logro la dicha es frase ya perdida,
Tengo el honor es cosa más valida.

Las honras que usted me hace es desacierto;
Las honras se me harán despues de muerto.
Llamar á un pisaverde *Pisaverde*,
No hay mujer que de tal nombre se acuerde;
Petimetre es mejor y más usado,
O por lo menos más afrancesado.
Ya hice mis devociones
Por ya cumplí con ellas, ¡qué expresiones
Tan cultas y elegantes!
Y no decir, como decian antes,
Ya recé, frase baja, voz casera,
Sufrible sólo en una cocinera.
Tiene mucho de honrada, no hay dinero
Con que pagar este lenguaje; pero
Decir á secas que es mujer honrada,
¡Gran frescura, valiente pampringada!
Doña Fulana es muy amiga mia,
Esto mi cuarta abuela lo decía;
Pero *ella es la mejor de mis amigas*,
¡Oh, qué expresion! parte migas
El alma en la dulzura
De esta almibaradísima ternura.
Voy á jugar mañana
Es frase chavacana;
A una partida he de asistir de juego
Se ha de decir, y luego
Se ha de añadir: *Ormaza*
Tambien á otra partida va de caza.
¡Oh, Júpiter! ¿Para cuándo son tus rayos?
Si esto es ser cultos más vale ser payos.

CARTA

DEL REVERENDISIMO P. M. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA

Á D. LEOPOLDO GERÓNIMO PUIG,

en accion de gracias de la que éste escribió á un amigo suyo residente y vecino de la ciudad de Pamplona, vindicándole de la siniestra interpretacion que dió la malicia al Papel intitulado *Triunfo del amor y lealtad: dia grande de Navarra*, cuya historia y pasajes que intervinieron para la formacion de dicho Papel se individualizan en esta carta.

Muy señor mio y amigo: No me tendrá Vd. por tan zonzo ni por tan ingrato que me suponga insensible á lo mucho que usted me favorece y me honra en su discreta, juiciosísima carta de 10 de Noviembre próximo pasado, escrita á un amigo suyo residente y vecino de esta ciudad, con el motivo del Papel que dispuse á instancias de este ilustrísimo reino en asunto de su real aclamacion. Es bien cierto que ni dicha carta se me dirigió á mí, como algunos quisieron suponer, ni mucho menos fué ella misma supuesta, como se les antojó soñar á más de dos; sin advertir que sería hasta donde pudiese llegar la imprudencia y la osadía el atribuir una carta fingida á un autor público, notorio y conocido en toda España, especificando su nombre, sobrenombre, apellido, estado, empleos y residencia, que no siendo en el Mogol ni en la China, sino en la corte de Madrid, á los quince dias estaba averiguado el embuste y la ficcion. No es menos cierto que tampoco tuve más que una noticia confusa de

dicha carta hasta que se resolvió su impresion, y que ésta se hizo sin dictámen ni consentimiento mio, porque no se me pidió, estando muy asegurado el que la estampó que jamás se le daría, porque me conoce bien. Pero despues que la vi impresa confieso que no me pesó, para que viesen los que me hacían tan poca merced que no todos eran de su opinion, y que sentían muy de otra manera los hombres, que pueden hacer voto en la capital de nuestra monarquía, siendo así que no tienen tanta obligacion á conocerme como estos mis favorecedores, á quienes ningun mal he hecho y he deseado hacerles mucho bien.

En dicha carta habla Vd. como buen amigo mio, y como mejor crítico. Como buen amigo, hace excesiva merced á mi mérito personal, y si no se hicieran cargo de esto los que me tratan de cerca, qué sé yo lo que pensarían de Vds.; como mejor crítico, hace justicia á la obra, vindicándola de la injusta nota de *satírica* con que la calificaron los que oyen las voces sin entender los significados. Son concluyentes las razones de congruencia que Vd. alega para convencer, que no podía soñar yo en semejante despropósito sin haber perdido todo el uso de la racionalidad y sin haber renunciado á todo el pudor de la hombría de bien. Con igual evidencia pudiera Vd. demostrar que está distantísimo el Papel de este torpe carácter, explicando la definicion de la sátira, discurriendo por sus divisiones y haciendo un cotejo inductivo del Papel por todas ellas. Pero hizo usted muy bien en ahorrar este ímprobo trabajo; porque para los que lo entienden sería ocioso, para los que no lo quieren entender sería inútil, y para los que no son capaces de entenderlo sería tiempo perdido.

Algunos oyeron decir que había un modo de satirizar alabando, y habiendo leido en el Papel los grandes elogios que se ha-

cen de la nacion navarra y de sus individuos, pareciéndoles á ellos mismos excesivos, sin màs exámen gritaron á bulto y de monton, hételo, que esta es sátira laudatoria. No advirtieron, como Vd. nota con discrecion, que á sí mismos se hacían poca merced, porque, si se resentían de esto, daban á entender que no merecían tanto. Tampoco quisieron reparar en el carácter de la obra, del cual son tan propios, ó por mejor decir, son tan necesarios los hipérboles, como los dijes y el aderezo lo son en una novia. Finalmente, si toda alabanza hiperbólica ha de pasar por sátira, es menester que se califiquen de sátiras casi todas las dedicatorias, casi todos los panegíricos y casi todas las piezas de elocuencia más celebradas y más dignas de celebrarse. Si esto es así, vamos claros, que han pagado á buen precio sus dicterios los innumerables príncipes que han agradecido con crecidas pensiones anuales las dedicatorias que se les han hecho.

¿Sabe Vd. lo que ahora se me acuerda? Una especie chistosa que cuenta Lactancio (libro I, cap. 21) de los habitadores de Lindo en la isla de Rhodas. Estos celebraban á Hércules con una solemne fiesta, en la cual le ofrecían grandes sacrificios, pero no los acompañaban, como en otras celebridades, con himnos, cánticos ó motetes de alabanza, sino con maldiciones, con imprecaciones y con cuantas vaciedades se les venían á la boca. *Non Euphemiam (ut Græci vocant)*, *sed maledictis*, *et execratione celebrantur.* Y era la gracia, que si á alguno por descuido se le soltaba alguna expresion que sonase á elogio, al punto le reputaban por sacrílego y era descartado de la fiesta como profanador del sacrificio: *Eaque pro violatis habent*, *si cuando inter solemnes ritus*, *vel imprudenti alicui exciderit bonum verbum.* Es imposible que muchos de los que tratan de sátiras mis elogios no quisiesen que yo celebrase á Navarra como celebraban á

Hércules los de Lindo. ¡Y este sí que sería lindo modo de celebrarla! A lo menos es cierto que algunos me han tenido por sacrílego, pues como á tal pasaron á delatarme, y muchísimos por profanador de la aclamacion. De las mujeres moscovitas se refiere, que se quejan de que sus maridos no las aman si no las apalean, y de las de cierto pueblo de este reino he oido decir lo mismo. Tengo á lo primero por fábula y á lo segundo por zumba; pero voy viendo que los que sienten los elogios como si fueran dicterios, estarían muy cerca de agradecer los palos como si fuesen finezas.

No sé si vendrá al caso otra noticia de Estrabon. Afirma que en la Etiopía hay unos negros bozales tan enemigos de la luz del sol, que luego que se descubre le saludan con improperios, siendo para ellos ardor intolerable lo que para los demás racionales ilustracion apetecible. *Soli dicunt infensos esse, et detestari, cum eum exoriri vident.* No soy tan vano que quiera comparar á mi Papel con el sol; pero tampoco soy tan humilde que deje de conocer tiene alguna claridad. Y cuando ésta ha sido tan apacible para todos los forasteros que no son interesados, ¡que haya sido tan intolerable para muchísimos naturales del hemisferio, que se ha pretendido ilustrar! ¿Qué quiere Vd. que le diga, sino que tambien debe haber algunos negros fuera de la Etiopía?

Amigo mio, no es creible sino á los que lo hemos palpado y lo estamos palpando cada dia, hasta dónde ha llegado en algunos esta enemistad con la luz. Todo el golpe de ella con que usted les dió en su brillantísima carta; todo el resplandor que han recibido en muchísimas, que me consta se han escrito así de esa corte como de las principales ciudades de España, áun á aquellos mismos sujetos que solicitando apoyo al dictámen de su pasion tuvieron por respuesta desengaños; todo cuanto aquí

se han esforzado á iluminarles los personajes de mayor respeto y de mejor voto, y lo que más es, todas las grandes y públicas demostraciones que acaba de hacer el ilustrísimo reino, dando el testimonio más auténtico y más expresivo que se registra en sus archivos de la estimacion que le han debido así el autor como el Papel, todo esto, respecto de muchísimos, sólo ha servido de obstinarlos más en su ceguedad. *Amant magis tenebras, quam lucem*, y han hecho ya capricho de la que al principio pudo ser preocupacion. Son ciegos adredemente con que no tienen cura. Lo más gracioso es que son innumerables los que ladran, braman, silban y rugen contra el Papel sin haberlo leido no más que *in fide parentum*, *ó in fide tertulistarum*. Porque ha de saber Vd. que hay tertulias como paja, y las hay de todas clases y precios. Preguntando á un gramatiquillo, hijo de un zapatero remendon, donde había oido cierta noticia, respondió muy sereno: Señor, anoche la dijeron en mi tertulia.

En estas tertulias de escalera abajo se han dicho preciosidades. Otros las llaman tertulias de la Pinta porque en ellas se juntan los tertulios á jugar una pinta, es decir, una azumbre de vino al quince, á la yema, al burro ó á la matarrata; pero si concurren tres ó cuatro que sepan leer, ya se suele jugar al truque. Créese que de estas tertulias han salido (porque no se hace verosímil que puedan salir de otra parte) los muchos coplones que andan por esta ciudad, y entre otros unas que se llaman siguidillas con la mayor propiedad del mundo. En ellas es lo menos necio lo simple, lo majadero y lo mentecato, sin que el autor, ó los autores (porque dicen que es obra de tres ingenios), puedan hombrear en lo poeta con aquellos niños gramáticos que en los sábados hacen coplas para la banda. Lo más es lo sucio, lo puerco, lo hediondo, lo torpe y lo desvergonzado; perdiendo el autor el respeto, no sólo á mi persona (que eso

sería poco perder) sino á mi carácter, á mi profesion, á mi estado, y perdiéndosele de camino á todos los señores diputados del Reino, de quienes habla con la mayor indecencia. Estas coplillas se dedicaron á los horneros y á los doctrinos para que las cantasen por las calles. Y con efecto, estos dignísimos mecenates de tan insigne obra andan cantando dichas siguidillas por las esquinas y por las plazas á vista, ciencia y paciencia de los que lo toleran con grandísima cachaza. Admiraráse Vd. de esto; pero no se admire, porque me quisieron persuadir (aunque no le creo) que ha habido sujeto que anda con vara levantada y ha hecho sacar varios traslados de dichas siguidillas para su diversion y para regalar con ellas á sus amigos. No juzgue Vd. temerariamente que esta inadvertencia se hubiese atribuido á algun ministro togado. Son muy serios, muy sabios y muy justificados todos los que componen los Tribunales de este Supremo Consejo para incurrir en semejante bajeza. Como aquí hay diferentes jusrisdicciones, hay tambien varios géneros de varas. Tiénese por cierto que ni áun ha llegado á los oidos de los ministros la noticia de esta especie; lo que se hace muy verosímil por ser á hora muy intempestiva cuando se cantan estas coplillas. Es bien seguro que si hubieran llegado á entender esta insolencia, la hubieran castigado con todo el rigor que previene la ley 59 de las Córtes de Estella en los años de 1724, 1725 y 1726. Es dignísima esta ley de que Vd. esté instruido de ella por los cristianos y prudentísimos términos en que está concebida; porque siendo tambien de la facultad gustará Vd. de saber la piedad y la justificacion con que se discurre y con que se habla en el derecho municipal de Navarra. Entresacaré únicamente las palabras de la ley que hacen al caso presente:

«Considerando cuán graves ofensas de Dios se cometen en los »cantares y palabras deshonestas, que comunmente llaman pu-

»llas... y mal ejemplo, los muchos inconvenientes que de es»tos actos resultan, y que especialmente se perjudica la hones»tidad pública y buen crédito de muchas personas, á las cuales »ó se manifiestan defectos secretos ó por lo regular se les atri»buyen muchos que no tienen, se tomaron varias providencias »en las Ordenanzas 4 y 5, título 31, libro 3.° de las Reales. »Pero por la total negligencia que ha habido y hay en su ejecu»cion, no sólo no se atajó el daño, sino que ha crecido, y con »total libertad se usan pullas y cantares deshonestos... de »suerte que consideramos preciso nuevo más eficaz remedio. Y »pues éste ha de ceder en servicio de Dios y ha de ser tan de la »conveniencia pública, tenemos por muy útil que se establezca »por ley lo contenido en los capítulos siguientes. Primeramente »que ninguna persona sea osada de decir ni cantar de dia ni de »noche palabras sucias y lascivas, que comunmente llaman »pullas, ni otros cantares que sean sucios y deshonestos, so »pena de cien azotes y dos años de destierro del pueblo siendo »plebeyo, de dos años de presidio siendo hijo-dalgo... Item, »que los alcaldes de los pueblos tengan obligacion de solicitar »de oficio la observancia de esta ley, procediendo á recibir in»formacion y averiguar los culpados, y contra estos á ejecutar »dichas penas; y si en esto anduvieren omisos y sabiendo que »se ha contravenido á esta ley no recibieren informacion ó no »procedieren contra los delincuentes al castigo, tengan de pena »cien libras y sea caso de residencia... Item, que para que »esta ley se guarde más exactamente y noticiosos de su dispo»sicion los ofendidos puedan dar cuenta á los alcaldes, se pu»blique todos los años esta ley dentro de quince dias despues »que los alcaldes tomaren posesion de sus empleos.»

Discurra Vd. á vista de una ley tan piadosa, tan eficaz y tan terminante, si se hace verisímil que ningun magistrado de

Pamplona tolerase tan pública y tan sacrílega infraccion de ella si hubiese llegado á sus oidos. Y cuando las justicias ordinarias se diesen por desentendidas; ¡si estaría ociosa la justa severidad de los ministros supremos! Así, pues, tengo por impostura lo que se quiso atribuir al magistrado en cuestion. Tambien se divulgó que se hacía voluntariamente autor de dichas siguidillas cierto sujeto de los más conocidos de Navarra por su distinguido nacimiento, haciendo tanta vanidad de ser artífice de esta obra, que se saboreaba en ello. ¿Pero quién ha de creer una calumnia tan infame de un hombre de bien y de pudor? Cuando no le contuviera lo que se debe á sí mismo por la honra que heredó de sus abuelos; cuando el santo temor de Dios no le reprimiera, le contendría sin duda el miedo de la justicia, porque la ley arriba citada con todos habla, «con plebeyos y con hijos-dalgo, aunque sean condes.» En vista de esto, por tan falsa tengo la segunda especie como la primera. Y más cuando sé muy bien quiénes son los verdaderos autores de las honestísimas y cultísimas siguidillas, quiénes los que ofrecieron una peseta á cierto Hornerillo para que las cantase y quiénes los que las cantaron á la guitarra en cierta parte. Pero todo esto lo sé para encomendarlos á Dios, para hacerlos todo el bien que pueda, *salva conscientia*, y no para otro efecto.

No extrañe Vd. que la malignidad haya querido imponer á todo género de gentes, buscando las mejores capas para abrigarse cuando no para cubrirse. Ni áun los Príncipes de la Iglesia, ni los próceres de mayor estatura, ni las comunidades del mayor respeto han estado exentas de que las levantasen torpísimas imposturas. Uno de los más sabios, más discretos, más cultos y más celosos prelados de España, luego que leyó mi Papel, me escribió una carta gratulatoria con expresiones del mayor encarecimiento. Túvose noticia de esta carta, porque de

consentimiento del ilustrísimo autor obligaron las circunstancias á que se confiasen algunas copias de ella. No pudieron negarla los émulos ó los malignos. Pues ¿qué hicieron? Para enervar la fuerza de una autoridad tan respetable fingieron una vileza en el Prelado, tan indigna de su carácter como ajena de sus nobilísimas prendas de corazon y alma. Supusieron torpísimamente que al mismo tiempo que á mí me había escrito en términos tan honradores, elevando la obra hasta lo sumo, había dirigido otra carta de significado muy contrario á cierto respetable individuo de este venerabilísimo ilustrísimo cabildo, y tuvieron avilantez para decírselo así á uno de los diputados del Reino, á quien temo que se lo persuadieron. ¿No le parece á Vd. que la calumnia y el descaro subieron hasta donde pudieron subir? Fué preciso para desvanecer esta infame especie exhibir otras cartas del mismo ilustre Prelado, áun más honoríficas y más expresivas que la primera.

No paró en esto el embuste y el empeño. Casi el mismo indecente procedimiento atribuyeron á un señor excelentísimo, que por su casa y por las heróicas prendas que adornan su persona es la veneracion de todo este Reino, siendo al mismo tiempo todo su corazon de la Compañía y toda su dignacion de mi humilde pequeñez. Aun subió más de punto la mentira. Para derribar de su favorable concepto á uno de los diputados del Reino más honradores del Papel, le atacó derechamente un sujeto, y despues de haberle embocado cien calumniosas especies con diabólica energía, le dijo, por conclusion, que cierta gravísima comunidad religiosa se había juntado capitularmente, y no sé si añadió que á son de campana, que se había leido en ella mi Papel, y que habiendo sido condenado por voto de todos á la hoguera, se ejecutó la terrible sentencia delante de toda la comunidad. ¿Qué juicio hace Vd. de una calumnia tan atroz? ¿No

era merecedor el sujeto que la forjó de que la comunidad vulnerada se querellase altamente de su infamia y que se le obligase á reparar el agravio, mandándole hacer pública restitucion honorable? ¿Y sería creible, no digo entre cristianos, sino entre racionales, este modo de hacerme la guerra y de agradecerme un Papel que tanto ensalza á la nacion? Pues, amigo mio, no adelanto especie ni refiero hecho que no sea certísimo, omitiendo otros innumerables, que no me permite expresar la decencia y el rubor.

Esta deshecha tempestad de embustes y esta furiosa conjuracion de calumnias me pusieron en la dolorosa precision de dar un paso que me costó muchísimo sacrificio. Víme obligado á comparecer como suplicante ante aquel mismo Reino, que debía esperar yo me buscase á mí como agradecido. Aconsejáronme, instáronme, conjuráronme personas del mayor respeto y de la más consumada prudencia que presentase un memorial á la Diputacion plena, congregada en su junta general de San Javier, quejándome modesta, pero eficazmente, de todo lo que padecía. Bien conocían los que me daban este consejo que para la mayor parte de los diputados no era menester más memorial que el de su mismo pundonor para que volviesen con eficacia por su honor y por el mio. Pero como dentro de la misma Diputacion había alguno ó algunos que estaban mal instruidos de todo lo que había pasado en la resolucion y en la formacion del Papel, porque no habían asistido á las juntas donde se trató esta dependiencia; y por otra parte, se habían furiosamente impresionado de las falsedades que vertía la muchedumbre, juzgaron mis amigos por indispensable que dispusiese y que presentase este memorial. Al fin me rindieron sus fuertes continuadas baterías, y presenté á la Diputacion el memorial que sigue:

«Ilmo. Sr.:—Señor:—Joseph Francisco de Isla, de la Compañía de Jesús, con la más atenta respetosa veneracion dice: Que habiendo resuelto V. I. se diese á luz la pronta festiva aclamacion del Rey (Dios nos le guarde) por los justos poderosos motivos que siempre animan sus acertadas resoluciones; en continuacion de las notorias honras con que ha distinguido su piedad al suplicante desde que tuvo la fortuna de poner los piés en este ilustrísimo Reino, determinó confiar á su insuficiencia el desempeño de su acuerdo. Y para que no faltase redoble alguno que hiciese más estimable el honor de esta confianza, no se detuvo V. I. en la circunstancia de hallarme á la sazon ausente, antes determinó que se esperase á mi regreso, y dió comision verbal al Sr. D. Fernando Daoiz, su diputado, para que luego que tuviese noticia de mi restitucion á esta ciudad me hiciese instancia en nombre de la Diputacion, para que me encargase de la disposicion del Papel, previniéndole que en caso de excusarme no perdonase á medio alguno para rendirme hasta implorar el asilo de mi inmediato superior.

»Con efecto, al dia siguiente de mi arribo me buscó el señor diputado comisario, y me hizo presente con el celo, con la eficacia y con la discrecion que acostumbra, la nueva honra que me dispensaba la Diputacion. Estiméla sobre mi corazon y correspondí á ella con todas las expresiones que me dictaba mi suma gratitud; pero me excusé de aceptarla con el motivo, á mi parecer robusto y grande, de haberme negado á otra instancia en materia muy semejante que por el mes de Julio me había hecho el Excmo. Virey, conde de Maceda, sin haberme podido vencer ni toda la eficacia de su repetido poderoso empeño, ni toda la representacion de su autoridad suprema, ni, lo que es más, todos los motivos personales de mi eterno reconocimiento á las singulares públicas demostraciones de benevolencia

con que me honraba y me honra su piadosa dignacion. De manera que si este señor no poseyera una alma tan grande me hubiera arrojado con indignacion de su estimabilísima gracia, en la que me conservó, porque se hizo cargo de los grandes y pundonorosos motivos en que se fundaba mi resistencia. Pero temía que se diese por ofendido y por desairado, si en tan corta distancia ó interpolacion de tiempo concedía á la interposicion del ilustrísimo Reino lo que había negado á las reiteradas instancias de su excelencia. Esforzóse el señor diputado comisario á hacerme ver las grandes razones de diferiencia que había en la sustantancia de los encargos, y que no subsistian en el de la Diputacion los motivos que pudieron retraerme con indecible dolor mio de complacer á un señor á quien tanto amo y venero. Aunque no dejaron de hacerme mucha fuerza las juiciosas discretas reflexiones del señor diputado comisario, no me convencieron del todo ni fueron bastantes á desalojar enteramente de mi aprehension el recelo de que mi obsequiosa docilidad en obedecer al Reino acordase al Excmo. Virey algun nuevo motivo de resentimiento. A este medio, no del todo imprudente, se añadía la justa desconfianza que tenía de mí mismo, no atreviendo á prometerme que podría dar todo el lleno á la idea de la Diputacion por la visible escasez de materias para disponer obra que no fuese descarnada ni desmereciese la dedicacion que se había premeditado y resuelto para unos fines tan ventajosos á la utilidad del Reino.

»Por estas razones no pude acabar de resolverme enteramente, y convenimos el señor diputado comisario y yo que se las representaríamos á mi inmediato superior, y que si á éste no le hacían fuerza, me rendiría á lo que se me encomendaba, fiado en los milagros que suele hacer la obediencia. Desde luego se puso la cortesana atencion de mi Prelado de parte del ilustrísi-

mo Reino, y no juzgando suficientes mis alegatos disfrazó urbanamente su precepto en traje de ruego, que es el modo de hacerle más eficaz, con que rendí mi juicio, que la voluntad bien rendida la tenía, y me dediqué desde aquel punto á trabajar en la obra con singular consuelo, experimentando tambien algun extraordinario aliento.

»Entreguéme totalmente á este cuidado, abandonando otros muchos de no pequeña importancia, y en veinte y un dias logré ver escritos y estampados veinte y cuatro pliegos, tan á costa de mi salud, que en medio de la tarea me asaltó una furiosa calentura que dió bastante cuidado á sus principios, hasta que se conoció ser un violento efímeron. Luego que escribí los dos primeros pliegos, antes de darlos á la prensa, los remití á la censura de la ilustrísima Diputacion para que me mandase advertir lo que se la ofreciese sobre ellos en órden á la sustancia, estilo, método, carácter y todo lo demás que la ocurriese acerca de ellos y de la continuacion de la obra. Devolviéronseme dichos pliegos despues de haberse leido parte en la junta que se celebró con el motivo de la última fiesta que hizo el Reino en el mes de Setiembre, y parte por los señores diputados en sus casas, haciéndome la honra de elogiarlos y de prevenirme que prosiguiese en el mismo estilo, aire y método, sin detenerme en la prolijidad de remitirlos á la Diputacion, porque ésta hacía entera y total satisfaccion de mis talentos, fiando de ellos que saldría la obra con toda la decencia y gala correspondiente, y por otra parte se aventajaba la gracia de la brevedad, que suele ser la principal en semejantes escritos. Esta nueva confianza me empeñó más en desconfiar de mí mismo, y así no dí pliego alguno á la estampa sin que pasase primero por el severo exámen y por la escrupulosa correccion de los PP. Pedro Inurre y Pedro Salcedo, sujetos ambos de la literatura, prudencia, cir-

cunspeccion y discernimiento que no ignora V. I. No contento con la aprobacion de estos dos hombres verdaderamente graves, doctos y prudentes, fuí comunicando los pliegos ya manuscritos y ya impresos que iba trabajando á todos los señores diputados que me honraron por aquel tiempo en mi aposento, como fueron los Sres. D. Fernando Daoiz, D. Vicente Mutiloa, don Antonio Ozcariz y D. José Navascues, los cuales todos vieron los elogios comunes y particulares que tenía prevenidos para la Diputacion, sin que á ninguno de ellos se le hubiese ofrecido el más leve escrúpulo, duda ó reparo que prevenirme, sino aquellas expresiones que á cada uno le dictaba la modestia sobre el elogio particular correspondiente á su persona, las que (claro está) no me debían hacer fuerza por la regla general de que ninguno es buen juez en su causa propia. Por lo demás todos alabaron el método, el estilo, la propiedad, la inventiva, y sobre todo la obsequiosa urbanidad de la obra, así respecto de todo el Reino como de cuantos individuos suyos iban saliendo al teatro del Papel.

»Estas diligencias parece que pudieran sosegar á cualquiera otro genio no tan escrupuloso ó menos desconfiado que el mio; pero éste no se dió por satisfecho con ellos. Pareciéndome que los defectos de una obra se hacen más visibles cuando se registra el todo que considerándola á trozos y por partes; luego que estuvo impreso el cuerpo del Papel pasé á Egues, donde se hallaba el Sr. D. Vicente Mutiloa, por ser el único diputado que á la sazon estaba inmediato á esta capital; llevéle todos los pliegos, registrólos muy despacio con aquella madurez que es propia de su buen juicio, y no encontró cláusula, expresion ó sílaba que no respirase atencion, respeto, estimacion, cortesanía y gracia, con un visible empeño de obsequiar á la nacion navarra y á todos los particulares que se citaban en la obra.

»¿Juzgará V. I. que me aquieté con este último paso? Pues no fué así. Receloso siempre de que los señores diputados, ó por la parte que tenían en el escrito, ó por la inclinacion que profesaban al autor, no tuviesen toda aquella indiferiencia que era menester para hacer juicio desapasionado de la obra, y temeroso de que los dos jesuitas revisores no padeciesen tambien las mismas excepciones, comuniqué confiadamente y bajo un inviolable sigilo todo el cuerpo del Papel con un ministro togado, sabio, culto, erudito, discreto, versado en todo género de letras, y sobre todo, hijo amantísimo del reino. Conjuréle por todos los respetos de la amistad, de la ingenuidad y de la confianza, que leyese con atencion imparcial, justa y censoria aquellos pliegos, y que me dijese con franqueza y con sinceridad su sentir, en la inteligencia de que me arreglaría ciegamente á su correccion, notas y reparos, pues con este fin había suspendido la disposicion del prólogo, en el cual se podía excusar, prevenir y declarar todo lo que pareciese necesario. Veinte y cuatro horas tuvo en su poder los pliegos este sabio togado, y al cabo de ellas me los restituyó él mismo, diciéndome que habiéndolos leido y releido con la mayor imparcialidad, no había encontrado expresion, ápice ni tilde que debiese mudarse ó explicarse, pues todas, bien entendidas, exhalaban un elogio sublime del ilustrísimo Reino y de cuantos individuos suyos se mencionaban en él, concluyendo que el autor de aquel escrito era benemérito de toda la nacion. Con esto me resolví á divulgarlo, pareciéndome que había apurado todas cuantas diligencias se pueden pedir á la prudencia humana para asegurar el acierto.

»Esta es, Señor, la historia verídica, puntual y exacta del desgraciado Papel, cuya disposicion me encargó V. I. Los principales hechos que refiero tienen por testigos á la mayor parte

de los señores diputados, y podrá dar testimonio de ellos el secretario del Reino. De los otros que expongo podrán deponerlos sujetos que cito, pues todos ellos están vivos, sanos y á la vista, y con todo eso ha corrido tan poca fortuna el expresado Papel en la ciudad de Pamplona, que apenas pudiera creerse si no se hubiera palpado.

»Al escrito y al escritor se les ha despedazado con las más sangrientas crueles invectivas. Cuando los primeros hombres literatos de la monarquía en Madrid, Salamanca, Valladolid, Zaragoza, Búrgos y otras partes donde ha llegado el Papel se han esmerado en ensalzarle con los elogios más encarecidos; cuando los personajes más distinguidos del Reino de Navarra, por su nacimiento, por su dignidad, por su sabiduría, por su discrecion ó por todo junto han apurado á la elocuencia todas las frases para explicar el sublime concepto que forman de esta obra. Unos calificándola de «única en su especie y sólo comparable con tal cual de las más celebradas que ha visto España en este siglo.» Otros de «la mayor que han leido en el género.» Otros del «original y molde de todas cuantas hubieren de salir de la misma clase.» Otros del «elogio más delicado, más fino y más elevado que se pudiera discurrir del Reino de Navarra y de sus individuos.» Otros de «una pieza que dejará eternizada en el mundo la aclamacion del ilustrísimo Reino en el año de 46. Valiendo ella sola todos cuantos gastos han hecho las ciudades de la monarquía que han empobrecido sus Erarios por ostentar su amor y su lealtad.» Otros, en fin, de «un escrito que hace caer las plumas de las manos y abate las del corazon á todos los que están trabajando en otros semejantes.» Digo, Señor, que cuando las plumas y las lenguas, así regnícolas como forasteras y que están fuera de Pamplona, se desangraban en estos y otros innumerables encarecimientos; las lenguas y áun las plu-

mas de esta ciudad se han ensangrentado impíamente contra el autor y contra la obra.

»Ellas la han tratado de mordaz, satírica, injuriosa y denigrativa de toda la Nacion y de sus respetables individuos: ellas la han calificado de impía, blasfema, sacrílega y delatable: ellas han fulminado contra el Papel la terrible sentencia de que debe ser quemado en la plaza pública por mano del verdugo, y contra el autor, que debe ser desterrado *in perpetuum* de todo el Reino, adelantándose algunos á divulgar que efectivamente le había venido ya de su respectivo Prelado la sentencia del destierro. Me han asegurado que con efecto se ha escrito á dicho Prelado mio, pintándome con los colores más feos y dando á las expresiones de mi Papel las interpretaciones más exóticas, más extravagantes y más violentas. Por consecuencia natural de esta rigorosa censura, se me ha representado á mí con el carácter del hombre más indecente, más indigno, más torpe y más ingrato que ha entrado en el Reino de Navarra. Y á la verdad, si el Papel fuera tal cual le ha querido entender la malignidad ó la ignorancia, áun eran cortos estos epítetos para expresar mi torpeza. En fin, habiéndole visto antes de divulgarse los Sres. Diputados y los demás graves sujetos que llevo mencionados, recae necesariamente sobre todos ellos la nota de ser unos hombres ignorantes, necios, estúpidos y destituidos del sentido comun, pues no advirtieron las nulidades tan feas y tan de bulto que manchan al expresado Papel.

»Por todo lo cual me ha de permitir V. I. que le diga confiadamente: *Exurge Domine et judica causam tuam*. Levántese, Señor, V. I. y vuelva por su honor y por el mio: tan vulnerado está el uno como el otro: en este asunto son imprescindibles los ultrajes. No puede permitir V. I. que sea este el premio de mi amor, de mi obsequio, de mi rendimiento y del doble sacrificio

que le hice. Expúseme por respeto de V. I. á perder la gracia de un Virey, á quien tanto amo; expúseme á perder la salud, que debo apreciar algo: no querrá V. I. que me exponga tambien á perder la honra, que debo apreciar más que todo. A cuenta de V. I. correrá el volver eficazmente por ella. Así lo espero de su magnanimidad, así lo pido á su justificacion, pues esto, que en otros términos sería pura gracia, en los presentes es de rigurosa justicia.—Ilmo. Señor.—Jhs—Joseph Francisco de Isla.»

Este memorial produjo todo el efecto que se podía y se debía esperar de unos caballeros Diputados tan nobles, tan pundonorosos, tan racionales y tan justificados. Altamente condolidos y generosamente mortificados de lo que yo había padecido por complacerlos, por servirlos y por obsequiarlos, resolvieron dar un público testimonio, así de su gran dolor como de la grande estimacion que hacían del Papel y del autor que le dispuso. A este fin determinaron enviar un Diputado al Padre Rector de este Colegio, dándole las gracias con expresiones del mayor reconocimiento por lo que se había interesado en reducirme á que dispusiese el Papel, manifestándole la grande aprobacion con que le había recibido el Reino y expresándole el grave dolor con que había llegado á entender las malignas especies que habían esparcido algunos naturales suyos, perdiendo el respeto al Reino mismo. Vinieron á congratularse, y al mismo tiempo á condolerse conmigo todos los Diputados, á excepcion de dos, que no lo tendrían por preciso. Y en fin, no contenta la Diputacion con estas demostraciones, acordó echár el sello á todas ellas, escribiendo al Padre provincial de esta provincia de Castilla la carta siguiente:

«Rmo. Padre.—Muy señor mio: Con motivo de la exaltacion al Trono del Rey nuestro Señor (Dios le guarde), determiné dar

al público la Real proclamacion del dia 21 de Agosto de este año para que llegasen á noticia de todos los esmeros de mi innata fidelidad en obsequio de S. M.; y atendiendo á mi desempeño, encargué esta obra al Rmo. P. Joseph Francisco de Isla, quien despues de muchas excusaciones con mucho fundamento, se venció últimamente mediante la interposicion de su Prelado inmediato, que tambien se dedicó á favorecerme; y no obstante de haber desempeñado con la mayor satisfaccion toda mi confianza, como lo acreditan los elogios que han dado á este Papel todos lo eruditos que le han visto, en las aprobaciones que de él han hecho luego que ha llegado á sus manos, así naturales mios como extraños, he sabido con mucho dolor mio que algunos, poseidos de los afectos que por decencia callo, se han propasado á denigrar dicha obra con expresiones tan poco decorosas á dicho Rev. Padre y á mi respeto, que atendiendo al cumplimiento de mi obligacion y á indemnizar á este Rmo. de toda mancha para que se reintegre en los honores que por sus relevantes prendas merece, he acordado asegurar á V. Rma., como lo ejecuto, que dicha obra corre con el mayor aprecio y estimacion mia. Y que si á manos de V. Rma. hubiere llegado alguno de estos siniestros informes, se sirva despreciarlo, dándose mil enhorabuenas de que la ilustre Religion de la Compañía tenga sujeto de tan conocido desempeño, y repitiéndomelas yo por lo que siempre intereso, asegurando á V. Rma. de mi fina voluntad y afecto, pido con el mismo á Dios guarde á V. Rma. muchos años, como deseo. Pamplona y Diciembre 6 de 1746.—La Diputacion de este Reino de Navarra, y en su nombre, Malachías Martinez, Abad de Leire.—D. Agustin de Sarrasa.—Don Fernando Xavier Daoiz.—Con su acuerdo, D. Pablo del Trell.—Rmo. P. Diego de Tobar, Provincial de la Compañía de Jesús.»

Estas son las demostraciones que hizo la Ilma. Diputacion

que representa al Reino de Navarra en desagravio suyo y mio. Refiéroselas á Vd., así por la gran parte que me consta ha tenido su autorizado voto para que estos señores se confirmasen en su primer dictámen, como para que no piense que una Diputacion tan pundonorosa podía mirar con insensibilidad ó con indiferencia lo que publicaba la vulgaridad de algunos nacionales con escándalo de toda España. Habíase divulgado en algunas ciudades de este Reino que la Diputacion se había quejado de mí á mis superiores, que el Consejo Supremo de Navarra tambien había interesado su autoridad en mi castigo, y en fin, que todos habían conspirado ó convenido en mi destierro. Con efecto, hubo muchas porfías, y áun apuestas, así dentro como fuera de Pamplona, sobre que yo saldría presto á cumplir esta sentencia, adelantándose algunos á asegurar que ya había salido. Por si acaso han llegado allá estas voces, podrá Vd. desvanecerlas con la verdad de esta relacion, que ya me tiene cansado. Y con esto, á Dios que guarde á Vd. muchos años. Pamplona y Diciembre 16 de 1746.—B. L. M. de Vd. su seguro amigo, servidor y Capellan.—Jhs.—Joseph Francisco de Isla.—Señor D. Leopoldo Gerónimo Puig.

FABULA EN VERSO CASTELLANO

TOMADA DE FEDRO,

hecha para demostrar no temía á un autor que pretendió impugnarle cierta obra.

En el timon de un carro iba sentada
Una mosca de burro (¡ahí que no es nada!):
Decíale á una mula remolona:
Trata de andar apriesa, picarona,
Que si no he de meterte por la panza
Este aguijon más grande que una lanza.
(Y á este tiempo enseñaba, no sin arte,
Una punta sutil por mala parte.)
Respondióle la mula (era bellaca):
No veo bien si es aguijon ó es caca.
Tus gasconadas me hacen reir mucho.
¿Qué ha de hacer un insecto, un avichucho
Cuyo sucio instrumento
Sacar sangre podrá sólo á un jumento?
¿Sabes á quién yo temo? A ese morlaco
Que lleva el palo bajo del sobaco,
Y si le da la gana
Me mosqueará el pescuezo y la badana;
Pero temerte á ti, bueno por cierto:
Vete á comer, que allí hay un burro muerto.

CARTA

QUE

EN RESPUESTA DE UNAS DÉCIMAS

escribió el P. Isla á D. Diego Antonio Cernadas sobre el tratamiento del Fray.

Amigo y Señor: Acábanme de dar unas décimas de Vd. á un monje Benito que dijo el solemne disparate de que más queria que le llamasen judío que fraile. Están muy buenas; y sólo tienen de malo que no se ve justo motivo para que Vd. perdiese tiempo en escribirlas, cuando un Párroco y un hombre de los talentos de Vd. tiene otros tantos dignos asuntos en que emplearse, y sus finos amigos nos dolemos mucho de que por estas bagatelas los que lo conocen á Vd. formen el errado concepto de que sólo es buen poeta. Pero esto no es de mi instituto, aunque tampoco parece fuera del de la estrecha, verdadera y antiquísima amistad que á Vd. profeso. Vamos á lo que me toca más inmediatamente.

Al fin de dichas décimas añade Vd. por via de scholio ó de nota un prolijo lugar del doctísimo Miechoviense, que aunque autor no muy conocido, será sin duda doctísimo cuando Vd.,

que no es rana, le califica de tal. Dice Vd. que trae dicho lugar para quitar el melindre á los monjes y á los jesuitas, que aborrecen el tratamiento de frailes. Presto verá Vmd. y verá todo el mundo que yo no soy melindroso en este particular, y que lejos de aborrecer este tratamiento, sólo aborrezco con toda el alma á los que hacen ascos de un distintivo en su orígen y progresos tan respetable.

Pero una cosa es aborrecerle y otra cosa no admitirle por no ser conforme á nuestro instituto, ni justo que alguno se abrogue ó tolere el honor que no le pertenece. Pienso que por equivocar Vd. estas dos cosas hace á los jesuitas un agravio que no les hubiera hecho si lo hubiera reflexionado un poco más. Eso de que los jesuitas aborrecen el tratamiento de frailes es una injuria que ofende á todos por lo indefinido de la proposicion, y los hace muy odiosos á los que tan justamente se honran con este tratamiento. Como en todos los gremios hay tontos, no es imposible que algunos jesuitas le hayan oido con desagrado y con desestimacion; pero algunos jesuitas no son los jesuitas, y el argüir del particular al universal, especialmente en materia tan ofensiva, no cabe en la lógica de Vd. ni mucho menos en su piedad.

El objeto del odio siempre es alguna cosa verdaderamente mala ó representada como tal. Y decir de los jesuitas que tienen por verdaderamente malo ó se le representa como tal el tratamiento de frailes: ¿á dónde vamos á parar, Sr. D. Diego? ¿Y qué mal le ha hecho á Vd. la Compañía para que la haga tan poca merced?

Rehusamos, sí, pero no aborrecemos el referido honorífico tratamiento; porque no siendo más que unos meros clérigos regulares, jamás se ha usado en la Iglesia el aplicarle á los de esta profesion. Y si nó, Vd. que es tan erudito, señáleme algun lu-

gar. Podráme Vd. señalar centenares de ellos en San Agustın, San Crisóstomo, San Ambrosio y San Bernardo, que llaman fratres á los individuos de alguna comunidad regular y no regular eclesiástica y áun secular. Pero ya ve Vd. que ese no es el sentido en que hoy se toma ni Vd. mismo entiende el nombre de frailes. Si lo fuera, por la misma regla pudiera Vmd. llamar frailes á todos los Cardenales y á todos los Obispos de la Santa Iglesia, pues ese es el tratamiento que les da el Papa, *Venerabilis fratres*; y en conclusion tambien se llamarán frailes todos los individuos de cuantas cofradías hay en el mundo, pues estas se llaman *Confraternitates* y *Confratres* los que las componen. El argumento de Vd. prueba demasiado.

Pero el del doctísimo Miechoviense nada prueba, porque en el largo pasaje que Vd. cita, ciertamente padece casi tantas equivocaciones históricas como cláusulas, lo que conocerá á primera vista el más bisoño en la Historia Eclesiástica, y sería fácil convencerlo aún por la novísima del Emmo. Orsi, que es de su misma estameña, si esta carta tuviera otro fin que el de prevenir amistosa y reservadamente á Vd. de la justa ofension que temo cause á la Compañía lo que escribió con mano algo acelerada.

Engañóse mucho el doctísimo Miechoviense en suponer que San Ignacio ni los demás Santos Patriarcas que cita fundaron sus respectivas religiones para que en ellas resucitase la antigua caridad de los fieles y se conservase el antiguo nombre de hermanos, *nomenque Fratris retinerent*. Lo primero es cierto en todos; lo segundo es incierto en los más. No hallará Vd. vestigio de tal nombre en los monjes Antonianos, ni en los de San Basilio y San Benito (fuera de España), ni en los de San Romualdo y San Norberto (fuera de la misma), y áun dentro de ella ya dejaron el fray desde que dejaron la capilla. Los de San

Bruno jamás le han usado en parte alguna: San Ignacio expresamente le excluyó del total de la Compañía cuando en sus constituciones hizo division ó diferencia entre padres y hermanos, aplicando el primer nombre á los sacerdotes y el segundo á los que no lo son. Así que los Santos Patriarcas sólo atendieron á renovar el primitivo espíritu de la caridad por diferentes medios, pero por lo comun se pararon poco en que se conservase ó no se conservase el primitivo nombre de hermanos, pues sabían muy bien que á los que al principio de la Iglesia se llamaron hermanos y discípulos, poco despues fieles y al fin cristianos, aunque variaron el nombre por punto general, no variaron las costumbres, y los santos no atendian á las voces, sino á los significados; buscaban la sustancia y se embarazaban poco ó nada en los accidentes.

De aquí se infiere que es muy absurda y totalmente inconexa la ilacion que Vd. atribuye al doctísimo Miechoviense, y no es sino de Vd. Conviene á saber que porque se resfrió la caridad se extinguió la fraternidad, ó por mejor decir la frailedad, que es lo que entiende Vd. aquí por aquella voz *simulque extincta est Fraternitas.* Y lo más donoso es que nos da Vd. en cara con esta consecuencia á los que no admitimos ese honorífico tratamiento, porque no nos corresponde, con cierto airecillo de triunfo, como que la hemos de engullir que queramos que no queramos, aunque sea á trágala perro.

Amigo mio. Si la caridad estuviera tan conexa con la fraternidad, entendiendo por esta la frailedad, era preciso suponer desterrada aquella de todos los estados de la Iglesia de Dios, donde no está recibida ésta; y en verdad que la suposicioncilla está preñada de unas ilaciones terribles, de que dista mucho la notoria piedad, juicio y sana doctrina de Vd.

Por tanto, permítanos á los jesuitas que veneremos y áun de-

fendamos el glorioso tratamiento de frailes en todos aquellos que le logran; y que al mismo tiempo no le admitamos, no porque nos fastidie, ni nos desdeñemos de él, ni nos demos por ofendidos, ni mucho menos porque le aborrezcamos, como Vd. supone arrebatado del furor poético (que tambien tiene lugar en la prosa), sino porque no nos corresponde, y esto ciertamente, sin que por eso se haya resfriado en nosotros la caridad cristiana y religiosa, como ni en los demás estados donde no está admitido este tratamiento.

¿Que nos cansamos? Vd. mismo es de mi opinion en el verso, aunque se olvidó de ella en la prosa. Expresamente supone Vd. que el tratamiento de fraile es propio y privativo de los que traen capilla, cuando dice:

Tu tema me maravilla,
Pues en ser frailes convienen
Cuantos las órdenes tienen
A título de capilla.

Luego los que no están ordenados á título de capilla, sino es á título de bonete, no convienen en ser frailes. Y de camino le sirvo á Vd. con ese equivoquillo para que se valga de él contra nosotros en la primera ocasion.

Que Vd. se zumbe con los que, firmándose ellos mismos fray, no quieren que otros los llamen frailes y que les glose el estribillo del Cumbé, adelante; pero que Vd. se ensangriente tanto contra los que jamás han usado de tal firma ni se han distinguido con ese honor, me parece fuera de toda razon, y áun estaba tentado por inferir que en esta ocasion, y sin que sirva de ejemplar, por no convenirle á Vd. la fraternidad, se había extinguido ó resfriado en su corazon la caridad.

Una vez que Vd. se hubiese empeñado en que habíamos de admitir dicho tratamiento quisiésemos ó no quisiésemos, extraño mucho que en lugar del doctísimo Miechoviense, cuya autoridad y razones no nos perjudican, no hubiese citado Vd. á los dos Parlamentos de Tolosa y de París, que llaman fray Busembaum y fray La-Croix, á estos dos autores jesuitas en la condenacion que acaban de hacer de sus obras morales de la reciente edicion de Colonia en el año pasado de 1757. En verdad que la autoridad de dos Parlamentos tan graves, harto será que á no pocos les hubiese hecho más fuerza que la del doctísimo etc. con su *pàg. mihi* y todo.

Chanzas á un lado. Toda la equivocacion de Vd. ha consistido en haber confundido el fratres con frailes. Que este fuese al principio su legítimo significado, no lo disputo: que hubiese sido por renovar el primitivo nombre de los primeros creyentes, absolutamente lo niego; pero que hoy por el nombre de fratres se entienda lo mismo que frailes, ni Vd. mismo puede confesarlo. De esa manera serían frailes los que en Santiago se llaman palanquines y en otras partes hermanos del trabajo: serían frailes los locos del célebre hospital de Zaragoza, á quienes antonomásticamente llaman los hermanos, tanto que en aquella ciudad ningun predicador puede decir hablando con el auditorio, mirad hermanos, atended hermanos, porque lo entienden por pulla. Y cierto, que entendido el fratres con esta generalidad quedarían muy honradas las venerables religiones que tan gloriosamente leadoptan.

Admita Vd. esta privada advertencia como señal nada equívoca de mi invariable amistad y discurra el modo de desimpresionar á los que se pueden dar por ofendidos de la poca merced que Vd. les ha hecho, suponiendo que aborrecen lo que veneran, que se fastidian de lo que aprecian, que se desdeñan de lo

que aman y que se dan por ofendidos de lo que se tendrían por muy honrados; pero no lo admiten única y precisamente porque no se les debe. Viva Vd. y mande. Villagarcía y Febrero 24 de 1758. De Vd. tan de corazon como siempre—Jhs—Joseph Francisco de Isla.—Sr. D. Diego Antonio Cernadas y Castro.

CARTA EN VERSO,

ESCRITA POR UN DESTERRADO

Á UN AMIGO SUYO RESIDENTE EN NAVARRA,

cuyo nombre se omite por la propia razon que tuvo para ocultar el suyo su verdadero autor en la época en que fué escrita.

Al ver ésta dirá usted
Que estoy loco, no lo niego,
Y que merecía estar
En Zaragoza, concedo:
Y áun diré más si usted gusta:
Que deseo este remedio;
Y sólo porque me lleven
Seré loco, seré necio,
Seré tonto, seré simple,
Y áun seré más: yo me entiendo;
Pero segun las noticias
No me veré en este espejo.
Para fiestas va la zorra,
Y la seguía un podenco.
Mire usted qué buenas trazas
De curar á un hombre el seso.
Que habrá más de siete meses
Que tres notarios vinieron
En toda forma á intimarnos
De parte de nuestro dueño,

De nuestro Rey y Monarca
El Señor Cárlos tercero.
A quien en mis oraciones
Continuamente encomiendo,
Y pido á Dios que le dé
Mucha luz y mucho acierto,
Mucha salud, mucha gracia
Y despues mucho dinero:
Digo que nos intimaron
Un decreto del Consejo
En que Su Majestad dice
Que no gusta ni por pienso
De que volvamos jamás
A ninguno de sus reinos.
Pues obedezco á mi Rey;
Y mande tuerto ó derecho,
He de serle fiel vasallo
Aunque muera obedeciendo:
Y no me parece mucho
Cada vez que considero
Que cuatro leguas de aquí
En Camposanto murieron
Por obedecer al Rey
Tantos castellanos viejos
Que eran mejores que yo,
O por lo menos tan buenos:
Y así, amigo, para mí
Zaragoza *volaverunt*,
Conque ¿seré siempre loco?
Paciencia; tengo el consuelo,
Si soy loco, que tambien
Dicen que lo fué mi abuelo.
¡Bien haya quien á los suyos

(Como dice un refran viejo)
Se parece! Y otro dice
Que no lo hurta el heredero.
Conque una vez que de loco
Gozo y tengo privilegios,
Se me antoja la locura
De escribir la carta en verso;
Y así irá sin más ni más
Como me fuere saliendo.
Y esto baste de entradilla,
Porque yo, amigo, no quiero,
Aunque loco rematado
Ser tambien loco molesto.
Si usted me da su licencia
Tomaré un polvito, y luego
Comenzaré á delirar...
Ya le he tomado. Comienzo.
Pues amigo de mi vida,
Como digo de mi cuento,
Hácia mediados de Agosto
Vino un golpe tan tremendo
Que me sacó de sentidos
Por el grande sentimiento.
A pocos dias me puse
Tan triste y tan macilento,
Que si usted me hubiera visto
Me creyera un estafermo,
O alguna estatua de barro,
O algun alcornoque viejo.
Ni comía, ni bebía,
Ni dormía de provecho;
Las noches pasaba en claro
Dando suspiros al cielo,

Y lo mismo que yo hacía
Hacían mis compañeros:
Uno se aflige, otro llora,
Y unos y otros sin consuelo.
Un dia que quiso Dios
Que yo estuviese sereno,
Hablando conmigo mismo
Me ponía este argumento:
Martin, ¿para qué te afliges
Si esto no tiene remedio?
¿No ves que es el mismo Papa,
El sucesor de San Pedro
Y el que es Vicario de Cristo
Quien te pone este precepto?
¿No ves que es el mismo Dios
Quien dispone desde el cielo
Que te venga este trabajo
Para tu merecimiento?
Digo que tienes razon
Y que soy un majadero,
Que no había caido en cuenta,
Obedezco y reobedezco,
Y lo haré pecho por tierra
Aunque se me rompa el pecho.
Y digo no solamente
Que yo obedezco al precepto,
Sino que he de procurar,
Aunque reviente el infierno,
El prestar esta obediencia
Con alegría y contento.
Aquí, levantando el grito,
Dije: ¿Dónde estás, buen genio?
¡Oh buen humor! ¿dónde estás?

Aquí estoy, respondió luego.
Pues donde quiera que estés
Ven presto, si nó me muero;
Ven, alivio de mis males,
De mis trabajos consuelo;
Ven, y no dejes jamás
De ser mi fiel compañero.
Apenas le había invocado
Cuando vino, dicho y hecho:
Y me hallé yo en un instante
Alegre como un jilguero;
Se salió la pesadumbre
Y las tristezas se fueron,
Y yo quedé tan alegre
Que no cupe en el pellejo.
Comencé inmediatamente
A disponer mis trebejos
Para salir un domingo
Armado de caballero;
Pero lo gracioso fué
Que lo hice todo nuevo
Y nada nuevo, porque
Todo fué de trapos viejos:
Acordéme de aquel chico
Que decía con gracejo:
«De unos viejos de mi padre
»Me han hecho calzones nuevos.»
Pero yo hice mucho más,
Pues de mi uniforme viejo
Hice unos hábitos tales,
Que parezco un racionero
O un canónigo de oficio,
Aunque no soy nada de eso;

Sólo soy un capellan
O clérigo pordiosero,
Que toda cuanta es mi renta
La trocara pelo á pelo
Y saldría ganancioso
Con aquel curita lego (1),
Abad de los Larrainchiques,
Y no piensen que pondero,
Que si usted me hace el favor
De hablar á ese caballero,
Por mí queda hecho el negocio
Una vez que él venga en ello;
Y avise usted por la posta,
Porque á vuelta de correo,
Como él se venga á la Italia
Iré yo á ser su ausenciero.
¡Oh Larrainchique de mi alma!
Siete años há que no os veo,
Y por veros otra vez
Daría lo que no tengo.
Si el señor abad no quiere
No por eso desespero:
Vea usted si en Roncesvalles
Hay vacante algun empleo
De Capellan ú organista
Ahora que se nos ha muerto
Mi amigo Marichalar,
Que aunque son gordos mis dedos
Yo procuraré aplicarme,
Y si no salgo con ello,

(1) Este fué un cura que se presentó en Pamplona tan indecente y miserable, que el Ilmo. Sr. Obispo dió órden para que le recogiesen ínterin le suministraron las ropas necesarias á la decencia de su estado.

Organista por atrás
¿Quién hay que no pueda serlo?
Para levantar los fuelles
Es menester poco ingenio,
Y si así no me quisieren
Yo seré caritatero,
O entraré por infantico
Aunque es mi voz de becerro.
En suma, yo topo á todo,
Y sólo por el consuelo
De pasar por Irañeta
Y de ser Cuchivetero,
Segaré yerba en arroces
Y seré tamborilero.
Mas dejemos estas cosas,
Porque este es un mar inmenso,
Y volvamos al vestido;
Pues como íbamos diciendo
Me puse hecho un arcediano
Con poquísimo dinero:
Una tarja me costó
El reteñir el sombrero,
Tres grosas hacer la loba
Y cinco hacer el manteo;
Pero todo lo teñí,
Porque estaba ya, de viejo,
De color de ala de mosca
Y quedó de ala de cuervo.
El reteñir estas cosas
Me costó un diez y ocheno,
Y el darle aquesta figura
Poco más de real y medio,
Y áun algo más me costaron

Las hebillas y alzacuello.
Y áun item más: siete reales
Con que pagué al zapatero:
Esto es todo lo exterior.
Lo interior no vale un cuerno,
Porque tres camisas viejas,
Unas bragas de coleto
Y otras bragas remendadas
Est tota littera textus:
Se me olvidaba la almilla,
Que en suma es un saco viejo
Que me regaló mi padre,
Que le heredó de mi abuelo.
Con todo eso, si usted mismo
Me viera salir tan tieso
Con sombrero de tres picos,
Con mi tal cual solideo,
Cuello de papal de agujas,
Y la loba con un ciento
De botones pequeñitos,
Quedaría usted suspenso
Sin saber cómo llamarme,
Si don Martin reverendo,
O monseñor don Martin:
Y quedaría muy hueco;
No por los títulos tanto
Cuanto porque siempre tengo
Desde que me hice cura
Una hambre que me pelo.
Cuando un hombre era soldado,
Con ensaladas de berros
Se llenaba la bartola;
Pero ahora es embeleco.

El comer como señor
Me hace andar al retortero;
Si uno busca una posada,
Piden más por el puchero
Que da la capellanía.
¿Y el vestido, *quid faciendum?*
¿Quién dará para vestir
Cuando haya que hacer de nuevo?
Pero ya echo mis cuentas
Y está en la mano el remedio,
Y es, vestirme, siempre y cuando
Lo necesite, de viejo.
Aquí hay muchas corredoras
Donde se hallan de repuesto
Casi infinitos vestidos
Por poquísimo dinero:
Y con tales cuales misas
Y tales cuales entierros,
Sacaré para vestirme
Y viviremos de ingenio.
Ahora le informaré á usted
De lo que lleva el terreno
En punto de economía:
Los italianos son diestros,
Y hay algunos tan sutiles
Que partirán un cabello
De largo á largo, y tambien
Hay quien le dará un barreno.
Dicen al partir el pan,
Si se parte con los dedos,
Que se pierde en otapurres (1)

(1) Lo propio que migajas.

A lo menos diez por ciento,
Y así es preciso usar
Cuchillo ú otro instrumento,
Porque sinó, muchas casas
Se han arruinado por eso.
Cuando matan algun piojo
Suelen guardar el pellejo,
Despues lo curten y adoban,
Y éste lo envian á un puerto
Del Mar Adriático, donde
Se hace de esto comercio.
Metidos entre tal gente,
Mire usted si aprenderemos
Los puntos de economía:
Si hubiera sabido esto
Cuando vine á este país,
Tuviera ahora lo menos
En caudal limpio y contante
Más de doscientos mil pesos.
Si por mi grande fortuna
Llego en el mar á saberlo,
Amigo, ¡qué doblonada
Tan grande que hubiera hecho!
Porque pieles más hermosas
Ni de ganado más grueso
No he visto en toda mi vida;
Pero ya ¿qué hemos de hacerlo?
Yo no lo supe, paciencia,
E iré desollando piojos
Como los vaya cogiendo.
Pero ¿hasta dónde voy yo
Con estas coplas ó enredos?
Amigo, yo no lo sé,

Confieso que soy molesto
Lo mismo en copla que en prosa
Porque en todo soy eterno.
  A la mitad de esta carta
Me vino este pensamiento,
Con eso manché el papel,
Y ya no tiene remedio.
Lo peor es que no he dicho
Palabra sobre el intento,
Porque dejando el asunto
Me fuí tras de un embeleco;
Pero otra vez, si Dios quiere,
Si tengo papel y tiempo
Satisfaré; mas ahora
Soy muy de usted, como debo,
Nuevamente Capellan
El que antes soldado viejo.

FIN DE LAS OBRAS LITERARIAS DEL P. ISLA.

BIOGRAFÍA DEL P. ISLA.

El P. José Francisco de Isla nació el 24 de Abril del año 1703 en el lugar de Vidanes. Encontróse allí su madre casualmente, yendo á cumplir una promesa á un santuario cerca de Valderas, antigua villa del reino de Leon, en donde se establecieron despues, por cuyo motivo la miró tambien Isla como su patria. Algunos biógrafos, sin embargo, suponen ocurrido su nacimiento en Segovia el año 1714. Sus padres, que descendían de noble cuna, llamábanse D. José Isla de la Torre y doña Ambrosia Rojo, señora sumamente instruida y piadosa. Desde niño dió Isla claras muestras de una grande precocidad de ingenio; por manera que á los 11 años había ya concluido con admirable aprovechamiento los estudios previos al bachillerato en leyes, cuyo título recibió en tan tierna edad. Merced á la buena educacion que le dieron sus padres, observó una ejemplar conducta y las más puras y apreciables costumbres, y todo su afan era buscar el trato con personas distinguidas con quienes conversar, haciéndolo particularmente con varios eclesiásticos de reconocida instruccion.

Lejos de haber pensado en los primeros años de su juventud en abrazar el estudio eclesiástico, intentó casarse con una señorita de su distinguida clase. Muy adelantado estaba este proyecto, cuando reflexionando con mayor madurez, mudó de intento; y como por súbita inspiracion y por efecto de un llamamiento sobrenatural, rogó al cabo de algun tiempo á su madre le permitiese practicar los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola en la Compañía de Jesús, con cuyos religiosos discutía á menudo desde los primeros años de su juventud en las visitas que hacían á su casa.

Terminados esos ejercicios, creció en él la aficion á aquella Órden, y manifestó por último su decidida voluntad á ingresar en ella. Sentían sus padres verse privados tan pronto de un hijo á quien idolatraban; pero respetando su enérgica vocacion, hubieron de condescender á sus deseos. Entró en la Compañía de Jesús en 1719, contando á la sazon diez y seis años de edad, y fué conducido al noviciado de Villagarcía de Campos. Dícese que era el novicio más ejemplar, y que dió siempre constantes muestras de religiosidad y sincera vocacion; como que nunca se arrepintió despues de haber seguido el esta-

do regular, á no ser que quisiese dudarse de sus propias aseveraciones. La aptitud que tenía para las letras era tan extraordinaria, que de ella dió evidentes muestras durante el propio noviciado, traduciendo del francés (cuya lengua no conocía aún) una novena de San Francisco Javier, sin que tampoco tuviese á mano diccionarios ni gramáticas que consultar. Los especiales estudios á que debía dedicarse, las ordinarias tareas y los ejercicios académicos que le ocupaban, no bastaban á saciar su actividad mental ni el afan que tenía de aprender; así es, que á más de aquellas ocupaciones, empleaba tambien gran parte del tiempo en el estudio de la Geografía, Cronología, Gramática francesa, perfeccion en el idioma castellano y particularmente en el estudio de la *Historia Eclesiástica y profana.*

A los 19 años dió á luz una traduccion de la *Historia del Gran Teodosio*, escrita en francés por Flechier, cuya version se ha considerado bien desempeñada, á pesar de que el traductor haya manifestado despues estar poco satisfecho de su trabajo, segun lo indicó en una carta escrita el año 1781, expresando que sólo lo había emprendido «para complacer, dice, á quien no me podía negar y en edad poco madura, sin que me pasase por el pensamiento que jamás saliese á luz, me desvié mucho del noble estilo del autor, y en no pocas partes de sus no menos nobles pensamientos; de manera que hoy me avergüenzo de lo que entonces me agradaba. Por estas razones, cuando me avisaron que ya se estaba imprimiendo para que la dedicase á quien mejor me pareciese, previne que no se estampara *traducida*, sino *sacada*, pareciéndome que de esta manera no faltaba á la fidelidad, y por otra parte no pasarían mis desaciertos por descuidos del discretísimo obispo Flechier.»

Mientras estudiaba Teología en Salamanca, el literato P. Luis de Losada, que conocía lo aventajado que era Isla en las buenas letras, tomóle por compañero colaborador en la obra titulada *La Juventud triunfante.*

No tardó Isla en ser maestro y en desempeñar cátedras muy principales, tales como las de Filosofía y Teología en Segovia, Santiago y Pamplona, donde se ejercitó tambien en la predicacion. Fué igualmente destinado á Valladolid, á cuya ciudad se llamaba á los más excelentes predicadores. Estando de lector de Teología en Pamplona, tradujo el *Compendio de la Historia universal de España del Padre Duchesne*, y publicó además el *Dia grande de Navarra.* Es muy conocido el primer libro por las varias impresiones que de él se han hecho, habiendo servido largo tiempo de obra de texto en las escuelas. Esa traduccion ha merecido muchos y fundados elogios.

El triunfo del amor y de la lealtad, ó *Dia grande de Navarra*, fué la primera obrita que dió á luz con su verdadero nombre y apellido. Consiste en una descripcion de las fiestas reales celebradas en Pamplona en 1746 por el advenimiento de Fernando VI al trono.

Se cree que en la misma época empezó y prosiguió la traduccion del célebre *Año Cristiano* del P. Croisset, interrumpida distintas veces por falta de salud y obligaciones de su Instituto, aunque del pró-

logo de la misma obra parece inferirse que sus superiores le dispensaban de ciertos cargos para poderse consagrar á sus predilectos trabajos literarios.

Varios prelados querían inducirle á que dejase para otros las traducciones y á que procurara enriquecer la literatura eclesiástica y profana con obras originales, como podía hacerlo estando dotado de un talento poco comun y de una instruccion muy vasta. Isla, sin embargo, anteponiendo el bien de las almas á su mayor gloria y reputacion, no quiso nunca abandonar su piadosa empresa, persuadido de que con ella hacía un gran bien.

La reina doña María Bàrbara de Portugal deseaba tener al esclarecido Isla por confesor; pero el Padre se excusó de tan elevado cargo por razones de modestia, no creyéndose bastante digno de tan distinguido destino.

A los 26 años comenzó el augusto ministerio de la predicacion evangélica. A la sazon estaba harto abyecta en España la oratoria sagrada. Lamentando este estado, inició la reforma por medio de sus *Sermones*, que vieron la luz pública en 1792.

Ajenos, por lo general, de los defectos de que adolecian sus contemporáneos, eran, cual los de los apóstoles, discursos sencillos, severos y razonados, que á la vez herían el corazon y alumbraban la inteligencia. Si en alguna ocasion dejó de atenerse á esas estrictas reglas, sería indudablemente para no apartarse del todo del gusto de los oyentes y á fin de que la escrupulosidad en la forma no le privase de conseguir el fin que en sus discursos se proponía obtener. No es esto decir tampoco que transigiese con la corrupcion del estilo del púlpito.

En el año siguiente insistió tambien, lamentándose de los predicadores que no hacían más que *peinar la retórica*, *atusar las voces y formar un juego de ajedrez con las palabras*.

No pararon aquí los esfuerzos que hizo el Padre Isla para poder corregir los vicios en la oratoria sagrada, que trataba de extirpar. Valióse de las poderosas armas del ridículo, lo cual le sugerió la idea de componer la célebre obra titulada *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas,* á la que debe el autor principalmente el merecido renombre de su fama literaria.

A propósito de esta obra escribía el Padre Isla á su cuñado, con fecha de 7 de Marzo de 1753, lo siguiente:

«*Sin embargo, allá verás que no me dedico tan total y únicamente á ser copiante que no reparta el tiempo en otra tarea original* (ya muy adelantada), cuyo despacho es seguro, cuyas ediciones serán repetidas, cuya traduccion en otras lenguas será muy verosímil; pero cuyo ruido y alboroto de los interesados (que son innumerales) eternizará mi nombre, mi paciencia y mi desprecio, *que es grande siempre que se interesa la utilidad universal.*»

Cumpliéronse puntualmente estos vaticinios: la impresion de los mil quinientos ejemplares del primer tomo del *Gerundio*, que salió en Madrid á últimos de Febrero de 1858, se vendió en tres dias; las

ediciones de esta obra fueron repetidas en el siglo pasado, y lo han sido y son en el presente. Fué traducida al aleman, al inglés y al italiano; el ruido y alboroto de los interesados fué espantoso; el nombre de Isla ha quedado inmortal, y su paciencia estuvo sujeta á las más duras pruebas. La profecía quedó realizada en todas sus partes. El autor procuró pertrecharse, antes de sacar su obra, con cartas de aprobacion de ilustres personajes y de sabios prelados, y tomó tambien la precaucion de no hacerla aparecer bajo su nombre, sino bajo el de D. Francisco Lobon de Salazar, hermano de un compañero de hábito del Padre Isla, cura de Villagarcía, que fué bastante condescendiente para prestarse á esta pequeña superchería. Mas á pesar de todo, el obispo de Palencia se opuso á que la obra se imprimiese en su diócesi, y el consejo de la Inquisicion mandó suspender la edicion segunda del primer tomo, que se empezó á tirar á los pocos dias de anunciada y despachada la primera. Despues de algun tiempo, y atendida tambien la encarnizada polémica que se trabó entre los defensores y los impugnadores del *Gerundio*, la Inquisicion prohibió, con edicto de 20 de Mayo de 1760, el primer tomo, y en edicto de 1776 el segundo, que se había impreso sin las licencias necesarias. Igualmente fueron prohibidos todos los papeles impresos y manuscritos divulgados con motivo de dicha *Historia*, y se mandó, bajo pena de excomunion, que nadie escribiese en pro ni en contra de ella. En varias cartas familiares del autor, y sobre todo en las ciento y diez y siguientes de la primera parte, se encontrarán relatados muchos sucesos y pormenores concernientes á esta famosa *Historia*.

La asiduidad que el Padre Isla tenía en el estudio llegó á quebrantar su salud, á pesar de estar dotado de una constitucion física bastante robusta. A los 50 años padecía ya algunos quebrantos, por cuyo motivo sus superiores, que le trataban con singular cariño, accedieron á los deseos que manifestó de retirarse á alguno de los colegios situados en poblaciones cortas. Los últimos 14 años que permáneció en España estuvo primero en Villagarcía de Campos y despues en Pontevedra por la benignidad del clima. En el colegio del primer punto había el Seminario, adonde pasaban del noviciado todos los jóvenes de la provincia de Castilla para perfeccionarse en las humanidades, y allí conoció personalmente al Padre José Petisco, maestro distinguido en lenguas y otras ciencias, con el cual trabó personal amistad. Estando en ese establecimiento encargó al Padre Isla, por particular distincion, la interpretacion de algun autor latino. Escogió los libros de la *Senectud* y *Amistad de Ciceron*, que se imprimieron con sus notas, y tradujo tambien en verso castellano las *Sátiras latinas de Lucio Sectano*, bajo cuyo nombre las escribió el jesuita Julio Cordara, contra la presuncion de los pseudo-literatos de su tiempo. Este trabajo quiso desempeñarlo el bondadoso Isla para que sirviese á los discípulos del colegio, con quienes tenía frecuentes conferencias, gustando mucho de su conversacion y de estimularlos al estudio. La tranquilidad de que gozaba en ese retiro fué interrumpida en la Cuaresma de 1757, porque no pudo negarse, á pesar

de su quebrantada salud, al santo ministerio en la predicacion diaria en la ciudad de Zaragoza, y es de lamentar se ignore el paradero del sermonario cuadragésimo, el que trabajó á este propósito.

A pesar de todo esto, mantenía correspondencia con muchos personajes y los más acreditados sabios de la nacion y del extranjero. Para todo tenía tiempo, cumplidas las horas de meditacion, oracion y prácticas religiosas que nunca descuidaba; deseaba siempre estar al corriente de los progresos que hacían en las escuelas públicas de gramática y humanidades, tanto los maestros como los discípulos; y habiendo tenido noticia de la traduccion del *Arte poético de Horacio* en verso castellano, pidióla inmediatamente por ser la primera traduccion española que conocía, y consiguiéndola y alabándola, mandóla á Madrid para que se imprimiese.

El Padre Isla no pudo acabar el resto de su vida en su celda predilecta, ni en sus favoritas ocupaciones. Vino á privarle de ello el memorable acuerdo de la expulsion de los jesuitas, intimado á la comunidad de Pontevedra el dia 3 de Abril de 1767. Recibió muy resignado é impasible la órden; pero siendo su cuerpo más débil que el espíritu, fué asaltado al dia siguiente de un violento ataque de perlesía que le cogió la lengua y la boca, dejándole expedita la cabeza. Tratóse de sangrarle y previno el médico que no emprendiese el viaje con los demás de la compañía por el gravísimo peligro que corriera de perder la vida; y si sensible fué para sus correligionarios semejante noticia, lo fué más todavía para él, que al saberlo articuló con suma dificultad: *que si le sangraban y dejaban en Pontevedra, ciertamente le quitaría la vida el dolor de no seguir á sus hermanos; pero si le permitían acompañarlos tenia por muy probable que este consuelo le restituiría la salud, ó por lo menos le dilataría por algunos dias la muerte.*

En vista de esto el facultativo resolvió que emprendiera el viaje tendido en una litera.

Al llegar al término del camino, repitióle, no obstante, un segundo insulto que exigió una evacuacion de sangre, y con este remedio encontró alivio y pudo llegar en dos marchas á la ciudad de Santiago. En este punto, donde tenía varias relaciones de amistad y parentesco, le sobrevino un tercer accidente que hizo temer no lo resistiera. Pensó el médico que no podía continuar el viaje sin perecer en él, y dado aviso al capitan general de Galicia, dispuso éste se le alojase en alguna comunidad religiosa para prestarle con todo esmero los auxilios convenientes. Sintiólo mucho el padre, y manifestó á su prelado que si podía exponer su vida sin perjuicio de la conciencia, quería absolutamente exponerla por lograr el consuelo de morir entre aquellos con quienes había vivido. Hubo de exponerle los graves inconvenientes que había para acceder á sus deseos, y al despedirse el padre rector, salió tan enternecido por su vehemente afliccion y copioso llanto, que impidió que otra persona entrase á abrazarle. Trasladado al monasterio de benedictinos de San Martin al siguiente dia, fué allí cuidado con la mayor solicitud y cariño. Cuando se con-

sideró con fuerzas bastantes para meterse en una litera, quiso reunirse con sus compañeros, y habiéndolo efectuado, llegó débil y desfigurado á la Coruña, siendo objeto de compasion general; pero tan contento y tranquilo se hallaba entre los suyos, que mejoró rápidamente. Los padres de la Orden trataron de persuadirle á que se quedase por espacio de seis meses hasta su perfecto restablecimiento, indicándole podía embarcarse despues de ellos con los procuradores de la Orden que quedaban aún en España á rendir sus cuentas, mas de ninguna manera quiso cambiar de resolucion. Salieron varios buques para Italia llevando á los jesuitas. El P. Isla fué embarcado á bordo del navío de guerra *San Juan Nepomuceno*. Este navío hubo de separarse de los demás en el golfo de Leon, á causa de una tempestad, y llegó en veinte dias á Civitta-Vechia. Afectóle mucho la prohibicion que encontraron de desembarcar en las playas italianas, y hubieron de determinarse á bordear por el mar de Toscana, esperando así la decision en su destino, en virtud de la cual se dirigieron á Córcega y desembarcaron en los puertos de Calvi, Ajaccio y San Bonifacio.

El navío *Nepomuceno* fué el último que llegó á Calvi. Encontrando una dificultad para alojarse todos, que formaban un número mayor al de seiscientos, encaminóse Isla á la Iglesia parroquial, y pasó casi toda la tarde orando delante del Santísimo Sacramento. Vino la hora de cerrar las puertas cuando estaba aún profundamente recogido. El preboste le advirtió que debía salir, y habiéndole contestado con aire sumiso é ingenuo que no tenía dónde albergarse, el piadoso varon ofrecióle su casa, y hubo de aceptarla el P. Isla, manifestándole su profunda gratitud. En ella estuvo los catorce meses que los jesuitas permanecieron expatriados en Córcega. Su dueño, que no sólo era un hombre muy virtuoso, sino tambien literato, gozaba mucho en su compañía. La guerra nuevamente encendida á la sazon con grande empeño entre corsos y genoveses, produjo algunas incomodidades por razon del sitio que sufrió la ciudad. Durante él faltó todo el necesario alimento. Al cabo de algun tiempo, habiendo vuelto á Córcega algunos batallones franceses, sus comandantes notificaron á los jesuitas, de órden del rey de Francia, que evacuasen pronto la isla para pasar al continente de Italia en las embarcaciones llegadas de Francia. Hiciéronse á la vela dirigiéndose á Génova, y no pudiendo desembarcar, como habían creido, quedaron hacinados en los mismos buques. La piedad de Cárlos III los remedió al fin, cuando fué posible, aquella triste situacion, mandando se les diese paso libre para los Estados Pontificios, y se les socorriese con dinero. Trascurridos algunos dias, trasladóse con sus compañeros al lazareto situado fuera de Génova, por haber conseguido de la República el guarecerse allí de la intemperie de la estacion y de las lluvias.

Trataban, entretanto, de la manera de encaminarse á los Estados del Papa. Así que llegaron á la provincia ó legacion de Bolonia, se alojaron en palacios y casas de campo de magnates que no estaban habitadas; tocóle la del senador conde Grassi, situada en la aldea de

Crespelano, á tres leguas, entre cuyos habitantes era Isla conocido por sus méritos literarios, y como autor de *Fray Gerundio*. Esto ocasionó que el conde, gustando de conocerle y tratarle, le cediese su magnífico aposento. En tan apacible y pintoresco sitio, y en tan agradable soledad, con todas las comodidades domésticas apetecibles, dió rienda suelta á su vehemente afan por el estudio, sin dejar, empero, de escribir á sus amigos, que habitaban otras quintas inmediatas.

Antes de cumplidos dos años, en vista de que no podían tenerse allí todas las cosas necesarias á una comunidad numerosa, fueron sucesivamente trasladando los padres á Bolonia ó cerca de ella, y en esta ciudad ya no pudo gozar de tantas horas de estudio.

Celoso por las glorias de su país, no podía consentir que se menoscabasen las de España en punto á materias literarias, y como prevalecieron á la sazon en Italia algunas preocupaciones contra nuestra literatura, aprovechó esta ocasion para vindicarla de los cargos que se la hacían. Hallábase un dia con muchos de los principales señores de la ciudad, habiendo empezado uno de ellos á hablar en términos denigrativos del instituto religioso á que pertenecía, oyólo con desagrado, aunque se proponía no despegar los labios; pero continuando por mucho tiempo las invectivas, juzgó que su silencio se interpretaría como un tácito y poderoso asentimiento á las especies vertidas, ó que no sabía defenderse á sí ni á sus hermanos, y consideró tambien que ni unos ni otros debían estar privados del sagrado derecho de vindicarse. Opúsose, por lo tanto, con franqueza y vigor á las proposiciones ofensivas, y á pesar de que fué muy comedido en sus contestaciones, delatáronle al cardenal Malvezzi, causándole con esto una de las mayores pesadumbres en su vida, y ofreciéndole otra prueba con que acreditar nuevamente su envidiable virtud cristiana. En la noche del 8 al 9 de Julio de 1773, estando recogido con otros compañeros, fué allanada y cercada su casa por una cuadrilla de esbirros, á cuyo frente iba un fiscal ó juez del crímen, y penetrando en el aposento del P. Isla, se apoderaron de él y de sus papeles para trasladarle en coche á la cárcel pública eclesiástica ó de corona, destinada á los que son juzgados por el tribunal del arzobispado.

A los diez y nueve dias sentenciáronle á ser desterrado de Bolonia. Allí vivía con otros compañeros suyos, y volvió á entregarse tranquilamente á sus estudios y ejercicios religiosos, manteniendo su invariable costumbre de hacer por la tarde una larga visita al Santísimo. Poco antes de un mes hubo de sufrir con igual paciencia y conformidad otro golpe más terrible áun, cual fué la intimacion de haber sido extinguida la Compañía de Jesús, lo que ponía en precision á todos sus miembros de pensar individualmente en la satisfaccion de las necesidades materiales, cosa sobremanera enojosa para el padre Isla, tanto por la edad que contaba, como por haber de distraerse de su vida espiritual y especulativa. Esto le hizo sentir el peso del destierro, al que permanecía antes indiferente; pero no obstante, sufríalo con ejemplar resignacion. Libre hubiera estado del molesto

cuidado de atender á negocios puramente económicos, si se hubiese hallado en Bolonia, donde muchos personajes practicaron varias diligencias para obtener el levantamiento de su destierro, mas como ellas fueron infructuosas, instaron al P. Isla para que las repitiese por sí mismo. A este objeto escribió una humilde carta al conde de Florida Blanca, á la sazon ministro de España en la corte de Roma; pero ni él ni sus amigos pudieron conseguirlo mientras vivió el cardenal Malvezzi, juez de aquella sentencia. Sólo la obtuvo despues de su fallecimiento, que acaeció á fines del año 1775. Al restituirse Isla á Bolonia, fué recibido con singulares demostraciones de distincion.

El número de sus amigos aumentaba cada dia, sobre todo porque se había atraido el de todos aquellos que se condolieron de su desgracia. El cultivo de esas varias relaciones le puso en camino de conocer quién había sido su delator, y al saberlo, lejos de conservarle el menor resentimiento, ejerció con él un acto de generosidad, que es una prueba de la bondad de su corazon y del espíritu evangélico de que estaba poseido. El autor de sus desgracias, á quien antes trataba como amigo, tenia sus intereses en muy mal estado. Deseaba poder dar cierta suma en dote á una hija suya, y no podía obtenerla, á pesar de todas las gestiones que á este objeto había practicado. Entonces el P. Isla fué con grande empeño á pedirla á una de las principales damas de Bolonia, exigiéndose como uno de los mayores beneficios y mejores actos de caridad que á él podían hacerse. Consiguiólo, si nó en el todo, en gran parte, y su alegría llegó al colmo. Este acto de generosidad resalta tanto más, si se atiende á que no fué verdadero culpable, antes bien, al dársele libertad, se mandó cancelar el proceso. Para favorecer tambien á un caballero español, maltratado por la fortuna, accedió á la peticion que le había hecho de que le mandase una obra de las que pudiesen alcanzar estimacion y despacho en España, á fin de poder mejorar su estado con el lucro que de ella reportara. La persona que lo solicitaba no tenía relacion alguna con el P. Isla; éste, sin embargo, condoliéndose de su desgracia, puso en castellano las *Aventuras de Gil Blas de Santillana* y le remitió el manuscrito. Esta obra ha dado lugar á la formacion de varios juicios críticos y literarios y á reñidas polémicas.

Otras varias obras escribió el P. Isla, de las cuales unas salieron al público y otras quedaron inéditas. Pertenecen á las primeras las siguientes: *Las Cartas de Juan de la Encina*, obra satírica, ingeniosa y festiva para ridiculizar el pedantesco.—*Método racional de curar sabañones*, que publicó un cirujano de Segovia; de ella se hicieron varias ediciones.—*Reflexiones cristianas sobre las grandes verdades de la Fe y sobre los principales misterios de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.—Cartas familiares*. Hízolas publicar su hermano en 1786, y en una de ellas dice: «*Que el que fuere su mayor enemigo no podría hacerle mayor mal.*»

El último de sus trabajos literarios es la traduccion del *Arte de encomendarse á Dios*, escrito en italiano por el P. Bellati.

Los críticos, tanto nacionales como extranjeros, hablaban del pa-

dre Isla como de uno de los representantes más famosos de la literatura contemporánea. A fuer de buen religioso, no tenía el menor apego á los bienes temporales; así es que, no sólo rehusó ciertos alivios que se le suministraban, compatibles con su estado, sino que ni de sus obras literarias supo sacar el lucro que otros hubieran obtenido. Llegaba hasta el punto de tomar dinero prestado para costear las impresiones; y cuando tenía cubierto el préstamo, abandonaba en beneficio de otros el producto de las ganancias. Con la publicacion de esas mismas obras se le presentaron ocasiones de poder lucrar muchísimo, y siempre las despreció. Cuando, junto con sus compañeros, hubo de sufrir la escasez de comida y falta de ropa, por razon de las tristes circunstancias por que pasaron, se acomodó tambien á aquel estado de indigencia con resignacion; y sobrellevándolo con paciencia, recibía algunos auxilios que le enviaba su querida hermana. En Italia repitiéronle con mayor furia los accidentes perléticos.

A pesar del embargo y desconcierto general en su organismo á que llegó últimamente, no dió nunca la menor señal de impaciencia; antes, por el contrario, era más chistoso cuanto más aumentaban sus males físicos.

Tanto en España como en Italia, dejó buena memoria de su afabilidad y filantrópicos sentimientos. Olvidaba los agravios que se le hacían, y rehuía hablar de los que se los habían irrogado. Esta conducta hizo formar á los que le trataron el general concepto *de que su lengua era de las más limpias, y su ánimo de los más nobles y cristianos.*

La pureza de sus costumbres aumentó más todavía con el progreso de su edad. Empleaba siempre el dia celebrando el Santo Sacrificio, destinaba un largo rato á lecturas ascéticas y otro á la oracion mental por mañana y tarde. En el año 1779 fué muy marcada su decadencia y repeticion de los accidentes. El dia 11 de Abril del propio año, mientras rezaba el Santo Rosario con su criado, quedó desmayado en sus brazos. Conducido á la cama fuese agravando, y á instancias suyas se le administró el Viático, que recibió con grandísimo consuelo y alivio corporal. Sintiendo al cabo de tres ó cuatro dias alguna novedad, pidió igualmente que se le administrase la Extremauncion, y luego de haberla recibido volvió á experimentar nueva mejora, aunque le quedaron lisiados el muslo y el pié izquierdo é impedida la mano, impedimento que se extendió al cabo de poco tiempo por todo el costado. Vino despues el golpe fatal, que pudo aguardar con el uso de la razon y de los sentidos. Su fallecimiento aconteció el dia 2 de Noviembre de 1781, á las primeras horas de la madrugada. Contaba á la sazon el P. Isla la edad de setenta y ocho años, seis meses y ocho dias. La señora condesa Tedeschi, en cuya casa espiró, hizo modelar su cara en yeso para formar el busto, y dispuso un entierro y honras fúnebres, que tuvieron lugar el dia 4 del mismo mes. A ellas asistieron los antiguos hermanos que no se hallaban impedidos. Su muerte fué universalmente sentida casi en toda Europa, y especialmente en Italia y España. Los periódicos políticos y literarios la anunciaron con dolor. Sus compañeros de religion hubieran querido poder levan-

tarle un digno monumento que perpetuara la memoria de sus talentos y virtudes; pero ni las circunstancias, ni la falta de recursos se lo permitieron. Sólo pudieron honrarle escribiendo en su sepultura (que la tiene en la parroquial de Santa María de la Muratele de la misma ciudad de Bolonia) el siguiente epitafio:

D. O. M.

Josepho. Francisco. Isla
Natione hispano. Genere nobile.
viro.
Ingenii.
Lepidi. Foecundi. perpoliti
Eleganti. Varietate. amoenissimi.
Mentis.
Amplae. Sublimis Apertae.
Ad. omnes. Sciencias natura. Comparatae.
Judicii.
Ad. critices. regulas. plane. compositi.
Rhetori. Urbanissimo.
Miris. Ubique. Laudibus. celebrato.
Quem.
Numquam. morosus. fastidivit auditor.
Numquam. fastidiet. Lector.
In. patria. oratoria. livium
In. liricis. ac. ludieris. Horatium.
Dixeris.
Qui.
Natus. Villavidanae. integionensi regno.
Die XXIV aprilis, ann. dom. M.D.CC.III.
Eximia. pectoris. ingenuitate.
Ac. inculpata. morum. probitate.
Intimis. Carus.
Exteris. probatissimus.
Exul. Exjesuita.
Rerum. Humanarum. Fluctibus. dire. vesatus.
Sed. Infractus. animo.
Pie. obiit.
Bononiae. Die II Novembris.
Ann. Dom. M.DCC.L.XXXI.
Amici. Moerentes.

P. B.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA OBRA.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

TERCERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

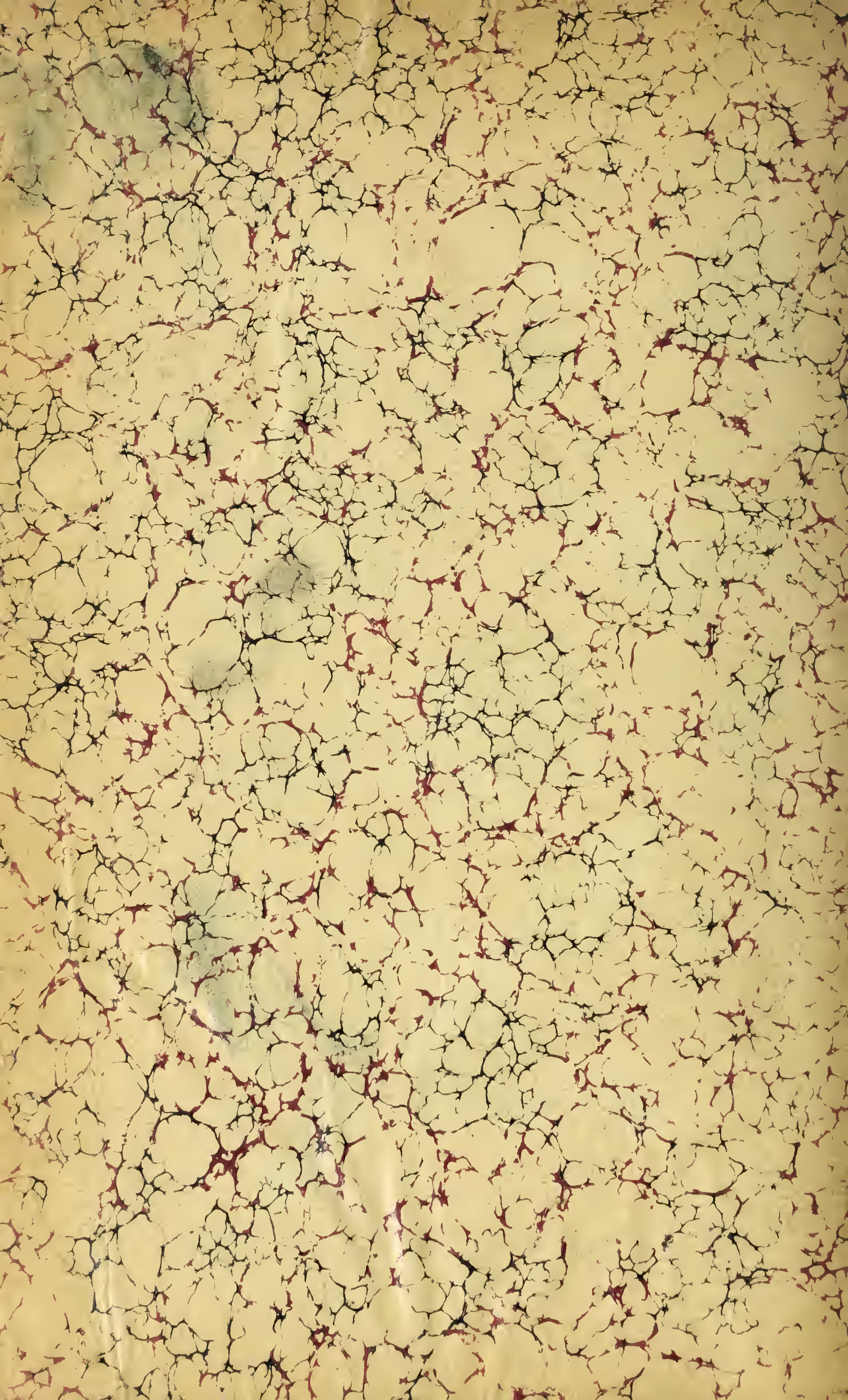
LIBRO SEGUNDO.

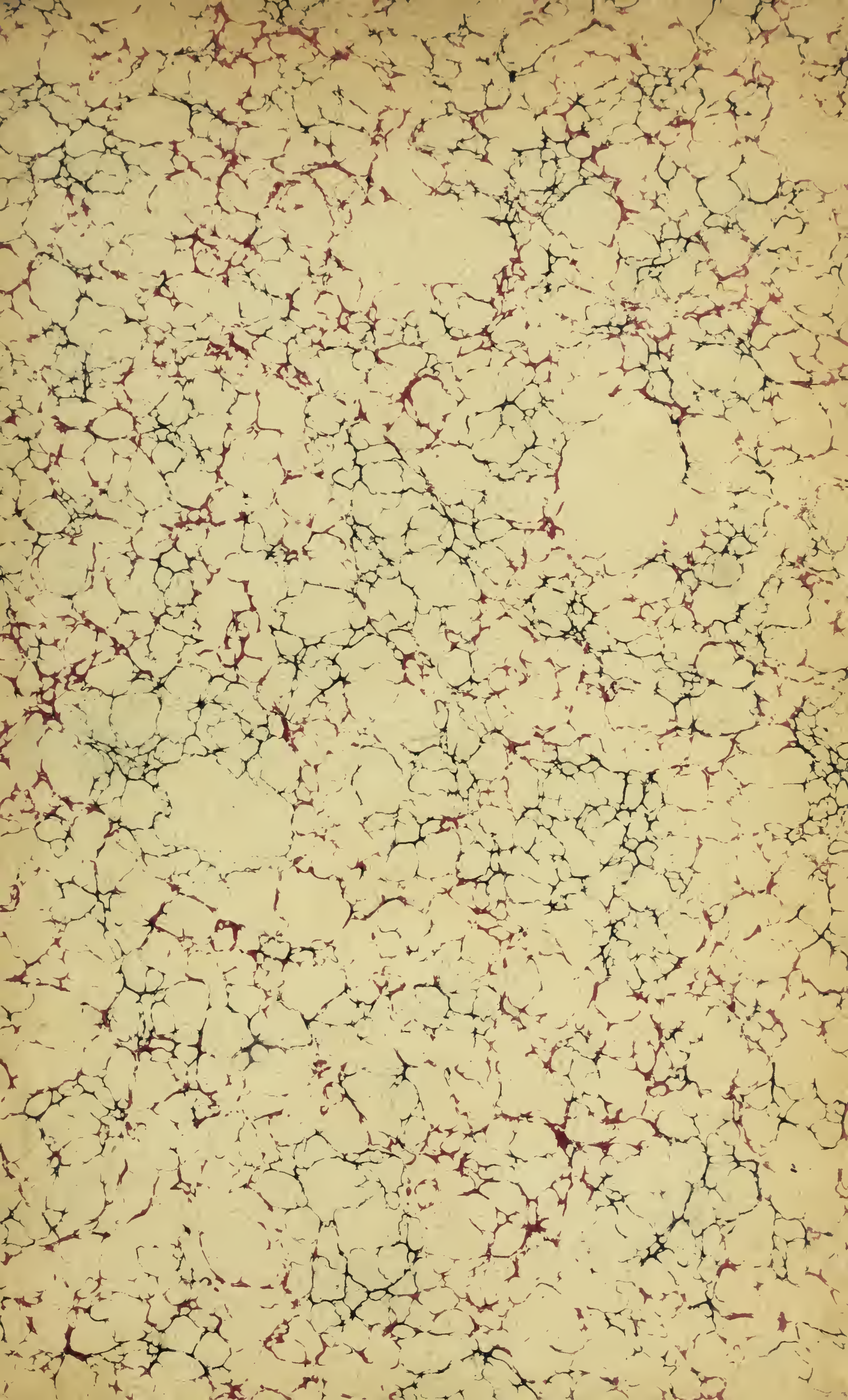
LIBRO TERCERO.

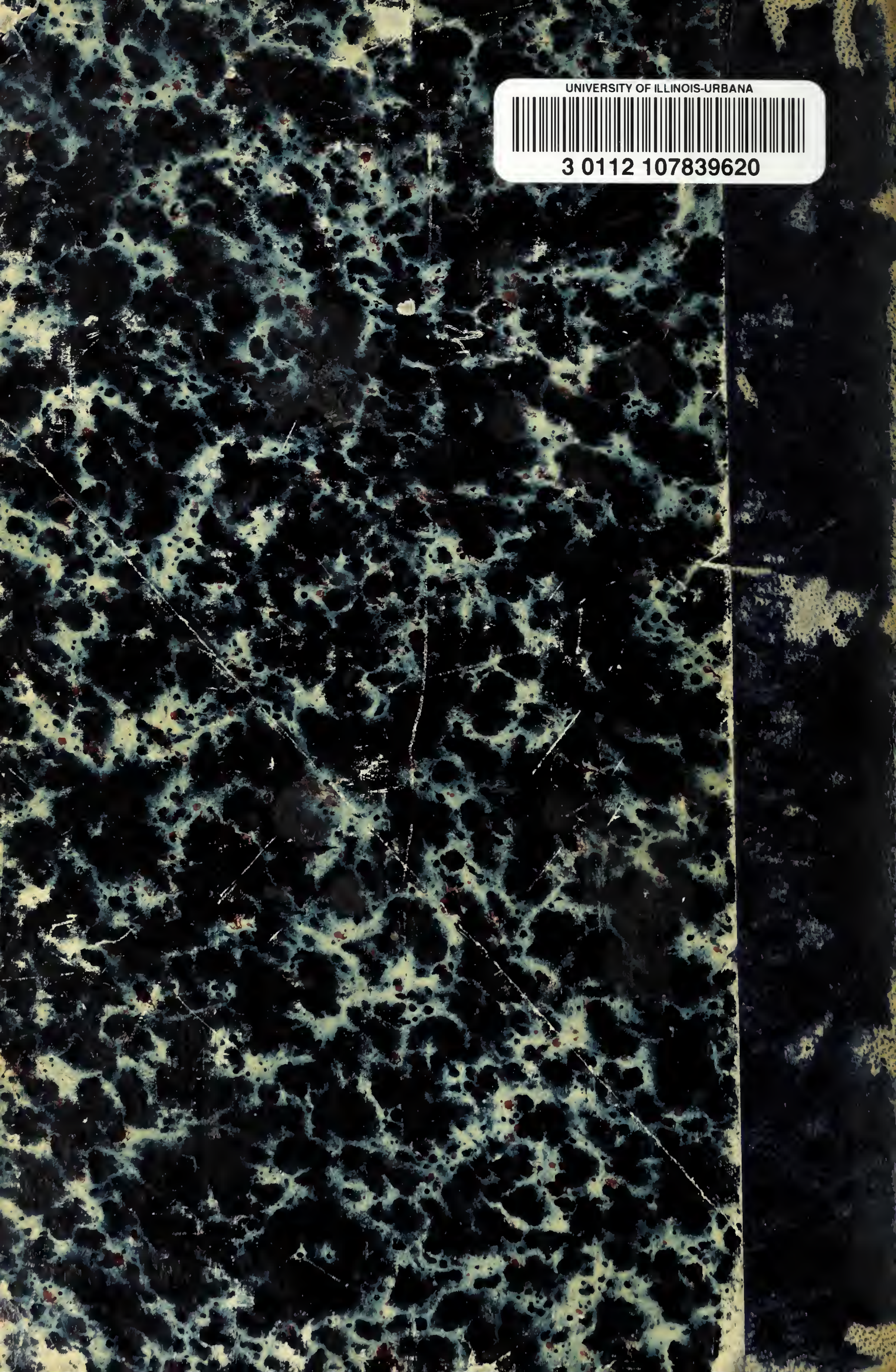
LIBRO CUARTO.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINÁS DE ESTE TOMO.






UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 107839620